
THE HORUS HERESY™
Graham McNeill
ANGEL
EXTERMINATUS
Flesh and iron
From the New York Times bestselling author of
A Thousand Sons



LA HEREJÍA DE HORUS

ANGEL EXTERMINATUS

GRAHAM MCNEILL



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

PERTURABO	Primarca de los Guerreros de Hierro
FULGRIM	Primarca de los Hijos del Emperador

La Legión de los Hijos del Emperador

FABIUS BILIS	Apotecario Jefe de los Hijos del Emperador
EIDOLON	Lord Comandante de los Hijos del Emperador, *"el Alzado"*
JULIUS KAESORON	Capitán de la 1ª compañía de los Hijos del Emperador, *"el Hijo favorito"*
MARIUS VARIOSEAN	Capitán de la 3ª compañía de los Hijos del Emperador
LUCIUS	Capitán de la 13ª compañía de los Hijos del Emperador, *"el Eterno Maestro de Espadas"*
KALIMOS	Capitán de la 17ª compañía de los Hijos del Emperador, *"el Maestro del Azote"*
LONOMIA RUEN	Capitán de la 21ª compañía de los Hijos del Emperador
BASTARNAE ABRANXE	Capitán de la 85ª compañía de los Hijos del Emperador
KRYSANDER	Capitán de la 102ª compañía de los Hijos del Emperador

La Legión de los Guerreros de Hierro

FORRIX	Capitán del 1ª Gran Batallón y Triarca de los Guerreros de Hierro, *"el Rompedor"*
OBAX ZAKAYO	Teniente del 1ª Gran Batallón de los Guerreros de Hierro
BEROSSUS	Herrero de Guerra o Señor del capítulo del 2ª Gran Batallón de los Guerreros de Hierro
GALIAN CARRON	Tecnomarine del 2ª Gran Batallón de los Guerreros de Hierro
HARKOR	Herrero de Guerra o Señor del capítulo del 23ª Gran Batallón y Triarca de los Guerreros de Hierro
KROEGER	Teniente del 23ª Gran Batallón de los Guerreros de Hierro

SOLTARN VULL BRONN	Hermano del 45ª Gran Batallón de los Guerreros de Hierro, *"el Nacido de la Piedra"*
HONORABLE SOULAKA	Apotecario del 235ª Gran Batallón de los Guerreros de Hierro
BARBAN FALK	Herrero de Guerra o Señor del capítulo del 126ª Gran Batallón de los Guerreros de Hierro
TORAMINO	Herrero de Guerra o Señor del capítulo y Maestro de los *Stor-bezashk* de los Guerreros de Hierro
CADARAS GRENDEL	Hermano de los Guerreros de Hierro

El Sisypheum

ULRACH BRANTHAN	Capitán de la 65ª compañía de los Manos de Hierro
CADMUS TYRO	Escudero del Capitán Branthan de los Manos de Hierro
PADRE THAMATICA	Forjado del Hierro y hermano veterano del Clan Morlock de los Manos de Hierro
SABIK WAYLAND	Padre Del Hierro o capellán y tecnomarine de los Manos de Hierro
'KARAASHI' BOMBASTUS	Dreadnought de los Manos de Hierro
VERMANA CYBUS	Hermano veterano del Clan Morlock de los Manos de Hierro
SEPTUS THOIC	Hermano veterano del Clan Morlock de los Manos de Hierro
IGNATIUS NUMEN	Hermano de los Morlock de los Manos de Hierro
NYKONA SHARROWKYN	Hermano de la 66ª compañía de la Guardia del Cuervo
ATESH TARSA	Apotecario de la 24ª compañía de los Salamandras

Los Ebonitas (Archymsts)

KARUCHI VOHRA	Vidente Ovado de los Caminos Por Encima
VARUCHI VOHRA	Vidente Ovado de los Caminos Por Debajo

La Legión de los Puños Imperiales

SIGISMUND	Capitán de la 1ª compañía de los Puños Imperiales
FÉLIX CASSANDER	Capitán de la 42ª compañía de los Puños Imperiales
NAVARRA	Hermano de la 6ª compañía de los Puños Imperiales

"La llamada de la muerte es una llamada de amor. La muerte puede ser dulce si respondemos afirmativamente, si la aceptamos como una de las grandes formas eternas de la vida y la transformación, el momento en que el hombre se convierte en algo más grande que sus inicios groseros: una voladora, divina, brillante, diáfana, hermosa criatura. Ese será mi apoteosis, donde me convierta en un principio general del Ser, una instancia a través de todas las vistas del Imperio."

- El Primarca Fulgrim, *Mi fenicia Imago*

-La culpa en el alma, como el óxido en hierro, profana y consume al mismo tiempo, royendo y penetrando en ella, hasta que al final se come el corazón y el metal. Pero si todo el mundo te odia y te cree maldito, mientras que tu propia conciencia te absuelva de culpa, no dejarás de contar con amigos.

- El Primarca Perturabo, *En sacrificio voluntario*

"Y os aseguro, hijos míos, que no pasará mucho tiempo antes de que su dominio se convierta en un lugar de locura cuando el Ángel Exterminatus envíe sus consortes, demonios en carne humana, para matar y mutilar. Todos sufrirán a manos de este avatar del libertinaje y desde su corazón serán desatados innumerables demonios, pues las puertas de la condenación se abrirán de par en par.

- Fragmento del manuscrito Firenzii, *La División de las Profecías*

LIBRO PRIMERO

TERRA FIGULA

Teogonías - I

Muerte debajo, lo desconocido por encima. Una elección. Un momento de distracción o un resbalón y estaría muerto, roto por las rocas afiladas como espadas bajo él. Sus dedos estaban ensangrentadas, agarrándole al acantilado por las agarraderas más estrechas. Los músculos de sus pantorrillas vibraban como cuerdas pulsadas, y sus brazos ardían por ácidos, aunque no tenía ningún recuerdo de haberse ejercitado.

¿Cómo había llegado a este lugar?

No tenía respuesta para eso, ni sabía nada de nada salvo que la pared escarpada de la roca delante de él estaba cubierta de agua y desaparecía en la noche lluviosa por encima de él. ¿Qué había en la parte superior de este precipicio? No hubo respuesta, pero lo que había en el fondo estaba lo suficientemente claro. Su mano derecha estaba sufriendo calambres y aflojó cada dedo de la roca con el esfuerzo más suave, tratando de disminuir el dolor en cada articulación.

El largo pelo negro colgaba ante sus ojos y sacudió la cabeza para aclararse la vista. El movimiento casi lo arrojó del acantilado y apretó los dedos aún más fuertes en la roca. Escupió agua de lluvia y miró hacia la capa (smirr) gris de nubes brumosas. ¿Cuán cerca estaba de la parte superior de este precipicio? ¿Sería más fácil subir o estaba el suelo, distante como era, más cerca?*

No había manera de saberlo, pero tenía que tomar una decisión pronto.

Una mala decisión era mejor que ninguna decisión y él comprendió que sólo tenía dos opciones. Retírese a un destino conocido o subir a un futuro incierto. A pesar de que no tenía ningún recuerdo de sí mismo, sabía que ir hacia atrás no estaba en su naturaleza. Una decisión, una vez hecha, tenía que ser asumida hasta el final, para bien o para mal. Cómo sabía eso acerca de sí mismo era desconocido, pero con la decisión tomada, él supo que era la correcta.

Él levantó su mano derecha y la deslizó por el acantilado, en busca de un asidero superior y encontró uno, agarrándolo con fuerza. Suavemente, él bajó su mano izquierda y se apoderó de una rebanada delgada de roca que sobresalía. Con la mano segura, levantó el pie, abriendo la pierna (¿al subir hasta aquí?) y lo colocó de forma segura. Él empujó hacia abajo y levantó su cuerpo superior, recompensado por un sentimiento potente de victoria incluso por avanzar esta pequeña distancia.

Con agonizante lentitud y paciencia se subió de nuevo hacia arriba, con cada movimiento doloroso y peligroso pero consiguiéndolo con una determinación implacable de que no iba a fallar. La lluvia se intensificó y arremetió contra su cuerpo como agujas de hielo, como si se sintiera ultrajada y tratara de desalojarlo de la roca.

La lluvia, el agotamiento y el dolor conspiraron para debilitar su determinación, pero cuantos más esfuerzos combinaron para intentar desasirle, más fuerte se agarró. Mano sobre mano, un pie después del otro, él se empujó más y más alto. Cada momento de la ascensión fue un renacimiento, cada respiración continúa una revelación. Las rocas disminuyeron mientras subía, pero las nubes por encima parecían subir con él, revelando aún más precipicio, sin señales de una cumbre.

Por lo que sabía, quizá nunca tendría fin el acantilado. Podría subir hasta que su fortaleza finalmente cediera y cayera al encuentro de su muerte. La idea no le molestó demasiado. Era mejor fallar después de gastar hasta el último esfuerzo, que morir sin haber encontrado los límites de su resistencia. Eso le dio fuerza y siguió subiendo, más rápido ahora que la montaña se había convertido en su enemigo, algo que había que superar. Con un enemigo para enfocar sus pensamientos, su fuerza creció y su voluntad para tener éxito se agudizó hasta igualar el filo de una navaja.

Ahora lo único que podía ver por encima o por debajo de él era la pared del acantilado, un muro negro implacable que quería que fracasara y muriera. Apretó los dientes y escupió a la roca frente a él con ira. La sangre corría por sus brazos gruesos en regueros, con las manos rotas y abiertas hasta el hueso por las astillas que sobresalían de las rocas que soportaban su peso, pero el dolor no era nada comparado con la idea de dejar que este ascenso lo derrotara.

Por qué la idea de la derrota debía ser tan doloroso para él cuando él no tenía miedo a morir no lo sabía. Después de todo, ¿Qué puede temer un hombre sin memoria ni futuro? Pisando los talones de este pensamiento vino otro. Mirando la delgadez de sus brazos y su altura imaginada supuso que no era un hombre, sino un niño.

Su cuerpo era el de un joven que tenía un físico sólido y musculoso, pero un niño no obstante. ¿Era esta subida el resultado de algún rito de iniciación o apuesta adolescente? ¿Una prueba de su virilidad o algún ritual de mayoría de edad? Un pensamiento bailó en los bordes de esas preguntas, una figura brusca de proporciones imponentes inculcando una voluntad de hierro dentro de él, desafiándolo a fallar y sabiendo que no lo haría.

El recuerdo se desvaneció, pero con su salida otra sensación robó en sus pensamientos.

No estaba solo.

Alguien -o algo- lo observaba.

Eso era sin duda ridículo, porque ¿quién más podría ser tan tonto como para subir un acantilado en la lluvia? Sin embargo, la idea persistió. Encontró una repisa donde poder descansar sin que se abriesen las muchas heridas en los pies, alivió su cuerpo alrededor del mismo de modo que estaba de espaldas a la roca. La niebla había descendido y una húmeda e impenetrable niebla oscurecida se extendía ante él, pero en el descenso, se había puesto de manifiesto una medida del cielo sobre él.

Vio las estrellas.

Un velo de bellas tinieblas cubierto de puntitos brillantes, reflejos de luz de soles inimaginablemente distantes. Él conocía acerca de las estrellas: lo que eran y la anatomía química de sus ciclos de vida, pero donde había obtenido ese conocimiento era tan misterioso como la forma en que había llegado a estar en este precipicio.

Ellos giraban por encima de él en un amplio arco, constelaciones y auroras igual que resplandores solares.

Y en el corazón de todo esto había algo más, algo que siempre había estado ahí, siempre mirándolo y que siempre lo haría. Vagamente se dio cuenta de que no se trataba de una tutela benévola, sino la paciencia de un cazador acechando a su presa.

Como un torbellino marino levantado de los mares y situado entre los cielos, bailó con colores enfermizos y formas enfermas de la materia y la luz. Una región del espacio que se tragó el tiempo y escupió sus fragmentos condenados, que le miraron como el ojo de algo monstruoso y colosal, un poder todavía joven para el universo en el que podría sobrevivir a las estrellas mismas.

Eso le provocó malestar al verlo y cerró los ojos cuando una sensación sacudida de cayó sobre él. Sus piernas temblaron y pronto se rebelaron del control de su cuerpo. Su espalda se apartó de la pared del acantilado y sintió el vasto espacio

vacío frente a él, la sensación vertiginosa de estar de pie sobre una cresta delgada de piedra a miles de metros sobre el suelo.

Su mano hurgó en la roca, pero no encontró ningún asidero. Su cuerpo se inclinó sobre las profundidades abisales, mientras su mente le gritaba que luchara contra esta debilidad. Un dedo arañando encontró una fina grieta en la roca y metió la mano en ella mientras su cuerpo se balanceó en el aire vacío.

El dolor le desgarró el brazo mientras todo su peso cayó de la repisa. Él apretó los puños al sentir su apretón deslizarse, rasgando la piel de la parte superior de la mano. Apretó los dientes y luchó contra el pánico brotando dentro de él. La ira le alimentó y lo forzó hacia abajo.

Alguien lo había abandonado en esta cara de la roca y dejó que muriera. Lo sabía con una certeza que era tan inquebrantable como desconocida. ¿Por qué iba alguien a dejar morir a un joven sin memoria? ¿Para qué serviría? Su ira en este innecesariamente cruel bautismo de fuego impuso una calma helada en él, y tomó una bocanada profunda mientras borraba el dolor de su mano lesionada.

Y entonces vio algo que emergió de la niebla por encima de él, una cuerda bajando por la cara escarpada del acantilado.

-Agárrate muchacho -dijo una voz por encima de él. -Date prisa ahora.

La niebla se abrió y vio la parte superior del acantilado, unos cincuenta metros por encima de él, sus labios bordeados de helechos y gruesas aulagas. Un grupo de hombres de armaduras blancas y doradas se recortaba contra el cielo nocturno. Dos de ellos sostenían la cuerda, mientras que otro con un casco de cresta roja le gritó de nuevo.

-Vamos muchacho, tenemos mejores cosas que hacer que salvar tu preciado culo del acantilado.

Sus labios se curvaron en desacato al despido del hombre de sus posibilidades de hacer la subida sin ayuda. Alzó la mano y aseguró un agarre con la mano libre, dejando escapar un suspiro de dolor mientras la tensión en la otra mano disminuía. Sus pies encontraron apoyo después de una rápida búsqueda, y bajó la mano ensangrentada de la grieta en la roca.

-Subiré por mí mismo -dijo. -No necesito la ayuda de nadie.

El hombre se encogió de hombros y dijo: -Haz lo que quieras. Subir o caer, me es indiferente.

La cuerda se deslizó de nuevo por el acantilado y con el final de su calvario a la vista, descubrió nuevas reservas de fuerza para subir. Mano sobre mano subió, aumentando su confianza cada vez más con cada metro que ganó en la guerra contra el acantilado. Cuanto más se acercaba a la cima, más numerosas se volvieron las agarraderas, como si la roca finalmente hubiera aceptado no reclamar su vida. Él se empujó una vez más y buscó un asidero pero su mano solo agarró aire, y entonces se dio cuenta de que había llegado a la cima.

Guantes blindados se acercaron a él, pero él los despachó y apartó, agotado, en la parte superior del acantilado. Su corazón golpeaba las costillas y la sangre circuló más deprisa alrededor de su cuerpo en señal de triunfo. A pesar del dolor, sabía que estaba sonriendo de oreja a oreja. Aspiró una gran corriente de aire y se limpió la arena de los ojos.

Y vio la fortaleza.

Dominaba todo el horizonte a su alrededor, una inmensidad en cuclillas que parecía haber sido tallada en la misma cima de la montaña. Rodeado de altos muros de piedra impermeables y redondeadas torres tachonadas de armas, sólo los techos de sus grandes templos y palacios resplandecientes eran visibles a través de troneras de mármol.

No tenía conocimiento de este lugar, pero sabía que era donde él estaba destinado a estar.

Dio un paso hacia sus grandes puertas de bronce, pero los guerreros de armadura blanca le rodearon, levantando armas con cañones estriados y mecanismos de disparo elaborados.

-No des otro paso -dijo el hombre en el casco con cresta, empuñando una pistola larga y delgada de cañón de oro cincelado y plata de acero en la funda. Rayos enjaulados crepitaban en una recámara cilíndrica de metal.

El muchacho miró la pistola apuntando a su pecho, pero él no tenía miedo.

-¿Me tiró una cuerda y ahora me vas a matar? -dijo. -No lo creo.

¿Quién eres tú, y por qué no te acercas Lochos en secreto?

-¿Lochos? -dijo, señalando a la fortaleza. -¿Es eso Lochos?

-Lo es -dijo el hombre, con la pistola temblorosa cuando sus ojos se encontraron.

-¿Quién es su señor? -preguntó con una voz de un chico mucho más adulto.

-Dammekos es su señor, el tirano de Lochos -respondió el hombre, al igual que se sorprendió al haberle contestado sin dudarlo.

-¿Y quién eres tú?

-Milcíades... -dijo el hombre, vacilante. –Sub-optio de la 97ª Gran Compañía de Lochos.

-Llévame ante Dammekos, Sub-optio Milcíades -ordenó el muchacho, y Milcíades asintió.

Recorrió con los ojos al resto de los guerreros, encontrándose con la mirada de cada hombre y viendo cómo, uno a uno, bajaron sus armas.

-Sí, por supuesto- dijo Milcíades, todavía confundido por las palabras que estaba diciendo, pero sin puede parar de hablar. -Sígueme.

El muchacho caminaba con Milcíades sobre el terreno áspero, siguiendo la línea de las rocas hasta que los bordes de la carretera aparecieron ante su vista. En cuanto puso el pie en la tierra apisonada del camino, se volvió hacia el borde del acantilado y levantó la vista hacia el cielo nocturno en la lasciva vorágine natural de la luz oscura. Parecía mucho más cerca ahora, tapando el cielo con su inmensa presencia, como si se extendiera sobre los cielos como una infección.

-¿Qué es eso? -preguntó a Milcíades.

-¿Qué estás mirando?

-Eso -dijo, señalando a la herida maligna en el cielo.

Milcíades se encogió de hombros. –Solo veo las estrellas.

-¿No ves la estrella vorágine?

-¿Estrella vorágine?

-¿Realmente no la ves? -preguntó el muchacho. -¿Alguno de vosotros la ve?

Los guerreros a su alrededor negaron con la cabeza, ajenos a la visión que parecía que sólo él podía ver. Que fuera invisible para ellos era sólo otro de los muchos misterios de esta noche.

-¿Quién eres tú? -preguntó Milcíades. -Debería haberte dejado caer, pero...

Algunos nombres le vinieron a la mente, pero él era mucho más que un simple número.

Y tenía un nombre, y ahora que se lo habían pedido, se encontró con lo sabía.

-¿Quién soy yo? -dijo el muchacho. -Yo soy Perturabo.

UNO

Belleza en la Muerte

Regeneración

Centinelas

Un pequeño detalle, casi insignificante, pero importante sin embargo. Una criatura no más grande que el pulgar de un hombre: un clado con alas con un caparazón segmentado y un exoesqueleto surcado por líneas de rojo quebradizo. En lo alto de la cabeza, antenas como látigos captaban la miríada de nuevos olores en el aire, moviéndose con una lentitud inusual mientras el veneno tóxico por todo su cuerpo.

La criatura, una Vespid Cordatus, se movió con paso borracho por todo el lodo rojo batido de la ladera, azotada por la guerra entre rachas térmicas de los movimientos de tierra extensos en su base como una plaga virulenta. Los vientos llevaban ligados los olores de la guerra: a hierro quemado, humo de propelentes químicos, aceites post- humanos almizclados, lubricantes y sangre.

Para cualquier estudiante de xentomología, el comportamiento de la criatura habría parecido extraño al menos. Sus mandíbulas apresaban la nada y sus piernas temblaban como su cerebro tripartito disparase impulsos rebeldes a lo largo de sus tallos nerviosos, como una parálisis. Su nido-colmena estuvo una vez en las

agitadas ramas de un árbol polander alto, pero los proyectiles hacía tiempo que lo habían reducido los bancos escalonados de las agro-terrazas en un terreno baldío lleno de cráteres con troncos astillados.

El fuego había destripado el interior del nido y matado a la reina-colmena, aunque las trazas residuales de resinas de feromonas excretadas habían sido lo suficientemente fuertes como para guiar a la Vespid de regreso a casa. Ya fuera puro instinto o el deseo de morir en su anterior hogar había llevado a la criatura a ascender las crestas turbias de la ladera que nunca conocería, pero cualquiera que fuese la ambición le había conducido a completar su odisea hacia arriba iba a ser frustrada. Su cuerpo finalmente sucumbió a la toxina paralizante, inyectado con la minuciosidad de un asesino, y la Vespid cesó su ascenso. Se sentó inmóvil en una berma de tierra aplanada bajo una terraza de piedra reflexiva destrozada. Vigas de acero oxidado sobresalían de la pared, como dedos extendidos con las puntas quemadas.

La criatura parecía estar muerta, pero su vientre y flancos todavía se ondulaban por el movimiento. Su cabeza se hinchó y se hinchó mientras su estructura interna parecía vagar dentro de su exoesqueleto con un deseo frenético de reformarse. El agitado movimiento sacudió su caparazón, la presión ondulante dobló sus segmentos flexibles hacia el exterior como si tratase de volar y abandonar su forma moribunda. Una placa quitinosa se separó del cuerpo de la criatura y bajo ella se retorcía una extrusión parecida a un gusano, gelatinosa, un pasajero parasitario saciando su hambre de recién nacido con un festín con los órganos internos de su huésped.

El organismo caníbal logró salir a la superficie a partir de la cáscara de su recipiente de nacimiento, su carne ya endureciéndose en el aire. De la translucidez a la opacidad en un instante, su caparazón en rápida formación era un derroche de colores brillantes, un derrame de aceite maravilloso de colores diseñados para seducir y extasiar. Los restos de su anfitrión Vespid agrietados y descascarillados por su nacimiento se derrumbaron bajo el peso de la criatura en crecimiento, progresando en su morfogénesis a un ritmo asombroso.

A partir de una división en la parte media de su cuerpo se desplegaron sutiles alas, como las de una libélula en proporción a su cuerpo y una red membranosa de cilios

arrastrándose. Con sus alas empezando a batir, una cola segmentada de oro brillante y jet se desplegó surgiendo de la criatura huésped para darle una simetría perfecta.

A pesar de su nacimiento había sido terrible e innecesariamente cruel, su forma final era indudablemente bella. Un cisne elegante nacido de un cadáver ensangrentado, un recordatorio de que incluso la más terrible crueldad podía moldear la mayor belleza.

Una servo-bota de hierro cayó, aplastando a la criatura recién nacida en el barro entre los pliegues de su huella. Una prueba brutal - si fuera necesaria – que el mundo al que había nacido se regía sin pensamientos de compasión, justicia o misericordia.

El propietario de la bota, equipado con las placas descomunales de una servoarmadura Cataphractii de exterminador, se quedó mirando la montaña envuelta en humo y la ciudadela de oro que coronaba su cumbre. Sin darse cuenta de la pequeña vida que acababa de extinguir, Forrix escaneó las malditas terrazas de la Ciudadela Cadmean, admirando a regañadientes la elegancia con la que se había integrado en la topología local y la ciudad que lo rodeaba. Los canteros de guerra de los Puños Imperiales eran frías y eficientes, pero su señor entendía la primera máxima del vencedor: que la mejor población que podías dejar tras las campañas era la que no sentía que había sido conquistada.

Era una máxima a la que los Guerreros de Hierro prestaron poca atención.

-El conquistador hace justas a sus paredes, y todos le deben dar la bienvenida como un libertador -dijo Forrix, mirando hacia atrás por encima del hombro al gran valle. Fortificaciones con forma de dientes de sierra rodeaban la ciudadela de capas irregulares de paredes erizadas en armas y alambre de púas, persistiendo su camino a través de la ciudad baja y rasgando viviendas, granjas, industria y lugares de maravillosa belleza natural con igual aplomo. Reductos, bunkers y torreones sobre los muros crecían como estalagmitas rocosas en una cueva que goteaba agua, y una nube de humo rojizo y polvoriento colgaba a baja altura sobre el valle como una mortaja.

Los bajos recodos del promontorio en el centro del gran espaciopuerto ahora estaban revestidos de metal, revelando cada amanecer un curso más alto de

estructuras de acero y andamios que se arrastraban hacia arriba como un cáncer subiría y subiría hasta que la piel de color rojo y ocre de la montaña estuviese completamente encerrada. Carriles de funiculares recién establecidos transportaban las estructuras de acero y planchas de gran espesor que permitirían a los poderosos cañones y obuses ser elevados a posiciones de batería horadadas en la roca escalonada. Hasta el momento los caballos de batalla Basiliscos del tren de sitio habían asumido la mayor parte de la tarea de barrera de fuego, pero los cañones más pesados estaban sólo a unos días de ser llevados lo suficientemente alto como para que los proyectiles de alto explosivo lloviesen en el corazón de la ciudadela.

Y cuando eso sucediera, todo habría terminado.

Ninguna fortaleza podía resistir mucho tiempo cuando los señores del oficio artillero eran convocados. Los Guerreros de Hierro aplanarían la montaña de Dorn y borrarían todo rastro de la Ciudadela Cadmean, haciendo caso omiso de las maravillas tecnológicas que trabajaron sus paredes.

Forrix observó el progreso de un grupo de gente de la ciudad capturada transportando grandes secciones de cable de acero trenzado cuesta arriba, sudando y sangrando por el esfuerzo y empujados por los látigos de Obax Zakayo. Detrás de ellos, máquinas de construcción con garras y extremidades como arañas perforaban en la montaña para colocar en su estructura los pernos, tornillos y abrazaderas necesarios para los maestros de sitio tras ellos. Había una regularidad implacable y agradable en la obra, una danza de logística, esfuerzo y planificación que sólo los expertos en el arte de hacer y deshacer fortificaciones podían apreciar. En medio de la brutalidad, la esclavitud, la miseria y la violación del paisaje había arte y había belleza de una manera extraña, poco apreciada.

-¿Admirando tu obra de nuevo, triarca? –dijo Barban Falk, escalando hacia el puesto de observación blindado bajo la sección en ruinas que marcaba el punto en el que los Puños Imperiales habían roto por primera vez la tierra de este mundo.

-No, admirando el suyo -respondió, señalando con la cabeza hacia arriba. El humo se cernía sobre la ciudadela, sus paredes picadas y marcadas por fuego de artillería, pero aún envuelto en una bruma de mecanismos antiguos de auto-reparación. Ráfagas de polvo y rayos de sol oprimidos ondearon en el espejismo de sus escudos de vacío, vomitando arcos iris astillados de luz distorsionada.

-Siempre te gustaba vivir peligrosamente, ¿verdad, Forrix? -dijo Falk, llenando con su enorme servoarmadura el pequeño espacio.

Forrix no tuvo que preguntarle a qué se refería.

Desde la debacle de Phall, hablar de los hijos de Dorn con otra cosa que no fuese odio era invitarse a terribles represalias por parte del Señor de Hierro. Si hubiera sido cualquier otra persona, Forrix no hubiera hablado, pero tanto como cualquier guerrero de hierro jamás hubiera confiado en otro, él confiaba en Barban Falk.

-Sé que piensas lo mismo -dijo.

-Es cierto, pero yo sé expresarlo mejor.

-Siempre has jugado a la política mejor que yo -admitió Forrix.

-Sin embargo mantienes una posición en el Tridente y tienes el oído del primarca.

-Muy pocos de nosotros puede afirmar eso ahora -dijo Forrix, con una honestidad que lo sorprendió.

Falk se encogió de hombros, una tarea nada fácil con su voluminosa servoarmadura. Sus placas monstruosas de Exterminador estaban engalanado de oro y azabache y la suavidad de sus pesadas hombreras abovedados estaba en marcado contraste con la situación de desgaste por la guerra de la servoarmadura de Forrix. El equipo de batalla de Falk originalmente había sido diseñado para el Herrero de Guerra Dantioch de la 51ª expedicionaria, pero después de los desastres triples de Gholghis, Stratopolae y Krak Fiorina había sido reasignado a un usuario más merecedor. Tras Phall, ningún guerrero de hierro ya mencionaba a Dantioch. Su legado fue completamente borrado, su nombre convertido en un sinónimo de fracaso a una escala épica.

-Yo no pretendo entender la mente de nuestro señor, pero puedo leer las mareas de su ira -dijo Falk, flexionando los dedos como cinceles de su puño de combate, como si sopesara cuidadosamente sus siguientes palabras. -Olas que crecen cada vez más fuertes y frecuentes.

-¿Cómo están los accesos occidentales? -preguntó Forrix, nada dispuesto a abordar el comentario de Falk.

Falk se echó a reír. -¿Crees que estoy tratando de atraparte, Forrix? -dijo el guerrero gigante, pasándose una mano por el pelo oscuro aceitado y entrecerrando los ojos ya encapuchados. -¿Crees que busco sonsacarte palabras descuidadas para entonces poder informar al primarca? Si tuviera cualquier sensación de ser herido, estarían sangrando hasta la muerte en estos momentos.

Forrix se permitió una leve sonrisa. -No, no lo creo -dijo.

-Pues deberías -dijo Falk. -Te traicionaría en un instante si pensara que con ello iba a ganar un lugar en el Tridente. Sobre todo ahora que Golg es un cadáver y Berossus es tan bueno como un cadáver y no es probable que sea ascendido.

-Completa los accesos occidentales en los próximos días y podrías conseguir tu deseo.

Falk asintió y sacó una hoja de pergamino enrollada y sellada con cera de la bolsa de cuero curtido en la cintura. Se lo pasó a Forrix, que la abrió y puso su mirada sobre los esquemas de Falk.

-El trabajo está avanzando según lo planeado -dijo Falk, su orgullo y su ambición sin duda jactanciosos. -Las baterías para abrir brecha estarán en posición para el atardecer de esta noche, y las lecturas auspex de penetración terrestre sugieren una densidad de muros que requerirá un bombardeo de dieciséis horas para tallar una brecha viable en el bastión de media luna.

Forrix dejó que sus ojos se perdieran en las líneas intercaladas de los planes de Falk, los ángulos de enfoque, los pasillos de fuego entrelazado, las zonas muertas y los reductos enfilados, admirando la brutal arquitectura funcional de los planes de su compañero Herrero de Guerra.

-Veo que primas emplazar bastiones tormenta adicionales que baterías rompedoras -dijo.

Falk siempre había preferido la franqueza contundente de asalto frontal sobre la matemática implacable de un enfoque cuidadosamente planificado. Donde Forrix veía la reducción de una fortaleza como una ecuación aplicada rigurosamente, Falk lo hacía como una batalla pugilística donde ambos boxeadores se golpeaban hasta que uno se veía obligado a ceder.

Una mentalidad poco sutil, pero efectiva.

Muchos más allá de la legión creían que este era el único medio de hacer la guerra de los Guerreros de Hierro, pero el Señor de Hierro era mucho más sutil que eso. Las matemáticas y la aplicación precisa de la fuerza constituían la mayor parte de su campaña, pero la aplicación brutal de la violencia tenía un efecto mucho más dramático.

-Hay suficientes armas para derribar las paredes, incluso teniendo en cuenta los malditos mecanismos de reparación -respondió Falk. -Una vez que la pared caiga, quiero suficientes guerreros en lugar de estar seguro de perforación a través de la brecha. No esperarán una escalada desde el oeste.

-Hay una razón para eso -señaló Forrix. -La tierra allí es más empinada y rocosa que en los otros flancos. No será fácil cubrir ese terreno lo suficientemente rápido para evitar recibir disparos despedazantes. Y si hay cargas sísmicas en posición, nos enterrarán.

-No habrá.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-El Señor de Hierro dice que no habrá.

-¿Has hablado con el Primarca? –preguntó Forrix, tratando de ocultar la envidia biliosa quemando en su pecho. -No ha salido de su búnker desde que hicimos el descenso planetario.

-Él nos envió el mensaje a través del Nacido de la Piedra -escupió Falk, en referencia a Soltarn Vull Bronn, un guerrero del 45º Gran Batallón cuya comprensión de la piedra era tal que algunos susurraban que ella hablaba con él, le confiaba sus secretos y le abría sus maravillas geológicas ante el toque de su herramienta de trinchera. Perturabo, siempre rápido en reconocer el talento en bruto, ahora favorecía a Vull Bronn, a pesar de la inferioridad de su rango comparado con los tres Herreros de Guerra exaltados del Tridente que le asistían normalmente.

-¿Ha mandado un mensaje a la Tercera Legión?

Falk negó con la cabeza. -No, sólo exige que todos los hombres de Cassander deben estar morir y esta ciudadela en ruinas antes de que los guerreros del Fenicio lleguen.

Forrix gruñó, expresando su valoración de los Hijos del Emperador sin palabras. -Este asunto acabará mucho antes.

Como para subrayar las palabras de Forrix, el redoble de percusión de fuego de artillería resonó desde el otro lado de la montaña. Ambos guerreros levantaron la vista cuando llegaron los ecos por los vientos calientes que azotaban los alrededores de la montaña. Forrix escuchó el ritmo de las armas, como un maestro escucha a la orquesta bajo su mando, leyendo los cambios sutiles en el tono y el timbre de cada arma. Oyó la urgencia en el disparo y la prisa con la que cada arma estaba desatando su ojivas explosivas.

-Viene del norte -dijo Forrix, alcanzando el casco asido magnéticamente en su armadura.

-Los guerreros de Harkor -respondió Falk.

-Vamos -dijo Forrix, girándose y saliendo del puesto de observación.

-Eso no es fuego rompedor -dijo Falk, llegando a la conclusión que Forrix ya había llegado.

-No- convino Forrix. -El imbécil está organizando una escalada.

Dolor. Siempre volvía al dolor.

El último recuerdo de Berossus era de dolor, su vida desangrándose a través de la marioneta rota de carne en la que se había convertido. Huesos destrozados más allá de la capacidad de cualquier apotecario en recomponerlos, órganos pulverizados con fuerza sísmica y el calor abrasador en su carne mientras el mítico poder de su metabolismo augmentado intentaba en vano deshacer la herida mortal recibida.

El dolor era intenso y nunca lo había dejado, pero peor que el dolor era la vergüenza de *cómo* había sido herido. No en las manos de un guerrero enemigo capaz de causar daño a un post-humano equipado con una servoarmadura, ni por las manos de una terrible criatura alienígena demasiado horrible y de pesadilla para superarla.

No, este dolor se había forjado por las manos de su primarca.

El golpe había sido rápido, demasiado rápido para evitarlo y demasiado a fondo en su cuerpo como para esperar recuperarse. Otro le siguió con rapidez, un golpe innecesario, porque él ya estaba muerto en cualquier sentido de la palabra. Pero la IV legión nunca hacía algo a medias y el ataque de Perturabo era su filosofía marcial destilada en dos golpes rápidos.

Tragando saliva, sangre y espuma por su esófago roto y pulmones perforados, Berossus había esperado morir como había vivido. Amargado y sintiendo dolor.

Desde la guerra contra los Jueces Negros y la banda de Acusadores encapuchados que lo había atrapado con la guardia baja había vivido con el dolor. Individualmente, los Acusadores no eran rival para un guerrero de las Legiones Astartes, pero él fue rodeado por una docena, cada uno armado con martillos-cadena que podrían reducir su blindaje con letal facilidad.

Seis murieron antes de que pudieran tocarle, pero entonces sus golpes comenzaron a conectar, cortándole pieza por pieza hasta que los dientes de un arma enemiga le rasgaron hasta prácticamente atravesar su columna vertebral. Había matado a todos con los últimos rescoldos de su fuerza antes de caer al suelo cuando sus piernas le fallaron. Los apotecarios le encontraron rodeado por sus cuerpos vestidos de negro y encapuchados e hicieron maravillas en su piel lesionada. Su cuerpo fue rehecho y reforzado con aumentos e injertos nerviosos, pero el dolor de la prueba nunca lo abandonó.

Ese dolor quedó eclipsado en un momento de confesión imprudente. Había sido su desgracia el traer noticias "feas" al Señor del Hierro, cuyo estado de ánimo volátil había empeorado progresivamente desde las matanzas de Isstvan V. Él sabías que la noticia era mala, pero esperaba que su posición como Herrero de Guerra le eximiría de daño.

Una tonta esperanza, pues la rabia de Perturabo caía sobre grandes reyes y los santos locos por igual.

Desde entonces, negrura en su mayor parte.

Voces murmurando, una luz repentina punzante y una sensación de estar flotando sin cuerpo en un océano oscuro. Se sentía desplazado, a la deriva y privado de todos los puntos de referencia que tenía, hasta ahora, dados por sentado. Berossus

había tratado de escuchar el latido de su corazón, pensando que si podía aferrarse a ese ritmo metronómico entonces él podría tener algún medio, aunque transitorio, de medir el paso del tiempo. Sin embargo, su corazón se quedó en silencio, y en su locuras eterna a menudo se preguntaba si había muerto y estaba atrapado en el limbo de los paganos. Rechazó la idea, pero volvería a acosarle a menudo, una sospecha persistente de que su vida había acabado, pero no terminado.

Recuerdos le asaltaron mientras flotaba entre la vida y la muerte, un desfile de conquistas al servicio del Emperador y, últimamente, con el Señor de la Guerra Horus. Vio guerras libradas en la lluvia roja, rebuscando en la carne de los incontables mundos y arrancando la carne de los huesos de cientos de miles de enemigos. Vio guerras justas de supervivencia de la especie, luchando por la luz del sol de Terra, transformado bajo la presión del paso del tiempo, convirtiéndose en guerras de conquista que con el tiempo se convirtieron en guerras libradas por el bien de la emoción vicaria de la misma.

¿Cuándo había ocurrido?

¿Cómo se pervirtieron las tradiciones marciales de los Guerreros de Hierro tan completamente?

Berossus sabía la respuesta lo suficientemente bien. Poco a poco, centímetro a centímetro, las guerras del emperador había puesto los orgullosos guerreros de la IV Legión a poco más que máquinas amoladoras adornadas en la sangre y el fango de los mundos que arrastraron al sometimiento. Los guerreros de Perturabo habían hecho todo lo que se les había pedido y su única recompensa era ser lanzados de nuevo a las mismas guerras que estaban envenenando el corazón de la Legión.

Y entonces, la píldora más amarga de tragar...

Berossus recordó las palabras del Señor de la Guerra Horus al Señor del Hierro después de la ruina por la pérdida de Olympia y la noticia de que los lobos de Fenris habían sido desatados en la hermosa isla de Próspero.

-El uso de la fuerza por sí sola es una solución temporal –le dijo Horus. -Puede someter por un momento, pero no eliminar la necesidad de someterles de nuevo. Y el Imperio nunca estará en paz si tenemos que reconquistar eternamente los

mundos que hemos sometido. Tú, mi hermano, te asegurarás de que *una* conquista es suficiente.

Tal vez las palabras del Señor de la Guerra se habían concebido como un bálsamo para el alma torturada de Perturabo, pero tan oscura bendición sólo lo habían impulsado más en una culpabilidad abisal. Lo que en un principio pudiera aparecer como la más baja de las traiciones ahora parecía el único camino lógico y Perturabo había reafirmado sus juramentos de lealtad a Horus.

Nadie sabía qué más había pasado entre estos dos semidioses, pero cuando los Guerreros de Hierro pusieron pie en Isstvan V lo hicieron con una furia asesina que sólo podía ser apagada con la sangre de aquellos que una vez llamaron hermanos.

Berossus flotaba en el caos de la masacre en la arena negra, la alegría salvaje con la que habían visto el shock de la traición en los rostros de todos los Salamandras cubiertos de medianoche y los rostros de marfil de los Guardia del Cuervo. De los Manos de Hierro había visto poco, pues los guerreros del Fenicio se divertían con ellos; un exceso indecoroso pero eficaz.

Se acordó de haber matado a un capitán de los salamandras con una ráfaga a quemarropa de su rifle de fusión, saboreando la ironía de poner fin a su vida con el fuego. El casco del guerrero se fundió sobre su rostro, dejando el cráneo expuesto y tan negro como la piel que se desprendió del hueso como aceite hirviendo. A pesar de que murió, el guerrero le maldijo en una serie de jadeos burbujeantes de líquido que no tenían sentido. Había dejado al salamandra ahogarse en su propia carne licuada, rechazando la maldición como un vestigio de su antigua piel en un mundo salvaje de reptiles cazadores.

A la deriva en este limbo intemporal de dolor y aislamiento, el rostro fundido del salamandra volvió a rondar sus pesadillas, un cráneo lascivo de color carbón con ojos de rojos que se clavaron en él con fuerza acusatoria. El cráneo gritando nunca lo abandonó, rebuznando estática sin sentido y presionando cerca de su conciencia, obligándole a revivir la agonía que había conocido en sus últimos momentos.

Detrás del cráneo había otra cara, una máscara amarga de granito tallado con los ojos fríos y azules de acero y una voz que hacía que todas las demás fuesen un ruido blanco. Controlaba el hueso ennegrecido del salamandra, diciéndole que

Berossus no moriría como todo el mundo había muerto. Incluso en su estado incorpóreo, Berossus sabía se trataba de órdenes que no podían ser ignoradas.

El cráneo del salamandra le trajo la vida, pero sobre todo le trajo dolor, sus ojos rojos reduciéndose a rescoldos mientras el cráneo seguía con evocaciones cantarinas. Berossus trató de retirarse de sus llamadas, pero no tenía fuerza más allá de lo que quedaba de él y el hambre por su sufrimiento.

Sintió una punzada de agonía gritando alrededor de su cuerpo, un paroxismo tembloroso de la regeneración eléctrica, e incluso cuando las dimensiones del espacio y la forma se unieron en torno a él soltó un rugido estremecedor al sentir el inmenso poder en sus extremidades.

El mundo de la oscuridad en que había existido durante lo que le pareció una eternidad fue arrasado por una cascada de colores dolorosos que le dieron ganas de cerrar los ojos. Los colores huyeron, pero no su ira y se sacudió al ver el cráneo con los ojos rojos del salamandra ante él.

Excepto que no era un salamandra y no era una calavera.

Las lentes de ojo del tecnomarine zumbaban al ajustar su óptica, orbes ampliados haciendo clics en sus contenedores y rotando sus lentes de rubí montada en un aparato bulboso de bronce y plata. Su frente era de hierro ennegrecido y un trío de pistones neumáticos silbaban agazapados en sus hombros como obedientes aguijones de metal y fluidos goteando.

-¿Quién eres tú? -dijo, su voz una corteza rallado que sonaba nada como lo recordaba.

-Yo soy Galian Carron, y usted está en mi fragua de guerra -dijo el tecnomarine, que dio un paso atrás con un cuidado estremecimiento cuando Berossus sacudió las cadenas irrompibles que lo ataban. Carron estaba mirándole elevando el rosto, pues él era con mucho más alto que el tecnomarine. Servidores pálidos y elevadores de equipo pesado estaban a su alrededor, algunos antes él, otros tras él; a pesar de lo que podía ver lo cierto era que lo que contemplaba era, en ese momento, un misterio. Una gran cantidad de acólitos con túnicas llevaban bandejas engrasadas, en las que había una gran variedad de dientes, engranajes y piezas de la máquina a los pies detrás de Carron; los devotos del tecnomarine.

No, no los devotos de Carron.

Sus devotos.

-¿Por qué estoy aquí? -preguntó Berossus, sintiendo paredes desconocidos de hierro frío apresarle en torno a él, una matriz que le mantenía con vida y un sarcófago, todo en uno. La locura claustrofobia extendió un zarcillo en su mente y se encontró dándole la bienvenida.

-Usted está aquí porque el Señor del Hierro así lo quiso -dijo Carron.

-Mientes -dijo Berossus, desesperado y sin embargo esperanzado. -Él me mató.

-No, él te ha transformado.

-No lo entiendo -dijo Berossus.

-Por su propia mano te ha rehecho a su imagen -dijo Carron cuando uno de sus pistones neumáticos silbó al moverse y se apoderó de una caja de control de goma. Con pulsar un botón, las cadenas que ataban las extremidades de Berossus cedieron con un sonido mecanizado de metal pulido. Sus piernas, columnas gemelas de músculos de hierro, acero y fibra de haz estaban de nuevo bajo su control y dio un pesado paso adelante, a sabiendas, con el primero, que no habría liberación de este encierro en un ataúd de hierro.

El sonido de sus pisadas con garras biseladas sonó desde las planchas del suelo de la forja de guerra con una detonación de metal contra metal. Sus brazos, martillos monumentales y un cañón rotatorio pesado giraban al ritmo de sus pensamientos.

-¿Estoy vivo? -preguntó Berossus, aún sin estar listo para creérselo.

-Mejor -dijo Carron. -Ahora es un Dreadnought.

Mantener la ciudadela nunca había sido una posibilidad; el Capitán Felix Cassander de los Puños Imperiales lo sabía, pero que nunca había sido lo esencial. Los Guerreros de Hierro eran el enemigo, y aunque sus pensamientos todavía se oponían a la idea de las Legiones Astartes luchando unos contra otros, el enemigo tenía que ser combatido.

Sí, la ciudadela caería con el tiempo, pero Cassander no lo aceptaba con la idea de una lucha imposible de ganar, una última y noble resistencia o nociones poéticas de

auto- sacrificio. Siempre había una manera de ganar o por lo menos una forma de engañar a la muerte, pero incluso él tuvo que admitir que solo existía la más leve esperanza de sobrevivir un poco más de tiempo.

Cassander no era un hombre al que el pesimismo le llegase fácil, pero le estaba costando un gran esfuerzo de voluntad el mantener su toque oscuro de infectar sus pensamientos.

Cuando los Guerreros de Hierro finalmente superaran las antiguas defensas de la ciudadela y abrieran sus paredes se volverían locos. Masacrarían a sus guerreros, los heroicos hombres y mujeres de este mundo que habían elegido estar con ellos y los refugiados procedentes de los campos de exterminio abajo. Cincuenta y dos puños imperiales y trece mil hombres, mujeres y niños estaban hacinados dentro de las murallas de la ciudadela.

Cuando llegara al final, sus muertes no serían fáciles y que no serían indoloras, pero no hubo parlamentos acerca de rendición o sus términos, ni murmullos sediciosos que erosionasen la moral o pensamiento que no fuera el de resistir a los invasores bastardos.

Los Guerreros de Hierro... nuestros hermanos...

No existía memoria que contase quien había construido esta maravilla en lo alto de la montaña, aunque los ingenieros y artesanos que habían levantado sus paredes sin duda debieron haber sido las más grandes mentes de su edad. Forjado con piedra y roca desconocida en este mundo y atado con tecnologías cuyo secretos ni siquiera el Mechanicum podía comprender, sus paredes reaccionaban ante los daños como un tejido vivo. Los impactos de proyectiles eran cubiertos con una costra de silicatos líquidos, y momentos después el muro bajo la misma estaría reparado. Sólo cuando la lesión era profunda y catastrófica cualquier alguna sección del daño sería irreparable. Los atacantes encontraron la pared reaccionar a ellos con extrusiones de púas de roca viva, o fueron tragados enteros cuando la piedra se abrió bajo ellos. En contra de cualquier enemigo convencional la fortaleza había sido, a todos los efectos, inexpugnable e indestructible.

Sin embargo, los Guerreros de Hierro no eran enemigos tradicionales.

Lord Dorn había elegido la ciudadela viviente como el sitio en el que plantar el Aquila, no como un símbolo de la dominación imperial, sino como una sede de gobierno para que fuese compartido por todos. Había atraído a los ex gobernantes del planeta en el establecimiento de un gobierno ordenado, lo que permitiese a la gente elegir su propio gobernador planetario, un líder cívico respetado llamado Endric Cadmus. Cassander sonrió al recordarlo, pensando que tal vez parte de la filosofía del primarca de la XIII legión habían penetrado en los Puños Imperiales después de todo.

Cassander y sus compañeros Puños Imperiales habían escoltado a los iteradores expedicionarios y rememoradores al pasar de las ciudades a municipios lejanos, difundiendo la palabra del Emperador a un pueblo maduro para abrazar la Verdad Imperial. Había sido una época gloriosa, y cuando lord Dorn anunció que iba a llevarse a la VII Legión para nuevas campañas, la población había lamentado su partida como la pérdida de un ser querido.

Recordó el orgullo que le llenó cuando el primarca le había dado el deber solemne de permanecer con su compañía de batalla como centinelas en el mundo recién anexionado, una señal potente que se trataba de un mundo bajo la protección de los Puños Imperiales. Pero ese gesto honorable iba a tener consecuencias que ni siquiera lord Dorn podría haber previsto.

Cassander se limpió el polvo de la cara llena de cicatrices y escupió un esputo de cosas miserables a tierra, donde burbujeó con un siseo químico. Su casco ya no cubría su rostro; un proyectil de bólter lo había perforado a través de la placa frontal y detonó en un chorro de sangre, hueso y ceramita. El tecnomarine Scanion había muerto en los primeros actos de la batalla, y sin su dirección los forjadores servidores solo tenían un uso limitado cuando se trataba de trabajos de reparación. Algunos adeptos del mechanicum seguían con ellos pero pasaban los días en el corazón de la ciudadela, escudriñando sus secretos, como si todavía hubiese una posibilidad de que pudieran vivir para dejar registro de lo que encontrasen.

Los detalles de Cassander estaban agotados, debido a los vientos constantes que recorrían toda la superficie lisa en este planeta y le daban la textura de la arena gruesa. Los ojos de color marrón oscuro que habían visto el fin de la galaxia tal y como la conocían e impotentes para restaurarla estaban hundidos e inundados de

melancolía, con las mejillas llenas de cicatrices ennegrecidas tras el paso del proyectil explosivo que había alcanzado su casco.

Cuando llegó la orden de regresar a Terra, Cassander comenzó los preparativos para partir de inmediato, pero la repentina muerte del navegante de su nave los dejó varados hasta que un reemplazo pudiese ser enviado. Al día siguiente, la noticia de la traición del Señor de la Guerra y la masacre en Isstvan V llegó hasta ellos, arrojando el mundo de Cassander en caída libre.

El orgullo en una misión honorable fue reemplazado por la frustración y la decepción amarga de que no podrían luchar junto a sus hermanos, no podrían llamar a Horus para dar cuenta de su perfidia y castigar a los que habían pisoteado sus juramentos de lealtad en el polvo.

Pero la oportunidad de hacer la guerra a los traicioneros aliados de Horus llegó lo suficientemente pronto.

Los Guerreros de Hierro desembarcaron en el planeta tras un bombardeo de saturación que redujo el valle y los asentamientos agrarios que llenaba sus deltas fértiles a cenizas. Bombas de magma y (conductores) vaporizaron los ríos y convirtieron la tierra fecunda en polvo árido. La Ciudadela Cadmean quedó indemne, y a Cassander todavía le resultaba difícil creer que un bombardeo de tal exactitud fuese posible.

Sabía por qué, por supuesto.

Los Guerreros de Hierro no podían dejar pasar esta oportunidad de humillar a los hijos de Dorn, y Cassander había reunido a sus hombres con certeza sombría mientras las enormes lanzaderas de la IV legión descendieron envueltas en columnas de fuego.

La astucia tecnológica de los antiguos constructores de la fortaleza, unida con la geografía artísticamente labrada y el coraje de los defensores, mantuvo a los Guerreros de Hierro a raya durante casi tres meses, pero ahora el desafío de Cassander estaba a punto de terminar. Con tres cuartas partes de su compañía muerta y miles de soldados mortales muertos se estaba quedando sin maneras de luchar. La ciudadela tenía pocas armas pesadas aun operativas para evitar que la

superioridad artillera de los Guerreros de Hierro abrumase los mecanismos de defensa incorporados a la ciudadela.

Los traidores no podían ser repelidos por más tiempo, pero cada día que los guerreros que Cassander vivieran negarían al enemigo su redespliegue y ofrecer su fuerza para someter otros lugares.

Un pobre sucedáneo de éxito, pero era todo lo que a Cassander le quedaba.

Se sacudió ese pesimismo, sabiendo que no se convirtió en un guerrero de los Puños Imperiales para revolcarse en la autocompasión y se acercó al borde del bastión más septentrional. Una vez sus murallas relucientes habían sido un orgulloso ejemplo del arte de la ingeniería militar. Ahora estaban masticadas hasta quedar a un paso de la ruina. Locris y Kastor estaban agazapados detrás de las grandes protuberancias de piedra polvorienta, gigantes de oro en medio de los cientos de milicianos locales vestidos por el polvo ocre. Cassander había dividido sus pocos escuadrones restantes, desplegando sus hombres en toda la ciudadela para reforzar cada sección de la pared y proporcionar la fuerza al corazón de los miles de soldados que luchaban junto a ellos.

El cielo era una visión estroboscópica con impactos de conmoción que doblaban el aire con su fuerza. Proyectiles de alto poder explosivo en trayectorias balísticas brillaron y chillaron mientras la violencia de su impacto era disipada por el escudo de vacío. Las pantallas en los accesos sur estaban cerca de fallar, pero por suerte el enemigo no estaba concentrando el fuego allí.

Locris levantó la vista cuando Cassander se agachó al abrigo de la muralla, y Kastor le hizo un gesto de reconocimiento.

-Hoy están ansiosos -dijo Kastor cuando una detonación estruendosa sacudió la base de la pared. Los amortiguadores cinéticos en los cimientos que se hundían en la ciudadela transfirieron la energía de la explosión a la roca profunda de la montaña y el olor de virutas de metal y secreciones aceitosas humearon sobre las costras de silicatos que se formaron sobre los cráteres. Fragmentos de roca cayeron sobre las murallas, cubriendo a la larga línea de soldados con aún más polvo rojo.

-Demasiado ansiosos -asintió Locris. -Algo está sucediendo, el ritmo ha cambiado.

Como Cassander, Locris tenía la cabeza descubierta; el mismo fragmento de metralla que le partió el casco de combate en dos le había dado la larga cicatriz en su mejilla y tomado su ojo izquierdo. La cicatriz le daba un toque pícaro, el ojo de pirata. Ambas eran heridas que debían ser vengadas.

El peto, hombreras y las rodilleras de la armadura de Kastor estaban cubiertas de negro donde la tormenta de fuego de un proyectil incendiario había pelado la pintura de sus placas al proteger a un grupo de soldados heridos con su cuerpo.

-¿Qué piensa usted, capitán? ¿El Cavador? -preguntó Kastor.

-Te lo dije, el escuadrón de Simeón vio al Cavador hoy el este -dijo Locris. -Esto parece el empuje de Peleón.

Cassander agarró la empuñadura de su espada y miró a través de una división en la muralla, donde las bandas de tejido conectivo de la piedra no habían podido establecerse, viendo la avalancha hacia arriba de la placa de hierro bruñido a través de una nube de polvo. Pozos de artillería humeantes en las baterías protegidas muy por debajo lanzaron proyectiles de alta velocidad por delante de los Guerreros de Hierro en escalada, mientras que las armas móviles en las plataformas andantes luchaban por mantenerse al día con la fuerza de asalto. Este nuevo ataque era un recordatorio de que los hijos de Perturabo eran guerreros ante todo y los especialistas en asedios de segundo. Cassander observaba sus movimientos, fluidos y agresivos, disciplinados pero impulsados por la furia en su núcleo profundo.

¿De dónde venía un odio tan crudo?

Habían llegado a distinguir entre los destacamentos de Guerreros de Hierro dando a sus comandantes denominaciones despectivas sobre la base de sus características más evidentes. Los hombres del Cavador eran encorvados apaleadores, metódicos, precisos e incansables en sus labores, el Hipocondriaco mantenía a sus hombres en las trincheras mientras su artillería hacía llover toneladas de municiones en la ciudadela y el Observador gustaba observar los acontecimientos desde un fortín picudo en el centro del valle.

-Creo que tienes razón, Locris -dijo Cassander.

A diferencia de sus compañeros comandantes, a Peleón le gustaba lanzar a sus hombres a las paredes en tanto una aspiración de oportunidad de asalto se

presentaba. Donde otros Guerreros de Hierro mostraban un sentido de la precaución ante las defensas de la ciudadela y el aprecio por el cuidado, la metodología paso a paso de la guerra de asedios, a Peleón le gusta tener a sus legionarios ensangrentados en el crisol torbellino del combate.

Cassander se dejó caer en la cubierta cuando una ojiva sólida silbó sobre su cráneo.

-Hace que sea más fácil, supongo -señaló Kastor. -Sus hombres no tienen una disciplina de fuego que valga la pena.

-Tal vez no, pero son luchadores duros -dijo Cassander. -Nosotros les damos nombres insultantes, pero nunca les subestimes.

-Tomo debida nota, capitán -dijo Kastor, poniendo un puño en el centro de su coraza quemada.

Locris levantó una cuchara de mango de gatillo detonador y dijo: -¿Quiere llevarse el placer de estos, capitán?

Cassander arriesgó otra mirada a través de la muralla cuando las piezas de artillería de la ciudadela abrieron fuego contra los Guerreros de Hierro avanzando. Esas armas por sí solas no iban a hacer mucha mella en la fuerza de asalto, pero cualquier reducción de sus filas sólo podía ser un buen resultado.

-Hazlo tú -dijo. –Te lo has más que ganado.

Locris sonrió y aplastó el gatillo, detonando las últimas de las minas sísmicas enclavadas en la vertiente norte, en la vanguardia del ataque de los Guerreros de Hierro. Ondas de choque tectónico como hongos arrancaron una sección de trescientos metros de la montaña y la enviaron rodando cuesta abajo en una tormenta de la roca pulverizada.

Cassander disfrutó de la vista de decenas de cuerpos reventados llevados cuesta abajo por la avalancha furiosa y apretó a continuación la gema de su vox prestado.

-A todos los puños. ¿Algún movimiento en sus sectores?

Cada uno de sus jefes de sección respondió negativamente, dando más crédito a la creciente certeza de que éste era el último intento de Peleón de abrir brecha en la ciudadela con un asalto sorpresa. El ritmo del duelo de artillería se volvió desigual

cuando los Guerreros de Hierro se acercaron cada vez más cerca, subiendo a través de la profunda zanja tallada por las minas sísmicas.

-Simeón, Esdras, Phyros -dijo Cassander en su micrófono de garganta. –Redesplieguen a sus hombres en el bastión norte inmediatamente.

La artillería enemiga cambió su objetivo ya que los Guerreros de Hierro arañaron los últimos cien metros entre ellos y la pared. Los proyectiles gritaban en sus trayectorias de vuelo directas, chocando contra la pared con golpes aplastantes que sacudieron los cimientos de la propia montaña. Las ondas expansiva ascendieron y por encima del muro el calor de los incendios quemaron las costras de silicato de luchaban por reparar las detonaciones.

Cassander sabía que esta era la última oportunidad que tendría de atenuar la fuerza de asalto antes de que los Guerreros de Hierro destrozasen a los defensores.

-¡Esperad hasta que lleguen los marcadores más cercanos! -ordenó, gritando con una voz que podría llegar de un extremo de las salas de entrenamiento de la *Falange* a la otra. -¡Aprovechad cada tiro o no serán solo los cachorros de Perturabo los que os hagan preocuparos!

DOS

Primera Sangre

Rompeforjas

El Tridente reconstruido

Escombros y cráteres de impacto habían hecho la pared escalable, pero los malditos mecanismos de auto-reparación ya estaban rehaciendo lo que la artillería había hecho pedazos. A partir de los anteriores intentos de asalto a la ciudadela, Kroeger sabía que la pared quedaría plana y sin rasgos distintivos en momentos, por lo que no perdió tiempo en arrojarse sobre la herida terriblemente orgánica cercana a la base de su estructura.

Al instante sintió su peso aumentar, sus miembros convertirse en plomo y sus armas ejerciendo una atracción casi insuperable al suelo. Generadores gravitón enterrados bajo la pared deformaban el campo de gravedad local, por lo que incluso los movimientos más pequeños suponían un esfuerzo inmenso.

Kroeger rugió y se pegó a la pared, arrastrando su cuerpo hacia arriba con una combinación de fuerza bruta y furia. Los campos de los generadores sólo podían llegar a unos metros del suelo, y con cada movimiento de escalada sobre la muralla sintió su control sobre él atenuarse. Tras su casco, sonrió al sentir su peso natural restaurado y se enganchó al siguiente asidero.

Tras él, trescientos guerreros del 23er Gran Batallón de lord Harkor se arrodillaron en busca de cobertura o instalaron puestos de armas pesadas. Sólo unos pocos tenían la fuerza para superar los generadores gravitón y estos eran los más sangrientos, más maliciosos y más devotos asesinos del Herrero de Guerra. Y de esos hombres, Kroeger era el más sangriento, más malo y más devoto.

Torretas de armas tripuladas por servidores salieron de los escudos blindados a medio camino de la pared inclinada y barrieron el suelo con una mezcla de cañones pesados y ligeros matarifes de infantería. Explosiones machacaron la base de la pared mientras las armas y cintas de municiones explotaron. Los defensores de las murallas vertieron su propio fuego por la cara de la pared donde las torretas no pudieron llegar.

La artillería de lord Harkor había dejado de disparar so pena de infligir bajas propias, pero los Puños Imperiales no tenían tales preocupaciones. Fuego de supresión casi a quemarropa llovía con una fuerza que vaporizaba la roca y los guerreros se aferraron a la pared, retorciéndose hacia la cumbre de la montaña sobre el humo acre, las llamas y estallidos de metralla.

Kroeger oyó el largo rebuzno de un cañón automático, sus balas rastrillando a izquierda y a derecha donde los Guerreros de Hierro se agruparon en grupos de tres o cuatro. Un largo cañón-lanza de fusión inmoló un grupo de rocas con un chirrido ensordecedor de aire quemado y destellos individuales de fuego láser descendieron como cometas de neón a medida que salieron de las bocas achatadas de sus cañones.

Khamer cayó con el pecho convertido en una ruina condensada de hueso expuesto junto a sus entrañas cocidas instantáneamente en vapor sobrecalentado y Tumak fue cortado en dos por un trozo de metralla aserrado de una ojiva de artillería. Ulgolan fue arrojado al suelo por un aumento repentino de la piedra de silicato que lo apartó de su asidero. Otra ráfaga de extrusión de una herida en reparación de la pared, un pincho de púas que empaló a Purdox como un cadáver en la horca. Un saliente creció por encima de Straba, forzándole a interponerse en la trayectoria un cañón láser que lo cortó en dos.

Otras cayeron, guerreros cuyos nombres no le importaba saber y nunca lo haría.

La furia iluminó su ser ante la idea de que una sola compañía de Puños Imperiales y unos cuantos miles de soldados mortales los mantuvieran a raya y se apretó contra la pared mientras la tormenta de fuego desde arriba se intensificaba. Esta siempre era la parte más sangrienta de cualquier asalto, el momento en el que se medía el verdadero valor de un guerrero, los últimos cincuenta metros en campo abierto. Un comandante podía tener todas las armas de destrucción planetaria a su disposición, la fortaleza más sofisticada, las contramedidas más avanzadas, pero todavía necesitaría hombres de carne y hueso que cruzasen ese último trozo de tierra despejada para lograr enfrentarse con el enemigo.

Herreros de Guerra como Forrix y Toramino veían esta etapa de una batalla con disgusto, como una necesidad desagradable entre la elegante sofisticación coreográfica de las barreras de fuego, los horarios de bombardeo, zapas de aproximación, paralelas y líneas sobre líneas de obras de asedio perfectamente anguladas. El Herrero de Guerra Harkor era un olímpico de las viejas costumbres, un guerrero que conocía el valor de, en ocasiones, fortalecer el temple de sus subordinados al sumergirse en el fuego y golpearles contra el yunque de la guerra.

Kroeger tenía poco gusto por la mecánica logística de un asedio, aunque era lo suficientemente competente en su ejecución. Para él era mejor dejar que otros hiciesen la excavación, la planificación y la construcción. Su hogar estaba en medio de la batalla, donde la audacia era una virtud y la furia un borde asesino.

Guerreros salieron de la tormenta infernal de explosiones y fragmentos segadores, buscando asideros junto a él. Ellos siguieron su ejemplo, sabiendo que donde Kroeger hollaba, la sangre del enemigo fluiría seguro. Fuego y ruido atronaban en

torno a él mientras subía más altos y los lanzagranadas expulsaban su carga en cascadas descendentes, pero el enemigo se estaba quedando sin municiones explosivas y había muy pocas como para hacer algún daño real. La metralla rebotó entre las filas de los Guerreros de Hierro, pero encerrados dentro de las capas de ceramita de su servoarmadura, sólo un puñado de ellos fueron lacerados.

Vannuk subía junto a él, su armadura bruñida salpicada de pequeños impactos de armas, y su casco manchado por quemaduras térmicas. Tenía su bólter en una mano y soltó una corta ráfaga de fuego. Un grito desgarrador, y un cuerpo cayó de la muralla.

-Primera sangre para mí -gruñó Vannuk.

El bólter de Kroeger estaba todavía adherido magnéticamente a su muslo, y probablemente permanecerá allí hasta que llegasen a la cima de la muralla.

-¿A quién le importa la *primera* sangre? -dijo Kroeger. –En tanto haya sangre.

Vannuk se detuvo para apuntar a otro blanco, pero Kroeger sintió la pared bajo él temblar con la actividad de los sustratos y golpeó con el puño en una grieta en la pared. Extendió los dedos de su guante para soportar su peso y volvió a agarrar un asidero a su izquierda cuando la pared desgarró un pedazo malicioso, como las fauces de un depredador emboscado. Vannuk apenas tuvo tiempo de gritar antes de ser tragado. Zarcillos de roca líquida rezumaron de la brecha al instante, cerrando el desgarro de la pared de nuevo.

-Idiota -fue todo lo que Kroeger se dignó en decir sobre la muerte de Vannuk y se empujó a sí mismo hacía adelante.

Subió en un patrón azaroso y con un esfuerzo creciente, evadiendo los brillantes picos de roca y disparos con una mezcla de habilidad y suerte. Una torreta se deslizó por la pared envuelta en llamas donde había estado subiendo sólo un momento antes. Su tripulación cibernética fundida en un manojo de cables temblando antes de golpear en las rocas de abajo. Sus paneles blindados volaron por la base nada más explotar. Las llamas crecieron ávidas sobre el impacto y las estelas haciendo tirabuzones se dispersaron en todas direcciones cuando su tolva de munición detonó.

Una de las granadas detonadas golpeó la pared junto a él, y Kroeger se estremeció cuando el impacto le causó una ceguera momentánea de su visor. Levantó la vista para ver una larga fila de rostros asustados que miraban hacia él y sonrió. Ellos le tenían miedo y estaban en lo correcto al sentirlo.

-¡La muerte viene a por vosotros! -le gritó a ellos. -Este hierro fuera pronto será hierro dentro!

Explosiones esporádicas de fuego golpearon en su servoarmadura, una mezcla de fuego láser y proyectiles sólidos. Los disparos azotaron sus hombreras, pero no las penetraron. Kroeger se agachó y liberó el bólter de su muslo. Giró el arma para apuntarla y disparó una ráfaga de tres rondas de proyectiles.

La cabeza de un hombre simplemente desapareció; el traumatismo del impacto fue lo suficientemente potente como para arrancar el cráneo de su columna vertebral. A otro soldado le explotó el pecho cuando el proyectil de Kroeger detectó la masa suficiente para provocar la detonación de la ojiva. El tercer hombre cayó hacia atrás gritando, su cara arrancada por esquirlas de hueso de los muertos junto a él. Era un desperdicio gastar proyectiles reactivos de masa en mortales, pero el gran desastre que hacía en sus frágiles cuerpos era demasiado satisfactorio para ignorarlo. Apretando el bólter de nuevo a su muslo, Kroeger se arrastró hacia arriba, mano sobre mano, sonriendo bajo la visera de hierro al ver las almenas masticadas a su alcance. Las defensas integrales de la pared estaban muertas, y ahora no había nada para detenerle.

Se agarró a una longitud barra de refuerzo sobresaliendo y se impulsó hacia arriba, rodando sobre los restos rotos de los dientes de la pared. Fragmentos de balas estaban incrustados en la piedra y nada más sobrepasar la muralla tuvo su bólter libre de nuevo y en busca de objetivos.

Sólo dos Guerreros de Hierro sobrepasaron la pared con él: Vortrax y Ushtor, reconociéndoles por los patrones sobre los yelmos y hombreras. Kroeger vio a un Puño Imperial volverse hacia ellos, un capitán a juzgar por su mirada. Su rostro registraba sorpresa y gritó una advertencia a otros dos puños en cuclillas en medio de una formación equivalente a una compañía de mortales asustados.

-¿Sin casco? -silbó Kroeger, apuntando y disparando en un movimiento fluido. –Estúpido.

El capitán cayó, pero Kroeger se irritó al ver que su disparo sólo le había rozado. Los otros Puños Imperiales se levantaron en su defensa, separándose y disparando contra sus atacantes. Los soldados mortales soltaron disparos al azar, presas del pánico.

Vortrax cayó de espaldas contra la pared en ruinas, su coraza machacada por el fuego bólter concentrado. Detonaciones espasmódicas y el crujir de los huesos al hacerse puré le dijeron a Kroeger que su legionario estaba hecho pulpa dentro de su servoarmadura.

Ushtor intercambió disparos con los puños, pero estos guerreros eran demasiado fríos bajo fuego enemigo como para ser atrapados por salvas indisciplinadas. Kroeger se tomó su tiempo y colocó su arma con fuerza en el hombro. Apuntó al más occidental de los Puños Imperiales y le metió dos tiros colocados cuidadosamente en su casco. El guerrero cayó al instante, con la parte posterior de la cabeza volada y goteando materia cerebral y huesos quemados.

Donde los soldados mortales redirigieron su atención a la lucha en las murallas, dos Guerreros de Hierro sobrepasaron la pared. Fuego bólter apisonó a los soldados mortales, arrancando brazos de los hombros y piernas de los torsos como los cuerpos atrapados en las hojas agitadas de una trilladora. Sus gritos eran puras lamentaciones, y Kroeger obtuvo poca satisfacción en sus muertes sin sentido.

Los Puños eran el verdadero premio aquí.

El capitán caído se levantó con una espada desnuda que ardía con una luz dorada cuando saltó hacia los dos Guerreros de Hierro. Primero uno, luego el segundo murió, despachados con poderosos golpes dirigidos a los puntos débiles de su armadura. El capitán les lanzó de la muralla de una patada a la pared y se volvió hacia Kroeger.

-¡Venid a mí y morid traidores! -gritó, su cara una máscara de sangre desde donde el tiro de Kroeger había arrancado un surco profundo del tamaño de un dedo en el cráneo. Kroeger sacudió la cabeza y le disparó dos veces en el pecho.

A su lado, Ushtor se derrumbó, su armadura reventada hacia fuera por la fuerza de las detonaciones de las ojivas. Kroeger ignoró los gruñidos moribundos del guerrero y cargó hacia el Puño Imperial que lo había matado.

Otro guerrero sin timón. ¿Es que los hijos debiluchos de Dorn *querían* que les volasen sus cabezas?

El Puño se apartó, expulsando el cargador de su bólter e introduciendo uno nuevo.

-No tienes a donde correr -dijo Kroeger.

-No estoy corriendo -respondió el Puño Imperial. -Estoy esperando.

Muy a su pesar, la curiosidad de Kroeger se despertó. -¿Esperando a qué?

-A ellos -dijo el puño.

Impactos como martillos envolvieron a Kroeger y sintió el dolor de las heridas lacerantes perforadas en él. Se dejó caer sobre una rodilla, viendo al menos a dos docenas de Puños Imperiales avanzando hacia él. Le dispararon desde la cadera, pero no sufrieron pérdida de precisión por ello. Dos proyectiles más lo golpearon antes de que pudiera retorcerse a una cobertura: uno en el hombro, el otro en el centro de su pecho. Iconos de advertencia nacieron en su visera y tosió un fajo de sangre a través de la rejilla de respiración de su casco.

Kroeger luchó para disparar un último tiro, pero su brazo colgaba inútilmente a su lado y su bólter yacía en pedazos ante él. Ni siquiera se había dado cuenta de que había perdido el arma. Miró por encima del borde de la pared, viendo sólo a un puñado de Guerreros de Hierro trepando hacia la muralla. Cientos de soldados mortales se opusieron a ellos con explosivos y fuego masivo. No habría ninguna ayuda por ese lado por ahora.

Cuan degradante era ser rechazados de la fortaleza por dicha escoria.

Kroeger miró la sangre oscura acumularse frente a él, su brillante resplandor y su olor ferroso curiosamente agradable incluso cuando escapaba de sus numerosas heridas.

Una sombra fría cayó sobre las murallas ensangrentadas, y una ráfaga rugiente de aire caliente descendió del cielo nacida de retrorreactores aullando. La sangre derramada de Kroeger hirvió por el fuego y los mortales gritaron mientras sus uniformes estallaron en llamas. El Puño Imperial con quien había intercambiado palabras cayó cuando la munición en su bólter explotó y transformó sus muñecas en apéndices carbonizados de carne y protuberancias de hueso fusionado.

Algo cayó del cielo, monstruoso y frío.

Aterrizó en el corazón de la ciudadela con el tañido de una campana propia de un funeral - el maestro olímpico de la batalla, un semidiós enfundado en una servoarmadura bruñida, un avatar del trueno portador de un martillo propio de su poder.

Perturabo, el Señor del Hierro.

Con la llegada del primarca, la batalla había terminado.

El resultado del asedio, nunca puesto duda, finalmente se decidió por su presencia indomable.

Perturabo se posó de rodillas, con un brazo en ángulo delante de él como si jurase homenaje a un maestro invisible, la otra extendida de su cuerpo. En la mano extendida, empuñaba un martillo de la longitud de un hombre mortal, cuya empuñadura estaba formada de una aleación que era tan inquebrantable como desconocida, modelada como el mármol, veteada con rayos y coronada por una piedra de ámbar con hendiduras en arco procedentes de un ojo rasgado en llamas. La cabeza del martillo era de acero y oro, su parte posterior erizada de pinchos, su cara asesina plana y sedienta de sangre.

Este regalo del mismo Señor de la Guerra no era un martillo de herrería, ninguna herramienta de forja o símbolo de unidad.

Rompeforjas era un instrumento para asesinar, un instrumento de muerte y nada más.

Un manto de acero entrelazado cubría los anchos hombros de Perturabo como la piel escamada de un gran dragón plateado y la gorguera elevada del primarca arrojaba una luz rojiza en sus rasgos cincelados. Sus ojos eran del azul más frío, como el acero helado, brillando en la penumbra del día y su cuero cabelludo totalmente rasurado, herido y enhebrado densamente con rastas de cableado.

Los Puños Imperiales que habían venido a matar a Kroeger vieron la más sublime oportunidad de causar daño a la personificación de su odio, ignorando a su enemigo desangrándose y tomando la única oportunidad que tendrían de atacar a un primarca enemigo. Kroeger había marchado con su Legión desde la gran reunión en las gloriosas columnas del palacio del Tirano, pero podía contar con una

mano las veces que había tenido el privilegio de ser testigo de su primarca en plena guerra.

Cada una de las veces había sido en la distancia, y siempre había sido una guerra hecha a distancia.

Esto marcó la primera vez que había visto al Señor del Hierro matar en persona. Fue un momento que jamás olvidaría.

Perturabo mató al primero Puño Imperial antes de que Kroeger siquiera fuese consciente de que se había movido, girando sobre sus talones y dejando que el martillo se deslizase a través de sus manos hasta que la sostuvo tan lejos como pudo. La cara asesina alcanzó al primer guerrero, borrándoles en una explosión de carne, hueso y ceramita rota. La capa plateada de Perturabo se deslizó con él, sus escamas afiladas atravesando la armadura de un segundo guerrero y dejando sus mitades atravesadas tan limpiamente que a Kroeger le pareció que podría volver a ponerlas juntas sin esfuerzo.

Un tercer guerrero consiguió llegar a corta distancia, pero nunca tuvo la oportunidad de siquiera levantar su arma. El Señor del Hierro extendió su mano derecha y una tormenta de fuego apuñaló al Puño Imperial. Una docena de balas detonaron casi simultáneamente, desgajándole con tanta seguridad como si una carga de demolición hubiese explotado dentro de su cavidad torácica. La poca carne y sangre que quedaba del guerrero de Dorn cayeron al suelo en una lluvia roja pegajosa.

Y entonces el Círculo de Hierro se descolgó alrededor de Perturabo.

Seis figuras descomunales hechas de pesadas planchas de hierro y oro reluciente, cada una rompiendo la tierra con la fuerza de un ataque de artillería. Se enderezaron con un gemido de neumática y un parpadeo de los protocolos de adquisición de blancos. Los colosales robots de batalla formaron entorno a Perturabo, elevando martillos de asedio pesados y escudos tormenta monstruosos de gran tamaño a medida que sus sistemas operativos evaluaban la situación de los enemigos dispuestos ante su amo.

Los disparos llovieron hacia Perturabo, pero el Círculo de Hierro se desplegó en un muro de escudos inexpugnables de hierro, desviando y absorbiendo cada

disparo. Los escudos se abrieron y Perturabo cargó a la masa de los Puños Imperiales, moviendo el martillo alrededor de su cuerpo en arcos mortales rompiendo blindajes, quebrando cuerpos, aplastando cráneos, seccionando miembros y terminando vidas. El Círculo de Hierro avanzó a su lado, sus martillos de asedio arrojando cuerpos destrozados a las paredes con la fuerza de sus oscilaciones. Ellos empujaron a los guerreros enemigos hacia las murallas, protegiendo los flancos de Perturabo mientras *Rompeforjas* machacaba a los Puños en trozos deshuesados y sus bólters montados en su guante despedazaban los restos.

La Muerte cubría con su sudario al Señor del Hierro pues él era su mensajero.

Kroeger forzó el aire en sus pulmones en respiraciones cortas y trémulas cuando el último Puño Imperial murió. *Rompeforjas* se estrelló contra la piedra de la muralla, excavando un cráter equivalente al de un bunker alcanzado de lleno por una ojiva de alto explosivo. Polvo de roca a gran velocidad se elevó alrededor de Perturabo, instalándose en las placas de su servoarmadura como copos de nieve arrastrados por el viento.

Casi treinta marines muertos en el lapso de cinco latidos de corazón.

La sangre que se escapaba del cuerpo destrozado de Kroeger ya era débil, su cuerpo caliente al contacto por los mecanismos de curación de su biología post-humana. Se puso de rodillas y agachó la cabeza al sentir la mirada de Perturabo volverse hacia él. Fuertes pisadas se acercaron y el borde pegajoso del martillo del primarca tocó la parte inferior de su casco. Una suave presión levantó la cabeza de Kroeger y este miró a los ojos de su primarca, las negras pupilas de gran tamaño que reflejaban la luz carmesí de su gorguera. Kroeger tembló bajo la mirada de Perturabo, pero parecía que la ira del primarca había sido empleada en los Puños Imperiales.

-Quítate el casco -ordenó el Primarca, su voz fría como el coque de dos glaciares.

Kroeger asintió y lo alcanzó con el brazo y mano sanos, deshaciendo el sello en un lado. No fue fácil para deshacer el otro, pero el casco finalmente se liberó con un siseo de compensación de presión. Él levantó su casco sin dificultad, parpadeando mientras se ajustaba a ver el mundo sin los efectos de filtrado de su óptica mejorada. El aire era cálido y cargado de polvo, perfumado con un tinte metálico

por los yacimientos ferrosos bajo de la superficie y la gran cantidad de sangre derramada sobre la piedra de las murallas de la ciudadela.



Perturabo en la batalla contra los hijos de Dorn.

Un halo danzaba alrededor de la cabeza de Perturabo, motas de polvo de piedra y polvo atrapados en las energías ionizantes de sus interfaces craneales. Sus rasgos eran pálidos y cerosos, blanqueado de todo color después de meses de reclusión, pero el pálido sol ya estaba provocando la producción de melanina e infundiendo una textura de cuero a la piel.

-Tú eres Kroeger, ¿verdad? -dijo Perturabo.

Durante un instante aterrador, Kroeger no pudo pensar en su propio nombre, pero la pregunta del primarca era puramente retórica.

-Te recuerdo de Isstvan -continuó Perturabo, hablando como si cada palabra doliese. -Eres uno de los alborotadores de Harkor, un perro de ataque con un gusto por la sangre.

Kroeger no sabía si eso era una alabanza o censura, y se mantuvo en silencio mientras Perturabo se volvió, examinando los restos humanos del baluarte. El Círculo de Hierro se trasladó al unísono junto al Primarca, portando sus escudos en un lado y sus martillos silbantes mientras la sangre derramada ardía en los campos de energía que les rodeaban.

Cada autómata llevaba el blasón de un guerrero de la legión, y sus fríos corazones de máquina le eran tan fieles como fuera posible para estar. Perturabo había formado el Círculo de Hierro como consecuencia del ataque en la *Sangre de Hierro*; una unidad autosuficiente de asesinos implacables, devotos dedicados y pretorianos incorruptibles, todo en uno.

Kroeger hizo una mueca cuando su brazo herido estalló de dolor y cerró los dedos en un puño. Oyó el sonido de pies marchando, fuego bólter, hierro sobre la piedra y el zumbido de los motores de los aviones de todas las direcciones. Era evidente que todavía había cierta resistencia en el interior de las murallas de la ciudadela, pero su corazón les fue arrancado por la inesperada aparición de Perturabo. Kroeger volvió el rostro hacia el cielo, viendo un Stormbird dando vueltas con su rampa de asalto trasera bajada. Brillaba con acero esmaltado, oro y negro, sus flancos reforzados y armados con bastidores de misiles y múltiples torretas de bólter pesado.

Este era el último transporte de Perturabo, una lanzadera de asalto pesada capaz de llevar al Círculo de Hierro al tiempo que ejecutaba un ataque en una zona de aterrizaje caliente con una alta probabilidad de hacerlo de nuevo. Donde a sus hermanos primarcas les gustaba adornar sus lanzaderas con ornamentales y heroicos nombres personales, Perturabo no se entregaba a tales exhibiciones de ego/vanidad.

Estas lanzaderas solo servían para la batalla y cuando fuese destruida otra sería construida.

-¿Dónde está tu Herrero de Guerra? -preguntó Perturabo, devolviendo los pensamientos de Kroeger al terreno.

Kroeger escupió una bocanada de sangre mezclada con polvo antes de contestar. –El Triarca Harkor está con las armas, mi señor. Espero esté en camino ahora.

-Sin duda -respondió Perturabo, mirándole de cerca, como si lo contemplara por primera vez. -¿Sólo tú sobreviviste al sobrepasar la muralla?

-Sí -respondió Kroeger, sin sentir necesidad de mencionar a Vortrax y Ushtor. Si había gloria que recibir, ¿qué sentido tenía dividirla con los muertos?

-Levántate -dijo Perturabo.

Kroeger obedeció al instante, provocando las quejas de su cuerpo por la interrupción de los ciclos de curación.

Perturabo lo miró extrañamente, como si buscara algo que no podía nombrar, pero que intuía estaba allí, escondido de la vista como una semilla en tierra fértil, nutrida no lista para florecer.

-Interesante -dijo, dejando que Kroeger se preguntase a qué se refería.

Kroeger oyó las escalas de asalto golpeando contra las paredes y el chillido de elevadores neumáticos. Lo protocolos que habían apoyado las defensas parecían haber corrido la misma suerte que los Puños Imperiales, y no pasó mucho tiempo antes de que los Guerreros de Hierro treparan sobre las murallas masticadas como vencedores en lugar de atacantes.

Una serie de ligeros Thunderhawks aullaron hacia el núcleo de los recintos interiores de la ciudadela, como si se preparan para un despliegue de combate.

Rampas de asalto se estrellaron contra el suelo y las formas voluminosas de numerosos Herreros de Guerra de los Guerreros de Hierro surgieron. Kroeger desvió la mirada cuando vio al Herrero de Guerra Harkor marchando hacia él junto con lord Forrix.

Los compañeros triarcas de Harkor iban con la cabeza descubierta y sus cascos vulcanizados recogidos tras sus cabezas rapadas. Conectores neurales acanalados discurrían sobre sus cabezas como las trenzas tejidas de un guerrero tribal de un mundo salvaje. Emergiendo del mismo Thunderhawk de lord Forrix apareció la gran figura del Herrero de Guerra Falk. Aunque su armadura era superficialmente idéntica a la usada por Forrix media una cabeza más que este, siendo su físico el mayor de los Guerreros de Hierro.

El último en salir de su lanzadera fue Toramino, maestro del Stor-bezashk. Donde los otros Herreros de Guerra preferían la protección voluminosa de una servoarmadura Cataphractii, Toramino estaba equipado con una servoarmadura Mark IV Maximus. Y mientras sus compañeros guerreros estaban asquerosos y recubierto con una pátina del polvo rojo omnipresente en este valle, la armadura de Toramino estaba pulida con esmero acabado, como si fuese recién presentada por su creador en las fraguas marcianas. Una capa de malla negra caía en cascada de sus hombros como un derrame de petróleo, lo que contrastaba con el blanco puro de su cabello trenzado.

Los Herreros de Guerra acercaron a su primarca con cierta cautela, pues se decía que sus humores se habían vuelto cada vez más volátiles e implacables en los últimos tiempos. Los rumores de cómo el Herrero de Guerra Berossus había quedado por sus lesiones horribles aún eran moneda recurrente en el mercado de los susurros, y Kroeger no les envidio por su alto rango.

Los Herreros de Guerra se dispusieron ante el primarca, cada uno dejándose caer sobre una rodilla y golpeando su puño derecho en la palma de la mano izquierda.

-Del hierro proviene la fuerza -dijeron.

Perturabo puso el pomo de *Rompeforjas* en el mosaico de restos del suelo, inclinándose hacia delante para descansar sus brazos sobre su ancha cabeza. El gesto tenía la intención de parecer relajado, pero Kroeger vio la tensión latente en el cuerpo del primarca, como un cable tensado al límite de su resistencia a la tracción.

Sí, decidió: era mejor ser un soldado que un líder.

Forrix no se dejó engañar por la aparente tranquilidad de su primarca. A pesar de que habían pasado muchas semanas desde la última vez que había puesto los ojos sobre Perturabo, vio a través de la grieta en su fachada construida el núcleo enojado en su interior. Su señor no era un guerrero que se ocupaba de sus subordinados con la familiaridad fácil que algunos de los otros primarcas decían disfrutar. Miró a Harkor, las características serviles de su compañero Triarca llenas de orgullo.

La Ciudadela Cadmean había caído, y parecía que el Gran Batallón de Harkor había sido el que quebró definitivamente las defensas de los Puños Imperiales. Los pensamientos de Harkor se movían recurrentes al honor que seguramente debía acompañar ese logro, pero Forrix veía ese momento a través de una lente diferente.

Desde Isstvan, Perturabo se había convertido en un gigante de terribles estragos y violencia espontánea, y Harkor estaba apostando a que la humillación de los hijos de Dorn apenas podría calmar su ira fundida. Sin embargo, cuando el silencio entre primarca y Herreros de Guerra se extendió, incluso la certeza de aprobación de Harkor comenzó a tambalearse. Sólo el crujido de su servoarmadura, el suspiro del viento repentinamente calmado y el crujido metálico de la capa del primarca perturbaron el vacío.

-¿Fui específico en mis órdenes, no? –dijo Perturabo al fin, deslizando Rompeforjas nuevo en su arnés en el hombro.

Sólo podía haber un Herrero de Guerra del que pretendiera responder a esta pregunta y Harkor se puso de pie, huérfano ante la incertidumbre y sus compañeros.

-Mi señor, yo… -fue todo lo que pudo decir antes de que el guantelete de Perturabo se apoderase de su gorguera y lo levantara en el aire. Aunque Harkor estaba encerrado en la más pesada de las servoarmaduras de las Legiones Astartes, Perturabo lo levantó sin dificultad hasta que estuvo cara a cara con el azul de acero de la mirada fría del primarca.

-¿Acaso el Triarca Harkor manda ahora a los Guerreros de Hierro?

-No, mi señor- jadeó Harkor. -Tú y sólo tú eres señor de los hijos de Olympia.

-Ya veo- dijo Perturabo, como si reflexionase sobre esto. -¿Y es el Triarca Harkor consciente de esto?

El Herrero de Guerra asfixiado asintió, la garganta demasiado constreñida como para balbucear palabras. Una sección soldada se separó del peto y remaches mecanizados saltaron quebrados de su alojamiento en la gorguera. El poder para aplastar tales placas irrompibles estaba más allá de lo imaginable.

-Y sin embargo él piensa ignorar mis órdenes e idea estratagemas propias -dijo Perturabo. -Una interpretación interesante de la cadena de mando, ¿no te parece?

Harkor respiró cuando el agarre de Perturabo se aflojó una fracción.

-Mi señor, vi una oportunidad -dijo entre jadeos sibilantes. -Una oportunidad para la victoria.

Perturabo asintió con la cabeza, como si hubiera sabido esto todo el tiempo, pero no liberó a Harkor o lo bajó al suelo.

-¿La victoria?

-La fortaleza es vuestra, mi señor.

-No por medio de cualquier plan del Triarca Harkor -espetó Perturabo, volviéndose hacia el guerrero ensangrentado de pie tras de él. Forrix no lo reconoció, pero él tenía la mirada de un asesino, el tipo de luchador a puño limpio que quieres a tu lado en el infierno de una brecha o el baño de sangre en las distancias cortas de una acción de abordaje.

Perturabo dejó caer a Harkor, e hizo un gesto al guerrero para que diera un paso hacia delante.

-Este es Kroeger, y es todo tu gran plan visto desde las murallas vivas -dijo el primarca, agarrando las curvas llenas de cráteres de las hombreras del guerrero. -Las vidas de mis legionarios fueron segadas en vano mientras tú observabas desde una batería de cañones más abajo. Me esperaba más de mis Herreros de Guerra, Harkor, especialmente de uno del Tridente. Esperaba disciplina y la lealtad, pero sobre todo esperaba una obediencia inflexible a las órdenes que he dado.

Forrix esperaba el golpe que aplastaría la vida de Harkor, similar al que aplastó a Berossus, pero nunca llegó. En cambio, Perturabo extendió la mano y se apoderó

de la guardia del hombro de Harkor con la mano izquierda. Con la derecha, arrancó el peto del pecho de Harkor con un solo tirón desgarrador. Chispas, cables y fluidos electroconductores rociaron la herida. La coraza resonó en el suelo, pero Perturabo no había acabado.

Pieza por pieza, el Primarca arrancó la servoarmadura de Harkor de su cuerpo, dejando caer las placas desgajadas a sus pies como piel mudada. Cada componente fue eliminado contundentemente hasta Harkor permaneció en pie, mucho menos alto, con su armadura desgarrada, los tubos conectados a su cuerpo rotos y cables lacios de transmisión de fluidos químicos colgando allí donde fueron separados.

-Eres incapaz de llevar esta armadura, Harkor -dijo Perturabo. –Del hierro viene la fuerza. De la fuerza viene la voluntad. De la voluntad viene la fe. De la fe viene el honor. Del honor viene el hierro. Has demostrado que no posees ninguna de estas cualidades. Eres el óxido que corroe el metal, un engranaje fallido que debe ser eliminado del cuerpo de la máquina antes de que el daño se propague.

-Mi señor, por favor -empezó Harkor, pero una mirada gélida del primarca marchitó su lengua.

-Desde este momento ya no eres un triarca -dijo Perturabo. -Cada hoja del Tridente debe ser tan sólida e inflexible como la mano que lo maneja y tú eres débil, Harkor.

Harkor sacudió la cabeza en muda negación cuando su mundo se desplomó a su alrededor, y Forrix no pudo evitar una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios delgados. Nunca había creído a Harkor digno de un lugar en el Tridente, pero había mantenido sabiamente su opinión para sí.

.Quedas despojado de todo rango y ahora simplemente serás un guerrero del 23er Gran Batallón -dijo Perturabo. -Estarás en las filas de combate, como cualquier otro hermano de batalla. Fuera de mi vista, estás despedido.

Harkor palideció ante tan terrible castigo y Forrix se preguntó si él podría atacar a Perturabo en su desesperación, pero parecía que el triarca caído en desgracia carecía incluso de la columna vertebral para un escape final de su vergüenza. Harkor se dio la vuelta y se marchó, un hombre roto al que todas las esperanzas y sueños de ambición le habían sido aplastados para siempre.

Perturabo volvió a concentrarse en sus principales Herreros de Guerra, cada uno ahora oliendo el olor enfermizo de las oportunidades. Con Golg muerto en Phall y Harkor deshonrado, Forrix sintió la fuerza de Toramino y la ambición de Falk.

-Parece que a mi Tridente le faltan *dos* miembros -dijo Perturabo, soltando un suspiro que parecía que se había forjado en sus pulmones durante años. Y con esa exhalación, una carga pareció levantarse del primarca, como si la mordacidad que se había posado sobre él después de matar a los asesinos infiltrados en la *Sangre de Hierro* se fuese con él.

Forrix se puso de pie, sabiendo que su complacencia ya no era necesaria.

-Estamos listos para servirte -dijo Barban Falk, de pie junto al resto de los Herreros de Guerra.

-Soy tu humilde siervo, mi señor -añadió Toramino. -Honrado veterano, hijo orgulloso y guerrero de confianza.

Perturabo regaló su sonrisa más fúnebre y dijo: -El fenicio y su ejército de libertinos desembarcará en el planeta en cuestión de horas, y necesito al Tridente a mi lado cuando venga. Forrix, ¿A quién sugerirías como reemplazos adecuados para vuestros compañeros caídos?

Forrix había estado esperando esto, y aunque había muchos Herreros de Guerra en la IV Legión, sólo unos pocos tenían la voluntad necesaria para estar al lado del Primarca. Dargron había perecido en los últimos espasmos violentos de Phall y el primarca había enviado a Varrek y su gran batallón a destinos desconocidos en las postrimerías de esa batalla. Ambos habían sido preparados para ser los futuros triarcas, pero Forrix sabía qué respuesta se esperaba de él en este momento.

-Los Herreros de Guerra Toramino y Falk serían guerreros excelentes para el Tridente -dijo Forrix. -Deseas fuerza y poder a su lado, y ambos poseen esas cualidades en abundancia.

Perturabo asintió mientras tenía en cuenta esta respuesta.

-Cualquier otro día habría estado de acuerdo con usted de todo corazón, Forrix -dijo, mirando al cielo con una risa gutural. -Pero hoy no es un día como cualquier otro.

Forrix no estaba seguro del significado de la respuesta del primarca, y se mantuvo en silencio mientras Perturabo se puso delante de Barban Falk y puso sus manos sobre su cabeza en señal de bendición. Aunque enorme, incluso para los estándares de las Legiones Astartes, Falk quedó eclipsado por la sombra mayor de Perturabo.

-Barban Falk, te convertirás en uno de mis triarcas -dijo Perturabo y Falk golpeó con el puño en su palma una vez más. Pero si Toramino esperaba el mismo honor, sus esperanzas de ascenso se desvanecieron por las siguientes palabras del primarca.

-Toramino, eres es un buen Herrero de Guerra, pero nadie manda al Stor-bezashk como tú -dijo Perturabo. -Quiero sangre nueva en el Tridente, una voz fresca que sacuda el polvo de nuestra complacencia.

-¿Mi señor? -dijo Toramino, expresando pura incredulidad. -No lo entiendo...

El primarca arrastró a su lado al guerrero ensangrentado que había luchado su ascenso por las paredes.

-Kroeger tomará el mando del 23er Gran Batallón -dijo Perturabo. -Será la tercera hoja de mi Tridente.

TRES

Sangre nueva

Cavea Ferrum

Santuario

Perturabo decretó que descenderían de la montaña a pie, caminando por la carne rota y metal quemado que atestiguaban el asalto fallido de Harkor. Era un mensaje poco sutil, pero el Señor del Hierro no era conocido por sus maneras delicadas. Sin embargo, Forrix se recordó a sí mismo, la falta de sutileza no equivalía a ser simplista. Décadas de guerra pasadas en trincheras llenas de sangre y brechas bajo una lluvia de ojivas explosivas habían desgastado los bordes más nítidos del ingenio y sofisticación contundente de Perturabo, pero el intelecto alquímico tras la mirada de zafiro del primarca no debía ser subestimada.

El primarca marchó por delante de ellos, rodeado por las fuertes escudos del Círculo de Hierro. Su ritmo era pausado, quería que sus subordinados vieran la ruina de Gran Batallón de Harkor, la minuciosidad con la que la escalada había sido destruida por los Puños Imperiales y el precio de la desobediencia. En comparación con Berossus, Harkor lo captó a la primera. ¿Era una señal de que Perturabo había salido del pozo profundo de los pensamientos oscuros que le habían envuelto en los últimos tiempos?

Forrix caminaba con Falk y Kroeger, el nuevo patriarca que aún no había roto su silencio, aturdido tras su elevación al Tridente. Toramino caminaba tras ellos, envuelto en una amarga frustración y excluido de su presencia por la inesperada promoción de Perturabo al guerrero de Harkor. Si Kroeger sentía las dagas del Herrero de Guerra humillado hundiéndose en su espalda con cada mirada, estaba haciendo un trabajo admirable de ignorarlas.

El silencioso paseo cuesta abajo no había cambiado la opinión de Forrix sobre Kroeger; su cara de huesos rotos le dijo todo lo que necesitaba saber. Kroeger era un arma embotada, una herramienta para ser manejado por sus superiores. ¿Había sido un acto de voluntarismo por parte de Perturabo hacerle uno del Tridente, o tenían su talento para el reconocimiento de la materia prima, el potencial de malear algo que veía en Kroeger allá de su brutalidad? Sería mejor andar con cautela en torno a él, hasta que su valía fuese probada.

Equipos de ingenieros pasaron en su camino cuesta arriba, seguidos de cuadros de tecnosacerdotes vestidos de negro y sus andantes, arrastrados y flotantes palanquines. Estrafalarios más allá de los requisitos de la funcionalidad eran cosas abominables y monstruosas, bulbosas, repletas de extremidades y equipadas con incontables formas de locomoción.

-Buitres rapiñando un cadáver -dijo Falk con disgusto.

-¿Los Pneumachina? -preguntó Forrix.

-¿Así es como se llaman a sí mismos ahora?

-Eso he oído -dijo Forrix, mirando como un ingenio de construcción pesada segmentada se trasladaba cuesta arriba sobre orugas con un movimiento peristáltico ondulado. Esclavos untados de aceite se arrastraban tras él, sus cuerpos demacrados

perforados con cintas metálicas impresas con líneas blancas y negras de grosor variado. Adeptos encapuchados portaban mochilas que emitían eructos de humo que apestaban a fluidos de embalsamamiento y lubricantes reciclados mientras azotaban a los esclavos con látigos de púas, recitando números sin sentido o rebuznando sonidos atonales.

-Bueno, sean lo que sean ahora, es indecoroso profanar un lugar como este.

-¿Profanar? -dijo Forrix con una sonrisa indulgente. -Este no es un lugar sagrado, es una fortaleza de piedra y acero, muros y baluartes. Peor aún, es un lugar arruinado.

-Por ahora -dijo Falk. -Cuando hayamos terminado con la rebelión de Horus, regresaré para reconstruirlo.

-Es tu rebelión también, Herrero de Guerra -dijo Kroeger.

-¿Qué has dicho? -dijo Falk.

-He dicho que también es *tu* rebelión -repitió Kroeger.

Los ojos de Falk se estrecharon, expandiendo la negrura de sus pupilas, mientras trataba de leer el subtexto de las palabras de Kroeger. Forrix tuvo que discrepar a Kroeger - expresar tu desacuerdo ante un Herrero de Guerra era prácticamente una condena a muerte, ya fuese con el extremo de un puño de combate o en una reasignación rápida a una misión suicida.

-¿Y qué has querido *expresar* con lo que has dicho? -presionó Falk.

Kroeger frunció el ceño, como si estuviese confundido por la pregunta. Forrix se dio cuenta de que no se trataba de que no hubiese entendido a Falk, simplemente que no había engaño en sus palabras, solo verdad barnizada.

-La causa del Señor de la Guerra es nuestra causa -dijo Kroeger. -Luchamos como uno o seremos derrotados.

Forrix rio, su sonido haciendo eco gracias a las rocas malditas de la montaña. -Creo que ahora veo por qué el primarca te quería en el Tridente -dijo.

-¿En serio? -dijo Falk. -Entonces eres mejor juez del carácter que yo.

-Aquí Kroeger es un altavoz plano -dijo Forrix. -¿No es así?

Kroeger se encogió de hombros. -Hablo como me parece, Herrero de Guerra.

-No hay rangos en el Tridente -dijo Forrix. -Cuando nosotros tres estamos reunidos, soy simplemente Forrix. Y tú eres simplemente Kroeger.

Forrix señaló con el pulgar al imponente Falk. -Pero sigue siendo el Herrero de Guerra Falk. Incluso para mí.

Kroeger asintió con la cabeza, ignorando el intento de Forrix para calmar la tensión, y dijo: -¿Así que soy un Herrero de Guerra ahora?

Forrix no había pensado en eso. -Perturabo te dio el gran batallón de Harkor así que sí, supongo que eres. Mis felicitaciones, Herrero de Guerra Kroeger.

Desde el punto de vista de Kroeger, Forrix bien podría haberle entregado un cáliz de ácido mortal y obligarle a beber hasta la última gota.

-Nunca pensé en ser un Herrero de Guerra -dijo Kroeger. -Es un rango que no se ajusta a mi temperamento.

-Entonces tu temperamento tiene que cambiar -dijo Falk.

Mirando las estrías sangrientas en la armadura de Kroeger, Forrix se preguntó si eso sería posible.

El humo empañaba la parte baja del promontorio de la montaña, restos de propelente formando una neblina pesada en la red de trincheras reforzadas con metal, como las brumas compuestas de plagas nocivas que señalaban el epílogo de una limpieza viral. Forrix observó a los artilleros Stor-bezashk en pozos de artillería blindados echando fuera los cañones gastados de las piezas de artillería Thunderstrike, mientras voluminosos servidores Ogryn cargan proyectiles sin disparar en leviatanes blindados para su retorno a los depósitos profundos de almacenamiento.

Pasó ante esclavos capturados en el camino a esta limpieza mundial junto a servidores que apuntalaban partes dañadas de la circunvalación. Con la caída de la ciudadela tales esfuerzos eran en gran medida redundantes, pero los látigos de los maestros disciplinarios cayeron tan regular y tan duramente como siempre. Perdieron a Toramino en algún lugar cerca de las baterías de cañones y Forrix ya se podía imaginar la bilis y veneno derramarse de sus labios patricios.

Su ruta cortaba un camino en zigzag a través de la obras de asedio, cada vuelta de la zanja perfectamente calculada para mantener a los guerreros al abrigo de los bombardeos. Más materiales cajones profundos para algunas excavaciones submarinas que simples trincheras sus caras eran altas y revestidas de placas resistentes a los golpes ancladas en el lecho de roca. Persianas blindadas llevaban a los reductos endurecidos que albergaban a los regimientos Seléuicdas Thorakite. Soldados nacidos en Olympia que se habían unido a los Guerreros de Hierro en el genocidio de su mundo natal, los Thorakitai eran hombres y mujeres de color caqui descolorido, corazas segmentadas y cascos diseñados a imagen de los Mark IV. Su equipo estaba saturado del ocre opaco por el polvo omnipresente, pero los mecanismos de disparo estaban protegidos en envoltorios de tela y los anillos las bocas de los cañones en papel de aluminio resistente a los arañazos.

Todo el mundo que vio Forrix estaba de rodillas, pues la noticia del paso de Perturabo le había adelantado con la velocidad de un rumor. Cualquiera que fuese la industria que estaba en marcha en la red de trincheras se detuvo al ver a Perturabo y su Círculo de Hierro, pero el primarca le prestó cero atención a sus devotos y los guerreros tras él tomaron su ejemplo. Los esclavos se humillaron en el barro, los Thorakitai permanecieron con sus rifles atados sobre el pecho y los Guerreros de Hierro golpearon sus puños en sus pechos.

Estandartes con el cráneo de hierro y banderas negras que portaban el ambarino Ojo de Horus se desplegaron como confirmación de la caída de la ciudadela, extendiéndose por todo el ejército de los alrededores. Las palabras sencillas de Kroeger volvieron a Forrix cuando sintió un estremecimiento de inquietud al ver los estandartes de Horus Lupercal levantados más alto que los de la legión. La confianza era un bien que solo podía ganarse dentro de los Guerreros de Hierro, y Forrix tomó un momento para preguntarse cómo serían de diferentes las órdenes del Señor de la Guerra de las del Emperador.

La ovación comenzó lentamente ya que nadie en la legión de Perturabo, ya fuese mortal o post- humano, era dado a mostrar en abierto sus emociones, pero pronto los rugidos bramando la victoria sonaron de un lado del valle al otro. Las historias de cómo él y sus pretorianos robot Primarca había terminado el asedio ya se estaban extendiendo y magnificando cuanto más se extendían. Perturabo ignoró los

gritos igual que ignoraba la humillación de sus seguidores, que marchaban ahora con propósito y dirección a su complejo de bunkers personal.

El camino a su entrada hundida era tortuoso y lleno de peligros, enhebrando una ruta delgada a través de hileras de alambre de espino, campos de minas en constante cambio, trampas flash, redes láser, pozos gravitón camuflados y zanjas erizadas de armas melta. Incluso los suplicantes se acercaron al sanctasanctórum de Perturabo como lo harían los atacantes y Forrix sintió que su piel se ponía de gallina cuando las ópticas de objetivos de decenas de armas lo rastrearon hasta la entrada.

Sus pesadas puertas a prueba de bombas se abrieron fácilmente sobre bisagras neumáticas de adamantium irrompible, alojadas entre decenas de metros de permacreto cinético-absorbente. Sus caras exteriores estaban adornadas con murales en oro y plata tomados de las puertas destruidas del palacio de Lochos.

La Culpa tocó a Forrix al recordar el asalto a la colina Kephalan, hacia el último refugio del autoproclamado tirano de Olympia, luchando a través de fortificaciones incorporadas en el palacio por un joven Perturabo. Defensas que habrían sido prácticamente inexpugnables con Guerreros de Hierro defendiéndolas fueron superadas en ese día, pero el coste de esa victoria había provocado una terrible herida en el alma de la legión.

Una de la que aún debemos recuperarnos, pensó Forrix.

De la mano de ese pensamiento vino otro.

¿Podrían recuperarse *alguna vez* de las atrocidades provocadas en Olympia?

Las puertas se abrieron en toda su anchura y los murales de oro aplastados por el asalto de Perturabo desparecieron. Forrix dejó escapar el aliento, mirando a izquierda y derecha para ver si sus compañeros triarcas estaban igualmente afectados por el recuerdo de su mundo perdido. Falk y Kroeger mantenían un estricto control sobre sus emociones. Ninguno de ellos había puesto un pie en el santuario de Perturabo antes de este momento y los dos guerreros estaban dispuestos a no dejar que sus impresiones aflorasen.

De los dos, Falk estaba haciendo el mejor trabajo. La cabeza de Kroeger pudo estirarse de nuevo a medida que descendían por una rampa amplia que llevó a las profundidades sombrías del bunker. A los pies de la rampa un arco de medio punto

de hierro en celosía y más allá solo sombras y el resplandor parpadeante de antorchas eléctricas.

-¿Dónde están las defensas? -preguntó Kroeger, incapaz de guardar silencio por más tiempo.

-¿Defensas? -dijo Perturabo, finalmente volviéndose a hablar con sus guerreros. El Círculo de Hierro estaba tras él, cerrando escudos en un muro inquebrantable. -¿Qué defensas necesito cuando tengo el Círculo de Hierro y el Tridente?

-Me esperaba más -dijo Kroeger. -Torretas defensivas. Más guardias. Trampas.

Perturabo gruñó con diversión. -Me gustas, Kroeger. Eres es un hombre directo. No tienes ninguno de los recelos y maquinaciones que poseen la mayoría de los guerreros que quieren estar donde estás.

Forrix se preguntó si eso había sido una púa dirigida a él, pero optó por creer que estaba dirigida a Herreros de Guerra como Toramino o Varrek, hombres que buscaban ascender en honores y gloria por su propio bien. Forrix nunca había buscado esta posición para servir a su propia ambición, sino por el bien de su querida legión. No era lo bastante inmodesto para presumir de sus habilidades, pero sabía que no eran pocos los Guerreros de Hierro que entendían la mecánica de la guerra y las necesidades logísticas de una fuerza de combate móvil tan íntimamente como él lo hacía.

-No sé por qué estoy aquí -dijo Kroeger. -Como usted ha dicho, soy un luchador.

-Eso es lo que *eras* -dijo Perturabo. -Ahora eres un Herrero de Guerra de los Guerreros de Hierro, Kroeger. Comienza a actuar como tal.

Después de tal escarmiento Kroeger se puso más erguido. Perturabo se volvió y marchó adelante, con el Círculo de Hierro permitiéndole moverse sin escapar de su seno en perfecta sincronía. Forrix y sus compañeros triarcas siguieron las huellas retumbantes de los robots blindados, sumergiéndose en la luz parpadeante de la *Cavea Ferrum*.

-¿Querías saber dónde estaban las defensas? -dijo Forrix al pasar por debajo del arco de hierro. –Aquí están.

Perturabo había diseñado el laberinto de la *Cavea Ferrum* partir de un conjunto de planos harapientos que había descubierto un siglo y medio atrás en el compartimiento secreto de un pozo crematorio tribal de los pueblos Sabelianos de la Vieja Tierra. Perturabo había reconocido el trabajo como uno de su admirado erudito Firenzii e inmediatamente los selló en el mecanismo de preservación de un campo de estasis. Que tales documento hubieran sobrevivido al paso de decenas de miles de años era milagroso, pero no menos milagroso era cómo Perturabo había reconocido un documento tan fuera de tiempo con su lugar de descanso final había llegado a terminar ahí.

Incluso entonces, recién reencontrado con su padre, Perturabo tenía una afinidad con la tierra y la piedra.

¿Fue entonces cuando el Emperador le eligió a él para subyugarlos a un propósito singular?

Las paredes del laberinto eran grises y sin rasgos, construidas modularmente para ser idénticas y facilitar su desmontaje y almacenamiento entre zonas de guerra. Cada superficie estaba completamente desprovista de marcas que pudieran ayudar a las almas perdidas atrapadas en sus profundidades complicadas. Aunque Perturabo lo negó, Forrix estaba seguro de que las rutas elegidas por cualquiera que osase caminarlo se alterarían como consecuencia de su paso, de manera que sería imposible volver sobre los pasos insensatos que condujeron a callejones sin salida. Incluso las antorchas eléctricas parecían arder con el mismo patrón de baile de las llamas, las mismas sombras y el mismo crujido de las reacciones electroquímicas.

Perturabo les llevó más y más profundo en el laberinto, giro tras giro, a través de sus paredes sin rasgos, a veces pareciendo que les llevaba sobre sus pasos, a veces acercándose sinuosamente a su corazón secreto. Como hizo cada instante que marchó por la Cavea Ferrum, Forrix intentó mapear el laberinto de su mente, pero en cuestión de minutos estaba irremediablemente perdido por giros que deberían haber sido físicamente imposibles y una ruta que no le debía nada a la garantía de las geometrías euclidianas.

-Esto no tiene sentido -murmuró Falk y Forrix sabía que se enfrentaba a las mismas circunvoluciones insostenibles en su cartografía mental. -Hemos estado en este pasaje antes, estoy seguro. Pero eso es...

-No sigas a menos que quieras volverte loco -dijo Forrix. -He intentado decenas de veces mapear este lugar, pero nunca conseguí más que retazos antes de que todo dejara de tener sentido.

-¿Cómo es posible? .preguntó Falk.

-El genio de un caballero muerto largo ha de Firenza -respondió Perturabo, saliendo de los escudos insoldables del Círculo de Hierro. -Un hijo bastardo que cambió el mundo con sus obras.

-¿Él diseñó este laberinto para ti? -preguntó Kroeger.

-No, su muerte fue hace decenas de miles de años en la Tierra, supuestamente en los brazos de su rey mecenas -dijo Perturabo, girándose a considerar las paredes en blanco del laberinto imposible. -Después de que el Emperador llegase por primera vez a Olympia y me llevara a Terra, me enteré de los Firenzii y busqué entre las ruinas de la Vieja Tierra copias de los diarios que sobrevivieron, recogiendo sus papeles ocultos y aprendiendo de las obras que persiguió en privado.

-Suena más como algo que le interesaría más al Rey Carmesí -dijo Falk.

Perturabo asintió con la cabeza, insinuando una sonrisa en el borde de los labios. -Magnus y yo pasamos muchos meses juntos en busca de los secretos enterrados. Es cierto que fueron los escritos esotéricos de los antiguos amos del mundo lo que más le interesaba. Se preocupaba más por las antiguas filosofías de las civilizaciones perdidas que sus maravillas mecánicas, pero fue una época apasionante de exploración para los dos.

Forrix le había oído hablar del genio muerto antes y, como entonces, el recuerdo encendió un feroz deseo de excavar los restos de civilizaciones olvidadas sin pensamientos de combatir, sólo la exploración y el descubrimiento de historias desconocidas. Forrix una vez había albergado ambiciones de cavar el suelo de Terra en busca de las últimas glorias arrasadas en el caos de la Vieja Noche, pero ese sueño estaba muerto. Sólo la conquista le llevaría a Terra, y cualquier excavación sería cortar zanjas en la tierra, levantar paredes y causar la ruina de lo que habían ayudado a construir.

-La cavea Ferrum no era más que un ejercicio intelectual para el Firenzii, pero vi cómo se podría convertir a fines defensivos, utilizando sus geometrías para atraer a

un enemigo desprevenido en un asalto suicida, atrapándolos de forma que el escape fuese imposible.

-Es impresionante -dijo Kroeger. -¿Hay otros como este?

-Sí, hay otro -dijo Perturabo, casi a regañadientes.

Forrix ocultó su sorpresa. Él no sabía que Perturabo había elaborado otro laberinto, pero a raíz de la frenética actividad tras la matanza de sus hermanos legionarios había mucho que no sabía de las actividades de su primarca.

-¿Dónde está? -preguntó Falk. -¿En Isstvan V?

-No, no está en Isstvan V, está a bordo de una nave-prisión que pertenece a mi hermano de la octava legión -respondió Perturabo. -Le construí una imitación de este laberinto en el que se divirtiera con... un prisionero singular.

-¿Quién? -preguntó Forrix.

Perturabo ignoró la pregunta y se adentró en las complejidades daedalas del laberinto una vez más, trazando un camino que era a la vez absurdo pero que conducía inexorablemente hacia su corazón secreto. Forrix mantuvo sus ojos en la espalda del primarca, preguntándose qué clase de persona podría justificar la construcción de un lugar tan elaborado de cautiverio.

Después de un lapso de tiempo que el cronómetro de su servoarmadura no podía medir de manera concluyente, la calidad de la luz en los túneles del laberinto comenzó a cambiar. La luz parpadeante dio paso a la iluminación difusa de las velas y Forrix supo que habían llegado a su destino. Un último giro y llegarían al centro del laberinto.

Forrix sabía qué esperar pero los otros no, y él saboreó las expresiones de sorpresa que se extendieron por sus rostros al contemplar el sanctasanctórum del primarca. “Un Caos organizado”, así era cómo Golg lo había descrito, mientras que el de Harkor había sido " caótico”. Forrix conocía uno mejor, visto a través de la colocación aparentemente al azar de tableros de dibujo, aparatos de modelado, cuadrículas, pictografías y rollos y rollos de manuscritos enrollados con precisión debajo.

No se trataba de acumulación aleatoria de detritus dispersos a lo largo de los siglos, sino una colección ordenada y precisa de un genio que rivalizaría con cualquier obra de Magnus o Guilliman. Sus dimensiones eran modestas en comparación con la magnitud y complejidad del laberinto circundante, sin embargo el espacio abovedado seguía siendo igual a una fábrica de considerable tamaño. Las paredes estaban revestidas de mampostería que parecían haber sido traída bloque a bloque de alguna ruina hundida y reconstruida con minuciosa atención para restaurar su anterior esplendor lo más fielmente posible. Murales que representan lo que podrían haber sido grandes aves estaban inscritas en una de las paredes, y un mosaico de teselas pintadas cubrían otra en una amplia representación de un grupo de hombres y mujeres agrupados en torno a un personaje central cuya cabeza estaba envueltas en una aureola dorada.

Pinturas descoloridas preservadas en campos de estasis brillantes colgaban de las paredes, mostrando a un hombre semi-vestido en el desierto con un león a sus pies, otro una obra inacabada de una mujer sentada con su hijo en el centro de un círculo de admiradores, mientras que un gran templo era reconstruido en un fondo de combate entre caballerías.

Mesas pesadas estaban esparcidas por todo el espacio, cada una saturada de pergaminos enrollados, escuadras, transportadores de madera y varillas de medición. Las herramientas del matemático y el ingeniero yacían inseparables con las del guerrero, el general, el anatomista y el estadista. Mesas de dibujo inmensas mostraban planes arquitectónicos para grandes pabellones, magníficos anfiteatros, infraestructuras industriales complejas, grandes colmenas de habitación, ciudadelas inexpugnables y palacios adornados para competir con aquellos ubicados en la fortaleza montañosa del Emperador.

El mismo Peeter Egon Momus había llorado al ver estos dibujos y pidió a Perturabo que le permitiera hacerlos realidad. Ningún arquitecto de Terra había previsto estructuras de tanta grandeza y ninguna fantasía de diseñador había pensado en dar vida a dichos edificios mágicos. Que habían salido de la mano del Señor de Hierro no debería haber sorprendido a nadie, pero la idea de que un ser tan sumido en la destrucción fuese capaz de tal creación sublime parecía incomprensible.

Tampoco el genio de Perturabo se limitaba a la mesa de dibujo, pues muchas de sus mesas y bancos de trabajo eran el hogar de cientos de máquinas delicadamente labradas, baratijas y chucherías de dicha construcción fina que parecían imposibles de modelar por tan enorme post-humano. Una lira de plata con forma de cabeza de caballo, los huevos dorados, jaulas fabulosamente forjadas que nunca volverían a confinar a un ser vivo y máquinas de guerra en miniatura competían por el espacio junto a autómatas de todo tipo y descripción: animal, mecánico, humano y alienígena. Una miniatura de un Titán Warhound se erigía como el más alto de los autómatas y Forrix sintió un extraño escalofrío de presentimiento en el rojo, negro y amarillo de su armadura de caparazón.

Era un tesoro de maravillas, creaciones milagrosas y la más antigua historia de Vieja Tierra preservada en un ambiente herméticamente cerrado. Nadie más allá de los guerreros del Tridente sabía de su existencia, y así era por deseo expreso de Perturabo. Después de tanto tiempo pasado llevando el metal a la piedra, era más fácil que pensaran en él como general que revelar el alma de artesano en su corazón.

Perturabo envió al Círculo de Hierro a una esquina limpia de la cámara y se trasladó a través del desorden creativo a una mesa hololítica bordeada de bronce y que, por su propia mediocridad, era el artículo más inusual de la colección. Su superficie estaba ondulada por la luz, los vectores de rutas, puntos de anclaje geoestacionarios y trayectorias punteadas. Combinados formaron un mapa de los cielos por encima de este mundo, donde una gran flota de hierro esperaba la orden de Perturabo para romper la órbita y continuar las campañas del Señor de la Guerra.

Este mundo era sólo una diversión maliciosa, una oportunidad para causar daño a una legión cuyo desprecio fue duramente ganado y bien merecido. La superioridad de los Puños Imperiales de Rogal Dorn había llevado el metal hasta la piedra aquí, y los Guerreros de Hierro habían obtenido gran placer en humillar a su dorada legión.

Y a raíz de Phall, era doblemente gratificante matar a los guerreros de la VII legión.

Perturabo escrutó la pantalla, y en el segundo antes de que parpadeó y cambió para revelar un mundo completamente diferente, Forrix vio que la imagen parabólica contenía un gran número de buques de más de lo que habían traído con ellos. Las

naves de los Guerreros de Hierro eran constantes e inmóviles, mientras que los recién llegados se movían en peligrosa proximidad, describiendo arcos sinuosos en órbita alta.

-¿La tercera legión está aquí? -se preguntó.

-Son ellos -asintió Perturabo. -Pero conociendo a mi hermano pasarán muchas horas hasta que su llegada estará tan perfectamente coreografiada como desee y mande la noticia de su venida. "

-¿Sabemos por qué el Fenicio solicitó esta reunión? -preguntó Falk.

-No -respondió Perturabo, mostrando curiosidad. -Fulgrim aún no se ha dignado a revelar su propósito. A pesar de que me dice que es maravilloso.

Forrix entrecerró los ojos. -¿Maravilloso?

-Son sus palabras.

-Lo daba por supuesto -dijo Forrix y Perturabo le dedicó una sonrisa irónica.

-Mi hermano siempre tuvo un gusto por lo melodramático, que sólo parece haber empeorado desde que unimos nuestra suerte con el Señor de la Guerra -dijo Perturabo.

El Señor del Hierro no tenía grandes lazos con sus compañeros primarcas, pero la pasión del Fenicio a la perfección en todas las cosas le proporcionó en su tiempo un terreno común entre ambos y les permitió hablar como camaradas en armas, si no queridos hermanos. Lo que los Hijos del Emperador habían buscado con constante movimiento hacia el logro de la perfección, los Guerreros de Hierro lo obtuvieron con una rígida disciplina y metódica planificación, dos caminos divergentes hacia el mismo objetivo final.

Perturabo trajo una nueva serie de diagramas de sistemas estelares y superposiciones de corredores por la disformidad, junto con las últimas proyecciones immatereologicas para los frentes de tormenta emergentes. Un planeta rojo nadó en el foco, su superficie casi totalmente englobado por crecimientos metálicos como floraciones de algas de acero brillante y humos tóxicos.

-¿Marte? -preguntó Falk, apoyando los codos en el borde de la mesa de proyección con una facilidad que Forrix dijo que debería haber sido escogido para el Tridente mucho antes.

-Así es Falk, bien visto -dijo Perturabo con una mirada de complicidad a Forrix. -Horus necesitará el teatro marciana totalmente asegurado antes de movernos a Terra, y creo que Fulgrim está aquí para solicitar nuestra ayuda para abrir los templos forja. Si estoy en lo cierto, entonces quiero que tengáis un plan para lograr ese objetivo.

-¿No tenemos nuestras propias órdenes? -dijo Kroeger. -¿Tenemos que esperar a que los payasos pintados de Fulgrim vengan a decirnos qué hacer?

-*Tuvimos* nuestras órdenes -dijo Perturabo, su tono gravoso advirtiendo en contra de la búsqueda de cualquier línea que condujese a Phall. -Ahora estamos a la espera de nuevas órdenes del Señor de la Guerra. Hasta que recibamos esas órdenes agasajaré a Fulgrim y escucharé lo que tenga que decirme.

Kroeger hizo un gesto de comprensión y se cruzó de brazos, cambiando su mirada hacia el holograma del planeta rojo. Forrix dejó su ojo reposar un momento en Kroeger, preguntándose cuánto tiempo duraría la tolerancia del Primarca hacia su nuevo triarca para hablar claro duraría. Si no duraba, había otros que podrían tomar fácilmente su puesto. Echando a Kroeger de sus pensamientos, Forrix cambió su mirada hacia las cuadrículas que destacaban a la superficie de Marte: manufactorias, templos forja y zonas de influencia industriales fortificadas donde aún resistían las fuerzas del Mechanicum leales al Señor de la Guerra.

-Será difícil romper el asedio –dijo, estudiando la lista de disposiciones vigente y leyendo los contornos del paisaje fortificado que rodeaba las forjas.

-Lo será -asintió Perturabo. -Pero tendremos que tomarlas más temprano que tarde. Las forjas de batalla del sur de Arcadia y la Línea Noctis Labyrinthus están todavía en manos del enemigo. Si están reforzadas podrían amenazar las líneas de suministro de las armerías de Mondus Gamma y Mondus Occulum.

-¿Cree que los leales tratarán de retomar la -comenzó Kroeger.

El puño de Perturabo golpeó el borde de la mesa hololítica, haciendo que los haces de luz representando la topografía de Marte temblasen y Kroeger se estremeció ante la violencia del primarca sin saber de qué insulto había proferido.

-No hables de "leales" -advirtió Perturabo. -Si los llamamos leales, ¿En qué nos convierte eso? Ellos son el *enemigo*. En esta lucha no hay tal cosa como leales o traidores, sólo vencedores y vencidos. Recuérdalo.

-Lo haré, mi señor. Mis disculpas -dijo Kroeger.

Perturabo asintió con la cabeza y la tensión en su cuerpo se evaporó. El enojo del primarca era algo volátil, rápido en arremeter pero controlado con la misma rapidez. El Señor del Hierro extendió los dedos de su puño cerrado y, olvidando el error de Kroeger, se refirió a los movimientos de apertura de una campaña contra las fraguas marcianas que era tan audaz como formidable. Apenas había empezado a describir la colocación en las tierras altas de Tharsis alrededor del Noctis Labyrinthus cuando un repiqueteo del vox se inmiscuyó en sus palabras.

Presionó un botó en el borde de la mesa con un dedo impaciente y dijo: -¿Qué pasa?

-Mi señor, perdone la intrusión -dijo en tonos suaves el Nacido de la Piedra, Soltarn Vull Bronn. -Pero los Hijos del Emperador están aquí.

-Lo sé -le espetó Perturabo. -Veo sus naves haciendo cabriolas en órbita.

-No, mi señor -dijo el Nacido de la Piedra. -Quiero decir que están *aquí*. En la superficie del planeta. Ahora.

Perturabo se estremeció al sentirse sorprendido, sabiendo que había transcurrido sólo minutos desde que la flota una vez conocida como la 28ª Expedicionaria había alcanzado una órbita capaz de lanzar naves trans-atmosféricas.

-Imposible -dijo Perturabo. -Fulgrim nunca aprobaría un aterrizaje sin horas de preparación. Debes estar equivocado.

Incluso entre el siseo y chasquidos del vox distorsionado, Forrix oyó vacilar a Vull Bronn ante la idea de contradecir al primarca.

-Más de trescientas cápsulas de desembarco han aterrizado más allá de la boca del valle, mi señor -dijo Vull Bronn al fin. -Tienen la heráldica de la tercera legión, aunque oscurecida por las marcas frescas que no podemos identificar.

-¿Fulgrim está aquí? -dijo Perturabo, como si no quisiera creer sus propias palabras.

Forrix se dio cuenta de que su padre genético no conocía su hermano tanto como él pensaba.

¿Qué otras sorpresas podría tener el Fenicio en la manga?

CUATRO

Roto

Carnivalia

Más que hermanos

Una verdad que todos los seres vivos tienen que aceptar en algún momento es que la vida es finita, que la energía que obtenían de la reserva universal algún día sería devuelta. Era una verdad que el apotecario Fabius despreciaba como un fracaso de la imaginación. La vida era una fuerza motriz como cualquier otra: como la electricidad, como el fuego, y una vez las absurdas nociones de moralidad y de correcto e incorrecto eran eliminadas de la ecuación, la restauración de esa fuerza motriz se convertía en una simple cuestión de ingeniería biológica.

Su laboratorio a bordo del *Andronicus* era un lugar de maravillas y revelaciones, donde los secretos de la vida, la muerte y los espacios estrechos en el medio quedaban al descubierto por el corte de su espada y expuestos a su intelecto imponente. Era una madriguera laberíntica de pasillos curvos, vivisectorios abovedado de hierro frío y cámaras herméticas con ojos de buey de cristal blindado que permitían asomarse a una algarabía de lo grotesco.

Aquí la vida había sido cultivada, reformada y extinguida. Los experimentos en los tejidos vivos, seres vivos y muertos innobles habían abastecido la guarida de Fabius con muestras de origen humano, post- humano y alienígena. Hurgando en la basura los campos de batalla de la rebelión recién nacida con sus cuchillas de acero

pulido había acumulado tesoros propios de un alquimista, lo macabro y lo divino. Glándulas progenoides extraídas de la carne de los vivos y los muertos de Isstvan V y Prismatica habían armado a Fabius con la llave genética maestra de siete de las legiones del Emperador, las secuencias de código que formarían las bases de su última revelación.

Los secretos del Emperador.

El cuerpo de la cápsula criogénica ante él era una distracción, pero necesaria. Su forma era brutal y torpe, pero era uno en el que Fabius había trabajado antes, volviendo a cablear sus receptores sinápticos para crear una explosión cacofónica de placer en la mente del sujeto ante el mínimo indicio de dolor. Los mecanismos internos del cuerpo eran sutiles y habrían hecho llorar a un Biologis del Mechanicum con una mezcla de admiración y horror.

Nieblas heladas llenaron la cámara quirúrgica, absorbiendo hasta el último rastro de calor del espacio por parte de poderosos grupos frigoríficos que resoplaban y gruñían bajo el suelo de metal.

Su Chirurgeon personalizado colgado en sus hombros se agachó como un observador ansioso, lanzando sus brazos articulados grotescamente a su alrededor con mente propia, suturando un vaso sanguíneo roto o cauterizando una vena abierta. Sus dedos articulados eran más diestros que sus propias manos, pero había una sensación de satisfacción en la textura suave y húmeda de un cuerpo abierto por debajo de las puntas de los dedos hápticos de sus guantes.

Fabius llevaba una servoarmadura ajustada a su forma delgada, realzada por la cintura y los hombros para soportar mejor el Chirurgeon, con juntas adicionales y guantes fabricados a medida que incorporaban numerosas herramientas de suplicio y curación. Una larga capa de color blanco pálido colgaba de sus hombros, manchada de rojo en su borde posterior debido a la sangre.

Su pelo lacio, carente de color y vida, colgaba en cuerdas enmarañadas de su cuero cabelludo, y unos ojos de total oscuridad brillaban en un rostro demacrado moldeado por la desnutrición y la abstinencia. Una lengua áspera lamió a lo largo de la boca sin labios de Fabius, como un lagarto saboreando el aire.

-¿Aún no has terminado? -dijo una voz desde el otro lado del laboratorio, pero Fabious no se apartó de su trabajo. -La legión se reunirá para el descenso a la superficie del planeta.

-Ellos ya se han ido -dijo Fabius. -El Fenicio y su anfitrión impecable pronto serán invitados del Señor del Hierro.

-¡Yo debería estar con ellos! ¡Tú me prometiste que estaría con ellos!

Fabius se encogió de hombros. -Surgieron asuntos más urgentes -dijo. -Alégrate por atenderte en exclusiva. Si la decisión hubiera sido mía, te habría dejado morir.

-*Estuve* muerto.

Fabius despreció con un gesto la semántica. -La vida, la muerte. Palabras. La vida es un proceso puramente mecánico, el cuerpo una máquina que se puede reiniciar cuando la fuerza motriz tras él no puede.

-Es fácil para ti decirlo, apotecario; no eres el único que está muerto.

-Y tú tampoco, aunque si persistes en distraerme, puedo obligarte a ello.

.El primarca te mataría.

-Oh, destino irónico que ambos debamos perecer por la misma cuchilla... -rio Fabius.

La voz calló, lo que sorprendió a Fabius, pero le dio la oportunidad de continuar su trabajo en paz. El corte era un uno limpio, la incisión dada con la fuerza suficiente y por una cuchilla lo suficientemente afilada que prácticamente no hubo daños a los tejidos más allá del punto exacto de impacto. Era un golpe mortal de una precisión perfecta, una que sólo un primarca era capaz de ofrecer.

-¿Qué te está tomando tanto tiempo de todas formas? -dijo la voz, y Fabius apretó los dientes ante las implicaciones tonales de su tardanza. -Se supone que eres el mejor, ¿o eso no es más que palabras vacías?

Fabius se tragó una respuesta cáustica y resistió el impulso de causar algún daño malicioso en el cuerpo ante él. En cambio, dijo, -Los grupos nerviosos en la base del cuello se han cortado por completo y, confía en mí, las consecuencias de volverlos a conectar erróneamente no sería agradable.

-Puedo vivir con el dolor.

-Y lo harás -prometió Fabius. -El mayor dolor. Conocerás el dolor como ningún otro y te volverá loco de alegría. Cada instante de la vida que te doy se gastará en una sinfonía de dolor y placer. Me odiarás y adorarás a partes iguales, creo.

-Debes saber que yo siempre te he odiado, Fabius.

Fabius volvió para dirigirse al orador y le sonrió, su expresión como la de un cráneo lujurioso obteniendo gran placer en saber que el vivo pronto sería de los suyos.

-Malgastas tu odio en mí -dijo Fabius. -Cuento con tu existencia para nada que no sea distinta a una irrelevante. Asuntos más elevados exigen mi atención, no este mosaico abominable de carne.

-Creo que te mataré algún día.

-No lo harás -dijo Fabius.

-Eres arrogante.

-Y tú eres idiota. Piensa en todas la sensaciones que todavía podrían ser tuyas, pero que deben cumplir los deseos de la carne y la sangre. Imagine las glorias a las que renunciarás por oponerte a mí y haciendo que te mate.

-El Primarca mismo ordenó que me restauras -dijo la voz en un tono casi suplicante.

-Un momento de remordimiento fuera de lugar -dijo Fabius, encorvándose a su tarea de nuevo mientras el Chirurgeon clicaba con impaciencia. -Uno que probablemente ya lamenta. No, amigo mío, ten por seguro que si mueres aquí no te echarán de menos. Tus camaradas capitanes ya empujan y planean para asumir tu manto...

-¡Volveré más fuerte y más poderoso que nunca!

-Y así será -estuvo de acuerdo Fabius, volviendo su rostro a la voz. -Ahora mantente en silencio y déjame trabajar.

En el otro extremo del sombrío laboratorio una cabeza cortada estaba sentada encima de una corona de espigas quirúrgicas, alimentación por sondas, bombas de

sangre, estimuladores electro - corticales y bobinas de refrigeración que mantenían el cerebro al borde de la muerte.

Cabeza y cuerpo eran del mismo sujeto, pero se habían separado de un solo golpe por la espada de hoja dorada de Fulgrim.

La cabeza cortada vio a Fabius trabajar sobre su cadáver y especuló sobre las muchas maneras en que quería que sufriera.

En alguna parte alrededor de la dura planicie donde los Hijos del Emperador desembarcaron tres kilómetros más allá de la boca del valle, un alboroto había chocado con un desfile triunfal. Esa podría ser la única explicación posible para la cabalgata llamativa de ruidos, colores y espectáculo que iba en procesión hacia el valle. Diez mil mortales proporcionaban una vanguardia para la III Legión, una multitud frenética de los hombres y mujeres gritando, ondeando estandartes y ruido caótico vomitado de instrumentos que no guardaban ninguna relación con nada hecho a mano por un músico racional.

Nubes de humo coloreadas y perfumadas se desarrollaban por delante del ejército, aventadas por ogretes de ojos vidriosos cuya armadura corporal había sido incrustada a su carne por picos dentados. Forrix miraba con una mezcla de rabia y horror al ver a la muchedumbre que se acercaba, una fiesta decadente de toda perversión y degradación que el hombre conocía.

¿Los oficiales de alto rango de los Guerreros de Hierro se habían reunido en la torre barbacana de la contratrinchera sur para recibir al lord Fenicio y sus comandantes y esta era la forma en que se reunirían? ¿Con carnivalia y locura? Forrix miró hacia Perturabo buscando alguna señal de cómo esta insultante parafernalia había trastocado su humores, pero la expresión del primarca era tan impermeable como la roca más dura, tan inexpresivo como los guerreros mecánicos del Círculo de Hierro dispuestos en un arco tras él. Forrix permanecía a la diestra de Perturabo, con su pesada servoarmadura brillando a pesar del escaso tiempo que sus siervos armeros habían tenido para prepararla. Apenas había Vull Bronn dado su aviso de la llegada de la III legión el primarca los había sacado de la *Cavea Ferrum* y convocado a su legión. Ciento dos Land Raiders engalanados en oro y azabache gruñeron a sus espaldas, junto con pesadas piezas de artillería con sus

largos cañones de bronce levantadas al cielo en señal de saludo. Filas de dotaciones de armas pequeñas fueron organizadas en honor de este encuentro de dos semidioses, los artilleros resplandecientes con las capas de bronce del Stor-bezashk.

A la sombra de los muros monolíticos, batallones de la Thorakitai estaban congregados por decenas de miles, arrastrando los pies y empujados mientras los electro-aguijones de sus amos disciplinarios les azotaron hasta estar en la formación. Frente a ellos estaban doscientos grandes batallones de Guerreros de Hierro, cincuenta mil guerreros en servoarmaduras de ceniza y ámbar pulidas, como las estatuas protectoras de un rey pagano con miedo de encontrarse con las almas que sus ejércitos habían consignado a la otra vida.

Tal despliegue de la fuerza y la magnificencia no se había visto desde la masacre desatada sobre las arenas negras de Isstvan. Era una horda para conquistar las estrellas y rehacer la galaxia, del tipo que haría temblar un día los cimientos del Palacio Imperial en Terra.

Y este no era más que *uno* de los ejércitos del Señor de la Guerra.

El Nacido de la Piedra estaba junto a Forrix, y él tomó un momento para admirar la herramienta de trinchera de hierro colgada en la espalda del guerrero. Sirviendo tanto como un arma como una herramienta para romper el suelo, era un instrumento diseñado con maestría. El canto era duro y poseía un sutil bisel que mordía la tierra y la carne con la mayor facilidad.

Soltarn Vull Bronn era un teniente de cabeza rapada del 45º Gran Batallón, con los ojos y la piel delgada que era pálida en su rostro, algo más morena en el cuello de tanto mirar siempre al suelo. Forrix había visto a Vull Bronn ponía las manos sobre la roca de una docena de planetas y, a través de alguna comunión geológica incognoscible, aprender sus vulnerabilidades secretas, sus puntos fuertes y sus puntos débiles. Dónde sería más fácilmente horadable y donde se resistiría a cada pala, taladro y explosivos.

La piel de un mundo hablaba con él, y solo eso valía la pena el precio de su torpe compañía.

Barban Falk, imponente y absurdamente *sólido*, estaba situado en el lado izquierdo de Perturabo. Sólo una cabeza más bajo que el Señor del Hierro quedaba sin

embargo empequeñecido por el primarca, que imprimía su presencia en la faz de la tierra como una declaración.

El nuevo triarca de la legión tomó su lugar al lado de Falk, su armadura todavía maltrecha por el asalto a través de los muros de la ciudadela. La ceramita de la placa de Kroeger se había limpiado la sangre, y el traje inmaculado le daba un aspecto algo *inferior* a lo que Forrix sabía que podía ser.

Toramino estaba detrás Forrix, y el maestro de la Stor-bezashk no hizo ningún intento de ocultar su desdén por Kroeger y la categoría a la que había sido elevado. Por mucho que disfrutara Forrix del desagrado de Toramino, tenía la sospecha persistente de que este insulto al orgullo del Herrero de Guerra no sería olvidado o perdonado.

Detrás del Primarca estaba la poderosa forma de Berossus, reincorporado a los Guerreros de Hierro a través del genio del tecnomarine a su lado. El sarcófago de hierro y de adamantium en el centro de su cuerpo de Dreadnought era un cofre funerario de cráneos estampados mecánicamente y huesos exhumados, siendo el martillo de asedio y los cañones rotativos sus instrumentos de muerte. El aceite era rociado de sus flancos blindados y sus aumentadores gruñeron con zumbidos estáticos de bajo nivel como metal pulido. Largas cadenas colgaban de la espalda de Berossus y encadenadas en sus extremos había dos figuras ensangrentadas, uno encerrado en una jaula tablada de cuerpo completo, el otro vestido con los restos fragmentados de una empolvada servoarmadura dorada de los Puños Imperiales.

Los elementos de vanguardia del ejército carnavalesco estaban cerca y las bobinas de niebla alucinógena se retorcían entre las piernas de la asamblea tumultuosa. Se movía con vida propia, dispuestos a explorar los cuerpos de sus creadores y el sabor de su sudor, su respiración y su suciedad. Los gritos que llegaban hasta el cielo eran delirantes y alegres, agonizantes y extáticos, un muro rebosante de sonido que resonó en las paredes del valle como los desvaríos de un millón de locos.

Sacerdotes escarificador giraban y saltaban entre la horda de baile con sus cadenas de ganchos y cuchillas envenenadas azotando y punzando con alegre abandono para causar dolor y suplicio. Cuando las puntas envenenadas perforaron una arteria, la víctima agradecida era aprehendida por accesos de locura y convulsiones

sin control. Observadores locos imitaban sus convulsiones letales y el ritmo de los bailes se extendió todavía más, llegando a ser más y más elaborados hasta que la víctima original moría cuando su corazón enloquecido vaciaba su cuerpo de sangre y un nuevo baile comenzó en otro lugar.

La psicogénica histeria colectiva se apoderó de los miles de hombres y mujeres que gritaban, reían y lloraban como plañideras o celebrantes. Lucharon, fornicaron; se movieron al compás del rápido y palpitante ritmo de un imperativo de conducción que ninguno entre los Guerreros de Hierro podría saber. Llevaban estandartes enormes, pancartas y banderines dentados iluminando con imágenes que a la vez eran obscenas y seductoras, repugnantes y acogedoras.

Forrix no reconoció heráldica alguna, sintiendo en se intestino una profunda repulsa por los barridos elegantes de los símbolos enhebrados en los estandartes texturados, una fusión de curvas y arcos voluptuosos penetrados por líneas duras con puntas de flecha de púas encima de su discurrir. Tampoco eran todos los miembros de la horda iguales; reyes y reinas y príncipes eran agasajados con sus mejores galas; sedas y acero, terciopelo y cuero. Sus coronas eran de huesos, sus orbes de cráneos de los sacrificios voluntarios y los cetros hechos con los dedos de las doncellas costureras sin manos que les asistían.

Y así como representaban las cortes llamativas de la locura real, también estaban allí regicidios por docenas cuando los pretendientes les derribaron y tomaron sus coronas ensangrentadas por sí mismos.

Tan degenerado como era el comportamiento de la danza del anfitrión, no era nada en comparación con las malformaciones físicas provocadas por la carne de sus integrantes. Algunas malformaciones parecían ser congénitas, otras el trabajo de las espadas o mazas de combate rituales, pero la gran mayoría parecían haber sido diseñadas por los bisturíes, sierras de hueso y la modificación genética.

Los hombres con anatomías revertidas por la cirugía horrible hacían cabriolas en sus manos, con las piernas suturadas a sus hombros y los rostros en el vientre. Larvas semejantes a querubines criadas en laboratorio estaban agrupadas en bandas de criaturas salvajes con columnas vertebrales espinosas, igual que los malditos ciempiés repugnantes y escorpiones gigantes. Las mujeres retozaban desnudas con aceites perfumados aplicados en sus pechos desnudos. Muchas fueron dotadas con

más pechos de los que la naturaleza decretaba y estos individuos vestidos de tonos violetas fueron atendidas por esclavos aullando y devotos sollozantes.

En medio de la palpitante, espasmódica marcha de la horda decadente, algunos estaban sumidos contenido a la danza, otros envilecer, algunos en violaciones, pero los más gritaban sus gargantas ensangrentadas cuando dirigían sus cuerpos a los extremos lunáticos del exceso. Ellos gritaban con los monstruos híbridos y los más desesperados de sensaciones se prendieron fuego y rieron mientras las llamas los consumían.

Forrix tomó el casco del anclaje magnético en su muslo cuando la masa entusiasta de degenerados se acercó y el aroma acre de perfumes comenzó a desconcertarle.

-He visto muchas cosas extrañas en Isstvan -empezó Forrix. -pero esto es...

Conectó su casco a los sellos de la gorguera cuando el vocabulario le falló. Las simples palabras no podrían dar nombre o razón de este comportamiento, ni códigos de honor podían reconciliar esta locura con la perfección militarista y arrogancia prepotente que los Hijos del Emperador una vez habían poseído.

-¿Qué te ha sucedido, mi hermano? -dijo Perturabo, su rostro sin traicionar indicio de la terrible cólera que asolaba en su corazón.

-¿Dónde están los legionarios? -preguntó Falk.

Forrix escudriñó la masa palpitante de humanidad frenética a medida que se derramaron sobre los movimientos de tierras periféricos; retozando a través de zonas de exterminio saturadas de alambre de espino, a través de zanjas claveteadas y antiguos emplazamientos blindados de cañones. Lo que tomaría meses de sangriento asedio romper fue superado en momentos por la vanguardia de los Hijos del Emperador.

Merced a alguna señal desconocida, los mortales cayeron totalmente en silencio, deteniendo su marcha enloquecida a un tiro de piedra de los Guerreros de Hierro. Nubes de polvo rebeldes se mezclaron con la cortina de humo narcótica que salía de incensarios ocultos. Después de tan cacofónico estruendo, el silencio se sintió increíblemente fuerte, y Forrix observó a la horda sudorosa y sin aliento en busca de alguna señal de lo que vendría a continuación.

Esa señal llegó cuando los locos se humillaron a sí mismos en la arena, postrándose como salvajes suplicantes antes de la ardiente flora. Soltarn Vull Bronn se arrodilló, colocando su mano sobre la tierra.

-Levántate, maldita sea -espetó Forrix. –Los Guerreros de Hierro no doblan la rodilla ante nadie.

Vull Bronn le ignoró y ladeó la cabeza hacia un lado, como si escuchara una voz que sólo él podía oír.

-Está aquí -dijo Vull Bronn. -El Fenicio. Está viniendo.

Forrix levantó la vista cuando la masa de carne ante él se separó, empujándose a sí mismos de vuelta con sus vientres raspando la arena para hacer un amplio corredor entre ellos. A través de los remolinos de nubes de color rosa y malva, Forrix podía ver la silueta de algo enorme balanceándose a medida que se acercaba. Vagas siluetas de guerreros enfundados en servoarmaduras marcharon junto a ella, sus formas sugiriendo alguna esperanza de que la III legión no había abandonado toda pretensión de ser una fuerza de combate.

Quinientos guerreros de púrpura brillante de los Hijos del Emperador salieron del humo, y su aparición arrancó una exclamación de sorpresa de los Guerreros de Hierro reunidos. Bandas de pigmento vivos estaban salpicadas sobre sus armaduras, innumerables colores y contrastantes que ofendían al ojo con su indiferencia chillona de la heráldica de la legión. Picos dentados sobresalían de sus hombreras y cascos alados eran prototipos bizantinos, con campanas de amplificación o intensificadores trabajados en los visores.

Llevaban una bandera de color rosa rígido que Forrix podría decir fue formada a partir de piel humana, pues su textura y olor le eran muy familiares. Un dispositivo rúnico estaba estampada en su corazón, el motivo recurrente que había visto en varios diseños de armaduras y carne de la horda enloquecida, pero destilado en su forma más pura. Portado por legionarios, a Forrix el símbolo le ofendió menos que antes y él se sintió atraído hacia sus curvas seductoras y lazos elegantes.

Pero entonces la ira le tocó, y le quitó lo glamuroso que insinuaba su forma.

¿Glamuroso?

¿De dónde había salido? Una palabra de uso antiguo que no tenía sentido en esta era de la razón y certezas tecnológicas. Cualquiera que fuese la toxina consumiéndose en los incensarios tenía un poderoso efecto psicotrópico si podía aflorar un término tan arcaico de la mente de un Guerrero de Hierro.

Al igual que los mortales antes que ellos, estos guerreros se separaron para formar una guardia de honor y detrás de ellos llegó una masa gritona y lamentada de legionarios cuyas armas eran diferente a todo cuanto Forrix había visto en un arsenal de una barcaza de batalla. Como hachas de enorme tamaño, estaban equipados con todo tipo de dispositivos de amplificación, distorsionadores de sonido y artefactos cuya función Forrix ni siquiera podía comenzar a adivinar.

Monótonas palpitaciones bajas de bruta fuerza cinética marcaban el compás en sus largos cuellos, y se preguntó si esas armas podían ser empleados en la reducción de la muralla de una fortaleza. Estos guerreros iba sin cascos, y sus caras eran un horror de mandíbulas distendidas con bocas eternamente gritando y heridas abiertas en el cráneo donde sus oídos habían sido adaptados quirúrgicamente para recoger y filtrar el ruido a sus elementos más puros.

En medio de las deformaciones, Forrix creyó ver un rostro que reconoció: Marius Variosean, su viejo compañero de los primeros días de la Gran Cruzada. Pero este monstruo retorcido era una pálida sombra de aquel guerrero honorable, una figura de cera dejada al sol por mucho tiempo, una noble estatua golpeada con martillos. Forrix dio un paso hacia el guerrero, sino un movimiento tenso de la cabeza de Perturabo lo inmovilizó en el lugar.

Y entonces el primarca de los Hijos del Emperador se puso de manifiesto, interpretando su entrada de forma tan dramática, repentina y sorprendente como había esperado sin dudarlo.

En lo alto de un gran palanquín de seres vivos fusionados, cosidos y deformado en conjunto, el Fenicio surgió de las nubes de humo sensibles. Un escuadrón de guerreros en armaduras de exterminador sostenía este palanquín de carne sobre sus hombros, cuyas puntas y bordes afilados en sus hombreras extraían sangre y gritos de placer por igual.

El pelo de escarcha blanca de Fulgrim se derramó por debajo de un casco de plata deslumbrante, y todo su cuerpo estaba envuelto en un manto de plumas de color

púrpura y oro impactantes. Movimientos ondularon bajo la capa, como una larva metamórfica a punto de eclosionar en la criatura más hermosa imaginable. Fulgrim esperó hasta que su Guardia Phoenix se detuviera antes de abrir su capa para revelar su perfecto cuerpo escultural. Sus pectorales, deltoides elegantemente curvados y abdominales marcados estaban desnudos de armadura y brillaban con aceites fragantes. Sus miembros estaban retorcidos con tatuajes frescos de serpientes enroscadas; tatuajes que incluso ahora comenzaron a desvanecerse cuando su biología sobrehumana deshizo el daño a la epidermis.

Perturabo paso hacia la plataforma viva mientras Fulgrim descendía por una rampa de escudos ofrecida por sus guerreros. Forrix vio a un guerrero en perfecto equilibrio, que entendía su cuerpo y sus articulaciones hasta el más alto grado. Cada uno de sus pasos era cuidadosamente colocado, lo cual desmentía su apariencia extravagante.

-Hermano Fulgrim -dijo Perturabo, su voz tan tranquila como el instante antes del primer impacto de una ojiva rompedora. -Permíteme presentarte un regalo para ti.

Con pasos trituradores, Berossus se acercó al Fenicio sonriendo, el cual parecía divertido por la rígida formalidad en la que insistía Perturabo insistió. El Dreadnought arrastró a los dos cautivos Puños Imperiales hacia adelante, con sus cuerpos retorcidos por las cadenas y encadenados en alambre de espino. A una señal de Fulgrim, un par de guerreros vestidos de púrpura con alabardas de oro dieron un paso hacia delante y extendieron sus hojas a través de las cadenas. Arrastraron a los dones de Perturabo a medida que Fulgrim se volvió a entregar una caja de ébano lacado, igual que las que podrían ser utilizadas para contener sables charnabal en una época pasada.

Se lo tendió a Perturabo con una floritura.

-Y un regalo a ti también, hermano querido -dijo Fulgrim.

Forrix sintió una punzada de inquietud cuando Perturabo la tomó y abrió la tapa con bisagras. En el interior yacía un manto doblado de suave armiño, adornado con piel de foxbat y bordado con un patrón de repetición de espirales sin fin basados en la proporción áurea. Un cráneo aplanado de acero cromado actuaba como elemento de fijación. Situado en la frente del cráneo había una piedra preciosa el

tamaño de un puño, negra y veteada con hilos finos como cabellos de oro. Ambos eran regalos exquisitos y dignos para un primarca.

Perturabo barrió la capa alrededor de él y engarzó el cráneo fijador alrededor de su cuello. Fulgrim sonrió al ver que su regalo fue apreciado y levantó la mirada hacia las rocas rojas y el árido paisaje que le rodeaba.

-Has elegido una roca un poco sucia para nuestro encuentro -dijo.

-Tuve mis razones -dijo Perturabo. -Bienvenido a Hydra Cordatus.

-¿Cuál es el significado de esto? -exigió Perturabo, una vez habían regresado al corazón de la *Cavea Ferrum*.

-¿Qué que significa? -dijo Fulgrim, examinando los retratos en las paredes de piedra desmoronándose con la fascinación detallista de un conocedor de las bellas artes. -¿Quién dijo que tenía que haber un significado en esto?

-Sabes de lo que hablo -dijo Perturabo. -Esa horda más allá de mis paredes.

¿No apruebas la compañía que tengo? –dijo Fulgrim con un tono juguetón.

-Esa serie de degenerados es indigna de ti -dijo Perturabo, señalando las violaciones de la carne, las armaduras y la decencia reparadas en los compañeros de su hermano. -¿Y que me dices de tus legionarios? ¿Qué ha sido de ellos?

-Exquisitos, ¿no? -dijo Fulgrim.

Acompañado por tres guerreros tan extravagantes y variados como Forrix no podría imaginar, Fulgrim había atravesado el corazón de las fortificaciones de los Guerreros de Hierro como si cada arma y cada guerrero estuviera a sus órdenes, cada obra de asedio imponente y pared escudo levantada por su propio mano. Todos menos uno eran guerreros blindados y claramente legionarios, aunque transformados más allá de todo reconocimiento.

Uno de ellos era un espadachín con ojos de halcón con un pavoneo arrogante y un complejo patrón de cicatrices entrelazadas estropeaban su rostro perfecto, otro un guerrero cuyo voluminoso rostro casi descarnado estaba arrasado por quemaduras más allá de toda recuperación y que llevaba una armadura envuelta en un mosaico de teselas de piel estirada. En otro su cráneo había sido desfigurado quirúrgicamente para que su boca quedase imposiblemente ancha, su nervios tensos

y aumentos óseos implantados sobresaliendo y ocultándose en el cuello al menor ruido. Este era quien Forrix había pensado era Marius Variosean, ¿pero estaba seguro que este monstruo no podía ser su antiguo compañero de armas...?

Una cuarta figura llegó también, ésta sin armadura y claramente no post- humana. Su cuerpo era delgado y estaba poseído de una extraña *alteridad* en sus movimientos que a Forrix inquietaba mucho. El resto del Tridente lo habían visto, incluso Kroeger, pero lo que hubiera debajo de la túnica de este individuo era claramente un secreto la fenicia eligió no revelar por el momento.

Perturabo negó con la cabeza. -Sé que las cosas han cambiado desde que dimos nuestros juramentos a Horus, desde que... se te revelaron secretos, pero esto es indecoroso.

Fulgrim sonrió, dejando al descubierto dientes blancos brillantes como marfil pulido.

-¿Revelado secretos? -carcajeó el Fenicio un circuito lento de la cámara abovedada. Su capa rozó las losas y el almizcle seductor de los aceites ungidos en su carne saturaron el espacio subterráneo con aromas de mundos desconocidos, deseos secretos y promesas de placeres y dolores inimaginables. Forrix mantuvo su respiración corta, pero era imposible no probar el sabor acre de los aceites.

-Oh hermano mío, no tienes ni idea de las cosas que sé ahora -dijo Fulgrim con una carcajada que expresó tanto dolor como diversión. –Es mucho lo que voy a compartir con vosotros llegado el momento, y mucho hay que nos acercará más que nunca.

-¿Acercarnos? -dijo Perturabo. -No me di cuenta que fuésemos cercanos.

-Tal vez no -admitió Fulgrim con un falso puchero. -Y eso me entristece. ¿Acaso no compartimos un padre genético?, ¿no surgimos de las entrañas del mismo dios heroico?

-No, no lo hicimos. Fuimos creados en un laboratorio -dijo Perturabo. -Y él no es un dios.

-Siempre tan literal -suspiró Fulgrim, pasando de las pinturas a los dibujos arquitectónicos presentados en las anchas mesas de trazado. -Pero el quid sigue siendo el mismo. Somos hermanos y *deberíamos* ser cercanos, sobre todo ahora

que todo lo que hemos conocido está cayendo a pedazos, listo para ser reconstruido en una nueva imagen gloriosa. Es mi mayor esperanza que las dificultades comunes de esta empresa conjunta nos reportarán el vínculo íntimo que compartía con Guilliman.

-Tú no eras cercano a Guilliman tampoco -señaló Perturabo.

-¿No? –dijo Fulgrim, mirando hacia arriba, como si estuviese desconcertado por sus propias palabras. -Ah, quizás todavía no, pero voy a terminar lo que los fanáticos de Lorgar han comenzado.

-No ahora. Ni nunca -dijo Perturabo. -Guilliman nunca nos perdonará lo que hemos hecho.

-¡Porque no hay *nada* que perdonar! -espetó Fulgrim. La máscara de ira del fenicio se desvaneció en un instante, y él sonrió. -El perdón sólo es requerido por aquellos que prestan atención a las leyes mortales y nosotros estamos muy muy lejos más allá de eso, hermano. Lo que propongo nos llevará a un reino en el que *haremos* las leyes que todas las cosas deberán obedecer.

-¿Y qué es lo que propones?

-Todo será revelado –bromeó Fulgrim: -Por ahora digamos que será un uso más rentable del tiempo de la cuarta legión que triturar a unos puños imperiales harapientos en un mundo atrasado por el deseo de venganza.

-Humillar a los guerreros de Dorn no es perder el tiempo -dijo Perturabo.

-Bien, bien -dijo Fulgrim, sus delicados dedos hojeando los dibujos en papel de cera con asentimientos de vez en cuando de apreciación. -Estos diseños son maravillosos. Dime, ¿has construido alguno de ellos?

-Sólo uno ", dijo Perturabo, colocando una mano en el centro de los planos.

-Sí, por supuesto, el anfiteatro de Nikaea -dijo Fulgrim con súbito recuerdo que fue fingido por completo. -Un escenario para arrojar a Magnus a los lobos.

Fulgrim se rio de su broma y dijo: -Es una pena que fuera destruido. El potencial de algo maravilloso sólo se realiza cuando se abraza y deja volar. Los has dibujado, pero no construido. ¿Por qué?

Perturabo cruzó su mirada con su hermano y dijo: -Porque la realidad no iguala a nuestros sueños.

Fulgrim asintió comprendiendo. -Muy a menudo ese es el camino. Demasiado a menudo, cuando las fantasías se hacen carne que decepcionan y deben ser soñadas de nuevo. Pero, ¿qué dirías si te dijera que podría hacerlo de modo que todos sus deseos se pudieran hacer real y que nunca te defraudarán, nunca fallarán la altura de tus expectativas más preciadas y nunca, nunca serían eclipsadas?

-Diría que estas más loco de lo que parece.

Una vez más, Forrix vio hostilidad venenosa debajo sonrisa astuta de Fulgrim, como cobardes pusilánimes que saben que la única manera de conseguir lo que quieren es jugar bien. Tan rápido como surgió, la ira tóxica de Fulgrim quedó enmascarada. Forrix no podía creer que Perturabo no lo hubiese visto.

-Es verdad -dijo Fulgrim al fin.

-¿Cómo?

-Todo a su tiempo, hermano -dijo Fulgrim. -Ten paciencia, y te diremos todo lo que deseas saber.

-¿*Diremos*? -preguntó Perturabo, cortando la palabra más importante.

-Sí -dijo Fulgrim, revelando la figura esbelta y envuelta a su lado. -Karuchi Vohra es el narrador de esta historia, ¿cierto?

El compañero de Fulgrim se retiró la capucha y Forrix entendió el origen de su malestar anteriormente cuando sus rasgos finamente huesudos, labios carnosos, pelo cerúleo y ojos moteados de ámbar fueron revelados.

Karuchi Vohra era eldar.

CINCO

Una serpiente venenosa

Thaliakron

Vigilantes en las alas

Un momento de silencio aturdidor se estiró. Quebró. Todo lo que quedó fue la reacción. Kroeger fue el primero en moverse, lanzándose a la forma esbelta del eldar con la mano extendida a su delgado y frágil cuello. Cogió una espada que no estaba allí y extendió la mano para cerrar su presa asesina en el cuello del eldar.

Pero tan rápido como Kroeger se movió, otro ser lo hizo más rápido.

Demasiado rápido para seguir el ritmo; un fantasma de púrpura y oro.

Y Kroeger fue lanzado a la mesa de trazado en un tropel de dibujos dispersos y papeles ondulantes. Un brazo desnudo de carne como el mármol blanco lo mantenía derribado como un martinete forzando su camino en la tierra dura, y el guerrero con la red de cicatrices que cruzaban su rostro se inclinó hacia abajo para que sus otrora hermosos rasgos, ojos inquietantes y completos labios estuvieran a menos de un dedo de ancho de Kroeger.

-La vida de Karuchi Vohra no es tuya para tomarla -dijo el espadachín.

Kroeger forcejeó con dureza contra el agarre del guerrero, furioso tanto por el toque como por su fracaso en matar al eldar.

-Aparta tu mano antes de que yo la tome de ti -gruñó Kroeger.

-¿Con qué? -preguntó el espadachín, indicando las vainas vacías en sus hombros. -Ninguno de nosotros tiene cuchillas aquí, ¿O es que ibais a morderme?

-Basta Lucius, este no es el momento -dijo Fulgrim, aunque su tono era impaciente, casi deseando que su hombre le ignorase.

-Lo liberaría, pero veo ira asesina en sus ojos -dijo Lucius.

Fulgrim se volvió hacia Perturabo y dijo: -Si Lucius libera tu hombre, ¿Será el comienzo de algo sangriento?

Perturabo no respondió al Fenicio y dio un paso hacia Lucius, tocándole en el centro del pecho.

Parecía ser nada más que un ligero empujón, una indicación de que el guerrero de Fulgrim debía retirarse, pero Lucius fue lanzado por la sala como si fuese golpeado por un martillo de asedio. El espadachín se estrelló contra un arco de refuerzo y se

cayó al suelo en un estrépito de placas de ceramita y de piedra astillada. Lucius se puso boca arriba, luchando por respirar con sus pulmones vacíos maltratadas y sus órganos temblando por la fuerza del impacto.

-Toca de nuevo a uno de mis guerreros y la próxima vez no seré tan amable -dijo Perturabo.

Fulgrim se rio y aplaudió.

-Maravilloso, hermano -sonrió Fulgrim. -Una perfecta aplicación de la fuerza.

Kroeger puso de pie, dispuesto a terminar lo que Perturabo había comenzado, pero la mano del primarca en su hombro lo mantuvo inmóvil. Una vez más, el gesto era al parecer casual, pero Kroeger sintió la fuerza implacable tras ella, y su furia asesina disminuyó a regañadientes de ira furiosa a odio a fuego lento. Al otro lado de la cámara, Lucius se puso de pie y le devolvió el cumplido, pero el más mínimo temblor de la cabeza de Fulgrim lo disuadió de nuevos actos de violencia. El espadachín sonrió y movió los hombros como si se preparase para un combate.

-Deje que lo mate, mi señor -dijo Barban Falk, cerrando sus monstruosos guanteletes en puños.

-No, es mío -le espetó Kroeger.

-De uno en uno, o ambos a la vez -dijo Lucius. –Me da igual.

Perturabo ignoró su postura y miró a Fulgrim con el fondo helado de sus ojos.

-¿Traes a un xeno en mi () baluarte? ¿En qué estabas pensando, hermano?

Fulgrim miró sorprendido y señaló a la eldar a su lado. -Siempre has sido demasiado puritano en tu odio hacia nuestros vecinos galácticos, Perturabo. Confía en mí, el pueblo de Karuchi Vohra no es amenaza para nosotros. Su imperio está muerto y enterrado, y su gente son fantasmas descoloridos aferrados a los bordes de la existencia con las uñas ensangrentadas.

-Tienes una serpiente venenosa en tu espalda, hermano -le advirtió Perturabo. -Hemos luchado contra su especie antes y son traicioneros. Son pequeños y frágiles, pero no cometas el error de subestimarlos.

-Yo también los he combatido. A lo mejor de ellos -dijo Fulgrim, con los ojos encendidos por el recuerdo. -Aplasté la vida de uno de sus dioses, y sé que no hay nada que temer de los fragmentos de sus restos lastimosos. No, Karuchi Vohra no es una amenaza para nosotros porque representa una nueva generación de eldar, que reconoce el nuevo orden que surge de la galaxia.

-¿Qué significa eso? -preguntó Perturabo, sus sospechas evidentes.

-Quiere decir que reconozco el verdadero poder cuando lo veo -dijo Vohra, su voz como humo de leña caliente y tan difícil de precisar. -Tu Señor de la Guerra saldrá victorioso y no deseo ser contado entre sus enemigos cuando se siente en el trono de Terra como señor de la galaxia.

-No me hables, criatura –le advirtió Perturabo. -He perdido a hijos por los de tu clase y preferiría dejar que Falk y Kroeger acabasen contigo.

Fulgrim se interpuso entre el cobarde eldar y Perturabo, colocando una delgada mano sobre su brazo. Kroeger sintió nacer ampollas en su piel ante tan fácil familiaridad, un toque fundamentalmente injustificado e inoportuno. El fenicio era un primarca, un semidiós digno de devoción, pero una cualidad poco definida dentro de él le hacía repugnante a los ojos de Kroeger. Donde otros veían belleza, él veía corrupción y decadencia. Cuando sus palabras suaves eran para algunos un bálsamo para el alma, la mayoría de la ocasiones eran insultos y burlas que pinchaba en su afán de hacer violencia.

-Hermano, no deberías estar en desacuerdo -dijo Fulgrim, su tono bajo y suave. -Vengo a ti con una oferta para unir nuestras fuerzas de batalla en una búsqueda gloriosa. Una que podría inclinar la balanza de la rebelión del Señor de la Guerra.

Kroeger se acordó de las palabras de Falk en el camino por la montaña, y los bordes afilados de su ira se hicieron más intensos por la oleada de perfumes agridulces ungidos en la piel de Fulgrim. Al igual que las huellas persistentes de un bombardeo químico años después de la última bomba cayese, los almizcles seductores usados por los Hijos del Emperador quedaron impregnados en los muros y el suelo. Si el olor enfermizo tenía la intención de reducir la tensión estaba fallando miserablemente. Era un simple paliativo, pues las causas subyacentes de la tensión se mantuvieron.

-¿Cómo inclinaría la balanza? -preguntó Perturabo.

-Siempre directo -respondió Fulgrim. -Uno de los rasgos que siempre admiré de ti.

-Uno que harías bien en emular -dijo Perturabo. -Ahora dime por qué has venido aquí y lo que deseas de mi legión.

Fulgrim sacudió la cabeza y echó su mirada por el interior sombrío del santuario de Perturabo, con sus ingeniosas baratijas, obras de arte casi desvanecidas y los recuerdos de un genio olvidado.

Su frente se arrugó con disgusto. -No, no aquí -dijo, sacando uno de los diseños de Perturabo del montón de obras de arte arquitectónico y lo extendió ante él; una magnífica casa de juegos de las más grandes proporciones, con pórticos que sobresalen y escaleras triunfales, un escenario apropiado donde las grandes óperas y las obras de teatro se podrían representar ante miles de personas.

-Esta es una historia que necesita ser contada en algún lugar con más… ¿Cuál es la palabra? ¡Drama! Sí, más drama, ¿no te parece? Constrúyeme este gran reemplazo para *La Fenice* y te diré todo.

-¿Construirte un teatro entero sólo para una historia?

-Por supuesto -dijo Fulgrim. -Con los ingenios de construcción no debería llevarte más de un día o dos. Constrúyelo para mí y te contaré acerca del Angel Exterminatus.

En deferencia a los mitos cíclicos de su mundo adoptivo, Perturabo había nombrado a su gran teatro el Thaliakron, lo que significaba “la morada de Thalia” en la lengua lochosiana. Thalia era una deidad de la antigua Olympia que las leyendas contaban había disparado la imaginación de los tontos, los poetas y escritores con versos poéticos y un amor por el vino fuerte. A pesar de la creencia abierta en Thalia había sido dejada de lado largo tiempo ha, todavía se celebraron banquetes espléndidos en sus días sagrados en las ruinas de sus teatros-templos en el borde de acantilados; una prueba de que la humanidad siempre estaba dispuesto a pronunciar palabras insinceras a dioses falsos si se les proporcionaba la oportunidad de divertirse y banquetear.

Sus salas habían tendido hacia lo pequeño, ya que incluso en el apogeo de Olympia los placeres habían sido pocos y distantes entre sí bajo el férreo mandato de los

tiranos de la montaña. Perturabo había visto una oportunidad de rectificar eso y concebirlo como un palacio imponente de drama, comedia, amor y heroísmo, de asesinatos, intriga y finales tanto alegres y trágicos.

En uno de sus primeros diseños, pero no menos magnífico por eso, su estructura fue organizada en forma de un anfiteatro elíptico, tallado en una excavación imaginaria con la profundidad del impacto de un meteorito de tamaño considerable. No existía tal lugar en Hydra Cordatus, por lo que los ingenios de movimiento de tierra titánicos de la IV legión se puso a trabajar en la creación de uno. Soltarn Vull Bronn había identificado el lugar más probable para horadarlo de la manera deseada y los Stor-Bezashk de Toramino colocaron las cargas de forma que creasen un gran cuenco de roca.

Anillos concéntricos de cargas sacudieron el mundo, y kilómetros de penachos de fuego volaron hacia el cielo, expulsando millones de toneladas de restos atomizados al espacio. A pesar de que el tsunami de polvo se propagó a través de cientos de kilómetros y llovió en cascadas de escombros de manera dirigida, precisa, las máquinas de movimiento de tierras de Perturabo llegaron para cumplir su parte.

Detrás de una cortina de nubes cargadas de polvo y tormentas artificiales que persistirían durante décadas y alterarían radicalmente el microclima local, iniciaron la construcción del Thaliakron. Fue un esfuerzo titánico, que en épocas pasadas hubiera requerido la vida útil de una docena de arquitectos y maestros albañiles mortales.

Con Perturabo y Forrix al frente de un ejército de obreros, artesanos e ingenios Pneumachina se proyectó esta obra para se terminase en no más de dos días. Los Guerreros de Hierro doblaron la espalda también, porque cada uno era un artesano tanto como un guerrero e instruidos en el arte de la mecánica estructural al tiempo que estaban organizados. Hermanos de batalla como jornaleros, sargentos como artesanos, oficiales como artífices y Herreros de Guerra como grandes arquitectos.

Perturabo conocía todos los aspectos de la construcción de este edificio, desde los cursos exactos requeridos para su sustentación a la dimensión exacta de las estatuas de la diosa en sus dinteles superiores. Ni una faceta de su construcción le era desconocida, y mientras los niveles inferiores de la estructura se concretaron con la

rapidez de un picto video acelerado, una animación largamente ausente bañó a Perturabo.

Esta fue la primera vez que una de sus creaciones, sus locuras, como Dammekos las habían llamado, que se había hecho realidad para el propósito que fue diseñado. La estructura Nikaeana, por suerte ahora erradicada de la existencia, aún le causaba gran vergüenza. Nunca había sido concebida como un lugar de juicio y censura, sino un espacio para poderosos juegos de fuerza y habilidad. El uso que el Emperador había hecho de su creación avergonzó a Perturabo y Magnus se merecía algo mejor que ser hecho deporte para la multitud aullando cuyas mentes cerradas ya se habían colocado la soga al cuello.

Forrix se superó a sí mismo, con su formidable talento para la organización y la logística para seguir alzando la Thaliakron, manipulando un millar de tareas al mismo tiempo y asegurándose de que ninguna etapa de la construcción se retrasara por un elemento anterior incompleto. En tiempos de paz, Forrix era un supervisor superlativo; en la guerra un enemigo implacable que sabía que las guerras eran ganadas no con ánimo insensato y fe fuera de lugar, sino con un convoy lleno de armas y municiones.

Ingenios de construcción como torres devoraron millones de toneladas de escombros, moliéndolos, rehaciéndolos y finalmente plasmarlos en bloques con tolerancias yoctoscópicas. Imponente grúas de asedio se pusieron en posición, mientras que bandas de soldados más utilizados para esgrimir rifles láser tomaron las armas como las palancas, escofinas y herramientas de chaflanes. Cientos de ingenios titánicos, más acostumbrados a nivelar estructuras, se deleitaban en la tarea de dar a luz a una. Al igual que los herbívoros de cuello largo en un abrevadero, sus brazos-grúas estaban en constante movimiento, un ballet de intersección de arcos que habría sido imprudentemente peligrosa de no haber un Herrero de Guerra de los Guerreros de Hierro dirigiendo sus operaciones.

A pesar de su reticencia inicial a la construcción de un gran teatro para la narración del cuento de Fulgrim, Perturabo ahora disfrutaba de la oportunidad de construir este edificio. A medida que pasaban las horas, nivel tras nivel de mármol pulido tomado de la ciudadela desmantelada renacía en la Thaliakron, descendiendo por el cráter excavado como el avance de un glaciar.

Fulgrim había llevado a su chusma carnavalera a su punto de desembarco, dejando cientos de cuerpos mutilados a su paso. Quemados hasta ser cenizas y añadidos al mortero del teatro, los huesos de los hombres y las mujeres siempre serían parte de sus cimientos, pues todo drama se basaba en los fantasmas del pasado, los sueños de los muertos y tontos sentimientos de inmortalidad.

Cuando el día se convirtió en noche, el primer anillo de estatuas tomó forma alrededor del perímetro superior de la Thaliakron: hermosas diosas con túnicas, llevando trompetas de plata, cayados y las máscaras que reían y lloraban en igual medida. Decenas de miles de personas trabajaron en su construcción, mortales y post-humanos por igual ya que ninguno estaba exentos de la lógica inviolable de los cálculos de Forrix y las demandas de Perturabo. Al igual que los insectos correteando para construir un gran nido para la reina, dieron forma a la Thaliakron con una velocidad que era nada menos que un milagro.

Al mediodía del día siguiente, la visión de Perturabo dictada en antimonio en papel de cera se hizo real, un círculo blanco brillante cortado en la carne roja de Hydra Cordatus.

Su irritación por los motivos abstrusos de Fulgrim para retrasar la narración de su historia se desvanecieron con cada hora que se pasó en el trabajo de levantar el Thaliakron. El amor de su hermano por la dramática siempre había sido una fuente de fricción entre ellos y esta última encarnación de su búsqueda de la perfección era confuso para un guerrero de maneras directas como Perturabo. Sabía que algo fundamental había cambiado dentro de los Hijos del Emperador, pero no podía imaginar para qué propósito las desfiguraciones y degradaciones que sus guerreros ahora lucían podían servir.

Tal vez esta empresa conjunta *le concedería* la comprensión a través de una causa común.

Perturabo no era un Primarca a los que el flujo y reflujo natural de la amistad llegase fácilmente y, a decir verdad, no sentía pesar por rebelarse contra los que había dejado que su legión se llevase la peor parte de la lucha más difícil. Les habían robado la gloria de la batalla abierta, mientras que los Guerreros de Hierro estaban sumidos en la tierra excavada y arrancada de un millar de mundos.

No, su amistad no era fácil de lograr, pero su lealtad, una vez ganada, era tan inquebrantable como el hierro más duro. O al menos eso pensaba, hasta el momento en el que tras haber llevado el metal a la piedra una y otra vez le demostró que incluso el hierro más duro puede romperse si se desgastaba lo suficiente.

Con el enfriamiento de las piras de masas de Olympia había llegado a la conclusión de que nada de lo que podría hacer a partir de ese momento podría expiar el genocidio de todo un mundo. Su padre nunca le perdonará un pecado tan grave, pero Horus no sólo le había perdonado sino alabado su minuciosidad y dedicación. Horus había jurado a Perturabo que nunca sintiera culpa por lo que había hecho en Olympia, pero eso era un juramento más fácil de hacer que de vivir con el. Los idiotas afirmaban que *Rompeforjas* había sellado el pacto entre el Señor de la Guerra y los Guerreros de Hierro, pero sólo Perturabo sabía que era el perdón lo que unía a los Guerreros de Hierro con Horus Lupercal.

Había llegado como una sorpresa descubrir que la lealtad de un primarca no era la cosa fija que Perturabo siempre había supuesto que era. Pero como todas las realizaciones, podría ser incorporada en una nueva visión del mundo y, una vez asimilado, una serie de pequeños pasos fue suficiente para hacer que todo lo que antes había defendido como poco más que un sueño se apagara.

Perturabo había prometido que su juramento al señor de la guerra sería realmente irrompible, sin importar el costo, sin importar la naturaleza de la lucha y sin importar el resultado. Y si eso significaba escuchar a Fulgrim y unirse a él en cualquier misión que pudiera apresurar la victoria del Señor de la Guerra, que así sea.

Con el Círculo de Hierro a su lado, Perturabo estaba ante las puertas imponentes de hierro forjado del Thaliakron, y se quedó mirando la visión de la diosa trabajada en el frontón de hierro coronando el magnífico pórtico de columnas. Desde un ánfora de cuello estrecho ella servía vino que corría por las columnas estriadas en una cascada de incrustaciones de mercurio. Ese vino era capturado por las manos extendidas de sus hermanas talladas en los dos soportes centrales: Kharis a la izquierda, Eufrosina a la derecha. Ambas llevaban máscaras de la risa y el dolor; sin

embargo cada uno estaba vuelta sutilmente por lo que era imposible ver quién era quién.

Perturabo sonrió, disfrutando de la vanidad, y abrió las puertas.

El sonido de un público esperando se derramó a través de las puertas, y el orgullo llenó su pecho ante la idea de este sueño hecho realidad, al servicio de la finalidad para la que fue concebido. Se detuvo en el pórtico abovedado, dejando que los sonidos de aplausos y la algarabía le transportasen de nuevo a una época anterior de la galaxia, antes de haberse roto por las costuras.

Perturabo sacudió su nostalgia fuera de lugar por un tiempo que nunca volverá.

-Nadie vive en el pasado -susurró. -Todo el mundo está muerto allí.

Fulgrim, tan bueno como su palabra, le estaba esperando.

Los intérpretes podrían subir al escenario del Thaliakron desde una serie de puntos ingeniosamente escondidos, pero Perturabo habían elegido para descender a las entrañas del edificio y entrar a través de un conjunto de escaleras estrechas en el centro del anfiteatro conocido como la Plaza de Charonian. Este era el lugar donde los actores disfrazados como espíritus de los muertos entraban en los dramas que se reproducían más arriba, pero lo más importante en este caso permitía a Perturabo aparecer en el corazón de la estructura sin previo aviso.

Desde la oscuridad de los estrechos recintos-criptas bajo el escenario, Perturabo salió al espacio abierto del teatro y tomó un momento para saborear una de sus primeras creaciones, finalmente hecha realidad. Estirándose hasta una altura de seiscientos cincuenta metros, la gradería cubría la suave ladera del cráter artificial, cada asiento perfectamente dispuestos para proporcionar una vista ininterrumpida de la etapa.

Decenas de miles de personas llenaron los asientos, una multitud de soldados, legionarios, parásitos y de las multitudes de seguidores de Fulgrim. Aplaudieron ante su aparición, y aunque no le gustaba ser el centro de tales manifestaciones públicas, se encontró inesperadamente divertido por los jaleos ensordecedores de bienvenida.

Perturabo se detuvo en lo alto de las escaleras y se ajustó la capa que Fulgrim le había dado, escuchando los rugidos de la multitud y voces individuales dentro de

ella. Tal era la acústica del espacio que incluso la línea más suave de diálogo podría ser escuchada por el miembro de la audiencia más distante, y Perturabo sintió un raro rubor de orgullo por este logro.

Las estatuas de la diosa y sus hermanas observaban desde los altos arcos que rodeaban el anfiteatro, junto con los actores heroicos de época antes de que el Emperador llegase a Olympia. Thespis estaba justamente en el lugar de honor al lado de la diosa, mientras Metrobio, su gran rival, se encontraba en el otro extremo. Araros, el gran amante de la poesía cómica, se codeaba con el delgado Hegelochus, el actor más camaleónico de su época, llamado el héroe de las mil caras.

Los fuegos ardían en decenas de cuencos poco profundos, en alto en las estatuas aladas de ninfas vestidas de cintas cada decenas de metros de ancho y bañando del interior de la Thaliakron con una iluminación cálida. El aire estaba perfumado con un aroma químico débil que combatían con un aroma ahumado de especias.

El escenario circular era amplio y pavimentada con losas pulidas de cuarzo y granito triturado, permitiéndoles brillar la luz torturada de las nubes irradiadas. No había estrellas brillando en el cielo, consecuencia de las armas atómicas de vida corta que bloquearon la luz de los sistemas distantes, aunque los ojos de Perturabo aún podía distinguir la tenue mancha de la violenta anomalía disforme en el brazo noroeste de la galaxia. Tan cerca de aquí, Perturabo podía ver claramente sus zarcillos, llegando a él como brazos inquisitivos, tan cerca que sentía como si pudieran llegar hasta él y levantarlo de la superficie de Hydra Cordatus.

No importaba cuántos miles de años luz de lo separaban de esta tormenta urdimbre particular Perturabo siempre era consciente de su presencia y podía percibir un eco de ella en todos los mundos donde había mirado a los cielos. Él no sabía si esta visión de la disformidad había sido implementada en su aparato perceptivo deliberadamente, como las alas de Sanguinius o los ojos de Corax, o era simplemente un capricho de su código genético, pero había sido una bendición y una maldición desde sus primeros recuerdos. La tormenta le perseguía en sus sueños, sus pesadillas y enroscaba de color cada uno de sus pensamientos desde que había aprendido algo de su naturaleza.

En una ocasión había preguntado a Ferrus si sus ojos de plata le permitían una visión similar, pero su hermano había sacudido la cabeza y le dio una mirada de

desprecio débil, como si acabara de admitir alguna debilidad secreta o vicio. Él nunca lo había mencionado de nuevo.

Perturabo sacudió el recuerdo, pues sus sentimientos hacia el mismo eran ambiguos ahora que Ferrus ya no estaba, asesinado por el primarca que ahora estaba frente a él.

Fulgrim estaba vestido más como el hermano que vio la última vez en Isstvan V, en su morada servoarmadura, sus matices sutiles trabajados hasta el más mínimo detalle en cada placa. Una capa forrada de piel colgaba asimétrica de los hombros y el mango forrado en cuero negro de la espada dorada, la misma hoja que Ferrus había elaborado en las fraguas subterráneas del Monte Narodnya, colgaba de su cadera.

El pelo blanco de su hermano estaba enroscado en numerosas trenzas elaboradas que se reunían en la nuca de su cuello en una bobina colocada a través de su hombro derecho como una serpiente dormida. A la luz de las llamas que le rodeaban, los ojos de Fulgrim parecían aún más oscuro, y Perturabo se sintió aliviado al ver que ninguno de los capitanes de su hermano lo había acompañado a este cuentacuentos, sólo la criatura eldar que había llamado Karuchi Vohra.

-Sabía que no me decepcionarías, hermano -dijo Fulgrim, levantando los brazos y girando en un círculo lento para abarcar todo lo que se había construido para él. -Es un triunfo del arte del arquitecto y digno de los mayores dramas. Dime, ahora que has construido uno de tus sueños, ¿no se corresponde con la visión en tu mente la primera vez que lo concebiste?

-Está cerca -dijo Perturabo.

-¿Pero no es perfecto?

-Nada lo es.

-Todavía no -dijo Fulgrim, bajando los brazos y acercándose para darle un abrazo.

Los dos primarcas se unieron bajo un estruendoso aplauso que resonó en todo el Thaliakron como si nunca acabara. Fulgrim le dio una palmada de todo corazón en la espalda y besó sus mejillas, pero el gesto era ajeno a Perturabo, que no sabía cómo responder. El aroma de los aceites trabajado en el pelo de Fulgrim era fuerte, y Perturabo respiró sus perfumes seductores.

-El manto te sienta bien, hermano -dijo Fulgrim con una sonrisa.

Se apartaron del centro del escenario, aunque Fulgrim mantuvo un control sobre uno de los brazos de Perturabo, como reacio a romper el momento de cercanía que acababan de compartir. Levantó la otra mano bien alto, disfrutando de la adulación de la multitud, como alimentándose de su devoción.

-¡Somos dioses, hermano! -gritó Fulgrim, y la multitud gritó su asentir.

El entusiasmo de Perturabo por la teatralidad de su hermano comenzó a disminuir, y liberó su brazo del agarre de Fulgrim. Esta exhibición abierta de hermandad tenía toda la apariencia de una emboscada, y el primer instinto de Perturabo fue alejarse de ella.

Fulgrim se puso delante de él, bajando su voz a un susurro que ni siquiera la acústica superlativa del Thaliakron la lanzase hacia el público.

-¿Dónde están tus portadores de martillo? –preguntó Fulgrim, señalando la ausencia del Círculo de Hierro. -Su aspecto sería imponente en este lugar.

-Están por debajo -dijo Perturabo, dando un paso lejos de Fulgrim. A pesar de haber disfrutado del momento fugaz de fraternidad, no disfrutó la cercanía física.

-¿Por qué autómatas, hermano? -preguntó Fulgrim, casi como algo casual. -¿Por qué no guerreros de carne y hueso que no sean esclavos de alguna doctrina-credo del Mechanicum?

-Mis guardianes robóticos nunca duermen, no bajan sus escudos y nunca me van a traicionar.

-Pero nunca serán tan sensibles como los guardianes mortales, nunca darán su última gota de sangre o protegerán por amor.

-¿Amor? ¿En qué ayuda el amor?

Fulgrim le dio una sonrisa torcida, como si le hiciese gracia que Perturabo siquiera pudiera hacer tal pregunta. -No hay guardaespaldas que se pueda llamar así si no aman lo que ellos protegen.

¿Y tu Guardia Fénix te *ama*? -preguntó Perturabo, más duro de lo que pretendía.

-Lo hacen por cierto -dijo Fulgrim, levantando la voz una vez más. -Yo soy el Fenicio, querido por todos y la estrella alrededor de la cual orbitan mis guerreros. Sin mí no tendrían ningún propósito y un guerrero sin un propósito no es digno de respirar.

El público aplaudió de nuevo, y Perturabo asintió con aire ausente, dando vueltas en torno al derecho de apreciar mejor el eldar envuelto en una túnica que se escondía en la sombra de Fulgrim. Desde esta perspectiva, su ojo para la debilidad vio un hueco en la estructura del alienígena, como si se tratara de algún hambre que nunca ha podido ser satisfecha. Aunque velado por la capucha voluminosa, los rasgos del eldar eran esculturales y hermosos, sus labios carnosos y su pelo violeta brillante. Sin embargo Perturabo sintió que algo... *faltaba* en él.

Muy bien, si Fulgrim deseaba teatro, entonces Perturabo le complacería.

-¿Te llamas Karuchi Vohra? -dijo.

El eldar asintió y dijo: -Es más exactamente un título que un nombre. Yo era un sanador. En el dialecto Bielerai significa…

-Ya sé lo que significa -dijo Perturabo abruptamente. -Significa "el terminador del sufrimiento".

-¿Mi señor entiende la lengua eldar? -preguntó Vohra.

-*Una de las muchas que hablo* -respondió Perturabo en la propia lengua del extranjero.

Tanto Fulgrim y Vohra le miraron sorprendidos y Perturabo tomó un momento para disfrutarlo.

-O -dijo, cambiando a un protolenguaje de ladridos y gruñidos guturales, -*podríamos hablar en el idioma de los pieles verdes.*

Fulgrim se rio y dijo: -Eres una maravilla para mí, hermano. No sabía que poseyeras un talento para la lingüística.

-He pasado mi vida en el negocio eliminador de un sitio, cavando trincheras y arrasando ciudades, así que es fácil para ti olvidar que tengo una mente diseñada como cualquiera de nuestros hermanos -dijo Perturabo, tratando de no sonar decepcionado por un fracaso de la percepción. -Puede que no tenga el manejo de la

disformidad de Magnus o el arte de la guerra de Horus, pero ser subestimado es una de mis mejores armas.

Fulgrim sonrió y dijo: -Yo nunca cometería el mismo error.

-No, creo que lo harás -dijo Perturabo, girando sobre sus talones y cruzando los brazos sobre su amplio pecho. -Ahora, dime qué es tan importante que requiere que mi legión eleve este anfiteatro para escucharlo.

-Es una historia de los dioses eldar y sus guerras -dijo Fulgrim. -De una criatura tan terrible y tan hermosa que sus hermanos la encerraron lejos del tiempo y la memoria.

-¿El Angel Exterminatus? -aventuró Perturabo.

-Sí -dijo Vohra. -El Angel Exterminatus.

El enfado tocó a Perturabo. – ¿Me has hecho construir el Thaliakron sólo para relatarme leyendas exóticas?

-No es una leyenda, hermano -dijo Fulgrim, acercándose para agarrar el brazo de Perturabo. -Es una verdad oculta en la tumba de su condena, un arma de tal poder que las propias estrellas se volvieron contra él en lugar de permitirle escapar de su prisión.

A pesar del lenguaje innecesariamente sobreexcitado de Fulgrim, el interés de Perturabo se despertó. Él sabía muy bien que muchas leyendas tenían una verdad oculta en su corazón.

-¿Dónde está ese arma? -le preguntó.

-Tú sabes dónde está, hermano -sonrió Fulgrim, mirando al cielo volcánico. -Siempre lo has sabido.

Perturabo siguió la mirada de Fulgrim, mirando hacia el vórtice de la energía disforme que bullía y hervía en los cielos.

La vorágine estelar.

-Cuéntame la leyenda -ordenó Perturabo.

Escondidos en las sombras de las ninfas portadoras de llamas, dos figuras arrodilladas observaron el encuentro de los dos primarcas. Pero donde se llevó a

cabo la audiencia con las gradas del gran teatro repletas con asombro extasiado por los dos seres, estas personas no sentían más que odio. Las sombras y el polvo conspiraron para ocultar todos los aspectos de sus servoarmaduras que pudieran señalarles como intrusos al resto de público, pero nadie les prestó ninguna atención a ellos de todos modos.

El mayor de la pareja llevaba una servoarmadura oscura, sus insignias y marcas de legión oscurecidas por capas cuidadosamente aplicados de polvo rojo y lienzos colgados, en el que se habían embadurnado garabatos sin sentido. Su armadura llevaba numerosos arañazos y abolladuras que habían quedado reparadas por tecnosacerdotes bordo del *Sisypheum*. Se quedó mirando al Fenicio sin disimular su odio, todo su cuerpo vibrando con el esfuerzo de voluntad que le contenía de no cobrarse la cabeza del ser que había asesinado a Ferrus Manus.

Su nombre era Sabik Wayland y era de los Manos de Hierro.

Junto a él, más delgado aunque vestido con la servoarmadura más oscura de las Legiones Astartes, aunque personalizados para reducir su aspecto visual y el ruido en una variedad de longitudes de onda y espectros era Nykona Sharrowkyn: Guerrero de la Guardia del Cuervo, maestro del sigilo y asesino de traidores.

A ninguno les era extraño operar en medio del territorio enemigo, pero esta infiltración era quizás una misión tan temeraria como subestimada.

Por lo menos desde Cavor Sarta y ese asunto con el Kryptos.

-Me pone enfermo siquiera mirarlo -dijo Wayland, rechazado por la visión de Fulgrim.

Sharrowkyn no levantó la vista y mantuvo su frente pegada al objetivo a la vista de la carabina de agujas negro mate fijada a cal y canto en su hombro. Convertida para adaptar una variedad de cargas de municiones y operar en diferentes ajustes de fuego, el arma era una herramienta de matanza compacta, capaz de matar en silencio a distancia o de cerca con una tormenta relámpago de agujas de acero sólido.

-Pues no mires -dijo Sharrowkyn. -Escucha. Usa el receptor vox parabólico que Thamatica te dio.

-*Frater* Thamatica -dijo Wayland. -¿Por qué molestarse? La acústica aquí nos permite escuchar lo que esos traidores opinan perfectamente. No necesito el receptor.

Escupió la última palabra como si fuera desagradable para él.

-Cierto, pero puedes grabar lo que están diciendo -señaló Sharrowkyn. -Branthan y los otros querrán escuchar esto.

Wayland debatió insistiendo en que Sharrowkyn empleaba el cargo honorífico de Branthan, a sabiendas de que el Guardia del Cuervo probablemente no le haría caso. Su organización dispersa y ad-hoc de las células de combate era apenas una formación legionaria sancionada, por lo que ¿qué importaban los títulos que llevaran? pero de alguna manera *importaba*. Ahora que Ferrus Manus había desparecido importaba más que nunca.

-Su rango es *capitán*.

-Muy bien -suspiró Sharrowkyn. –El *capitán* Branthan querrá escuchar esto. Tengo la impresión de que él no es un hombre al que le gusta tomar decisiones basadas en información de segunda mano. Incluso a alguien como tú, amigo mío.

Wayland asintió con la cabeza, avergonzado por discutir este aspecto que nada tenía que ver con la misión. Sus pensamientos, normalmente tan claros y ordenados como el funcionamiento de una máquina se habían torcido por la visión de primarca de los Hijos del Emperador. Ver al asesino de Ferrus Manus riendo como si sus manos no estuviesen machadas por la sangre de un asesinato era un insulto, una mancha en el honor de los Manos de Hierro que aún no se había vengado.

Ningún guerrero de la X Legión había puesto los ojos en el Fenicio desde la traición en Isstvan y Wayland sentía la pesada carga de las expectativas de vengar a su padre caer sobre él. Su corazón latía tan fuerte que retumbaba en el pecho y los dedos metálicos de la mano izquierda se condensaron en un puño al recordar el golpe del Fenicio que lo había apartado del lado de Ferrus Manus.

-Concéntrate, Sabik -dijo Sharrowkyn, sintiendo crecer su furia. -Mi Legión sufrió en sus manos también. Haz tu trabajo y seremos capaces de devolver el golpe a todos ellos duramente.

Wayland dejó escapar un suspiro, sabiendo que Sharrowkyn tenía razón, pero resultaba cada vez más difícil mantener su ira de Medusa bajo control. Decepcionado por tal debilidad, se tomó un momento para calmar su humores desequilibrados, dejando que la fácil cólera y la melancolía bajasen a la superficie. Donde un gran número de los Manos de Hierro eran impulsivos y rápido para la ira, Wayland hacía tiempo que había dominado la capacidad de distribuir su humores y estar siempre en equilibrio.

O al menos eso pensaba hasta el momento en que había visto a Fulgrim subir al escenario.

El recuerdo de lo que el Fenicio había hecho le atravesó como un soldador láser atraviesa el plastek, y sólo la mano restrictiva de Sharrowkyn le impidió exponer su posición.

-Tienes razón -dijo él, dejando escapar un suspiro tranquilizador. -Mi debilidad me avergüenza.

-No es una debilidad odiarlos -dijo Sharrowkyn. -Úsala, hermano, afílala hasta que llegue el momento de atacar. Entonces será aún más potente cuando se desate.

A lo largo de su respuesta inusualmente detallada, el Guardia del Cuervo no había movido ni un músculo, con la mira de su carabina aguja todavía apresada a la lente de su casco.

¿Podrías realmente efectuar un disparo desde aquí? -preguntó Wayland, sacando el receptor vox y colocando el cuadro negro inocuo en un trípode telescópico. Una serie de cables mate negro salieron de su guante y éstos se engancharon en la parte posterior del dispositivo, que de inmediato dio un suave zumbido que le hizo saber que era funcional.

-Sí, a pesar de que están en el extremo del rango efectivo de mi carabina aguja, aunque no fuesen primarcas.

-¿Tentado?

-Mucho -dijo Sharrowkyn, introduciendo un delgado dedo a través de la protección del gatillo y aplicando una presión fraccionada. Un medidor de distancia clicó al ajustar el cañón. -Podría simplemente hacerlo para ver si tu Storm Eagle hace lo que dices.

-Confía en mí, no hay nada que vuele de parte de estos traidores que pueda atraparlo.

-Te creo, pero con todo tengo la esperanza de que no sea necesario ponerlo a prueba.

El receptor voz gorjeó cuando Wayland lo apuntó a las tres figuras en el centro del anfiteatro, y oyó el clic de la rotación de engranajes dentro, comenzando a grabar. Como le había dicho a Sharrowkyn, no necesitaban el dispositivo para escuchar lo que decían, pero Sharrowkyn tenía razón; incluso en su estado actual, el capitán Branthan querría escuchar las palabras de los traidores por sí mismo antes de comprometerse a un curso de acción.

Sí, los Manos de Hierro habían sido masacrados efectivamente por la traición en las arenas negras, sus veteranos diezmados y su padre semidiós asesinado por un hermano incrédulo, pero eso sólo les hacía aún más peligroso. Como un boxeador grogui que se niega a ser noqueado, los Manos de Hierro habían vuelto a la lucha aún más fuerte.

Wayland dirigió sus pensamientos de retribución de las figuras de abajo, mientras el primarca de los Guerreros de Hierro rodeaba a una delgada figura envuelta en túnicas oscuras. Quién podía ser considerado lo suficientemente importante como para estar en la presencia de dos primarcas era un misterio, pero que estuviera allí indicaba que era digno de atención.

Las palabras de los dos primarcas traidores flotaron hasta los niveles más altos del gran teatro. Sharrowkyn y Wayland escucharon su discurso con una creciente sensación de horror mientras el Fenicio explicó por qué había llegado a Hydra Cordatus.

-Trono... -susurró Wayland.

-Eso ni siquiera se acerca -susurró Sharrowkyn.

-Creo que tal vez deberías efectuar el disparo después de todo.

Sharrowkyn quitó el seguro y dijo: -Creo que tienes razón.

SEIS

Maelsha'eil Atherakhia

Un disparo en la noche

El relato pertenecía a la raza de Karuchi Vohra, pero fue Fulgrim quien tomó el centro del escenario para contarla. Nunca a gusto con otros que compartieran el centro de atención, el Fenicio se habían convertido en un narcisista hasta el punto de la egolatría, como vio Perturabo. Observó a Fulgrim mientras dio una vuelta teatralmente, como un gran actor paseando antes de entregar su mayor soliloquio. Fulgrim tomó una pose heroica, más como un actor fingiendo *ser* él que él mismo.

-Hermanos y hermanas -comenzó Fulgrim, con una profunda reverencia. -Me presento ante vosotros para contar una historia de días olvidados, de imperios perdidos y una edad de la galaxia anterior a la aparición de la humanidad. Dominamos ahora lo que una antigua raza una vez afirmó dominar, y aunque se niega a su inevitable destino, todavía hay restos de la gloria perdida de su imperio en los lugares secretos de la galaxia. Escuchadme bien y os transportaré a través de las brumas del tiempo a los últimos días de esta raza decadente...

Las palabras de Fulgrim eran entregadas con garbo y la variación precisa en el tono para conectar la imaginación de la audiencia. Para los oídos de Perturabo, eran innecesariamente ostentosas y costaba el doble de tiempo contar lo que se quería. Cualquiera que fuese la historia por venir, Perturabo sabía que podía contarla con más economía y claridad, pero eran dos conceptos que Fulgrim parecía haber dejado atrás en su precipitada zambullida en cualesquier obsesión que le conducía.

Se mantuvo de pie con los brazos cruzados mientras Fulgrim acechó el escenario como un asesino rondando, su carne pálida y los ojos de ébano barriendo la multitud, como si buscara algo.

Fulgrim levantó un brazo hacia el cielo. -Empezamos en un tiempo antes del tiempo, cuando la humanidad estaba arrastrándose sobre su vientre desde las aguas primordiales al fango de la orilla. No éramos aún dignos de heredar el manto de los dioses, pues otra raza afirmaba ese honor, y el universo no permite más de un panteón para nombrar se a sí mismo divino.

-Los hijos de Asuryan eran, forjados a partir de la carne ardiente de su divinidad y se extendieron por la galaxia como las semillas de la mano de un labrador. Se hacían llamar eldar, y su imperio se extendía de un lado del Anillo de Monoceros al otro, de Perseo a la distancia más lejana de Scutum Centaurus. Su imperio era poderoso y orgulloso, porque sus dioses les habían otorgado los medios para viajar a lo largo y ancho de su reino en un abrir y cerrar de ojos. Los reyes guerreros, Eldanesh y Ulthanesh, condujeron a sus ejércitos en las guerras de conquista que vieron a todos los enemigos que se atrevieron a desafiarles abatidos. Y sin embargo, incluso con la totalidad de la galaxia como su dominio, los eldar egoístas no se reunían. Eldanesh lloró por el vacío de su patio de recreo, e Isha, la diosa ramera de cuyos lomos sangrantes los eldar habían surgido, derramó lágrimas amargas que trajo nueva vida a la galaxia. Su dolor era un manantial de creación que llevó a muchas razas nuevas y maravillosas a la existencia. Todo para la diversión de sus hijos, un acto de tal indulgencia tonta que cuesta creer.

Perturabo observó a Karuchi Vohra mientras Fulgrim habló, y aunque su capucha todavía se erguía, era posible ver el efecto que la narración tenía sobre él. Con cada mención peyorativa de los Eldar, un músculo de la cara de Vohra se contraía por un tic nervioso que hubiera sido invisible a cualquier percepción salvo la de un primarca.

Cualesquiera que fuesen los sentimientos que el público pudiera estar sintiendo hacia el cuento de Fulgrim, Vohra no estaba disfrutando.

Fulgrim rodeó el anfiteatro con su voz meliflua, una eufonía de sonido que sin querer introducía a Perturabo en la red de personajes y tramas mientras Fulgrim dio nombre a héroes y reyes eldar, los grandes pensadores y, por supuesto, sus enemigos.

¿Qué drama estaría completa sin un mal nefasto que se opusiera?

-Como todos aquí sabemos, el poder engendra celos y el rey de la raza Hresh-selain conjuró y conspiró en los rincones más oscuros de la galaxia.

Cuando Fulgrim dio nombre a este rey, se inclinó y se frotó las manos, como un cuentacuentos para niños haciendo una pantomima de villanía. El efecto era ridículo, pero la multitud en las gradas respondió con abucheos y aullidos de indignación. Perturabo estaba atónito ante la reacción que las palabras

manipuladoras de su hermano estaban teniendo, sin embargo incluso tuvo que confesar un creciente interés en la legendaria historia tejiéndose a su alrededor.

-Los ejércitos de Hresh-selain, reconstruidos en secreto y dispersados en dimensiones más allá del alcance de los eldar, finalmente se reunieron y contraatacaron a sus conquistadores. Con su rey a la cabeza, los Hresh-selain masacraron a los eldar en decenas de miles de batallas que dejaron regiones enteras de la galaxia inhabitables durante milenios.

-Los eldar eran poderosos sí, y guerreros sin par, pero los ejércitos de los Hresh-selain superaban en número a las estrellas, y aunque en cada batalla el número de muertos se contaba por millones, era sólo una gota en el océano de todo el poder de sus grotescas hordas de batalla.

Fulgrim ya había desenvainado su espada y la hoja de oro atrajo jadeos frescos de asombro y rugidos de aprobación. Fulgrim giró y saltó como un bailarín, pero Perturabo vio la feroz habilidad en todos sus movimientos, la gracia letal que había hecho de su hermano un espadachín sin igual, incluso más allá de la capacidad técnica de Guilliman o la pureza enfurecida de Angron.

-Los eldar estaban al borde de la derrota, y los dioses lloraron al ver a sus hijos favorecidos humillados. Una vez más Eldanesh lloró por su madre diosa en su ayuda y ella estaba lo suficientemente avergonzada por sus súplicas para implorar a su hermano-esposo, el dios de la guerra Kaela Mensha Khaine, que luchara junto a los eldar. Khaine se negó, pues había estado celoso de la progenie de Asuryan y disfrutaba al ver su dolor. Pero cuando Isha le ofreció la santidad de su carne una vez virgen, el dios de la guerra cedió y tomó lo que ofrecía sin prestar atención a su vida. Apenas había plantado su maldita semilla en el vientre de Isha, un avatar de fuego rasgó su camino desde su vientre con las garras de sangre y un hambre de destrucción aún más allá del poder del dios de la guerra pudiera liberar...

Perturabo sintió el terror de la audiencia ante la idea de una criatura tan monstruosa, aunque lo que la alegoría de la leyenda en realidad significaba en términos de la historia real era imposible de saber.

-El grito de la muerte de Isha fue el grito nacimiento de su hijo guerrero, un grito de batalla que detuvo el corazón de la galaxia con miedo y el eco en los corazones de todos los que derramaran sangre desde el día de hoy. Los eldar conocieron a este

ser como Maelsha'eil Atherakhia, un nombre nunca pronunciado por su raza, pero que vive en sus corazones marchitos como un miedo que les corroe.

-¿Qué significa el nombre, hermano? -preguntó Perturabo. -Conozco la lengua de los Eldar, pero esas palabras no me son familiares.

Fulgrim detuvo la narración de la historia, su rostro una máscara frágil que parecía estar al borde de la violencia por esta interrupción.

-Es un nombre antiguo, mi señor -dijo Karuchi Vohra. -Uno nunca se menciona en voz alta. Significa *el águila hermosa del infierno que trae el fin de todas las cosas.* Lo que se traduce imperfectamente como…

-El Angel Exterminatus -terminó Perturabo.

-¿Entonces, puedo continuar? -espetó Fulgrim, aún en equilibrio sobre el borde de la hostilidad.

Perturabo asintió y Fulgrim se deslizó de nuevo en la historia, como si no hubiera hablado.

-El ángel Exterminatus se unió a la lucha contra los Hresh-selain y míticas fueron las matanzas que causó por toda la galaxia. Eldanesh dio la bienvenida a su ayuda, incluso cuando se dio cuenta de su propia cobardía había causado la muerte de su madre diosa. Ulthanesh quedó roto por el precio que habían pagado por esta criatura de la destrucción recién nacida, una criatura hermosa que inspiraba amor y terror a partes iguales. Verdaderamente el Exterminatus Ángel era un semidiós eldar como ningún otro, bendecido con el rostro más seductor, la fuerza más grande y el más alto intelecto. Sabía lo que los dioses sabían, y el poder que temían empuñar él los desató con una canción en su corazón.

-Mientras Ulthanesh se acobardó ante el poder del Angel Exterminatus, Eldanesh aprendió a amar el olor de la sangre en su nariz, el olor a carne quemada y la visión de los carroñeros alimentándose de la carne de los muertos. Se volvió celoso del poder ejercido con tanta indiferencia por el Angel Exterminatus y conspiró para llevarlo a la ruina una vez terminase la guerra contra los Hresh-selain. Sin embargo, mientras los enemigos de su pueblo se retiraban ante el rostro del Angel Exterminatus, el deseo de Eldanesh de destruir completamente a los Hresh-selain creció hasta convertirse en una obsesión. Sólo la extinción total de sus enemigos

satisfaría esa sed de sangre, y le ordenó al Angel Exterminatus elaborar armas que harían desaparecer sus mundos del tiempo y la memoria. Ciego ante la locura de Eldanesh, el Angel Exterminatus estuvo de acuerdo y forjó armas de tal poder que su propio concepto condujo a aquellos que aprendieron de ellos a quitarse la vida en lugar de vivir en una galaxia donde se concebían estas cosas.

Ahora el interés de Perturabo era sincero y estaba verdaderamente atrapado. Si esto estaba embellecido mediante alegorías o fantasías salvajes no importaba. *Este* era el meollo de la cuestión y el punto crucial en el que su indulgencia vaciló.

-Construir este tipo de armas no era tarea fácil -dijo Fulgrim. -Y el Angel Exterminatus quedó debilitado por su creación, pues gran parte de su poder fue encerrado en sus destructivos corazones. Agotado por sus trabajos, se hundió en un gran sueño en un antiguo campo de batalla, dejando a Eldanesh deleitarse con lo que había creado. Pero Eldanesh vio lo que el Angel Exterminatus había hecho y se desesperó porque ahora entendía que esas armas eran una abominación. Los velos de su locura cayeron y vio lo que había hecho y lo que había perdido en su búsqueda de la victoria. Llamó a Ulthanesh a su lado y ofreció grandes oraciones a Asuryan, tratando de desterrar al Angel Exterminatus de los submundos más allá de las paredes del espacio y el tiempo y enviarlo a los infiernos de donde había sido concebido. Sintiendo su intención, el Angel despertó de su descanso y se defendió.

Fulgrim manejó su espada en el aire a medida que hablaba, cada golpe teatral desesperada, como si luchara por su vida contra oponentes invisibles que constantemente cargasen. Sin aliento y despeinado Fulgrim se arrodilló, con la espada de oro empuñada ante él en una interpretación perfecta de un héroe acosado pero no rendido. Hacía tiempo que Perturabo había desconectado de los elementos más míticos de la historia, centrándose en cambio en lo que la verdad detrás de la leyenda podría ser.

Fulgrim se levantó tambaleándose, como empujado por una fuerza invisible que trató de mantenerlo abajo. -Esta batalla había nunca se ha visto en la edades de la galaxia. Un ser con el poder de un dios asaltado por sus herederos descarriados y sin piedad encontrada en sus corazones mientras la sangre fluía y la propia urdimbre y la trama de la galaxia quedaron desgarradas por la violencia de su conflicto. Ningún sigue vivo recuerda cuánto tiempo lucharon estos semidioses,

pero contra el poder del Angel Exterminatus Eldanesh Ulthanesh no podían esperar prevalecer. Ambos fueron vapuleados hasta quedar de rodillas y se enfrentaron a la ira final de la misma cosa que ellos habían ayudado a crear. Pero antes de que el Angel Exterminatus pudiera matarlos, él mismo Asuryan intervino para salvar a sus hijos descarriados. El Angel Exterminatus era un dios, pero Asuryan había gobernado los cielos desde antes de que hubiera surgido del sangriento cadáver de Isha y su poder era terrible de contemplar. Terminó lo que habían comenzado Eldanesh y Ulthanesh y rasgó la galaxia, doblando las madejas torturadas de espacio y tiempo sobre el Angel Exterminatus y sellándolo en una prisión de la cual no podría escapar y de la que no obtendría paz por el terror que había desatado.

Perturabo ocultó su desprecio a este final de leyenda tipo *deus ex machina*, pero cuando Fulgrim puso los ojos en el cielo, supo lo que vendría después.

-¡He aquí la antigua prisión del Angel Exterminatus! –gritó Fulgrim, apuntando su espada hacia las nubes post holocausto. Aunque tenían kilómetros de espesor, un halo de luz las separó durante el tiempo suficiente para que la oscuridad de la noche pudiera ser visible.

Y en ese segmento de oscuridad, la desagradable herida de la tormenta estelar.

-¿Distancia confirmada?

-Quinientos seis metros.

Sharrowkyn utilizó la punta de su pulgar derecho para ajustar minuciosamente el centro de su visión. La posición que había elegido era un sitio óptimo para asesinar, en línea con los vientos dominantes para evitar una deriva del proyectil que pudiera alterar la trayectoria de su disparo. Termo-augurios sobre su rifle aguja refrigerado midieron la temperatura ambiente y parpadearon al hacer una corrección para compensar lo que elevaría el aire caliente la aguja de acero de gran calibre.

Del mismo modo, la fuerza del campo geomagnético del planeta influenciaba en los cálculos de Sharrowkyn al decidir el ángulo de su disparo.

En el ojo de su mente, cualquier objetivo convencional ya estaba muerto.

Sin embargo, un primarca no era un objetivo convencional.

-Tan pronto como efectúe el disparo nos largamos -dijo Sharrowkyn. –Nos largamos y rápido. Incluso si fallo, ¿entiendes?

-Entiendo -dijo Wayland. -No te preocupes, no voy a convertirme en un berserk y cargar en solitario.

Sharrowkyn apuntó al cráneo de su objetivo, ralentizando su ritmo cardíaco y exhalando cuando aplicó la presión más pequeña al gatillo. Iconos de "listo" emergieron en su cabeza, una línea de puntos trazando la ruta que tomaría su aguja.

Directamente entre los ojos de un primarca.

-Disparando -dijo.

La multitud aulló lasciva y maliciosa a la vista de la de no-luz y el torturado espacio-tiempo en los cielos y Perturabo los despreció por su maravilla fácilmente comprada. No tenían ni idea del peligro que representaba, la úlcera insidiosa y terrible que se abría paso hasta el corazón. Como una enfermedad debilitadora del alma, su aspecto absorbía toda la alegría y toda la vida de los que la veían, y Perturabo la había visto durante muy largo tiempo.

-¡La gran tormenta estelar! -exclamó Fulgrim, como un predicador extasiado de una época pasada. -Una herida desgarrada en la galaxia para encarcelar a un ser divino por una raza que no aceptaba que su tiempo había terminado. Aquí es donde la mayor gloria y la vergüenza más grande de los Eldar se encuentra encerrada por las cadenas que Asuryan decretó nunca podrían deshacer hasta el fin del universo mismo. Y así ha sido desde entonces hasta ahora...

Fulgrim paró, saboreando las delicias de lo que iba a decir y dejando que el momento de anticipación creciera hasta el punto que Perturabo temió que el público pudiera amotinarse si seguía más tiempo en silencio.

-Pero Asuryan fue olvidado, su pueblo roto por sus propias debilidades, y no prestamos atención a los decretos de un dios fracasado. El camino está abierto para los que tienen la libertad para actuar.

Fulgrim envainó la espada, los ojos febriles, su piel perlada de sudor.

Su pecho se agitaba por el esfuerzo de contar la historia, como si hubiera acogido al espíritu de Thalia en sí. Perturabo vio a través de la ficción de su cansancio, a

sabiendas de que su hermano estaba jugando con las expectativas de la gente y la grandeza del anfiteatro.

-¡Mientras el Angel Exterminatus duerme, asaltaremos la cárcel de Asuryan y tomaremos por nosotros mismos las armas forjadas en la antigüedad! -rugió Fulgrim.

Perturabo vio la pequeña bocanada de sangre aparecer en el cráneo Fulgrim cráneo de un segundo antes de oír el chasquido del disparo. Los ojos negros de Fulgrim desparecieron en el cráneo.

-¡No! -exclamó Perturabo cuando su hermano cayó sobre las losas del teatro, con el rostro ceniciento enmascarado con sangre.

-¡Vámonos! -gritó Sharrowkyn, ya en movimiento y desacoplando la mira de largo alcance de la carabina. Se dio la vuelta y corrió hacia el claustro de estatuas sombrío que rodeaba el perímetro exterior del gran anfiteatro mientras el pandemónium se desató tras ellos. Aullidos de horror y rabia resonaron a su alrededor, amplificados diez veces por la genial acústica de la estructura, pero Sharrowkyn ni Wayland tuvieron tiempo para saborearlo.

Los cazadores ya estarían en su busca.

-¿Lo mataste? -preguntó Wayland cuando llegaron a su punto de salida, donde los tramos de alambre de espino de alta resistencia se escondían en las sombras.

-Le di donde yo quería -dijo Sharrowkyn, atando su cable alrededor del cuello de una estatua de una diosa antes de conectarlo a un anillo de metal en su servoarmadura. -Si eso es suficiente para matarlo es otra cosa. Desciende ahora, hablaremos más tarde.

Ambos guerreros se volvieron hacia el centro del anfiteatro, equilibrados en el borde de una repisa de piedra tallada a cientos de metros sobre el suelo.

-¿Listo? -preguntó Sharrowkyn.

-Listo -confirmó Wayland.

-Descenso.

Sharrowkyn se impulsó hacia fuera de la repisa y cayó en una parábola curva hacia abajo de la cara del edificio. Controló el rápido descenso con sus guantes de combate pesados, golpeando de nuevo en la cara de la estructura a mitad de camino. El mármol se agrietó bajo sus botas y cayó en una lluvia blanca astillada hasta el suelo. Wayland estaba todavía más alto que él, pues sus saltos eran más cortos. Sharrowkyn saltó de nuevo, girando en pleno vuelo para hacer frente al suelo a medida que avanzaba hacia él.

Las multitudes ya estaban huyendo del anfiteatro en un pánico. Tal vez temían represalias imperiales, una flota de guerra que se había acercado en secreto y no caído en desgracia por la traición.

Ojalá que fuera así, pensó Sharrowkyn.

Sonaron disparos, volando trozos del tallado en bajorrelieve sobre él, y vio tres guerreros de aburrida servoarmadura cruda de los Guerreros de Hierro, con sus armas levantadas y en posición. Sharrowkyn detuvo su descenso cuando rompió el cable del anillo de metal. Cayó los últimos veinte metros al suelo, aterrizando con su arma montada y lista para disparar.

Sharrowkyn se arrodilló y conectó una ráfaga de agujas a través del visor del Guerrero de Hierro más cercano. El traidor cayó sin hacer ruido y Sharrowkyn puso una sola aguja tóxica a través de la placa frontal de la parrilla del siguiente antes de rodar a un lado cuando una ráfaga rasgada de fuego bólter machacó la posición donde había aterrizado. Otra rápida lluvia de agujas perforaron a través de la articulación delgada del cuello del tercer Guerrero de Hierro y la sangre cubrió de una sábana roja su servoarmadura desnuda.

Wayland se estrelló contra el suelo, junto a él, y Sharrowkyn se estremeció ante la torpeza del aterrizaje del Mano de Hierro.

-Un novicio Corrivane tiene más gracia en el aire que tú, hermano -dijo Sharrowkyn.

Wayland gruñó una respuesta y corrió al sur mientras los sonidos de pánico desbordaron el anfiteatro con los aullidos de seguidores enemigos y guerreros. Sharrowkyn partió tras él, siguiendo el curso que habían trazado en el camino al

puesto de observación de los dos primarcas traidores. Lo que se había planeado como una misión de caza se había convertido en una de asesinato.

Se movieron a través de los escombros de la ultra rápida construcción del teatro, una ciudad de grandes montones de escombros, zanjas, tiendas de materiales e ingenios de construcción. Campamentos de trabajadores abandonados y depósitos de suministros brillaron a cada lado a medida que escapaban. En medio de los sonidos de terror que rodeaba el anfiteatro, Sharrowkyn oyó el inconfundible sonido de la persecución. Una vida que se vive detrás de las líneas enemigas que le había dado un sentido sobrenatural para ser cazado. Porque pese a todo lo que él odiaba a los traidores y lo que habían hecho no podía olvidar que se trataba de guerreros de las legiones. Ellos eran tan mortales y tan competentes como cualquiera de los guerreros del Emperador.

Pero nunca habían peleado contra un Guardia del Cuervo y Mano de Hierro de esta manera.

-Se acercan -gritó a Wayland.

-Detonando la primera carga.

Una detonación estruendosa sacudió la tierra cuando Wayland detonó el primero de muchos explosivos sembrados a lo largo de su ruta de escape. Una cascada de escombros y las partes del cuerpo desmembradas llovieron mientras los ecos de la carga térmica se desvanecieron.

Sharrowkyn patinó hasta detenerse detrás de una excavadora volcada, apoyando su rifle en el borde de metal maltratadas de la tolva. Una multitud de hombres y mujeres en trajes chillones emergió de las sombras de un montón de escombros de roca desechada y Sharrowkyn derribó a los seis primeros con sendos tiros. El resto se tambaleó en su avance, pero seguían llegando mientras él mató a otros cinco.

-¡Movámonos1 -ordenó Wayland. Sharrowkyn recogió su fusil y salió corriendo.

Gritos de odio estallaron ante su visión y una descarga irregular de disparos mal dirigidos le persiguió. Una ráfaga explosiva de fuego bólter atravesó la multitud,

arrancando un puñado de fragmentos y extremidades de aún más mortales. Donde el fuego de Sharrowkyn era más eficiente y letal, el rugido salvaje del bólter de Wayland intimidaba a los mortales con mayor eficacia.

Sharrowkyn alcanzó la posición de Wayland detrás de una pila de jaulas de acero corrugado y retiro la hombrera de su carabina, ocupando una posición a cubierto mientras oía el rugido de los motores y el estruendo de pisadas en auge que sacudieron la tierra.

-Rhinos -dijo.

-No, Land Raiders -respondió Wayland.

-Están buscando encajarnos -dijo Sharrowkyn. -Tenemos que seguir adelante.

-De acuerdo.

-Ve -dijo Sharrowkyn, asumiendo su rifle mientras el peso del fuego se intensificó a su alrededor.

Wayland corrió hacia el corte estrecho entre dos montones piramidales de piedra rota y escombros sueltos. Los disparos estallaron alrededor Sharrowkyn y fragmentos impactaron su armadura mientras el furioso rugido de un motor a máximas revoluciones resonó en algún lugar cercano.

-¡Sharrowkyn! -gritó Wayland cuando otra carga explosiva enterrada detonó entre sus perseguidores.

-Cúbreme -gritó de nuevo.

Disparos bólter golpearon entre la multitud gritando y Sharrowkyn corrió a unirse a Wayland.

Se arriesgó a mirar hacia atrás a tiempo para ver un par de Land Raiders coronar una duna metálica y bajar de vuelta al suelo con estremecedores golpeteos de hierro. Sus cascos eran enloquecidos remolinos de púrpura y rosa, orgánicamente escamado como si vistieran con piel de serpiente. Estandartes relucientes pendían de sus estructuras principales y distribuidores de humo dejaban una niebla de humo iridiscente en su estela. La visión de ellos fue tan chocante que Sharrowkyn vaciló ante su aparición.

Fue una duda que le salvó la vida.

Lanzas incandescentes de fuego láser pulverizaron la pila de escombros ante él, enviando una columna de ceniza y acero hacia el cielo. Sharrowkyn fue lanzado por los aires y aterrizó con fuerza en una pila herramientas de atrincheramiento. Rodó hasta ponerse en pie y se retiró de nuevo cuando otra explosión sincopada voló el suelo tras él.

Sharrowkyn se dejó caer en una zanja ancha equipada con vías de tren mientras los disparos azotaron la piedra y la tierra y las rápidas estelas del fuego bólter de gran calibre serraron el aire. Un disparo rebotó en el borde de su coraza y le dio la vuelta. Él se levantó y siguió corriendo. Miró hacia arriba para ver las filas de abultados legionarios con sus servoarmaduras en movimiento a lo largo de los primeros cantos de piedra y tierra excavada a ambos lados. Proyectiles reactivos cosieron la tierra a su alrededor, pero las mejoras de sigilo incorporadas en su servoarmadura confundieron los sistemas de objetivos de los cañones enemigos.

Eso es lo que sucede cuando confía en las máquinas y no en un buen ojo.

Un disparo consiguió rozarle en su hombrera e hizo tropezarle, tejiendo a izquierda y derecha mientras el rugido de los Land Raiders crecía tras él. Oyó las estructuras de acero gemir y doblarse, el chirrido de las orugas desgarrar los escombros y el aullido de los motores. La gran zanja terminaba en un almacén de materiales de circular, colmado de bloques de piedra, permacreto en sacos de vacío a prueba de humedad, torres de acero reforzado y filas de tubos gigantes del tamaño de los cañones de un titán.

-Cúbrete -dijo la voz de Wayland en su casco. -Ahora.

Sharrowkyn corrió hacia las tuberías de boca ancha, cada una dos veces tan alto como su ya aumentada estatura y se lanzó dentro. Por último se aplanó contra una pared curva.

-Boom -dijo Wayland.

Una detonación cataclísmica sacudió la tierra con fuerza sísmica. La atmósfera se comprimió y reventó cuando la onda de presión (pummeled) su camino a lo largo de la tubería, aplastando a Sharrowkyn contra la pared. Ecos martillados de explosiones secundarias crujieron y golpearon, y sintió los autosentidos de su

servoarmadura reiniciarse como consecuencia de las ondas de choque y resplandores cegadores. El tubo fue comprimido y deformado como si hubiera sido pisado por un tanque y la luz penetró a través de grietas en la estructura de acero.

Sharrowkyn se levantó y corrió hacia el otro extremo, comprobando que su rifle estuviera libre de obstrucciones. Una forma se perfilaba en la parte final del túnel: voluminosa, blindada y post-humana. El arma de Sharrowkyn ya estaba en su hombro y disparó un solo proyectil tóxico al centro de masa del objetivo. El guerrero se arrugó con un grito ahogado y Sharrowkyn vadeó el cuerpo, viendo solo vagamente las desfiguraciones faciales horribles y la extraña arma de cuello largo que llevaba.

Al llegar al final del túnel, Sharrowkyn se colocó de espaldas contra la estructura de acordeón de la tubería, asomando la cabeza para ver lo que estaba pasando.

No era bueno.

El enemigo había reaccionado mucho más rápido de lo que habían esperado. Guerreros de Hierro e Hijos del Emperador estaban envolviéndole para formar un perímetro irrompible. Pandillas de soldados con uniformes caqui se desplegaban metódicamente a través de la zona de construcción, barriendo la zona con una minuciosidad que lo sorprendió hasta que vio que eran Thorakites Seléuicdas.

Aquí y allá, Sharrowkyn vio las formas más voluminosas de los legionarios traidores, gritando órdenes o dirigiendo el avance con golpes secos. Sharrowkyn tomó un momento para escuchar, tratando de obtener alguna pista de si tenía el dudoso honor de ser el primer servidor imperial en tener éxito en matar a un primarca traidor. Algunas voces plañideras afirmaron haber visto la cabeza de Fulgrim abrirse por la bala del asesino, mientras que otros afirmaron que el mismo primarca herido encabezaba la búsqueda de su supuesto asesino.

La verdad era imposible de saber, y no tenía tiempo para quedarse y separar los hechos de la ficción.

El enemigo no podría haber cerrado la soga por el momento; aún tenía tiempo.

Pero sólo si se movía ahora.

Sharrowkyn se escabulló de la tubería y se abrió paso alejándose del anfiteatro, moviéndose amparado en la oscuridad, abrazando las sombras, donde los potentes

haces de luz pasan a través de él. Cada metro que obtuvo fue una victoria, pero se le estaba acabando el tiempo y el espacio de maniobra a medida que más y más guerreros inundaron los solares de construcción.

-Wayland, ¿estás ahí? -susurró al vox. -Me vendría bien un poco más de ayuda aquí.

La estática respondió por los altavoces en el casco, y se preguntó si Wayland había sido capturado y muerto momentos después de activar las cargas. El Mano de Hierro no tenía su talento para el trabajo oculto, ni se había entrenado en las técnicas de fuga y evasión de la Guardia del Cuervo. Sharrowkyn debía Wayland su vida después de haber sacado su cuerpo herido en una cañonera en Isstvan V y la idea de que la deuda quedase sin pagar le dejó un sabor amargo en la boca.

Sharrowkyn avanzó, arrastrándose a través de charcos de agua estancada contaminada por aceite, bajo plataformas elevadoras pesadas y entre los materiales de construcción apilados. Corrió a lo largo del borde de un revellín de altos muros en cuyo interior estaban apilados alambra de espino, palas de trinchera y otras herramientas de los sitiadores. Oyó el crujido de una pisada un instante antes de darse cuenta de que había alguien detrás de él, y se lanzó hacia delante cuando una fuerte explosión sónica hizo un agujero de un metro de ancho en la pared de plascreto modular. Rodó y apuntó su rifle hacia arriba, presionando el gatillo y vaciando el cargador de agujas sólidas en el tiempo que tardó en apuntar. Sus disparos perforaron la ceramita del hijo del emperador y convirtieron su pecho en una masa de pulpa de carne.

El legionario se echó a reír histéricamente y empuñó su arma para gritarle de nuevo.

-Sólo tienes una oportunidad -dijo Sharrowkyn, dejando caer su rifle y desenvainando sus dos gladii del hombro. Cada hoja negra era un pedazo de oscuridad total, anti reflectante y casi sin fricción. Sharrowkyn saltó y su primera hoja atravesó arma sónica del guerrero, la segunda se clavó en su cuello.

Y aun así no moría.

Sharrowkyn destrabó sus hojas mientras el guerrero abrió sus mandíbulas increíblemente. Había pensado que la apariencia monstruosa del guerrero era un

casco tallado horriblemente, pero ahora vio el error de esa evaluación. Cirugías de pesadilla habían transformado a su enemigo en algo menos que humano, una parodia de lo que la evolución había forjado durante millones de años y consideró lo más apto para sobrevivir. Gritó con ensordecedor volumen, y aunque Sharrowkyn le hizo callar con una estocada que atravesó la parte posterior de su cráneo plastificado, el daño estaba hecho.

El enemigo tenía fijada su posición.

Sharrowkyn envainó sus espadas y recogió su rifle, corriendo por el borde de la obra. Más disparos abollaron la tierra y más gritos de los guerreros horriblemente transformados hicieron eco a su alrededor. Sharrowkyn subió a la cima de una cresta de tierra, violando la regla de oro de descubrir su posición y buscó una salida.

No había una sola.

Se agachó de nuevo a medida que más disparos impactaron en la cresta y se dejó caer de cuclillas cuando una gran cantidad de soldados mortales y legionarios traidores convergieron en su posición. Cuatro Land Raiders brillantes aparecieron ante su vista, seguidos de una docena de Rhinos de los Guerreros de Hierro. Los traidores desembarcaron con eficiencia sombría, marchando hacia su presa atrapada.

Sharrowkyn colocó su último cargador de agujas sólidas y trepó de nuevo por la pendiente a medida que más disparos convergieron hacia él. Fuego láser quemó su servoarmadura y los indicadores de daño parpadearon furiosamente en la visera del casco. Se volvió y devolvió el fuego, derribando a un legionario con cada disparo.

Vio torretas y armas con tripulaciones siendo emplazadas: láseres cuádruples, obuses de pequeño calibre, morteros de tubo largo. Al menos un millar de soldados enemigos lo rodeaban con la intención de tomar su vida y hacerle pagar por lo que había hecho.

-Maldita sea, pero se están asegurando -dijo.

Sharrowkyn oyó el rugido de los motores tras él, el sonido de gutural del consumo de aire caliente que era tragado por poderosas turbinas vectorizadas. Una tormenta de remolinos de polvo voló a su alrededor cuando una cañonera con camuflaje

múltiple se levantó detrás de la cresta de humo de post-combustión. De un gris opaco medianoche, tenía las alas en flecha invertidas erizadas de cañones y su proa rechoncha con torretas remotas de bólters pesados. Los bastidores de misiles en su fuselaje superior se colocaron en su lugar con un estrépito de mecanismos de carga.

El Storm Eagle bajó su nariz afilada y Sharrowkyn vio a Sabik Wayland en la cabina.

Wayland asintió y Sharrowkyn se tiró al suelo cuando un huracán de proyectiles bombardeó la pendiente, triturando cualquier cosa viviente en una lluvia de proyectiles reactivos y proyectiles penetradores de blindaje explosivos. Los traidores se dispersaron cuando la nariz del Storm Eagle giró a izquierda y derecha, convirtiendo el suelo bajo Sharrowkyn en un caldero hirviente de metal caliente y carne masticada. El ruido fue increíble, una tormenta infernal e interminable de golpes, tolvas de munición girando y casquillos que caían en una lluvia de latón tintineante.

Los Land Raiders enemigos resistieron la tormenta de fuego, pero Wayland no había terminado.

Cuatro misiles se separaron de sus montajes y volaron hacia los vehículos blindados. Tres de los tanques detonaron instantáneamente, inmolando en bolas de fuego a los soldados que se cubrieron tras ellos. Un cuarto se sacudió como un animal herido, aplastando a los Hijos del Emperador bajo su masivo casco en llamas antes de que las explosiones internas lo volase desde dentro.

El silencio que siguió fue igual a los instantes tras un terrible accidente, el silencio atónito antes de que el verdadero horror se abriese paso. Sharrowkyn utilizó ese momento para trepar por la ladera hacia el Storm Eagle. La cañonera de asalto se cernió sobre un colchón de aire sobrecalentado que convirtió la parte superior de la cresta en vidrio. Los cañones de sus armas de tiro rápido sangraban calor y babeaban humo. Su rampa de asalto bajó y Sharrowkyn no tardó en saltar a bordo.

-¡Vamos! -gritó mientras golpeaba con la palma el mecanismo de cierre.

El Storm Eagle giró sobre su eje con furiosa agilidad y Sharrowkyn fue arrojado contra el fuselaje cuando Wayland metió caña a los motores. La cañonera cayó y voló cerca de la Tierra mientras dio bandazos y tejió un patrón evasivos a través de

la obras de asedio. A Sharrowkyn le costó llegar a la cabina, arrastrándose a través de las barras agarraderas que sobresalían y arneses para la tripulación.

Se dejó caer en el asiento del copiloto, viendo la tierra roja y las montañas rocosas balanceándose a un lado y otro a través del dosel de cristal blindado.

-Buena entrada -dijo.

-Si te hubieras mantenido conmigo no habría tenido que hacerla -replicó Wayland.

Sharrowkyn se encogió de hombros, dispuesto a discutir la cuestión mientras la cañonera maniobraba salvajemente, enhebrando un camino a través de agitados ríos de fuego antiaéreo. Las manos de Wayland bailaron sobre los controles, dosificando los motores, soltando señuelos falsos a su paso y evitando las trayectorias de vuelo más predecibles. La agilidad del Storm Eagle era mucho mayor que cualquier avión de las legiones en la que Sharrowkyn hubiera volado, y sus capacidades furtivas aseguraban que ninguno de los patrones de fuego coordinado de los Guerreros de Hierro estuviera cerca de tocarlo.

A medida que la nave los impulsó lejos del valle, su curso enloquecido fue reemplazado por algo aproximado al nivel de vuelo.

-¿Estamos a salvo? -le preguntó.

-Sus cañoneras nos perseguirán, pero no nos atraparán antes de que estemos de vuelta a bordo del *Sisypheum* -dijo Wayland.

¿Qué pasa con sus naves orbitales?

El Mano de Hierro resopló en tono de burla.

-¿Estás seguro de eso?

-Por supuesto que estoy seguro -dijo Wayland. -Yo diseñé el modelo Nighthawk, ¿recuerdas?

Sharrowkyn sonrió y golpeó con los nudillos en el borde del asiento de cubo blindado. -Sabes Sabik, creo que el Mechanicum podría dar a esta variante su sello de aprobación, después de todo -dijo.

-¿Sí?

-Sí- dijo Sharrowkyn. -Con el tiempo.

SIETE

Yo estuve allí

Los caminos por encima

Tributo de carne

Fulgrim cayó a cámara lenta, como el árbol más poderoso en el bosque talado y sin siquiera saber que la putrefacción estaba en sus raíces. Perturabo estuvo al lado de su hermano antes de que nadie en el anfiteatro siquiera fuese consciente de lo que había sucedido. Tomó la cabeza de Fulgrim justo después de golpear las losas del escenario con un crujido repugnante. Con un pensamiento convocó al Círculo de Hierro y gritó a la multitud en sus asientos con horror creciente que huyeran.

-¡Hermano! -exclamó Perturabo, buscando en los niveles superiores de la Thaliakron signos de los francotiradores. Reprodujo el momento del impacto de la bala, lo analizó y trianguló en punto de origen. No vio nada, pero cualquier tirador digno de ese nombre ya se habría desvanecido.

Las pisadas estruendosas del Círculo de Hierro lo rodearon, formando un anillo ininterrumpido de protección. Las piernas se prepararon y bloquearon los escudos, envolviendo Fulgrim y Perturabo en sombras y acero. El disparo había alcanzado a Fulgrim en la sien derecha, una herida limpia que parecía no tener salida en el lado opuesto. Fuese cual fuese el proyectil escogido por el asesino todavía estaba dentro de su cráneo.

-Fulgrim -dijo Perturabo. -Háblame.

-Hermano... –dijo Fulgrim, con los ojos como pepitas de ónix en medio de los ríos de sangre corriendo por su rostro.

-Estoy aquí.

-Sólo piensa -susurró Fulgrim. -Serás capaz de decir que estabas allí...

-¿De qué estás hablando?

-Tú estabas allí el día que Fulgrim cayó.

-No seas ridículo- dijo Perturabo. -Esto no es nada. Tú y yo hemos recibido heridas peores que ésta en nuestro tiempo.

-Me temo que puede estar equivocado, hermano -dijo Fulgrim, alcanzando hasta agarrar su brazo como si se preparase para ofrecerle una despedida.

La sangre siguió manando por el rostro de Fulgrim y Perturabo sabía que no debería estar sucediendo. Incluso el cuerpo de un legionario debería haber cerrado ya la herida. La fisiología de un Primarca debería haber terminado este flujo de sangre de forma casi instantánea. ¿Se había el Emperador rebajado a utilizar las herramientas envenenadas de los asesinos ahora? La ira de Perturabo se fundió en una supernova comprimida ante tales estratagemas deshonrosas. Sólo los cobardes se negaban a enfrentarse a sus enemigos en el campo de batalla, y la idea de que su padre genético hubiera sancionado tales asesinos sombra era una mancha en cada recuerdo que tenía de él.

Perturabo oyó el gruñido de sus autómatas y el zumbido de sus martillos encenderse. Los músculos artificiales vibraban con el poder en aumento, listos para destruir a quienquiera o lo que fuera que se acercaba.

Fulgrim se agitó a su reposo y dijo: -Es Fabius, mi apotecario...

-Dejadle entrar -ordenó Perturabo, y el círculo de hierro se separó lo suficiente como para permitir que una figura encorvada con los colores distintivos de los Hijos del Emperador pasara. Perturabo tomó una aversión instantánea a este Fabius; las mejillas huecas, el pelo despeinado y el hambre demacrada en sus ojos penetrantes que le miraron de arriba abajo, como si hiciera las mediciones de su ataúd.

La servoarmadura del apotecario parecía fuera de lugar en su cuerpo, como el caparazón de algo más grande portado por el parásito que le había matado. Un artilugio mecanizado semejante a una araña acechaba en sus hombros. Mientras se puso a trabajar en su primarca caído, Perturabo pudo oler una mezcla extraña de aromas malignos: fluidos de embalsamamiento, productos químicos nocivos que no podía identificar y el sabor de la sangre rancia de un matadero que ninguna cantidad de desinfectante jamás podría ocultar.

El guerrero era post-humano, no había duda de eso, pero la gran cantidad de cicatrices quirúrgicas autoadministradas visibles a través de su cabello adelgazado y sobre sus antebrazos expuestos le hicieron preguntarse si eso era suficiente para este hombre. ¿Eran los seres grotescos de la carnivalia de Fulgrim sus creaciones?

-¡Mi señor! -exclamó Fabius, examinando la brillante sangre rica en oxígeno escaparse de la herida. -Esta debe ser la forma en que los Hijos de Horus sintieron en Davin. Es verdaderamente la peor sensación que he conocido.

-Cállate y sánalo -ordenó Perturabo, no estaba de humor para el melodrama y al que no le gustaba la comparación con el Señor de la Guerra.

-Fabius -dijo Fulgrim. -Puedo sentirlo en mi cabeza.

Fabius se dirigió Perturabo. -¿Qué clase de arma hizo esto?

-No lo sé, pero la herida de entrada es demasiado pequeño para ser de un bólter. Hay un traumatismo de impacto excesivo para un láser, por lo que creo que es algún tipo de rifle de aguja.

Fabius asintió con la cabeza y se volvió a Fulgrim, mientras la unidad Narthecium articulada y montada sobre sus hombros oscurecía el trabajo que estaba haciendo. Perturabo quería salir de la protección del Círculo de Hierro para averiguar lo que estaba pasando más allá de la Thaliakron, pero él no confiaba en dejar a Fabius solo con Fulgrim. Algo le decía Perturabo que nadie estaría a salvo de este hombre excepto en compañía durante mucho tiempo, convirtiendo su carne en un lienzo sobre el que practicaría experimentos quirúrgicos no naturales.

Más allá de los escudos de los robots, Perturabo podía oír la cólera furiosa y creciente terror de la multitud. Todos habían visto al Fenicio caer, y cada segundo que se mantuvieron en la oscuridad en cuanto a su destino generó rumores cada vez más elaboradas. Con una última mirada suspicaz en Fabius, Perturabo salió de la protección del Círculo de Hierro.

Encontró a los Herreros de Guerra de su Tridente esperándolo, rodeando a los guardianes artificiales como el toro grox protegiendo a una madre de parto. Los Hijos del Emperador estaban más allá de ellos, depredadores a la espera para encargarse de la parte más débil de la manada. La imagen era desagradable, pero apta.

Los Hijos del Emperador se movían con la urgencia de un arco tenso, desesperados por saber de Fulgrim, pero sin querer arriesgarse a la ira de los Guerreros de Hierro y los guardaespaldas de su primarca.

Un guerrero son servoarmadura Cataphractii densamente ornamentada con pieles desolladas y adornado con cintas de hueso caminó hacia adelante, mostrando en el rostro una cicatriz de quemadura que había curado mal y sido tratada peor. Los ojos del guerrero eran cataratas de pesadilla de líquido rosa con vetas que lloraban lágrimas viscosas lo largo de la escarpada ruina de sus características.

-¿Quién eres tú? -preguntó Perturabo.

-Julius Kaesoron -respondió el guerrero. -Primer Capitán. ¿El Fenicio?

-Vive -dijo Perturabo. -Costará más de un mal tirador con un rifle para acabar con un primarca.

-Déjeme verle -pidió Kaesoron, intentando avanzar.

Perturabo puso su mano sobre el pecho de Kaesoron. -No hagas que te detenga -dijo.

-¡Él es nuestro Primarca! -protestó el guerrera.

-Y él es mi hermano -le espetó Perturabo.

Los ojos lechosos de Kaesoron recorrieron los más altos niveles de la Thaliakron con una expresión indescifrable más allá de su cicatriz.

-Demasiado para la tan cacareada seguridad de los Guerreros de Hierro dijo, mostrando un arrogante rechazo que hizo Perturabo quisiera aplastar su cráneo con la cabeza de *Rompeforjas*. -Esto no debería haber pasado.

-No- convino Perturabo, forzando su ira hacia abajo. -No debería. Y si Fulgrim no hubiera insistido en esta teatralidad, entonces se podría haber evitado. Ni siquiera los guerreros de Valdor podrían haberlo protegido.

Kaesoron abrió la boca para estar en desacuerdo, pero Perturabo se la cerró en primer lugar. -No puedes hacer nada por tu primarca ahora. Ocúpate de la captura de quien lo hizo. Cazadlo y matadlo.

-La caza ya está en marcha -dijo Kaesoron. -Un solo tirador no tiene ninguna posibilidad de escapar de este acto traicionero. Probablemente será atrapado a quinientos metros del edificio.

-¿Y si no lo es?

-Incluso si por algún milagro se las arregla para deslizarse de la red, no hay manera de que pueda conseguir escapar de este mundo, o escapar de las flotas de naves en órbita -dijo Kaesoron.

Perturabo puso a prueba ese pensamiento y lo consideró insuficiente. -Si los activos de vuestra flota estuviesen organizados en un atisbo de cualquier formación reconocible podría estar de acuerdo contigo -dijo.

Kaesoron se tensó ante el insulto y Perturabo arqueó una ceja al ver los guanteletes del hombre enroscarse en puños.

-¿Quieres morir, hombrecito? -dijo Perturabo. ¿O la legión de mi hermano se ha convertido en estúpida y bárbara desde que hizo sus juramentos a Horus?

-No juramos nada a Horus -escupió Kaesoron.

Perturabo ocultó su sorpresa, pero en lugar de seguir el comentario de Kaesoron con una pregunta lógica dejó que su implicación se asentara en el fondo de su mente.

-Entonces escúchame, Julius Kaesoron, primer capitán. Este es mi mundo y mi anfiteatro. Tú eres sólo una molestia. Irrítame y *te mataré*.

Kaesoron dio un paso atrás, contrito, pero también pareció activado por la amenaza de la muerte.

Perturabo apartó a Kaesoron de su mente y exploró las alturas del anfiteatro, descansando sus ojos en el punto desde donde había disparado el asesino. Una buena posición, con vistas panorámicas de las principales entradas al anfiteatro. Un montón de sombras desde donde disparar y una conveniente ruta de escape en la parte trasera. Quienquiera que hubiera efectuado el disparo no podría haber deseado un mejor emplazamiento de francotirador.

Perturabo descubrió que odiaba la Thaliakron ahora. Su grandeza mancillada y su función pervertida. Una vez más, una maravilla que había creado como un símbolo de la belleza empañado por aquellos que alguna vez había amado.

¿Es que no se le permitiría a algo que erigiese en gloria un momento de brillo?

Perturabo se volvió cuando un Land Raider con la púrpura y el oro de los Hijos del Emperador entró en el Thaliakron por las puertas principales, dominando el escenario y aplastando las losas bajo sus pistas pesadas. Sus armas estaban adornadas con filigranas y las volutas talladas habían sido adornadas con llamativas manchas de sangre y otros fluidos corporales. Una fila de cascos legionario colgaban de ganchos de carnicero en las cubiertas protectoras superiores de las orugas: Manos de Hierro, Salamandras y la Guardia del Cuervo en su mayor parte, pero Perturabo reconoció un casco de los Devoradores de Mundos y un respirador de la Guardia de la Muerte entre el botín de batalla. Si Fulgrim poseía un casco de los Guerreros de Hierro, al menos tenía el sentido común de no mostrar ese trofeo.

El Círculo de Hierro se destrabó de su postura defensiva, enderezando sus piernas y restituyendo sus escudos a la posición de bloqueo en el flanco. Fulgrim se alzaba orgulloso en el centro de la construcción, renacido de las cenizas de su muerte. Sus rasgos estaban aún ensangrentados, pero donde antes Perturabo había visto el rostro de un mártir, ahora era el de la resurrección.

-Hermano -dijo Fulgrim, acercándose para abrazarlo de nuevo. -Un milagro.

Perturabo sacudió la cabeza y dijo: -Vives.

Fulgrim levantó la mano para mostrar Perturabo una larga astilla de acero manchada de sangre, finamente afilada y curvada en torno a su centro, donde su punta se había aplastado.

-Apenas -dijo Fulgrim. -Fabius tuvo un trabajo del diablo para extraerlo. El ángulo de impacto estaba lo sufrientemente obtuso para desviarse en lugar de penetrar. Viajó por la coronilla de la cabeza y se alojó en el lado opuesto.

Fulgrim barrió el pelo de color hueso de nuevo para mostrar las incisiones que Fabius había hecho en la sien opuesta con el fin de extraer la aguja. Una línea púrpura viva trazaba la ruta que el proyectil había tomado una ruta de arcos de

elegantes curvas y espirales unía las dos heridas y que tenía una simetría agradable a él.

-Menos mal que tienes un cráneo grueso -dijo Perturabo.

Fulgrim se rio y dijo: -Tienes razón, hermano.

Instalados y seguros en el santuario subterráneo de la *Cavea Ferrum*, Perturabo sirvió dos jarras de vino muy condimentado y pasó uno a Fulgrim, que hizo un gran espectáculo comprobando su edad y aroma antes de deleitarse como una ingenua en su primera actuación. Un convoy de Land Raiders les había traído del caos en la Thaliakron al corazón de la circunvalación a toda velocidad, mientras las bandas de devotos lunáticos de Fulgrim difundieron la palabra de su milagrosa supervivencia.

-Contaste un gran relato -dijo Perturabo, vaciando su jarra y recargándola. -¿Cuánto de ello era cierto?

Fulgrim sonrió y se encogió de hombros. -¿Quién sabe? Todo, o nada de eso. No importa cuánto es verdad y lo que es la acumulación sedimentaria por narradores a través de los siglos.

-Si quieres que mi Legión se una a la tuya, entonces por supuesto que me importa.

-No me entiendes, hermano- dijo Fulgrim, arañándose las heridas gemelas en las sienes. -Dioses y guerras, prisiones antiguas... todo es escapismo mítico. Sí, puede que haya... embellecido algunos elementos de la leyenda para darle dramatismo, pero la tradición barda eldar es tan seca que debe ser animada con una buena dosis de *Sturm und Drang*.

-Entonces, ¿Cuál *es* la verdad de la leyenda? -preguntó Perturabo, rodeando la mesa de altas pilas con sus cientos de planos arquitectónicos, sabiendo que los destruiría cuando Fulgrim se fuera. -¿Hay alguna en absoluto?

-La hay por cierto- dijo Fulgrim, conminando a Karuchi Vohra a su lado.

Perturabo se detuvo en su círculo, y se fijó en el eldar con su mirada fría.

-Así que dime, Vohra -dijo. -¿Cuál es la verdad? Y elimina los adornos de mi hermano.

-La verdad es que estas armas son reales.

-Le das mucho crédito a las leyendas.

Fulgrim le puso la mano en el hombro de Perturabo. -Si alguna vez hubo una criatura conocida como el ángel Exterminatus no significa nada en absoluto. Con toda probabilidad no es más que una fantasía construida para ocultar la verdad más oscura que la “mera existencia” de estas armas -dijo Fulgrim.

-¿Por qué se molestarían los eldar en inventar semejante fantasía?

-Un terrible dios demoniaco es una manera conveniente de justificar la creación de este tipo de cosas terribles -respondió Fulgrim. -Mejor para la historia creer en su existencia que aceptar la difícil verdad de que su tan cacareada especie avanzada fuera capaz de tal invención destructiva.

-Todavía no entiendo cómo puedes decir que su existencia es un hecho dijo Perturabo.

-Porque Karuchi Vohra las ha visto- dijo Fulgrim.

Perturabo se volvió hacia el eldar de ojos ambarinos.

-¿Tú las has visto? -preguntó.

-Sí- confirmó Vohra con un gesto brusco. -He caminado por los pasillos espectrales de la antigua ciudadela en el centro de lo que conocéis como la tormenta estela. Un lugar llamado *Amon ny-shak Kaelis*.

-La ciudad de la noche sin fin -tradujo Perturabo. -Suena atractivo.

Vohra ignoró su sarcasmo y dijo: -Yo vi sus grandes bóvedas y las salas situadas en torno a las armas. Se trata de una fortaleza de tal fuerza que sólo el mayor maestro de los asedios podría derrotar a sus defensas con el fin de apoderarse de las armas.

Perturabo ignoró la adulación descarada y se volvió a Fulgrim. -Ahora entiendo por qué quieres a mi legión, hermano. Necesitas a mis guerreros para abrir esta fortaleza eldar.

-Cierto -admitió Fulgrim. -Pero esa no es la única razón por la que vengo a ti. Este es tu destino, hermano. Todos los caminos de tu vida te han conducido hasta aquí.

¿Por qué entonces solo tú has sido plagado de visiones de la tormenta estelar desde tus primeros días?

-¿Cómo sabes eso? -preguntó Perturabo, repentinamente preocupado y enojado. –Solo se lo dije a Ferrus Manus y él se burló de mi pregunta.

-Olvidas, hermano, que yo maté a Ferrus -susurró Fulgrim con una sonrisa cómplice que hizo a Perturabo cómplice en el acto. -Y no hay vínculo más íntimo que el asesinato. El emperador se encargó de que los primarcas estuvieran vinculados por lazos de sangre, Perturabo, sangre y mucho más. Cuando Ferrus murió, me empapé de sus pensamientos y sueños -amargos y suaves a partes iguales- y aprendí algo de su memoria.

Fulgrim tocó la empuñadura de su espada y dijo: -Para ser franco, le hice un favor cortándole la cabeza. Era un robot monodireccional tan estúpido, desconectado de la multitud sensaciones que la vida tiene para ofrecer. La suya fue una vida desperdiciada, que no apreciaba ese don para la bendición que realmente tenía.

-Sospecho que podría haber visto las cosas de manera diferente.

-Tal vez -rio Fulgrim. -Pero eso es el pasado y no perdamos el tiempo allí. Sólo me preocupa el futuro, y nuestro futuro está juntos. Allí es donde *debes* ir, para que me ayudes en la obtención de este tipo de armas para el Señor de la Guerra. Ayudarme a borrar el recuerdo de Phall aprovechando esta oportunidad para recordarle a Horus el poder de la cuarta legión. ¡Este es tu momento para reclamar la gloria que siempre se te ha negado!

-Estás olvidando que estas armas se encuentran todavía en el corazón de una tormenta de disformidad.

-Karuchi Vohra nos puede guiar.

-¿Cómo atravesaste la tormenta? -preguntó Perturabo, volviéndose hacia Vohra. -Tú no eres un navegante.

El eldar asintió y dijo: -He viajado por los caminos por encima, mi señor.

-¿Los caminos por encima?

-Una ruta secreta y estable que conduce directamente al corazón de la tormenta estelar, conocida sólo por un puñado de mi pueblo. Es uno de los secretos mejor guardados y lo ofrezco a vosotros libremente, mis señores.

Perturabo era escéptico, sin embargo, la posibilidad de este tipo de armas al acecho de alguien para darles propósito una vez más le intrigaba. Las armas de asedio que el León le había entregado a Diamat eran poderosas sí, pero eran poderosos en una forma evidente de muerte. Podían nivelar paredes, diezmar ciudades, pero los dispositivos capaces de derribar un imperio galáctico...

-No creo mucho de lo que me has dicho Fulgrim, pero si hay siquiera una pizca de verdad en esto, entonces debemos actuar en consecuencia.

-El Emperador claramente cree en su verdad -dijo Fulgrim, llegando hasta tocar la cicatriz en la frente. -Él envía asesinos para impedirme aprovecharme de tu ayuda . Una fracción de grado más alto y estaría tan muerto como Ferrus. Tenemos que actuar ahora. Si no lo hacemos nuestros enemigos lo harán sin duda.

Perturabo odiaba la sensación de que estaba siendo encarrilado injustamente por el argumento de Fulgrim, pero sin órdenes del Señor de la Guerra, esto al menos podría permitir utilizar a su legión para un buen uso hasta que dichas órdenes llegaran.

-Muy bien -dijo. -Si existen entonces tenemos que tomar posesión de ellas. Ellas pueden poner fin a esta guerra solo con la amenaza de su existencia.

Fulgrim parecía decepcionado por su falta de imaginación, pero Perturabo no había terminado.

-Por supuesto, tendremos que usarlas para que amenaza sea tomada en serio, aunque el Emperador no tendrá más remedio que rendirse al ver tal poder increíblemente destructivo.

-¿Rendirse? –dijo Fulgrim, su voz un ronroneo bajo, seductor. -Horus no busca la rendición. Deja un enemigo con vida detrás de ti y él solo se volverá contra ti. No, una vez que las armas estén en nuestras manos, debemos utilizarlas para aniquilar por completo a los ejércitos del Emperador.

-Entonces lo harás sin mí -dijo Perturabo.

-¿Qué has dicho? -dijo Fulgrim, dejando la jarra.

-Mi legión solo participará con la tuya si tomo el control total sobre las armas -dijo Perturabo con inquebrantable firmeza. –Seré su guardián y elegiré dónde y cuándo se utilizan. La amenaza de su poder debe poner fin a esta guerra antes de que esta escape a nuestro control.

-¿Escape de nuestro control? -rio Fulgrim con un acento burlón. -Hace mucho tiempo que sobrepasamos ese punto. Por favor, hermano, ¿cuál es el sentido de tener esas armas, si reducimos el uso de ellas? Al igual que tu gran anfiteatro, que una vez existió sólo como un sueño en el papel de cera. Mira lo maravilloso que es. ¿Se podría construir sólo para dejarlo vacío y carente de función?

-Ha cumplido su propósito, por lo que podría derribarlo sin pesar.

-¿De verdad? -dijo Fulgrim. -Todo ese esfuerzo para levantarlo, ¿Y tú podrías derribarlo sin sentir un instante de dolor? ¿No dejarías tu legado para que otros puedan emularlo y soñar con el genio de su creador?

Perturabo se encogió de hombros. -Fue construido para ti, hermano. Haz lo que quieras con él.

-Lo haré -espetó Fulgrim.

Dolor. Siempre volvía al dolor.

Los ojos de Cassander se movían frenéticos detrás de sus párpados, sellados por la sangre y el polvo. Tenía la boca seca y su carne estaba caliente. Dejó escapar un suspiro al darse cuenta de que aún estaba vivo. Su biología post-humana reconstruyó su cuerpo roto, rehabilitando vasos sanguíneos, tejido denso de los órganos y extrayendo hasta la última molécula de sus reservas corporales para sanar sus heridas.

Hizo respiraciones lentas, apreciando los mensajes biológicos que su carne dañada le enviaba. Recordó un disparo preciso a la cabeza, y la tensión palpitante en la sien derecha le dijo que tendría una cicatriz atroz para recordarle que no fuese sin su casco. Su respiración era trabajosa, probablemente un pulmón colapsado y la debilidad de sus miembros sólo podía ser el resultado de que su corazón secundario asumía la carga de la circulación de la sangre.

Tenía frío y estaba acostado boca abajo, pero más allá de eso no sabía nada más.

Su armadura había desaparecido, aunque sentía las penetraciones invasivas de sensores biométricos conectados a muchos de los conectores de su cuerpo.

¿Estaba en un Apothecarion?

No, su último recuerdo fue la flor gemela de fuego del cañón de un bólter, seguido de un instante de dolor punzante en el pecho. Le habían disparado antes, pero nunca con tanta ira. Le pareció una idea ridícula - ¿qué importa *cómo* te dispararon? - Pero el veneno que había sentido desde el Guerrero de Hierro cuando apretó el gatillo era palpable.

Odiaba a Cassander más que cualquier otra cosa en la galaxia.

La ciudadela había caído, eso era evidente, y el corolario de eso era que ahora era un prisionero del enemigo. Cassander trató de incorporarse, pero no podía moverse. Tenía las muñecas, los tobillos, la cintura, el pecho y el cuello asegurados por fuertes abrazaderas de cuero y acero. Él gruñó y forcejeó contra ellas, sintiendo llorar algo dentro de él mientras se esforzaba por romper sus ataduras.

Conservando las fuerzas, Cassander forzó los párpados y pudo abrir los ojos, torciendo la cabeza para reconocer su entorno. Un techo abovedado de ladrillos negros se curvaba por encima de él, y un globo de luz desnuda se balanceaba por una fría brisa que sopla a través de un arco bajo a su derecha. El agua brillaba en las paredes de azulejos y bancos de máquinas extrañas acechando en las sombras, emitiendo gorjeos y portando sibilantes cápsulas de cristal verde. Restos extraños de carne flotaban dentro de cada uno, cosas desconocidas que desafiaban a cualquier clasificación fácil por su forma.

Olía a sangre y excrementos, el hedor de animales grandes y de metal frío.

La losa sobre la que yacía era parte de un conglomerado de ocho losas funerarias idénticas dispuestas en un patrón circular alrededor de una rejilla de drenaje incrustada en el centro de la cámara. Varias de las placas mostraban cuerpos abiertos, las sobras de lo que parecía experimentos fallidos de cirugía de trasplante horrible, y un dispositivo de bronce y carne colgaba suspendido de la cúpula del domo. Su estructura era una fusión horrible de varios servidores de combate y

aparatos quirúrgicos, una colección de brazos escuálidos, apéndices de perforación y cableado semejante a sus intestinos.

-No deberías forcejear -dijo una voz. -Él te escuchará...

-¿Quién es? -exigió Cassander. ¿Locris? ¿Kastor? ¿Eres tú?

-No conozco esos nombres.

Cuando más de sus sentidos volvieron a la normalidad, Cassander se dio cuenta de que una de las otras losas fue ocupada por un ser vivo. Aunque gran parte del cuerpo del orador estaba encerrado en un sarcófago de cuerpo completo, Cassander vio que la voz pertenecía a un guerrero de una legión.

Y no cualquier legión.

-Puños Imperiales -dijo Cassander, al ver el tatuaje en el hombro descubierto del hombre.

Incluso dentro del sarcófago, su compañero legionario se estremeció. -Yo estaba allí. Les fallé. No merezco llevar el nombre.

-¿Quién eres tú? -exigió Cassander. -¿Cómo llegaste a este lugar? ¿Dónde estamos de todos modos?

-Haces demasiadas preguntas -dijo el Puño Imperial. -No soy nadie. Debería estar muerto. No deberías hablar conmigo.

-Yo soy el capitán Felix Cassander -dijo lentamente. -Identifíquese, legionario.

El guerrero inmovilizado no habló, y Cassander estaba a punto de repetirlo cuando recibió su respuesta.

-Navarra -dijo. -Legionario de la 6 ª Compañía, portador de armas del capitán Amandus Tyr de la *Halcyon*. En ruta hacia Isstvan III.

-¿Isstvan III? Entonces, ¿cómo estás aquí?

Una vez más una larga pausa antes de contestar. -Nunca llegamos a Isstvan. Nos emboscaron. Me llevaron. A la *Sangre de Hierro*.

-¿Una nave de los Guerreros de Hierro? -supuso Cassander.

-Sí- dijo Navarra. –El capitán Tyr dirigió un asalto a la nave de Perturabo. Teníamos que matar al Primarca enemigo. Fallamos. Mil trescientos guerreros muertos a cambio de nada. Llegamos a la sala del trono del bastardo. Mató a Tyr con un solo golpe. El resto de nosotros no duró mucho más tiempo.

La ira y la culpa dieron fuerzas a Navarra, pero fue efímera y su voz torturada se sumió en el silencio. Cassander miró más de cerca, mirando a través del complicado entramado de pasadores de acero y tablillas de hueso perforados que cubrían su cuerpo. La carne de Navarra estaba horriblemente mutilada y Cassander vio sus piernas terminar a mitad del muslo. Numerosas líneas de alimentación se habían introducido en sus brazos, cuello y los muñones de sus piernas, y fuese lo que fuese que inyectasen, estaba claro que no eran bálsamos contra el dolor.

-¿Estamos a bordo de una nave de los Guerreros de Hierro?

-No -dijo Navarra. -Ojalá que lo estuviéramos.

-¿Qué quieres decir? ¿Dónde estamos?

-Esta es la guarida del apotecario Fabius -dijo Navarra, bajando la voz hasta un susurro.

-¿Quién es Fabius?

-Un Hijo del Emperador -siseó Navarra, con los ojos cerrados y todo su cuerpo tensado.

-¿Los guerreros de Fulgrim? -dijo Cassander. No esperaba eso, pero daba lo mismo cuál de las legiones traidoras le retenía. Como Puños Imperiales, era su deber tratar de escapar y causar tanto daño al enemigo como fuera posible.

-¿Cuánto tiempo has estado aquí? ¿Qué sabes de la distribución de este lugar?

-Nada -dijo Navarra. -Debería estar muerto.

La ira estalló en el pecho de Cassander. -Has sido gravemente herido, legionario, pero *no* estás muerto. Eres un Puño Imperial, y no dejas de luchar hasta que te maten. Deshonra la memoria de tus hermanos de batalla rindiéndote. Encontraremos una manera de defendernos o moriremos intentándolo. ¿Me escuchas?

-Te escucho -dijo Navarra, y Cassander se preguntó qué dolor y tortura le habían infringido los Guerreros de Hierro para romper así su espíritu. Pero los corazones pueden ser reparados, los espíritus reparados y el coraje restaurado.

-Somos orgullosos hijos de Dorn, Navarra -dijo Cassander. -Nuestro padre genético es el baluarte de nuestra alma, el viento frío de Inwit que enfría los impulsos imprudentes. Por lo que o encontramos una manera de sobrevivir o haremos una.

-Un noble sentimiento -dijo una voz con la sequedad áspera de una serpiente reptil. -Pero uno fuera de lugar. No hay escape de mi vivisectorio, capitán Cassander. No vivo de todos modos.

El orador se deslizó en la sala, en silencio y sin aparente locomoción. Cassander no había oído su acercamiento, y un sentido primigenio de cosas repugnantes le erizó los pelos de la parte posterior de su cuello a la vista del cirujano de carne cadavérica a nivel de su pecho.

El hombre era un marine como él, pero ahí terminaba el parecido. Demacrado y encorvado, la unidad de energía de su servoarmadura se aferraba a la espalda como un parásito y armatostes sibilantes y chirriantes sobresalían de los hombros. Varios de los tubos de aspecto orgánico se habían desprendido del aparato central y estaban ocupados succionando la creación bio-mecánica, un icor de trocitos negros repugnantes de un mal olor en su estructura venosa.

Los labios del hombre se abrieron, como si disfruta de la sensación.

-Yo soy Fabius -dijo, acariciando el pecho lleno de cicatrices de Cassander. -Y esta es mi cámara de las maravillas.

-¿Maravillas? Es un lugar de abominación -siseó Cassander, forcejeando una vez más en sus ataduras. -Eres un loco y te mataré.

Fabius se rio, realmente divertido. -Te sorprenderá de cuántas veces he oído eso -dijo. -Pero todo el mundo que se transforma por mis cuchillos y pesadillas pronto aprende a amar el dolor que les doy. El dolor conduce al placer y el placer puede ser un sufrimiento tan dulce. Sé que no lo entiendes todavía, pero lo harás.

El tubo intestinal se separó del artefacto bio-mecánico en la espalda del apotecario cuando se acercó al borde de la cámara con pasos suaves. Cassander le siguió

cuanto sus restricciones le permitían, pero perdió de vista a Fabius cuando se adentró en las sombras con un aparato que tintineaba con el sonido del metal contra el vidrio.

-Muy amable el Señor del Hierro al agasajarnos con tributos de carne -dijo Fabius cuando un número de lúmenes se encendieron espontáneamente. -Regalos del vasallo a un maestro, se podría decir.

Cassander ahora veía el horror de las cápsulas de vidrio verde dispuestas alrededor de la habitación; una colección de partes del cuerpo, órganos cosechados y cabezas conservadas. Incluso en su sorpresa horrorizada, la magnitud de estos especímenes sombríos le dijo a Cassander que habían venido de los cuerpos de Marines Espaciales. Vio las marcas que denotan al menos once legiones.

-Una de mis aficiones -explicó Fabius, saboreando el disgusto de Cassander. -Tengo muestras de tejidos viables de *todas* las legiones presentes en Isstvan V. Algunas dadas voluntariamente, otras... no tanto. Pero de todas las muestras que tengo en mi colección, la tuya es la que más deseo escudriñar. Me imagino que la semilla genética de Dorn es la más cercana a la fuente.

-No te atreverías a manipular el gran trabajo del Emperador -dijo Cassander.

-¿Atreverme? -espetó Fabius. -Me atrevo incluso con lo que el Emperador teme que se repita. Ya he aprendido mucho de su conocimiento, y con cada paso me acerco a perfeccionar lo que comenzó en la ignorancia: la creación del guerrero definitivo.

Cassander luchó contra las ataduras sosteniéndole fuerte contra la losa, pero estas no cedieron.

-No pierdas tu fuerza -se rio entre dientes Fabius, inclinándose sobre él mientras una gran cantidad de hojas desenvainaron de sus guantes con un chasquido fuerte. -La necesitarás para gritar.

OCHO

Salidas

Poco había cambiado en la cámara de mando de Perturabo desde que los Puños Imperiales abordaran la *Sangre de Hierro*. Sus vigas fijadas con remaches se arqueaban hasta formar una bóveda de celosía de la que colgaban jaulas de pájaros vacías, y el repiqueteo de las máquinas de gran potencia hizo eco en el fondo de las paredes. Banderas polvorientas y mapas rotos de la Vieja Tierra colgaban de tiras de papel de juramento, registrando victorias que nadie más allá de esta habitación podría nombrar o tomado alguna vez nota por un rememorador. La puerta no se cerraría de nuevo y las manchas de sangre en la pared se había secado hasta alcanzar un marrón pegajoso. Una consola rota en una de las paredes aún escupía chispas siempre que la corriente pasara a través de los circuitos locales.

Sólo se habían retirado los cadáveres fragmentados de los Puños Imperiales, desechados por una exclusa de aire a raíz de la participación en Phall como tantos desechos.

El trono de frío hierro de Perturabo, elaborado a partir de la fundición de los tesoros de su padre adoptivo, estaba vacío en el otro extremo de la cámara bajo altas ventanas ojivales de cristal blindado enrejado que daban a la esfera rojiza de Hydra Cordatus. La luz reflejada del sol del sistema bañaba la cámara bañada en una luz fría, sepulcral, y brillantes puntos moviéndose contra los campos de estrellas, dejando al descubierto la mentira de que eran estrellas mismas.

Una gran flota de naves en órbita alta, la mayor parte de dos legiones compitiendo por el espacio, pero Forrix no le prestó atención a la vista. Toda su atención estaba centrada en Perturabo, quien se quedó mirando a la flota mientras se preparaba para dejar la órbita.

El orden de retirarse de la superficie del planeta había llegado rápidamente, y habían roto la circunvalación de la fortaleza en cuestión de horas. Lanzaderas masivas y trenes de asedio habían acarreado los materiales y elementos prefabricados de nuevo a las naves de carga de la legión, dejando el una vez valle fértil convertido en una tierra batida e irradiada de rocas desnudas y polvo rico en hierro. Transportes especiales habían desmantelado la *Cavea Ferrum* en tinieblas y transportado sus componentes de nuevo a la *Sangre del Hierro* en un velo de secreto. Barban Falk dijo una vez más su promesa de que él volvería y construiría aquí, pero Forrix ignoró sus palabras zalameras.

Sin embargo, mientras la última lanzadera había subido a órbita, Forrix tenía una poderosa sensación de que tal vez Falk pudiera no ser el único en regresar a este mundo. Con los trabajos de asedio eliminados, la flota había asumido una posición lista para partir, un ballet agraciado de eficiencia que no se preocupaba por que señor luchaba.

El primarca permanecía sobre un estrado, en el que estaba su trono manchado de sangre, con los Herreros de Guerra superiores de la legión dispuestos delante de él en filas precisas, casi doscientos guerreros de genio y habilidad superlativos. Al frente estaba Toramino, todavía deseoso de impresionar a pesar de su humillación anterior. Varios de sus compañeros Herreros de Guerra del Stor-bezashk se reunieron alrededor de él en una muestra de solidaridad y Forrix sintió de nuevo la agitación de alguna vaga inquietud al ver el pelo blanco de Toramino y los ojos fríos.

Perturabo avanzó hasta el borde del estrado. -Hemos acabado con este mundo. Su fortaleza es polvo y sus defensores cenizas.

Ninguna muestra de alegría correspondieron a las palabras de Perturabo, pues no cortejaba las pasiones de sus guerreros, sólo su comprensión.

-Uniremos nuestras fuerzas con las de la tercera legión, nuestra misión es asaltar una fortaleza xenos y obtener armas de tal poder que ya no tengamos que llevar el metal a la piedra. Ganad esta guerra y nuestros días de romper la tierra habrán terminado. Seremos guerreros de nuevo.

Antes de que Perturabo pudiera continuar, Toramino habló. -Mi Señor, ¿Ahora recibimos nuestras órdenes del Fenicio?

Forrix contuvo la respiración y esperó una respuesta violenta, pero Perturabo negó con la cabeza. -No, Toramino, no lo hacemos. Mi hermano Fulgrim me presentó la oportunidad de limpiar nuestro fracaso de destruir los Puños Imperiales en Phall y opté por cogerla. En ausencia de órdenes del Señor de la Guerra, tomaremos la iniciativa y seremos más fuerte que nunca.

Perturabo apartó su mirada de Toramino y dijo: -Eso es todo. Volved a vuestros Grandes Batallones.

Los Herreros de Guerra se cuadraron, cientos de botas golpeando hacia abajo al unísono cuando se volvieron y marcharon desde las cámaras de Perturabo. Toramino y sus compañeros fueron los últimos en irse, y Forrix les vio alejarse con una mezcla de temor y deseo de lograr algo que valía la pena.

Con los Herreros de Guerra fuera, Perturabo volvió y se sentó en su trono, dejando que el silencio de la cámara hiciera eco sobre él. Forrix, Kroeger y Falk se trasladaron a sus posiciones asignadas ante el primarca, cada uno en la punta de una cuchilla del tridente tallado en la placa de la cubierta de hierro.

-Opiniones -preguntó Perturabo.

-No confío... en los Hijos del Emperador -dijo Forrix.

-Diplomático -dijo Perturabo. -Pero yo puedo ser más honesto. No me fío de *Fulgrim*.

-¿Mi señor? -dijo Kroeger. -Entonces, ¿Por qué nos unimos a su plan?

Perturabo suspiró. -Porque no tenemos otra opción.

Barban Falk habló. -Siempre tenemos una opción, mi señor. No somos esclavos de los caprichos del... dudoso honor del Fenicio.

-Una vez que te habría matado por una observación así, Falk -dijo Perturabo. -Ahora creo que estás siendo demasiado indulgente con mi hermano.

-Entonces, ¿Por qué confiar en él? -preguntó Forrix.

-No lo haremos -respondió Perturabo, inclinándose hacia delante para descansar la barbilla con los dedos entrelazados. -No sé lo que hay en la tormenta estelar, ya sea algún dios eldar muerto, un arsenal de armas o algo completamente distinto. Pero hay algo de valor allí, eso es seguro.

-¿Cómo puedes saber eso? -dijo Kroeger.

-Porque mi hermano sabe que las mejores mentiras son las que tienen una parte de verdad en su corazón -dijo Perturabo. -Y si *hay* armas allí, creo que Fulgrim se propone apoderarse de ellas para sí, reclamar la gloria de su descubrimiento y presentárselas al Señor de la Guerra.

-Si suponemos que las entrega -añadió Kroeger.

Perturabo asintió. -Ahora estás pensando como un triarca.

Reunidos desde las migajas que se habían abierto paso sobre la tierra derramando sangre en la Depresión Urgall en Isstvan V, la tripulación y oficiales del *Sisypheum* era ad hoc en el mejor de los casos. Se trataba de un crucero rápido de los Manos de Hierro, pero esa distinción no había significado nada cuando los supervivientes ensangrentados de la masacre se tambalearon en su retirada a través de la tormenta de fuego de la traición en busca de una salida. Manos de Hierro y siervos mortales formaban la mayor parte de la tripulación, pero de la mayoría de los legionarios que intentaron llegar a su nave solo unos pocos Salamandras y un solo Guardia del Cuervo lograron su objetivo.

A raíz de la masacre, el escape del sistema Isstvan había sido una serie de juegos de nervios entre andanadas de fuego y carreras silenciosas a través del bloqueo traidor, culminando en un sprint final a la pausa gravítica, la distancia mínima de seguridad entre la masa de una estrella y la capacidad de una nave para sobrevivir a un salto disforme.

La *Sisypheum* había escapado de la trampa, pero no sin pagar un alto precio.

Los meses que siguieron vieron a la *Sisypheum* embarcarse en una serie de ataques relámpago contra las fuerzas traidoras en las fronteras del norte de la galaxia, causándoles daño como un depredador solitario nadando en un océano oscuro. Fuerzas traidoras que buscaban rutas que flanquearan a través del Segmentum Obscurus eran sus presas; naves exploradoras, cartográficas, de suministro lentas pero fuertemente cargadas de tropas mortales, municiones y armas. La interrupción y el acoso eran sus principales objetivos hasta que se estableció contacto con otros supervivientes.

Se detectaron una serie de mensajes astropáticos codificados en un ciclo cambiante de frecuencias que coincidían con los códigos numéricos relativos a la estructura orbicular de un tipo particular de roca ígnea que se encuentra sólo en Medusa. Frater Thamatica había descifrado el mensaje y establecido contacto con grupos dispares de fuerzas leales que habían escapado de la masacre y coordinaron una estrategia de acoso. Con la X legión demasiado dispersos para funcionar en su papel tradicional del campo de batalla, los comandantes supervivientes encontraron

su manera de devolver el golpe: serían como las espinas en los costados del leviatán que le distraerían de la estocada a los órganos vitales.

Nykona Sharrowkyn fue uno de los rezagados salvados por la *Sisypheum*, Atesh Tarsa otro. Tampoco era una mano de hierro, pero tal distinción se había convertido en gran medida irrelevante en este campo de la guerra en las sombras. Ambos habían demostrado ser fundamentales para que la *Sisypheum* funcionase y recordarles a los traidores que los guerreros leales al Emperador estaban lejos de rendirse en esta lucha.

Alrededor de las lunas de Ophiuchus habían tendido una emboscada a un convoy de transportes masivos llenado sus cavernosos depósitos con armas robadas en sus fábricas polares. Diez naves fueron destruidas o lanzadas en las garras gravitacionales del planeta, y otras dos obligados a huir con sus cascos echando fuego, derramando su carga en el vacío.

Cuando una escuadrilla de escoltas de la Guardia de la Muerte se había detenido en su persecución de una nave Imperial para repostar, el Sisypheum cayó sobre ellos como un ave de rapiña a la caza. Con el conocimiento sin igual de Sharrowkyn en tácticas de emboscada, habían sorprendido a las naves enemigas en su punto más vulnerable y destruyeron los tres, sin saber si la tripulación naval llegó a insinuar a su misterioso verdugo.

En Cavor Sarta, Wayland y Sharrowkyn habían capturado una Unidad de Cifrado Unlingual, uno de los llamados "Kryptos", una criatura híbrida abominable del Mechanicum oscuro que había mantenido previamente al cifrado de la red del enemigo imposible de romper. Con el Kryptos, los comandantes leales podían acceder a las comunicaciones codificadas de los traidores.

Y con ese conocimiento, el capitán Ulrach Branthan había ordenado a la *Sisypheum* hacer el tortuoso viaje a Hydra Cordatus y a una reunión de primarcas traidores.

Como Guilliman había dicho una vez sobre la XIII Legión, si tienes que luchar contra un ultramarine, reza porque lo hayas matado. Si todavía está vivo, entonces *tú* estás muerto. Lo mismo podría decirse de los Manos de Hierro, y nunca tanto desde que habían sufrido tal pérdida inconcebible. Si el herético Señor de la Guerra esperaba que la X Legión se desmoronase y descompusiese con la muerte de Ferrus

Manus, entonces sólo le mostraría cuanto y de qué forma había subestimado a la legión de su hermano.

Permitir que el dolor, sin importar su causa, desgastara el corazón combativo de los Manos de Hierro sería admitir la debilidad en sus filas. En todo caso, el impresionante e inimaginable escala de su dolor había fortalecido su resolución y los hizo aún más peligrosos.

Habían convertido el dolor en odio.

Ulrach Branthan era capitán un venerado de los Manos de Hierro, pero Wayland siempre sentía una gran tristeza cada vez que iba a la cámara. Junto con Nykona Sharrowkyn, se acercaron a los aposentos cerrados del capitán ante la atenta mirada de dos guerreros Morlock.

Septus Thoic e Ignacio Numen estaban situaron en el extremo del pasillo ancho. Ambos eran guerreros que habían visto lo peor de la galaxia podría lanzarles y escupido de nuevo en su rostro. Compañeros supervivientes de Isstvan V, habían estado entre los primeros Manos de Hierro en desembarcar en el planeta, marchando junto a los mejores y más valientes de la X legión. Al igual que todos los que habían escapado de la masacre, habían tallado en sus servoarmaduras los nombres de los caídos, pero estos guerreros tenían un nombre marcado con ácido en sus hombreras que los hacía especiales, incluso en una hermandad de guerreros notables.

Habían visto a Ferrus Manus morir.

Las luces estaban bajas, pues el consumo de energía era controlado rigurosamente por Cadmus Tyro, el comandante de facto de la nave en el tiempo tras los cada vez más extendidos momentos de vigilia de Ulrach Branthan.

La servoarmadura negra de los dos Morlocks estaba llena con inscripciones intrincadas, cada nombre inscrito sobre los cortes, desgarros y quemaduras infligidas en Isstvan V. Al igual que otros veteranos, se habían negado a volver a pintar o reparar su armadura hasta que el traidor que había asesinado a su primarca estuviese muerto.

El rostro de Thoic estaba dividido en dos por una serie de cicatrices curvilíneas causadas por un espadachín sonriente de los Hijos del Emperador, mientras que las

características de Numen tenían el brillo plastificado de la piel sintéticas después de que una detonación de plasma a corta distancia hubiera fusionado el casco a su cráneo. Sus ojos brillantes habían sido reemplazados por implantes de orientación simples, pero su audición había desaparecido casi por completo.

Wayland hizo un gesto a los Morlocks.

-Padre de Hierro -dijo Septus Thoic. -Es bueno tenerte de nuevo a bordo.

-Es bueno estar de vuelta -respondió Wayland. Sharrowkyn simplemente asintió con la cabeza.

-¿Lo visteis? -preguntó Ignacio Numen en voz muy alta, enunciando cada palabra con cuidado.

Wayland no necesitaba preguntar a quién se refería Numen.

-Lo *vimos* -dijo Wayland, volviéndose hacia Sharrowkyn.

-¿Qué aspecto tenía?

A Wayland le gustaría poder decirles que había visto a un monstruo, una criatura del maldad sin fin pero eso sería un engaño, y cualquier mano de hierro preferiría la verdad a la ficción glosada.

-Se ve igual, mis hermanos -dijo Wayland, confirmando su respuesta al prácticamente sordo Numen. -Él es el Fenicio.

Al ver su decepción, agregó. -Pero ya no es guapo. Nuestro hermano Guardia del Cuervo le disparó en la cabeza.

-¿Lo matasteis? -exclamó Numen.

-Cayó -dijo Sharrowkyn. -No puedo decir nada más que eso.

Septus Thoic por fin miró a Sharrowkyn. -Tú y yo no podemos mirarnos a los ojos, Guardia del Cuervo, y nunca podremos, pero gracias por ese disparo.

-No tengas en cuenta a Septus -dijo Ignacio Numen voz alta, agarrando la mano de Sharrowkyn y sacudiéndola con suficiente fuerza para herir. -Cualquier persona que haya derramado la sangre de ese hijo de puta es un hermano mío.

Sharrowkyn asintió en agradecimiento, pero se mantuvo en silencio.

-¿Vais a tener que hablar con el capitán? -preguntó Thoic.

-Sí.

-El Frater y el capitán Tyro están ahí con Tarsa.

-*Apotecario* Tarsa -dijo Wayland. -Tiene un rango y vas a utilizarlo, independientemente de su legión. ¿Queda claro?

Los Morlocks eran los veteranos de la Legión, pero incluso ellos tenían que respetar la palabra de un Padre del Hierro. Ambos guerreros asintieron e hicieron un puño de hierro de sus manos izquierdas.

-Entra, Padre del Hierro -dijo Thoic, colocando su puño contra la placa de control e hizo una compleja serie de micro-movimientos con los dedos. Los mecanismos de engranaje dentados que sujetaban la puerta se abrieron con un siseo y una ola de aire frío y estático que envolvió a Wayland y Sharrowkyn. Pasaron por la puerta y entraron en el sanctum criónico del capitán Ulrach Branthan, un lugar de blanco estéril y plata. Un laboratorio, un sepulcro, un santuario dedicado a la mortalidad y el desafío al paso del tiempo, todo en uno.

La cámara era una maravilla aislada del calor, llena de máquinas y cableado térmicamente protegido, fuentes de alimentación y luces dibujadas de escarcha emitiendo su iluminación en frecuencias anti-senescencia. Cuatro figuras llenaban el espacio: una de pie, apartada con los brazos cruzados sobre el pecho ancho, dos trabajan en las entrañas de una máquina que incluso Wayland luchaba por entender.

Y la cuarta...

La figura de pie era Cadmus Tyro, un capitán y ex escudero del capitán Branthan. Su cabeza calva estaba bronceada como el nogal, uno de los ojos un augmento verde frío, el otro un orbe calino igualmente frío y un rostro mitad humano mitad mecanizado tensado en una mueca permanente de mal humor. Un águila de alas doradas, más allá del alcance de los estudios de los adeptos del Mechanicum estaba encaramado en un hombro, arreglándose las alas con el pico rapado. La criatura mecanizada había estado con Branthan desde una expedición temeraria a la Tierra de las Sombras cuando era joven, pero desde que se unió a Tiro velaba fielmente por su nuevo amo.

Branthan le llamaba Garuda y había ido a la batalla muchas veces sorteando las normas de guerra de los Manos de Hierro. La tripulación de la *Sisypheum* simplemente le conocía como “El Pájaro” y había sobrevivido a la masacre de Isstvan sin siquiera un rasguño en su cuerpo dorado. Algunos dijeron que su tecnología antigua estaba más allá del alcance de cualquier tecnología ofensiva contemporánea, mientras otros que fue simplemente suerte. Susurros desesperados llegaron a afirmar que era una señal de que el Emperador velaba por la legión en estos tiempos difíciles.

Frater Thamatica estaba arrodillado con sus cuatro servobrazos reparando una unidad refrigerante resoplando, mientras una docena de sondas trabajaba simultáneamente en varios componentes a la vez. Su capa roja se detuvo a un lado, y el más pesado de los servobrazos giró un cilindro de combustible pesado, como si buscara una fuga u otra imperfección que causase un funcionamiento inferior al óptimo. Thamatica miró brevemente desde su trabajo y dio a Wayland una breve inclinación de cabeza, un gesto de respeto entre Padres del Hierro.

Al lado del Frater había un guerrero en el jade silenciado de los salamandras, con la heráldica marfileña en su hombro borrosa por la acumulación de escarcha. La piel negra de Atesh Tarsa y sus ojos rojos de carbón estaban en marcado contraste con la cámara monocromática, casi ajeno, pero Wayland habían encontrado al apotecario Salamandra entre el más humano de todos ellos.

Ya se había decretado que, tras la muerte de Tarsa, su nombre debía ser grabado en una placa de hierro y lanzado hacia la caldera llena de magma del Monte Karaashi. Allí se convertiría en parte de la propia Medusa y el metal fundido que fluía por debajo de sus tierras movedizas.

No había mayor honor que pudiera ser conferido a un guerrero a la legión, y Tarsa había aceptado el galardón con tranquila solemnidad. Era un honor bien merecido, pues el cuidado que el apotecario de los Salamandras había dado al ocupante al final de la cámara le había ganado el respeto eterno de cada Mano de Hierro a bordo.

Encerrado en un ataúd de plata con un dosel de vidrio esmerilado helado estaba Ulrach Branthan, Capitán de la 65 ª Compañía, hijo del hierro del clan Nirankar. Su cuerpo estaba inmóvil, envuelto en corrientes inmóviles de vapor congelante. Incluso a través de la niebla blanca y el cristal helado, Wayland podía ver las

heridas mortales causadas a Branthan. Ambas piernas estaban horriblemente mutiladas; una poco más que tendones fibrosos de carne rota y hueso fusionado por el calor, la otro cortada justo por encima de la rodilla.

Un brazo estaba unido al cuerpo por una protuberancia de hueso astillado y restos destrozados de la piel. Su brazo había perdido gran parte de su estructura mecánica y todos menos uno de los dedos se habían roto en el vuelo desde Isstvan. El pecho de Branthan era una ruina de cuatro cráteres de impacto bólter que corrían en una línea irregular de la cadera al esternón.

En algo parecido a circunstancias normales, al capitán se le habría concedido el honor de ser encerrado en un sarcófago Dreadnought, pero esa opción no estaba disponible con sus severamente limitados recursos. El hermano Bombastus ya había pedido a los Padres del Hierro sacarlo de su sarcófago, entregando su propia existencia para que el capitán pudiera vivir de nuevo como único Dreadnought funcional. Branthan gentilmente había declinado la oferta, sabiendo que nunca volvería a ser tan temible como "Karaashi" Bombastus, el Trueno de Hierro de Medusa.

Sujeto en el torso del capitán había un dispositivo parecido a una araña mecanizada de plata y bronce pulido. Su masa central estaba colocada en cuclillas sobre su pecho, mientras sus apéndices segmentados rodearon su cuerpo. Monofilamento extruidos a partir de sus múltiples extremidades se abrían camino por todo el torso del capitán, y aunque parecía doloroso, Wayland sabía que el Corazón de Hierro era lo único que mantenía vivo Branthan.

Eso, y el campo de estasis generado dentro de su ataúd.

Tyro se volvió cuando entraron Wayland y Sharrowkyn, con el rostro sombrío de alguna manera buscando ser más sombría que de costumbre. El cyber-águila fijó sus ópticas zumbantes en los dos, pasando su información biométrica a él en una serie de graznidos binarios.

-Más vale que valga la pena, Sabik -dijo el capitán.

-Sabes que sí- respondió Wayland. Tiro y los otros oficiales de alto rango ya habían escuchado la grabación y Wayland Sharrowkyn lo había hecho en Hydra Cordatus.

-Suena como si estuvieran persiguiendo una superstición ciega -dijo Tyro. -Y no me gusta basar una misión en las palabras de un traidor.

-No te tienen que gustar -dijo Wayland, cansado de las pullas de Tyro. –Lo que *ellos* creen que es suficiente, y si hay algo de sustancia en lo que dijo el Fenicio, ¿Entonces quieres correr el riesgo de equivocarte? Si existen esas armas, no podemos correr el riesgo de que Horus ponga sus manos sobre ellas.

-Él no tiene mucho tiempo, lo sabes -suspiró Tyro, como si Wayland no hubiera hablado. -El corazón le mantiene con vida, pero lo está matando también. Estamos tomando un gran riesgo sacándolo así. Por todo tipo de razones.

-Ya lo sé, Cadmus -dijo Wayland. -Pero tiene que escuchar esto.

-¿Así que visteis a Fulgrim y Perturabo? -retumbó Thamatica, finalmente retirado de su trabajo y barriendo su capa de nuevo a su espalda. -Es una pena que no los matarais. Estoy cocinando una pequeña cosa que podría haber ayudado con eso, un proyector de desplazamiento térmico. Una pequeña cosa mortal. Funciona en base a la teoría cuántica entrópica de que todas las cosas existentes en cada momento. Si puedo conseguir que funcione correctamente, podríais intercambiar elementos del corazón de una estrella con un elemento correspondiente de una persona. Me imagino que podría arruinar el día de cualquiera, incluso el de un primarca.

-Sharrowkyn le disparó a Fulgrim -dijo Wayland.

-¿Confirmaste la muerte? -dijo Thamatica con un gruñido agradecido. –Supongo que no, o eso espero.

-No lo sé -dijo Sharrowkyn. -Tuvimos que salir a toda prisa.

-Sí, somos conscientes de ello -le espetó Tyro. -El *Sisypheum* tuvo que hacer decenas de maniobras para evitar ser detectados por la flota traidora, y no me necesitas para decirte la cantidad de combustible que nos costó.

-Tienes razón -asintió Wayland. -No necesito eso. Así que deberíamos empezar.

Tyro concedió el punto y asintió con la cabeza a Thamatica y Atesh Tarsa. -¿Cuánto tiempo?

El apotecario Tarsa consultó una placa de datos y dijo: -No recomendaría la eliminación del campo de estasis durante más de un minuto. La salud del capitán Branthan es crítica, incluso con el Corazón de Hierro adosado.

-Se supone que lo cura, ¿Pero dices que lo está matando? -dijo Sharrowkyn.

-Entiendo muy poco de lo que le está haciendo a él -confesó Tarsa, su voz culta y precisa. -Parece que intenta regenerar algunos de sus órganos principales, pero con cada iteración de la renovación, sus signos vitales descienden en todos los ámbitos. Si tuviéramos que dejar que el tiempo siga su curso, el capitán estaría muerto antes de haberle reparado lo suficiente para vivir.

-Ninguno de nosotros entiende realmente su funcionamiento -dijo Thamatica. -Es tecnología antigua, una de las pocas piezas dejada intacta después de la Vieja Noche, igual que el águila de Branthan allí. El primarca la encontró durante uno de sus viajes a la Tierra de las Sombras -Thamatica rio con cautela. -Dijo que uno de los miembros del clan fantasma se lo dio a él mientras cazaba la gran sierpe plateada.

-Basta -dijo Tyro. -No necesitamos otra lección de historia, Frater.

-Ah, la juventud -dijo Thamatica, dirigiéndose a Sharrowkyn e impresionado por la brusquedad de Tyro. -Se olvidan de que la historia es la gran constante de nuestra especie. Muchos cambios, pero demasiados, por desgracia, siguen siendo los mismos.

¿Frater? -dijo Tarsa. -Estamos listos. Hermanos Sharrowkyn y Wayland, ¿Estáis listos?

Wayland asintió y desabrochó el receptor de vox de su cinturón. Conectó la cola de cables de cobre que iban desde la bobina de memoria interna a un par de enchufes en el dorso del ataúd del capitán Branthan.

-He comprimido la grabación en un archivo de datos -dijo. -Todo lo que hemos escuchado se transferirá al capitán Branthan en menos de un segundo. Avisadme cuando sus funciones corticales sean lo suficientemente altas para la cognición.

Tarsa se inclinó sobre la consola de control del crio-tubo mientras Thamatica se ocupaba del campo de estasis. Los dos hombres se enfrentaron entre sí como empleados de la morgue.

-Aumento de la temperatura interna -dijo Tarsa. –De punto cero cinco grados a uno punto cinco en un plazo diez segundos.

-Desactivación del campo de estasis en cinco, cuatro, tres, dos, uno. Ahora.

Un cronómetro digital comenzó a contar los segundos mientras el espejismo brillante envolvía al ataúd medicae cobraba vida. Una ola de frío se propagó de la misma, aire helado mantenido a raya por una pequeña burbuja de tiempo sacado del universo. Wayland alternó sus miradas entre la cara ahuecada de Branthan y las lecturas de los monitores. Arcos de ondas lentas estaban creciendo en amplitud a medida que la actividad cerebral aumentaba con la temperatura cada vez mayor.

Los párpados de Branthan parpadearon, y la sangre que rezumaba de sus muchas heridas fluyó perezosamente sobre la estera absorbente sobre la que yacía. El Corazón de Hierro puso sus manos sobre su pecho, sus brazos serpentinos apretando alrededor de su cuerpo como si quisiera aplastarlo. Más monofilamentos surgieron de sus extremidades brillantes y penetraron por su piel dura hasta los órganos internos.

La cabeza del capitán arqueó hacia atrás y un respiró torturado se le escapó, como si el dolor que se había mantenido a raya renovara su ataque con vigor. El águila soltó un chillido lastimero ante los nuevos signos de vida del capitán.

-Ahora- dijo Tarsa y Wayland presionó el botón de transmisión en el receptor vox. No hubo ninguna señal externa de que algo había cambiado, pero el panel de la parte frontal del dispositivo indicó que los datos se transmitieron con éxito. Lo único que podían hacer era esperar.

Los segundos pasaban y Wayland vio que el conteo alcanzó los treinta segundos. El aliento del capitán llegó en ráfagas cortas, llenas de dolor, con el flujo de sangre de su cuerpo arruinado licuarse mientras su cuerpo se descongelaba. Cada revivificación necesitaba más tiempo para despertar al capitán de su profunda hibernación, y era sólo cuestión de tiempo antes de que él simplemente nunca regresara.

-No está funcionando -dijo Cadmus Tyro. -Apágalo.

-Dale tiempo -dijo Thamatica. -La actividad cerebral es cada vez mayor.

-Temperatura en niveles óptimos -dijo Tarsa, modulando la mezcla de estimulantes y coagulantes Larraman siendo inyectados en el torrente sanguíneo del capitán.

-Te dije lo apagaras -ordenó Tyro. -Morirá antes de que llegue a estar consciente.

-Tenemos tiempo -dijo Thamatica.

-No. No lo sabes. Vuelve a activar la estasis. Ahora.

-*No.*

¿Ulrach? -dijo Cadmus Tyro y Wayland vio el amargo rostro del escudero suavizarse el sonido de la voz de su amigo. Incluso encerrado artificialmente por los dispositivos del ataúd, no había duda del poder y la autoridad del capitán de los Manos de Hierro. Garuda batió sus alas metálicas y se sentó en el borde del ataúd, dando graznidos de bienvenida. Los ojos de Branthan se abrieron, y el corazón de Wayland dio un vuelco al ver el esfuerzo de voluntad de este hermano herido en mantener la compostura frente a tal agonía.

-Grabación de Wayland escuchada. No hay elección. Vamos tras ellos. Los detendremos.

La sangre fluía libremente de las heridas de Branthan. El hecho de que aún estuviese vivo, y mucho menos capaz de comunicarse y procesar información, era un milagro de la resistencia y fortaleza.

-Ni siquiera sabemos si hay algo de verdad en lo que estaban hablando -dijo Tyro.

-Irrelevante. Allí hay algo. Los traidores lo quieren, por lo que se lo negaremos.

-¿Esta es su orden?

-Lo es. Haz que suceda. Sobre el yunque.

-Y por el hierro -terminó Tyro. –Así será.

-Un minuto -dijo Tarsa, y una nube de aire frío se elevó alrededor del ataúd.

-Reactivando el campo de estasis -dijo Thamatica.

-Hasta la próxima vez, herma…

Las palabras de Branthan se vieron truncados cuando fue aislado del paso del tiempo por el resplandor del campo de estasis. El águila del capitán soltó un grito

de dolor mecánico y el silencio que siguió fue el vacío compartido en el lecho de muerte de un ser querido, dejando a cada uno de los Manos de Hierro envueltos en sus propios pensamientos de muerte, el dolor y la ira.

-Tenemos nuestras órdenes -dijo Wayland, tanto para romper el silencio como para decir algo útil.

Cadmus Tyro asintió con la cabeza, tratando de ocultar sus emociones y colocando su mandíbula. Suspiró profundamente y Wayland se acordó de las décadas de amistad que unían a Tyro y Branthan. No era cosa fácil ver a un amigo en un tormento, peor aún si ese tormento era mantenido por su propia mano.

-Una maldita cosa -dijo Thamatica, colocando un guante de hierro en el cristal helado del ataúd.

Wayland avanzó hacia el ataúd y colocó su mano mecanizada junto a la de Thamatica.

-Lo verá cumplido, mi capitán -dijo.

Tyro asintió con la cabeza y puso su mano de hierro al lado de la silenciosa águila mecánica. -Duerme, amigo, y conoce la paz mientras nosotros soportamos tu carga.

El momento pasó y presentados los respetos los Manos de Hierro se apartaron de su capitán herido de muerte.

-Ya habéis oído -dijo Cadmus Tyro al fin. -Tenemos que seguir por delante de los traidores si queremos detenerlos, ¿entendido?

-Así se hará -aseguró Wayland.

-¿Y cuando lleguemos a la tormenta disforme? –preguntó Thamatica, dirigiéndose a Wayland. -¿Puede tu guía llevarnos a través de ella?

-Creo que sí -dijo Wayland.

-No me gusta eso -dijo Tyro. -Me pasé toda la vida luchando contra los de su naturaleza. No se puede confiar en ellos.

-Él sabe un camino -dijo Wayland. -Uno secreto conocido como el camino por debajo.

Una vez más, los capitanes de la legión se reunieron en la Heliópolis. Fulgrim mantuvo aparte a la corte y la palabra era que sería entusiasta. Hemorragias luz de las estrellas de la agitada tormenta estelar más allá del borde del sistema cayeron en columnas a través de la cúpula de casetones de oro salpicados de sangre. Lucius se había preguntado qué orgías secretas tuvieron lugar aquí para que la sangre salpicara tan alto, y por qué no había sido parte de ellas.

Se contentó con las deliciosas imágenes que su imaginación evocó para llenar esta laguna. La realidad sólo le defraudaría, por lo que ¿Cuál era el valor de saber la verdad? Las espadas gemelas de Lucius estaban enfundados en sus estrechas caderas; una que Fulgrim le había dado a raíz de Isstvan, la otra una hoja fractal tomada del cadáver de un Skitarii soberano en Prismatica.

Estaban ansiosos por que se celebrara otra, aunque Lucius se dijo que era simplemente su necesidad de batirse contra un oponente que mereciera la pena. Algo muy deficiente en su propia legión. Había esperado llevar a uno de los Guerreros de Hierro a un reto, pero incluso esa bestia descomunal con el estado de ánimo alterado habría parecido una mala práctica.

Las estatuas pálidas con cabeza de toro dispuestas alrededor de las paredes estaban pegajosas por una nueva capa de fluidos obtenidos de muertes. Rastros de sangre se arqueaban en largas lágrimas que hablaban de arterias seccionadas y gran violencia. Las banderas quemadas estaban menos desfiguradas, recuerdos de la herencia de la legión prácticamente ilegibles ahora y que no podían decir nada de su antigua lealtad. Lucius quiso rasgarlas, quemarlas y bailar en las llamas.

Rodeó el trono negro de Fulgrim sobre su pedestal estridente y vulgar de piedra rota, recordando una época en la que había pensado poner a prueba sus espadas contra el mismo Fenicio. La idea de la forma en que casi había caído en la trampa del primarca le dio un delicioso escalofrío que pocas cosas podrían darle en estos días sosos. Su boca se secó con el recuerdo de ver a los jefes de la legión en la batalla contra Fulgrim en la Galería de Espadas a bordo del *Andronicus*.

Habían creído que Fulgrim sería algo distinto de lo que parecía y lo habían capturado, con la intención de infligirle el dolor más sublime para sacar lo había infestado el cuerpo de su primarca. Había sido un engaño, por supuesto, una forma

perversa del Fenicio de probar su devoción, teatro indulgente para hacer alarde de su poder y revelar su verdadero propósito a sus devotos guerreros.

Los mismos guerreros estaban ahora reunidos en torno a él, dispuestos y sin prestar atención a los rangos o posición anterior. Todo lo que les importaba a los Hijos del Emperador era esa sensación de entrega, de que cada experiencia sería retorcida hasta el exceso de indulgencia. La terminología arcaica de rangos se fue convirtiendo poco a poco en una cosa del pasado. Lucius consideró a cada uno de ellos, imaginando que venían contra él con las armas desenfundadas y también cómo podría eliminarles con un solo golpe.

Julius Kaesoron rodeó el trono en sentido opuesto a él. El Hijo Favorito, como se le conocía ahora, evitó su mirada con una fuerza que hizo que Lucius sonriera. Su rostro estaba cortado por la operación reciente, moldeando sus características en un pastiche de pesadilla de la humanidad, una máscara de carne transfigurada más allá de toda cordura con injertos óseos, implantes de cuerno y componentes oculares que habían reconfigurado sus ojos en muy amplias esferas de total oscuridad.

Marius Variosean y su Kakophoni estaban sumergiendo a todos en la discordia gritando a todo volumen desde los altavoces montados en el techo. Los gritos de Isstvan V habían sido reemplazados por la música compuesta por Bequa Kynska en su gran *Maraviglia*, convenientemente amplificados, distorsionados y reelaborados por el propio primarca. Entre su cadencia gritona había una nota rara de estimulación, y Lucius se detuvo un momento para escuchar los picos dentados de música que sonaban y desgarraban sus sentidos. Su violencia se estaba desviando, pero los cuerpos blindados del Kakophoni se sacudían y bailaban como las marionetas de un titiritero demente, su extraño armamento sónico crepitando y palpitante a medida que absorbían la potencia de los sonidos diabólicos.

Krysander de las Cuchillas permanecía inmóvil, con una expresión que exudaba mala cara endurecida por haber sido convocado desde su cámara de terror y brutalidad carnal. Su lengua lamió los labios agrietados, poniendo a Lucius en la mente de una lagartija tomando el sol demasiado lejos del agua. Las dagas que estaban enfundadas en las vainas adheridas a la carne de su pecho desnudo y los muslos le hacían parecer como un tecno-señor de la guerra bárbaro de la época

anterior a la Unificación, una impresión sólo mejorada por la capa de espinas rasgando su espalda.

Los ganchos y anillos que perforaban el rostro de Kalimos estaban unidos por cadenas tensas pincharían y desgarrarían la carne de una manera nueva y exótica con cada palabra que dijese. Sin proponérselo, Lucius se preguntó qué palabras causarían a Kalimos el mayor dolor, y decidió no decir nada que pudiera darle motivos para expresarlas. Negar a Kalimos su dolor deseado le dio a Lucius un momento de placer, pero desapareció un instante después, tan efímero y fugaz como la mayoría de tales diversiones insignificantes.

Lonomia Ruen y Bastarnae Abranxe estaban juntos, este último habiendo transferido sus afectos de sangre del difunto Heliton al señor veneno. La armadura de Ruen estaba adornada con puñales y alambre de espino, cada una recubierta en una de sus muchas toxinas letales y divertidas. Abranxe llevaba sus espadas gemelas en imitación de Lucius, y la idea de que su habilidad con la espada estuviera ni cerca de igualar su nivel era ridículo. La cicatriz que Lucius le había dado como recordatorio de ese hecho ahora estaba escondida por un tatuaje.

Fulgrim entró en la Heliópolis con una fanfarria de esclavos que se arrastraron gritando delante de él, una alfombra turbia de carne para ser aplastado por los pasos titánicos del primarca. Se detuvieron y arañaron los unos a los otros al sentir el peso asesino del primarca sobre ellos a medida que rompió sus huesos y convirtió en pulpa sus órganos, haciendo a cada esclavo esquelético aullar de placer antes de morir. Fabius seguía la estela del primarca, siempre con su monstruoso Chirurgeon moviéndose y chasqueando como un ser vivo, y su aparición hizo a Lucius querer matar algo. Dos figuras encapuchadas marchaban a ambos lados del boticario. Lucius reconoció a una como el guía eldar, pero su interés se despertó al ver la segunda. Tenía el grueso de un legionario, pero se movía con el paso de un sonámbulo o un lisiado.

-Mis hijos -dijo Fulgrim, ascendiendo a su trono con un solo salto y dejando a sus compañeros encapuchados al pie de su pedestal de escombros. -Todo lo que deseo está a nuestro alcance. Estamos un paso más cerca de hacer realidad mi sueño de la Ciudad de los Espejos y ver el reflejo del Angel Exterminatus devolvernos la mirada.

Vestido con armadura de oro y púrpura, Fulgrim llevaba el pelo largo y blanco trenzado en trenzas dolorosas y un solo mechón con una hoja de plata tejida hasta su fin. Una pelliza mosaico de escamas de draconiano, arrancada de los cuerpos de salamandras muertos, colgaba de su hombro izquierdo, mientras que un edredón de plumas negras medianoche estaba en su derecho. Un mosaico de fichas de marfil que habían sido la iconografía de la armadura de Ferrus Manus formaba un águila sobre la coraza del primarca, una con dos cabezas hundidas en cuellos rotos.

-Perturabo ha alineado su Legión con nosotros y sus guerreros asaltarán las puertas del infierno para lograr la apoteosis susurrada en los rincones más lejanos de la disformidad -dijo Fulgrim, y sus guerreros aplaudieron gritando en adoración. Fulgrim disfrutaba de su devoción, alimentándose de su amor con una sonrisa indulgente que no los incluía.

El Primarca alzó las manos a la cabeza, colocando sus dedos justo debajo de las marcas en el templo, uno de una herida de entrada, el otro una cicatriz donde Fabius había calvado la aguja en su cráneo.

-Con todo la ayuda de mi hermano no fue ganada sin coste -dijo Fulgrim con una sonrisa ganadora. -Tuve que permitir que nuestros enemigos me disparasen en la cabeza para asegurarlo. Ah, con artimañas tan poco sutiles cómo atrapamos a los ignorantes y los ingenuos.

Los Hijos del Emperador rugieron, pero Lucius se sintió curiosamente separado de los aplausos, como si los planes de Fulgrim fueran algo irrelevante.

-¿Y cuando Perturabo se dé cuenta de que le has mentido? ¿Qué pasará entonces?

Lucius buscó el origen de la voz, y se sorprendió al descubrir que era la suya.

Las palabras habían brotado espontáneamente de su garganta y el aumento emocionante de la sangre alrededor de su cuerpo era como una poderosa ráfaga de adrenalina directamente al corazón. Oyó una ingesta salvaje de aire de los guerreros de la legión a su alrededor, y se resistió a la tentación de sacar sus espadas. Se sentía como si las palabras hubieran sido colocadas en el cráneo y surgiesen por su propia voluntad.

-Lucius -ronroneó Fulgrim. -Siempre el comentario puntilloso y el pararrayos que roba mi trueno.

-Mi señor -dijo Lucius. -No se por qué…

-Yo tenía tantas esperanzas para ti -dijo Fulgrim, descendiendo de las laderas de escombros al zócalo. Lucius ya había visto que sacar las espadas contra Fulgrim sería morir, pero las ganas de desnudar su acero eran casi irresistibles.

-No sé de dónde vinieron esas palabras, mi señor -dijo Lucius.

-Calla, Lucius, está bien. Lo sé -dijo Fulgrim.

-¿Lo sabe?

-No hay nada que no sepa de mi legión, Lucius. Recuérdalo siempre. Olvidar es arriesgarse a graves consecuencias. ¿No es así, Eidolon?

Al principio Lucius pensó que había oído mal. Él no podía haber oído el nombre que había dicho su primarca. Fulgrim debía haber dado el nombre del difunto Lord Comandante por error.

-¡He aquí el Resucitado! -exclamó Fulgrim, tirando hacia atrás la capucha de la figura con túnica que había entrado con Fabius. Un grito ahogado de asombro recorrió todo el Heliópolis a la vista de los rasgos deformados, la mandíbula estirada y el rostro de un guerrero creído muerto a manos del mismo primarca.

El Lord Comandante Eidolon se quitó la túnica, revelando su forma blindada, brillante y pintada en colores de neón que ofendieron a los ojos. Las púas de alambre en espiral arrastraban trozos de arpillera de sus hombreras, y su poderoso martillo colgaba de una serie de bucles de correas bandolera que abrazaba una barra de cuero sobre su pecho. Una sutura fresca recorría la circunferencia de su cuello en una línea uniforme y perfecta.

Su piel era del color del pergamino antiguo, con los ojos vidriosos y negros, muerto como una muñeca. Cojeó hacia Lucius, desdoblando una sonrisa sin labios en su ya demasiado amplia boca. Lucius sintió que se le erizaba la piel al ver a un hombre muerto caminando, repulsivo y eufórico al mismo tiempo.

-¿Sorprendido de verme, espadachín? -gorgoteó Eidolon.

-Te vi morir -respondió Lucius. -Bebí vino mezclado con tu sangre y líquido cefalorraquídeo.

-Y sin embargo vivo.

Lucius se rio. -¿A esto le llamas vida? Apenas puedes caminar y si desenvaino mi espada te partiría por la mitad antes de que pudieras liberar tu gran martillo.

-No necesito un martillo para matar a la gente como tú -dijo Eidolon. -Las cosas que puedo hacer ahora…

Incluso antes de que la última palabra saliera de la boca de Eidolon, Lucius ya tenía las dos espadas desenvainadas y las hojas cruzadas descansando a cada lado de la gorguera del Lord Comandante.

-Voy a cortarte esa cabeza para siempre ahora mismo -dijo Lucius.

-Silencio, hijos míos -dijo Fulgrim, claramente disfrutando de esta reunión de viejos enemigos. -Eidolon aún vive porque deseo que así sea. Él tiene un papel que desempeñar para asegurar que la Ciudad de los Espejos se construya de acuerdo a mis especificaciones exactas. Ahora bajad las armas.

Lucius asintió y giró sus espadas, envainándolas en sus vainas del muslo.

Fabius dio un paso adelante y dijo: -Gracias a mis cuidados, el cuerpo del Lord Comandante recuperará su antigua fuerza y mucho más con el tiempo. Ruego que pudiera hacer lo mismo contigo un día, espadachín.

Lucius se rio en la cara del boticario. -Ahorra tu aliento, Fabius. Nadie me va a matar, ni en esta vida o en cualquier otra. Ellos no se atreverían.

-Se atreverán -dijo Fulgrim, con un guiño de complicidad. -Un día lo harán, pero al igual que Eidolon te levantarás de nuevo, mi querido hijo. A pesar de todo tu renacimiento será un poco más agradable, creo. Para ti al menos.

Envalentonado por su supervivencia y las crípticas palabras de Fulgrim de un futuro más allá de este momento, Lucius ignoró la mirada torva de Eidolon y dijo -Entonces, repito la pregunta, mi señor. ¿Qué sucederá cuando Perturabo descubra que le has mentido?

Fulgrim se movió para estar en el centro de la Heliópolis hasta que su cuerpo quedó dibujado por la luz venenosa del ojo de la grotesca tormenta disforme. Él abrió los brazos, ondulando las escamas de draconiano y plumas de cuervo alrededor de él como dos alas batidas por un viento de origen desconocido.

-Cuando mi sordo hermano se dé cuenta de la verdad será demasiado tarde para él -dijo Fulgrim bajo la luz enfermiza que se desprendió de él como la piel de una serpiente. -El *maugetarstone* habrá hecho su trabajo y tendré lo que quiero. Y el Angel Exterminatus surgirá de las llamas de su muerte.

LIBRO SEGUNDO

COMO TAN ENCIMA TAN BRAMIDO

Teogonías - II

Estaba vivo, y ese escueto hecho le sorprendió. Paredes cilíndricas de plata torcida le rodeaban, una cápsula de metal de la que no tenía recuerdo de haber sido colocado en su interior. Luz penetraban a través de un gran desgarro en un lado del tubo, brillante e inconstante, como la luz solar reflejada desde la superficie de un lago con marea. Nunca había visto a un lago, pero sabía instintivamente que se vería así, como sabía cómo las aguas frías se sentirían en su piel y la sensación de libertad que vendría de nadar en las profundidades azules y verdes.

Desabrochó una serie de cables de sujeción de su cuerpo y se volvió a sí mismo en torno a los estrechos confines del tubo. Cuando se arrastró a lo largo de la ruptura en las paredes, él vio su reflejo en las paredes lisas de su...

¿Su qué?

¿Su prisión, su refugio o su casa?

No, ninguna de esas palabras era la correcta.

Sus facciones eran las de un hombre poderoso -juvenil, pero ante quien los demás estarían dispuestos a doblar la rodilla. La mandíbula era cuadrada, el pelo oscuro como la noche, sus ojos de un verde cálido, con motas doradas. Era el rostro de un hombre sobre cuyos hombros una pesada carga podría ser colocada sin temor a ser destronado.

A él le gustaba su cara, complacido por la forma en que se había forjado.

Estaba desnudo, pero la ausencia de ropa no le molestaba. No sabía nada de modestia y se tomó un momento para admirar la perfección de su cuerpo divino. Se rio de la vanidad de la idea, y con la sonrisa de un hombre que conoce el mundo que está a sus pies, empujó la sección dañada de plata curvada. El material era suave y flexible al tacto y pudo doblar fácilmente la estructura de nido de abeja lo suficientemente como para permitirle salir. Él se impulsó y salió del interior reflectante como un recién nacido de una brillante crisálida.

Se dejó caer al suelo, y se quedó mirando con asombro a su alrededor.

Se puso de pie de un gran cráter -de cien kilómetros de ancho como mínimo - profundo en el vientre de lo que había sido una montaña colosal de roca y hielo negro. El cráter era un bosque de estalagmitas estriadas en espiral, su suelo palmeado con grietas por donde los respiraderos escaldados expulsaban vapor ondeante y chorros de roca fundida. El calor era increíble, y la cálida lluvia empañaba el aire; hielo para cuando sobrevolaba el cráter, líquido mientras caía y vapor antes de llegar al suelo.

Acantilados se disparaban un millar de metros por encima de él, y cascadas de rocas coronadas de hielo caían en el borde astillado del cráter. Nubes de polvo y humo oscurecían el cielo y la montaña gimió y se sacudió con temblores sísmicos.

Su llegada había causado esto, estaba seguro de ello.

Las paredes de los acantilados eran una curiosa mezcla de hielo transparente, metal incrustado y arcos estructurales rotos, todo veteada con millones de hilos de plata que temblaban como luciérnagas encarceladas. Pulsos dorados de bioluminiscencia viajaban por la red, como fallos de encendido en la sinapsis de un cerebro dañado. La brillante luz brilló a su alrededor, como soles recién nacidos en un cielo de cristal.

Era con mucho la cosa más hermosa que jamás podría haber imaginado.

Apartando los ojos de la magnífica vista del cráter, se tomó un momento para inspeccionar la cápsula de la que había surgido. Tenía exactamente nueve metros de largo y arrugado debido a su terrible impacto en la montaña, su superficie estaba estarcido con símbolos que aún no entendía e incrustado con joyas que le hicieron un guiño a su propia luz interior.

¿De dónde había venido la cápsula?

¿Era su presencia aquí deliberada o un accidente?

Dispositivos cuadrados sobre su superficie superior emanaban una profusión de cables y tubos de crucería. Estos derramaban líquidos claros que olían a productos químicos y elementos exóticos que no podía nombrar. Sus ojos se sintieron atraídos por una placa de hierro cepillado debajo de una ventana circular rodeada de un precinto metálico pesado y gruesos remaches.

Sobre el cristal una sola letra: X.

No, no era una letra. Una representación del número diez.

Y con ese reconocimiento llegaron pensamientos de los demás. ¿Había más como él?

No tenía recuerdo de dicha hermandad, pero sabía en el nivel más profundo, más primitivo, que era parte de algo más grande que él. Unido en un propósito, compitiendo por la supremacía, era fuerte.

Solo, no era nada.

Sacudiendo un sentido de autocompasión de la soledad estudió el cráter una vez más, dejando que los detalles que había glosado previamente a simple vista pasaran a primer plano. Una cosa era inmediatamente evidente: no se trataba de una formación natural de roca en la montaña, su forma demasiado geométrica y con demasiada precisión simétrica como para haberse formado naturalmente. Vio cómo el juego de la luz a través de las paredes, un patrón en sus movimientos aparentemente al azar, era en realidad un patrón que ahora se interrumpía.

El corazón de ese patrón llevó al centro del cráter, donde vio indicios de una estructura angular situada entre las estalagmitas que se encrespaban. Se puso en camino hacia ella, sus zancadas largas y seguras, confiado hasta el punto de la arrogancia. Devoró la distancia rápidamente, zigzagueando entre las grietas de gases sobrecalentados y arroyos burbujeantes de roca fundida eructados a la superficie.

Cuanto más se acercaba al centro, más grietas dividían el terreno y más rodeos que tenía que tomar. En cuanto se detuvo encima de una aguja caída, examinó el suelo

cerca de la estructura, viendo patrones concéntricos complejos excavadas en la roca que lo rodeaba. Parecían no tener sentido, barriendo arcos con formas rúnicas cursivas entre ellos. No eran un lenguaje, de eso podía estar seguro, pero a qué propósito servían era un misterio.

Muchos estaban divididos por las grietas, otros todavía estaban siendo quemados por las cintas de roca líquida que silbaban y emitían vapor desde los conductos de magma por debajo. A pesar de que no tenía ningún conocimiento consciente de tales cosas, sabía que todo este cráter estaba en peligro de caer en una caldera hirviente de lava, que su estabilidad ha descansado en que la cima de la montaña quedase intacta.

La estructura en sí era una cosa cuadrada baja, aparentemente sólida, sin medios visibles de entrada. Era sin duda importante; ¿por qué iba alguien tomarse la molestia de depositarla en un lugar tan inaccesible?

Siguió adelante, serpenteando a través de las estalagmitas que se agolpaban en la planta del cráter como centinelas silenciosos. Pasó la mano por una al pasar, sintiendo un hormigueo correr a través de él. ¿Una red cristalina electro-conductora tal vez? Cruzó las líneas concéntricas de símbolos rúnicos, sintiendo una extraña sensación de escozor al hacerlo. Le vigorizaba, como si una fuente de vitalidad se hubiera abierto en su interior.

El calor en el cráter fue en constante aumento, y cada vez más rocas caían desde el borde superior. Los flancos de la montaña se estaban colapsando hacia adentro como una escultura de arena lamida poco a poco por la marea. Tendría que salir pronto o arriesgarse a ser enterrado.

Finalmente llegó a la estructura en el centro del cráter. Como había sospechado, no había medios visibles de entrada, con sus paredes brillantes negras y sin junturas, uniones o imperfecciones en su superficie. A todos los efectos, era un bloque sólido. Una piedra en espera de un escultor, un sueño en espera de ser hecho realidad.

O una pesadilla...

Una grieta repentina hizo eco como un disparo, y él se apartó cuando un sentido profético de peligro arraigó en el estómago. Vio una tracería de luz plateada

romper la piedra sin rasgos, moviéndose como un rayo hacia arriba a través del bloque. Otra enloqueció en la esquina más cercana a él, seguido rápidamente por un tercero. Un cuarto y quinto palmearon la superficie. Sabía que tenía que alejarse lo máximo posible de aquí, pero tenía que saber lo que se había escondido en este lugar secreto.

Cada vez más grietas se extendían sobre la estructura, uniéndose y brillando con un tono fósforo. Se protegió los ojos mientras el bloque irradiaba luz como una supernova. Con un destello final, la caja se abrió y lo que había dentro fue revelado.

A través de la brillante bruma de la luz mercurial de plata imposiblemente brillante, vio una forma tomar forma en el resplandor. Segmentado y en espiral, era una entidad desmontada que ahora sólo era capaz de recuperar su forma original. Un enrejado remolino de arquitectura y organismo, imaginación e inteligencia, que era al mismo tiempo un ser vivo y un monstruo artificial forjado.

Un estrépito espantoso de engranajes de acero bio-mecánicos y metal líquido sacudieron por la caverna; un latido de corazón artificial y un nacimiento en un grito. Vio una enorme criatura vermiforme desenrollarse de su prisión disuelta. Al oír ese terrible grito de liberación mecánico, no tuvo ninguna duda de que este monstruo había sido encarcelado dentro de esta montaña inexpugnable.

Inclinándose, él cogió un trozo afilado de roca negra lisa como un espejo. Un arma cruda, pero tendría que servir. Salió a hacer frente a la criatura, una sierpe titánica con un cuerpo segmentado trinquete que constantemente giraba y se reformaba en sí con la facilidad que le otorgaba su textura líquida. Su bulboso y arácnido exo-cráneo estaba envuelto en tentáculos metálicos, un trío de probóscides dientes de aguja y ojos multifacéticos que reflejaban un millón de imágenes de la figura desnuda ante él. La gran sierpe se encabritó, un monstruo imponente de acero cromado, y soltó un aullido ronco de rabia mecánica.

Saltó a un lado cuando la criatura golpeó con su cuerpo abajo, aplastando los restos de la antigua prisión y agrietando el suelo por su peso titánico. Se dio la vuelta, quemando su piel en las manchas de roca fundida que burbujean a través de las grietas. Vapor escaldado le envolvió y lo expulsó con un grito de dolor.

La imponente sierpe se deslizó hacia él, aplastando estalagmitas a su paso y horadando un gran surco en el suelo con su peso. Con sólo su fragmento afilado para defenderse, él no se hacía ilusiones sobre cuál sería el resultado de la pelea.

Él rugió y cargó hacia la criatura, apuñalándola con su hoja de obsidiana en sus flancos, pero la piedra se estrelló contra su armadura reluciente. Se estrelló contra ella, un gigante seccionado atronador metal y poder imparable. Lengüetas de plata perforaron su piel al ser arrojado de su camino, destrozando su pecho y hombros gravemente. Cayó al suelo con fuerza, sin aliento, con el cuerpo magullado hasta los huesos. Se puso de rodillas, listo para enfrentarse a la criatura una vez más. Incluso sin armas, lucharía contra ella.

Pero parecía que matarle no le preocupaba a la sierpe. Continuó por el suelo del cráter, aporreando un camino a través de los acantilados. Una vez más, se encabritó y cientos de patas con garras salieron desde la parte inferior de su cuerpo. Con flexiones sinuosas, la criatura wyrm rasgó su camino por las paredes en desintegración hasta que se enroscó alrededor de ella y se deslizó por el borde del cráter.

Él se levantó y la vio alejarse, aliviada de estar vivo, pero furioso porque no había podido matar a la bestia. No sabía nada de su pasado, pero el poder de su cuerpo le dijo que era algo más que un simple hombre. Había fracasado en esta primera tarea, y juró a sí mismo que no iba a fallar de nuevo. Su llegada había destruido esta prisión montaña, sin saberlo ni desearlo, y la responsabilidad de deshacer el daño cayó en él.

La estela de destrucción dejada por la criatura le llevó a la base del acantilado. Su ascenso había dejado la roca arrancada con gubia y desgarrado con puntos de apoyo, lo que haría posible el ascenso.

Era posible, y sin embargo seguía siendo muy peligroso y difícil.

Con cada segundo que se retrasó, el wyrm puso cada vez más distancia entre ellos, por lo que se apoderó de la pared del acantilado y comenzó a subir. Mano sobre mano, con los golpes implacables de una máquina, subió el acantilado. No era una subida fácil, pues la roca se había debilitado en gran medida por el paso de la sierpe. Necesitó dos agotadoras horas, pero finalmente llegó al borde del cráter y se arrastró hacia fuera. Los músculos le ardían con el ejercicio y su pecho se movía

con dificultad. Se dejó caer de rodillas, apoyando las manos ensangrentadas en el suelo mientras tomaba grandes bocanadas de aire helado y polvo obstruido.

Fragmentos de las escamas del wyrm cubrían el borde del cráter y levantó una, pensando en utilizarla como arma. Le dio la vuelta en sus manos, sorprendido por la luz que emanaba. El borde era de gran nitidez, y cuando alcanzó a ver su reflejo dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Donde una vez sus ojos habían tenido un atractivo color verde con motas doradas, ahora eran de plata brillante, como monedas colocados en los ojos de los muertos. Se llevó una mano a la cara, al ver la red de venas y la sangre incandescente debajo de la piel, el arte que había obrado en su construcción y las milagrosas maravillas de bioingeniería codificadas dentro de su carne.

¿Era esto un efecto secundario del ataque del wyrm o ahora percibía el mundo como siempre había sido la intención de verlo? Curiosamente, la visión de sus nuevos ojos no le preocupó demasiado, y él se puso en pie con un nuevo propósito.

La estela de la sierpe era imposible ser pasada por alto, un profundo surco en la ladera de la montaña que conducía hacia el norte, a un páramo sombrío. Una luz acuosa era reflejada en las escamas de la criatura al tiempo que huía de su antigua tumba. Más allá de la sierpe, vio los contornos rotos de lo que parecía ser un conjunto de torres en ruinas, obviamente antiguas y quizá pertenecientes a una cultura desaparecida mucho tiempo ha.

Los cielos sulfurosos en el horizonte eran un desastre estriado de amarillo hematoma e infecciones de color rojo. Nubes de tormenta rodaron y se enfrentaron, y relámpagos lejanos dividieron el aire con detonaciones estruendosas. Sólo una luz débil, difusa apareció entre las nubes. Una mancha de luz iluminó las faldas del sur de la montaña justo debajo de él, y vio un número de vehículos primitivos cruzando la estepa del sur a lo lejos, una gran caravana de tren tirado por gigantescas bestias de carga de piel gris. El paisaje de la caravana atravesaba era de arenas negras y hostiles e hinterlands barridos por las tormentas de polvo y vientos helados; un lugar sombrío al que llamar hogar.

Aunque pequeños por la distancia, podía distinguir hombres encorvados envueltos en pieles y capas gruesas de cuero que conducían a las poderosas bestias. Ver otros

seres vivos le envió una punzada de nostalgia a través de él, un creciente alivio al ver que ya no estaba solo.

Quería ir a ellos, saber dónde estaba y quiénes eran, pero había jurado ver a la criatura wyrm destruida.

No iba a hacer su primer acto al llegar a la superficie rompiendo un juramento.

Les dio la espalda a los hombres de este mundo, y siguió el rastro de la sierpe hacia las arenas negras y frías del norte.

NUEVE

La Fenice Renacida

Metodología

Un Dios de la Batalla

La maravilla y la luz habían regresado a *La Fenice* después de una oscuridad de abandono. Sus puertas fueron abiertas de par en par y el aliento perfumado del *Orgullo del Emperador* le permitió suspirar una vez más, como el aire en unos pulmones colapsados. Volvió con vida y magia, un renacimiento entusiasta ahora que la III legión fue devuelta a su verdadero propósito. Duros lúmenes desterraban las sombra y antorchas eructaban calor al entorno, agradando a Fulgrim poderosamente.

El Fenicio vagó a través de la industria llenando el espacio teatral, escultores reimaginando las estatuas de ninfas trabajadas en las columnas como doncellas de placer sinuosas. Los tallados nacían de la memoria, evocando el horror dichoso de las doncellas del libertinaje con raspador y un cincel. Eran representaciones crudas y Fulgrim tuvo que resistir el impulso de golpearles a un lado y completar el trabajo él mismo.

Vestido con una túnica carmesí forrado de una mezcla en constante cambio de púas, sedas y carne cefalópodo fruncido, Fulgrim recorrió el trabajo que se llevaba a cabo como un maestro albañil supervisa la finalización de su legado. La empuñadura de su espada sobresalía de su túnica, y aunque su hoja ya no tenía el

fragmento de la criatura que le había mostrado los secretos más oscuros de la galaxia, todavía era una chuchería de piedra de toque para él.

El sentimentalismo del pensamiento divirtió a Fulgrim, y estiró el cuello hacia arriba.

Encarcelado dentro de su marco elaborado de oro y frío hierro, su imagen en el espejo le devolvió la mirada con un odio no disimulado. A pesar de que era imposible que llegara a ver la expresión en el cambio de la pintura, pues los visores pictográficos automatizados lo habían intentado sin éxito, todo lo que hizo fue la más ligera desviación de la cara pintada para sentir una nueva emoción en los óleos y acrílicos y otros materiales más exóticos... que habían entrado en su creación. Acorazado en su violeta distintivo y oro, Fulgrim en la pintura era un ser divino, un guerrero en el apogeo de su fuerza y poder. Carismático y querido, seguro y cierto de su propósito.

Todo ello una mentira.

Fulgrim apenas podía recordar un momento en que lo habían sido. Apenas reconoció la figura de la mirada fija en él. Podría usar esa misma armadura, arreglar su cabello, su rostro y su cuerpo exactamente de la misma manera y aún no se podría comparar a los dos.

-Todo está en los ojos, mira -dijo.

-¿Mi señor?

-Pensando en voz alta, mi Hijo Favorito -dijo Fulgrim, girándose para dirigirse a sus compañeros: Julius Kaesoron, Marius Variosean y Eidolon.

Miró hacia arriba de nuevo. -Admiraba la obra de uno de nuestros ex compañeros.

-¿La mujer artista? -preguntó Kaesoron, sus palabras deliciosamente destrozados por las desfiguraciones forjadas en el campo de batalla y sobre las losas de Fabius.

-Serena D' Angelus -dijo Fulgrim, inclinándose para susurrarle al oído de Kaesoron. -Ella, literalmente, puso su cuerpo y alma en esta pieza. Su sangre febril, su sudor carnal y todas las lágrimas de angustia también. Muchos otros contribuyeron con sus excreciones a su mezcla única de pigmentos, aunque quizás no de tan buen grado como ella misma.

-No me gusta -dijo Marius Variosean, rebuscando entre las ruinas del foso de la orquesta, en la que había renacido con su verdadera vocación. El dispositivo similar a una alabarda en su espalda gruñó con un zumbido de graves palpitante, como si recordara su nacimiento como arma en este lugar de vibrante locura.

-¿No te gusta esto? -preguntó Fulgrim. ¿Por qué es eso?

Marius no miró hacia arriba y Fulgrim agarró su barbilla con una fuerza malévola y obligó a que su cara deformada mirase la pintura. El líder de la Kakophoni gruñó de dolor cuando las afiladas uñas de Fulgrim le cortaron la garganta. Él balbuceó flema y sangre.

-No es tú -gruñó Marius través de sus mandíbulas reformadas. -No me gustan las imágenes de ti. Nunca podrá *ser* tú, por lo que todas son un insulto a tu esplendor.

-Una buena respuesta -dijo Fulgrim, liberándolo. -Aunque me temo que incompleta. Te atormentas a ti mismo por tu intento fallido de exorcizar el demonio de mi carne. Odias que dudases de mí, Marius. Bien, así es como debe ser. Deléitate con esa sensación. Aliméntala y siente como retuerce tu intestino como un gusano royendo tus entrañas. Confía en mí, Marius, la buena culpabilidad no debe ser desperdiciada.

-Como quieras, mi señor -dijo Marius, y su arma sónica chilló y gritó en gritos disonantes.

Fulgrim vio cómo legionarios pintaron las paredes con pinceladas furiosas, con colores y patrones que serían ofensivos y repugnantes a los ojos menos evolucionados. Aunque parecía al azar, había un orden preciso en todo. Cada color, cada dibujo y cada última faceta de este renacimiento habían sido orquestados y diseñados por Fulgrim, y ni una sola gota de pintura se dejó secar que no se hubiera colocado cuidadosamente.

Su encarnación anterior había sido decorada y adornada por los rememoradores, una verdadera multitud de artistas, poetas y escultores, pero ninguno quedó vivo para continuar esa labor. Los imperativos de los Señores del Libertinaje eran castigar la carne de los débiles, rompiendo sus cuerpos y mentes después de sólo el coqueteo breve en el camino a la sensación. Los recipientes mortales eran débiles,

pero las legiones se habían construido para la guerra sin fin y fueron diseñados para soportar todo tipo de penas y placeres.

Los devotos perfectos del Príncipe Oscuro.

Reflexiones pasmosas rebotaban atrás y adelante a través del proscenium y las cajas elevadas, en los que aquellos que se habían ganado el favor del primarca se reunían para ver las próximas actuaciones. Miles de brillantes fragmentos tomados de los bosques de cristales gigantes de Prismatica habían sido llevados a *La Fenice* y colocados dentro de las paredes, el techo y el suelo de la sala.

-Y él edificará una gloriosa ciudad de espejos: una ciudad de espejismos, sólida y líquida a la vez, aire y piedra -dijo Fulgrim.

-¿La ciudad de los espejos? -dijo Eidolon, tocando con un dedo el cristal. -¿Es eso lo que es?

Fulgrim sacudió la cabeza con irritación. -No seas tonto, Eidolon. Te he traído de nuevo para construirla para mí. ¿Has jugado alguna parte en *este* trabajo?

-No, mi señor.

-Ah, se me olvida -dijo Fulgrim, hilando y colocando un brazo alrededor del hombro de Eidolon. -No estabas vivo para mi gran soliloquio en el escenario después de que Julio y Marius trataran de torturar a un supuesto demonio de mi cuerpo, sin darse cuenta de que ya lo había expulsado.

Fulgrim liberó Eidolon y sus labios se curvaron con disgusto al paso torpe del Lord Comandante. Aunque el control de las extremidades había mejorado notablemente desde su restauración, el cuerpo de Eidolon era todavía una colección desagradable de tics y movimientos espasmódicos incómodos. Fulgrim se puso en la mente de la actuación de un pobre titiritero.

-Tu paso feo y tonto -dijo Fulgrim. -Te mueves como un piel verde. Me ofende, y no quiero verlo. Quédate detrás de mí hasta que puedas deambular con cierta gracia.

-Sí, mi señor- gruñó Eidolon, retrocediendo ante la ira de Fulgrim.

-Tal vez dejé demasiado tiempo tu cabeza arrugada en ese barril vacío de vino de la victoria -dijo Fulgrim. Luego acudió la cabeza y sonrió. -No, la culpa es de Fabius y su obra imperfecta. Recuérdame que le castigue por hacerte estúpido y feo.

-Si esto no es ser la ciudad de los espejos, entonces ¿qué es? -preguntó Kaesoron.

Fulgrim se volvió hacia su hijo favorito. -Todo a su tiempo, Julius. No hay prisa. Este será mi momento de mayor triunfo, ¿y quieres que me limite a contar la majestuosidad imponente de lo que me propongo? eres un niño idiota que no puede reconocer el verdadero drama. Revelaré lo que está por venir cuando mejor se adapte a mí y a mis hijos, no antes. Quiero disfrutar de la mirada en la cara de todos cuando vean lo que hay que hacer en el corazón de la tormenta estelar.

-Mis disculpas, mi señor -dijo Kaesoron, pero Fulgrim desechó su contrición.

-Estáis empezando a aburrirme -dijo Fulgrim, haciendo una pausa para admirar su reflejo en un cristal roto. Sonrió al ver la pintura por encima de él en el fondo del cristal, su expresión asesina. Fulgrim se lamió los labios, pero la sonrisa desapareció de su rostro cuando vio algo en la esquina del trozo.

Una figura destacada en armadura negra, con los ojos y las manos de brillante plata inoxidable.

Se dio la vuelta, buscando hasta los rincones de La Fenice de cualquier signo de este intruso.

No vio nada, porque no había nada que ver. Ferrus Manus estaba muerto, y el demonio en la pintura no tenía ningún poder sobre él.

-¡Muéstrate! -bramó Fulgrim, desenvainando su espada de oro y provocando que todos los ojos se volvieran hacia él en estado de shock. -¡Te maté una vez y puedo hacerlo de nuevo, hermano!

Se tambaleó cual borracho a través del teatro, mirando fijamente cada pedazo de vidrio y cada superficie pulida. En cada uno de ellos, vio la silueta descomunal de la Gorgona, una figura silenciosa observando desde las sombras. Él los rompió con golpes estruendosos, dejando sus puños sangrando rojo y con fragmentos astillados de cristal para cuando había terminado.

Fulgrim detuvo su furia y dejó escapar un suspiro tembloroso. Sus guerreros lo miraban con shock y sorpresa, temerosos de ser el primero en romper el silencio. Sus manos le dolían, pero las olas pulsantes de dolor fueron una sensación bienvenida que ayudó a enfocar su mente. Ferrus no estaba aquí. Ferrus estaba muerto. Esto era sólo el teatro de sombras, el resultado de sus esfuerzos y el esfuerzo de tratar con un zopenco como Perturabo. Le dolía la cabeza. Se sentía como si estuviera siendo aplastado de manera constante en el tornillo de un ingeniero. Necesitaba distraerse, necesitaba la liberación de los pensamientos oscuros que crecían en su mente como líquidos tóxicos.

-Me voy -dijo. -Envía una trepannixor a mi habitación, necesito mi cráneo perforado.

-Como quieras, mi señor -dijo Marius. -¿Hay algo más que podamos hacer por ti?

Fulgrim apartó con un parpadeó una imagen fantasmal brillante de su hermano muerto y asintió.

-Sí- dijo. -Dime, ¿la Hermandad del Fénix todavía se reúne?

Kaesoron negó con la cabeza. -La orden cenicienta no se ha reunido desde Isstvan.

-Restablecedla -dijo Fulgrim.

-¿Mi señor?

-Solos, sois voces solitarias en alabanza del Príncipe Oscuro; en conjunto seréis un poderoso coro -dijo Fulgrim, en los tonos grandilocuentes de un actor heroico. -Para dorar el oro refinado, pintar el lirio, para tirar perfume en el violeta, para alisar el hielo, añadir otro matiz al arco iris o un cono de luz para buscar el ojo bello del cielo y adornarlo... estas son las artes más grandes, las artes sublimes que glorifican todos los caminos múltiples al exceso perfecto.

Al ver su confusión, Fulgrim les permitió esta indulgencia. -La *Fenice* renace, pero necesita un fin. Llenadla con orgías y oraciones a la auto-satisfacción en todas sus formas. No dejéis ninguna perversión ni sed de sangre sin expresión o degradación sin explotar. Dejad la sangre correr libremente y que los cielos tiemblen con sus devociones.

-Como quieras -dijo Kaesoron. -Me ocuparé de ello.

-Igual que yo -dijo Marius.

Fulgrim dejó escapar un tembloroso suspiro mientras miraba a la pintura una vez más.

-Si estás al acecho aquí, hermano, entonces pasa el tiempo aprendiendo en lo que nos hemos convertido y llora... -dijo entre dientes. -Pero no nos engañemos, tendré lo que quiero.

Sin embargo, siempre perderás lo que alguna vez tuviste, le susurró una voz en su mente.

La Sisypheum no era una gran nave, sin embargo su armamento y complemento de guerrero eran fácilmente capaces de someter mundos truculentos por su sola presencia. Compacto y mortal, el buque de los Manos de Hierro todavía mostraba las cicatrices de su vuelo en Isstvan y sus posteriores batallas en las marchas del norte. Negro, su casco no reflectante estaba abollado por la metralla de artefactos explosivos lanzados para paralizarla, el intento de los cruceros pesados traidores de ser su réquiem. Esas heridas no habían frenado al *Sisypheum*, y el daño que hubiera destripado una nave de casi cualquier otra legión en ella eran rasguños reparados y evadido a sus perseguidores mientras cada Mano de Hierro a bordo luchaba para mantenerla volando.

Todo guerrero dobló la espalda para ponerse a la tarea, y nunca fue un equipo más dedicado y dedicado a su barco. Las brechas en el casco fueron selladas en momentos, los fuegos en cubiertas extinguidos el instante en que comenzaron y generadores de escudo reparados tan pronto como se sobrecargaron. La *Sisypheum* era la nave que simplemente *no iba a morir.*

Dotada de mayor blindaje y con un casco que había sido reparado más veces de las que cualquier astillero soñara, no era una nave elegante, ni siquiera una guapa. Su forma contundente era la de un perro de presa que se había enfrentado a demasiados enemigos como igual, pero que aún era capaz de dar tanto como recibir.

Guardia de la Muerte, Hijos de Horus, Portadores de la Palabra y de los Guerreros de Hierro habían gastado su mejor oportunidad de destruir la *Sisypheum*, pero los

había eludido a todos o luchado para mantenerlos a los traidores a raya el tiempo suficiente para escapar de cualquier red cerrándose. Una nave de los Señores de la Noche había sido la más cercana de poner fin a su desafío de las probabilidades en su contra, pero pronto la presa se convirtió en el cazador, empleando tácticas que nadie habría esperado de un capitán de los Manos de Hierro.

Un capitán de la Guardia del Cuervo, tal vez, pero la X legión luchaba con brutal franqueza, no con la sutileza y el subterfugio. ¿No había mostrado Isstvan V a las fuerzas leales a Horus ese simple e innegable hecho?

Sin embargo la *Tenebraxis* de la VIII legión se encontró de repente superada en habilidad y su parte trasera tiroteada por una nave que debería haber sido reducida a un casco llameante y ennegrecido en cuestión de minutos. Virando indefenso a la izquierda, la *Tenebraxis* fue abordada por equipos asesinos de los Manos de Hierro que llevaron la lucha al enemigo en sus sombrías salas y oscuras escaleras, despojándolo de cualquier cosa potencialmente útil para la reforma y la reparación.

Dejando la nave abordada arder en los témpanos de hielo del cinturón de cometas Isstvan, la *Sisypheum* huyó del sistema, encontrando el punto más cercano a la pausa gravítica y efectuando un salto de emergencia a los sistemas remotos. Con los suministros capturados de la nave enemiga fue reforzado, mejorado y aún más letal que antes.

Al igual que los guerreros que portaba, mostraba con orgullo las cicatrices de la batalla en su armadura.

Al igual que ellos, era un arma.

El laboratorium de Frater Thamatica, como cualquier otro espacio en el que operaban máquinas peligrosas y se realizaban experimentos de alta energía, estaba situado en los niveles superiores de la *Sisypheum*. La naturaleza modular de estos compartimientos era tal que cada uno podría ser eyectado hacia el espacio, o incluso expulsarlos todo en el caso de una emergencia. En su tiempo como un Padre del Hierro, Frater Thamatica había expulsado seis compartimentos de diferentes naves espaciales. Una gran cantidad según los cálculos de algunas personas, no tantos como podrían haber sido por su propia cuenta.

Este compartimiento especial ocupaba todo un cuarto de la longitud de la *Sisypheum*, un espacio de investigación de arcos contrafuertes inclinados hacia arriba desde el borde del casco a un área de visión espinado donde los observadores podían ver el empleo de armamento experimental y reactores de fisión quemarse con relativa seguridad. El espacio estaba lleno de cajas apiladas tomadas de la *Tenebraxis*, una colección de material que debía ser catalogado y puesto a un mejor uso. Los equipos generadores pesados estaban atornillados a la cubierta y acopladores de energía enganchados a través de las paredes y colgando del techo como lianas selváticas o serpientes descansando.

Un sabor amargo sabor eléctrico sazonaba el aire a una frecuencia que hacía rechinar los dientes y producía un zumbido insistente como un insecto atrapado en el vidrio. Servidores marchaba de aquí para allá, llevando recipientes de herramientas pesadas, componentes de máquinas y elementos hechos a mano que pocos fuera de la Fraternidad del Hierro reconocería.

Thamatica iba y venía entre dos unidades generadoras monstruosas, arrastrando cables aislados pesados tras él y enrollándolos en espirales mucho antes de engancharlos. Cada cable era grueso y pesado, y él gruñó por el esfuerzo de transportarlos hasta la posición deseada.

-Sabes que podrías tener servidores haciendo eso por ti -dijo Wayland, bajando el ascensor desde el entresuelo. Thamatica le miró nada más verle, y su rostro barbudo estalló en una sonrisa de bienvenida.

-Cierto -dijo Thamatica. -Pero me resulta terapéutico ensuciar mis manos en el taller de vez en cuando, ¿no crees? Y si algo llegara a salir mal, no sabría a cuál de los servidores culpar. De esta forma, si algo *sale mal*, al menos sabré que es algo que *he hecho*.

-¿Crees probable que algo vaya a salir mal?

Thamatica se encogió de hombros. -Siempre es posible. Añade una cierta excitación en el procedimiento, me parece.

Terminó de conectar del cable que sostenía y se pasó el dorso de la mano por la frente, en la que dos clavos de oro fueron incorporados por encima de uno rojo. Wayland también contaba con un perno rojo sobre su ojo derecho, un símbolo de

su permanencia en Marte aprendiendo el credo de las máquinas del Mechanicum, sin embargo sólo se contaba con un solo tapón de oro.

Era muy posible que Frater Thamatica ahora fuese el Padre del Hierro de mayor antigüedad con vida en la legión.

-Trato de mantener el entusiasmo fuera de mis experimentos -dijo Wayland.

Thamatica parecía realmente perplejo.

-Frater Thamatica -dijo Wayland, extendiendo su mano izquierda. –Que la fuerza del hierro sea tuya.

-Frater Wayland -respondió Thamatica, cogiendo el guantelete brillante de Wayland con el suyo manchado de aceite. –Que el fuego de la fragua te ayude.

Los dedos mecanizados de sus guanteletes se envolvieron los unos con los otros, entrelazándose y uniéndose en un complejo nudo gordiano de sondas extruidas y engranajes. A través de ese apretón, sus sistemas internos mecanizados compartir datos libremente; una reunión de las mentes así como de presencias físicas.

Thamatica liberó su guante y dijo: -¿Qué te trae a mi taller hoy?

-Curiosidad profesional -dijo Wayland.

-¿Otra misión con nuestro amigo Guardia del Cuervo? No puedo trabajar en más generadores de estasis. El ataúd del capitán Branthan es intensivo en sus demandas, y tú ya tienes mi teleportador remoto más fiable.

Wayland negó con la cabeza. -No estoy aquí para requisar. Quería ver ese proyector desplazamiento térmico del que me hablaste cuando vinimos a ver al capitán Branthan. ¿Tienes tiempo?

-¿Tiempo, joven Sabik? -retumbó Thamatica. -Estoy trabajando en ello ahora. Me vendría bien tu ayuda también.

-Sería un honor.

Thamatica sonrió y señaló hacia el otro extremo del cable que había estado transportando. -Conecta el cable en el generador al final de la fila, y ten cuidado de no ponerlo en contacto con cualquiera de las espirales colimadas, pues hay carga

suficiente en ellas para hacer un agujero en el costado de la nave. En teoría al menos.

-¿Todos estos están funcionando?

-Por supuesto.

-¿No sería mejor dejar los generadores apagados mientras los conectas?

-¿Y perder horas vitales mientras espero a que se encienda? No, si puedo conseguir que esto funcione, entonces tendremos un arma poderosa para desplegar contra nuestros enemigos. El tiempo y la rebelión no esperan a nadie, después de todo.

Wayland suspiró y arrastró el denso cable por el suelo hacia el generador en espera, sintiendo cómo el zumbido magnético de los rotores internos y cuchillas helicoidales extrajeron micro fragmentos de los impactos de armas de su servoarmadura en una niebla brillante. Conectó el cable en su zócalo con un poco de esfuerzo; la interfaz era compleja, con múltiples conectores y quedó fijada en su lugar con un crujido satisfactorio de las abrazaderas de acoplamiento.

-Está listo -dijo por encima de Thamatica, quien asintió con la cabeza desde el centro de su nido de consolas de control.

Wayland volvió con Thamatica, prestando cuidado de evitar los cables zumbando y los arcos de electricidad chisporroteante que le saludaron como frondas estroboscópicas de neón. Se colocó en la estación indicada por Thamatica, y estudió las lecturas en cascada por las muchas pantallas de aspecto arcaico. La mayoría estaban enmarcadas en madera o metales blandos, como algo sacado del relicario del palacio o el Repositorio Sombrío en Medusa.

-¿Cómo va a funcionar? -preguntó Wayland.

Thamatica hizo un gesto a lo largo del taller, donde un par de esferas, cada una de diez metros de diámetro, colgaba del techo en una serie de cardanes concéntricos que les permitían moverse en tres dimensiones. Treinta metros los separaban, a pesar de que estaban vinculados por una masa trenzado de cables delgados. Uno de ellos era de bronce, y el otro de frío hierro, y las líneas de datos de medición tallados eran la única cosa que estropeaba su suavidad perfecta, el único indicio visible al hecho de que ambas esferas giraban lentamente.

-Vamos a intentar una transferencia de materia, uniendo dos puntos exactos en el nivel cuántico de la potencialidad. Dada la carga suficiente, los electrones de cualquier objeto dado pueden excitarse lo suficiente como para pasar a otra órbita, y si puedo modular la frecuencia de vibración de una parte de los dos objetos a la vez, puedo tratar de forzarlos en el mismo lugar al mismo tiempo.

-¿No es muy peligroso?

-Monstruosamente sí -convino Thamatica con una sonrisa alegre. -Si los dos objetos no se comportan como creen que deben hacerlo, podría haber una explosión que destruyese la nave.

Thamatica se rio de la mirada alarmada de Wayland y dijo: -No temas, debería ser imposible que las partes afectadas puedan coexistir en la misma esfera nuclear. Con la precisión suficiente, deberían seguir el camino de menor resistencia y simplemente intercambiar lugares. Lo que había en una esfera debería encontrarse dentro de la otra.

-No puedo ayudar salvo escuchando todas tus instrucciones -dijo Wayland.

Thamatica sonrió. -Pareces Ferrus cuando vetó los experimentos de geo-magnéticos que propuse para fijar las masas de Medusa en su lugar.

-¿Los mismos experimentos que han causado terremotos en todo el planeta?

-Se necesita algunos ajustes -admitió Thamatica. -pero los principios son sólidos.

Thamatica tiró de una palanca de latón pesado, y la corriente pulsante de los generadores fluyó a través de los cables con un creciente murmullo de corriente eléctrica. El Padre del Hierro ajustó un pesado dial y marcó una serie de comandos en un teclado físico primitivo.

Wayland lo miraba con cuidada admiración. El método experimental de Frater Thamatica era poco consistente, pero él tenía un don intuitivo para ver las conexiones entre elementos dispares que le permitían hacer saltos de lógica que desconcertaban a sus compañeros Fraters. Que algunos de sus pasos lo llevasen a aguas peligrosas era, como Thamatica explicó, un mal necesario y que los libros de historia probablemente no tomarían en cuenta.

La corriente estaba aumentado a un ritmo aterrador y Wayland observó las agujas sacudirse en cada uno de los indicadores en la franja roja en todos los ámbitos. La energía generada aquí podría alimentar a toda la nave. O volar por la mitad su superestructura en el vacío.

Tanto la esfera de bronce y la esfera de hierro aceleraron, girando en sus órbitas confinadas mientras los campos magnéticos construidos alrededor de ellos aumentaron en incrementos exponenciales. Wayland vio que la intensidad de campo estaba elevándose a un ritmo que pronto sería demasiado para los amortiguadores concéntricos que las contenían.

-¿Frater? -dijo. -Los campos magnéticos son más fuertes.

-Ya lo veo, Sabik, pero tengo que llevarlos hasta el límite si queremos que esto funcione.

Ambas esferas giraban demasiado rápido como para seguir las líneas de medición grabados en ellas, borrosas y sin sentido. Líneas como látigos de fuerza eléctrica ardieron ante las retinas de Wayland y el zumbido de los generadores fue interrumpido por las descargas en auge y ráfagas de refrigerante. Cada aguja se había atascado en el punto más alejado de la escala, más allá de donde que cualquier técnico en su sano juicio desearía que descansase durante más de una fracción de segundo.

-Tenemos que parar -dijo Wayland.

-Sólo un momento más.

-No, desconecta la alimentación eléctrica-

-Casi está.

Wayland extendió la mano para transportar el nivel de energía de vuelta a los reinos de la cordura, pero antes de que pudiera tirar de él un trueno de fuerza electromagnética explotó desde el primer generador y una hoja de fuego surgió de donde se acoplaban los cables pesados. Una onda explosiva magnética nació de las esferas y lanzó a Wayland contra el mamparo debajo del observatorio como si hubiera sido abofeteado por un Contemptor. La fuerza magnética lo mantuvo clavado en la pared como un espécimen hasta que su poder finalmente disminuyó a un nivel en el que pudo deslizarse hacia la cubierta. Herramientas y componentes

sueltos cayeron en una lluvia de hierro cuando su peso superó al campo magnético en rápida caída.

Cada parte mecanizada de su armadura estaba inerte, y el peso de cada placa se abalanzó sobre su cuerpo ahora que los músculos artificiales no lo estaban soportando.

El taller estaba en ruinas, cada dispositivo oscuro y sin vida, todos los objetos metálicos sueltos dispersos en forma radial desde el centro. Thamatica se levantó y contempló la devastación de su taller mientras ondas magnéticas residuales rebotaron en todo el espacio, revolviendo el metal suelto alrededor y transformando la fuerza eléctrica crepitante en remolinos en miniatura de luz azul.

A pesar de los daños a su espacio de trabajo, el Padre del Hierro parecía absurdamente complacido consigo mismo, como si éste hubiera sido el resultado deseado de su experimento.

En el centro del taller, las dos esferas se habían convertido en una, una masa deforme de hierro y bronce en una masa lumpen de metal como una figura plana de ocho. El bronce se adentraba en el hierro y el hierro en el bronce, ambos metales en espiral veteando en el otro, como si los dos hubieran sido fundidos y presionado uno dentro de otro. Wayland no tenía ninguna duda de que el generador no había volado, pues la explosión resultante de la interfaz de las dos esferas habría desgarrado la nave.

-Voy a necesitar generadores más potentes -dijo Thamatica.

Era más fuerte y más poderoso que nunca, pero no podía sentir la sangre que derramaba, ni saborear la fuerza visceral de los impactos. Berossus se abrió paso entre una masa de cuerpos, golpeando a izquierda y derecha, abriéndose camino a través de los servidores de combate con cada golpe de barrido. Fuego de armas ligeras maltrató su servoarmadura, pero sólo vio una lista de indicadores e iconos que iluminaron la pantalla frontal de su casco.

Atravesó los armazones de construcción modular como un salvaje dios de metal de la guerra, llevando la muerte y el derramamiento de sangre a cualquiera que se

cruzara en su camino. Las salas de entrenamiento fueron decoradas en una recreación de una típica ciudad pre-sometimiento, sobre la base de una fusión de las medidas arquitectónicas tomadas por fuerzas expedicionarias de los Guerreros de Hierro en mundos conquistados.

Guerreros del segundo Gran Batallón se dispersaron a través de la falsa ciudad, con órdenes de enfrentarse a su Herrero de Guerra y tratar de impedirle llegar a su centro, un punto de referencia elegido por Galion Carron para juzgar si Berossus estaba adaptando a su nueva fisiología artificial.

No muy bien, fue la primera impresión del Herrero de Guerra.

No sentía dolor, pero tampoco experimentó de nuevo la sed de sangre salvaje que había sentido en los campos de muerte de Isstvan. Un impacto más pesado lo meció, pero incluso eso era simplemente una reacción y no una sensación. Giró sobre su cintura cardán para ver un grupo de Guerreros de Hierro salir de la cobertura, uno de ellos manejando un lanzamisiles humeante siendo recargado a toda velocidad. Se movían con precisión, como sería de esperar, pero giró su cañón automático para hasta matarlos no obstante. El arma pesada resopló por las ráfagas rápidas, haciendo volar a tres de sus guerreros de sus pies. Su sangre empañó el aire mientras caían, pero los demás siguieron avanzando.

Berossus gruñó y pisando fuerte sobre los escombros del campo de la formación fue a su encuentro. Sus pasos eran cortos, su velocidad lenta y su carga arrebatada de la furia que había conocido en carne mortal. Otro misil se estrelló contra su ataúd, pero la armadura disipó la peor parte del impacto.

Para entonces estaba en entre ellos.

Un golpe atronador de su martillo lanzó a dos de ellos hacia atrás, resquebrajando sus servoarmaduras. Otro golpe puso a un tercero de rodillas, pero el cuarto conectó un golpe que registró como causa de daño; sin embargo, lo sintió tan liviano como una lectura en una placa de datos. Sus sensores de objetivos registraron más enemigos convergiendo tras él, y él giró la parte superior del cuerpo ciento ochenta grados para hacer ladrar su cañón.

Registró un duro golpe en su superficie superiores, pero antes de que pudiera hacer algo más que reconocerlo, un poderoso impacto enloqueció su pantalla interna. Un

puño de combate o un martillo trueno. Algo muy peligroso y destructivo. Berossus se tambaleó hacia un lado, haciendo girar su cuerpo en un intento de desalojar a su atacante. Más disparos cosieron sus flancos, pero él no les hizo caso. Los tañidos atronadores en la parte superior de su armadura, cada uno como el repique de una campana sonora, eran todo lo que importaba.

No podía llevar sus armas hasta esa posición, por lo que golpeó su cuerpo de metal en las paredes de la estructura más cercana. La fuerza del impacto fue tremendo, lo suficiente como para causar que numerosos indicadores de daño para iluminasen la pantalla, pero su atacante aguantó, tenaz y decidido. Berossus se tambaleó como un borracho o uno de los desafortunados repuestos de carne cuyas vías neurales se habían degradado demasiado para que pudieran sobrevivir a la transferencia de la carne al hierro. Cayó otro impacto, y luego otro. Berossus rugió, aullando sus augmentos en una docena de frecuencias hasta que se dio cuenta de que podía utilizar esa energía para generar una corriente eléctrica a través de su cuerpo. Con un pensamiento dedicó sus generadores internos para acumular el suficiente poder, pero un último golpe en la parte superior registró daños terminales.

-Cese de hostilidades -ordenó Galion Carron en un canal vox escuchado por todos los miembros del segundo Gran Batallón.

Los disparos aflojaron y cesaron por completo, y Berossus devolvió su cuerpo de nuevo hacia la parte frontal hacia mientras un guerrero cayó de su caparazón superior. Su servoarmadura estaba cubierta de polvo y maltratada, los galones amarillos y negro de sus hombreras descamados y raspados. Un bólter estaba fijado magnéticamente en el muslo y, efectivamente, tenía un puño de combate con cara superior aún envuelta en una bruma brillante de energías disruptoras.

Berossus se inclinó hacia el guerrero.

¿Quién es usted? -preguntó, odiando el roce metálico de su voz.

El guerrero se acercó y desabrochó su casco, sosteniéndolo en el hueco de su brazo antes de contestar.

-Grendel -dijo. -Cadaras Grendel, 16ª compañía.

-Eres tenaz.

-Hago lo que hay que hacer -dijo Grendel, su cara suave y sin complicaciones, con el pelo negro desgastado mucho y terminado en trenzas elaboradas a través de su cuero cabelludo. -Eres vulnerable desde arriba. La armadura es más delgada allí, y si un enemigo se puede llegar hasta allí, un Dreadnought está tan impotente como un recién nacido.

Incluso aislado de las costumbres tradicionales del discurso, Berossus podía oír la arrogancia del hombre y la confianza en sí mismo. Él gruñó su disgusto por la comparación.

-Soy un Herrero de Guerra de la Cuarta Legión, soy cualquier cosa menos algo desamparado.

-Eso dice usted, pero hubiera arrancado lo que quedara de ti a través de tu techo si Galion Carron no hubiera terminado este ejercicio.

Berossus se agachó y elevó a Grendel de la tierra cogiéndole del extremo de su martillo, sosteniéndole ante él como si decidiera la mejor manera de aplastar su vida. Había esperado que el guerrero forcejease, luchara, pero Cadaras Grendel simplemente lo miró con una mezcla de confianza y despreocupación que apeló a Berossus.

-Tiene razón, mi señor -dijo Galion Carron. -Eres vulnerable a los ataques desde arriba.

-Tal vez sí -dijo Berossus, dejando a Grendel en el suelo. -Pero sólo un loco se atrevería a acercarse a mí de esa manera. No creo que se trate de un defecto que tengo que estar preocupado.

Galion Carron acercó a Berossus, rodeándolo e inspeccionando los daños causados a sus placas de armadura. Su servo-brazo tocó el metal, obteniendo eco-lecturas de la estructura interna y comunicándose con los sistemas de a bordo de los increíblemente complejos mecanismos que permitían fusionar carne y metal y funcionar como uno.

-Todavía piensas y luchas como un guerrero mortal -dijo Carron, aproximándose para estar frente a él. -Pero tú eres mucho más que eso. Eres un maestro de la guerra, un dios del hierro y carne que cabalga en el campo de batalla como un

coloso. Todos se inclinan ante tu poder, pero todavía hay maneras de hacer caer a un dios.

-El blindaje superior .dijo Grendel, haciendo un puño cerrado.

-Solo hay un camino -le espetó Carron. -Aplastar infantería, desgarrar su carne mortal miembro a miembro. Despréciales por los insectos que son, pero no te creas a ti mismo inmune a las armas. Mátalos a todos, pero recuerda siempre que *pueden* hacerte daño.

-Nunca dejaré que eso suceda -prometió Berossus.

DIEZ

La falta de crueldad

La llave más compleja

Los Caminos por debajo

Él era un fantasma. Un fantasma negro que se movía a través del silencio. Un enemigo de la luz, que sólo buscaba moverse a través de la penumbra sepulcral de la nave, un amigo de la oscuridad y familiares de sombras. Su silencio y la invisibilidad debería haber sido una imposibilidad, su cuerpo demasiado grande y su armadura demasiado engorroso para moverse con tanto sigilo, pero Nykona Sharrowkyn habían sido entrenado por los mejores maestros de la sombra de la Torre del Cuervo.

Él *se deslizaba como un fantasma.*

Sharrowkyn pasó de oscuridad a oscuridad y las sombras se abrieron a él, dándole la bienvenida como a un hermano. Él anticipó la influencia de las luces a medida que avanzaban y retrocedían, inclinándose hacia el negro más profundo. Pocos podían *deslizarse espectralmente* como Sharrowkyn, porque sólo los más innatamente dotados de los hijos de Deliverance podrían evadir la luz durante el tiempo suficiente para atraer la atención de los maestros de la sombra. A lo largo de los pasillos de la *Sisypheum*, a través de sus cámaras abovedadas de armado, pasando por grupos de guerreros entrenando y en las entrañas de sus motores convencionales se trasladó sin ser detectado.

Su servoarmadura era una cosa compuesta, una amalgama de placas tomadas de entre los muertos, y los muertos eran los más silenciosos de todos. Desde sus primeros días en los laberintos de la Torre del Cuervo había aprendido a amortiguar el ruido, primero con trapos y tierra apisonada, luego con amortiguadores acústicos y habilidad. Aunque la construcción de la servoarmadura era una cuestión de improvisación y necesidad, se ajustaba a él mejor que nadie que había llevado en su tiempo con la XIX legión.

Sabik Wayland había ayudado con su construcción, pero había realizado los ritos secretos del silencio solo, como cada Corrivane debía hacer al serle otorgadas las alas. Cada guerrero se movía silenciosamente a su manera, y era la comprensión de cada guerrero acerca de los espacios vacíos entre los sonidos lo que le permitían ocuparlos.

El interior de una nave espacial era un lugar fácil para convertirse en un fantasma. Sus sonidos eran múltiples, fuertes y predecibles; el crujido y lamentos de su estructura al flexionarse en su tránsito, el latido regular de sus motores, el parloteo de su tripulación y el misterio de los sonidos mitad reales e imaginados del flujo caliente de neutrones a lo largo el casco exterior. Muchos sonidos, muchos lugares para esconderse.

Casi demasiado fácil.

Todo guerrero de la sombra necesaria para la prueba, ya que sin verdaderas pruebas de la capacidad de *deslizamiento espectral* comenzaba a erosionarse. Sólo al convertirse en la sombra un guerrero podía moverse a través de ellas sin revelarse. Sólo siendo verdaderamente perseguido podía llegar a ese lugar dentro de sí mismo que permitía que el *desplazamiento espectral* convertirse en el camuflaje perfecto. Esta protección no era infalible, por supuesto, ningún guerrero era siempre *invisible*, pero era tal la afinidad de Sharrowkyn con la oscuridad que bien podría haberlo sido.

Pocos en la *Sisypheum* tenían habilidad suficiente como rastreadores para cazar un guerrero de la Guardia del Cuervo, por lo que tomó riesgos y eligió las rutas con menor número de lugares en los que esconderse. Hizo una pausa en sus viajes a través de la nave, aferrándose a la parte alta de un corredor de acceso, envolviendo

sus dedos alrededor de una tubería de conducto flexible. Sharrowkyn vio a dos guerreros de los Manos de Hierro pasar por debajo de él. Veteranos Morlock.

Difíciles, duros, valientes supervivientes.

Supervivientes como él.

No, no como él; los Manos de Hierro tenían una cosa negada a él.

Tenían la confraternidad de su hermandad. Nykona Sharrowkyn estaba solo.

Sacado de la tormenta infernal de la traición al borde de la muerte por Sabik Wayland, Sharrowkyn había escapado de la masacre de Isstvan V por un estrecho margen. Herido casi hasta la muerte y sin posibilidad de regresar a su mundo, no tuvo más remedio que escapar con los supervivientes traumatizados por la masacre de la X legión. Los Manos de Hierro habían querido pelear morir junto a su primarca caído, pero la última orden de Ulrach Branthan había sido escapar, reagruparse, sobrevivir.

Devolver el golpe.

Sharrowkyn recordaba muy poco de aquellos primeros días salvo que sus heridas fueron demasiado graves, su cuerpo demasiado roto. Su recuerdo imborrable era el de una forma con voz ronca que se cernió sobre él en el Apothecarion de la nave a la que había sido llevado a bordo.

-No vas a morir, Guardia del Cuervo -dijo la voz. -No dejes que la debilidad de la carne te traicione, no cuando has sobrevivido a tanto. Has recibido un golpe del Fenicio, pero vives. Vivirás también.

La autoridad en esa voz era absoluta, y Sharrowkyn había obedecido. Él había sobrevivido y había sanado, pero estaba solo, separado de su legión e ignorante de lo que había sido de su padre genético.

Los Manos de Hierro *sabían* que su primarca estaba muerto, y esto había templado sus corazones de piedra en algo irrompible. Sharrowkyn no sabía nada del destino de Corax. ¿Había escapado de la masacre o era un trofeo ensangrentado clavado en el poste de una bandera, un tótem como la cabeza de Ferrus Manus?

El confort y la fuerza pueden ser tomadas de certeza, una medida de cierre para permitir la curación de las cicatrices del corazón, pero siendo la suerte de su

primarca un misterio, Sharrowkyn sólo podía existir en un limbo crepuscular, atrapado entre la esperanza y la desesperación, constantemente subiendo y disminuyendo a medida que su imaginación conjuró cada vez más terribles destinos a su padre perdido.

¿Era mejor ser ignorante del destino de Corax, o sería mejor saber que estaba muerto?

Era una pregunta que había pasado muchos meses teniendo en cuenta, pero no más cerca de responder. Sólo la certeza podría proporcionar respiro, pero entre los restos destrozados de sus legiones la certeza era escasa.

Los Morlocks continuaron su camino, ajenos a su presencia, y Sharrowkyn maniobró en silencio hasta la cubierta. Una gladius se deslizó de su vaina sin fricción y sonido mientras Sharrowkyn movió por el pasillo, encontrando manchas de sombra donde los ojos mortales no se dieran cuenta de la oscuridad más profunda en su interior, explorando todos los rincones de la orgullosa nave.

Sharrowkyn sintió el aire frío crecer y supo que estaba cerca de la Apothecarion. Con los sentidos en sintonía con los microsonidos que precedieron a todo movimiento y presencia, oyó el susurro de algo acercarse al otro lado de la puerta. Saltó a la pared de enfrente, springboarding en la maraña de tuberías de torsión en suspensión, colimadas y conductos de hierro sibilantes y caucho fláccido. Él se acomodó en su oscuridad ocultadora, haciéndose uno con las sombras y descendiendo la potencia emitida de la servoarmadura, un fantasma de negro en medio de la penumbra. La puerta se abrió, dejando escapar un suspiro de aire helado y el crujido y el roce de las placas colindantes. Los sonidos de la servoarmadura en el otro extremo del pasillo, más allá de la puerta le dijeron a Sharrowkyn que Septus Thoic montaba guardia en la cámara de estasis de Branthan. Los pasos resonaron en el suelo a la parrilla, e incluso antes de que Atesh Tarsa surgiera, mirando demacrado y cansado hasta la médula, Sharrowkyn sabía que sería él.

El apotecario Salamandra se tomó un momento para frotar las palmas de las manos contra sus ojos, esos ojos carmesí que le hacían tan difícil de leer. Sin pupilas o imperfección que les diera una medida de carácter, los ojos de Tarsa estaban tan en blanco como los cristales de un casco legionario. Dejó escapar un suspiro de

agotamiento puro cuando la puerta se cerró detrás de él, y Sharrowkyn sintió una punzada de simpatía por el Salamandra.

Acusado de mantener un muerto vivo, que era su tarea de prolongar la agonía de un guerrero que merecía la paz y poner fin a su sufrimiento.

Tarsa miró hacia arriba y sonrió. -¿Hay algo malo en el suelo?

Sharrowkyn estaba tan sorprendido que casi se soltó de sus asideros.

No podía haber ninguna duda al respecto; Tarsa estaba mirándole fijamente. El gladius le tembló en la mano, luchando contra los instintos arraigados que gritaban a Sharrowkyn caer sobre su descubridor y acabar con él, pero Tarsa no era el enemigo. En cambio, envainó la espada de hoja corta y se dejó caer sobre la cubierta. Se levantó de cuclillas y ladeó la cabeza hacia un lado.

-Me viste -dijo.

-Por supuesto -respondió Tarsa. -¿A quién más podría haber estado hablando?

Sharrowkyn miró a los ojos rojos de Tarsa, blancos como el granate brillante, pero no vio ningún augmento, que hubieran en cierta medida explicado el avistamiento de él por Tarsa. Sharrowkyn sentía curiosidad más que molestia, a pesar de que irritó su orgullo profesional al ser detectado con tanta indiferencia.

-No soy descubierto normalmente tan fácilmente -dijo.

-Estoy seguro -asintió Tarsa, -pero cuando ves como lo hacen los Nacidos del Fuego, es poco lo que escapa a nuestra atención. Sobre todo en la oscuridad.

-Todo legionario ve bien en la oscuridad -dijo Sharrowkyn.

-No como nosotros -dijo Tarsa, volviéndose a pasar por el pasillo. -¿Caminas conmigo un rato?

Sharrowkyn asintió y se ajustó con el paso del apotecario, inconscientemente imitando el momento de la zancada de Tarsa para enmascarar su propia.

-Debe de ser duro para ti -dijo Tarsa. -Estar aquí, quiero decir. En una nave que no es de tu legión.

-No es tu legión tampoco -señaló Sharrowkyn.

-Ya lo sé. Es difícil para mí, así que supongo que es difícil para ti -dijo Tarsa y Sharrowkyn vio la ruta que llevaba al comedor del *Sisypheum*.

-Es difícil -admitió, agradecido por la comprensión. -Estoy solo y no sé nada más allá de estas paredes. Es... no es fácil estar lejos de la crueldad.

-¿La falta de bondad?

Sharrowkyn se tocó el rapaz de alas blancas en su hombrera. -Es un término coloquial que mi legión a veces usa cuando nos reunimos.

-Ah, ya veo -asintió Tarsa con una sonrisa de labios apretados. -Argot legionario. Tenemos condiciones similares, sobre la base de las costumbres de las siete ciudades-santuario.

-Dime una -preguntó Sharrowkyn.

-Muy bien -dijo Tarsa, haciendo una pausa para pensar en una que pudiera contar. -La gente de Hesíodo, una vez utilizó el término amanecer infernal para referirse a un momento en el que los bancos de cenizas se dispersaba y el sol quemaba.

-¿Qué significa eso?

-El amanecer infernal anunciaba la llegada de los espectros oscuros.

-¿Espectros oscuros?

-La raza crepuscular de los Eldar -explicó Tarsa. -Cada vez a esa hora infame venían a masacrar y esclavizar. Se llevaban a los hombres, las mujeres y los niños como botín para sus naves de tortura, pero al final fueron aplastados por Vulkan en una gran batalla a las puertas de Hesíodo y expulsados de nuestro mundo para siempre. El amanecer infernal fue siempre un momento para ser temido, pero con el fin de sus incursiones tomamos la palabra de nuevo y la hicimos nuestra. Ahora es una táctica de despliegue salamandra, un asalto relámpago en el corazón de una formación enemiga.

-Me gusta -dijo Sharrowkyn.

Tarsa asintió a la apreciación al llegar al refectorio. Le tendió la mano a Sharrowkyn, que la tomó con gratitud.

-No estás solo, hermano -dijo Tarsa. -Los Manos de Hierro vieron morir a su padre genético y eso les dio un nuevo propósito. ¿Pero tú y yo? Todo lo que tenemos es tierra quemada e incertidumbre.

Felix Cassander apretó los ojos cerrados y trató de excluir sonidos de animales procedentes de Navarra. Había pensado que un legionario podía soportar cualquier dolor, pero su tiempo en el vivisectorium del apotecario Fabius le había mostrado la ingenuidad de esa creencia. Descubrió que no podía medir el paso del tiempo, ya que nunca había un cambio en la penumbra triste de esta morada de los condenados. Las drogas y el dolor lo mantenían inactivo, envuelto en una niebla envolvente de percepciones distorsionadas. Él existía en un infierno de gritos, risas, llantos y sonidos de cuchillas de carnicero con filo carne. A veces, vio lo que estaba pasando, y deseó no haberlo hecho. A veces su imaginación pintaba una imagen más viva.

El vivisectorium era un lugar de cirugía diabólica, donde Fabius y sus servidores encapuchados de carne removían y reemplazaba miembros y órganos con partes de carne húmeda de otros organismos que no guardaban ninguna relación con su nuevo huésped. Navarra se había convertido en un banco de pruebas para todo tipo de miembros: los cuartos traseros cubiertos de piel rojiza, piernas de insecto, brazos aplanados con exoesqueletos de quitina amputados de una criatura arácnida imponente o los apéndices tentaculares latigudos con bocas dentadas que salivaban bilis ácida.

Con cada rechazo fisiológico, Fabius haría un siseo de frustración y quitaría el apéndice fallido para incineración. El artefacto asqueroso que colgaba del techo parecía vigilar a Cassander mientras Navarra luchó contra las ataduras, haciendo gotear sus viles líquidos negros al suelo donde se retorcían como anguilas resbalosas de sensibilidad como la tinta antes de babear por el drenaje obstruido de sangre.

Tampoco Cassander se había salvado las atenciones de Fabius.

Donde el cuerpo roto de Navarra era un chasis perfecto sobre el que suturar nuevas partes exóticas de cuerpos, el cuerpo de curación de Cassander era una fábrica biológica plenamente operativa en la que Fsbius ponía a prueba las creaciones a profundidades celulares. Agentes patógenos, retrovirus, empalmes genéticos y cultivos bacterianos pluripotentes se introdujeron a su metabolismo a través de inyecciones de pistón accionadas directamente al corazón y los resultados observados y registrados.

Ríos fundidos de sangre infectada corrieron alrededor del cuerpo de Cassander, cada rama venosa contaminada y cada herida una carretera que llevaba a los invasores microscópicos que trataban de desmantelarle a nivel genético. Pero cada intento se saldó con el fracaso; el gran trabajo biotecnológico del Emperador era demasiado astuto y demasiado sutil para ser deshecho por enfermedades sintéticas de meros hombres, por muy inventivos que fuesen sus ataques. Aunque el cuerpo modificado genéticamene de Cassander se recuperó de cada asalto, el dolor de ser el campo de batalla de una guerra viral reñida era casi insoportable. Perdió todo sentido del tiempo en delirios alucinógenos, atormentado por la agonizante espasmos y quemado por rabiosas fiebres que dejaron su piel muy caliente al tacto.

Con cada resistencia exitosa, el cuerpo de Cassander quedó purgado y hueco, una sombra de su antigua gloria, pero todavía era capaz de reconstruirse con los fluidos ricos en nutrientes bombeados en su sistema, preparándole para la siguiente ronda de ataques. Su cuerpo podía repararse casi indefinidamente, pero su mente estaba sufriendo el trauma del dolor y la angustia constante. Sin embargo, cada vez Cassander sentía la ruina desolada de su cordura deslizarse más cerca de la caída abismal en la locura, empujándose hacia atrás con odio por el cirujano de pesadilla que infligía estos horrores sobre él.

Fabius obtuvo gran placer en el sufrimiento que causó, preguntando por la naturaleza exacta de su dolor y los detalles exactos de cada área de la infección localizada. Cassander no le dijo nada, y su único consuelo en este lugar de tormento era la mirada de amarga frustración en el rostro de Fabius.

-Te romperás con el tiempo -dijo Fabius. -Todo el que viene siempre lo hace, incluso los que vienen de buena gana. Aunque, hay que decir, que has resistido más que la mayoría.

Eso le dio a Cassander un momento de orgullo.

-Me pregunto por qué puede ser así -reflexionó Fabius.

Cassander fue arrebatado de la consciencia en ese momento, despertando un tiempo desconocido después para oír a Navarra gritando mientras Fabius le quitaba su corazón secundario y lo sustituyó por una *cosa* vibrante y brillante que parecía más un organismo que órgano. Navarra no tenía extremidades que pudiera mover espasmódicamente por el dolor, pero sus gritos hablaban de las agonías inimaginables que sufría.

Por fin Navarra se calmó, su respiración entrecortada y áspera con moco mientras se deslizaba en la inconsciencia. Entre los huecos de la jaula, Cassander vio que el pecho de su hermano legionario era una masa de suturas desiguales, todas crudas e infectadas. La piel en sus costillas subía y bajaba con el movimiento ondulante, mientras zarcillos inquisitivos se deslizaran bajo su carne. Cassander luchó para mantener su bilis a raya a la idea de un parásito alienígena sellado dentro de su cuerpo.

Fabius se enderezó de sus labores, de espaldas a Cassander, pero algunos de los apéndices de su dispositivo montado en la espalda se dirigieron en su dirección. Cassander no tenía duda de que podrían alertar al cirujano loco si él hacía un amago de movimiento en su contra.

Y en la cantidad desconocida de tiempo desde que había sido traído hasta aquí, a través de los gritos de miseria de sus infecciones, se encontró con que la idea de hacer un movimiento en contra de Fabius se había convertido en menos abstracto y más de un plan potencial. Las convulsiones de Cassander y lunáticos forcejeos habían estirado y aflojado las ataduras hasta el punto que, dada la oportunidad, podría ser capaz de romperlas.

Sólo de pensar en romperse el cuello de su torturador le dio una sensación de satisfacción caliente. Sólo necesitaba un brazo libre y podría retirar el resto de sus ataduras sin dificultad. Flexionó un brazo fraccionadamente, sintiendo distendidos las correas previamente fijadas a la losa.

Fabius se volvió hacia él con su rictus sonriente de calavera estampada, y habló como si no hubiera pasado tiempo desde su último discurso, rascándose distraídamente la barbilla afilada con una uña negra, como de garra.

-Tal vez tu resistencia tiene algo que ver con el genoma único de tu legión. ¿Está tu adusta fiabilidad enhebrada en tu semilla genética? Algo criado deliberadamente a ti, un rasgo de la personalidad incrustado en la concepción... ¿Podría ser eso? ¿Qué piensas, Felix?

Cassander no recordaba haber revelado su nombre al apotecario, pero supuso que podría habérselo gritado en un estado de seminconsciencia.

-No lo sé -dijo. -No tengo formación como apotecario.

-Oh, soy consciente de ello -dijo Fabius, colocando una mano fraternal en el hombro y provocándole un grito de agonía. Cada receptor dolor fue excitado apenas debajo de la superficie, vivos ante la perspectiva de tan terrible y sobrecogedora sensación, un efecto secundario de los "medicamentos" de Fabius.

-¿Por qué? -dijo Cassander. ¿Por qué haces esto...?

-¿Por qué no habría de hacerlo? -contestó Fabius. -Sobre todo ahora que Horus obligó a Alpharius suministrarme los secretos escondidos durante siglos en las bóvedas más profundas del Emperador. Tengo todas las piezas que necesito para abrir una puerta a tesoros inimaginables. Y tú serás mi llave. Piensa en ello: juntos vamos a estar a la vanguardia de la creación de un nuevo tipo de seres post-humanos, más allá de las cosas mezquinas que el emperador hizo de nosotros. Seremos dioses, divinos, invencibles e inmortales.

-Eres un loco -siseó Cassander. -¿Cómo pudiste haber sido alguna vez de las legiones?

-¿Un loco? –se burló Fabius, inclinándose. -¿Voy a crear una raza de dioses, y te atreves a llamarme loco? Voy a ser el padre de una nueva raza de hiper-hombres, nuevos seres de perfección numinoso contra quienes los guerreros del Emperador serán considerados poco más que mejores que los simios primitivos.

-No -dijo Cassander, cerrando un puño. -No lo haré.

Fabius rio, un silbido aflautado canalizado a través de tuberías de polvo que hacía tiempo que no habían tenido necesidad de emitir un sonido.

¿Y quién va a detenerme, Felix Cassander? ¿Tú?

-Sí- dijo Cassander, arrancando el brazo de la losa con un rugido creciente de odio.

Su bíceps se llenó de energía a punto de estallar y conectó un puñetazo en la mandíbula de Fabius. El impacto lo envió a través de la planta del vivisectorium. El apotecario aterrizó mal, golpeándose la sien contra una losa mortuoria, con las piernas torcidas bajo él y el peso de su parásito Chirurgeon ejerciendo presión sobre él. Cassander no perdió tiempo en aplicar la misma fuera en el otro brazo, liberándola rápidamente con una explosión de adrenalina y fuerza bruta.

Su cabeza se sacudió con la actividad repentina y su corazón ardía de calor blanca en el pecho por el esfuerzo. Las criaturas suspendidas del dispositivo quirúrgico montado en el techo chillaban en una amalgama gestalt, gemidos ciegos de pánico y furia. Fabius se sacudió los efectos del golpe y gritó a sus servidores, pero Cassander ya había liberado sus piernas y salido de la losa.

Su cuerpo estaba débil, pero eran aún lo suficientemente fuerte como para hacer lo que había que hacer.

Fabius se puso en pie, alejándose de avance inestable de Cassander, con su piel pálida ahora una máscara de sangre, sus ojos negros brillando como fragmentos de carbón en la nieve. Incomprensiblemente, sonreía. Una sombra se lanzó a la derecha de Cassander y algo le apuñaló en su costado, una inyección de aguja rápida de un brazo tentacular.

Cassander agarró el brazo y lo arrancó de la criatura en un baño de sangre salada y efluvios químicos. Esta gimió y él giró sobre sus talones, llevando su puño al corazón de la cosa. Cables resbaladizas o arterias se retorcían bajo sus manos, cálidos y palpitantes con movimiento asquerosamente orgánico. Cassander sacó un puñado de cuerdas brillantes del intestino de la criatura y un baño de líquidos malolientes manó de su cuerpo roto. Los gritos del monstruo suspendido callaron cuando la estructura interna desgarrada de su horrible cuerpo murió.

Fabius se alejó de Cassander, pero este siguió al apotecario demente con las piernas temblorosas. El odio le daba fuerza, pero el cansancio y el dolor acumulado le

estaban agotando con cada segundo que pasaba. Cassander se tambaleó hacia Fabius, sintiendo las toxinas circulando por su cuerpo. Curiosamente, el efecto ya estaba disminuyendo, y sintió un momento de pequeña victoria.

-Tus venenos ya no funcionarán más -dijo entre dientes. -Me hiciste inmune a ellos.

Fabius había sido acorralado en el rincón más alejado de la habitación, una región de sombras que la luz del fuego no iluminada.

-No queda lugar al que escapar, apotecario -dijo Cassander.

Fabius no respondió y se adentró en las sombras para levantar algo colgado en la pared.

Era una espada; una cosa primitiva con una hoja de pedernal (napped) y una empuñadura moldeada de oro. Captaba la luz de forma extraña, como si estuviera espolvoreado con polvo de diamante, la hoja picada y mirando demasiado cerca de la fuente.

-¿Sabes lo que es esto? -preguntó el apotecario, y a Cassander no le gustó la repentina confianza en su voz.

-No me importa -dijo Cassander. -Todavía puedo matarte, con o sin espada.

-Esta es la anatam -dijo Fabius, girando la hoja y levantándola cerca de sus labios. -La hoja kinebrach que provocó la caída del gran Horus.

-Es sólo una espada- dijo Cassander, arrojándose a Fabius.

El apotecarios le susurró algo que no escuchó y abrió la hoja hacia él. Era un mal corte, uno que Cassander fácilmente era capaz de desviar con el antebrazo. La hoja rozó el borde de su hombro, raspando la piel. Una pequeña gota de sangre brotó del corte, pero entonces Cassander sobrepasó la hoja y tuvo sus manos alrededor de la garganta de Fabius.

Estampó a Fabius contra la pared y la espada cayó al suelo mientras la máquina Chirurgeon sacudió a la vida, apuñalando los hombros de su enemigo con sus brazos de articulaciones múltiples de palas, tenazas espetadas y barrenas invasivas. La sangre salpicó de las heridas, pero el dolor sólo aupó a Cassander. Fabius sonrió, los tendones de su cuello abultados como cabos de acero mientras escupitajos de sangre salpicada se concentraron en las comisuras de su boca y sus

ojos negros sobresalían en sus facciones cadavéricas. Parecía estar disfrutando de la sensación de ser estrangulado hasta la muerte.

Cassander le escupió en la cara, pero un instante después estaba de rodillas y gritando.

Una supernova de inimaginable agonía envolvió todo su cuerpo, extendiéndose desde el corte insignificante sobre su hombro a su cuerpo con el peor dolor que jamás había conocido. Su sangre ardió, sus órganos implosionaron y sus huesos hechos polvo. Cada dolor que podía concebirse se vertió en el cuerpo de Cassander, las peores agonías y las más inhumanas torturas. Se multiplicaron y combinaron, desgarrando su cuerpo en pedazos, dividiéndole hasta el nivel atómico y causando la misma procesión de agonía en cada porción.

Cassander rodó sobre su espalda, sintiendo náuseas, temblando, sudando y gritando.

-Es exquisito, ¿no? -dijo Fabius. -Al principio pensé que la sensibilidad de la hoja era totalmente loca, que lo único que podía hacer era matar. Pero he descubierto que le gusta sufrir también, que sus efectos se pueden adaptar si sabes cómo hacerlo.

-Mátame -susurró Cassander a través de sus apretados dientes ensangrentados.

Fabius negó con la cabeza. -No, esto sólo era una lección. Me eres demasiado preciado como para matarte, pero no tan valioso que me permita dejar que sufras.

Cassander sintió el dolor disminuyendo, pero aún no podía moverse. Tanto había sobrepasado su umbral de dolor que no podría haber aumentado incluso si el mismo emperador lo ordenase. Se estremeció, maullando como un recién nacido como sombras se cernían sobre él. Servidores cubiertos de carne con bocas siseantes de estática, ojos suturados, cuerpos parcheados y extremidades ajenas lo levantaron del suelo mientras Fabius recolocó la espada de hoja de pedernal en la pared.

-Ponedlo con el terata -ordenó Fabius.

Wayland había viajado cerca de regiones del espacio donde el extraño reino de la disformidad se desangraba al espacio real, pero había algo en esta tormenta que se sentía totalmente diferente. Llenaba ventana panorámica del puente, lanzando una nube de luz violeta natural en todo el compartimento abovedado. Al igual que la mayoría de los barcos de la X legión , la *Sisypheum* era tan funcional en su diseño como cualquier espacio de ingeniería. Menos de la mitad de las estaciones servidoras estaban ocupadas, y las vacías estaban negras y cenicientas.

Frater Thamatica se situó en el podio normalmente ocupado por el Maestro de Motores de la nave. El Maestro había sido inmolado por el daño secundario causado por una andanada de la Legión Alfa. Del mismo modo, el Maestro de Artillería estaba muerto y el cyborg Vermanus Cybus, el alto veterano Morlock superviviente, tenía el control de armas.

Nunca un lugar de charlas irrelevantes en el mejor de los casos, el puente de la *Sisypheum* era sombrío bajo la mirada implacable de la tormenta de disformidad. Muchos habían muerto en el escape de Isstvan para llegar hasta aquí, e incluso Thamatica guardó su humor mordaz bajo llave cuando estaba sirviendo en el puente.

Wayland sondeó el frente exterior de la tormenta desde la estación topográfica mientras Cadmus Tyro, de pie en el trono del capitán, los guiaba hacia el borde candente de no-luz que rezumaba de las regiones ultraperiféricas.

La mayoría de estas anomalías espaciales crecían y disminuían con el tiempo, como las tempestades que se desataban por las placas continentales seismotrópicas de Medusa. Tales tormentas eran feroces en su ira, devastando asentamientos y acabando con ramas enteras de un clan, sin embargo eran cosas transitorias que podían soportarse o evitarse con la suficiente advertencia.

Pero algo de esta tormenta hablaba de permanencia, como si solo fuera a crecer más. Si tenía una historia, nadie a bordo de la *Sisypheum* lo sabía, y sus datos cartográficos supervivientes no concedían más que un nombre totalmente anodino que no lograba transmitir su permanencia terrible. Sin embargo, cuanto más miraba Wayland, más se parecía como si mirara hacia atrás, como una presencia maligna establecida en la carne de espacio para mirar sin descanso hacia los reinos de los hombres.

Algo tan terrible como esto debía tener un nombre acorde a su categoría, pero Wayland se negó a pensar en uno, sabiendo que darle una cosa significaba darle poder.

El águila dorada cayó de las bóvedas superiores del puente y se abalanzó a tierra, al hombro de Cadmus Tyro. Flexionó sus alas con un susurro de plumas de metal y cambió su volumen de un pie a otro. Incluso esta criatura mecánica autónoma sin conciencia pareció percibir algo grotesco de este frente de tormenta. Wayland se contuvo. Estaba enmarcando sus puntos de referencia en la superstición emocional y atribuyendo conductas antropomórficas a una criatura sin alma. Ese era un modo pobre de pensar para un Padre del Hierro.

-¿Cualquier señal de una ruta clara a través? -preguntó Tyro, llegando a acariciar el pájaro.

Wayland negó con la cabeza. -No que yo pueda ver. Es un frente de tormenta sólido.

-Frater Wayland, espero por su bien que no me estés diciendo que hemos llevado los motores al límite para llegar hasta aquí por delante de los traidores para nada.

-No lo sé todavía -dijo Wayland, entendiendo la frustración de Tiro, pero deseando que pudiera reprimir mejor su respuesta emocional a la misma.

-¿*Cuándo* vas a saberlo?

-No lo haré hasta que el guía llegue al puente.

-Thoic, Numen y Bombastus le están trayendo ahora -dijo Thamatica, declarándolo para evitar mayores enfrentamientos. -Sabremos más cuando lleguen. En cualquier caso, deberíamos ser capaces de recoger algunos datos immeteorologicos fascinantes allí. Asumiendo que sobrevivamos, por supuesto.

-Esta no es una misión de determinación de hechos, Thamatica -dijo Tyro.

La respuesta de Thamatica fue cortada cuando las principales puertas de acceso al puente se abrieron y las pisadas en auge de un Dreadnought rompieron el silencio solemne del puente. Septus Thoic e Ignacio Numen caminaban a ambos lados de una figura esbelta con un vestido brillante de tonalidades fuliginoso de negro. La capucha cubría su rostro, pero no había duda de la desenvoltura alienígena de su

paso. A pesar de que se contaba como un aliado, los Morlocks todavía tenían sus armas en mano y mantenidas sobre el pecho.

Detrás de la guía llegó un guerrero estruendosamente proporcionado, imponente y blindados en un sarcófago pesado que una vez había sido negro pero que ahora estaba casi completamente despojado de pintura por el fuego y las llamas. El hermano Bombastus marchó con paso mecánico, su cuerpo Dreadnought silbando y goteando de los numerosos parches y reparaciones hechos a su enorme cuerpo. Un lanzador de misiles ajustado en su espalda se deslizó hacia abajo, sobre las placas traseras de su armadura, pero el bólter de asalto colgado bajo su puño de combate y las boquillas perforadas de los monstruosos cañones lanzallamas en el otro brazo se dirigían directamente al guía.

La guía no era un prisionero de los Manos de Hierro, pero tampoco era del todo fiable.

La confianza era escasa en la galaxia, y las especies exóticas todavía tenían que ganarse la de la humanidad.

-Aquí está- gruñó Bombastus, flexionando y girando los dedos rasgados de su puño en su alojamiento Apodado "Karaashi" como el pico en el que Ferrus Manus se había estrellado en la leyenda de Medusa, Bombastus había sido un guerrero de grandes pasiones y cargas furiosas. Con un temperamento que semejaba con el belicoso de un volcán y el amor a la destrucción por el fuego el apodo le caía como un guante, incluso después de su entierro en un sarcófago Dreadnought. En todo caso, la transición de la carne mortal al hierro sólo había aumentado su agresividad en el combate.

Escoltado por los Morlocks, el guía se acercó a presentarse ante el capitán.

-Capitán Tyro -dijo, su voz suave y vacía de emociones. -Es un honor.

-Quítate la capa -dijo Tyro. -No me gusta cuando la gente oculta sus rostros. Esto significa que tienen algo que ocultar.

-Como quieras -dijo el guía, subiendo las manos hasta retirar el terciopelo de su capa.

Su guía era eldar, con características bien definidas, labios generosos y ojos brillantes de un azul glacial. Wayland se trasladó desde la estación de topógrafo hasta colocarse junto a él.

-¿Cómo se llama? -preguntó Tyro.

-*Él* se llama Varuchi Vohra -dijo Wayland. -Y tu lengua no se encogerá si le hablas directamente.

-Soy consciente de eso -le espetó Tyro. -Pero he conocido a su raza en el campo de batalla antes y visto muchas vidas de Medusa terminar por sus hojas. No confío en él.

-Entonces, ¿por qué estamos aquí? -exigió Wayland. -No hay camino por la tormenta sin él.

Varuchi Vohra volvió a hablar. -Le aseguro, capitán Tyro, que tanto a usted como a sus guerreros que no deseo ningún daño. Todo lo contrario. Es mi interés detener a sus enemigos tanto como lo que es el suyo.

-Convénceme -dijo Tyro. -Wayland me ha dicho por qué, pero quiero escucharlo de ti.

-Como Sabik Wayland ha dicho: Yo soy un erudito, un poeta y un explorador, entre otras cosas. Pertenezco a una orden académica de mi pueblo conocido como los (Archymsts ebonita). Estudian las estrellas y la materia del universo de la que surgen. Conozco esta región del espacio íntimamente, porque yo fui el primero de mi clase en cantar de sus corrientes y sus tempestades.

-¿Cantarlas? -preguntó Tyro.

-Es lo más parecido que puedo decir de cómo nos comunicamos y guardamos la información -dijo Vohra. -Hacen falta décadas de formación en el santuario de nuestra orden a fin de dominar la técnica, pero sospecho que no tienen ni el tiempo ni la inclinación para aprenderla.

-Por lo menos estamos de acuerdo en eso -dijo Tyro. –Pero todavía no tengo claro sobre por qué nos estás ayudando. "

-Los guerreros que llamáis "traidores" son peligrosos más allá de lo imaginable. No sólo para su raza y su imperio, sino para toda la vida. Sirven el Aniquilador

Primordial, aunque sólo un puñado de ellos realmente aprecia lo que eso significa. Vuestro objetivo y el mío están en armonía, pero no hay que dudar de que nuestros enemigos llegarán a la ciudadela de *Amon ny-Shak Kaelis* antes que nosotros.

-¿*Amon ny-Shak Kaelis*? ¿Qué significa eso?

-En un dialecto extinto de mi pueblo, significa *la Forja de Sol y las Estrellas.*

¿Y dicen que no tienen una guía como tú? -preguntó Tyro.

-Lo tienen -asintió Vohra. -Un renegado que había sido echado de nuestra orden. Mi hermano.

-¿Qué tienes que hacer para ser exiliado de un grupo de académicos? -preguntó Vermanus Cybus con su reja, tonos mecanizadas.

-Oh, eso es fácil -dijo Thamatica. -Tanto el Mechanicum y la Fraternidad de hierro me han amenazado con expulsarme muchas veces. Experimentos peligrosos, pensamiento radical, armamento sin probar, ese tipo de cosas.

-Con la cantidad de veces que casi nos has volado en pedazos, casi me hubiera gustado que lo hubieran hecho -dijo Cybus.

El fantasma de una sonrisa se cernió sobre los labios de los eldar mientras continuaba. -Frater Thamatica tiene razón; mi hermano desarrolló un interés malsano en los aspectos más oscuros de los conocimientos, las cosas que se mantenían ocultos por una buena razón.

-¿Cosas como qué? -preguntó Thamatica. -Dame un ejemplo.

-Usted sabe que yo no puedo hacer eso, Frater Thamatica -dijo Varuchi Vohra. -Baste con decir que hay cosas en esta galaxia que siempre deben permanecer envueltas en el pasado. Lo que está en el corazón de la ciudadela es una de ellas.

-¿Y este renegado puede guiar a los traidores a esta ciudadela? -preguntó Cybus, las ópticas rojas de los ojos firmes en su escrutinio.

-Puede, pero él no sabe los caminos que conozco -dijo Vohra. –Los caminos por encima son más seguros, pero los caminos por debajo son más rápidos. Con mi ayuda, deberían adelantarse a sus enemigos a través de los espacios que no son

tocados por la disformidad y llegar a *Amon ny-Shak Kaelis* mucho antes de que pudieran aspirar a llegar a él.

-Nuestros instrumentos no están detectando cualquier interrupción en el frente de la tormenta -dijo Tyro. -No estamos viendo un camino en absoluto, y mucho menos uno seguro.

-Sus instrumentos son incapaces de ver los caminos por debajo -dijo Vohra, -pero están ahí.

-Capitán -dijo Wayland. -No tenemos otra opción. Tenemos que dejar que Varuchi Vohra nos guíe.

-Tú mismo dijiste que no había manera clara -espetó Tiro y el águila mecánico estremeció sus alas ante su repentino arrebato. -Él nos podía llevar directamente a una tormenta disforme y destruirnos.

-Podría, pero ¿por qué iba a hacerlo? -contestó Wayland. -Él moriría también, y yo no creo que nos buscase para matarnos de una manera tan elaborada. Los Guerreros de Hierro y los Hijos del Emperador llegarán pronto, así que tenemos dos opciones: Confiar en él o renunciar.

Era una táctica obvia, y Tyro la atravesó en un santiamén.

-¿Crees que me puede incitar a dar la orden que deseas?

-No, pero es que una elección difícil -dijo Wayland. -Y no tenemos tiempo para un debate.

Tyro le fulminó con la mirada, pero Wayland ya sabía que el capitán estaría de acuerdo en permitir que el eldar estudioso le guiase. Renunciar era anatema para los Manos de Hierro. Una tarea una vez comenzada no se abandonaba, incluso enfrentados a unas probabilidades insuperables. Esa mentalidad se había mantenido luchando en la cara de su dolor, como consecuencia de su pérdida y en contra de la nube de desesperación que pretendía hundir los restos de la Legión.

Aun así, durante un buen rato, Cadmus Tyro se quedó mirando las nubes ondulantes y furiosas en el borde de la tormenta, tempestades y células de luz maligna. Él también era muy consciente de los peligros inherentes al tratar de navegar por una región tan peligrosa del espacio. Las naves evitaban este tipo de

anomalías, sobre todo cuando se adentraban a través del universo alternativo en el que desconocían su existencia. Encomendar a la nave y todo el mundo en él a una especie xenos conocida por sus artimañas traicioneras y naturaleza impredecible iba en contra de todas las voces de advertencia en el cráneo.

Pero ¿qué otra opción le quedaba?

-Llévanos, Varuchi Vohra -dijo Tyro. –Pero también debes saber esto. Si pienso, aunque sea por un instante, que nos está traicionando, tendré a Bombastus aquí quemándote hasta hacerte cenizas. Si nos están llevando hacia la muerte dentro de esta tormenta disforme, morirás primero. ¿Estoy siendo claro?

-La advertencia es del todo clara, pero no es necesaria -dijo Vohra.

-No para mí -dijo Tyro.

ONCE

Una carga pesada

El Dodekatheon

Una memoria de carne

Casi dos mil Guerreros de Hierro estaban en filas inmóviles ante Kroeger, y la idea de que estaban sus órdenes le hizo tambalearse. Desde que salió de Hydra Cordatus, un momento que le había dado una sensación incalculable se satisfacción, que había luchado con la idea de que él era un Herrero de Guerra de la IV legión. Las órdenes eran suyas para dar, y las vidas a su mando. Hasta ahora su único poder sobre la vida y la muerte había sido la que se apoyaba en el borde de su espada-sierra o en el cargador de su bólter.

Ahora sus palabras decidirían si los hombres vivirían o morirían.

Una parte de él saboreaba ese poder, pero la mayor parte de él se resistía a la inevitable distancia que ponía entre él y el borde de una guerra sangrienta. Sus armas eran tan parte de él como de sus manos y el corazón. Sólo en el caos de una

sangrienta refriega podría un guerrero sentir realmente vivo. La vida era químicamente pura en los espacios entre las hojas y las balas.

Detrás de los oficiales, suboficiales y hermanos de batalla había escuadrones de vehículos blindados: Rhinos, Land Raiders, Mastodontes y máquinas híbridas manufacturadas por la Pneumachina de los restos de los vehículos dañados y la extraña maquinaria arrancada del corazón de la desmantelada Ciudadela Cadmean. Desde que alcanzaron el borde de la anomalía disforme, la Pneumachina había trabajado con intensidad febril en sus fraguas selladas, construyendo máquinas cada vez más letales en aspecto, como si estar a la sombra de esta misteriosa región de alguna manera impulsase sus labores. Algunas de sus creaciones eran evidentes en su propósito, poco más que cureñas imponentes o trituradoras de infantería, pero otras eran menos evidentes, adornadas con maquinaria enjaulada y dispositivos de aspecto peligroso que parecían no servir a ningún propósito claro.

Kroeger marchó a lo largo de los guerreros alineados, una visión de hierro bruñido en oro y azabache en diagonal. Estos guerreros habían traído incontables mundos a la ruina, derribado las fortalezas de los imperios más poderosos, tanto humanos como xenos, ¿Pero quienes entre el Imperio del Hombre conocía alguno de sus nombres?

Ante la insistencia de Kroeger, ninguno de sus guerreros llevaba su casco puesto, rostros estoicos en cada hombre mirando al frente en la unidad de hierro. En su mayor parte tenían el cabello oscuro, muy corto en el cráneo, pero aquí y allá vio un guerrero con el largo del cuero cabelludo común entre los de Lochos y las espirales tatuadas del Delchoniano, el pelo teñido de sangre de su propia gente de las montañas Ithearak y las barbas bifurcadas favorecidos por los Vedric Tyrpechs. Sabría los hombres que lucharon por él, aprendería sus nombres y decirles que él conocía sus gestas pues ¿Si no por qué iban a luchar y morir por él?

Él miró fijamente a sus rostros a su paso.

Características duras, pulidas por la genética, aumentos y conocimientos obtenidos de los sometimientos. Los Guerreros de Hierro conocían el arte de la muerte como pocas legiones y habían hecho sacrificios incontables en el servicio de los ideales del Imperio. Estos hombres eran poderosos, habían luchado para someter la galaxia. Su recompensa fue ser apartados a un lado en favor de las legiones con mayores rollos

de honor, las legiones que habían prosperado sobre las espaldas rotas de los Guerreros de Hierro.

Héroes de los Ultramarines, los Ángeles Sangrientos y los Puños Imperiales fueron alabados e inmortalizado en el arte y en verso, pero ¿Dónde estaban los desfiles de los Guerreros de Hierro?

¿Dónde estaba su gloria?

La respuesta fue rápida en llegar: en las cenizas de Olympia. Soplado por el viento de un billón de hogueras en todo el planeta. Los que deberían haber clamado por cuentos de sus hijos cruzados estaban muertos: la legión los había quemado a todos ellos, y la desesperación de ese día quedó grabada en su piel, como ceniza en las mejillas embadurnadas de viudas en duelo e hijos sin fe.

Pero Kroeger no sentía culpa por lo que habían hecho en el Olympia. ¿Qué importaba lo que había sido del mundo que el Señor de Hierro había llamado hogar? Ese mundo u otro eran irrelevantes. Cualquier otro planeta hubiera sido bombardeado y arrasado y a nadie le hubiera importado.

Sólo el nombre le daba importancia, y los nombres son sólo ruido.

Al igual que el dolor, la culpa era el óxido que comía el hierro en el alma de un guerrero, y Perturabo había hablado con toda la legión de las lluvias de ceniza de su mundo natal, diciéndoles que la culpa no tenía cabida en su Legión.

La culpa era para los hombres menores que miraban al pasado en busca de ratificación.

Los Guerreros de Hierro nunca permitirían que la mancha de la culpa paralizase sus filas, ya que sólo el futuro les daría reconocimiento.

Los pensamientos de Kroeger se interrumpieron al ver una cara familiar en la primera fila de su gran batallón. Sabía que tenía que caminar, que no tenía sentido llamar la atención a una herida en el orgullo de los guerreros que ahora comandaba. Pero la parte rencorosa de él no podía resistir la oportunidad de frotar un poco de sal en una herida particular.

Hizo una pausa ante Harkor, encantado de ver la talla de su ex Herrero de Guerra ahora mucho más reducida.

-Harkor -dijo, impidiéndose a sí mismo llamarle *Herrero de Guerra.*

-Kroeger -dijo Harkor.

-Soy el *Herrero de Guerra* Kroeger -dijo.

Harkor asintió y se tragó la bilis que seguramente debía estar en aumento en su garganta.

-¿Has encontrado un lugar en el Gran Batallón?

-Sí, Herrero de Guerra -respondió Harkor. –Hermano de batalla, 55º escuadrón tormenta.

Kroeger lo sabía; mediocres hacedores de trincheras y carne de asaltos en brechas.

-Encajarás bien ahí -dijo Kroeger. –El sargento Ghasta es competente.

-Ser competente nunca fue suficiente para mí… Herrero de Guerra -dijo Harkor y la amargura en su voz era tan rica que Kroeger tuvo que esforzarse para no reírse en la cara del hombre.

-No, y mira a donde esa actitud te ha llevado.

-Permiso para hablar libremente, Herrero de Guerra -preguntó Harkor.

Kroeger dudó, pero finalmente asintió. -Habla, pero no me hagas perder el tiempo.

-Es una pesada carga ser un Herrero de Guerra, lo sé muy bien. Hay mil responsabilidades que descansan sobre hombros solitarios. Y por anchos que sean, Herrero de Guerra Kroeger, no tienes la experiencia para llevarlas todas todavía. Yo podría ayudarte.

Esta vez se rio en la cara de Harkor.

-¿Me ayudarías? Te sustituí después de que el primarca te despojara de tu rango. Casi puedo sentir tu hoja entre mis hombros ahora.

Harkor sacudió la cabeza y dijo: -No, Herrero de Guerra.

¿Por qué iba a confiar en ti, Harkor?

-Porque ¿qué más tengo yo que perder? El Señor de Hierro nunca me concederá el rango de Herrero de Guerra de nuevo, así que ¿qué ventaja habría de tener en traicionarte?

-¿La satisfacción personal?

-No voy a negar la verdad de eso -dijo Harkor, -pero puedo ayudarte a hacer de este Gran Batallón algo legendario. Tú tiene el oído del primarca, tú tienes el fuego y la fuerza. Aliados que con mi experiencia y serás el triarca más querido por Perturabo para cuando Horus se siente en el trono de Terra.

-Tú sólo me ayudarías para ganar posición y prestigio -se burló Kroeger.

Harkor se encogió de hombros. -No hay vergüenza en eso.

-Supongo que no -asintió Kroeger. -Pero me llevaría una serpiente a mi cama antes que confiar en ti.

-Yo no he dicho que debas confiar en mí -dijo Harkor. -Sólo que deberías escucharme.

-Pensaré en ello -dijo Kroeger.

Vigas desnudas columnata el puente de la *Sangre de Hierro*, y pórticos atornilladas apilados uno encima de otro corrían a lo largo del mismo, cada uno lleno de servidores aumentados manejando los elementos más mundanos de las operaciones de la nave. Un puñado de Guerreros de Hierro ocupaban las estaciones que requerían entradas de post- humano, aunque sólo unos pocos eran conocidos para Perturabo.

Se mantenía de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando impasiblemente a las corrientes ondulantes, las mareas extrañas y ráfagas rizadas de materia disforme eyectada que aparecían en la pantalla de visión. Las flotas combinadas de los Guerreros de Hierro y los Hijos del Emperador mantenían posiciones en el mismo borde de la tormenta estelar, su núcleo hervía como una estrella en su agonía mientras la bruma ondulante de su amplia corona tormentosa tragaba todo lo que lo rodeaba. La luz ocre oscura del corazón de la tormenta bañaba su rostro, haciéndole rubicundo y sano. La iluminación nacida de la disformidad jugaba sobre Perturabo, bailando en sus ojos fríos como la luz del fuego.

Por una vez en su vida, Perturabo miró la tormenta estelar y sabía que otros podían verlo también. Ellos no la veían tan *fina* como él, pero al menos podrían reconocer su existencia. Vio más allá de la luz oscura, a los mundos envueltos en su interior: imágenes fantasmales que aparecían y se desvanecían de la percepción y fugaces momentos de solidez en un reino donde tales cosas eran anatema.

Vio planetas que habían sido abandonados de toda razón y certeza euclidiana, donde las leyes físicas que subyugaban a la galaxia eran juguetes de fuerzas lunáticas allá de la comprensión mortal.

Mundos de fuego; mundos que fueron de alguna manera hechos con formas geométricas, mundos envueltos en tormentas interminables, islas de lo efímero vomitadas a la existencia y destruidos un instante después de hundirse en el caos turbulento del que habían nacido. La locura dominaba en las confluencias de pesadilla de la tormenta, un reino de la inconstancia que rompería la cordura más resistente.

Sin embargo, en medio del interminable ciclo de creación y destrucción, uno de los mundos medio vislumbrado se mantenía con una solidez repugnante; un mundo sombrío de roca sin vida y agujas torcidas, donde un sol impenetrable como la pupila de un ojo imposible, reinaba en el cielo de vacío inmutable. Perturabo parpadeó y el mundo muerto y su sol negro se hundieron en las tonalidades malignas de la tormenta estelar.

Hasta donde podía recordar, desde que llegó a la conciencia en ese precipicio bajo la lluvia, había sentido la mirada de la tormenta estelar sobre él. Siempre había mirado hacia él; juzgándolo, midiendo su valor y espiándole a cada momento. Una vida vivida bajo su frío escrutinio le había hecho receloso y poco dispuesto a ofrecer su confianza, siempre vigilante y consciente de su mirada torva.

Siempre había estado con él y siempre lo estaría.

Y ahora iba a aventurarse en sus profundidades, siguiendo la orientación de un vidente xenos. ¿Qué iba a encontrar allí y, más concretamente, que podría encontrarle?

De alguna manera él siempre supo que un día entraría en la tormenta estelar. Su llamada había sido suave, pero insistente. Un devaneo había sido tan invisible como imposible de ignorar.

Una parte de él se resistió a la idea de la convocatoria. Podía dar la orden a la legión de dar media vuelta y tomar sus cientos de naves a donde podía contribuir más fácilmente al esfuerzo de guerra de Horus Lupercal, pero cada vez que la idea surgía en su mente fue borrada como una empalizada de madera ante un cañón melta.

Perturabo había vivido su vida bajo la mirada de la tormenta estelar, sin embargo esta era la primera vez que sus naves se habían aventurado a acercarse. ¿Por qué habría de ser así? Él había sido un primarca de los ejércitos del Emperador; cientos de naves surcadoras de las estrellas eran suyas para dirigirlas y nadie le habría cuestionado si hubiera enviado sus fuerzas expedicionarias aquí.

La respuesta era obvia.

Hasta ahora, no tuvo ninguna necesidad de aventurarse en su interior.

Fulgrim pudo haberle dado motivos superficiales con sus cuentos chinos de armas apocalípticas y deidades encarceladas, pero Perturabo sabía que no era la verdadera razón. Había venido porque ahora era el momento de ver lo que había dentro de la tormenta estelar.

¿*Tormenta Estelar*?

¿Desde hace cuánto tiempo la conocía por esa descripción sin tener que aprender su verdadero nombre?

Perturabo solicitó las listas astrográficas para esta región del espacio almacenado en los cogitadores de la *Sangre de Hierro*. La pantalla de brilló cuando se recubrió con una rejilla de neones brillantes, arcos y etiquetas parpadeantes de las situaciones de los pocos objetos estelares en esta región dignos de renombre. En el centro de la pantalla, una etiqueta negro vertical atravesaba el corazón anaranjado y ardiente de la tormenta estelar como el ojo de un gran gato. Impuesto sobre la barra había un nombre.

Cygnus X-1.

Perturabo sabía que la tormenta estelar no era la primera anomalía espacial en llevar ese nombre, y el humilde escribano que se lo hubiera atribuido de nuevo era un tonto. Algo tan poderoso y terrible merecía un nombre que infundiera miedo en los corazones de todos los que lo vieran, un nombre que resonará durante milenios hasta el final de los tiempos, cuando las estrellas se apagarán y la única luz en el universo será el resplandor de pesadilla de las fronteras cada vez más devoradoras de la tormenta estelar.

Los dedos de Perturabo bailaron sobre la pizarra de la que las cartas se habían dado a luz, y sus finos labios se curvaron en una aproximación de una sonrisa cuando el nombre en la barra negra vertical cambió. Cambiaría en toda la flota, extendiéndose a cualquier cogitador que solicitara los mapas del noroeste galáctico.

-Sí- dijo. -Un nombre que se aloje en el corazón de todos los que lo oigan.

Los motores de la *Sangre de Hierro* se encendieron por orden de Perturabo, llevándolo hacia la tormenta estelar.

No, no era la tormenta estelar.

El Ojo del Terror.

Lo llamaron el Dodekatheon, en honor de los doce tiranos de Olympia, y la orden de la masonería de los legionarios de la IV legión se había reunido a bordo de las naves de los Guerreros de Hierro antes de que Perturabo siquiera se reuniera con sus hijos genéticos. No había nada secreto en su formación o reuniones, nada oculto en su base, ni secretos dignos de mantener en sus actividades. Era un verdadero lugar de encuentro entre constructores y guerreros, donde se daban a conocer los nuevos diseños estructurales, repetían batallas pasadas en juegos de guerra y nuevos teoremas de guerra eran expresados.

Todo guerrero de la legión era bienvenido, pero en la práctica sólo los de rango tenían la oportunidad de asistir a cualquiera de las reuniones de la logia. Kroeger había sabido de ella, al igual que todos los guerreros de hierro, pero nunca había encontrado el tiempo para asistir a una reunión. Al acercarse a la anomalía en la que yacían las armas del Angel Exterminatus, Barban Falk y Forrix habían llegado a su

cámara de armas mientras él estaba reemplazando los dientes romos de su espada-sierra.

-Tienes esclavos-siervos para hacer eso -dijo Forrix.

-Prefiero hacerlo yo mismo -dijo Kroeger, sentado con las piernas cruzadas vestido con un hábito de polvo de acero con enlaces arpilleras y cota de mallas sobre su hábito de servicio. Cien o más dientes afilados se extendían sobre un paño engrasado ante él, como trofeos tomados de la quijada de algún tiburón mecanizada. Cada uno estaba brillante y fresco, aceitado y listo para desgarrar.

-Tienes cosas mejores que hacer con su tiempo -dijo Falk, irritado porque un compañero triarca realizase tal tarea manual.

-¿Cómo qué?

-El venir con nosotros -dijo Forrix, llegando a levantar la espada de las manos de Kroeger.

Kroeger le arrebató el arma antes de que Forrix pudiera tocarla.

-No toques mi espada -dijo Kroeger, los dedos encrespados alrededor de la empuñadura. -¿A dónde vamos?

-A la Dodekatheon -dijo Forrix. -Es hora de que seas conocido allí.

Kroeger alivió su agarre en la espada y la colocó en un estante contra la pared, en medio de una gran cantidad de hojas, porras y armas de fuego.

-¿La orden de los masones?

Forrix asintió con la cabeza y se lo llevó a los relucientes pasillos aromados con aceites de la *Sangre de Hierro*, a través de corredores por los que viajó regularmente y cámaras que nunca había conocido. Cruzaron procesiones abovedadas de piezas de artillería jerarquizadas, con cientos de vehículos blindados pesados suspendidos en cadenas masivas de las vigas del techo reforzado. Subieron por una gran escalera de caracol que serpenteaba alrededor de columnas atronadores de caliente magma, y cargadores súper resistentes envasados herméticamente con proyectiles, equipo de trinchera y millones de cartuchos de munición volátil. Más que cualquier otra legión, los interiores de las naves de los Guerreros de Hierro estaban entregados a los suministros y la logística, ya que su

forma de guerra dependía de un suministro constante de ojivas altamente explosivas.

A pesar de que era fácil perderse durante el viaje a través de las entrañas de una nave espacial, Kroeger sabía que se dirigían hacia las secciones frontales de la *Sangre de Hierro*. Las cámaras de altas pared de hierro caliente y tuberías sudando por donde pasaban se hicieron cada vez más estrechas a medida que más y más espacio se dedicó a los sistemas de armas de proa: los enormes tubos de las armas frontales de torpedos y relés de potencia al servicio de las baterías de cañones pesados montados a cada lado del espolón tallado de su arco.

-¿Realmente nunca has estado en una reunión de la Dodekatheon? -dijo Falk.

-Nunca -dijo Kroeger.

-¿Por qué no?

Kroeger se encogió de hombros. -Siempre me pareció que había cosas más importantes que hacer con mi tiempo que hablar de la guerra. Prefiero estar listos para la lucha.

-Eres un triarca -dijo Forrix. -Hablar de guerra es parte de estar preparado para ello ahora.

La rampa curva por la que bajaron se abrió en una avenida del triunfo con bóvedas lancetas, por la que numerosos grupos de Guerreros de Hierro se reunieron en grupos apretados. Algunos estudiaban minuciosamente gavillas de planos arquitectónicos, mientras que otros se agrupaban en torno a pantallas hololíticas proyectando esquemas de detalles de murallas, patrones de bombardeo proyectados y los horarios de fuego. Quizás un centenar de guerreros se habían reunido, algunos con armadura, algunos con sus mallas y cotas.

-Parece muy… informal -dijo Kroeger.

-No dejes que las apariencias te engañen -dijo Forrix. -Esta es el mayor nido de que puedas imaginar. Las alianzas se hacen y rompen aquí, pactos y juramentos jurados y olvidados antes del final de la noche. Todo es muy útil.

-No suena útil en absoluto.

Forrix sonrió. -Todo lo contrario; ver a quién favorece quién y dónde se forman las parcelas es un conocimiento que nos situará en una buena posición a la hora de decidir sobre su orden de batalla. Lanza a tres Herreros de Guerra a la batalla juntos y siempre será bueno tener un poco de sana rivalidad entre ellos. Juzgar el nivel adecuado de competencia puede estimular a cada Herrero de Guerra a mayores alturas de la actividad, igual que hacerlo mal puede hacer que el ejército luche entre sí tanto como contra el enemigo.

-Ya veo- dijo Kroeger, aunque la idea de la rivalidad entre Herreros de Guerra parecía innecesariamente hostil. -¿Otras legiones tienen órdenes de este tipo?

-Otras Legiones han establecido órdenes similares, pero el Dodekatheon estaba en su lugar mucho antes de que el chico de los recados de Lorgar pensara en suplantarlo con un pabellón de su propia creación.

-Sí, pronto enviamos que al gusano embalado -rio Falk. -Tenemos nuestra orden, y no necesitamos ninguna otra.

Las cabezas comenzaron a darse vuelta cuando la noticia de la llegada del Tridente se extendió por los guerreros reunidos. Aunque los rangos y título se quedaban en la puerta del Dodekatheon, algunos eran demasiado importantes como para ser dejado atrás por completo. Asentimientos de respeto siguieron a los tres guerreros mientras se abrían camino a través de la presión de los cuerpos. Kroeger vio rostros que reconocía, que nunca había visto antes y caras que no parecen pertenecer a la IV legión.

Uno de estos rostros pertenecía a un espadachín con cicatrices de los Hijos del Emperador que había acompañado a Fulgrim en el *Cavea Ferrum*. El mismo guerrero que se había puesto a su espalda. Lucius le llamó Fulgrim, con sus dos vainas vacías al cinto. La mano de Kroeger relampagueó a su vaina antes de recordar que él también estaba desarmado. Lucius sonrió cuando leyó la ira en él y esbozó un saludo casual.

-¿Por qué ese bastardo escurridizo está aquí? -se preguntó.

-Un gesto de cooperación entre legiones -dijo Falk, casi escupiendo la respuesta. -Invitamos a uno de los guerreros de Fulgrim a nuestra orden y nosotros enviamos uno de los nuestros a la suya.

-¿Un espía?

-Un emisario -dijo Forrix. -Un embajador.

-¿A quién enviamos con ellos?

Forrix se encogió de hombros. -A Nacido de la Piedra y uno de los hombres de Berossus. No sé su nombre.

Lucius salió de su visión y Kroeger vio el pelo plateado del Herrero de Guerra Toramino mientras conversaba con un guerrero de cabeza rapada, de espaldas a Kroeger. Los dos guerreros se colaron en los claustros laterales de la cámara, pero no antes de que el guerrero volviera la cabeza y Kroeger reconoció a Harkor. Había aceptado con cautela la oferta de Harkor de ayuda, sabiendo todo el tiempo que le traicionaría por la posición, pero todavía se sorprendía a Kroeger con qué rapidez su escudero se había quedado con Toramino alardeando de su influencia con el nuevo triarca.

Tal vez había algo de razón en asistir a estas reuniones para evaluar el flujo y reflujo de la traición y la infamia después de todo.

-El Tridente -dijo una voz rejilla con toda la calidez de un glaciar. -No soléis honrarnos en toda vuestra dotación. La lucha que se avecina debe ser grave.

Un guerrero con armadura de hierro salió de la multitud y se acercó a ellos. Llevaba el hierro bruñido de la legión, su oro y azabache pulido con acabado brillante, pero la mayor parte de su armadura era del marfil frío de un apotecario. Un guante estaba amplió con las herramientas del curador y guardián de los muertos, el otro empuñaba un cetro de jade con la forma de un rayo alargado. Un extremo estaba coronado por una esfera de zafiro lleno de vapor, la otra por una esfera de jade con un líquido ondulante contenido dentro de un campo de energía invisible.

-Hierro dentro, honorable -dijo Forrix, inclinando la cabeza en un gesto de respeto.

Falk también hizo un gesto de respeto. –Honorable Soulaka. Hierro dentro.

-Hierro fuera -dijo el apotecario con una breve reverencia.

Kroeger no conocía a Soulaka, pero instintivamente le disgustó. Sus rasgos eran pícaros y guapo, de pelo negro con ojos de color azul claro que una vez pudo haber sido atractivo en un rostro mortal. Su sonrisa era la de un mal iterador, sincero y comprensivo, pero totalmente carente de verdadera convicción.

-¿Así que este es el Herrero de Guerra Kroeger? –dijo Soulaka, tendiéndole la mano libre.

Kroeger le dio la mano, muñeca con muñeca, sintiendo una fuerza en el hombre que no había esperado.

-Saludos, Soulaka - dijo Kroeger.

-Mi título aquí es "honorable" -dijo Soulaka. -Es el rango que perdura entre los iguales que vienen aquí. Pero como eres nuevo en la orden, no tomo ninguna ofensa.

Kroeger asintió con rigidez por la reprensión suave.

-Estate a gusto en nuestra compañía -continuó Soulaka, llevándolos más al interior de la cámara. -Hay muchas cosas en las que participar.

-¿Cómo cuáles? -preguntó Kroeger.

-Yo te lo mostraré.

Largas cadenas que colgaban del distante techo portaban teas encendidas que crearon un techo bajo de humo negro, haciendo que el espacio se sintiera claustrofóbico. El barullo de voces era gratamente relajante, pero no había un trasfondo de gran orgullo que coloreaba cada mención de bajas, brechas, escaladas y líneas de avance.

Soulaka los llevó más allá de una mesa colmada de escombros que Kroeger al principio confundió con residuos desprendidos de las paredes hasta que vio los bloques de color gris que se utilizan para representar a las compañías de los guerreros y de artillería.

-Nosotros repetimos las batallas del pasado -dijo Soulaka. -Nosotros y aquellos de nuestros hermanos, para aprender de sus errores y mejorar nuestros protocolos tácticos.

A través de los anchos hombros de los legionarios reunidos alrededor de la mesa Kroeger vio una representación amorosamente esculpida de una gran torre, rodeada de más bloques numerados de unidades, esta vez de color negro.

-Aquí, los Herreros de Guerra de los 34ª y 88ª Grandes Batallones están librando de nuevo el asedio de Dulan -dijo Soulaka con una sonrisa, -aunque espero que no vayan a llegar a las manos, como sus contrapartes históricas. Ahí está Ciudadela de Hierro de la Tecnocracia Auretiana, donde se ha descubierto que al comprometer a Angron mucho antes en el combate, la factura del carnicero habría sido mucho menor. Para los Hijos de Horus en cualquier caso.

Hizo un gesto hacia una tercera tabla. -Y ahí tenemos una adquisición reciente: la batalla de la fortaleza perfecta, una derrota sufrida por nuestros hermanos de la tercera legión a pesar de la ayuda del Señor del Hierro en la planificación de su arquitectura.

Kroeger se detuvo para admirar la representación de la Fortaleza Perfecta colocada sobre el gran hololito montado en la piedra. Estructuras civiles y fortificaciones eran una y la misma, con cada parte de la arquitectura diseñado como un bastión de defensa, un punto de apoyo y vivienda en la misma medida. Aunque las paredes y edificios estaban construidos con lo que parecían las más altas consideraciones estéticas en la mente del cantero de guerra, las carreteras y la infraestructura eran claramente el trabajo de un individuo más pragmático.

-La población son escudos -dijo Kroeger, escaneando la ciudad en busca de debilidades.

-O fuerzas de defensa civil, dependiendo del punto de vista -dijo Soulaka.

-Son carne de cañón -dijo Kroeger. -Pero el que lo diseñó de esa manera es un idiota.

Un fantasma de movimiento y Kroeger sintió el aliento perfumado de la oreja.

-El mismo Fenicio lo diseñó -dijo Lucius, con una mano demasiado íntima agarrando el cuello de Kroeger mientras se deslizaba a su alrededor. -¿Estás diciendo que mi Primarca es un idiota?

Kroeger se quitó la mano de Lucius, y reprimió el impulso de arrancarle la cabeza al bastardo engreído. Sintió la presencia sólida de Barban Falk en un hombro y

Forrix en el otro, sintiendo una pizca de orgullo por encontrarse con él. Atacar a Lucius sería un error por numerosas razones, y el espadachín lo sabía. Kroeger se tragó su ira y asintió con la cabeza hacia la Fortaleza Perfecta.

-Es una estrategia fallida que confiar en la compasión de sus enemigos -dijo. -Esta ciudad depende de que los atacantes tengan miedo de atacar a la población. Eso no sería una consideración si yo dirigiera el ataque.

-Las fuerzas imperiales no piensan como tú -dijo Lucius, y Kroeger observó el juego de tejido cicatrizado en el rostro del espadachín. Muchas de sus heridas estaban mal selladas o deliberadamente mantenidas sin sanar apropiadamente. El efecto debía de haber sido doloroso.

-Lo harán -dijo Kroeger. -Más pronto de lo que piensas. Y de todos modos, esta "Fortaleza Perfecta" cayó, ¿no? No era tan perfecto después de todo, ¿eh?

-Cayó, sí, pero no a través de cualquier defecto del diseño -dijo Lucius.

-Entonces, ¿por qué se cayó? -exigió Falk.

-Debido a que se había cansado de ella, y dejársela a Corax y sus monstruos era más agradable -dijo Lucius. -Mi Legión son guerreros, no carceleros. No son adecuados para ser los guardianes de mundos conquistados, eso se lo dejamos a otras legiones menos... vigorosas.

Kroeger se rio de la mezquindad de la lesión, y dejó a un lado a Lucius para ir a una vasta arena topográfica que era parte la representación física, parte una construcción holográfica. Ocupaba todo el extremo de la cámara, una representación de la más poderosa fortaleza que Kroeger hubiera visto jamás. No era una defensa planteada por manos mortales; era el más grande masa de un mundo, moldeada por una poderosa entidad para convertirse en la más fuerte, más respetada y más implacable de la galaxia. Una obra maestra de proporciones inmensas, cuya complejidad y belleza funcional robaron el aliento de Kroeger.

A pesar de que jamás había puesto los ojos en este lugar, sabía exactamente cuál era.

-El Palacio Imperial -dijo.

-Ah, sí -dijo Soulaka. -Un elemento permanente del Dodekatheon.

Una veintena de guerreros rodeaban la mesa, cada uno al mando de algún aspecto de su defensa o perdición. Mediante sus órdenes eran representados holográficamente grandes ejércitos enviados a la batalla, divisiones numéricamente etiquetadas de decenas de miles de hombres avanzando y retrocediendo, como las mareas rojas como la sangre a medida que sitiaron el palacio. El público vociferaba consejos a los combatientes, gritando para indicar ataques repentinos de puertos de salida ocultos, porciones de muralla débilmente defendidas, brechas a explotar y pasos impracticables por descargas de artillería implacables.

Sin embargo el esfuerzo de todos los millones de guerreros de la legión y auxiliares del ejército sitiando el Palacio Imperial era para Kroeger inútil. Los defensores estaban demasiado arraigados, sus muros eran demasiado altos, las defensas demasiados coordinadas y la astucia de su construcción imposible de superar. Pocos ejércitos atacantes tenían esperanza de conseguir atravesar de los muros, y la mayoría nunca lo haría. Las sugerencias bombardeadas los generales atacantes iban desde lo obvio -¡Más armas, más asaltos! -a lo ridículo -¡Luchad con más fiereza!

Toda sugerencia que se llevó a la práctica fue enfrentada y respondida con facilidad por los guerreros con el papel de los defensores desviando y rechazando cada ataque con el mínimo esfuerzo. Viendo sus ataques y contraataques, Kroeger reconoció un patrón en sus tácticas que era completamente diferente de aquellos en las que se había entrenado.

Los Herreros de Guerra estaban defendiendo el Palacio con tácticas de otra legión.

-Están usando doctrinas de los Puños Imperiales -dijo Kroeger.

-Por supuesto -dijo Soulaka, apareciendo a su lado. -Dorn y su legión de albañiles son los fortificadores del Palacio, así que tiene sentido que jugar con sus reglas.

-Eso no es particularmente inspirador -dijo mientras otro ataque fue barrido de los recintos en el Katmandú y un asalto sobre la elevación Dhawalagiri fue rechazado con graves pérdidas. Las bajas se contaban por cientos de miles de personas.

-Estoy de acuerdo -dijo Soulaka. -Pero nuestros ejércitos superan en número a los defensores diez a uno. Con el tiempo entrarán.

Kroeger sacudió la cabeza. -Tal vez, pero el que quede en pie en el palacio será señor de la ruina más grande en la Tierra -dijo.

-¿Crees que puedes hacerlo mejor? -dijo una voz detrás de él.

Todas las conversaciones cesaron cuando el Señor del Hierro salió de las sombras, resplandeciente en su armadura de combate y con *Rompeforjas* enganchado a su espalda. Las interfaces cibernéticas en todo su cuero cabelludo brillaban con la luz de las antorchas y sus características melancólicas estaban atenuadas y oscuras. La capa de armiño Fulgrim colgaba de sus hombros, con el cráneo de fijación reluciente y la piedra preciosa incrustada con numerosas líneas de oro.

-Mi señor -dijo Forrix. -No sabíamos que estabas aquí.

-Ciertamente -dijo Perturabo cuando el Círculo de Hierro salió de las sombras tras él. Forrix estaba asombrado de que los escuderos del primarca hubieran sido capaces de infiltrarse en la sección de proa sin que nadie oyese las fuertes pisadas de su paso. Los robots de combate acorazados y voluminosos flanqueaban al primarca mientras hacía un circuito lento por la mesa del Palacio. Sacudió la cabeza como si estuviese decepcionado por la falta de ambición y visión de sus guerreros. Sus fríos ojos azules analizó las posiciones congeladas de los ejércitos sitiando el Palacio y sus labios se apretaron en una delgada línea ante lo que vio.

Kroeger vio el disgusto del primarca, y recordó por qué había sido llevado al Tridente.

-Sí, creo que podría hacerlo mejor -dijo.

Perturabo le miró, y dijo: ¿Crees que puedes tomar lo que tus compañeros Herreros de Guerra han fallado de forma tan espectacularmente?

-Sí, podría -dijo Kroeger.

-Entonces eres muy tonto o muy talentoso.

-Tal vez un poco de ambos.

-Ya veremos -dijo Perturabo. -Reiniciad la simulación de batalla. Comenzad de nuevo, y esta vez el Herrero de Guerra Kroeger asumirá el mando de las fuerzas del asalto. Todos los otros parámetros a serán los mismos. Iniciad.

Perturabo se apartó del gran modelo holográficamente cuando los muertos volverieron a la vida, y los ejércitos ficticios se retiraron. Kroeger sacudió la cabeza y le señaló con un puño de hierro.

-No -dijo. -No todos los parámetros serán iguales.

-¿Qué cambiarías, mi audaz triarca? -preguntó Perturabo, apoyado en el borde de la mesa y dejando que el brillo verdoso de los proyectores de la mesa iluminase su rostro con un resplandor espectral.

-No quiero pelear con guerreros que siguen estrategia de otro primarca.

-Entonces, ¿Contra quién vas a luchar?

-Quiero pelear contra ti -dijo Kroeger. -Quiero ver lo que sucede cuando Perturabo defiende el Palacio del Emperador.

El Apothecarion estaba silencioso, y Cadmus Tyro se resistía a romper ese silencio con sus palabras, pero ¿A quién más podría hablar? En realidad, la cámara hacía tiempo que había dejado de ser un lugar de curación. Ahora era una tumba, envuelta en el frío de una sepultura y utilizado sólo por un hombre valiente cuyas heridas deberían haberlo matado tres veces.

Se sentó junto a la urna de Ulrach Branthan, con la mano apoyada en la superficie de vidrio esmerilado. Los sensores hápticos registrados el frío y midieron las energías contenidas del campo de estasis en el interior, pero no había sensación más allá de lo que los aumentos le estaban diciendo. Su reemplazo biónico era más sensible, más receptivos y más fuerte que la extremidad que había sido cortada de él hace mucho tiempo, pero se encontró con que añoraba la sensación tranquilizadora *orgánica* de sus manos.

Era extraño que un recuerdo de la carne viniese hasta él aquí, donde la carne era de lejos el material más redundante presente. Su cuerpo tenía más de sesenta por ciento mecanizado: sus piernas, un brazo, sus pulmones y una parte importante de su sistema cardiovascular. Una infección fagocitadora de células recibida de un bio-patógeno leucotoxico en la limpieza del Cúmulo Galieanic se había encargado de ello. No es que a él le hubiera importado en ese momento por supuesto, pues sólo los verdaderos favorecidos eran capaces de salir de la debilidad del cuerpo de forma tan rápida y tan completa. Sólo Vermanus Cybus igualada a Tyro en bio-modificaciones, pero Cybus había sido considerado desde hace mucho tiempo como un patológico en su reverencia por lo artificial y su repugnancia por la carne.

En verdad, Cybus era un guerrero al que ni siquiera sus hermanos de batalla podían tolerar a su alrededor por mucho tiempo, pues su adhesión a las doctrinas de superioridad augménticas ya se habían extendido a través de la Legión, incluso antes de la muerte de Ferrus Manus y su advertencia contra tales creencias a la Fraternidad del Hierro.

Garuda sintió la inquietud de Tiro y frotó su cabeza metálica contra la piel raspada de su cuello como si quisiera consolarlo. Donde el acero del brazo aumentado de Tyro se unía con el hombro había una masa flexible de tejido integrado palmeado en una malla fina con la base de su cuello. Picaba de forma inmisericorde, pero los analgésicos que normalmente calmaban la irritación de la piel habían sido requeridos para la operación en la urna de Branthan.

-Es simple, el capitán volverá con nosotros -dijo Tyro, consciente de que estaba dirigiendo sus palabras a un pájaro que no podía responder. Se corrigió. Un ave que *decidió* no contestarle. Garuda y Ulrach Branthan eran alegres compañeros, y a menudo le pareció como si hablaran a través de alguna comunión invisible.

-Ah, Ulrach, haces que tenga que hablarle a esta maldita máquina tuya -dijo, tamborileando con los dedos en el cristal de un tatuaje rítmica. -Has sido tan leal como ninguno de nosotros, lo reconozco.

No hubo respuesta de su capitán, ni la había esperado. El apotecario Tarsa había sugerido que podría ayudar a Branthan si pudiera oír voces familiares a su alrededor, formando un vínculo entre el mundo helado que hoy ocupa y el mundo de calidez en el exterior. Se habían organizado por turnos desde Isstvan para llegar a la Apothecarion, hablar con su ex capitán y dar voz a las trivialidades de la jornada, las operaciones que habían planeado y los temores que tenían ante el próximo enfrentamiento.

Tyro sospechaba que la sugerencia del Salamandra era más para los vivos que a los muertos vivos.

Desde que penetraron en las regiones exteriores de la gran tormenta disforme, Varuchi Vohra habían sido tan bueno como su palabra, guiando la *Sisypheum* entre sus borrascas y células de tormenta inmateriales con una mano hábil y sutil. Saltos tan peligrosos entre tormentas normalmente habrían hecho del viaje una sucesión de maniobras trepidantes y situaciones de pesadilla, pero los Caminos por Debajo

les habían salvado de los peores efectos secundarios de un viaje tan peligroso. Incluso los campos Geller eran innecesarios, aunque Tyro los mantenía levantados de todos modos.

Vohra le aseguró que iban según lo previsto, pero era imposible saberlo a ciencia cierta. Cada lectura auspex era un sinsentido de que sólo registraba picos imposibles de realidad física torturada y todos los cronómetros a bordo de la nave o habían dejado de funcionar o se deslizaban al azar hacia adelante y atrás en el tiempo.

En verdad, se trataba de un reino de la imposibilidad.

Y ellos estaban volando directamente al corazón del mismo.

-Voy a ser honesto, Ulrach, no sé lo que estoy haciendo -dijo Tyro, sacudiendo la cabeza. -Vienen a mí en busca de respuestas, pero no tengo ninguna que darles. Siempre fuiste el capitán que veía el cuadro completo; yo era un guerrero línea con un título. No sé si tienes alguna conexión con la nave ahora, pero estamos tan lejos de cualquier lugar cuerdo como podría imaginar. Si puedes creértelo, estamos confiando en la palabra de eldar y dejando que él guíe la *Sisypheum* en la mayor brecha disforme que he conocido, persiguiendo una historia imposible de dioses antiguos y armas del fin del mundo. Tú le meterías un proyectil en la cabeza de eldar tan pronto como lo vieras y nos llevarías a hacer algo útil.

Tyro se detuvo cuando Garuda saltó de sus hombros al borde del ataúd. El pájaro se pavoneó mientras caminó a lo largo del contenedor de hielo, y Tyro se preguntó si sabía por qué su antiguo maestro no salía.

-Todo se ha ido al infierno, Ulrach. Estamos luchando contra esos hijos de puta, te juro que todos estamos luchando contra ellos, y estamos haciendo algún bien. Y no estamos solos nunca más; hemos hecho contacto con otras veinticinco células que combaten. Estamos cortando las líneas de suministro enemigas, negándoles un paso fácil. Hemos roto sus comunicaciones y matado a miles de traidores. Nuestra tasa de muertes es mayor que nunca, pero no sé si es suficiente. No sé lo que el primarca haría, y eso... eso... me asusta.

La confesión sorprendió a Cadmus Tyro, porque hacía tiempo que se había imaginado a sí mismo purgado de esa emoción paralizante. El miedo era lo que

soportaban los mortales. Las décadas de formación, psico-adoctrinamiento y disciplina de hierro habían hecho su mente impermeable a la mente-asesina. Tyro se había enfrentado a monstruosos seres xenos, hordas de pieles verdes con la intención de descuartizarle con cuchillas motorizadas y horrores etéreos chillones que se abrieron paso a través de la barrera entre la disformidad y la realidad.

Se había enfrentado a todo esto y más, sin miedo; sin embargo, la incertidumbre de su futuro lo había maniatado.

-¿Debemos volver a Terra, reagrupamos con el resto de las legiones? ¿O deberíamos estar aquí, porque estamos ahora mismo *luchando*, actualmente *matando al enemigo*? Somos las Legiones Destrozadas, y los estamos golpeando, pero ¿Estamos haciendo el suficiente daño? No lo sé, y no sé cómo luchar sin certeza. Tú y el primarca nos dabais esa certeza, pero ¿hacia dónde vamos desde ahí?

Sus dedos de hierro se cerraron en un puño.

-Por la sangre de Asirnoth… te necesitamos, Ulrach -dijo Tyro, abriendo los dedos y golpeando su palma contra el cristal. El campo de estasis brilló y sonó cuando el ataúd registró el impacto. Una campanilla de advertencia sonó, y una luz roja parpadeó en los controles termostáticos.

Garuda se elevó en el aire, dejando escapar un chirrido enojado de código binario que le envió una punzada de dolor al cráneo. Tyro se echó hacia atrás, de repente nervioso. ¿Y si hubiera interrumpido algún sistema vital? Él no lo sabía. ¿Debería buscar a Atesh Tarsa?

La luz roja se apagó, y Tyro exhaló un suspiro de alivio. La sola idea de que algo cambiase dentro de un campo de estasis era patentemente absurda.

-¿Lo ves? Emoción. Todos estamos al borde de rompernos, Ulrach -dijo Tyro, levantándose y paseándose por el largo y ancho de la cámara. -Desde que Ferrus... desde Isstvan, nos hemos estado deshilachado por los bordes, deshaciéndonos, y no sabemos cómo detenerlo. Estamos perdiendo lo que nos hizo grandes, Ulrach. La voluntad de hierro en el corazón de nosotros se está, no sé, oxidando o resquebrajando.

Cadmus Tyro se detuvo al final de la urna de Branthan y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en los bordes biselados, dejando que la frustración de meses de guerra aislada en el norte se derramara en un suspiro vibrante.

-Este no es el tipo de guerra para el que me hicieron -dijo. -Voy a luchar, y vamos a desangrar el enemigo, pero ¿podemos ganar? No estoy seguro.

Sólo el zumbido de la maquinaria y el roce de la garras con la tapa del ataúd perturbaban el silencio. Tyro contempló la silueta borrosa de un hombre que había seguido a la guerra cien y más veces, una efigie sin vida de la vida en vez de la vida misma. Un cadáver congelado en el tiempo, a la espera de algún arqueólogo lejano para desenterrarlo de un glaciar expuesto.

-Sabes, creo que estas son las conversaciones más largas que hemos tenido -dijo. -Si no estuvieras en ese ataúd, no creo escucharas la mitad de lo que estoy diciendo. Me habrías estrellado contra la pared y dicho que recuperase el control. Tú habrías dicho que yo era un tonto por dejar que la debilidad de la carne gobierne mi pensamiento. Y tendrías razones para hacerlo.

Garuda tocó con su pico de plata el cristal, y Tyro se enderezó con una sonrisa que desmentía por completo su estado de ánimo sombrío.

-Tienes razón -dijo Tyro. -Vamos, el capitán necesita descansar.

Golpeó el puño contra la placa de su peto y extendió el brazo para que el águila mecanizada se colocase. El pájaro se alejó de él, y tocó su pico en el cristal de nuevo. Hizo una seña al águila, pero el pájaro se negó rotundamente a venir a él. Su estado de ánimo -si se podía decir que un ingenio mecánico tuviera estados de ánimo- a menudo era inexplicable, pero esto era obstinado incluso para él.

-Ven aquí -dijo. -Ahora.

El pájaro no se movió.

Tyro le alcanzó, pero Garuda le picoteó, y su pico crepitó con descargas eléctricas cuando le tocó, cortando el hierro del guante de Tyro como una cuchilla de energía. Agarró su mano, pero antes de que pudiera dar voz a una maldición enojado, vio lo que había llamado la atención del ave.

No fue evidente en un principio lo que estaba viendo, porque su mente se negaba a aceptarlo.

Pero cuanto más lo miraba, más se hizo imposible de negar.

Branthan permanecía como siempre había estado, frío e inmóvil, con el Corazón de Hierro alrededor de su cuerpo como un parásito mecánico en cuclillas Sus miembros todavía estaban destrozados y rotos, con el pecho arruinado por los cuatro cráteres reactivos de masa perforando a través de su torso.

No, no cuatro.

Tyro vio sólo tres heridas bólter.

DOCE

El palacio sitiado

El gusto por el despilfarro

Generadores más potentes

Impermeables e inexpugnable fueron palabras dichas por los tiranos desde que los primeros movimientos de tierra de la antigüedad hubieran sido arrojados en torno a sus grandes salones. La Historia contaba cuentos lúgubres de cómo esas palabras no eran más que prepotencia vacía, que el tiempo y la potencia de fuego podrían derribar cualquier pared. Ninguna fortaleza era inexpugnable, ningún muro impenetrable, y no había artificio del hombre que no pudiera ser derribada.

O eso había pensado siempre Forrix.

Mientras Kroeger sitió el Palacio del Emperador, observó con diversión sombría como Perturabo se defendía de sus primeros ataques. A pesar de su bravuconería inicial de que no era un Herrero de Guerra, Kroeger lo estaba demostrando, haciendo movimientos cautelosos para poner a prueba su enemigo y ofensivas audaces para tratar de atraparlo fuera de paso. Perturabo no caía en ninguna treta, y cada vez que Kroeger podría haber hecho algún beneficio significativo, una jugada posterior del Primarca revelaría la trampa que era.

Ofensivas sobreextendidas fueron decapitadas y los guerreros atrapados en bolsas rodeadas y destruidas rápidamente. El asedio se jugaba a toda velocidad, pasando los días en minutos mientras los ejércitos de Kroeger se estrellaron contra las paredes del Palacio como olas sangrientas. Los movimientos de tierra en Haldwani, siempre considerados como fundamentalmente defectuosos por los Guerreros de Hierro, se tomaron cada golpe que pudieron lanzar contra Kroeger, y los guerreros de la legión que los guardaban incluso montaron una serie de incursiones devastadoras a través de sus puertas ennegrecidas por el fuego.

Las divisiones de hombres y fanfarronas turbas de Titanes fueron eliminadas casi tan pronto como se desplegaban en el campo de batalla. Placas orbitales saturaban el campo de batalla con bombardeos que hicieron temblar la tierra y armas emplazadas barrieron la llanura del Ganges con tormentas de fuego infernales a raíz de repetidas ráfagas y proyectiles incendiarios.

Kroeger estaba controlando el valor de un continente de ejércitos sin ayuda, y la carga de un mando tan complejo se estaba comenzando a mostrar. Comenzó a cometer errores. Como un aficionado con talento jugando una serie de grandes torneos de regicidio a la vez, no podía esperar ver todos los ángulos y cada réplica a sus ataques. Cada Herrero de Guerra en la sala se reunió a su alrededor, careciendo sus propias simulaciones de batalla de sentido ahora ante este conflicto titánico.

Los Ciudad de los Demandantes cayó ante los ejércitos de Kroeger, nivelado a un desierto rocoso a medida que se convirtió en un campo de batalla de las máquinas de guerra titánica. Sus habitantes desposeídos lucharon junto a las legiones del Emperador, erigiéndose en un gran ejército variopinto para defender sus hogares demolidos y vidas arruinadas. El Barrio de los Navegantes se desvaneció en un caldero hirviente de llamas, un asalto en cápsulas de desembarco repentino los contuvo dentro de sus límites e incinerados bajo una lluvia incesante de proyectiles imperiales y robots de batalla contraatacando. Había sido una trampa cebada, y ahora las fuerzas de choque más importantes del ejército de Kroeger habían sido sacrificadas para nada.

Los Herreros de Guerra reunidos que antes habían gritado alentando o abucheando en las iteraciones anteriores de esta batalla ahora miraban en silencio, asombrados de la ejecución de su Primarca dirigiendo la música de la batalla como

un virtuoso. Si Kroeger luchaba por mantenerse al día con sus fuerzas disponibles, abriendo o negando avenidas de ataque, Perturabo no tenía ese problema. Sus fuerzas llegaron sin problemas hasta él, cortando cada una de sus oportunidades, transformando cada uno de sus reveses de un desastre potencial a un contraataque superlativo.

Era una lucha desigual, pero Kroeger no estaba dispuesto a rendirse.

Brahmaputra, la gran avenida en el corazón del Palacio, era guardada por un ejército de oro de Custodios, y Kroeger se contentó fijándoles en su lugar mientras lanzó ataques a través de los cañones del Karnali y los desolados edificios de la Ciudad de la Visión. Lejos de ser un camino fácil a través de una región sumida en la ignorancia del Palacio, el enclave de los psíquicos era defendido por los Centinelas Negros, reforzados por regimientos misteriosos y sin designación en los proyectores hololíticos.

Falk se inclinó y le susurró: -Él no lo está haciendo demasiado bien, ¿verdad?

-Mejor de lo que pensé.

-Cierto -admitió Falk. -¿Crees que podría aprovechar un poco de ayuda?

-Es casi seguro -dijo Forrix, señalando con la cabeza el paso Dhawalagiri. -Pero vamos a ver cómo se enfrente al “asalto” de los Custodios.

-¿Qué “asalto” de los Custodios? Los únicos utilizados son los que están en Brahmaputra, y ellos no van a ir a ningún sitio.

-Esperar y mira.

Una carga imparable de cientos de titanes encauzó los pasos forrados de estatuas del Dhawalagiri. Agrupar a tantos de sus máquinas de guerra más poderosas en un asalto era arriesgado, pero mirando a la disposición de las fuerzas, Forrix no podía culpar a Kroeger por tomar la carta que acabaría la batalla. Pero Kroeger no había visto lo que Forrix sí.

Los "Custodios" contenidos en el Brahmaputra no eran custodios en absoluto, sólo un señuelo para encubrir la presencia de los pretorianos del Emperador en otros lugares. En un movimiento de pina, dos hojas de hoz doradas barrieron desde las atalayas hundidas hasta los recintos exteriores del Dhawalagiri. La artillería que

había golpeado la gran avenida hasta dejarla una ruina astillada cayó ante los vengativos imperiales y los cañones fueron apuntados a los titanes atravesando el Dhawalagiri como salvajes sin sentido saqueando la capital de un imperio moribundo.

Tan pronto las armas hicieron tambalearse a los titanes Perturabo lanzó su puño de hierro.

La Puerta de los Leones se abrió de golpe y una reserva de titanes surgió para dar la batalla, cabalgando como caballeros de antaño con sus lanzas bajadas. Los Custodios cayeron en melé con la infantería de apoyo a los Titanes y en unos instantes el Dhawalagiri era un páramo saturado con los cadáveres de los atacantes muertos.

Y con la caída de la última máquina de guerra de la batalla había terminado y el Palacio se salvó.

Kroeger tenía nada a mano para mejorar el día y levantó las manos en señal de derrota, enojado y exaltado en el mismo momento. Parecía que había luchado el Círculo de Hierro en una sesión de sparring.

Una vez más el tiempo cambió y la escena delante de ellos volvió a su posición original, pero esta vez quedaba muy poco del Palacio que pudiera ser reconstruido. El combate anterior lo había reducido a escombros, una ruina gótica de mármol roto, vidrio desintegrado y oro fundido. La defensa de Perturabo había conservado casi todo salvo menos la más funcional de las paredes.

-Ganó, mi señor -dijo Kroeger.

-Por supuesto que gané -dijo Perturabo. -Dorn es un necio, y pierde tiempo y esfuerzo con la idea de que todo lo que ha hecho en el Palacio se puede deshacer. Él construye una fortaleza con las manos atadas a la espalda por un lado, pensando que puede ponerlo todo como estaba. Una vez que algo se rompe, siempre se romperá, pero mi hermano no puede aceptar eso.

-Fue un honor enfrentarse a ti, mi señor -dijo Kroeger.

Perturabo le miró con extrañeza, y Forrix vio lo que se avecinaba un instante antes de que el primarca le llamase a él y Falk.

El primarca negó con la cabeza. ¿Crees que hemos terminado aquí?

-¿Mi señor?

-Ahora es *mi* turno para atacar -dijo Perturabo.

Todo acabó en un momento.

Los ejércitos de Perturabo avanzaron a través de las masivas defensas fortificadas en Haldwani y Xigaze. El cielo en la cima del mundo estaba en llamas. A pesar de los bombardeos de las placas orbitales y las incursiones constantes de Stormbirds y los Hawkwings, el señor de los Guerreros de Hierro avanzó, a través del Brahmaputra, a lo largo del delta del Karnali.

Tormentas de fuego continentales arrasaron la llanura del Ganges, una vez más.

Al entrar en las obras amuralladas exteriores del palacio, su marea de multitudes gritando y las máquinas de guerra zancadas fueron recibidos por monzones de potencia de fuego. Todo emplazamiento cercano y en el Dhawalagiri usó sus armas. Fuego láser se extendió entre barras de neón, aniquilando todo lo que tocaba. Los proyectiles cayeron como granizo. Los titanes explotaron, incendiaron, colapsaron ante sus rostros y aplastaron a los guerreros que pululan alrededor de sus talones. Pero seguían avanzando. Lanzas de fuego golpearon las paredes de blindaje reforzado como rayos. Los muros cayeron. Se derrumbaron como glaciares alicaídos. Cuerpos con carcasas de oro se derramaron, cayendo en el diluvio.

El palacio comenzó a arder.

La Puerta Primus cayó; la Puerta del León, sometida a un ataque desde el norte; la Puerta Annapurna. En la Puerta Última, las divisiones de Perturabo finalmente penetraron en el palacio, matando a todos los que encontraron en el interior. Alrededor de cada puerta rota, los cadáveres de los titanes estaban apilados en grandes montones desordenadas donde habían caído unos sobre otros en su deseo de romper las paredes. La horda victoriosa escaló a través de sus carcasas, vertiéndose en el Palacio para caer sobre su amo y arrancarlo de su trono de en preparación del nuevo gobernante de la galaxia.

La capacidad táctica combinada de tres de los más grandes Guerreros de Gierro había fracasado singularmente en repeler a Perturabo. Un recordatorio saludable

que el maestro de la defensa también era el maestro del ataque. Bajo su mando el Palacio sería una fortaleza férrea, pero si era su objetivo era una cosa frágil, a la espera de ser rota.

Antes de que las divisiones atacantes pintadas de rojo irrumpieran en los recintos interiores del palacio, Perturabo terminó la simulación. Los elementos holográficos de la batalla se desvanecieron, dejando sólo el amplio alcance de la tabla esculpida en su estela. Perturabo se inclinó sobre las ruinas de la Puerta Última y sacudió la cabeza con una sonrisa irónica.

-Soy mejor que tú, hermano -dijo, tanto para sí mismo como para los que lo rodeaban. -Siempre voy a ser mejor que tú. Sé que eso es lo que te da *realmente* miedo.

El título de Nacido de la Piedra era bien merecido, porque si bien se decía que fue formado a partir de la propia esencia de los mundos, Soltarn Vull Bronn sabía que era literalmente cierto para todos ellos, pero se abstuvo de señalar lo que debería haber sido obvio. Todos fueron hechos de las sobras de estrellas, materia comprimida expulsada y reformada por miles de millones de años de ingeniería estelar y reacciones bioquímicas y eléctricas.

Cualquiera que fuese comprensión de esto que le diera una idea del corazón de la piedra era un misterio que no examinó muy de cerca. Que la piedra le hablara y diera a conocer sus secretos y fuerzas era suficiente para él. Conocer su estructura y composición era tan natural como respirar, y en una legión como los Guerreros de Hierro lo hacía especial.

Aunque no era, al parecer, lo suficientemente especial como para evitar esta tarea onerosa.

Acompañado por un guerrero brutal llamado Cadaras Grendel del Gran Batallón del Herrero de Guerra Berossus, Vull Bronn se abrió paso a través de los pasillos adornados de fetiches del *Orgullo del Emperador*. Siguieron a un guerrero cojo llamado Lord Comandante Eidolon, que llevaba una capa (razor-hooked) sobre su armadura de color chillón y portaba un martillo monstruosamente pesado no muy diferente al del Señor del Hierro.

Eidolon los había saludado cordialmente en la cubierta de embarque, acompañado por una guardia de honor de guerreros cuya armadura era un derroche de colores chocantes y picos cornudos. Las gorgueras de sus servoarmaduras se extendían más allá de sus hombros, equipado con todo tipo de altavoces vox y aumentos potenciadores. Sus cascos estaban hinchados por los implantes auditivos y en lugar de bólters empuñaban extraño armamento que latía como generadores al borde de una sobrecarga.

Eidolon los había llamado Kakophoni, pero se había negado a explicar su naturaleza.

Vull Bronn trató de ocultar su sorpresa al ver la nave insignia de los Hijos del Emperador, pero estaba seguro de que Eidolon había visto su reacción y sonrió. Las maneras del Lord Comandante pusieron a Vull Bronn alerta. Su piel estaba pálida y sin vida, con los ojos hundidos en las órbitas como los de un cadáver.

La *Orgullo del Emperador* era un lugar de luz y ruido, del espectáculo y lo grotesco. En todo momento, los ojos de Vull Bronn contemplaron una visión nueva y terrible. Sus sentidos se tambalearon ante la sobrecarga sensorial, pero el viaje a *La Fenice* fue sólo el comienzo.

Los rumores se habían extendido entre los aliados del Señor de la Guerra de la gran orgía que había tenido lugar aquí, una ópera de tal exceso que había impulsado a los Hijos del Emperador a la locura. En realidad, nadie los había creído, pero cuando las deformadas puertas del Gran Teatro se abrieron ante él, Vull Bronn de repente corroboró todos los rumores salvajes y supo que fracasaron por completo en capturar el horror de lo que realmente había sucedido.

-Trono... -dijo entre dientes, antes de recordar la inadecuación de ese juramento.

Nadie pareció darse cuenta.

Cadaras Grendel dejó escapar un suspiro de asombro.

-Bienvenidos a *La Fenice* -dijo Eidolon.

Vull Bronn había visto pictografías del gran salón teatral de Fulgrim, algunas presuntamente tomadas por la reconocida Euphrati Keeler, pero este lugar albergaba sólo una semejanza pasajera de aquella magnífica casa de juegos. Vull Bronn miró a través de los rayos deslumbrantes de luz estroboscópica intensa

desde el techo arqueado, apenas capaz de distinguir las formas oscuras moviéndose a través de las nubes de incienso de almizcle que nacían de incensarios colgados como un experimento alquímico fallido.

El hedor era de un dulce enfermizo, caliente y fragante, pero con un toque prolongado de algo podrido debajo. Se alojó en la parte posterior de la garganta de Vull Bronn y quiso escupir para librar la boca del sabor, sintiendo cierta secuela persistente parasitando en su sistema. Guirnaldas de caras y lienzos de piel humana colgaban de las cajas reales por encima, y ramos de huesos brotaron apliques de hierro goteando. Tambores invisibles retumbaban en un trueno discordante como un latido arrítmico que tejía dentro y fuera de un rugido, chillando marañas de sonidos desde temblorosos altavoces.

El Thaliakron tenía majestad y grandeza, pero *La Fenice* carecía de eso.

-¿Qué le habéis hecho a este lugar? -preguntó Vull Bronn.

-Elevarlo al nivel de la maravilla -dijo Eidolon, su voz poco más que un gruñido ronco, como si la garganta y las cuerdas vocales ya no trabajaran en sincronía.

Consciente de su condición de invitado, Vull Bronn dijo: -Es algo que no he visto en mi vida.

-Pocos lo han hecho -asintió Eidolon. -Debe de ser un cambio bienvenido de la formalidad tediosa del Dodekatheon. Aquí celebramos lo que hemos llegado a ser, en lugar de vivir en el pasado o lo que podría haber sido, pero nunca lo seremos.

-El Dodekatheon es una reunión de los guerreros -dijo Vull Bronn, ocultando su irritación por insulto ocasional de Eidolon. -Nos reunimos para mejorarnos a nosotros mismos.

-Igual que nosotros -dijo Eidolon, conduciéndolo más profundamente en *La Fenice*.

Su camino desgarró a través de una cabalgata de pesadillas hecha realidad, una corrupción de todo por lo que las legiones habían surgido. Vull Bronn vio abrirse carne y sacar los interiores brillantes a luz por deporte, por interés y por placer. Los mortales y guerreros Legión jugaban con sus cuerpos, cortándolos con símbolos y diseños que estaban más allá de la comprensión o creencias.

Grandes barriles de vino eran servidos desde tubos intestinales, como órganos gigantes siendo drenados de sus fluidos vitales. Pilas colmadas de cuerpos reclinados sacaban humo de pipas de agua babeantes, sus ojos vidriosos y las extremidades lacias. Grendel hizo una pausa para arrancar un tubo carnoso de un legionario en posición supina babeando saliva mezclada con sangre por la comisura de la boca. Aspiró con fuerza e hizo una mueca ante el sabor de todo lo que le llegó a través del tubo.

Escupió una bocanada de cieno viscoso que se parecía a los raspados de un pulmón canceroso.

-No es de estilo olímpico, pero tiene una semejanza -dijo Grendel.

-No toques nada -ordenó Vull Bronn, pero Grendel no le hizo caso y tomó otro trago.

Criaturas que una vez pudo haber sido humanas acechaban el teatro como observadores numinosos, seres tan alejados de la estructura física original que eran una especie totalmente nueva. Cuerpos hechos de retazos de torsos de una docena de personas se movían con la locomoción de un reptil en los miembros que eran una mezcla de los brazos y las piernas desmontadas, rotas y rehechas en docenas de maneras únicas y terribles, como los fracasos abortados de algún mito de la creación enfermo. Ojos lunáticos le miraron, y él retrocedió de la mezcla repugnante de alegría y terror, el éxtasis y la locura en los rostros injertados a los estómagos y las espinas de las criaturas antinaturales.

-De la fuerza viene el hierro -dijo Vull Bronn, preparándose a sí mismo contra la abominación, pero las palabras sonaron huecas, como si su poder fuese drenado en este lugar de éxtasis oscuro.

-La Letanía Inquebrantable -se rio Eidolon. -Con el tiempo aprenderás que nada es inquebrantable.

-¿Qué son? -dijo Vull Bronn cuando la criatura gestalt más cercana se alejó, seguido por figura encorvadas haciendo cabriolas y encadenadas a ella como hijos llorando para ser amamantados.

-Fabio les llama su terata -escupió Eidolon, llevando su mano inconscientemente a su cuello.

-¿Terata?

Eidolon hizo un ademán desdeñoso a la monstruosidad partiendo, saboreando el malestar de Vull Bronn. –Asé es como él llama a los monstruos deformes que hace a bordo de la *Andronicus* con semilla genética desgarrada de entre los muertos. Los trata como niños.

-A algunos niños no les gustaría conocer a su madre -dijo Grendel.

Vull Bronn no preguntó más sobre el terata espantosa, oyendo el asco y el odio en la voz de Eidolon. Fuese lo que fuese lo que el retorcido apotecario Fabius le hiciese a Eidolon, claramente no había amor entre ellos.

El humo se separó por un momento, como una cortina que es retirada en preparación para una actuación. Una multitud aullante de legionarios y mortales vieron a un guerrero con una mejilla tatuada saltando y girando por el escenario con un par de espadas de hoja de plata. Su habilidad era impresionante, sus movimientos como un bailarín.

-¿Quién es el espadachín? -preguntó Grendel, limpiando el residuo negro de la barbilla con el dorso de la mano y una mueca de disgusto.

-Bastarnae Abranxe -dijo Eidolon. -Un capitán de lo que fue la 85ª Compañía.

-Es sumamente habilidoso -dijo Vull Bronn, aun observando el protocolo correcto de cara a lo que ahora entendía era su absoluta inconsecuencia.

Los hombros de Eidolon se tambalearon torpemente y Vull Bronn se dieron cuenta de que era un encogimiento de hombros. -Se imagina a sí mismo como un gran espadachín, pero él no es más que competente.

-No está mal -dijo Grendel, midiendo a Abranxe, como si algún día pudieran ser enemigos.

-Tenemos mejores -admitió Eidolon con cierta reticencia. -Enfádanos y te darás cuenta de cuánto.

Parte alarde, parte amenaza, el intento de Eidolon de superioridad era torpe. Vull Bronn ignoró la pulla. En un lugar como éste, ¿qué importaban las pequeñas rivalidades? Vull Bronn se tragó una extraña náusea, apretando los dientes y parpadeando irritado por la niebla a la deriva de almizcles seductores.

-Me resulta difícil de creer -dijo Grendel, viendo como una serie de guerreros vestidos de negro invadían el escenario con hojas gritando, pero fueron despachados con una serie de golpes deslumbrantes, réplicas y cortes decapitadores.

-Hay uno de la legión conocido como Lucius que hace parecer a Abranxe un niño lisiado -dijo Eidolon, mirando como si se estuviera ahogando con las palabras.

-He oído hablar de él -dijo Grendel. -Se supone que debe ser bueno.

Grendel desapareció en el humo perfumado para presenciar más de la actuación del espadachín, dejando a Vull Bronn con Eidolon. El hombre de Berossus había venido armado, así que tal vez mediría sus posibilidades contra Abranxe. Vull Bronn esperaba que no, pero él ya estaba cada vez menos preocupado por el futuro de Cadaras Grendel.

O para sí mismo, dicha sea la verdad.

Eidolon le llevó a una cabina que se sintió como una isla de normalidad en este caleidoscopio de las maravillas y nuevas sensaciones maravillosas. Vull Bronn nunca había conocido tal variedad de bombardeo sensorial, y aunque él se había resistido a la gama de lo desconocido y lo terrible al principio, ahora estaba comenzando a disfrutar de lo que estaba experimentando.

La cabina estaba amortiguada con tejidos blandos: terciopelo, seda, damasco abigarrado y texturas ásperas como la piel de tiburón o piel de calamar. La sensación de descanso en ellos era inusual, pero no desagradable, y Vull Bronn encontró que estaba, a pesar de su reticencia anterior, encontrándose muy a su gusto en *La Fenice*. Se preguntó qué representante de los Hijos del Emperador en la *Sangre de Hierro* haría de sobrio legionario.

Esclavas desnudas, modificadas quirúrgicamente con extremidades adicionales como antiguas diosas de piel azul se metieron en la cabina. Llevaban narguiles elaborados, con tubos serpenteantes enfundados con escamas serpentinas y llenas de humo burbujeante que se enrollaron en deliberadas formas cursivas.

-¿Qué es eso? -preguntó Vull Bronn cuando una pipa de agua se puso ante él.

-Una mezcla de los fenicios -dijo Eidolon. -Una llave a las puertas de la percepción y un medio de encontrar las respuestas a todas las preguntas que ni siquiera sabías que estabas preguntando.

-Suena potente -dijo Vull Bronn, ya anticipando su primer gusto.

-Lo es -asintió Eidolon, desenganchando el tubo y extendiéndolo a Vull Bronn. -Sobre todo la primera vez que lo pruebas. Especialmente en el Ojo del Terror.

-¿Ojo del Terror?

Eidolon parecía confundido, como si no tuviera ni idea de dónde ese nombre había venido.

-Esta tormenta disforme -dijo Eidolon, vacilante. -Así es como se llama.

Vull Bronn asintió. Él lo sabía. *Cómo* lo sabía, no podía recordarlo, pero se sentía como si siempre lo hubiera sabido. No tenía ningún recuerdo de nombrarlo, pero no había duda de su idoneidad.

Sacudió la cabeza y sacó la pipa, palpando la textura mojada y orgánica de la superficie. -Piel -se preguntó.

-Laer -asintió Eidolon, inhalando una gran bocanada de humo brillante. Sus ojos cadavéricos perdieron su vacío por un momento, y su mandíbula se estiró más de lo que cualquier boca hubiera hecho alguna vez. Zarcillos de humo soplaron desde su ampliada garganta. Vull Bronn sabía que debía estar horrorizado ante la visión, pero la enorme incongruencia de que todo era extrañamente fascinante.

Respiró de la pipa de agua, y una sonrisa líquida se dibujó en su rostro cuando el mundo a su alrededor pareció afilarse, como si cada borde y la línea fueran grabadas con mayor fuerza en el tejido de la realidad. Vio eco en el movimiento, el sonido como ondas en el aire y formas como dardos que bailaban en los bordes de su visión. De repente todo pareció ser más *real*, como si lo que había pensado que era la realidad se revelara ser poco más que un barniz sobre el verdadero rostro del mundo.

Más de esclavos adaptados aparecieron, cada uno más escandalosamente mutilado que el anterior, y donde lo habían sorprendido antes ahora se encontraba disfrutando de cada nueva desfiguración. Llegaron teniendo aguamaniles de plata, y

un esclavo cuyo sexo era imposible fijar tendió una copa que arrojó refracciones deslumbrantes de luz en todas direcciones desde el complejo entramado de su cristal tallado. Vull Bronn trató de seguir los miles de rayos de luz, llegando a tocarlos, pero permitió que otro esclavo, uno con lo que parecía ser dos mitades de caras distintas unidas entre sí vertiera un líquido transparente y viscoso en la copa aunque no era consciente de que la hubiera tomado.

Un aroma embriagador de sal nadó en su sano juicio y levantó la copa con cautela hacia su cara.

-Ah, esto te va a gustar -prometió Eidolon.

-¿Qué es?

-Lo llamamos *Lacrimosa* -dijo Eidolon. -Un exquisito vino destilado de las lágrimas de los esclavos.

Vull Bronn tomó un sorbo. Sus ojos se abrieron. El sabor era, como Eidolon había prometido, exquisito. El sufrimiento de miles de mortales destilado en un solo trago. El sabor era el dolor y el placer combinados, una sinfonía embriagadora de aromas de lo erótico a lo repugnante. Era alturas y profundidades de la emoción en forma líquida. Inclinó su cara hacia atrás para drenar su copa, y sus ojos se agrandaron cuando vio el retrato que colgaba por encima de su stand.

Se quedó sin aliento al reconocer la imagen de Fulgrim, vestido como Vull Bronn lo recordaba, lo que parecía hace una eternidad. Las placas de su armadura estaban brillantemente iluminadas, cada curva y barrido de un ala de oro o el aquila palatina en su forma heroica brillantemente rendido, como si él mismo Fulgrim bajase su mirada a él. Tan heroico como cualquier retrato colgado en los palacios del tirano Delchoniano, era Fulgrim tal y como lo había imaginado ser.

Vull Bronn cruzó sus ojos con los del retrato y el *Lacrimosa* se cuajó en la boca.

Una sacudida de placer sublime golpeó en su sistema y sintió que enterraban más y más en un pantano de la pura sensación. Había venido a este lugar se rebelado, y una parte cada vez menor de su conciencia todavía gritaba las cosas terribles que estaba viendo. Pero la parte de él que se sintió disgustado estaba comprimido en su interior, como el núcleo de una estrella moribunda.

-No debería estar aquí -dijo, sintiendo que las palabras salían de la garganta de alguien más. -Esta no es la manera de los Guerreros de Hierro.

-Podría ser -sugirió Eidolon.

-El Señor del Hierro nunca estaría de acuerdo con ella -dijo, luchando por mantener sus pensamientos coherentes.

-Él no tendría otra opción si los placeres de los Señores del Libertinaje fueran llevados a la Dodekatheon en secreto. Extendiéndose a través de la cuarta legión gracias a logia de albañiles, Perturabo no tendría más remedio que aceptar las profundidades carne del Príncipe Oscuro.

-¿Príncipe Oscuro...? -preguntó Vull Bronn, sintiendo la pregunta retorcerse lejos de él.

-¿No hay más delicioso escalofrío que el que se tiene al transgredir las costumbres de lo que muchos llaman *ser civilizado*, deleitándose con lo que otros llaman *corrupción*? -dijo Eidolon, aspirando una bocanada de humo de la pipa de agua potente en su rostro. -Todos hemos roto nuestro juramento más preciado, ¿Qué importa violar una más? ¿O diez...?

Vull Bronn asintió con la cabeza, pues el sentido de lo que Eidolon estaba diciendo ahora era evidente para él.

-Tienes razón -dijo, las palabras saliendo de su boca, a pesar de la advertencia gritando en su cráneo. -Ahora lo entiendo.

-Bebe -dijo Eidolon, rellenando su copa. -Sella tu pacto con el Príncipe Oscuro.

Vull Bronn sonrió y levantó la copa a los labios. -Sí, creo que lo haré.

Antes de que pudiera beber, una figura apareció por el humo ante él y tiró la copa de su mano con una bofetada. Enfurecido, se levantó de un salto, encontrándose cara a cara con Cadaras Grendel.

-Hierro dentro, Nacido de la piedra -dijo Grendel, y las palabras fueron un cuchillo frío en su corazón. -Creo que es el momento en que nos fuimos, ¿verdad?

-Voy a matarte por eso -replicó Vull Bronn.

-No -dijo Grendel, lanzando una mirada venenosa a Eidolon. -Me lo agradecerás.

Martillo puño de Grendel se estrelló contra su cara.

Y toda la luz y el placer salieron del mundo.

El fracaso anterior de Frater Thamatica para hacer funcionar el proyector de desplazamiento térmico no le había disuadido de un segundo intento. De hecho, se sentía más decidido que nunca a rectificar lo que había ido mal antes. Se paseó ante los mecanismos de control, observando las agujas de seguimiento de los niveles de potencia alimentando los cardanes magnéticos mientras estaban sentados en el extremo más alejado de la medición.

-Eso está mejor -dijo, dando golpecitos con un dedo de hierro en una línea que fluctuó más que la mayoría.

Bajo el Laboratorium, dos nuevas esferas -reconstruidas a partir de los restos amalgamados de la primera pareja- giraban en sus anillos concéntricos. Los campos magnéticos que las rodeaban eran de órdenes de magnitud mucho más potentes que los que él había empleado cuando Wayland había venido a observar y por lo tanto, mayor distancia entre ellos y la estación de control.

Treinta calculadores lógicos estaban dispuestos en tres largos detrás de él, como adoradores de un pagano desconocido. Cada (autept) inexpresivo, cada cabeza rapada estaba conectado en paralelo a su vecino por un fajo de cables coloreados, y su poder computacional ya fenomenal mejorado aún más por el espacio mental compartido que había creado en su motor de datos más potente. Trabajando como un cerebro interconectado, con los ojos cerrados para mantener todos los estímulos sensoriales no esenciales al mínimo, procesaron la gran cantidad de datos aritméticos y geometrías hexamáticas que necesitaba para mantener el control de la creciente potencia.

Thamatica estaba seguro de que tenía las variables eliminadas del experimento; era todo una cuestión de gestión de entradas de energía colosales y el equilibrio contra las necesidades titánicas de energía. Su teoría era acertada, pero Thamatica sabía que la teoría tenía una forma perversa de no coincidir con la práctica.

Una docena de servidores despojados de sus partes mecanizadas, excepto las necesarias para ser prácticos, mantenían la maquinaria del experimento en las proximidades de las dos esferas que giraban rápidamente. Thamatica no se atrevió a acercarse a la máquina; tenía demasiados aumentos como para sobrevivir a los campos magnéticos opuestos. La energía le desmembraría literalmente.

Revisó las cascadas de datos sobre los numerosos paneles, dando a cada uno una inspección somera, pero suficiente para cerciorarse de que todo era como debería ser. Este era un experimento muy peligroso, pero la sensibilidad de Thamatica con estas cosas había disminuido con cada aumento incorporado a su cuerpo. El Mismo Ferrus Manus había hablado a menudo con la Fraternidad del Hierro de esa humanidad reducida, de sus peligros y su potencial para erosionar su compasión humana, pero cualquier idea de actuar sobre esa advertencia se había dejado de lado a raíz de su muerte.

El pensamiento de la muerte de su Primarca dejó Thamatica extrañamente fría, y en sus momentos más oscuros comenzó a cuestionarse la sabiduría del camino elegido por su legión hacia las mejoras y aumentos. Había visto una correlación directa entre la falta de empatía humana en un guerrero y el nivel de mejoras biónicas que había sufrido. Podría ser una vía interesante de investigación, pero ahora no era el momento para tales indulgencias.

En tiempos de guerra, la Fraternidad del Hierro estaba más preocupada con la construcción de armas que con los asuntos filosóficos. Esas cosas eran competencia de los Librarius, o al menos habrían sido suya de haber poseído los Manos de Hierro tales alguna vez.

Se sacudió esos pensamientos tangenciales y regresó al tema que le ocupaba. Los niveles de potencia se acercaban a las estimaciones de potencia que habían extrapolado los calculadores lógicos y la intensidad de campo magnético se mantenía estable. Como le había dicho a Wayland, necesitaba generadores más grandes, y había unido su máquina experimental a los motores de plasma, desviando su potencia a su Laboratorium. En algún nivel sabía que debía tener el permiso de Cadmus Tyro para eso, pero el irascible capitán sólo se habría negado.

¿Dónde estaba el sentido de pedir lo que es casi seguro que será negado?

-Sí -se dijo. -Sí, esto va a funcionar. E incluso si no lo hace, siempre es más fácil pedir perdón que pedir permiso.

Thamatica pulsó el botón de activación de su consola, acoplando la potencia entrante de los motores a la maquinaria para activar su dispositivo. Las lecturas de todos los paneles empezaron a subir, y Thamatica los registró mediante la óptica de captura de datos en su ojo biónico.

Relámpagos se arquearon entre las dos esferas, una red de bailante de brillo cegador. Tres de los sirvientes fueron inmolados por las descargas eléctricas antes de que los protocolos de autoconservación hicieran retroceder a los demás. El poder contenido podría vaporizar toda la nave, y Thamatica comenzó a canalizar esa energía a la maquinaria experimental que iniciaría el intercambio cuántico entre las dos esferas.

Todo lo que tenía que hacer era tirar de los dos interruptores para completar el circuito.

Sus manos se cernían sobre los interruptores cuando un momento de duda anidó en el fondo de su mente.

-¿Y si sale mal? -dijo, dirigiéndose a los balbuceantes (autepts) cogitadores.

No tenían ninguna respuesta para él, sólo números residuales y desechos.

El flujo del cálculo hexamatical era tranquilizador en su simplicidad y Thamatica dejó escapar un suspiro de alivio. Asintió con la cabeza y agitó una mano como si silenciara su amonestación.

-Por supuesto, sí, tienes razón -dijo. -¿Qué propósito se alcanza por la timidez?

Cerró los interruptores y un estallido atronador resonó cuando los niveles de energía se dispararon vertiginosamente. Los relés se cargaron en un instante y relámpagos retorcidos surgieron; vetas de ardiente energía y detonaciones sísmicas.

-¡Maldito imbécil, Thamatica! -gritó cuando los calculadores lógicos gritaron con una voz y su espacio mental compartido se apagó en una reacción en cadena. Los treinta se desplomaron, manando sangre y humo de ebullición de sus cráneos. Era imposible saber hasta qué punto el sistema estaba sobrecargado: cada aguja y lectura se habían derretido.

Thamatica miró hacia las dos esferas. Una luz cegadora fluyó entre ellas y los sirvientes desaparecieron, inmolados por la bola electromagnética. Cómo esta versión de su experimento podría haber salido mal era una cuestión para otro día, y Thamatica golpeó la palma contra el cierre de emergencia.

La alimentación de los dispositivos que rodeaban las esferas fue cortada en un instante, y una nube de aire cargado eléctricamente era todo lo que quedaba de la subida de tensión potencialmente catastrófica. Thamatica dejó escapar un suspiro de alivio y frustración, explorando la consola en ruinas antes de ver lo que, en todo caso, podría ser salvado de este último revés.

Casi no quedaba nada de sus grabadores de datos, pero un indicador superviviente le dijo exactamente a donde habían ido las vastas cantidades de energía ventilada del experimento y qué parecería a cualquier nave en las inmediaciones.

-Oh, ventilación electromagnética -dijo. -Eso no es bueno. Eso no es bueno en absoluto.

TRECE

Del borde del abismo

Desenmascarado

Órdenes de ataque

Se sentía como si despertara de una pesadilla, y luego darse cuenta de que la pesadilla lo había seguido desde el sueño. El cráneo de Soltarn Vull Bronn latía como si hubiera estado lleno de vapor hirviendo, un recipiente a presión y no hay forma de dar rienda suelta. Él gimió. Su boca se sentía pegajosa, como si le hubieran alimentado a la fuerza de galones de pasta alimentaria jarabe. Tenía los ojos cerrados engomado, con la garganta cruda y constreñida.

¿Qué le había pasado?

Se sentía vacío, como si los purgantes más potentes hubieran drenado su sistema y le dejó sin fuerzas y temblando. La luz brillante le estaba pinchando a través de sus

párpados, directamente en su cerebro, sintiéndose como un Dreadnought le aplastara con su puño motorizado. Todos los nervios se sentían a flor de piel, de tal manera que cada contacto fue doloroso.

-Se está despertando -dijo una voz ronca y gruesa.

-No estaba seguro de que lo haría -dijo otro.

-No lo golpeé tan duro -gruñó otro.

Trató de dar sentido a lo que estaba oyendo. El frío, haciéndose eco del zumbido de la maquinaria y de la picadura de antisépticos y formaldehído le sugirió un Apothecarion, pero las voces ásperas y el aceite de las placas de armadura y armas sugerían la armería de un legionario.

-¿Dónde estoy? -dijo, con la voz convertida en un jadeo ahogado seco.

-A bordo de la *Sangre de Hierro* -dijo la primera voz. -En el Apothecarion.

Por lo menos, se merecía esa información.

-¿Por qué estoy aquí? ¿Qué ocurrió?

Abrió los ojos, entrecerrando los ojos contra el resplandor de los lúmenes y el reflejo de la luz de los gabinetes cepillado de acero, tubos de vidrio con carne suspendida y órganos de reemplazo.

-Esperábamos que nos lo dijeras.

El dueño de la voz se inclinó sobre él, y reconoció a Soulaka. El apotecario era un guerrero del gran batallón del Herrero de Guerra Toramino y el actual Honorable del Dodekatheon, un título honorífico que en realidad merecía si los rumores eran ciertos.

Vull Bronn se sentó, su cuerpo tan débil como el día en que se había despertado después de la implantación del caparazón negro. Sus piernas temblaban y los músculos se sentían maltratados y estirados más allá de su capacidad. Extendió las manos para estabilizarse.

El Herrero de Guerra Forrix se hizo a un lado de la camilla reforzada sobre la que estaba sentado, con un brazo sosteniendo firmemente su bíceps. La empuñadura era ligera pero doloroso, y Vull Bronn se apartó.

En las amplias puertas del Apothecarion permanecía un legionario de suave cara con el pelo largo en una trenza elaborada asentada por el lado derecho de su cráneo. Su rostro era familiar, pero Vull Bronn no podía colocarlo hasta que pudo rozar la piel sensible en su línea de la mandíbula.

-Me golpeaste -dijo, recordando el golpe demoledor que lo había noqueado.

-De nada -dijo Cadaras Grendel.

-¿Qué? -rompió a decir Vull Bronn, haciendo una mueca cuando el martilleo en su cráneo se intensificó. -Debería matarte por eso.

-Creo que en este caso puede renunciar a una () -dijo Forrix.

-¡Golpeó a un oficial superior! -protestó Vull Bronn.

-No recuerdas lo que pasó, ¿verdad? -sonrió el insufrible Grendel, ampliándola luego aún más. –Lo que ese Eidolon te dio debe de haber sido infernalmente fuerte.

-¿Eidolon? –dijo Vull Bronn cuando un recuerdo surgió como un cuerpo hinchado en el agua. -Recuerdo fumar algo. Hubo bebida también, creo. Algo hecho de lágrimas -dijo.

-Es probable que el legionario Grendel te salvara la vida -dijo Soulaka, sacando una jeringa de su guante Narthecium. Vull Bronn sintió el pinchazo de la aguja en el hombro y calor expandirse del punto de inserción. Casi inmediatamente, sus pensamientos se aclararon y el dolor en el cráneo comenzó a retroceder mientras los mecanismos de curación de su cuerpo fueron químicamente puestos a toda marcha. Su piel se sentía caliente y sudó por los poros gotas de toxinas grasas.

-No lo entiendo -dijo.

-No estoy seguro de que cualquier de nosotros lo haga -dijo Forrix, rodeando la camilla y estudiándole como si no estuviera seguro de si debía darle la bienvenida de nuevo a la legión o estamparle contra la pared. -No sé lo que te estaban haciendo, Nacido de la Piedra, pero creo que Grendel impidió que llegaras a ser como ellos.

Vull Bronn apenas podía recordar nada de la reunión en *La Fenice*, pero la sola idea de ser parte de ella le repugnaba. Su garganta se rebeló y luchó por contener una ola

de nauseas, agarrando el borde de la camilla para mantener los contenidos del estómago a la que pertenecían.

-Algo vil ha arraigado en los Hijos del Emperador -dijo Forrix. -Todos lo supimos en el momento en que vimos el carnivalia de Fulgrim en Hydra Cordatus, pero esto es peor que cualquiera de nuestros temores.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Soulaka.

-Quiere decir que los rumores que hemos oído son más que rumores -dijo Perturabo, agachando la cabeza al entrar en el Apothecarion, seguido por tres del Círculo de Hierro. La cámara se sentía estrecha antes, pero con el Primarca y sus guardaespaldas con escudos era claustrofóbico.

-¿Rumores, mi señor? -dijo Vull Bronn. -¿Qué rumores?

-Los que circularon después Isstvan V -dijo Perturabo. -Historias salvajes de culto orgiástico a dioses antiguos y demonios. De brujería y sacrificios.

-¿Creéis que no son solo rumores? –dijo Forrix, ofendido por la idea. -¿Acaso estamos pensando que *hay* poderes antiguos en la disformidad? Lo que está pasando con los Hijos del Emperador es una locura, una nueva obsesión por la perfección por parte del fenicio. Pero eso es todo lo que es.

Perturabo vaciló. -Traté de negarlo, de racionalizarlo como una enfermedad de la mente, pero después de haber visto lo que ha pasado con la III legión o escuchar lo que Cadaras Grendel tenía que decir sobre los acontecimientos en el *Orgullo del Emperador*, está claro que Fulgrim cree servir a estos dioses demonio.

-¿Dioses? –dijo Vull Bronn; no quería aceptarlo, pero teniendo una sensación terrible de verdad al decir las palabras en voz alta. -¿Brujería y poderes demoníacos?

-Estoy de acuerdo, suena como locura pero si Fulgrim y su legión han adoptado esta creencia, entonces tenemos que tomarlo en serio.

-Recuerdo... monstruos -dijo. -Eidolon llamó terata. Él dijo que eran los () del hijo de puta del apotecario Fabius.

-¿Fabius está creando nuevas formas de vida? -dijo Soulaka. -¿Qué eran?

-Cosas diabólicas, híbridos combinando mutilación quirúrgica y pesadillas genéticas.

Vull Bronn tragó, el sabor bilioso y repelente cuando el recuerdo de los esclavos deformes y sus desfiguraciones sin sentido volvieron a su mente. El horror de los festejos de la III legión llegó como un cuchillo en la tripa y volvió de nuevo a los primeros principios de los Guerreros de Hierro.

-Del hierro viene la fuerza. De la fuerza viene la voluntad -dijo, mientras una oleada de náuseas amenazó con superarle. –De la voluntad viene la fe. De la fe viene el honor. Del honor viene el hierro.

-Que siempre sea así -dijo Soulaka, completando el catecismo y apoyándose cerca de Vull Bronn. -Pero cuéntame más de estas nuevas formas de vida, suena fascinante.

-Olvídate de ellos Soulaka -dijo Perturabo, levantando la cabeza de Vull Bronn y girándola de un lado a otro. -Nada bueno puede venir de esa manipulación, pero la alquimia de Fabius es potente si sus medicamentos pudieron noquear a un Guerrero de Hierro -su rostro se endureció hasta parecer granito. -No pretendo entender lo que le está pasando a la legión de mi hermano, pero no vamos a enviar más de nuestros guerreros a sus reuniones depravadas. Cualquiera que sea la corrupción que ha tomado los guerreros de Fulgrim no se propagará a la mía.

-Entonces, ¿qué hacemos ahora? -preguntó Forrix.

-Voy a tener unas palabras con mi hermano -dijo Perturabo.

Barban Falk paseaba por el puente de la *Sangre de Hierro*, vestido con su servoarmadura Mark IV y las manos ancladas a la espalda. Hizo una pausa para ver el remolino enloquecedor de colores sin nombre y el juego de nubarrones tempestuosos que florecían y luchaban más allá de la pantalla panorámica. El Ojo del Terror, como así aparecía en las cartas de astronavegación, era un rabioso holocausto de las energías inmateriales, pero el curso retransmitido desde la *Andronicus* y su navegante xenos seguía venas de espacio real que enhebraban sus profundidades turbulentas con aplomo.

A pesar de que iba en contra de todos sus instintos confiar en un guía eldar, Falk se vio obligado a admitir que los Caminos por Encima era con mucho más tranquilos que cualquier trayectoria de vuelo entre sistemas que hubiera saltado, y no habían perdido una sola de las cientos de naves de la flota. Como mejor podían, los motores de datos de la *Sangre de Hierro* estaban grabando su curso, aunque Falk sospechó que esta vía sólo permanecería viable durante el tiempo en tanto su misión se completase.

A Falk le irritaba estar solo en el puente, pero mientras Kroeger permanecía con su Gran Batallón y Forrix se engañaba a sí mismo con el primarca, al menos uno de los Tridentes tenía que estar aquí. El capitán de la *Sangre de Hierro*, un híbrido mecanizado llamado Bahdet Vort, los mantenía en curso, su cuerpo subsumido en gran medida en el trono desde el cual dirigía la nave. Falk ignoró el continuo flujo de datos correccionales del capitán y retomó su paso, sintiendo su mirada otra vez atraída por el miasma en ebullición de los remolinos luminosos y energías eternas que ardían más allá de la frágil protección de los campos de protección de la nave.

Aquí y allá, los patrones se formaban y disolvían, patrones que parecían caras, ojos y mil elementos de características humanas. Todos frutos del azar y todos ilusorios, pues la disformidad era un reino de fantasía, un reino incomprendido de peligroso y cambiante espacio en el que nada era lo que parecía y poco podría ser tomado en serio.

La práctica habitual al atravesar las corrientes del immaterium era mantener el ojo aislado del exterior, pero teniendo en cuenta la seguridad de su ruta Falk había mantenido los paneles del puente elevados. El interior de una nave espacial era un lugar tan monótono y funcional, y los colores oleosos brillantes bañando el puente en espirales maravillosas de luz y tonos a los que no podía dar nombre eran una diversión agradable.

Falk se detuvo en el centro del puente, dejando que los cantos binarios murmurados de los servidores y el ruido de los motores de datos bobinas pasasen sobre él mientras miraba hacia las profundidades de la tormenta. Como reacción a su escrutinio, las corrientes ante la nave se deslizaron y giraron en formas nuevas y cada vez más elaboradas. Líneas y curvas de intersección, una colección

desordenada de ángulos reunidos al azar. Sin sentido en sí mismos, pero como Falk descubrió pronto, comenzaron a cohesionarse en algo tangible.

Más allá del aparente caos de las espirales de luz y oscuridad, Falk vio la fugaz impresión de una cara sonriente. Un cráneo, igual que el usado en ambas hombreras de su servoarmadura. Parpadeó y la imagen desapareció. Tenía la boca seca de repente, pero no estaba seguro de lo que había visto.

Si había visto algo en realidad.

Se quedó mirando el paquete de disformidad revuelta donde pensaba que había visto el cráneo, pero las líneas y las curvas y los ángulos se negaron a reunirse. Apartó la vista de la pantalla panorámica, mirando al hierro del puente. Los signos de estrías de fabricación y micro grietas en el metal parecieron retorcerse bajo su mirada, mostrando con claridad el patrón oculto en el metal y mostrando la misma calavera que había visto en las profundidades del immaterium.

Falk apretó los dientes y miró hacia otro lado.

En las líneas de intersección de las vigas en celosía la vio de nuevo. En los puntajes arrugados del cuero de sus guantes, sus cuencas vacías y oscuras le consideraron de forma extraña, como un extranjero negándose a romper el contacto visual. Una vez visto, el cráneo no podría ser *invisible*, y Falk sintió un pánico creciente cuando las marcas de desgaste sobre las planchas de la cubierta de hierro y el tachonado de oro y negro conspiraron para tomar la forma del cráneo malicioso. Luchó para calmar su respiración, sabiendo que la disformidad podía jugarle trucos en el cerebro, que su física mal concebida era capaz de torcer la percepción de la realidad de su mente.

-Sellad el puente -dijo. -Paneles abajo.

Los paneles segmentados descendieron por la ventana panorámica, pero a medida que se cerraban los ojos de Falk se estrecharon y levantó la mano cuando vio un destello brillante de energía ante la *Sangre de Hierro,* como una estrella recién nacida.

-Esperad. Volved a subir los paneles.

Las persianas se retiraron con un gemido de protesta, y Falk corrió a la estación de observación mientras una campanilla de detección sonaba. Echó un vistazo a las

lecturas del auspex ante él y sintió la emoción creciente sitiarle. Apretó un dedo a su gorguera.

-¿Lord Perturabo? -dijo. -No estamos solos.

-En el nombre del primarca, ¿Qué acaba de pasar? -exigió Cadmus Tyro, caminando hacia la estación ocupada normalmente por Frater Thamatica, pero que ahora estaba tripulada por Sabik Wayland.

Wayland deseó tener una respuesta. Una luz roja tras otra apareció en la pantalla de acero con paneles ante él, cada uno de ellos un sistema fundamental de la nave apagándose.

-No estoy seguro, capitán -dijo Wayland. -Los núcleos motores registraron un pico crítico en el reactor y activan automáticamente los protocolos de ventilación. Ellos cerraron casi todos los sistemas a bordo hasta que hubieran purgado los niveles de energía lo suficiente para restaurarlos de forma segura.

-¿De dónde vino ese pico del reactor?

Wayland se desplazó a través de los últimos quince minutos de datos del motor, viendo que las lecturas de salida estaban muy por encima de lo que la velocidad actual del *Sisypheum* sugeriría. Cada núcleo motor estaba funcionando muy por debajo de su capacidad durante las delicadas maniobras a través de los Caminos por Debajo, pero aún estaban generando cantidades colosales de energía. Con una sensación aplastante, Wayland sospechó que él sabía muy bien a donde había sido desviada la energía.

-Thamatica, maldito idiota -dijo.

-¿Qué? -exigió Tyro, y su águila alzó el vuelo acompañando a su furia. -¿Qué ha hecho ese maldito loco ahora?

-Creo que el Frater ha hecho un segundo intento de conseguir que su proyector de desplazamiento térmico operase. Dijo que necesitaba generadores más grandes y creo que ha estado derivando la potencia del reactor a su Laboratorium.

-¡Thamatica! -gritó Tyro al vox de la nave. -¿Qué le has hecho a mi nave? ¡Ven aquí ahora y así puedo enviarte a la muerte!

No hubo respuesta, y Tyro rodeó de nuevo a Wayland cuando luces de emergencia se dispararon con un repiqueteo de los circuitos de acoplamiento, bañando el puente en un resplandor rojo. Wayland se inclinó en su terminal, extrayendo hasta la última pizca de datos de diagnóstico que aún pudiera. Vio la sutileza con la que Thamatica había ocultado su desvío de la energía del reactor, cómo había generado sistema de acumulación exponencial de energía y el desvío catastrófico de la retroalimentación al terminar su experimento.

-¿Qué nos ha hecho? -exigió Vermanus Cybus, tratando de restaurar los sistemas de armas de la nave. -No puedo extraer potencia para las baterías de cañones.

-Los protocolos de ventilación la han expulsado -dijo Wayland, mirando los niveles de producción reducidos a cero en todos los ámbitos. -Estamos muertos en el vacío.

-Maldito sea, voy a arrancarle la cabeza por esto -dijo Tyro.

-Hay más - dijo Wayland. -Y no te va a gustar.

-¿Qué?

-Expulsar tanta energía electromagnética en el espacio es como encender un faro -dijo Wayland. -Cualquier nave en un radio de cien años luz probablemente lo habrá visto.

-¿Los traidores? ¿Sabrán que estamos aquí?

-Es casi seguro.

Tyro se apartó de él y gritó hacia la estación de navegación donde Varuchi Vohra manejaba. El eldar estudioso se levantó del sofá reclinado y con gracia se dirigió hacia el capitán indignado de la *Sisypheum*.

-Los Caminos por Encima y por Debajo, ¿a qué distancia están?

Vohra extendió las manos y luego hizo espirales con ellas.

-La pregunta no es fácil de responder -dijo. -En una tempestad como ésta, la distancia es un término relativo. Uno podría preguntar también qué distancia hay entre un sueño y la vigilia.

-No necesito maldita poesía -espetó Tyro. -Dame una respuesta directa o te meteré una bala a través de tu cráneo ahora. ¿Estarán lo suficientemente cerca para haber visto nuestra bengala?

-Si ellos tienen ojos en el vacío, entonces lo han visto, sí -dijo Varuchi Vohra.

Tyro corrió hacia la estación de observación, uno de los pocos sistemas salvados del apagón por el pico en el reactor. La pantalla eran un galimatías en cascada, una pesadilla parpadeante de retornos sin sentido e imágenes confusas que los observadores no pudieron interpretar. En medio de una tormenta disforme, las lecturas auspex convencionales eran casi inútiles, y sólo la mutación única de los Navegantes podía servir para conducir una nave a través de sus corrientes inmateriales.

En este momento, Tyro necesitaba algo, cualquier cosa, que le dijera dónde estaba el enemigo.

Olas de ruido blanco y distorsión bañaron el auspex, pero sólo por un instante, la pizarra se despejó y Tyro tuvo una visión fugaz del espacio local. La amenaza se iluminó vivamente a medida que sus señores pasivos tomaban una instantánea de los retornos.

La sangre de Tyro se congeló, como si estuviera de pie junto al ataúd de estasis de Ulrach Branthan.

Más de trescientos contactos de clase capital, varados en un vector paralelo bajo.

Dos naves destacadas, cruceros al menos, se acercaban en vectores de intercepción por su vertical.

Y la *Sisypheum* a la deriva sin potencia, indefenso como un bebé sierpe en una trampa.

-¡Estaciones de batalla! -gritó Cadmus Tyro. -¡Naves enemigas aproximándose!

Perturabo observó la repetición de lo que el auspex de proa había grabado en la extensión más larga de su gama, una distorsionada recepción de datos aberrantes e interferencias disformes sin sentido. Entonces, precisamente en el mismo momento cada vez, el repentino brillo de un pulso electromagnético. Frecuencias,

luminosidad y espectro nuclear cayeron en cascada desde el brillo y Perturabo dejó el cuadro de datos en las profundas vetas de sus estratos cognitivos.

-Es una nave enemiga -dijo Forrix, su sorpresa evidente.

-¿Sabemos de quién? -preguntó Kroeger.

-Es una nave de los Manos de Hierro -dijo Perturabo, trazando un dedo por los flujos de datos mientras la grabación seguía en bucle una vez más.

-¿La décima legión? -dijo Forrix. -Los asesinos en Hydra Cordatus fueron Manos de Hierro.

-Uno de ellos lo era -corrigió Perturabo. -Pero esta es la nave en la que vinieron, lo *sé*.

El primarca detuvo el halo ardiente de energía en expansión de la nave de los Manos de Hierro, preguntándose cómo los guerreros de Medusa podrían haber sido tan descuidados como para permitir tal signo visible de su presencia.

-No entiendo cómo la décima comete un error así -señaló Kroeger.

-Mis pensamientos exactos ahora mismo -dijo Perturabo. -En circunstancias operativas normales podría decir que sería muy conveniente revelarse tan descaradamente, pero no creo que esto sea una trampa, creo que se nos ha presentado una oportunidad de oro.

-Tengo un aproximado de su última posición -dijo Falk, de pie junto al trono de mando de Vort. -Estamos a la vanguardia de la flota y estaremos a su alcance en pocos minutos.

Perturabo asintió con la cabeza, para luego inclinarse ante la consola con la imagen congelada del pulso electromagnético en expansión. Sus ojos se estrecharon mientras analizó los datos y tocó la pantalla cuidadosamente. Luego miró hacia las borrascas y tempestades furiosas enloquecidas del exterior, viendo una lógica fría y ordenada en el bullicioso centro de la tormenta, donde la sensibilidad bruta recibía una forma rudimentaria por las mismas manchas de insignificancia que surcaban sus corrientes inmateriales.

Viajando en el Ojo del Terror sólo había aumentado su sensación de ser estudiado, como si el caos eterno de la tormenta se hubiera doblado sobre sí mismo para considerar a los intrusos dentro de su corazón prohibido.

Ninguno de sus hijos genéticos podía conocer la disformidad como él: no habían escuchado sus cantos de sirena desde sus primeros días. Para ellos, el Ojo del Terror era una tormenta infernal impenetrable, un fenómeno extraño y misterioso. Un peligro espacial que debía evitarse.

Para Perturabo era un remanente de la antigua sinfonía de la galaxia, el ruido de fondo de la propia existencia y los ecos desvaneciéndose de la creación musical de la noche de los tiempos.

-¿Mi señor? -dijo Forrix. -¿Hay algo mal?

-Algo está mal -dijo Perturabo, una nueva sospecha formándose en su mente como un secreto tímido que sólo revelaría si fuese bien engatusado. -¿Qué estoy viendo aquí? Hay algo... algo que no debería *estar*...

Miró más allá de los signos evidentes de una nave en peligro y dejó que sus sospechas crecieran y se desarrollasen sin una dirección consciente. La solución vendría, aunque este pensamiento tirase de su subconsciente, pero sólo cuando estuviera listo.

Un tritono ascendente desde atrás anunció una comunicación entrante de la flota de los Hijos del Emperador. Perturabo sabía que pasaría antes de que Barban Falk lo confirmase.

-Vox llamada del *Orgullo del Emperador*. Lord Fulgrim desea hablar con usted, mi señor.

Perturabo asintió con la cabeza y una forma verde diáfana apareció sobre el proyector incrustado en la cubierta ante de la pantalla panorámica. El fenicio estaba vestido con sus ropas voluminosas, con querubines ardiendo que llevaban su larga capa y el casco de batalla alado.

-¿Lo has visto? -soltó Fulgrim, con la voz ronca por la emoción.

Lo tenemos, hermano -respondió Perturabo. –Estaremos en rango de disparo en un momento.

-¿Rango de disparo? ¿Estás seguro de simplemente destruir esta nave?

-Por supuesto, ¿qué otra cosa iba a hacer?

-La *Andronicus* está preparando naves de abordaje para capturarlo -dijo Fulgrim, como si fuera la cosa más obvia del mundo. -¿Habrás visto que se trata de una de las naves de la Gorgona?

-Décima legión, sí. ¿Y qué?

-No dejaré pasar esta oportunidad de humillar a los pobres muertos hombres de Ferrus otra vez -dijo Fulgrim.

-No -dijo Perturabo. -Tan pronto como tengamos una solución de fuego, la *Sangre de Hierro* volará esa nave de la nada.

La imagen de Fulgrim trató de parecer adecuadamente decepcionada. -¿No tienes la más mínima curiosidad por saber cómo llegaron a estar por delante de nosotros? ¿Quiénes son y por qué están aquí?

-No.

-¿En serio? Karuchi Vohra dice que pueden tener un guía como él a bordo.

- Razón de más para destruirla de inmediato.

-Permíteme ésta indulgencia –la brillante Fulgrim. -Si se tratara de una nave de los Puños Imperiales, dudo que fueras tan rápido en armar los cañones de bombardeo. Estarías a bordo de ese pesado y ruidoso Stormbird tuyo y estarías buscando un punto de penetración.

Perturabo cortó el vínculo entre la *Sangre de Hierro* y la Orgullo del Emperador. Se volvió hacia Barban Falk y le dijo: -Tan pronto como tengas una solución de disparo, destruye las naves enemigas.

-¿Mi señor? -dijo Falk. -¿Naves?

Perturabo asintió con la cabeza, comprendiendo la esencia de su sospecha, volviendo su mirada a la grabación pictográfica en bucle del pulso electromagnético. Sí, una sombra en la antorcha de la luz, un toque de oscuridad donde no debía haber oscuridad.

Un reflejo en el espejo de la tormenta donde nada debería existir para ello.

-Una de ellas está funcionando -dijo Perturabo, -pero hay dos naves ahí fuera.

La orden de ataque fue dada y los Hijos del Emperador respondieron con velocidad perfecta.

La cubierta de embarque de la *Andronicus* era caótica, con bandas que luchaban para llegar a las Stormbirds y torpedos de abordaje. Las alas de naves de ataque fueron cargadas en sus guías, recién pintadas en sus nuevos colores; tonos de rosa impactante, azules eléctricos y amarillos neón. Grandes pancartas de piel y seda se elevaron de las vigas de hierro por las olas térmicas cuando motores volvieron a la vida.

Lucius corrió entre la multitud, en dirección a la Stormbird más cercana.

Un barco enemigo indefenso, el mejor tipo de barco enemigo, a la deriva en el vacío al alcance de un asalto y su tripulación a la espera de ser masacrada. Sus espadas prácticamente bailaban en sus vainas, y aunque se dijo que su deseo era sólo su imaginación, ya no podía convencerse a sí mismo. Su armadura brillaba por la grasa humana untada y la sangre de sus cicatrices faciales frescas todavía estaba pegajosa en el águila desfigurada en el centro de su servoarmadura.

Lucius saltó a la rampa de asalto del Stormbird y, convencido de que se había asegurado su lugar en la primera oleada de naves de abordaje, se volvió para ver quién más podría unirse a él. Los legionarios se empujaron y lucharon para ser los primeros en llegar a enfrentarse con el enemigo. Sus devociones habían profundizado desde Prismatica, y la posibilidad de bañarse en los gritos del enemigo era demasiado deliciosa como para dejarla pasar.

Marius Variosean berreaba mientras se dirigía a una Stormbird esperando, su Kakophoni rugiendo detrás de él con sus demenciales y agudos cañones sónicos gritando y gimiendo como un coro de condenados. Bastarnos Abranxe se había abierto camino a una nave, junto con su consorte Lonomia Ruen. Abranxe lo vio y levantó una espada. Desafío o saludo, a Lucius no le importaba.

La mirada de Lucius se sintió atraído por un torpedo de embarque en el otro extremo de la cubierta, aislado de los otros como una víctima de la peste. Nadie luchaba para llegar a este, pues la solitaria figura del apotecario Fabius se puso delante de él, dirigiendo con calma el movimiento de una plataforma elevadora

pesada mientras esta insertaba un recipiente gigante en las profundidades de la nave. Etiquetado con todo tipo de símbolos de peligro biológico, incluso la búsqueda de sensaciones de los Hijos del Emperador les decía que se mantuvieran lejos de las cosas terribles paridas en las cámaras dementes de Fabius.

Servidores envueltos en carne guiaban los contenedores biológicos al interior como los esclavos de algún antiguo constructor de monumento. Se aseguraron en el interior del torpedo y Fabius entró después, cerrando los paneles explosivos tras él.

-¿Qué estás haciendo, viejo nigromante? -preguntó Lucius, despertado su interés.

Oyó los booms de percusión de las escotillas sellarse cuando estas se cargaron por completos de torpedos de abordaje, y sonrió mientras se agachaba de nuevo en el interior de color rojo con iluminación del compartimiento de la tripulación. Decenas de Hijos del Emperador se aseguraban a sí mismos con los arneses de gravedad, cortando sus palmas con los dientes de sus espadas-sierra, meciéndose hacia adelante y hacia atrás de la emoción reprimida o aullando como lobos enloquecidos en una jaula. La rampa de asalto se elevó y Lucius sintió al Stormbird rebelarse contra las mordazas de su carril de lanzamiento. Rápidamente encontró un asiento vacío y se ancló a sí mismo mientras la aullante y vibrante nave de ataque fue finalmente lanzada.

Los potentes motores escupieron al Stormbird al vacío en calma entre la Andronicus y su víctima. Poderosas fuerzas G pegaron a Lucius a su asiento y lamió la sangre de sus labios.

Sus espadas estaban desenvainadas, aunque no tenía ningún recuerdo de haberlo hecho.

Escupió sobre las cuchillas, riendo a medida que el placer cantaba a través de su cuerpo.

Perturabo maldijo cuando vio a la *Andronicus* corregir su rumbo con chorros controlados, interponiéndose entre la *Sangre de Hierro* y la nave a la deriva de la X Legión.

-Maldito seas, hermano -susurró Perturabo.

-Tengo una solución de fuego –dijo Barban Falk.

Perturabo negó con la cabeza. -Sería golpeada la *Andronicus*.

-Fulgrim ordenó a su nave bloquear el tiro -gruñó Forrix.

-Es casi seguro -asintió Perturabo.

-Sabía que íbamos a abrir fuego -dijo Kroeger. -Yo digo que disparemos todos modos. Es su maldita culpa si su nave es golpeada.

Perturabo degustó la proposición, sabiendo la mayor parte de él quería dar la orden y enfrentarse a las consecuencias. Fulgrim había descendido a las profundidades aterradoras de la egolatría, y sabía lo que sus creencias recién descubiertas en demonios y dioses podían obligarle a hacer si él sentía que estaba siendo atacado. Estos narcisistas podían torcer cualquier hecho accidental o imaginar de algo ligero el insulto más grosero, y encender la chispa de una guerra espacial entre dos legiones enteras en el Ojo del Terror probablemente no era prudente.

-No -dijo Perturabo. -Tal acto romperías nuestra frágil alianza con certeza, y todavía de descubrir tras lo que mi hermano realmente va.

-¡Te desafió! -gruñó Forrix. -Se ha ganado la retribución.

-Basta -dijo Perturabo, sacando *Rompeforjas* de su arnés en el hombro. -Si Fulgrim quiere capturar esta nave, entonces no le permitiremos obtener toda la gloria.

Kroeger fue el primero en comprender las implicaciones de sus palabras.

-Tendré listos los Stormbirds -dijo, en dirección a las puertas blindadas en el puente. –Estaremos listos para despegar en diez minutos.

-No -dijo Perturabo. –Esto habrá terminado para entonces.

-¿Y la segunda nave? -dijo Forrix.

-Ya se ha ido -dijo Perturabo. -Quienquiera que fuera, no quiere ser parte de esta lucha todavía. Si queremos llevar el hierro a la piedra, tenemos que hacerlo ahora.

-Mi señor -dijo Forrix, con una nota de advertencia en su voz cuando se dio cuenta de lo que pretendía Perturabo. -¿Tan cerca de los bordes de la interferencia disforme? ¿Sin puntos de bloqueo fijos? Los riesgos son demasiado grandes.

-Fulgrim pudo haber comenzado esto, pero nosotros vamos a terminarlo de una maldita vez -dijo Perturabo, volviéndose a Barban Falk. -Llévanos por encima de la nave enemiga y enciende la cámara de teletransporte.

CATORCE

Aquí hay monstruos

Tú me heriste

El círculo está completo

Los impactos fueron ensordecedores, llenando la superestructura de la *Sisypheum* con zumbido ecos de metal sobre metal. Los mamparos interiores se arrugaron como papel metálico ante la fuerza de los torpedos de abordaje que se estrellaron contra el costado remendado de la nave. El acero laminado y la ceramita se separaron cuando los hocicos contundentes de los torpedos los arrancaron de camino al mayor espacio vacío en la nave de los Manos de Hierro: su cubierta de embarque.

Cargas Magna explotaron a partir de las secciones frontales de los torpedos y las lanzaderas de asalto la barrieron con conos dispersos de metralla al rojo vivo ante ellos. Causaron poco daño adicional, pues Cadmus Tyro había ordenado vaciar la cubierta de lanzaderas en previsión de un ataque. Las hojas rotativas de los torpedos de abordaje se detuvieron y los pernos de bloqueo volaron en secuencia.

Vermanus Cybus dio la orden de ataque con un pulso sináptico a través del implante MIU en su cráneo. No bien se habían recibido órdenes cuando los paneles selladores en el borde de la cubierta de embarque se cerraron en sus destinos y dos docenas de Rhinos de ébano y hierro cargaron hacia los torpedos de embarque. Cybus no organizaría una defensa estática de su nave, sino un contraataque relámpago.

Se montó encima de su Rhino de mando muy modificado, fijándose en la cúpula con las abrazaderas magnéticas de la parte inferior de su cuerpo mecanizado. Aplastó los gatillos de los bólter tormenta montados, enviando corrientes de estelas

que jugaron sobre las fauces de gusano de los torpedos. Corrientes de proyectiles bólter salpicaron la armadura exterior quemada de los torpedos mientras torretas tormenta blindadas surgieron de sus refugios y devolvieron el fuego.

Equipados con blindaje adicional y conducidos sobre los escombros triturados de la entrada de los torpedos a una velocidad que destrozaría cualquier motor, ninguno de los vehículos se detuvo. Las cargas en los paneles internos volaron de los torpedos y un rugido de odio bestial surgió de su interior, como el eco horrible de los dragones cavernarios de Karaashi. Cybus detuvo su Rhino cuando los hocicos de los torpedos cayeron y las rampas de asalto se estrellaron contra las planchas dañadas de la cubierta.

-¡Aquí vienen! -gritó a través de una variedad de longitudes de onda. -¡El hierro perdura!

Las puertas de la tripulación de los Rhinos cayeron y los legionarios de negro desembarcaron de sus vehículos, cerca de doscientos hermanos de batalla en movimiento para ocupar posiciones de cobertura entre montantes caídos, paneles de la cubierta rotos y los mamparos derribados.

Una masa aullante de carne retorcida y armaduras cosidas fue vomitada del interior de los torpedos que habían impactado primero, cien o más... cosas que no se parecían a nada que Cybus hubiera visto. Sus ojos artificiales eran capaces de mostrarle información visual en un espectro múltiple y con una claridad increíble, pero en este momento deseó que no pudieran.

No había dos monstruos semejantes, cosas híbridas de carne brillante, anatomías distorsionadas y músculos hinchados. Sus miembros eran alargados, armados y extensibles garfios curvados. Se movían con una velocidad asombrosa, algunos como muelles de pistón orgánicos, otros con los muslos rojizos de poderosas bestias de carga. Como figuras de cera demasiado cerca de una lámpara de calor, sus cuerpos plastificados eran amalgamas fusionadas de un centenar de anatomías recompuestas, abominaciones manipuladas genéticamente que nunca debió haber nacido.

Pero peor que todas sus deformidades y anomalías era la cruda realidad de que sus cuerpos habían sido claramente una vez los de marines espaciales. Ninguna carne mortal hubiera podido soportar tal mutilación celular tortuosa y sobrevivir. Los

disparos de los Manos de Hierro se atenuaron cuando la terrible verdad se alojó en su interior, y los monstruos se apoderaron de ese lapso momentáneo en la disciplina para cerrar la distancia entre las dos fuerzas con una velocidad aterradora.

Quizás una barrera fuer derribada en un tartamudeo de fuego cuando los Manos de Hierro se recuperaron de la conmoción. Proyectiles explosivos y detonaciones de misiles de corto alcance redujeron a los muertos a fragmentos de órganos, pero no fue en absoluto suficiente para detener la marea de carne aberrante.

Los monstruos atacaron a los Manos de Hierro en una masa de músculos duros como la piedra y hueso.



Los Terata, las creaciones deformes y fallidas del apotecario Fabius.

Cassander había sido gene -hecho a mano para despedir a los efectos debilitantes de miedo. Su fisiología fue diseñada para bloquear las respuestas neurológicas y químicas para esa emoción y su mente había sido entrenada para resistir su tacto. Había librado guerras por el Emperador durante cientos de años y nunca había dejado que los muchos terrores de la galaxia le impidieran su misión.

Pero nada lo había preparado para esto.

Esto era luchar contra guerreros que el todavía llamaba hermanos.

A raíz de su venganza fallado en Fabius, los servidores esclavos dementes le habían arrojado en una de las cámaras sepulcrales, papel de pared con una gran cantidad de bestias malolientes y resoplando. Él esperaba que ellos atacasen, cayesen sobre él con sus armas, las extremidades anatómicamente imposibles y lo desgarraran.

En su lugar, lo habían aceptado como uno de los suyos.

Sólo entonces Cassander había comprendido que estas *abominaciones* habían sido una vez legionarios como él. Fuese cual fuese su legión, ahora eran monstruos terribles con bocas babeantes llenas de colmillos y garras desiguales. Desviaciones quirúrgicas y genéticas, monstruos con sólo los últimos vestigios de su humanidad.

Sólo entonces él había visto cómo de devastado y distorsionado su propio cuerpo se había convertido.

Hinchado hasta lo irreconocible y descolorido por la suciedad venenosa y agentes biológicos inyectados en su cuerpo, de su carne era ahora una burla a la perfección de la que una vez estuvo orgulloso. Vio la inflamación en sus músculos, la dureza de su piel y el saliente distendido de sus huesos en cada articulación.

Los monstruos no le atacarían, porque él era uno de ellos.

Mantenidos como animales exóticos en una casa de fieras, fueron alimentados con una papilla rica en nutrientes que solo Cassander pareció entender era mezclada con hormonas de crecimiento y desencadenantes de genes que aumentaban su agresividad y fuerza. Las luchas y el derramamiento de sangre eran endémicas después de cada ración, y numerosas veces Cassander se vio obligado a defender la porción de suelo de la cámara en la que se acurrucó para dormir.

Había ignorado la papilla, aunque su estómago se rebeló ante su ayuno. Su reformada fisiología exigía la alimentación, y podía sentir su metabolismo sobrecalentado comenzando a devorarse a sí misma. Eso era una buena señal. Significaba el fin de su sufrimiento.

Él iba a morir y esta pesadilla terminaría.

Entonces se acordó de las palabras de Navarra y el credo de los puños, cada uno de los principios de Rogal Dorn incrustados a través de su cráneo, como impulsado por el puño del propio Emperador.

La determinación, la autonomía y firmeza.

El honor, el deber y la capacidad de soportar cualquier cosa.

Cassander comió con moderación, digiriendo sólo lo suficiente para mantener su fuerza y luchar para controlar el repentino impulso por hacer daño a los que le rodeaban. Sus estados de ánimo se balanceaban violentamente, y requirió hasta el último trozo de su fortaleza mental para aferrarse a las cosas que le hacían quien era: un guerrero de las Legiones Astartes y un orgulloso hijo de Rogal Dorn.

El tiempo tenía mucho menos significado para él en este mundo crepuscular de salvajismo, y luego llegó el momento en que las puertas de los mamparos se abrieron y fueron conducidos a un canal electrificado que conducía a un tubo caliente de hierro que retumbaba y se sacudía como si sufriese los disparos del cañón de una pieza de artillería.

Un impacto estruendoso, una ultra rápida desaceleración. Explosiones secuenciadas de aire muy caliente que les empujaron a la parte delantera del tubo en una masa repleta de aullidos de rabia. Atomizadores montados en el techo llenan el aire con estimulantes químicos que hicieron sangrar los ojos de Cassander y acelerar el pulso arterial en el con un trueno en el pecho. Ahora ambos corazones estaban latiendo. Se sentía mareado y la sopa rica en oxígeno de su sangre alterada le estaba volviendo loco por el miedo y la ira. La potente mezcla de emociones estridentes hinchó su musculatura ya desproporcionada terriblemente con refuerzos suprarrenales y estimulantes que inducían a la rabia.

El mamparo que les encerraba en se levantó, y una luz brillante inundó el tubo de hierro en la que habían sido confinados. Una estampida de monstruos aullantes

cargaron desde el interior, inconscientes y alimentados por la ira alquímica. Delante de ellos, guerreros con servoarmaduras negra dispararon armas pesadas que desgarraron a los primeros monstruos que escaparon de su cautiverio. El olor de la sangre y de las cavidades interiores de sus cuerpos llenó los sentidos recién despiertados de Cassander con la necesidad de desgarrar la carne de sus huesos.

Luchó contra la sensación, pero fue llevado hasta los guerreros de negro a pesar de su reticencia a acercarse a ellos. Sabía que debía reconocerlos. Él sabía que no eran sus enemigos, que eran hermanos, pero lo que su cerebro le decía y lo que su cuerpo demandaba eran dos cosas muy diferentes. Cassander observaba cómo sus compañeros monstruos mataban con barridos de brazos con garras o con vómitos biliares tóxicos.

Esto no era la guerra que libraban las legiones; era una degenerada masacre. Alrededor de Cassander, el fuego bólter estaba cobrándose un saldo sangriento con los monstruos, desgarrando trozos de carne o astillas de huesos en gotas de sangre hedionda. Él luchó para mantenerse separado del cuerpo a cuerpo danzante pero, inevitablemente, se encontró cara a cara con un guerrero de reluciente servoarmadura negra y un puño de acero de plata pura. Cassander levantó los brazos, luchando contra el impulso de arrancarle la cabeza a este legionario.

-¡Mano de Hierro! -gritó. -¡Soy de las legiones!

Sus palabras fueron destrozadas por la remodelación genética de la mandíbula, y si el guerrero le entendió, no dio señales de tal evento. El bólter del legionario estalló en llamas y Cassander se dobló cuando el proyectil le golpeó en el centro de su pecho. El dolor era increíble, pero en vez de eviscerarle y repartir sus intestinos por el suelo, el proyectil fue desviado por su caparazón óseo recién osificado.

Cassander rugió y arrancó el bólter del Mano de Hierro. Rompió el arma en dos y arrojó lejos las mitades rotas antes de saltar sobre el guerrero desarmado. Un golpe le abrió el casco, el siguiente la arrancó de la gorguera. Gases neumáticos silbaron en torno a las facciones reveladas, parte aumentadas, parte carne.

La ira de Cassander vaciló ante el odio de su oponente.

El astarte de repente tenía una larga hoja de combate en la mano y la condujo hacia el flanco de Cassander. La punta rozó el escudo óseo antes de encontrar un punto

débil y perforar uno de los pulmones de Cassander. Saliva mezclada con sangre roció la cara del Mano de Hierro. Cassander se agachó y agarró la garganta del guerrero, tirando de él en una maraña de tubos brillantes y chorros de sangre arterial. Con el último aliento de vida, apuñalo a Cassander dos veces más, pero no había ninguna fuerza detrás de los golpes. La hoja se deslizó de sus dedos cuando la vida escapó de él.

Cassander se puso de pie, viendo caer la sangre coagulada de la ruina de tejido traqueal en su agarre. La Arrojó lejos, disgustado y horrorizado por lo que había hecho. Un sirviente del Imperio había muerto por sus manos, y la enormidad del hecho luchó por encontrar un lugar en su mente donde se podría entender.

Felix Cassander, capitán de los Puños Imperiales, había asesinado a un guerrero de los Manos de Hierro. Lágrimas aceitosas fluyeron por su rostro, y su estómago se sacudió con repugnancia. Echó hacia atrás la cabeza y aulló mientras la batalla se arremolinaba a su alrededor en un derramamiento de sangre y violencia.

Solo, en medio de monstruos arrasadores, Cassander supo el verdadero horror de lo que el apotecario Fabius había hecho con ellos.

El choque repentino de desaceleración. El auge de los pernos de bloqueo levantándose y el lavado de calor de una carga magna. Luces férreas se vertieron en el Stormbird cuando la rampa descendió como un pistón, y Lucius esperó hasta que una docena de compañeros se hubiera acercado a los dientes de los Manos de Hierro armas antes de lanzarse a la lucha. No tenía sentido ser la paja cortada en los primeros y fulminantes disparos, después de todo.

Sordos impactos palmearon el casco de la Stormbird, fuego de supresión de los Rhinos y defensas estáticas. La cubierta de embarque de una nave era un blanco fácil desde el punto de vista de abordarla con naves de asalto, pero estaba bien servida de armas y defensores. Lucius exploró la disposición de los Manos de Hierro en un latido de corazón, la falta desalentadora de la imaginación en su disposición. Vio la influencia prescriptiva de Guilliman en las defensas, y se burló del impulso desesperado de los Manos de Hierro por seguir a alguien nuevo.

Un proyectil le golpeó en el hombro, enviándole un estallido de dolor a través de él. Cada vez más, se sentía como si su armadura se estuviera convirtiendo en parte de él, como una piel endurecida con receptores para el dolor y el placer en la misma medida. Fue una idea bienvenida. Saltó a un lado cuando una ráfaga feroz de fuego automático segó la rampa de asalto. Láminas chispeantes cayeron como lluvia de neón cuando los proyectiles explosivos detonaron en medio de la carga de los Hijos del Emperador. Una veintena de guerreros hechos carne picada, otro puñado cortado con minuciosidad mecánica. La sangre se derramaba por la rampa, pero Lucius no dedicó un recuerdo para los muertos.

Cuatro Stormbirds habían penetrado la cubierta de embarque junto a un número de torpedos de abordaje, y un tamiz superpuesto en su visor le dijo que otras tres se habían abierto paso en otras áreas de la nave enemiga. Esta nave estaba condenada, y lo único que quedaba era hacer deporte con su tripulación. Más Hijos del Emperador fueron ganando las cubiertas, pero fue la ola de monstruos bestiales que atacaban los Manos de Hierro lo que exigió la atención de Lucius.

Sonrió al ver a Fabius en la parte superior de la rampa del torpedo, como un padre orgulloso de ver a su descendencia. ¡Y qué descendientes! Una maravillosa colección de animales salvajes, de hermosos terata elaborado claramente con la plantilla genética de la legión: una exposición de lo grotesco que podría igualar a cualquier carnivalia que el fenicio hubiera montado. Eran terribles e increíbles, y el alcance de lo que Fabius había hecho era impresionante.

Una bestia descomunal cuya carne humeante era de un rojo brillante y caliente como un horno estrelló un Rhino como un juguete de papel, hundiendo todo el costado del vehículo. Sus músculos eran enormes, y un puño oscilante lanzó el vehículo blindado en el aire para aterrizar a treinta metros de distancia, en un amasijo de metal. Fuego bólter rasgó su carne, cortando surcos a través de la carne sólida de su cuerpo. Rugió, con sus ojos estaban hinchados de sangre y sus músculos untados con excreciones apestosas que denotaban grasa hervida.

Los Manos de Hierro se apresuraron a alejarse del gigante mientras este convirtió otro Rhino en chatarra, arrancando el eje de transmisión aún girando como un garrote gigante. Los Manos de Hierro trabajaron en grupos concertados

manteniendo la distancia mientras le martilleaban con proyectiles explosivos por todas partes.

Lucius corrió entre ellos, despedazándoles con sus espadas con trazos fluidos, económicos. Se volvieron hacia él, todas las pistolas y cuchillas, pero ninguno era un desafío para él. Se agachó ante un barrido torpe de una espada-sierra, introduciendo su espada a través del codo del guerrero y fintando para conducir una segunda hoja a través de la parte posterior de su cuello y hacerla emerger por la placa frontal de su casco.

Más Hijos del Emperador se unieron a la pelea, una divertida, chirriante banda de asesinos maniáticos dirigidos por Bastarnae Abranxe y Lonomia Ruen. Las dos espadas de Abranxe eran borrones de acero, pero Lucius no se impresionó. La velocidad no era habilidad, y más a menudo de lo que esperaba, sus golpes infligieron heridas torpes sin delicadeza. Ruen luchó con sus dagas huecas, puñales de hoja delgada que lloraban lágrimas de veneno. Aquellos a los que hirió quedaron atrás con espasmos y convulsiones tóxicas, pero algunas de sus víctimas fueron asesinadas. Tal vez ese era el objetivo.

Lucius les dejó divertirse, deslizándose a través de la lucha con la gracia de un asesino, y sus hojas instrumentos de asesinato extravagantes. Los cuerpos les presionaron en todas partes, pero Lucius se movían como humo por entre el combate de los Manos de Hierro y los asesinos monstruosos de Fabius. Los Manos de Hierro lucharon con una especie de tenacidad mecánica y costaron una gran cantidad de muertes. Lucius sintió una emoción vertiginosa cuando un guerrero que debería haber muerto a causa de un gran corte en el cuello y una puñalada simultánea en su cavidad torácica le aporreó contra el suelo con un puño de hierro como un martillo pilón.

Se tambaleó por el golpe, pero se recuperó rápidamente mientras el guerrero se acercó para acabar con él. Líquido viscoso brotaba de sus terribles heridas, pero su brillante brillo petroquímico le dijo a Lucius que las hojas solo habían seccionado algunos componentes mecanizados.

-Apenas hay suficiente carne en ti para matar -dijo, balanceándose a un lado por un torpe barrido de espada-sierra. Lucius giró sobre sus talones y golpeó con el codo el costado del casco del guerrero. Este se tambaleó, pero no cayó, incluso cuando

Lucius embistió las dos espadas en el intestino del guerrero. El Mano de Hierro gritó algo, pero las palabras eran poco más que gárgaras ininteligibles. Una burbujeante espuma roja salpicó desde la rejilla de la placa frontal y Lucius degustó la textura rica en aceite de su sangre.

Ya aburrido de esta lucha, Lucius arrancó a sus espadas y las unió en un movimiento de tijera que separó la cabeza del Mano de Hierro de sus hombros. Lucius se giró y se introdujo de nuevo en la refriega, con la esperanza de que, al menos, hubiera un guerrero a bordo de esta nave que pudiera, al menos, darle un momento de distracción.

Una bestia de pesadilla con los brazos dentados de una mantis gigante saltó en medio de un pelotón de Manos de Hierro y taló a tres de ellos en otros tantos barridos de sus poderosas extremidades. Aullaba mientras mataba, un grito lastimero que eran en parte fruto del odio y en parte de la angustia. Cybus giró el arma montada de su Rhino y mantuvo la retícula flotante en sus ojos pegada a su cráneo. Un chorro de proyectiles bólter guiados destrozaron la mitad superior del monstruo en un confeti de carne rica en rojo.

Guerreros encerrados en servoarmaduras con colores nacidos de sueños febriles emergieron de las naves de asalto envueltas en humo. Llevaban el aquila distintivo en sus pechos, aunque desfigurado, que los marcaba como los Hijos del Emperador, pero ningún otro signo permanecía para señalarlos como la una vez orgullosa legión. Sus servoarmaduras estaban adornadas con pieles y trofeos sangrientos de la guerra, repleto de símbolos obscenos y ganchos soldados.

Aunque su cuerpo hacía tiempo que había dejado de lado la debilidad de la carne por la pureza del hierro, el odio se encendió en su corazón ante la visión de los Hijos del Emperador. Esta escoria degenerada escoria había asesinado a su primarca, y en ese momento, Vermanus Cybus nunca se había sentido más vivo y más humano.

Antes de la traición en Isstvan, Cybus había luchado junto a los guerreros del fenicio en numerosas ocasiones. Él siempre había respetado su devoción a la consecución de la perfección, encontrando mucho que admirar en su espíritu marcial. Hace muchos años, había discutido hasta largas horas de la noche con un

joven oficial llamado Rylanor sobre el fondo de la resistencia orgánica contra la energía aumentada, burlándose de la fe del legionario en su carne mientras ensalzaba la virtud de hierro.

¿Estaba el joven Rylanor ahora entre estos degenerados? ¿Tendría Cybus ahora que matar a un guerrero que una vez había admirado? La idea no le molestó, y sólo sirvió para reivindicar su creencia en la superioridad del hierro sobre la sangre y el hueso. Los Hijos del Emperador se desplegaron a través de la cubierta, disparando salvajemente y aullando un extraño cántico de batalla extraño desgarraba los aumentos de Cybus y llenó su cráneo con una estática invasiva similar a mil gritos.

Aullidos, hojas chillando y luces estroboscópicas de fuego llenaron la cubierta de embarque cuando los Manos de Hierro lucharon contra los invasores en sangriento cuerpo a cuerpo. Miembros mutantes y garras implantadas genéticamente arrancaron placas de servoarmadura con su precio en sangre y, a cambio, las espadas-sierra y el fuego de bólter a quemarropa atravesaron y mutilaron los horribles cuerpos de los monstruos. Cybus enfocó el fuego de sus bólters tormenta sobre ellos, viendo que algunos caían sin heridas causadas por sus propios hombres. Vio a un legionario mutado colapsarse cuando su anatomía alterada finalmente se rebeló y le devoró por dentro. Otro simplemente explotó cuando la mutación celular desenfrenada le destrozó y lo transformó en una masa retorcida de apéndices gelatinosos como un arrecife de coral carnoso.

Cybus detuvo su masacre cuando vio una figura en medio de las bestias, un guerrero armado con un artefacto horrible de hojas, taladros y herramientas de disección estrépito en sus hombros como una versión quirúrgica de un servo-arnés. Hizo girar la cúpula para apuntarle, pero la figura fue oscurecida por sus monstruosas cohortes antes de que pudiera disparar.

Cybus desestimó la figura solitaria y examinó la lucha con la conciencia tranquila de un planificador de tácticas en un barracón. Los monstruos estaban contenidos por el momento; la resistencia de sus guerreros y su propia inestabilidad biológica les impedía avances significativos, pero los Hijos del Emperador amenazaban con superar la cubierta.

-¡Primer escalón, contened el flanco derecho! -ordenó Cybus cuando guerreros en púrpura y oro y la piel estirada se desplazaron para rodearlos. -Reserva uno, despliegue ahora.

Los Rhinos dieron la vuelta como una puerta cerrándose, moviéndose con el apoyo sin problemas de su infantería, manteniendo ráfagas castigadoras de proyectiles que masticaron las filas de los Hijos del Emperador. Armas estáticas y torretas emplazadas nivelaron las áreas abiertas de la cubierta, fijando a la fuerza de flanqueo en su posición mientras los Manos de Hierro se reorganizaban.

Cybus permitió un momento de satisfacción sombría.

Los Hijos del Emperador pagarían por su insensatez.

La batalla iba y venía por debajo de él: una palpitante y caótica masa de furia arrasadora, clínico sentido táctico y extravagancia teatral. Como un ejercicio de los diferentes modos de combate, habría hecho un estudio fascinante, pero Sharrowkyn estaba más interesado en la localización de los puntos nodales del ataque enemigo donde un ataque repentino provocaría la mayor discordia. Giró a través de las vigas superiores y pórticos de servicio de la cubierta de embarque, siempre en movimiento y haciendo una pausa sólo para evaluar la situación táctica.

Vermanus Cybus era un hombre intransigente de poco carisma personal, pero no tenía las garras de un secutor acerca de la metodología del combate. Sus guerreros estaban reaccionando a cada golpe de los Hijos del Emperador con presteza y lógica rápida, incluso si los atacantes no estaban luchando con la lógica como guía.

Si los arquitectos de este asalto tenían la esperanza de romper la defensa con un solo golpe castigador, iban a quedar muy decepcionados.

Las cosas monstruosas estaban siendo lentamente rechazados; la furia animal caliente no podía competir con la fría calma y la naturaleza inflexible de los Manos de Hierro. Sharrowkyn vio varios Hijos del Emperador en el fragor de la batalla más dura, y un asesino brutal con dos hojas que creó un camino de cadáveres a través de los defensores. Un guerrero con armadura adornada con espigas seguía su estela, luchando con un par de dagas que estaban claramente envenenadas.

Pero Sharrowkyn había visto un guerrero que una y otra vez que le llamó la atención sobre todo, un espadachín la habilidad sublime. Este guerrero conocía las

diferencias entre la vida y la muerte como ningún otro, pasando entre las hojas y las balas como si estuviera *deslizándose como un fantasma*, con la misma facilidad con la que otro hombre cruzaría una habitación. Sus hojas bailaban dentro y fuera de los espacios ocupados por los vivos y, al hacerlo, estos dejaban de serlo.

Este era el hombre que necesitaba matar.

Lucius vio la sombra caer sobre él un instante antes de que le golpeara.

Giró para evitar todo lo que se le venía encima, pero no fue lo suficientemente rápido.

El impacto fue como ser golpeado por un martillo de asedio y el aire fue expulsado de los pulmones cuando el guerrero en picado lo estrelló contra la cubierta. Se dio la vuelta mientras una espada de negra hoja cortó hacia abajo, y bloqueó otra con una velocidad instintiva. Lucius vio una figura negra estocarle, y utilizó sus muñecas para que sus hojas se unieran en una cruz de bloqueo. Giró su agarre y sobre sus talones para asestar un golpe mortal a la garganta de su oponente.

Su espada golpeó acero afilado, y sólo una desesperada parada mantuvo su cabeza sobre sus hombros cuando una cuchilla silenciosa se abalanzó sobre él. Lucius estaba impresionado, contento de haber encontrado un guerrero que sabía con qué extremo usar la espada. La mayoría de los otros contrincantes habría perdido sus armas en su primer bloqueo.

-Tienes una cierta habilidad -dijo mientras daban vueltas entre sí.

El guerrero no respondió, y sólo entonces Lucius se dio cuenta de que no se trataba de un Mano de Hierro.

-Guardia del Cuervo -dijo, reconociendo el agarre, la posición y el ángulo de las hojas favoritas por los guerreros de la sombra de Corax. -Eso explica por qué sigues con vida.

La Guardia del Cuervo atacó en una serie de fintas cegadoras, cortes altos y estocadas deslumbrantemente rápidas que Lucius rechazó, esquivó y apartó de si

en un duelo cada vez más rápido y establecido. El guerrero no solo era hábil, tenía talento también. Dotado, incluso.

-Hace mucho que no mato a ningún pajarito negro -se rio Lucius. -Desde Isstvan, por lo menos.

El guerrero no reaccionó ante la provocación de Lucius, que lo marcó como más hábil de lo que pensaba. Dándose cuenta que no obtendría fácilmente un descuido del Guardia del Cuervo, Lucius dejó a un lado su necesidad de humillar a su oponente y optó por derrotarlo. Una y otra vez se acercaron, dando vueltas como bailarines atrapados en una rutina que sólo podía terminar con la muerte de uno de los artistas.

Lucius estudió el guerrero mientras luchaban. Sus movimientos eran como aceite en el aire, una progresión fluida y en equilibrio. Su manejo de la espada era impecable, técnicamente perfecta, pero fortalecidos por una comprensión innata de la forma del arte de la espada. Con un sobresalto, Lucius se dio cuenta de que este guerrero era casi igual a él.

Una sacudida de incertidumbre inundó Lucius ante la idea de que el guerrero tuviera la oportunidad de superarle. Se echó a reír, mareado por haber finalmente encontrado a un enemigo digno, cada uno de sus nervios excitado la idea de la derrota, incluso si la posibilidad era tan remota que fuese casi imposible. Que esa posibilidad existiera siquiera era razón suficiente para deleitarse con él.

-Amigo mío -le dijo, esquivando un golpe bajo a la ingle y contestando con un golpe juguetón en la cabeza. -Tu nombre, tengo que saberlo.

El guerrero respondió con una estocada víbora en el cuello y un largo corte a la garganta. Ahora enfadado, Lucius bateó el golpe y golpeó en la muñeca del Guardia del Cuervo. Una hoja negra desvió el golpe y un contraataque de velocidad asombrosa cortó una ranura en el águila en el peto de Lucius.

-Respóndeme, maldita sea -espetó Lucius, y otro corte punzante se deslizó más allá de sus defensas abriéndole una profunda herida en la mejilla. Asombrado, Lucius rompió el círculo del duelo y bajó sus armas por el asombro. La sangre goteaba de su cara y su cólera desapareció en un estallido de felicidad extasiada.

-Me has herido -dijo, sorprendido y encantado al mismo tiempo. -Ciertamente me heriste. ¿Sabes lo raro que es eso?

Antes de que el guerrero pudiera responder, no es que Lucius realmente lo esperase, otra figura entró en el círculo del duelo y los derribó. Lucius cayó con fuerza, perdiendo su control sobre sus espadas y se golpeó la cabeza contra una placa de la cubierta abrochado. A través de una nube de sangre y mareos, vio una mancha de color rosa y oro encararse al espadachín de la Guardia del Cuervo.

El nuevo invitado desplegó un par de espadas en un golpe de decapitación, e incluso a través de un velo rojo por la sangre Lucius reconoció la torpe habilidad marcial de Bastarnae Abranxe. El Guardia del Cuervo se introdujo por debajo del golpe y dio la vuelta a su atacante. Sus espadas se enterraron en el vientre de Abranxe por el hueco entre la placa trasera y la culata. Abranxe gruñó de dolor, pero antes de que pudiera hacer algo más que volverse para enfrentarse a su atacante, su garganta fue abierta por una hoja, y la parte superior de su cráneo por otra.

Abranxe cayó muerto y Lucius rio al verlo tan humillado. Dudaba que incluso Fabius pudiera deshacer ese tipo de daños.

El Guardia del Cuervo no se concedió una pausa para disfrutar de su presa y se lanzó para terminar Lucius.

Pero los hados, al parecer, aún tenían planes para él.

Una cúpula azul caliente de fuego eléctrico explotó en el centro de la cubierta de embarque, enviando una onda de aire expansiva a través de la cámara arqueada como la onda expansiva de una munición atmosférica. El Guardia del Cuervo tropezó y Lucius probó el sabor amargo y metálico de la energía de teletransporte. Parpadeó para alejar las post-imágenes de múltiples fuentes de luz y los ecos fantasmales de cosas que nunca habían existido.

Los combates en la cubierta de embarco cesaron hasta que la luz azul se desvaneció.

En su lugar Perturabo apareció dentro de un círculo de guardianes robóticos.

QUINCE

Otra forma de combatir

Hierro dentro

Reunión con el capitán

Thamatica corría a lo largo del enginarium, moviéndose entre los controles de ventilación del reactor a través de nubes de gases. Suficientemente calientes como para desprender la carne desnuda, cada explosión sobrecalentada desprendió la pintura de su servoarmadura y su interior se sentía como un horno. Sudaba a través de su traje, le picaban los ojos y difuminando las remesas de información parpadeando en la visera.

Rejillas de ventilación de emergencia estaban drenando energía de los reactores lo más rápido que podían. Se detuvo junto a una estación de ventilación y observó a los números de marfil en la pantalla haciendo clic-clac mientras descendían como el altímetro de un avión en caída libre. El recién implantado servo-arnés en la espalda manejaba ruedas de hierro de color rojo en la tubería de más arriba, y un puerto de datos estaba conectado en un terminal abierto cercano. Su torrente sanguíneo aumentó con el calor sinestésico de los reactores que protestaban.

-Sigue siendo demasiado alto -dijo. –A Tyro no le va a gustar eso. No, ni una pizca.

Voces gritaban en su oído, exigiendo información, pero él no les hizo caso. ¿Qué podía decirles que importaría? Los niveles de potencia de los reactores de la nave estaban fuera de control, y no importaba cuántas barras de control desplegara; estaban a punto de alcanzar un nivel crítico.

-Y una vez que eso suceda... -dejó la frase colgando.

Thamatica pasó a través de los espacios entre motores, observando servidores moribundos cuya piel burbujeaba y se desprendía por el calor intolerable mientras trabajaban. Ingenieros con exoesqueletos luchaban con los controles de ventilación, desviando la energía en los sistemas redundantes y buscando formas adicionales para purgar el exceso con seguridad. Una tarea inútil, pero que podría ganarle al

capitán un tiempo para luchar contra los enemigos internos. Eso era todo lo que Thamatica podía darle, y le irritaba que los hubiera llevado a esta situación.

-Debería estar en la cubierta, luchando -dijo, desviando una parte de su atención en el estudio de los informes de los motores de datos de la nave. La cubierta de embarque aguantaba, solo eso, aunque los informes sobre la naturaleza del enemigo tenían poco sentido, pero no era la lucha allí lo que a Thamatica le interesaba.

Un número de grupos autónomos había irrumpido en la *Sisypheum* en los niveles por encima de la cubierta de embarque. Fuerzas de reacción rápida se estaban moviendo para interceptarles, pero cada vez más parecía que el ataque inicial estaba destinado a mantener a los defensores allí, mientras que era otro el verdadero objetivo del ataque.

Thamatica apagó la alimentación. Mientras que él era tan temible e indomable en la batalla como cualquier guerrero de la X Legión, él sabía que era aquí donde podía hacer el mayor bien. Desenganchó su puerto de datos y se desplazó de nuevo hacia la estación de control al final de los espacios del motor. Sombras se movían en la niebla de vapor irradiado: servidores que estarían muertos en menos de una hora por radiación y lexmecánicos atómicos cuyas funciones cerebrales superiores ya estarían degradándose por la resaca química.

Aquí y allá, algunos Manos de Hierro trabajaban en las entrañas abiertas de los reactores abiertos, desafiando emisiones radioactivas y gases corrosivos purgados y en ebullición para contener la inminente fusión del reactor que volaría a la *Sisypheum* en pedazos.

Una explosión de tal magnitud destruiría todo a su alrededor.

De repente Thamatica supo que él también podía luchar contra el enemigo.

El Círculo de Hierro bloqueó y unió sus escudos en una cuña truncada, como la proa de una nave de las legiones y se apoyaron en su avance. Los disparos rebotaron en sus escudos de energía y placas fuertemente blindadas. Impulsado por los músculos de fibra de haz y núcleos de energía, sus cuerpos eran espesos

alrededor de los hombros, cabeza y brazos para resistir mejor el fuego enemigo, y nada que los Manos de Hierro pudiera lanzarles frenó su ritmo un ápice.

Una fuerza imparable de hierro bruñido, oro y azabache, que golpeó la defensa de los Mano de Hierro como una bola de demolición. Un par de Rhinos fueron lanzados a un lado, dando vueltas de campana durante cincuenta metros por golpes coordinados de sus escudos, y media docena de legionarios fueron aplastados bajo el poder imparable de sus martillos de asedio.

Con precisión mecánica, los escudos se abrieron y Perturabo surgió desde su cobertura con Forrix y Kroeger a su lado. *Rompeforjas* barrió y golpeó hacia abajo sobre la cubierta. Ondas de choque sísmicas se extendieron en un patrón radial, volcando vehículos blindados y enviando escombros por los aires. Los Manos de Hierro fueron barridos a un lado y lanzados contra las paredes como las hojas en un huracán. Plataformas de armas móviles fueron convertidas en metal inútil y las torretas de armas quedaron fuera de combate con la diferencia de presión.

El Círculo de Hierro fijó sus escudos a la cubierta y desenvainó las armas en sus hombros: cañones giratorios, lanzagranadas y carabinas cuádruples. Campos de fuego superpuestos se desplegaron desde su posición, una lámina horizontal del trazadoras que quemó y destrozó todo a su paso.

-¡Mi señor! -gritó Forrix, cayendo sobre una rodilla y apuntando hacia arriba su combi-bólter.

Perturabo vio un Rhino que de alguna manera había logrado mantenerse en posición vertical. Inmediatamente, vio a su masa era mucho más pesada que la de un APC normal. La antena Vox le delató que se trataba de un tanque de mando. Un guerrero de la X Legión estaba sentado en la cúpula, apuntando con los bólters tormenta acoplados.

-Es mío -dijo Perturabo. –Acabad con el resto vosotros mismos.

Forrix asintió con la cabeza e hizo un gesto a tres del Círculo de Hierro para que le acompañaran, empujando hacia los flancos, donde los Hijos del Emperador habían caído sobre los tambaleantes Manos de Hierro. Sus matanzas eran insensibles, pero efectivas. Ninguno de los guerreros de la X legión volvería de nuevo y no sería apto para cosechar su semilla genética. Kroeger saltó sobre un mamparo caído,

descargando cuantas rondas tenía su pistola bólter en ese instante sobre los defensores aturdidos. Otros tres del Círculo de Hierro se unieron al mismo ritmo que el nuevo triarca, manteniendo lo peor del fuego enemigo a raya y añadiendo el poder de sus propias armas a su carga.

Dos del Círculo de Hierro tomaron posiciones por delante de Perturabo cuando un bombardeo de proyectiles bólter rugió de las armas del Rhino de mando. Los escudos del Círculo de Hierro los interceptaron en una tormenta de chispas y detonaciones. Los robots de batalla se deslizaron y bajaron sus escudos como una rampa ante su señor, y Perturabo los utilizó como trampolín para saltar en el aire con su martillo en alto. Una corriente de proyectiles en arco le siguió, detonando en su armadura y sin efecto. *Rompefojas* se arqueó hacia abajo como un pistón imparable y arrasó la mitad delantera del vehículo blindado por completo. El tanque saltó por los aires y dio un salto mortal sobre él.

Perturabo se volvió para ver al Rhino caer con una fuerza aplastante por el campo de integridad. Rodó hasta una línea de lanzamiento, comprimiendo lo que quedaba de su armadura como papel de aluminio.

Más disparos se acercaron a él, explosiones de fuego bólter fríamente precisas y la espiral de la estela de un misil. Un escudo de energía desvió el misil hacia el techo y otro detuvo los impacto maltratadores de los proyectiles reactivos de masa. Dejó caer su martillo a su lado y pasó su brazo alrededor, desencadenando una salva atronadora de su guantelete. Proyectiles hechos artesanalmente y de gran calibre, manufacturados por una máquina del polifacético Firenzii, perforan a través de los blindajes de la X con ojivas plásmicas ojivas y utilizando la masa corporal de sus víctimas como combustible bio-térmico.

Los legionarios se encendieron como piras humanas con cada detonación, y Perturabo llevó su fuego a través de los Manos de Hierro a medida que se agrupaban en torno a sus sargentos y oficiales. Cada vez que Perturabo vio un guerrero con rango establecer el control le mató con una ronda letalmente precisa que golpeó a través de su centro de masa y le consumió.

Un grupo desesperado de Manos de Hierro cargo desde los restos de un vehículo en llamas, un equipo de aniquilación con armas melta, rifles de plasma y cinturones con granadas. Las armas caparazón del Círculo de Hierro despacho a unos pocos,

que desapareció en el fuego azul de detonaciones prematuras. Perturabo calmó la violencia de los robots de batalla con un pensamiento y dejó que el enemigo llegase.

Quince duros guerreros hambrientos. Élites por lo que veía.

Vio el odio a la luz de sus yelmos, la suya y la suya propia reflejada.

Sus armaduras estaban maltratadas y remendadas. Su voluntad de morir era admirable.

Su martillo se llevó a los tres primeros, quebrándolos como muñecas de porcelana. Una ráfaga partió a dos por la mitad. Entonces cayeron sobre él, cortando con sus espadas y pistolas de alta energía que destellaron con el brillo de un sol joven. Los Manos de Hierro eran una legión de asesinos, hombres nacidos en tribus enfrentadas y violencia; parte de una cultura guerrera formada por el mundo en ruinas en el que crecieron hasta la edad adulta.

Lucharon bien, algunos llegando incluso a conectar golpes en la armadura de Perturabo. Una ráfaga de plasma alcanzó su coraza. Él rompió el arma en dos y reventó la cabeza del portador con el cañón roto. Un flash de aire ardiente ennegreció su hombrera antes de que *Rompeforjas* convirtiera al guerrero de una niebla de partes del cuerpo explotadas. Su guante escupió muerte, perforando con cada disparo a su objetivo como una lanza de fuego. Doquiera que él hizo un gesto, llamas y gritos siguieron su mandado.

Los Manos de Hierro no podían derrotarle, ni siquiera pudieron combatirle, pero nunca vacilaron y no dejaron que la absoluta imposibilidad de la tarea les distrajera de su ejecución. Perturabo los admiraba por tal firme devoción mientras él los mató sin piedad.

El último guerrero cayó cuando su mitad superior se convirtió en una masa pulposa, mientras que su mitad inferior tembló a los pies de Perturabo. Incluso sin mirar, estaba muy claro que la batalla por la cubierta de embarque había terminado. Forrix y Kroeger persiguieron a los Manos de Hierro cuando los sonidos de disparos atenuó. Los últimos defensores estaban muertos o se habían retirado tras mamparos blindados de metros de espesor que requerirían cargas explosivas para sobrepasarlas. La tripulación estaría manejando puntos de emboscada ya

preparados en toda la nave, cuellos de botella y zonas de exterminio donde su falta de números no sería una desventaja.

Los Hijos del Emperador retozaban sin honor entre los caídos, saqueando los cadáveres y divirtiéndose de su carne quemada y violada. Estaban perdiendo un valioso tiempo, y el tiempo era esencial en cualquier acción de abordaje. El éxito o el fracaso de este tipo de asalto dependían de impedir que el enemigo se reagrupara o concentrara bajo el mando de los comandantes supervivientes. Mantener la iniciativa en cualquier combate era la clave para la victoria, y nunca tanto como durante la lucha desesperada que era arrebatar una nave a su tripulación.

Sin embargo Perturabo dudó en continuar el ataque.

Se tomó un momento para estudiar las tropas por las que se habían conseguido esta victoria, una gran horda monstruosa de formas antinaturales y apariciones de pesadilla.

Unas cuantas docenas de las criaturas vivientes vagaron como perdidas, mientras que los cadáveres de los muertos yacían esparcidos por la cubierta. Perturabo sabía lo que eran: los terata forjados de la semilla genética cosechada de los muertos de Isstvan por el alquimista de la carne de Fulgrim. El corazón de Perturabo se endureció al ver las marcas de escuadrón y tatuajes legionarios que la cirugía o la manipulación celular no habían oscurecido. Aquellos propios de los Manos de Hierro eran mayoría, pero había Salamandras y Guardia del Cuervo en abundancia también.

A Perturabo le sentó mal que la legión de su hermano optara por violar la estructura genética de los marines espaciales, incluso enemigos, pues una vez desatada esta tecnología sería imposible de contener. ¿Qué otros límites podría un hombre así burlar si se le daba rienda suelta con los conocimientos genéticos del Emperador?

Tampoco estas abominaciones repugnantes habían sido elegidas únicamente entre las legiones todavía leales al Emperador. Aquí y allá, Perturabo vio las marcas que delataban a las legiones de Angron, Mortarion, Alpharius, Lorgar e incluso una de los Hijos de Horus. Sabía que Fabius había saqueado los muertos de sus enemigos, pero saber que la traición no le era obstáculo le puso sobre aviso.

Si a Fulgrim le importaba tan poco los guerreros de sus hermanos en la rebelión, ¿A qué traiciones más profundas podría aún hundirse?

Escoltado por una guardia de honor babeante y de teratas babeantes y Kakophoni de Marius Variosean, Fabius anduvo a través de los pasillos de la *Sisypheum* con un solo propósito. Un panel de mantenimiento dejado sin sellar por demasiado tiempo le había concedido el acceso a las entrañas de la nave y la fuerza mutante de sus terata se había abierto brecha en su corazón palpitante.

Las cuatro criaturas junto a él eran lo mejor de su obra, aquellos cuya estructura genética había requerido la cantidad más pequeña de modificación quirúrgica. Superficialmente todavía parecían marines espaciales, aunque horriblemente hinchado y cubiertos, con las placas sueltas de servoarmadura que había podido ceñir a sus cuerpos.

Sí, estas eran sus más grandes creaciones, pero incluso estos terata se estaban consumiendo a sí mismos.

Hornos biológicos bugían dentro de ellos, devorando vorazmente nutrientes para sostener los cambios fisiológicos que reparaban su carne. La papilla química de la que se alimentaron debería haber sido suficiente para evitar que se inmolaran ante las exigencias de su carne, pero muchos se habían derrumbado y muerto bajo el estrés de combate; los suficientes para convencer a Fabius que algo estaba muy mal en el código genético subyacente.

¿Era posible que los datos robados por Alpharius a la Guardia del Cuervo habían sido corrompidos?

Es poco probable, ya que ninguno de entre la Legión Alfa tenía la experiencia necesaria para insertar dicho agente corruptor sin poder detectarlo. No, el error era suyo, y la emoción de eliminarlo era tan potente como la frustración de su ocurrencia.

Los sonidos de la batalla resonaban extrañamente a través de los pasillos. Crecían y morían mientras los defensores luchaban con uñas y dientes para aferrarse a su nave, sin saber que ya estaba perdida.

-¿A dónde vamos? -exigió Variosean, con la voz destrozada por las fauces chirriantes y mandíbulas distendidas. El ex capitán de la tercera compañía era una

de las cirugías más exitosas de Fabius, con la estructura ósea del cráneo aumentada y reformada para permitir un mejor funcionamiento de sus mutaciones seleccionadas. Su inesperada combinación con los instrumentos experimentales diseñados por Bequa Kynska había demostrado ser totalmente beneficiosa.

-El Apothecarion -dijo Fabius.

¿Por qué? Gorgoteó Variosean.

-Porque hay algo que deseo.

-¿Qué?

-No lo sé -dijo Fabius, irritado por haber sido cuestionado.

-¿No lo sabe? -gruñó Variosean, y su arma parecida a un hacha igualó su ira.

Variosean todavía era considerado como un capitán de la legión, y demandaba respeto. Dada la forma en que la legión se estaba fracturando eso no iba a durar mucho más tiempo, pero mientras ocurría, incluso Fabius estaba atado por las cadenas de mando.

-Existe una fuente de energía allí, una máquina antigua, cuya función resuena en frecuencias que nunca he conocido. No sé lo que es, así que lo quiero. Tú me ayudarás a conseguirlo.

Variosean gruñó algo ininteligible en respuesta y los tres Kakophoni a su espalda desataron una cortina de ruido chillón. La baja rebaba estática de sus armas hacía chirriar los dientes a Fabius, y su constante aullido sólo era contenido por las máscaras que llevaban. Podrían ser desatados con una orden de Variosean, y los asesinos gritarían hasta destrozar el rostro de cualquier cosa en su camino con su trueno sónico.

Fabius quitó a los Kakophoni de su mente a medida que penetraron más profundamente en la nave enemiga a través de una ruta indirecta. No habían llegado tan lejos sin costo, pero la furia de sus terata y el poder de las ondas de choque de los guerreros de Variosean habían barrido las bolsas de resistencia que habían encontrado en el camino.

El hierro desnudo de la nave de los Manos de Hierro era monótono y triste, todo sin el esplendor de la *Andronicus*. Aunque Fabius rehuía el vigor teatral llamativo

de sus hermanos legionarios, su laberíntico dominio estaba empapado con la sensación de un tipo completamente diferente. Era difícil recordar un momento en que las flotas de la 28ª Expedición se habían mirado así. Toda una vida o más, pensó Fabius.

Uno de los terata lo miró, sus facciones desfiguradas y extendidas como la de una persona que sufre gigantismo hinchado. Sus ojos eran de color rojo con hemorragias e hinchados por reacciones químicas. Babeaba saliva de entre sus mandíbulas hinchadas y su aliento era caliente y animal.

-¿Qué es gracioso? -preguntó.

-Nada -dijo Fabius. -No me hables de nuevo.

-¿Ellos hablan? -dijo Variosean. -No pensaba que conservasen el intelecto.

-Algunos lo hacen -dijo Fabius, dispuesto a admitir que la pérdida de la inteligencia era uno de los muchos problemas que debían corregirse en el siguiente lote.

Variosean dijo: -Tienes un largo camino hasta el siguiente nivel de evolución post-humana, apotecario. Estos son un paso atrás, hacia la historia primitiva de la humanidad.

-No puedo producir el próximo gran salto adelante en la evolución sin costo -dijo Fabius, apretando sus dedos contra el mango de su pistola de agujas medicae. -Todo ser vivo está vinculado y parte de una gran cadena que se extiende hacia atrás y hacia delante en el tiempo. Dentro de milenios habrá formas de vida que nos mirarán con una especie de horror al vernos tan poco evolucionados.

-Habla por ti, apotecario -gruñó Variosean.

Fabius quería matar a Variosean, con éxito o no, pero antes de que pudiera actuar en ese impulso repentino la cabeza pesada del terata se meció y sus fosas nasales dilatadas temblaron al detectar un cóctel de aromas.

Fabius los captó un segundo más tarde: pólvora, aceite para armas y municiones gastadas y el frío, caustico hedor de un Apothecarion.

Una turba de Manos de Hierro apareció al final del pasillo con las armas desenfundadas. Fabius no estaba preocupado; él sabía que no llegarían hasta el final sin tropezar con alguna oposición.

-Mátalos -dijo.

Y el terata corrió a obedecerle.

-¡Thamatica! -gritó Cadmus Tyro. -¡Por el amor de Medusa, respóndeme!

Arrojó el dispositivo vox y apretó los puños en el borde del atril de mandos. Los pocos sistemas disponibles para él contaban la misma historia desalentadora de derrota y fracaso. La cubierta de embarque estaba perdida y el enemigo atravesaría las puertas blindadas en cuestión de minutos. Y una vez que eso sucediera, perderían la nave.

Tyro se negó a aceptarlo.

-Wayland -dijo. -Dime que tienes algo de potencia.

-Un poco -dijo Sabik Wayland, moviéndose entre las distintas estaciones de puente mientras los informes inundaron cada uno de ellos. -He desviado la mayor parte de la misma a las armas.

Tyro asintió con la cabeza; había sentido las vibraciones a través de la superestructura de la *Sisypheum*.

-¿Les estamos dañando?

-Bastante, pero no lo suficiente.

-¿Y por qué no disparan sobre nosotros?

-No lo sé con seguridad, Cadmus -dijo Wayland. -Tal vez porque hay un primarca a bordo. Cualquiera que sea la razón, agradezcamos esa pequeña misericordia .

Tyro sabía que debería estar agradecido de que la *Andronicus* no les estuviera disparando, pero sentía como un insulto que estuvieran siendo abordados, un cuchillo rencoroso en los intestinos que hedía a arrogancia y desprecio por las capacidades de las personas a bordo.

-¿Alguna noticia de Cybus?

-No -dijo Wayland. -No desde que Perturabo se teletransportó a la cubierta de embarque.

Tyro sintió su carne ponerse de gallina ante la idea de ser abordado por un enemigo tan terrible. En cualquier escenario de guerra, tener a uno de los hijos semidivinos del Emperador en el campo reducía inmediatamente las probabilidades, y era amargo el sabor de encontrarse en el lado opuesto.

-Entonces está muerto -dijo Tyro.

-¿Está la nave perdida? -preguntó Varuchi Vohra. -¿El enemigo nos cogerá vivos?

Tyro miró a la cara de Vohra. Aunque sus palabras fueron pronunciadas con calma, Tyro vio el terror desnudo al acecho detrás de los ojos del guía. Temía ser tomado por el enemigo, algo totalmente razonable, pero no vio otra cosa, un temor de que no tenía nada que ver con el destino que los Hijos del Emperador o Guerreros de hierro pudieran depararle.

Garuda aleteó por debajo de las vigas del techo y aterrizó en la estación de control del motor. El pájaro soltó un graznido trino e hizo bailar sus garras sobre el borde de metal. Una charla de código binario surgía en la base de su cuello como un golpeteo insistente, y se inclinó sobre la consola para ver lo que había atraído a la notificación del ave.

Una cascada de información se desplazaba a través de la pizarra, cuyo propósito concreto estaba más allá de la experiencia de Tyro. Comprendió el quid de la cuestión, sin embargo, y su enojo por los escarceos de Thamatica se elevó a nuevas alturas.

-¡Wayland! -gritó. -¿Está Thamatica tramando lo que pienso que está tramando?

El Padre del Hierro escaneó el informe, analizando con sus aumentos cognitivas los datos en pedazos manejables de información. Por la expresión de su rostro, estaba claro que Thamatica estaba haciendo *exactamente* lo que pensaba Tyro que estaba haciendo.

-No está ventilando el exceso de energía -dijo Wayland. -Está redirigiéndola toda al núcleo del motor. Alcanzará un estado crítico en menos de cuatro minutos.

-¿Puedes pararlo?

-No desde aquí, capitán -dijo Wayland.

-Entonces baja ahí -ordenó Tyro. -Baja y detenlo.

Vio la duda en los ojos de Wayland y dijo: -¿Me has oído?

-Te he oído, capitán -dijo Wayland.

-Entonces, ¿por qué no estás en el camino a la enginarium?

-Porque creo que esto podría ser la única opción que nos queda.

-¿La destrucción de la nave? -Le espetó Tyro. -Nunca. Mientras podamos respirar y disparar lucharemos contra estos cabrones hasta el final. Ulrach Branthan me confió el mando de su nave y la Tierra de las Sombras brillará como la luna antes que dejar que Thamatica la vuele.

Wayland corrió hacia el puesto del capitán.

-Ya lo sé, capitán -dijo Wayland. -Pero piense en ello. Un primarca enemigo está a bordo, y nada menos que otro primarca será suficiente para echarlo. Si Thamatica está haciendo lo que creemos que está haciendo, entonces podemos matar a Perturabo. Justo aquí y ahora. No importa lo duro que sea un primarca, no podrá sobrevivir a esto. Podemos vengar a Ferrus Manus.

La puerta blindada del Apothecarion salió despedida con un ruido sordo. Gases de escape fueron ventilados explosivamente a través de la escotilla rasgada, seguidos de cerca por la explosión de gritos y ruidos. Los cristales fueron destrozados y fluidos medicinales derramados; un hedor a productos químicos mezclados con antisépticos. Ondas de sonido comprimidas chocaron a través de la cámara como cometas en miniatura, agrietando el acero y destrozando todo lo cristalino.

Las grietas se extendieron por la superficie de la urna de Ulrach Branthan mientras Ignatius Numen y Septus Thoic devolvieron el fuego, llenando el espacio vacío con disparos. El ruido era ensordecedor en el espacio cerrado. Ecos en auge y estelas en espiral señalaron el intercambio de proyectiles.

Atesh Tarsa se arrodilló junto a la urna de Ulrach Branthan y apuntó con su rifle de francotirador. La óptica estaba subordinada a su guante Narthecium y proyectó una versión (wireframe) de su objetivo en la visera, con sus órganos internos destacados en rojo. Trató de hacer disparos letales todo el tiempo, pero se aseguró que sus batallas se libraran en el brillo de neón cromado de las imágenes bio-térmicas. En este momento la escotilla volada estaba horrible por el calor, las estelas bólter y lecturas dispersas, imposibles.

Una forma rugiente se abrió paso entre la bruma, un gigante estruendosa emitiendo lecturas de calor y biométricas que desafiaban una fácil comprensión. Enorme y poderoso, sus órganos eran como soles en miniatura dentro de su cuerpo, emitiendo luz energizante a través del mismo en proporciones monstruosas. Tarsa disparó al instante, y los órganos de la cosa se transformaron en una supernova cuando su bio-munición personalizada le indujo un estado de shock tóxico. Destilado a partir del veneno de los lagartos sulvaek de los pantanos de cenizas Wa'kulla, el veneno de Tarsa era letal incluso para el sistema cardiovascular más robusto.

La criatura siguió acercándose.

Otra bala en su pecho le desaceleró, pero no lo detuvo. Dos tiros en la cabeza de Ignatius Numen finalmente le hicieron caer de espaldas, pero para entonces más estaban presionando a través de la escotilla.

-¡Agrupaos en torno al capitán! -gritó Numen, cambiando la posición cuando una tercera bestia imposible penetró en el Apothecarion. Septus Thoic se puso a cubierto y disparó una ráfaga corta en el pecho de la torpe criatura. Esta se escoró y (backhanded) a través de la cámara.

-¡Aquí Tarsa! -gritó en el vox. -¡Necesitamos ayuda en el Apothecarion! ¡Ahora!

Soltó el enlace Narthecium y su visión volvió foco.

Inmediatamente vio que el animal era un marine espacial, uno mutado más allá de su base genética. Tarsa era un apotecario, uno de los guardianes de la herencia genética de la legión y ver semejante insulto bruto a la gran obra del Emperador era una afrenta sin igual. Incluso la traición del Señor de la Guerra era leve en comparación con esta traición. La rebelión de Horus era un insulto a un ideal y

tenía sus raíces en el descontento mortal, por mucho que fuera difícil de comprender, pero esto era un insulto a la vida misma.

Disparó a la bestia que Thoic había lesionado. El disparo golpeó en el cráneo como una barrena de trepanación y la toxina devoró su cerebro en cuestión de segundos. Cayó con sus manos parecidas a garrotes aferrando su cabeza mientras sus funciones superiores eran necrosadas.

Sin embargo, otro marine espacial monstruosa entró en el Apothecarion y Numen le recibió con una ráfaga de fuego en el pecho antes de que estuviera sobre ellos. Tarsa quiso reorientar su rifle, pero se detuvo cuando vio a tres guerreros con servoarmaduras llamativamente decoradas aparecer en la puerta destrozada. Sus sentidos retrocedieron ante el ruido de gritos que les rodeaba, un ruido de choque falto de armonía y un tumulto de gritos que surgían de aumentos montados en sus hombros. Reconoció a los Hijos del Emperador por su horrible aparición en Isstvan V y no perdió tiempo en colocar un proyectil a través de la garganta del primer guerrero mientras este desenredó una duela recubierta de cables y conectada a un dispositivo amplificador en la espalda.

El guerrero cayó de rodillas, gorgoteando un aullido de placer desgarrado de su garganta abierta cuando la duela estalló con una explosión de fuego azul y una nota baja expansiva que lanzó a Tarsa del ataúd de estasis de Branthan. Se estrelló en el otro lado, rodando sobre sus pies y alejado del capitán caído.

El guerrero gorgoteando se desplomó hacia delante mientras otro giró un arma de baja altura alrededor de cuello delgado con bridas de acero colado y una lengüeta perversa en su extremo. El legionario golpeó la base acampanada del arma antes de que Tarsa pudiera preguntarse por su función exacta y el aire entre ellos se dobló con una fuerza conmocionante. Una vez más Tarsa fue lanzado hacia atrás y su armadura se resquebrajó bajo la presión sonora.

Cayó al suelo embaldosado, viendo solo estática por los visores de su casco merced a los sistemas sobrecargados y el fusil roto en pedazos por la explosión.

Fuego bólter y un rugido de odio sonaron entre los bramidos y gritos del extraño armamento de los Hijos del Emperador. Una cabeza rebotó en las paredes y rodó hacia él, un casco rosa con toda clase de pastillas auditivas insertadas en el metal. La sangre caía babeante de los bordes irregulares en el cuello y Tarsa se puso de pie a

tiempo para ver a Ignatius Numen enterrar la espada sierra en las entrañas de otro legionario. El blindaje pectoral del Morlock tenía brechas en su centro, como si hubiera recibido un tremendo impacto, y el casco de combate había desaparecido.

Septus Thoic luchó con uno de los marines espaciales reconstruidos genéticamente, pero su fuerza no era rival para el cuerpo reforzado del monstruo. Tarsa se subió al final de la urna de Branthan y saltó sobre su espalda, golpeando el extremo de su reductor en la parte posterior de su cráneo. Taladros, hojas y vertedores de órganos utilizados normalmente para extraer las glándulas progenoides devoraron un trozo del tamaño de su puño en la cabeza enemiga. Materia cerebral batida y sangre llenaron los compartimentos de tejidos del guante de Tarsa, y la criatura dejó escapar un aullido de angustia antes de que su sistema nervioso finalmente comprendiera que estaba muerto.

Tarsa cayó de espaldas y, demasiado tarde, se sintió un dardo cerca de él. Algo largo, fuerte y delgado perforó su carne a través de las grietas en su armadura, y dejó escapar un grito de agonía cuando un producto químico venenoso envió impulsos incontenibles de dolor a lo largo de cada receptor en su cuerpo. Cayó como un autómata roto, sacudiendo sus extremidades y sus órganos internos pulsantes ya que sus funciones iban a toda marcha.

La visión de Tarsa se volvió borrosa por el dolor inducido, pero vio a Septus Thoic derribado por una serie de golpes del último de los astartes mutado. La criatura pisoteó a Thoic, pero Tarsa no podía ver si el Morlock estaba vivo. Otra ráfaga de conmoción sónica llenó el Apothecarion e Ignatius Numen se derrumbó, apretando su cráneo como si estuviera a punto de estallar.

Tarsa trató de arrastrarse hacia el ataúd de Ulrach Branthan, pero sus nervios estaban tintineando como si un Ogryn estuviera martilleando las sinapsis de su cerebro. Nada estaba bajo su control y quería gritar de rabia, pero hasta la catarsis le fue denegada.

Una figura se cernió sobre él y lo tumbó de espalda, apoyándolo contra el borde del ataúd de estasis. Alto y envuelto en una túnica larga de una grotesca textura carnosa, pelo largo y pálido, mejillas hundidas y una piel apergaminada lo marcaba como un practicante de las artes mortales, uno que en épocas pasadas habría sido llamado nigromante. Y sin embargo, todavía llevaba los símbolos de apotecario en

sus hombreras, una hélice descolorida pero todavía visible bajo pinceladas frescas de vandalismo sin sentido. Una máquina repleta de cuchillas se aferraba a la espalda del apotecario, un parásito mecanizado repugnante con extremidades ennegrecidas de cuchillas e hipoglucémicas. Sus piezas agitadas parecían estar estudiándolo.

Tarsa quería escupirle en la cara del traidor, pero incluso cuando sintió una medida de control de los músculos faciales, supo que nunca recuperaría el dominio de su cuerpo a tiempo para frustrar los planes de este apotecario. Su cabeza cayó hacia un lado y vio a Ignatius Numen entre espasmos sin control, con sus armas tiradas en el suelo mientras trataba de detener la ola de sangre que manaba de sus oídos.

Dos Hijos del Emperador permanecían, piernas arqueadas, delante de él, acunando sus armas sónicas en sus guantes con pinchos. Uno era una cabeza más alto que el otro, su armadura adornada con signos obscenos, ganchos y amplificadores. Su rostro era una pesadilla estirada con saña e hinchada por el crecimiento óseo mutante e implantes biónico, haciéndole parecer como si estuviera gritando de forma permanente.

Tarsa luchó por algún atisbo de desafío, pero cualquiera que fuese la toxina o agente nervioso utilizado contra él era demasiado potente para vencerle. El apotecario vio el odio en sus ojos y sonrió, dejando al descubierto unos dientes amarillentos y exhalando los estertores de un cadáver.

-No te mueras todavía, pequeño Salamandra –dijo el apotecario Fabius. –Aún podría necesitarte.

DIECISÉIS

Cuestión de confianza

Entrada no convencional

Sisypheum desatada

Cadmus observó las lecturas en su atril de mando, tragando mientras los niveles de potencia en el núcleo motor seguían aumentando. En cuestión de segundos los

reactores iban a explotar y destruir la *Sisypheum*, y aunque cada fibra de su ser se rebeló contra ese curso de acción, sabía que Wayland tenía razón.

Si por sus muertes podían matar a un primarca traidor entonces habrían conseguido algo que valiera la pena después de todo.

Sabía que tenía que decir algo a la tripulación, unas últimas palabras para expresar el honor que sentía al haber servido con ellos, pero las palabras no salían. Branthan habría dado una despedida que hubiera sobrevivido a su sacrificio, que viviera más allá de su muerte y citada por los hombres y mujeres que se enfrentaran a su propio destino.

Tyro no tenía nada, y nunca se había sentido más un reemplazo inadecuado del capitán Ulrach Branthan.

Miró a Sabik Wayland, pero el Padre del Hierro no cruzó sus ojos, demasiado concentrado en las lecturas entrantes en la estación de ingeniería. Garuda batió sus alas de metal en la parte alta del puente, graznando y descendiendo alrededor del guía eldar. Si Varuchi Vohra estaba irritado por las atenciones del ave, no dio señales.

-¿Cuánto queda? -preguntó Tyro.

Wayland miró hacia arriba. -Yo estimaría alrededor de tres minutos y medio.

Tyro se aclaró la garganta. -Hicimos algún bien ahí fuera, Sabik -dijo.

Wayland asintió. -Sí, capitán -dijo. -Lo hicimos. Ferrus estarían orgullosos de nosotros.

-Me conformo con no ser una vergüenza -dijo Tyro.

Wayland parecía confundido por eso, pero su respuesta fue interrumpida cuando la estación de vox crepitó con una transmisión entrante. Un estruendo de bocinas de emergencia y rebuznos de vapor sobrecalentado llenaron el puente, pero a pesar de todo era audible una voz que era en parte desesperación, parte alegre anarquía.

-¿Cadmus? Cadmus, ¿estás ahí? -llamó Frater Thamatica

-¿Frater? ¿Eres tú de verdad?

-Sí, por supuesto que sí -contestó Thamatica. -¿Quién más podría ser?

-Maldito seas, Thamatica, nos has matado a todos -escupió Tyro.

-Aún no, muchacho, pero sigue interrumpiéndome y lo *estarás*.

-¿De qué estás hablando?

-¿Está frater Wayland todavía en el puente? -preguntó Thamatica por encima de los golpes crepitantes y sirenas chillonas de los espacios de ingeniería.

Wayland corrió hacia la estación de vox y tomó el cuerno del altavoz.

-Estoy aquí, Frater -dijo. –Estás derivando todo el exceso de energía al motor.

-Lo estoy -reconoció Thamatica.

-Estará en situación crítica en menos de tres minutos.

-Creo que reconocerás que en realidad es en poco *más* de tres minutos, Frater -dijo Thamatica. –Los informes no pueden superar a la recepción de los datos in situ. Pero precisiones aparte, lo que necesito es que Cadmus transfiera la autoridad de mando al motor de datos aquí abajo. Necesito la nave.

-Ni de broma -le espetó Tyro. -No te daré el mando último de la nave.

-Tienes que hacerlo -ladró Thamatica, desapareciendo toda cautela de su voz. -Y hacerlo rápido, capitán, o estamos todos muertos.

-¿Muertos? Ya estamos muertos, Thamatica -dijo Tyro. –Tú mismo lo has dicho. Vas a volar la nave.

-No seas ridículo -dijo Thamatica. -Nunca haría estallar etas vieja nave tan magnífica. Bueno, no deliberadamente, de todos modos. Ahora escúchame, Cadmus Tyro. He estado presionando naves hasta el filo de sus tolerancias y más allá desde antes de que perdieras tu puño. Ahora traspasa el mando al motor de datos, y te juro por las siete sombras sagradas de Karaashi que sobreviviremos a esto. Y si no lo hacemos, bueno, no importará de todos modos.

Tyro miró a Wayland, quien se encogió de hombros con incomprensión.

-¿Qué piensas? -preguntó Wayland.

La diversión de Thamatica era audible incluso por encima del ruido entre cubiertas.

-Ya verás, Sabik -dijo. -Pero lo mejor será tener a ese guía preparado al timón. Ah, y una última cosa.

-¿Qué?

-Agarraos a algo.

Las cargas explosivas estaban en posición y listas para abrir las entrañas de la nave de los Manos de Hierro. Todo legionario de los Guerreros de Hierro era un experto en demoliciones, y Kroeger no era la excepción. A los pocos minutos de limpiar la cubierta de embarque, tenía cargas amañadas capaces de abrirse paso a través del pesado blindaje de las puertas. Kroeger comprobar el anillo de explosivos alrededor del disparador principal por última vez y corrió hacia Perturabo.

El Primarca no había dicho nada desde que el último de los Manos de Hierro había muerto, caminando entre los muertos, como si buscara algo perdido. Forrix estaba a su lado, el astuto viejo primer capitán había delegado la colocación de sus cargas de demolición.

-Estamos listos para abrir brecha -dijo Kroeger, alcanzando a Perturabo y Forrix.

El círculo de hierro formó un amplio anillo alrededor del primarca, su número reducido por dos. Que los Manos de Hierro hubieran logrado destruir cualquiera de los robots de batalla había sorprendido Kroeger, pero él debería haber sabido que la X legión nunca bajaría los brazos y recibiría una paliza. Una vez más, Kroeger había tenido el honor de ver a su primarca en batalla, y caninando entre las ruinas de otra victoria aplastante Kroeger nunca había estado más orgulloso de servir a la IV legión.

Perturabo escrutó el resultado del combate: los cadáveres, los vehículos destrozados y los restos arrancados de carne. Iluminado por las llamas de un Rhino eviscerado, parecía más alto de lo que Kroeger recordaba. Su capa se levantó y agitó por las corrientes térmicas de los incendios y las piedras preciosas y el oro negro en el broche de cráneo captaron la luz del fuego.

Perturabo asintió con la cabeza y se dejó caer sobre una rodilla con la mano presionando la cubierta.

-Todavía no, triarca -dijo Perturabo. -Necesito un momento.

Kroeger miró a Forrix.

-Estarán reagrupándose en las posiciones de choque más profundas de la nave -dijo, sabiendo que Perturabo y Forrix seguramente debían ser conscientes de ello.

-Lo están de hecho -dijo Perturabo. Y vamos a erradicarlos y destruirlos. Será difícil y perderemos muchos guerreros en el camino.

-Perdemos más cuanto más esperemos -dijo Kroeger.

-Lo sé.

-Entonces, no entiendo por qué estás dudando, mi señor.

Tú confundes consideración con duda, Kroeger. Estoy dando a nuestros dignos enemigos una última batalla -dijo Perturabo, levantándose y señalando la carne horriblemente mutada de los monstruos que Fabius había traído a bordo. -Esta no fue una victoria honorable, por lo que le debemos a los Manos de Hierro una muerte honorable.

-Eso no tiene sentido -rabió Kroeger. -Tenemos que seguir adelante con rapidez, matarlos a todos antes de que puedan convertir esta nave en una mayor trampa mortal de lo que ya es.

Perturabo empuñó Rompeforjas y la hizo girar alrededor, dejando la cara asesina descansada sobre el pecho de Kroeger.

-Ten cuidado, mi joven triarca -dijo Perturabo, su voz carente de tono. -Necesito un altavoz normal en el Tridente, no un perro ladrando. Cállate.

Kroeger miró a Forrix en busca de apoyo, pero el primer capitán tenía los dedos de su mano derecha pegados al lateral de su casco. Su cabeza asintió a lo que estaba oyendo el vox y miró hacia arriba. Su alarma era evidente.

-Mi señor -dijo Forrix con urgencia. -Tenemos que sacarle de esta nave.

Perturabo bajó el martillo y se volvió hacia el primer capitán. -Explícate.

-Barban Falk informa de una gran acumulación de energía en los reactores de la nave -dijo Forrix. -Están casi sobrecargados; como mucho minutos antes de convertirla en desechos radiactivos.

Perturabo negó con la cabeza. -Es un engaño -dijo. -Si los Manos de Hierro están muriendo aquí, lo harán luchando.

-No se puede estar seguro de eso -dijo Forrix.

-Conocía a mi hermano -dijo Perturabo. -Y sus legionarios no acabarían sus vidas así. No cuando quedan enemigos por combatir .

-Ferrus Manus ha muerto, mi señor -dijo Forrix. -¿Quién puede decir lo que su legión de odiosos de la carne son capaces de ahora que se ha ido?

-No esto -dijo Perturabo, inflexible.

-No -dijo Kroeger con certeza repentina, seguro de lo que iba a hacer invertiría los papeles. -Te equivocas, mi señor. Con gusto volarían esta nave si piensan que van a matarte en el proceso. ¿Qué significan las vidas de unos pocos cientos de legionarios asunto comparadas con el asesinato de un primarca? ¿Una nave de guerreros contra la vida del Señor del Hierro? No es ninguna pregunta. Estoy sorprendido de que les haya tomado tanto tiempo darse cuenta de ello.

Perturabo no respondió, teniendo en cuenta las palabras de su triarcas.

Con cada segundo que pasaba, Kroeger espera sentir el momento candente de la detonación cuando el núcleo del reactor de la nave explotara.

-Mi señor -presionó Kroeger. -Querías un altavoz normal; bueno, lo diré lo más claro que puedo: ¡Tienes que salir de esta nave ahora! Acabarán sus vidas en una bola de fuego nuclear si piensan que vas a morir con ellos. Pero si estamos sólo nosotros, lucharán. Podemos tomar esta nave, sabes que podemos, pero no contigo a bordo. Tienes que marcharte y dejar la matanza a nosotros.

Kroeger se tensó cuando los fríos ojos de Perturabo se fijaron en él. Berossus había sido quebrado por *Rompeforjas* por menos. Al final, el primarca asintió y enfundo el martillo sobre sus hombros.

-No -dijo. -Nos vamos todos. Como dices, esta nave es una trampa mortal y no voy a perder más guerreros en el altar de la vanidad de Fulgrim. Volveremos a la *Sangre de Hierro* y destruiremos esta nave con nuestras armas. Y si la *Andronicus* se interpone en nuestro camino, entonces perecerá también.

Kroeger sonrió. Este era la forma de combatir de los Guerreros de Hierro.

Absoluta e imparable, despiadada e implacable.

-No podemos dar a los Manos de Hierro una muerte honorable -dijo Perturabo - pero me cobraré sus muertes por Fulgrim.

Forrix asintió con la cabeza y dijo: - Falk, balizas teleportadoras activadas. Sácanos de aquí.

Atesh Tarsa luchó contra el veneno químico que mantenía sus piernas inmóviles, pero era como luchar contra una marea implacable de solución (paralizante). El apotecario traidor le miró con curiosidad, como si fueran viejos amigos que se hubieran reconciliado después de un período de distanciamiento.

-El dispositivo en el pecho del guerrero muerto -dijo, su voz el silbido del polvo seco en el desierto. -Es tecnología antigua de otro tiempo, ¿no?

Tarsa negó con la cabeza. –Carece de utilidad para ti. Está adaptado al genoma del capitán Branthan.

Fabius sonrió y agitó un dedo de reprimenda delante de su rostro.

-Vosotros salamandras sois tan terribles mentirosos -dijo Fabius, corriendo una uña agrietada y sucia por la línea de la mandíbula de Tarsa, sobre su mejilla para terminar en sus ojos. –Culpa de Vulkan.

-No te atrevas a decir su nombre -escupió Tarsa.

-¿Por qué no? ¿Hay alguna tradición de Nocturne que prohíba hablar mal de los muertos?

-Vulkan Vie -dijo Tarsa, repitiendo las palabras como un mantra. -Vulkan vive. ¡Vulkan vive!

Fabius se rio. -Tal convicción para alguien tan ignorante de la verdad.

Tarsa apretó los dientes al sentir una dolorosa sensación de despertar en sus extremidades. Sus dedos se crisparon.

-Mátalo, Fabius -dijo el guerrero con cara gritona. -Toma lo que quieras y salgamos de este sitio.

-Con el tiempo -dijo Fabius, y las terminaciones nerviosas de Tarsa bailaron dolorosamente en su carne. Él fue capaz de controlar los movimientos involuntarios con un esfuerzo de voluntad. Cerró sus dedos en un puño.

La máquina arácnida en la espalda del apotecario puso a Tarsa sobre sus pies, apuntalándolo contra el ataúd de estasis. Fabius miró a través del vidrio con un deseo feroz, con los ojos entornados en la perspectiva de saquear el Corazón de Hierro del cuerpo de Branthan.

-Las cosas que voy a hacer con este dispositivo... -dijo con avidez.

-Lo vas a matar –logró decir Tarsa con los dientes apretados.

-Y crees que a mi…

Tarsa giró su brazo en un perfecto gancho de derechas y golpeó con el puño en la cara de Fabius. Sus dientes se rompieron y sangre fue escupida desde la mandíbula al traidor del boticario mientras se tambaleó por el golpe. El arácnido mecanizado lanzó a Tarsa y él cayó de cuclillas. Trató de ponerse en pie, pero el golpe le había quitado toda la fuerza que tenía.

Pronto Fabius estaba sobre él, con la mitad inferior de su rostro hecha una máscara de rojo, sus ojos negros furiosos.

-Sufrirás por esto -dijo. –Me suplicarás morir en los años que pueda mantenerte con vida, soportando mi torturas.

Tarsa levantó la vista y el fantasma de una sonrisa se dibujó en sus labios.

-¿Por qué sonríes? -exigió Fabius.

-Hermano Sharrowkyn -dijo Tarsa. -¿Hay algo que no encaje en esta habitación?

Fabius se volvió para ver caer al Guardia del Cuervo de la maraña de cables y tuberías en el techo. Dos espadas negras cayeron en el pecho de Fabius, y un líquido aceitoso y oscuro sangró de las heridas. El apotecario cayó hacia atrás, sus rasgos retorcidos en un rictus de horror desnudo. Sharrowkyn arrancó las espadas y giró sobre sus talones para lanzar una de sus hojas. Se giró en el aire y atravesó la

cabeza de uno de los Hijos del Emperador, el cual cayó con un grito ahogado de sonido disonante que resonó dolorosamente en el cráneo de Tarsa.

Antes de que Sharrowkyn pudiera terminar con Fabius, el último de los monstruos se lanzó hacia él. El Guardia del Cuervo volteado hacia arriba y sobre el ataúd de Ulrach Branthan, aterrizando por la pared del fondo con su esbelta de hoja gladius en alto en el hombro derecho. La criatura se estrelló contra la pared del Apothecarion, hinchando su cuerpo ante sus ojos y las venas de color carmesí que se destacaban en sus músculos como pistones hidráulicas a punto de romperse por la presión. Cualesquier procesos biológicos que estuvieran funcionando dentro de la bestia, le conducían a un paroxismo de rabia y fuerza. Garras ennegrecidas surgieron de sus manos fundidas y ondulantes espigas óseas nacieron a lo largo de su columna vertebral mientras baba humeante se derramaba de su mandíbula de cocodrilo.

-Ahora mismo sería un buen momento, hermano -dijo Sharrowkyn, aunque Tarsa no tenía idea de a quién le estaba hablando.

La loca bestia genética cargó contra el Guardia del Cuervo con un grito de odio.

Sharrowkyn se arrojó a un lado.

Y el muro de la Apothecarion explotó hacia el exterior en una cascada de metal roto, cableado chispeante, soportes acanalados y paneles artesonados. Una construcción imponente de acero desnudo y servoarmadura negra con rayas la atravesó con poderosas zancadas mecanizadas y los brazos armados. Un puño giratorio de energía crepitante y músculos de fibra de haz hiper-densos se apoderó del brutal astarte mutante y golpeó su cabeza contra la pared.

Aunque parezca increíble, el cráneo del animal se mantuvo intacto. Se tambaleó por el golpe y trató de concentrarse en lo que de alguna manera había logrado herirlo.

El hermano Bombastus, el Trueno de Hierro de Medusa, se liberó de los escombros y cable se extendían desde el interior de los espacios de la pared y que estorbaban en sus hombros. Demasiado grande para entrar en el Apothecarion por cualquier medio convencional, Bombastus había hecho una entrada no convencional.

Aún hinchado por el auto- consumo desenfrenado, el mutante se levantó sobre piernas rotas y se hincharon mientras se realinearon a sí mismas con nuevas e insondables instrucciones genéticas. Sus brazos alargados se estrellaron contra Bombastus, su mandíbula babeante masticando su sarcófago de calavera estampada. Colmillos babeantes con ácido rasgaron profundos surcos en sus placas de metal desnudo, y las garras duras como el diamante desgarraron su armadura como las cortadoras de plasma del servo - arnés de un tecnomarine.

Bombastus se apoderó de cuello desproporcionado de la criatura y golpeó con el arco superior de su ataúd de hierro en su rostro. Los huesos fueron destrozados y los colmillos quebrados cuando toda la mitad frontal del cráneo de la criatura se convirtió instantáneamente en cóncava. Sólo para asegurarse, el bólter de asalto colgado debajo del puño de Bombastus rugió. Una fuente de sangre y materia cerebral roció el techo cuando los proyectiles explosivos detonaron dentro de la cavidad cerebral del monstruo.

La criatura se dejó caer como un muñeco de trapo al ser liberada del agarre del Dreadnought, y sus restos triturados cayeron al suelo con un duro timbre de disgusto.

-Apotecario Tarsa -tronó Bombastus. -Solicitó ayuda.

Tarsa casi se rio de alivio cuando Sharrowkyn le atendió. Su cuerpo todavía se sentía débil, pero al menos tenía el control de nuevo.

-Eso hice, hermano Bombastus -dijo, poniéndose en pie y colocando un puño en la palma de su mano. -Tu ayuda es más que bienvenida.

Tarsa buscó a los Hijos del Emperador que habían estado tan cerca de matarlo y perturbado el ataúd de estasis del capitán Branthan. Habían huido al ver a Bombastus y Tarsa no pudo culparles por ello.

-¿Estás bien? -preguntó Sharrowkyn.

-Estoy bien, o por lo menos lo estaré muy pronto -dijo Tarsa.

Sharrowkyn asintió y se marchó a ver a los dos Morlocks caídos. Tarsa tomó un momento para sí mismo cuando Bombastus se inclinó para mirar hacia el ataúd de Ulrach Branthan. El rostro inmóvil del capitán permaneció así, impertérrito y congelado en medio de una frase.

-Me ofrecí a darle este cuerpo de hierro y acero -dijo Bombastus.

-Y él se negó -dijo Tarsa. -El no tomaría lo que no es suyo.

-No es justo que yo exista y él no.

Tarsa señaló el cadáver en descomposición rápida de la última bestia mutante. -En este momento, estoy muy contento de que camines entre nosotros, hermano Bombastus.

-Tú eres Salamandra -dijo Bombastus. -Tú no lo entiendes. La carne es inherentemente defectuosa, y la suya no va durar mucho tiempo esta muerte interminable. He vivido lo suficiente en esta corteza de hierro, y sería más adecuada para un capitán de batalla que para un simple guerrero.

-Te equivocas -dijo Tarsa.

-Presumes de demasiada familiaridad -dijo Bombastus. -No me conoces, y moriría una y mil veces si con ello devolviera la del capitán.

Tarsa no tuvo respuesta para el Dreadnought y lo dejó con su melancolía. Ayudó a Sharrowkyn a colocar a Septus Thoic en una camilla de observación. La armadura del Morlock estaba roto y deformado, pero había sobrevivido a la paliza recibida. Ambos brazos estaban doblados en ángulos que sugerían múltiples dislocaciones.

Ignatius Numen se puso de pie con una expresión aturdida que indicó a Tarsa que estaba conmocionado con claridad desde la acometida sónica que lo había derribado.

-¿Estás bien? -preguntó mientras Numen recuperaba sus armas.

Numen no respondió, y Tarsa puso una mano sobre el brazo del Morlock.

-¿hermano Numen?

-¿Me estás hablando? -preguntó Numen, sus palabras muy fuertes.

-Sí -dijo Tarsa. ¿Puedes oírme?

-¿Qué?

-Te lo repito, ¿Me oyes?

Numen negó con la cabeza. -No puedo oírte. Tendrás que gritar.

Tarsa miró la sangre seca y el tejido en las mejillas de Numen y supo que todo resto de audición rudimentaria que el quedaba tras la explosión de plasma en Isstvan se ha ido.

El Morlock estaba completamente sordo.

Wayland observó el aumento de los niveles de potencia de los núcleos motores y sintió los dedos de hierro de su guante izquierdo moverse espasmódicamente. No tenía miedo como tal; había sido durante mucho tiempo su secreta creencia que iban a morir todos aquí en las regiones del norte, olvidados y solo, como mucho, una nota al pie de página en las futuras historias de esta guerra. Lo que le preocupaba era el hecho de que podrían estar a punto de morir por las acciones irresponsables de un Padre del Hierro al que muchos habían considerado no apto para el puesto, un elemento peligroso en la maquinaria de la legión.

Thamatica fue brillante sin duda, pero la naturaleza de su fulgor era que había aprendido más de sus fracasos que de sus éxitos.

Wayland esperaba que la *Sisypheum* no fuese el último de los fracasos de Thamatica.

Flameantes circuitos de luz se encendieron alrededor Forrix cuando la última de las energías de teletransporte se disipó en las bobinas de amortiguación que rodeaban la cámara. Conductos superconductores drenaron la potencia necesaria para la teleportación a los sumideros de energía, y una bocina rebuznó en el tiempo con el pulso de purga. Momentos después, el disco de teletransporte, un podio grabado con cráneos de placas de hierro electrificadas estaba atestado de figuras blindadas. Forrix sintió náuseas, dolor de estómago por la dislocación de la teleportación y tomó medidas drásticas contra la familiar sensación.

-No te gusta teletransportarte, ¿verdad? -dijo Kroeger.

Forrix negó con la cabeza. -No. Ser descompuesto de esa manera es como morir cada vez.

Kroeger asintió como si entendiera, y se bajó del podio mientras los guerreros del Círculo de Hierro zumbaban y chasquearon en el interior de sus chasis blindados. Sus sistemas de a bordo necesitaron unos momentos para volver a alinearse después

de la traslación. Perturabo salió del disco y se alejó de la cámara a través de una puerta iridiscente mientras las bobinas de energía cayeron al suelo.

Kroeger y Forrix siguieron al Señor del Hierro, sintiendo la violencia inminente en su silencio a medida que regresaron al puente. Falk estaba en el puesto de mando, ante un hololito flotante que mostraba las lecturas de la nave de los Manos de Hierro y su inconfundible reactor sobrecargado.

-¿Cuánto falta? -preguntó Perturabo.

-Menos de un minuto -dijo Falk.

Más allá de los brillantes gráficos, la pantalla panorámica principal mostraba la bala de cañón corta de la nave enemiga, revolcándose en el espacio como el cadáver de una ballena de vacío con muerte cerebral.

-Sus propulsores de maniobra están funcionando -dijo Forrix, notando pequeñas llamaradas correctivas de empuje a lo largo de la nave. –Han recuperado potencia.

-No será suficiente -dijo Falk. -Esto es sólo un último intento desesperado por ponerse tan cerca de nosotros como sea posible antes de que exploten sus motores.

-¿Nos estás alejando? -preguntó Kroeger.

-Por supuesto -le espetó Falk, mirando a una parte de la pared detrás de Kroeger, como si viera algo en la pintura descolorida del mamparo. -Tuve que esperar hasta que regresaron, pero sí, nos estamos alejando.

-¿Estaremos en el radio de la explosión cuando esa cosa estalle? -preguntó Forrix.

Falk cambió el gráfico flotante a uno de esferas concéntricas de dispersión. La nave de los Manos de Hierro estaba situada en el centro, con la *Andronicus* y la *Sangre de Hierro* en el primer anillo de impacto.

-Mucho -dijo Falk. –Estaremos lejos, pero probablemente recibamos una sacudida.

Perturabo levantó una mano, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras estudiaba las lecturas emitidas del casco y los reactores de la nave enemiga. Desmenuzó la información entre las lecturas de emisión de energía y la rotación lenta de la nave de los Manos de Hierro.

Forrix reviviría ese momento cientos de veces o más en un intento de interpretar la expresión de Perturabo. La esquina de la boca del primarca tembló, como divertida, sin embargo sus ojos no perdieron su fría y calculador hielo. Su lenguaje corporal era tenso, su cólera de batalla al frente, pero con una consanguinidad que le llevó al borde de su pura agresión. El primarca era una masa de contradicciones, pero nunca tanto como en este momento.

-Mantened la posición -dijo Perturabo.

-¿Mi señor? -dijo Falk. -Todavía estamos en la zona de la explosión primaria. La explosión a esta distancia nos haría mucho daño.

-Dije mantener la posición, Barban Falk, ¿o tengo que repetir mis órdenes todo el tiempo?

-No, mi señor -dijo Falk, dejando rápidamente sin potencia a los motores y manteniéndoles en su lugar. Forrix sintió un temor cada vez mayor, pero no tenía miedo de que Perturabo no supiera lo que estaba haciendo.

-Armamento tiene una solución de disparo, mi señor -dijo Kroeger.

-No disparen -dijo Perturabo, pasando a la parte delantera de la cubierta de mando y de pie ante la pantalla panorámica. -Dije que la legión de Fulgrim pagaría por las muertes que sufrimos. Este es ese pago.

La cubierta de ingeniería era lo más parecido a la idea de los antiguos del infierno que se podía imaginar. Una pesadilla sofocante de vapor caliente, gases sobrecalentados que escapaban de conductos rotos y luces rojas intermitentes. Los cuerpos de los muertos yacían esparcidos por el espacio cavernoso, servidores cuyas entrañas habían hervido e ingenieros cuyas armaduras habían sido superadas por la radiación penetrante y picos térmicos bruscos.

Sombras se movían en la penumbra roja sepulcral, seres monstruosos con múltiples brazos y garras; los señores de la morada de los condenados. Sin embargo, estos no eran demonios sino Manos de Hierro, los señores de esta nave y las mismas almas que trataban de salvarlo.

Thamatica luchó con múltiples salidas del sistema a la vez, dejando que la arquitectura cognitiva construida en su cerebro por los sacerdotes de Marte equilibrara los hilos tejidos de datos a una velocidad más allá de lo que incluso el

mortal más dotados podría. Decir que lo que intentaba era un procedimiento delicado era como decir que la neurocirugía bio-augmética avanzada sería algo difícil para un mundo salvaje. Los cargas del reactor estaban a un pelo de romper sus campos de contención y convertir a la nave en una nube expansiva de polvo radiactivo.

La forma en que Thamatica lo miró, como si fuera capaz de controlar las energías colosales correctamente y entonces *podría* tener una forma de salir de este lío. Si no podía, entonces podría al menos hacer algún daño a sus atacantes. La nave de los Hijos del emperador se retiraba detrás de ellos, un enjambre de brillantes tracerías que describen los arcos de Stormbirds huyendo y torpedos de abordaje atraídos con cuerdas magnéticas.

Curiosamente, la nave de los Guerreros de Hierro ya no estaba en retirada.

¿Acaso su capitán sospechaba lo que planeaba?

Perturabo estaba a bordo de la *Sangre de Hierro*, por lo que era totalmente posible.

Pero ¿por qué no se lo habían dicho a los Hijos del Emperador?

Liberando su mente de pensamientos del pasado, Perturabo vio la forma de suaves ondulaciones de la *Sisypheum* con profunda admiración por su tripulación. Los motores de datos de la *Sangre de Hierro* finalmente habían identificado la nave de los Manos de Hierro pese a su silueta muy blindada y modificadas, haciendo que la búsqueda de patrones y algoritmos de firmas energéticas mostrasen numerosos errores de reconocimiento en el camino. Tales eran las diferencias en la estructura y las emisiones que varias iteraciones lo habían designado como una nave de guerra de los pieles verdes.

Perturabo había reconocido la nave mucho antes, su estructura subyacente clara para él bajo las mejoras, modificaciones y reparaciones improvisadas realizadas por la tripulación. La nave de los Manos de Hierro era una cosa fea ahora, un tallo encarcelado en comparación con la hoja de gladiador de la *Andronicus*. Pero una hoja era una hoja, e incluso la más cruel aún podía matar.

Y la tripulación de la *Sisypheum* estaba muerta en su mente.

Un halo muy brillante de reacciones nucleares latía de sus motores sobrecargados. Un tsunami de radiación electromagnética florecía desde la *Sisypheum* envolviendo a la *Sangre de Hierro* y *Andronicus*. Decenas de consolas estallaron en una lluvia de chispas y llamas cuando los sistemas apantallados se sobrecargaron y fundieron.

-¡Por los huesos de Lochos! –juró Falk cuando su consola de comandos estalló en llamas.

-Kroeger, ¿todavía tienes una solución de fuego? -exigió Forrix.

-No tengo ni idea, los auspex de las arma están ciegos.

-Consíguela de nuevo -ordenó Forrix.

-Dame un minuto -le espetó Kroeger, luchando contra los pocos sistemas de control de incendios que permanecían intactos.

-¡No tenemos un minuto! -gruñó Forrix, apartando a Kroeger. El panel era un desastre ennegrecido, pero se mantenían los suficientes sistemas para iniciar una descarga sin guía de torpedos y un aluvión caótico de disparos.

-No hagas nada -dijo Perturabo.

-Pero…

-¡Dije que no hagas nada! -gritó Perturabo, pero para entonces ya era demasiado tarde para hacer nada de todos modos.

Una bola de fuego ardiente de la energía incandescente estalló en los motores de la Sisypheum como la cola de un cometa que se acerca demasiado a una estrella súper densa. La nave salió disparada hacia delante como un misil lanzado desde un lanzador de hombro, acelerando de una parada virtual a velocidad de escape en un abrir y cerrar de ojos.

La *Sisypheum* acortó la distancia a la *Andronicus* en una racha de brillo laser y alanceó en sus flancos en un punto justo detrás del arco en forma de arado de la bella nave. Dorada y adornada como era, la *Andronicus* era todavía una nave de combate de las legiones astartes, y estaba armada para soportar misiles, torpedos y proyectiles explosivos.

Contra la velocidad, la masa y las armas de proa de la *Sisypheum*, no tenía ninguna posibilidad.

El casco de la nave de los Hijos del Emperador se arrugó ante el proyectil cónico de la nave de los Manos de Hierro, un impacto perforante a través de sus intestinos que envió cantidades ingentes de oxígeno ardiendo al espacio. La estela ardiente de los Manos de Hierro vienen preparados encendió la atmósfera dentro de la Andronicus y cortó la proa de su cuerpo tan agudamente como una guillotina. La proa se apartó en una estela en espiral de oxígeno consumido, y placas blindadas a lo largo de toda la mitad frontal de la nave se doblaron y deformaron cuando se iniciaron explosiones internas en cadena a lo largo de su longitud. Fuego brotó de rupturas en el casco y haces de luz brillante salieron de brechas en compartimentos a medida que los daños catastróficos consumieron la nave de los Hijos del Emperador desde el interior.

Un cono expansivo de fuego y escombros detonó hacia el exterior cuando el impulso y el fuego de las armas de la *Sisypheum* perforaron a través de las entrañas de la nave de la III legión. Como una bala tras atravesar el cuerpo de una víctima, la *Sisypheum* emergió desde el interior de la *Andronicus*, arrastrando desechos fundidos y un halo envolvente de plasma ardiendo. Esta se agitó entre la neblina del vacío, y Perturabo vio las ráfagas torturadas de luz llorando en los bordes de la herida de salida cuando sus escudos arrastraron kilómetros de blindaje en su estela magnética.

Aunque los conceptos de arriba y abajo son irrelevante en el espacio, la *Andronicus* pareció caer, convulsionada como un boxeador grogui. Sus sistemas giroscópicos lucharon para estabilizar el barco, pero los daño eran demasiado severos, demasiado bruscos y demasiado importantes para corregirlo. Aunque su capitán luchó por salvarla, Perturabo sabía que la *Andronicus* estaba condenada. Campos de energía brillaron en un intento desesperado de preservar la atmósfera interna pese a que la mitad delantera de la nave ya no estaba. Con la integridad estructural destruida, la *Andronicus* comenzó a desmoronarse cuando su enorme masa y las ávidas corrientes de la disformidad se estiraron para reclamar su premio.

-Por los Doce... -resopló Forrix, observando la impresionante vista de una nave muriendo ante sus ojos. Ver un leviatán surcador de estrella destruido en batalla era

un espectáculo que un guerrero jamás podría olvidar; el invencible derrotado, humillado por el invulnerable. La *Andronicus* había muerto en el espacio, sus luces parpadeando por un momento antes de extinguirse. Los motores de la nave se encendieron aún a trancas y barrancas, torciendo el casco eviscerado del camino cuidadosamente trazado ante ellos. En unos instantes sería tragado por las sangrantes corrientes disformes, otra víctima de la ira tempestuosa del Empíreo.

-¿Crees que alguien ha sobrevivido? -preguntó Falk.

-Unos cuantos -dijo Forrix, trasladándose a la estación de observación y conectándose con las cubiertas de lanzamiento. -Unos pocos han alcanzado las cápsulas de rescate, pero algunos todavía están en el vacío a bordo de Stormbirds y torpedos. Más deben estar inmovilizados en el naufragio también. Estoy lanzando un despliegue completo de naves de rescate.

Perturabo observó mientras el Tridente restablecía el control a lo largo de la *Sangre de Hierro*, estableciendo un escudo de naves de piquete y organizando las labores de rescate de la tripulación del *Andronicus*. Miles habían muerto en su repentina desaparición implacable, pero Forrix aún podría salvar cientos con sus instintos logísticos sin precedentes.

Observó a la nave de los Manos de Hierro girar sobre su eje, más ágil de lo que cualquier cosa fea tenía derecho. Aun sangrando una cola de plasma ardiente y cubiertas en ruinas selladas magnéticamente, la *Sisypheum* se arqueó hacia abajo, hacia un nudo de nubes de tormenta que no parecía ofrecer una manera fácil de atravesar.

-Mi señor -dijo Kroeger, sus dedos cernidos sobre el control de incendios. -¿Disparamos ahora?

-No -dijo Perturabo. -Déjalos. Se han ganado este final.

DIECISIETE

La Torre

Fratricidio

Yo dirigiré

A diferencia de muchos de sus hermanos, Perturabo no odiaba a las legiones que habían permanecido fieles al Emperador. Eran herramientas con las que su padre había construido su Imperio, guerreros tan ofensivos como los hijos de Perturabo, pero demasiado tercos o demasiado ciegos para verlo. Los Manos de Hierro eran una legión honorable, pero habían cambiado en los siglos desde que Perturabo y sus hermanos primarcas había subidos a la cima de la almenada Torre Astartes a jurar sus juramentos de fidelidad.

Esperando a Fulgrim en medio del caos estructurado de su santuario, con sus pinturas preservadas en estasis, aparatos anatómica y autómatas a medio construir, Perturabo jugó con los engranajes de un león mecánico con lirios tallados en sus mandíbulas. Recordando su construcción en Olympia, Perturabo rompió su regla más inflexible y miró al pasado. Volvió a pensar en su ascenso hasta aquel chapitel de mármol pulido, la noche antes de salir de Terra para una vida de guerra. Cada paso requirió un esfuerzo sobrehumano de voluntad, determinación y coraje. No era una simple escalera enroscada, sino un desafío para el corazón y el intelecto, una comunión psíquica con el propio Emperador que ponía a prueba los propios límites de la resistencia de un guerrero. No todos ellos habían pasado la prueba.

Perturabo ya no estaba seguro de que *él* hubiera pasado la prueba.

Óperas heroicas habían sido compuestas hablando de los poderosos juramentos hechos sobre la gran torre. Imaginistas de todo tipo habían tratado de captar la majestuosidad del momento en que cada primarca había emergido de su arco dorado, y cientos de dramaturgos habían intentado encerrar en verso el idealismo encarnado en la idea de un momento tan profundo.

Ninguno de ellos se acercó siquiera.

Pensaban en el juramento como en algo simbólico; un momento arbitrario elegido para marcar el comienzo de algo magnífico. Pensaron que era un instante poderoso de tiempo que quedaría marcado en la arena de la historia de Terra. Perturabo había visto nuevo el recuerdo de ese día muchas veces, sometiendo las palabras que intercambió entre él y su padre a un escrutinio crítico. Cada interpretación de las palabras no le dio comodidad en el frío de la soledad que conllevaba la traición; sólo reproche.

-Serás mi martillo, Perturabo -había dicho su padre. –Cualquier cosa que nuestros enemigos construyan para alejarnos de nuestro destino, tú lo derribarás.

-Nadie podrá construir nada que no pueda abrirse. Nadie.

-Lo sé -dijo su padre, volviendo la mirada hacia las estrellas. En la cima del mundo eran claras como diamantes, pues el Palacio había sido construido por encima de las capas bajas de restos químicos fruto de siglos de guerra y sus cenicientas secuelas. Perturabo siguió la mirada de su padre, disfrutando de la posibilidad de dirigir a sus guerreros a las mismísimas estrellas.

-Grande es la culpa de una guerra innecesaria, hijo mío -dijo su padre. -Tiñe el alma para siempre y es como un cáncer que carcome todo lo que alguna vez fue bueno en un hombre. Enviar hombres a la muerte sin un propósito noble y consignar a los que luchan a tu lado la tumba es una carga que ningún hombre puede soportar y ningún hombre debería perdonar. Recuérdalo siempre, hijo mío. Lucha cuando sea necesario, pero ejercer el poder de la legión con un corazón solemne. Una vez desatada, la bestia de la guerra no volverá a su jaula de hierro hasta que haya saciado su sed con la sangre de inocentes.

Las palabras habían sido dichas en un tono reflexivo, como si se llevaran el pesar de su padre y el peso de una amarga experiencia. Ahora eran un eco del pasado hecho una suerte de presciencia y la mordida de advertencia de una víbora.

-Pero lo que yo te pido está necesariamente más allá de la comprensión de la mayoría de los hombres -continuó su padre. -Muchos en este nuevo mundo me consideran jactancioso, citando mi arrogancia de declarar un destino manifiesto para gobernar las estrellas, pero no entienden nada de la verdad del universo. Ellos no pueden saber que se trata de una guerra por la supervivencia de la especie. O salimos a la galaxia y la conquistamos con el tiempo o estaremos confinados a una muerte lenta o un estancamiento que podría ser mucho peor.

-Tus hijos no dejarán que eso suceda.

Su padre sonrió. –Puede que ya sea inevitable.

-Nada es inevitable.

-Espero que tengas razón, Perturabo -dijo su padre, y un momento de afecto genuino pasado entre ellos, uno que Perturabo no había sentido antes y nunca

sentiría de nuevo. -A través de los siglos, nuestra especie ha intentado muchas formas de combatir a las fuerzas del mal: la oración, el ayuno, buenas obras, rituales y libros sagrados, pero así no es cómo vamos a luchar contra ella.

-¿Mal? –preguntó Perturabo.

-Una forma de hablar -dijo el emperador, no del todo convincente. -Todos esos caminos no tenían sentido o eran ineficaces, y costaron millones de muertos. Nosotros, por el contrario, lucharemos con bólters, cuchillas y el coraje de los más grandes guerreros que esta galaxia ha visto. *Así* es como lucharemos contra el mal.

Esa palabra otra vez.

-Los Guerreros de Hierro están a tus órdenes, padre -dijo Perturabo. -Doquiera que nuestros caminos nos lleven, encontraremos y sin importar el tiempo que cueste, no te fallaremos.

Su padre se volvió a mirarlo, sus ojos dorados como dos taladros de asedio clavándose en el corazón de Perturabo, penetrando hasta el núcleo de su propia esencia y aprendiendo todo acerca de él en un abrir y cerrar de ojos. Pero lo que él había visto que no se reflejó en su expresión impenetrable y Perturabo había pasado largos años tratando de romper ese muro.

El Emperador se giró a ver las torres bajas, sobre las montañas que atravesaban las nubes más altas del mundo, sobre la mano de obra de millones de personas aún reunida en la transformación de esta cadena montañosa en un edificio digno de admiración. Su mirada abarcaba todo lo establecido ante él, desde los recientes asentamientos resultantes en torno a los recintos del Palacio a las tierras devastadas por las guerras contras los tecno-reyes bárbaros, hasta llegar a las satrapías más lejanos.

-Ya no puedo ver los caminos y los finales desde este momento -dijo su padre mientras vientos (anabatic) se elevaron por la llanura llenando el silencio entre ellos.

-¿Por eso Magnus y su Legión permanecen en Terra, mientras el resto de nosotros realizamos la cruzada a través de las estrellas?

-En parte, a pesar de que se unirá a ti pronto. Espero que un día Magnus volverá a mí de nuevo, porque ve muchas cosas que yo no.

-¿Él no participará en la cruzada? –dijo Perturabo, decepcionado.

-Magnus volverá a Terra, pero no por mucho tiempo -dijo el emperador, dirigiéndose a él como sorprendió ante su consternación. -¿Tú y él sois cercanos?

-Sólo le he conocido a un par de veces -dijo Perturabo tras pensarlo un momento. -Pero sí, me gusta. Él ya me ha ayudado en la traducción de algunos de los textos más oscuros de mi colección. Creo que él y yo seremos buenos amigos.

-¿Por qué?

Parecía como una pregunta extraña, incluso entonces. El tiempo y los acontecimientos posteriores al Nikaea sólo la hicieron más extraña, como si el emperador ya supiera el camino en que el Rey Carmesí se disponía a seguir.

-Compartimos el amor por el aprendizaje, y un hambre de conocer cosas nuevas -dijo Perturabo. -Después de todo, sin cultura y conocimientos, ¿Qué sentido tiene cualquier cruzada? ¿Solo destruir, arrasar? No, si una cruzada debe tener propósito, necesita forjar algo mejor en su estela.

-Ah, las palabras de tu gran pensador Firenzii -dijo el Emperador con una sonrisa suave.

-Y yo que pensaba hacerlas pasar como mi propia sabiduría -dijo Perturabo con una sonrisa a juego.

Estas palabras volvieron a él a menudo, burlándose de lo que había pasado con la gran visión prometido por el Emperador. Dos siglos de idealismo y esperanza arrasados en un espasmo de rebelión, incontables grandes obras inconclusas en un instante.

¿Qué dirían los historiadores del futuro acerca de la apuesta de Horus Lupercal? ¿Estudiarían minuciosamente sus libros polvorientos y jugarían a repetir eventos largo tiempo ocurridos y ver lo que podría haber sido? Perturabo desestimó la cuestión como irrelevante; la historia no era un juego que podía ser jugado una y otra vez para crear resultados frescos. Lo qué había pasado ya pasó, y lo que no sucedió no podía llegar a pasar. Juegos de "qué pasaría si " podrían ser divertidos para los estudiosos y teóricos, pero para los guerreros que eran una distracción.

Fulgrim subió a la Torre Astartes años antes que él, y Perturabo a menudo se había preguntado que habían hablado él y el Emperador en su última noche en la Terra. ¿Estaría el fenicio acosado por los recuerdos en las vigilias de la noche? ¿Estaba preocupado por los significados ocultos y subtextos en las palabras de su padre, que sólo ahora se hacían evidentes?

¿Había una voz en la cabeza de Fulgrim susurrándole verdades oscuras?

Los supervivientes de la *Andronicus* habían sido alojados en uno de los pisos superiores de la *Sangre de Hierro* hasta que la *Orgullo del Emperador* estuviera lista para recuperarlos. En lugar de un espacio lo suficientemente grande para contener a las tres mil almas rescatadas de la nada, habían sido alojados en medio de lo que había sido una vez las cubiertas de los rememoradores. El interior de una nave de los Guerreros de Hierro era un ambiente de bordes definidos, funcional, con poco en el camino del espacio superfluo, pero estas cubiertas apestaban a abandono. Los miles de rememoradores que habían asistido a la legión en los últimos días de los años de la Cruzada habían vivido y trabajado aquí, pero todos se habían ido ahora, y nadie de la IV legión había usado estos espacios oscuros. Trozos de los graffitis hechos por los rememoradores aún permanecían en las paredes, fragmentos de la poesía, caricaturas pornográficas y escalas musicales elaboradas apresuradamente, pero muchos ahora estaban oscurecidos por huellas de manos ensangrentadas y arcos de sangre salpicada seca.

Honorable Soulaka se abrió paso entre la multitud de mortales y legionarios que se agolpaban los estrechos pasillos de techo bajo, con una creciente sensación de incredulidad e indignación. Cuerpos de legionarios estaban dispuestos en pilas al azar con marcas de triaje en sus hombreras, aunque estaba claro que nadie había asistido incluso a las personas que necesitaban ayuda inmediata. El hedor de las heridas abiertas era fuerte, al igual que el aroma irresistible de coagulantes genéticamente modificados que significaba que un gran número de legionarios habían sido gravemente heridos.

Los apotecarios de los Guerreros de Hierro acudieron inmediatamente a las cubiertas de los rememoradores sin necesitar ningún tipo de órdenes, pero los

supervivientes de la *Andronicus* los echaron. Solo quedó Soulaka, con la esperanza de que pudiera ver a algunas de las criaturas que el Nacido de la Piedra había descrito después de su abortada estancia en la fiesta de los Hijos del Emperador. Aullidos como los gritos de caza de rapaces le arrastraron hasta lo más profundo en el laberinto de corredores, sonidos húmedos de gargantas amplificados por las paredes metálicas y distorsionados por los muchos giros. Notas graves disonantes vibraban en el aire y un sonido gritón y lastimoso ponía a prueba sus nervios como un receptor vox mal ajustado, pero podía encontrar la fuente de estos ásperos sonidos.

Legionarios heridos sentados en charcos de sangre pegajosa, ignorado por todos excepto un puñado de servidores-medicae de la III legión, seres esclavos cibernéticos que sólo eran aptos para los heridos de baja prioridad. Nadie de ninguna habilidad aparente parecía estar atendiendo a los heridos de muerte de entre los supervivientes.

No tenía ningún sentido para Soulaka.

Sin apotecarios, un gran número de legionarios moriría sin necesidad.

Sin la rápida aplicación de los protocolos reductores, la semilla genética de los muertos se perdería, pero a los Hijos del Emperador no parecía importarle. Era el recurso más valioso de una legión, y a los guerreros del fenicio poco les importaba su pérdida.

Cuanto más profundo penetraba en las cubiertas Soulaka, más empezó a sospechar por qué.

Gran parte de los Hijos del Emperador habían mutado tanto desde la implantación de su plantilla genética original que era casi imposible reconocerlos como legionarios.

O saber si su semilla genética podría incluso ser cosechada de forma convencional.

Soulaka vio a un guerrero con un peto destrozado, debajo de la cual observó un amplio pecho que se asemejaba a la carne rugosa del vientre de un reptil, otro cuyo brazo doblado en formas que indican la presencia de demasiadas articulaciones, y un tercero cuyo casco parecía haberse fusionado con la carne de su cráneo, de tal

manera que era imposible saber dónde terminaba la armadura y comenzaba la carne.

Y estos solo fueron algunos de los cambios más leves que vio.

Ojos de colores múltiples y rostros con enojo le observaron, como si él fuera el intruso en su nave. En lugar de un apotecario intentando ayudar a los necesitados de atención médica, se sentía como un explorador novato en su primera misión detrás de las líneas enemigas que acababa de perder su posición.

Se movió con rapidez, catalogando las diferentes deformidades y mutilaciones hechas en los cuerpos de los Hijos del Emperador. Algunas eran claramente adaptaciones quirúrgicas, pero otras sólo podría ser el resultado de la manipulación de la semilla genética. Cualquiera que tuviera la habilidad de hacer tal cosa fuera de los laboratoria escondidos en Terra y Marte era increíble, pero después de haber oído lo que el Nacido de la Piedra había dicho a su regreso de la Orgullo del Emperador, sólo podía haber un hombre capaz de tal hazaña.

Soulaka oyó un gimoteante sonido de aliento a su lado y sintió unos dedos inquisitivos agarrar débilmente la pierna. Bajó la mirada para ver a un guerrero herido cuya cianótica tez y ojos ensangrentados hablaban de una hipoxia terrible y repentinas lesiones por la despresurización. Este guerrero había volado hacia el vacío del espacio sin ningún medio de soporte vital, y haber sobrevivido siquiera era una prueba de la solidez de la fisiología de los astartes.

El legionario estaba ciego, sus ojos se habían llenado literalmente de sangre hasta que reventaron.

-¿Apotecario? -dijo el guerrero. -Estoy herido...

Soulaka arrodilló a su lado e hizo una mueca cuando vio los anillos y ganchos dentados cosidos a la cara. El guerrero agarraba el mango de un látigo de púas que estaba enrollada a su lado como una serpiente dormida. Soulaka parpadeó cuando le pareció ver la longitud dentada del látigo contraerse en reconocimiento a su escrutinio.

-Dime tu nombre -dijo Soulaka.

-Kalimos -dijo el guerrero. -Ah... el dolor...

Soulaka asintió y extendió su brazo, dejando que auspex del Narthecium jugase sobre Kalimos y recopilara información de diagnóstico que le permitiera tratar las heridas del guerrero. Sus heridas eran graves: muchos de los órganos internos de Kalimos estaban dañados sin posibilidad de reparación por falta de oxígeno, y los que quedaban estaban a punto del fallo total. No estaba perdido con todo, y con un conjunto completo de herramientas medicae Soulaka podría reincorporar a Kalimos a las líneas de batalla dentro de unos días.

-Puedo arreglarte -dijo Soulaka. -Pero tenemos que llegar al Apothecarion.

Kalimos temblaron como un espasmo de la agonía pasa a través de él. Se pasó la lengua bifurcada por los labios agrietados y Soulaka vio que sus caninos habían sido reemplazados por implantes de acero quirúrgico afilados.

-Tú no eres Tercera Legión -dijo Kalimos, con ríos gemelos de sangre fluyendo por la comisura de la boca. –No lo conoces, ¿verdad?

-¿Qué no conozco? –dijo Soulaka, inclinándose.

-El dolor... -dijo Kalimos.

-Puedo ayudarte con eso -dijo Soulaka, extendiendo su Narthecium.

Kalimos apartó el dispositivo quirúrgico de un bofetón y negó con la cabeza. -No. El dolor... es exquisito, sabes. No sabía lo bien que se sentiría... morir...

Su cabeza cayó hacia un lado, y Soulaka no necesitó ningún tono de aviso del Narthecium para decirle que Kalimos estaba muerto. Soulaka había visto muchos guerreros morir antes que él, pero esta muerte le sentó muy mal.

Ningún marine espacial debería dar la bienvenida a la muerte.

-Tu guerra ha terminado, legionario Kalimos -dijo Soulaka, colocando una mano sobre el hombro del legionario muerto. -Y haré honor a tu memoria con la promesa de que tu semilla genética vivirá.

Soulaka retiró cuidadosamente el blindaje pectoral del guerrero muerto para revelar un caparazón negro con las almohadillas conductoras de un desfibrilador. Una hoja de bisturí extraída entró por el tejido endurecido y abrió el pecho plano y amplio de Kalimos, lo suficientemente profundo como para alcanzar los cantos de la protección ósea fosilizada. Los tatuajes de serpientes retorciéndose dedicadas a lo

que ya fuese coito o la batalla se deslizaban a través de la piel magullada y las tintas brillaban con matices extraños que hacían sentir extrañamente inquieto a Soulaka.

Introdujo un código memorizado en su Narthecium y alteró su configuración en una serie de paneles cambiantes y rotatorios hasta que emitió un soplo de aire helado. El núcleo perforante del reductor surgió de los bordes superiores de su guante mientras una serie de tubos de vidrio remataban su base. Soulaka roció soluciones esterilizantes en el centro del pecho del guerrero muerto y limpió el área de contaminantes.

Al retirar la hoja para carne del pecho de Kalimos, Soulaka cambió el espectro de penetración de la visera para localizar las progenoides implantadas. Soulaka podría extraer la semilla genética de un legionario muerto en condiciones de combate en menos de treinta segundos, pero llevó casi todo ese tiempo localizar las progenoides en medio de la confusión biológica que vio dentro de Kalimos.

Órganos y troncos artificiales enroscaban su cuerpo, vinculados a su sistema nervioso de una manera que nunca había visto o imaginado posibles. Una panoplia de órganos híbridos y hardware biológico desconocido llenaba el pecho del hombre, la mayoría de los cuales nada tenía que hacer en el interior de un ser vivo.

Finalmente, encontró lo que estaba buscando: un órgano pequeño, con forma de ciruela conectado a una serie de misteriosos tentáculos carnosos tan delgados como cabellos.

-¿Que podría estar pasando aquí ahora? -se preguntó mientras conectó los bordes energizados de la broca y apretó con fuerza para romper el caparazón óseo y alcanzar los órganos en su interior. Cortadores láser penetraron a través de carne y hueso mientras un tubo interior extraía la sangre, y Kalimos se sacudió ya que el láser envió pulsos de energía eléctrica a través de los extraños caminos de su cuerpo. La sangre fresca escapó de sus ojos rotos, y una exhalación de lo que pareció placer suspiró de sus labios azules.

El taladro quedó fijado en su lugar y los mecanismos automáticos del reductor terminaron su trabajo. Con cuidado, Soulaka retiró el taladro mientras los tubos huecos se llenaron de sangre y el retorcido bulto del órgano cosechado. La hoja auto-esterilizada y el reductor se retractaron en su guante, sellando la preciosa semilla genética en el interior.

-¿Es eso realmente tuyo para tomarlo? -dijo una voz detrás de Soulaka, y él saltó por la sorpresa, buscando la pistola bólter en la cadera. Una mano surgió de la nada, veloz como el pensamiento, y se cerró sobre la culata del arma antes de que la suya propia pudiera alcanzarla.

-Vamos, vamos, no tengas prisa -dijo un guerrero con la cara llena de cicatrices y un arrogante destello en sus ojos. -Todos somos amigos aquí, ¿no?

-¿Quién eres tú? -preguntó Soulaka, apartando lentamente su mano de la funda.

--Lucius -dijo el guerrero arrodillado junto a Kalimos.

-¿Dónde están los apotecarios de tu legión? -exigió Soulaka. -Hay legionarios muriéndose aquí. Podrían ser salvos.

Lucius ignoró la pregunta y liberó el látigo dentado de las garras del hombre muerto.

-No vas a necesitar esto entonces, Kalimos -dijo, saboreando la sensación del apretón de púas en la mano desnuda. -No te preocupes, cuidaré de él por ti.

-¿Escuchaste lo que dije? -dijo Soulaka.

-He oído -dijo Lucius, elevándose y colgando el látigo enrollado de un gancho en el cinturón. Ahora que él se tomó un momento para estudiar este Lucius, vio a un hombre perfectamente en equilibrio con su físico, un asesino con un profundo conocimiento de las limitaciones de su cuerpo.

-¿Y bien?

-¿Y bien qué?

-¿Dónde están vuestros apotecarios?

-Sólo uno llegó a bordo de vuestra nave de hierro -dijo Lucius. -Y no creo que esté particularmente interesados en *salvar* vidas.

-Entonces, ¿qué tipo de apotecario es él? '

Lucius se acercó más y Soulaka pudo saborear la amargura de su aliento, el rancio sudor de su cuerpo sin lavar y la sangre fresca de las cicatrices.

-El tipo que está de pie justo detrás de ti -dijo Lucius.

Soulaka dio la vuelta y se encontró cara a cara con lo que parecía el cadaver de un hombre con el pelo blanco filiforme, los ojos negros y una capa de piel curtida por encima de su armadura de púrpura y oro. Un servo-arnés leproso brotó de su espalda, portando una pistola de aguja alargada con sus dedos delgados similares a los de una mantis.

Soulaka oyó un pequeño sonido *thip* y sintió un agudo pinchazo en el cuello, como la picadura de insecto.

Alzó la mano y tiró de una astilla de cristal hueco de su cuello. Una gota de sangre colgaba suspendida en la punta, como una lágrima de rubí. Trató de dar sentido a lo que estaba viendo, pero su mente estaba repente empañada y lenta.

-¿Fabius? -dijo, aunque su voz sonaba como si fuera el eco nacido del fondo de un abismo profundo.

-Quien si no -dijo el hombre, que se acercó y lo bajó al suelo cuando las fuerzas abandonaron el cuerpo de Soulaka. Trató de hablar, pero Fabius lo silenciado con un dedo colocado tiernamente en los labios.

-La toxina xyclos se nutre de la resistencia y hará que tu sufrimiento sea mucho peor en caso de que desees morir entre estertores -dijo Fabius.

Soulaka ya no podía sentir sus piernas y asintió con la cabeza, como si lo que estuviera diciendo Fabius fuera la cosa más natural del mundo.

-Tomaste algo que no te pertenece -dijo Fabius, abriendo expertamente el reductor cifrado de Soulaka y retirando la semilla genética que había tomado de Kalimos.

-No, yo... -dije Soulaka, pero todo lo que había estado a punto de decir se escabulló.

Fabius colocó algo pesado contra su pecho.

Soulaka miró hacia abajo y aunque sabía que debería reconocer el dispositivo, su nombre y el propósito le eran esquivos. Fabius presionó con fuerza y Soulaka gruñó cuando cuchillas afiladas por láser giraron hasta la velocidad de corte, atravesando las capas de su blindaje y los densos huesos de su pecho. Sintió que el dispositivo perforaba profundamente en su cuerpo, pero no había dolor. Lo cual era bueno. Sintió una sensación de tirón en su interior cuando le retiraron un

órgano interno. Las lágrimas brotaron de las comisuras de sus ojos, aunque no podía decir por qué.

Fabius se inclinó cerca para susurrarle al oído. Dime tu nombre.

-¿Qué?

-Tu nombre -dijo el ángel de la muerte de pelo blanco. -¿Cuál es?

Al menos, él lo *sabía*.

-Soy el Honorable Soulaka -dijo, satisfecho de haber recordado este hecho.

-¿Honorable? ¿Eres un maestro masón? -preguntó Fabius.

-Lo soy -dijo Soulaka.

-Interesante- dijo Fabius.

Soulaka miró hacia abajo. Un agujero limpio había sido horadado a través de su coraza. Sangre cubría su armadura con un brillo reluciente y una espuma viscosa de sangre y fragmentos de hueso se concentraba en su regazo. El apotecario de los Hijos del Emperador acunó un frasco metálico, sobre el que los brazos de araña de su servo-arnés trazaron dos palabras: *Honorable Soulaka*.

Con su último aliento de vida, Soulaka se retiró hasta la última fuente de fuerza que le quedaba.

-Del hierro viene la fuerza. De la fuerza viene la voluntad. De...

Sus palabras se desvanecieron.

-Sí -dijo Fabius. -Tu semilla genética debe estar madura y con potencial.

Fulgrim se tomó su tiempo para responder a la citación, pero Perturabo se lo esperaba, y su humor estaban equilibrado cuando las puertas adornadas se abrieron. Los robots del Círculo de Hierro despertaron por sus sensores de amenazas, pero Perturabo les hizo señas a medida Fulgrim penetraba en el interior con una expresión de dolor y cansancio.

La atención de Perturabo estaba centrada en un autómata mecánico: el modelo a escala de un Titán Warhound que era casi tan completamente funcional como su contrapartida real. Su caparazón superior estaba abierto, revelando un entramado diabólicamente complejo de mecanismos, engranajes y ejes de tiempo. El ritmo de metrónomo de su corazón mecánico hacía *tick tack* a un ritmo preciso, y el destornillador en miniatura que Perturabo manejaba no era más grueso que un cabello humano.

Dos del Círculo de Hierro se hicieron a un lado para permitir que Fulgrim entrara, y tras él llegaron dos de sus capitanes, Kaesoron y Variosean, junto con la forma cojeante de su último lord comandante, Eidolon. Tras ellos llegó el Tridente, que se dispusieron a tomar posición en los puntos cardinales de un triángulo a su alrededor. Perturabo hizo Forrix un gesto lento.

Fulgrim miró a su alrededor, y al ver que poco o nada había cambiado desde su última visita al santuario de Perturabo, perdió interés en sus alrededores que cautivaron a los estudiosos terranos durante meses. Fulgrim estaba vestido con su armadura de batalla, vistiendo una nueva capa de pinturas que eran casi dolorosamente vívidas en su coloración. La amatista y el oro eran de alguna manera demasiado *reales*, demasiado afiladas, como si se pintaran en la superficie de sus retinas.

-Siéntate -dijo Perturabo.

Por un momento, pensó que Fulgrim se negaría; la orden era demasiado imperiosa, demasiado humillante en presencia de sus subordinados. Aunque sabía que era una estratagema infantil que un narcisista como Fulgrim descubriría en un latido del corazón, él no hizo caso a su hermano y continuó trabajando en el interior del Warhound.

Justo cuando juzgó que Fulgrim estaba a punto de hablar, dijo: -Te llamé hace cinco horas.

-Soy consciente de eso -dijo Fulgrim, con los labios apretados y cuerda tensa. -Pero acabo de perder una nave de guerra, por lo que mi atención se ha desviado un poco.

-Has *innecesariamente* perdido una nave de guerra -señaló Perturabo.

-¿Por eso me llamaste a tu taller de chapuzas? -espetó Fulgrim. -¿Para regañarme por mostrar una pizca de intrepidez? Si me has traído aquí para regodearse o decir te lo dije, entonces puedes guardarte el aliento. No voy a pedir disculpas por querer aprender más de aquellos que se oponen a nosotros.

-¿Y qué has aprendido? -dijo Perturabo, levantando finalmente la vista de su trabajo. -¿Qué grandes revelaciones te han traído tus monstruos de tan atrevida expedición?

Fulgrim dijo nada y desvió su mirada por la habitación, como si los cuadros, diagramas anatómicos y pruebas matemáticas de repente le interesasen. Su mirada se endureció cuando sus ojos se posaron en los sketches sobre el hombro de Perturabo, y este sabía exactamente lo que Fulgrim iba a decir antes hacerlo.

-¿Cómo conseguiste esos dibujos?

-¿Cuáles?

-Los horribles -dijo Fulgrim. -Los que muestran lo que parece...

-¿La anatomía de un primarca? Sabes cómo los conseguí.

Fulgrim asintió con la cabeza y una fea expresión de amargos celos nubló su rostro.

-Recuerdo muy poco de la época anterior a nuestra dispersión -dijo Fulgrim, encogiéndose de hombros desdeñoso.

-Recuerdas lo suficiente como para transmitírselo algo a tu carnicero.

-¿Fabius? -dijo Fulgrim. -No le di nada, excepto el permiso para explorar los confines de su conocimiento.

-¿En serio? ¿No le dijiste nada?

-Bueno, puede que lo haya apuntado en ciertas direcciones -admitió Fulgrim, -pero el trabajo que ha hecho es todo suyo. Es cierto que lo que él ha fabricado hasta ahora deja mucho que desear, pero nunca se alcanza la maestría en un arte sin esfuerzo y sangre.

-Son un error -dijo Perturabo.

-¿Error? –dijo Fulgrim, como si la palabra fuera un anatema para él. -¿No los has visto? No *existe* bien o mal. Somos seres de voluntad y deseo, y sólo mediante el

ejercicio de los primeros y cayendo sobre los últimos nos movemos más a la perfección. La ciencia imperfecta de Fabius puede que este fabricando monstruos por el momento, pero al final creará algo semejante a Dios.

-Lo único que creará son híbridos bastardos, mutantes mestizos que deberían ser estrangulado al nacer -dijo Perturabo. -Deberías detener lo que está haciendo antes de que vaya más lejos.

-No lo haré -dijo Fulgrim.

Perturabo suspiró y volvió su atención hacia el modelo a escala del Warhound.

-Nunca estás tan seguro como cuando no sabes lo equivocado que puedes estar -dijo, recogiendo sus herramientas y reanudando su trabajo en el interior de la máquina una vez más.

-¿Está roto? -preguntó Fulgrim.

-El conductor de movimiento perpetuo en su corazón está perdiendo el ritmo -dijo Perturabo.

-Pensé que eso era imposible.

-Al contrario -dijo Perturabo, apretando un tornillo no más grande que un grano de arena. -Un genio de la Vieja Tierra descubrió los principios teóricos miles de años atrás, pero carecía de la tecnología para la fabricación de un prototipo funcional. Tengo muchos de sus revistas y documentos secretos en mi biblioteca y fui capaz de extrapolar lo que se había perdido para elaborar los planos y dárselos a Vulkan para construirlo.

Fulgrim asintió con la cabeza, aburrido. -Hubiera pensado que Vulkan tendría cosas mejores que hacer con sus fraguas, como la fabricación de armas de fuego y espadas.

-Entonces es que no lo conoces en absoluto -dijo Perturabo. -Su amor por la forja abarca todas las cosas, desde la elaboración de armas hasta maravillas de artificios en miniatura.

-¿Pero ese está funcionando? -preguntó Fulgrim. -Entonces, no es tan bueno como he oído.

-No, era perfecto -dijo Perturabo. -Fue dañado durante los combates en Phall. Se cayó de un saliente y el mecanismo quedó mal alineado. Si escuchas con atención, se puede oír la variación en cada ciclo de su corazón mecánico.

Perturabo se acercó y colocó al Warhound en el banco de trabajo frente a Fulgrim.

-No tengo ningún interés en sus juguetes -dijo.

-Escucha -insistió Perturabo.

Fulgrim suspiró y se inclinó hacia la mesa, volviendo la cabeza para escuchar.

La mano de Perturabo relampagueó y agarró el pelo de Fulgrim. Con una fuerza tan repentina como demoledora, aplastó la cara de su hermano contra el Warhound. El autómata maravilloso se rompió en mil pedazos cuando la cabeza de Fulgrim crujió en la superficie atestada de la mesa de trabajo.

Huesos se rompieron y sangre salpicó. Engranajes volaron y diminutos resortes y palancas de cambio se escindieron.

Fulgrim gritó en un shock doloroso y sus capitanes avanzaron.

El Círculo de Hierro los estrelló a un lado con golpes demoledores de sus escudos de energía y antes de que los Hijos del Emperador pudieran recuperarse, el Tridente estuvo sobre ellos. Perturabo arrastró Fulgrim sobre la mesa de trabajo, dispersando dibujos, instrumentos frágiles, esquemas y dibujos a medio terminar. Aunque Fulgrim estaba totalmente blindado, Perturabo lo levantó por el cuello sin más esfuerzo que el necesario para un mortal. Fulgrim escupió sangre y Perturabo conectó un puñetazo en la cara de su hermano, mandando la cabeza hacia atrás con un chasquido de huesos.

Los ojos de Fulgrim ardían negros y su rostro brillaba con malicia reptil.

Empezó a hablar, pero Perturabo no le dio la oportunidad. Como un boxeador llevado por una ira asesina, maltrató el rostro de su hermano con golpes aplastantes hasta que lo estrelló con una columna de hierro. Mantuvo a Fulgrim en su lugar y con la mano libre empuñó desde su espalda a *Rompeforjas*.

Levantó el martillo, pero Perturabo dejó el golpe colgando.

La cara perfecta de Fulgrim era ahora una masa de carne húmeda, goteando sangre, mocos y lágrimas. Su respiración era ronca, obstruida con flemas, dientes rotos y sus ojos estaban cerrados por la hinchazón. Trató de hablar, pero Perturabo le interrumpió de nuevo.

-No, hermano -dijo. –Ahora voy a hablar y tú me *escucharás*.

Falk, Kroeger y Forrix arrastraron a los oficiales cautivos de Fulgrim con poderosos brazos envueltos alrededor de sus cuellos y pistolas de gran calibre apretadas sin dilación en su carne.

-Me he mordido la lengua y he permitido a traer a mi legión hasta este lugar -dijo Perturabo. -He seguido tu liderazgo en todas las cosas, he escuchado tus cuentos chinos y permitido marcar el ritmo de esta expedición.

Perturabo se inclinó hacia delante y dijo: -Eso termina ahora.

Soltó a Fulgrim, que se mantuvo erguido frente a la fría cólera de Perturabo.

-Tus guerreros no tienen disciplina, los monstruos luchan tus batallas y has permitido que una nave entera sea sacrificada en nombre de la vanidad, pero no más. A partir de ahora yo estoy al cargo y durante toda la misión tu legión es mía para dirigirla. Tus guerreros obedecerán mis órdenes, seguirán mi ejemplo, y no harán nada si mi orden expresa. Si aceptas, entonces nos adentraremos en el Ojo del Terror y terminaremos esto juntos. Si no, entonces me llevaré a mi legión y te dejaré aquí. ¿Entiendes?

Fulgrim asintió y tragó una bocanada de sangre.

-Lo entiendo, hermano –dijo, con voz entrecortada por las gárgaras, una burla destrozada de su anterior cadencia perfecta. -Entiendo que quieres que me humille y esperas que me trague mi orgullo. Ser su perrito faldero.

-No necesito un maldito perro faldero -gruñó Perturabo. -Necesito un igual.

-Pero yo no soy tu igual, hermano -dijo Fulgrim, sonriendo a través de sus características ensangrentadas, como si este estallido de violencia fuera de alguna manera divertida. -Te supero en todos los sentidos.

-Y sin embargo yo soy el que sostiene el martillo -dijo Perturabo.

-Dices que quieres un igual, pero ¿dónde está la igualdad al fijar mi complicidad al final de un arma?

Perturabo bajó *Rompeforjas* y la devolvió al otro lado de su hombro una vez más. Se volvió hacia el Tridente y dijo: liberadlos.

-Mi señor -dijo Falk Barban. Kaesoron tuvo problemas para controlarle, a pesar de la pistola encajada debajo de sus estiradas fauces abiertas. -¿Está seguro?

-Estoy seguro -dijo Perturabo. -Porque las lecciones de la historia me dicen que la mejor manera de conseguir lo que uno quiere es asegurándose de que le das al otro hombre algo.

-¿Y qué me das? –dijo Fulgrim, escupiendo una bola de saliva mezclada con sangre.

-Te dejo vivir -dijo Perturabo.

-No das mucho.

-Es lo que te estoy ofreciendo. Lo tomas o lo dejas. Tómala, y nadie en la sala volverá a hablar de esto. Tienes mi palabra.

Fulgrim se encogió de hombros, como si el asunto no tuviera importancia. Miiró el pecho de Perturabo y sonrió con hambre reptil.

-Veo que te he juzgado mal, hermano -dijo. -¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que alguien me causara dolor real? No, por supuesto que no. Pero confía en mí, ha sido mucho.

La hinchazón alrededor de la mandíbula de Fulgrim ya se estaba desvaneciendo. Los huesos rotos en la mejilla, nariz y la mandíbula reparándose, y los moretones alrededor de los ojos tomaron un tono amarillento. Los primarcas sanaban rápidamente, pero Perturabo quedó impresionado por la rapidez con la que el cuerpo de Fulgrim estaba deshaciendo el daño que había sufrido.

-¿Así que tenemos un acuerdo?

-Lo tenemos -dijo Fulgrim, pasándose las manos por el pelo y dando a sus guerreros una breve inclinación de cabeza. El Tridente soltó a sus captores, pero en lugar de las posturas y amenazas esperadas, los capitanes de Fulgrim se limitaron a seguir al fenicio cuando se marchó. Perturabo lo vio alejarse, sorprendido de que

Fulgrim aceptara tan fácilmente, pero contento al mostrar a su hermano que no sería desobedecido tan a la ligera.

El encuentro con Fulgrim le había dejado agotado, y dejó escapar un suspiro tembloroso, frotándose la mano sobre su cuero cabelludo. Sus ojos estaban ásperos por el cansancio y necesitaba un trago. Los violentos impulsos de su triarcas eran un potente cóctel de estimulantes de combate y feromonas agresivas, precursores químicos a una pelea que no había ocurrido. Kroeger estaba decepcionado de no haberse derramado más sangre, y los puños de Falk todavía estaban cerrados, a la espera de la matanza.

Sólo Forrix parecía incómodo en lo que acababa de suceder, recogiendo los restos destrozados del Warhound roto.

-¿Te preocupa algo, mi patriarca? -preguntó Perturabo.

-No sé por qué, pero siempre he odiado este modelo -dijo Forrix. -Aunque me entristece verlo destruido.

-Eso no es lo que quieres decir -dijo Perturabo. -¿Crees que me equivoqué con el magullado Fulgrim?

-No.

-Eres un mal mentiroso, Forrix.

-No creo que te hayas equivocado al hacerle sangrar, mi señor -dijo Forrix. -¿Pero tuviste que humillarlo delante de sus guerreros?

-Fulgrim necesitaba una lección -dijo Kroeger.

-Y la ha recibido -asintió Forrix, levantando una pequeña rueda dentada de dientes y manejándola en un círculo con el pulgar y el índice. -Pero si vas a pelar a un gato, no lo mantienes a tu alrededor como una mascota.

LIBRO TERCERO

CONIUNTIO

Teogonías – III

La fábrica en ruinas daba refugio de la tormenta de alambre, manteniendo a los tres con vida, mientras las partículas afiladas aullaron y crepitaron más allá de la piel irradiada del edificio. Ptolea y Sullax se habían quejado acerca de la necesidad de parar aquí, ¿Pero cual que era la alternativa? ¿Sufrir los estragos de una tormenta que podría descarnar a un hombre hasta los huesos en un minuto? Sí, los medidores de radiación estaban en números rojos, pero Coryn sabían el peligro pasaría antes de que hubieran sufrido niveles peligrosos de exposición.

La gente decía que lugares como éste fueron una vez estaciones generadoras, que habían tomado materiales peligrosos y tecnología olvidada para aprovechar su poder. Bueno, ese poder se había rebelado contra sus maestros y arrasado el planeta, liberando toxinas que habían quemado la atmósfera y hervido los océanos.

Sus estructuras quedaron irradiadas y permanecerían así durante miles de años. Esa fue la única razón por la que no habían sido derribadas y sus materiales reutilizados.

Todo era reutilizado en Callax, como la sombría fábrica-fortaleza amurallada con acero que Coryn llamada hogar. Casi nada era nuevo; todo había sido otra cosa. La única fuente de agua del planeta fácilmente disponible era el que se podía extraer del aire por los capturadores de vapor imponentes, y la comida era reconstituida a partir de los desechos corporales de ayer. Coryn nunca había conocido nada diferente, pero el librito que su padre le había dado en su quinto cumpleaños hablaba de los antiguos dioses y sus suntuosos banquetes, mesas gimiendo con interminables copas de agua pura y rica comida que no habían sido conseguida de depósitos de reciclaje o procesada miles de veces para eliminar cualquier impureza.

El libro había pertenecido al tatara-tatara-abuelo de Coryn, y sus páginas eran frágiles y delgadas, pero las imágenes entintadas todavía eran vivas y llenas de vida.

Eran las únicas manchas de color en la sombría, gris existencia de Coryn. Mostraban cielos de azul y oro, con cientos de luces que su padre le contó que eran estrellas. Su padre dijo que aún había estrellas allí, más allá del Umbral, pero en realidad nadie creía en eso. Su padre le dijo un montón de cosas, pero nadie creía mucho de lo que el anciano tenía que decir. Sus días estaban contados todos modos, sus extremidades demasiado débiles para trabajar en las forjas y su mente demasiado propensa a desviarse para ser de alguna utilidad en las tareas logísticas.

Coryn se desabrochó el jubón acolchado y deslizó el libro de su camisa, teniendo mucho cuidado de no dañar su portada y páginas delgadas como un susurro. Mientras la tormenta descargaba lo peor de su furia en el exterior del edificio, leyó historias que conocía de memoria, pero aun así disfrutando del descanso que proporcionaban entre los trabajos miserables de la vida cotidiana.

-¿Todavía lees las historias de tus hijos? –dijo Ptolea, caminando hacia la habitación y limpiándose brillantes motas de lana de acero de su jubón acolchado. Se sentó a su lado, de espaldas a la pared y con las rodillas frente a ella.

-No son cuentos infantiles -dijo.

-No veo razón para leerlos -dijo Ptolea, encendiendo un cigarrillo que era en su mayoría basura de una fábrica. El olor era terrible, pero Coryn no iba a negar a su amigo uno de los pocos placeres que le quedaban. -¿Para qué leer acerca de cosas que no existen?

Coryn volvió el libro y le mostró una página con un guerrero en armadura azul luchando contra una gran criatura serpentina con muchos brazos.

-Debido a que son mejores que las cosas que lo son -dijo.

-Bastante -dijo y extendió la mano para tomar el libro, pero él lo retiró de nuevo a su pecho.

-Lo siento -dijo a modo de disculpa. -Es delicado. Es una especie de herencia de la familia. Siempre esperé pasarlo a mis hijos, ya sabes, si me dan permiso.

Sullax llegó pisando fuerte desde el exterior y también se liberó de las partículas de polvo nervudas.

-No habrá ninguna posibilidad de que tengas niños si nos quedamos aquí más tiempo -dijo Sullax, ahuecando su ingle. –Este lugar es un hervidero de radiación. Fue una mortal y estúpida idea venir aquí.

-No tenías que venir -señaló Coryn.

Por supuesto que tenía -dijo Sullax, como si estuviera siendo obtuso. -Eres mi hermano de trabajo, y me necesitas para seguir con vida.

-Tocado -dijo Ptolea.

-Sí. Si muere, tengo que hacer su cuota -gruñó Sullax, sólo medio en broma.

Coryn no respondió, consciente de que era una aventura arriesgada lo que estaban haciendo, pero sin querer admitirlo ante sus compañeros exploradores. Habían tenido que luchar para convencer al ejecutivo para que los designaran a la patrulla en el primer lugar. Lo último que necesitaba era traer de vuelta los cadáveres desgarrados por una tormenta de alambre o contaminados con radiación que les harían estériles o, peor aún, improductivos.

No estaba seguro de lo que les había impulsado a aventurarse más allá de la seguridad de los muros impenetrables de Callax, pero la visión de la caída del cometa violeta había tocado una fibra sensible en que todavía estaba zumbando con un propósito. Coryn tenía que saber lo que era, y había logrado transmitir esa pasión a los miembros con trajes grises del ejecutivo. Tal vez era la evidencia de otro mundo supereviviente, un enlace a su historia perdida y los otros planetas que se contaban existieron una vez más allá del Umbral. Tal vez podrían ser los restos de un satélite cuya órbita había decaído bastante como para ser arrastrado por la gravedad.

Cualquier razón era lo suficientemente buena como para justificar una patrulla, pero los únicos recursos del ejecutivo había tenido a bien destinarle serían otros dos exploradores. Ambos de los cuales, insistieron, tenían que ser voluntarios. Naturalmente escogió a su hermana de vivienda y hermano de trabajo. Ninguno creía que fuese una buena idea, pero tampoco les había gustado la idea de su marcha al desierto químico solo.

El cometa había caído a no más de un par de kilómetros más allá de las paredes, pero aun así era un viaje difícil y peligroso. No se les había asignado ningún

transporte, y se vieron obligados a caminar penosamente a través de la ceniza y rocas a pie. Bajo el cielo perpetuamente gris, habían casi llegado a los cuartos traseros de las montañas que se alzaban tras Callax cuando la tormenta de alambre llegó y los llevó a refugiarse en la central eléctrica en ruinas.

-Parece que se está hundiendo -señaló Ptolea, apoyándose para mirar a través de una grieta en el revestimiento de acero. -Será desagradable y doloroso, pero podemos ser rápidos y estar de vuelta antes del próximo turno.

-Vamos entonces -suspiró Sullax. –Dormir un poco antes del cambio de turno sería bueno.

Coryn sintió una oleada de culpa y trató de evitar sus rostros. Los cambios en las fábricas, plantas de recuperación de vapor y molinos eran lo suficientemente duros, sin importar lo que trataras de pasar por uno sin suficiente descanso.

Se vistieron sus capas químicas y colocaron las máscaras en su lugar antes de hacer su camino de regreso al nivel del suelo y salir directos a los dientes embotados de la tormenta de alambre.

Ptolea tenía razón; su furia había pasado su apogeo y el vértice en el centro ya se estaba marchando. Sintió los impactos urticantes de las partículas de bordes afilados maltratando los pantalones de lona pesada y la chaqueta acolchada, sabiendo que su piel estaría salpicada de pequeñas ampollas de sangre cuando se quitaran las capas exteriores protectoras. Pero cuanto más se alejaban, menos intensas serían las sobretensiones y chubascos, hasta que pudieron al fin ver los bordes de la montaña.

No era difícil ver donde había impactado el meteorito.

Un surco de rocas humeantes había sido tallado en las laderas bajas, la flacidez de los bordes y fundidos a futuro. Material piroplástico caía como caliente lluvia negra, con olor a metal fundido. Coryn dejó que algo se asentara en la palma de su mano enguantada y se lo ofreció a los demás.

-¿Residuos carbonizados por la reentrada? -se preguntó. -¿De una nave espacial?

-Tal vez -dijo Ptolea, pero Coryn escuchó la emoción en su voz.

Marcharon hacia el valle recién creado, con sus lados vidriosos y vitrificados por el paso de lo que le había esculpido. Protegido ahora de los últimos remanentes de la tormenta, Coryn levantó la máscara, y tomó una bocanada de aire. Estaba completamente quieto y tranquilo y olía dulce y fragante, libre de las toxinas que esperaría oler; como los aceites untados en niños recién nacidos.

-¿Todavía crees que esto era una pérdida de tiempo? -preguntó Sullax.

-No lo sé todavía -dijo Sullax. -Depende de lo que haya al final de esto.

-Mejor esto que un turno en los ventiladores -dijo Ptolea, continuando.

Coryn y Sullax se unieron a ella y se adentraron más en la rebanada cortada en la roca. A un centenar de metros más o menos, un destello de luz iluminaba el fondo del surco. Era evidente que lo que había caído aquí estaba todavía caliente blanco. Se acercaron con cautela, pero conforme reducían distancias, Coryn comenzó a darse cuenta de que lo que veía no eran los restos de un satélite o una nave espacial estrellada.

No sabía lo que era.

Era luz, una iluminación adherente que llenaba el fondo del valle con su brillante resplandor. Coryn miró fijamente, tratando de precisar algún tipo de forma en ella, pero lo único que podía ver eran imágenes fugaces y formas: ojos, alas doradas, mil ruedas girando como el corazón de la máquina más poderosa, múltiples hélices genéticas imposiblemente enrejadas intercalado en mil millones de veces de mil millones de maneras complejas.

-¿Qué diablos es esa cosa bastarda? -exigió Sullax, descargando el rifle de un solo tiro que llevaba al hombro. -¿Eso es peligroso?

-No sé lo que es -dijo Coryn. -Pero no creo que sea peligroso.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Ptolea.

-Lo sé, simplemente -dijo Coryn, y lo hizo. A pesar de que no sabía cómo lo sabía, él comprendería que fuese lo que fuese esa luz, no había venido a hacerles daño. Avanzó hacia la luz, que comenzó a enrollarse sobre sí misma, remodelando su forma en algo maravilloso, un ser renacido de su propia auto-inmolación.

Sintió que algo hurgaba su mente, una presencia mayor a cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Todo lo que él era, lo sabía. Todo lo que él sabía, lo sabía. No sentía ninguna violación ante esto, pues la presencia era totalmente benigno. Tentativa incluso, como una mano tendida en señal de amistad a una hermosa desconocida.

A medida que la luz se concentró en sí misma, una forma comenzó a vislumbrarse, y Coryn jadeó al ver lo que había en su corazón.

Un bebé, tan perfecto como cualquier nacido en uno de los herméticos genes puros.

-No lo creo -dijo Sullax.

-Es imposible -añadió Ptolea.

-No -dijo Coryn, arrodillado junto al bebé. -Es el milagro que hemos estado esperando.

La piel del niño era radiante, como si la luz que lo rodeaba había sido de alguna manera incorporada en su propia carne. El bebé gorjeó felizmente al verle y llegó hasta él con una sonrisa que parecía saber demasiado por algo que apenas había llegado a ser.

-No lo toques -advirtió Sullax. -Podría ser peligroso.

-Es sólo un bebé -dijo Coryn. -Los bebés no son peligrosos.

-No sabes lo que es -dijo Sullax. -Deberíamos acabar con él y terminar con esto.

-¿Matarlo? -espetó Coryn. -¿De qué estás hablando?

Sullax sacó su cuchillo. -Es un huérfano, y conoces las reglas acerca de los huérfanos. Ellos no pueden ser una carga para el resto de nosotros.

-No vamos a matarle -dijo Coryn, levantando al bebé en sus brazos. La carne del niño estaba caliente al tacto y esa calidez se extendió a cada célula del cuerpo de Coryn en una oleada celosa.

-Aparta el cuchillo -dijo Ptolea.

-Confía en mí, os estaré haciendo un favor si meto el cuchillo en su cuello -dijo Sullax. -¿Quién va a cuidarlo? ¿Tú? ¿Él? No necesitas esa carga adicional cuando no es sangre de tu sangre.

-Dije que soltaras el cuchillo -dijo Ptolea mientras la luz del bebé se extendió por su cara.

-No -susurró Sullax, llegando a arrebatarle el bebé de los brazos de Coryn.

La bala de Ptolea perforo a través de la parte posterior de la cabeza de Sullax, y cayó de rodillas antes de derrumbarse a su lado. La sangre se acumuló en sus pies, y aunque Coryn sabía que debía estar sorprendido por la muerte de su hermano de trabajo, él no sentía nada.

La muerte de Sullax lo dejó frío.

Vio que Ptolea lo comprendía, con el rostro radiante y libre de cualquier culpa por efectuar el disparo.

Sullax había amenazado al hijo perfecto y había sufrido en consecuencia.

Coryn miró al suelo cuando oyó el murmullo de algo líquido a sus pies y vio un hilo de agua corriendo de una grieta en el suelo, donde el bebé había aterrizado. Ese goteo creció a un flujo constante, hasta que el agua cristalina se derramó de las profundidades de la tierra en un río. El agua fluía a su alrededor, lavando la sangre y el polvo químico de sus botas, llenando el aire con su pureza.

-Él trajo las aguas -dijo Coryn, entregando el bebé a Ptolea. Ella acunó su pequeño cuerpo con un amor igual a cualquier nueva madre sosteniendo a su hijo por primera vez. Coryn tomó el librito del bolsillo de su camisa y hojeó sus páginas, sin hacer caso de los fragmentos de papel que se desmoronaron de su columna vertebral y desintegraron en el agua.

-Mira -dijo, con lágrimas en su rostro mientras sostenía el libro ante Ptolea.

Las páginas representan un antiguo mito de la creación, un dios de tonos púrpuras ascendiendo de las aguas primordiales para dar vida a un mundo estéril donde nada crecía, pero que ahora renacía como un paraíso fértil.

-¿Quién es? -preguntó Ptolea.

-Es el portador del agua -dijo Coryn. -Fulgrim.

DIECIOCHO

Verlo terminado

Mundo mágico

La Ciudad de los Muertos

La atención exacta a los detalles había servido bien a Perturabo en sus siglos de vida. En la guerra y en la paz, se deleitaba con los detalles de cualquier tarea, ya fuera reduciendo una fortaleza alienígena a escombros o el establecimiento de la proporción áurea dentro de cada porción de un diseño teórico. Angron le había reprendido por perder el tiempo en detalles sin importancia, mientras Guilliman lo había elogiado por su minuciosidad.

Dos personajes muy diferentes, dos opiniones muy diferentes.

Ambos acertados a su manera, pero ninguno apreciaba su metodología o la motivación detrás de sus preferencias exigentes. La necesidad de ser mejor, las ganas de demostrar su valía más allá de llevar el metal a la piedra.

Perturabo era un artesano, y para ser digno de tal denominación, cada pieza de trabajo que llevaba su nombre debía ser juzgada por el tiempo que permanecía. Su legado sería no dejar empresa sin terminar.

Se acercaba a cada tarea como si pudiera ser la última, y esta no era diferente.

Su santuario estaba envuelto en sombras, los grandes proyectos y obras de arte incalculables colgados en las paredes ocultos a la vista. Los autómatas estaban sin vida y en silencio en sus estanterías, con sólo el roce del papel encrespado con cera con para perturbar el silencio. Ni siquiera el latido lejano de los motores de la *Sangre de Hierro* invadía su aislamiento introspectivo.

Repartidas ante él como componentes del más intrincada cronómetro imaginable, estaban las piezas del autómata Warhound roto. La cabeza de Fulgrim lo había roto en fragmentos, y Perturabo lo reparaba cuidadosamente. Había sido un acto

impulsivo destruir el Warhound; calculado para llegar a una situación, pero impulsivo no obstante.

Inclinado sobre su mesa de trabajo, Perturabo limó suavemente una curva en una rueda dentada, con las púas microscópicas de calibradores de precisión realineando cada diente en miniatura. Necesitaría el trabajo de meses para arreglarlo todo, pero Perturabo siempre había creído que una vez iniciada la tarea, sólo un hombre más débil fallaría en llevarla hasta el final.

Diez días habían pasado desde su asalto a su hermano.

Perturabo no lamentaba el hecho, pero las palabras de Forrix había tocado una fibra sensible en su interior. Era un suicidio confiar en la palabra de un ególatra narcisista. El Tridente le había instado a marcharse con la flota Guerreros de Hierro del Ojo del Terror -su nuevo nombre elegido ya cosechaba respeto- y regresar junto al Señor de la Guerra, pero él había dado a Fulgrim su juramento que iría hasta el final y eso fue todo.

Perturabo sabía que su hermano le traicionaría. Estaba resignado a lo inevitable. No se podía *confiar* en que tales individuos hicieran algo aparte de promover sus propios intereses, y Fulgrim no era la excepción. La única pregunta era *cuando* llegaría la traición.

La especulación no tenía sentido. Sucedería, y estaría listo para ello.

Una parte de él la esperaba.

Por lo menos entonces estaría liberado de su juramento a Fulgrim.

Satisfecho de que la rueda dentada volvió a su forma original, Perturabo la colocó cuidadosamente de donde había venido y encajó el engranaje en su compartimiento. Se enderezó y se frotó las palmas de las manos sobre la cara. Sus ojos estaban cargados de sueño y se sentía cansado, como si no hubiera descansado o dormido mal.

Perturabo se sentó y se sirvió un gran vaso de vino de una jarra de bronce. Amargo y con sabor a almendras y especias recuperadas genéticamente de Terra, la bebida era una fermentada por un hijo del Rey Carmesí. Más delgado que los vinos robustos de Olympia, pero emocionante y lleno de contradicciones interesantes.

Al igual que el propio Rey Carmesí.

Se cubrió con la capa forrada de piel, sintiendo frío en su carne y huesos cansados. De todas las cosas que Fulgrim había aportado a esta misión, Perturabo valoraba el regalo de esta capa como la más valiosa. Su tejido era cálido y el artesonado de la sujeción del cráneo inhumanamente hermoso. La piedra en su centro tenía un pulido suave que ni siquiera él podría igualar en un taller de lapidaria. Era negro con finos hilos de oro cuando Fulgrim se lo presentó por primera vez, pero ahora era una mezcla de oro y negro; el pequeño se estaba convirtiendo en el color dominante.

Perturabo volvió la piedra, dejando que capturase la luz de los globos lumínicos flotando.

-Una cosa inconstante -dijo. -El regalo perfecto de mi hermano.

Perturabo suspiró y volvió al Warhound roto, recogiendo una palanca de tiempo y reanudando el trabajo para soltarse un poco con un martillo en miniatura y dispositivos de medición láser.

Las flotas masivas de los Guerreros de Hierro y los Hijos del Emperador aún surcaban las corrientes tempestuosas de la disformidad bajo la guía de Karuchi Vohra, pero su viaje casi había terminado. El Tridente estaba deseoso de ser desatado, desplegar sus Grandes batallones en guerra una vez más.

Una sola nave de guerra con un navegante competente podría utilizar las corrientes torrenciales de la disformidad, ondulando de tempestad en tempestad para lograr el mejor ritmo, pero para intentar tales maniobras con una gran flota era una invitación al desastre. Perturabo no se arriesgaría a tal ímpetu, no a esta profundida en el Ojo del Terror, donde cada tormenta y la tempestad era lo suficientemente fuerte como para descuartizar naves enteras en un abrir y cerrar de ojos.

Los Caminos por Encima eran de hecho una corriente calma a través de la disformidad, como Karuchi Vohra había prometido, pero mover tantos barcos a través de ella tomaba su tiempo.

Él no confiaba en Vohra, como no se fiaba de Fulgrim, pero no podía decir con certeza cuál era la verdadera agenda del guía. ¿Cómo podía un solitario eldar académico - si esa era su verdadera vocación – tener la esperanza de ganarles

engañándoles? Barban Falk tenía órdenes permanentes de meterle un proyectil en la cabeza del guía a la primera señal de la traición, una tarea que ya esperaba tener que llevar a cabo.

Y luego estaba la cuestión de la segunda nave que había vislumbrado cuando el Sisypheum inadvertidamente se había desenmascarado a sí mismo. Ninguno de los aparatos topográficos de la nave la había registrado y nadie de la tripulación del puente había sido testigo de ella, pero Perturabo sabía lo que había visto.

¿Quién más podría estar buscando el Angel Exterminatus?

¿Fuerzas imperiales? Era poco probable, porque todo indicaba que la segunda nave había estado ocultándose de la *Sisypheum* también. Quizás Karuchi Vohra no estaba tan solo como había afirmado, o tal vez había otras razas que sabían de esta misión y trataban de frustrar su éxito o beneficio por su logro.

Otras preguntas fueron puestas a un lado cuando una suave campanilla sonó en la entrada a su santuario. Perturabo respondió sin levantar la vista.

-Entre.

La puerta se abrió y Forrix quedó recortado por la luz cruda de las luces de vapor detrás de él. Con su armadura de Exterminador, parecía invencible.

-Mi señor -dijo Forrix. -Perdón por la intromisión.

-¿Qué pasa, mi triarca?

-El eldar dice que hemos llegado a nuestro destino.

Perturabo esperó hasta que hubo terminado de trabajar en la palanca de tiempo, confirmando por el láser que estaba tan recta como siempre lo sería. Colocó el láser y la parte posterior del martillo en sus lugares apropiados.

-¿Has sido capaz de arreglarlo, mi señor? -preguntó Forrix. -El Warhound, quiero decir.

Perturabo respondió con un gemido de cansancio, un dolor repentino y punzante por su columna vertebral.

-Un puñado de componentes entre miles -dijo, frotándose la cara. -Hay una lección en alguna parte, pero estoy demasiado cansado para pensar en ello.

Perturabo nunca había visto un mundo semejante.

Como una perla situada en un lienzo dejado bajo la lluvia, fue una chuchería prístina en el miasma de energías bulliciosas de la disformidad. Donde otras bolsas de materia eran mundos infernales de física imposible azotados por las tormentas y pseudo-realidades de pesadilla, el planeta de alguna manera habían permanecido sin tocar, un punto de luz contra un telón de fondo de la oscuridad impenetrable.

-Maravilloso -dijo Fulgrim, su forma holográfica vacilante y enloquecida por la estática. -Se trata de una virgen en un burdel, una mascota del regimiento en un matadero.

La imagen de Fulgrim estaba equipada con su servoarmadura de combate, mostrando el ala dorada brillante de la guardia del hombro, incluso a través de la conexión holográfica irregular. No había ni rastro de las heridas que había sufrido a manos de Perturabo.

-¿Tiene un nombre? -preguntó Perturabo.

Karuchi Vohra estaba junto al trono de mando, con Barban Falk su constante sombra a un paso tras él.

-Esta región del espacio una vez fue el hogar de un mundo conocido como Iydris -dijo Vohra. -Un mundo se dice favorecido por la diosa Lileath, pero no sé si este es el mismo lugar.

-¿Y estás seguro aquí es donde vamos a encontrar las armas? -preguntó Forrix.

-Por supuesto que es seguro -replicó Fulgrim. -¿Cuántos otros mundos como éste imaginas que hay?

-Este es el lugar -dijo Vohra. -La tristeza que siento sólo de mirarlo me dice que sí.

-¿Qué significa eso? -preguntó Kroeger.

-Este es un mundo mágico, una reliquia del imperio esfumado de mi pueblo -dijo Vohra. -Una raza cayó en la ruina aquí, miles de millones de almas perdidas para siempre. No es fácil para mí ver esto.

Perturabo detectó la falsedad en la respuesta de Vohra, pero había poco que hacer al respecto ahora. Estaban aquí, y había trabajo que hacer. Se dio la vuelta para hacer frente al híbrido capitán de la *Sangre de Hierro*.

-Capitán Vort, dame un barrido topográfico completo de la zona circundante -ordenó. -Quiero saber si hay algo más cerca.

-¿Crees que los Manos de Hierro podrían estar aquí? -preguntó Fulgrim.

-¿Tú no? -contestó.

-Creo que su nave debió haber quedado muy dañada tras atravesar a la *Andronicus* como para haber sobrevivido mucho más tiempo que mi hermosa nave -dijo Fulgrim.

-Entonces estás olvidando como de ingeniosos son los hijos de Ferrus -dijo Perturabo. –Recibieron un castigo suficiente para paralizar una nave capital y se marcharon. Esa nave es tan dura como roca olímpica, y necesitará más de una colisión para estar fuera de combate.

-Suponiendo que tienes razón, ¿Qué puede hacer contra nuestra fuerza combinada, hermano? Tenemos dos flotas legionarias enteras, cientos de naves, decenas de miles de guerreros.

-¿Oíste lo que pasó en Dwell?

-No -dijo Fulgrim.

-Estás mintiendo -dijo Perturabo. -Y tú mejor que nadie debería saber que no se puede dar por acabados a los manos de hierro.

-Murieron con bastante facilidad en Isstvan -se burló Fulgrim.

-Tienes una memoria corta, hermano -dijo Perturabo. -Murieron con valor y murieron luchando. Y están aquí, en alguna parte.

Un tono suave comenzó a emitirse por los altavoces montados en el techo. Una melodía sin una melodía y una evocación sin palabras de intensidad emocional más allá del entendimiento. El sonido impregnó todos los rincones del puente de la *Sangre de Hierro*, una nota lírica que sacudió los bordes duros y líneas inflexibles

del espacio. Incluso el suave pitido binario de los motores de datos del puente pareció detenerse en presencia del sonido.

-¿Qué es eso? -dijo Kroeger.

-La radiación de fondo y emisiones del planeta -dijo el modulador de voz del capitán. -El auspex lo interpreta como una señal de vox. Filtrándolo ahora.

-Espera -dijo Perturabo. -Déjalo.

-¿Tú también lo oyes? -preguntó Fulgrim.

Perturabo asintió. -Sí. Eso no es una interferencia.

Él vio la confusión en los rostros de sus triarcas y dijo: -Es un lamento.

-Y una advertencia -añadió Fulgrim. -He oído algo por el estilo de antes, en torno a Masacre.

-¿Una advertencia de qué? -dijo Forrix.

Perturabo cambió el enfoque de la pantalla de visión y lo que se había perdido en la ampliación del mundo nacarado fue revelado.

El corazón del Ojo del Terror, una tormenta gravitatoria infernal con un agujero negro supermasivo en su centro. Una esfera de ónix pulido, alrededor de la cual se arremolinaban colores como manchas de aceite, era una herida succionando la carne de la galaxia y vomitando materia antinatural en el vacío. Cualesquiera que fuese el cataclismo que hubiera dado a luz al el Ojo del Terror éste era su epicentro. Una puerta oscura a un destino desconocido y una singularidad inimaginablemente poderosa cuya gravedad era tan fuerte que se consumía la luz, la materia, el espacio y el tiempo en su esencia destructiva.

-¿Cómo es que planeta no está siendo arrastrando? -preguntó Forrix. -¿Cómo es posible que *nosotros* no lo seamos?

-La leyenda dice que Lileath era protectora de su mundo y la apretó contra su pecho -dijo Karuchi Vohra. -Ni siquiera el oscuro hambre de Morai-Heg podía arrancarla del firmamento.

-Eso no es una respuesta -tronó Falk.

-Es la única que tengo -respondió el guía eldar. –Los Caminos por Encima nos han llevado a Iydris de tal manera que la fuerza que mantiene a este mundo de la destrucción y mantiene los estragos de la disformidad a raya nos mantiene a salvo también.

-Entonces debemos acelerar nuestra empresa antes de que cambie -dijo Perturabo, cambiar la pantalla de la pantalla panorámica a una representación topológica de la superficie del planeta. -¿Dónde está la ciudadela de *Amon ny-shak Kaelis*? Muéstramela.

Karuchi Vohra asintió y enfocó la superficie del planeta. No había indicios del clima o el medio ambiente del planeta, nada más allá de su geografía superficial; sin embargo, Perturabo vio al instante una característica única en su tipo.

Fulgrim también lo vio y dijo: -Es una esfera perfecta.

-¿Qué importa la forma del planeta? -preguntó Kroeger.

-Tal geometría ideal es virtualmente imposible en la formación planetaria -dijo Perturabo. -El tira y afloja de la gravedad de las estrellas cercanas y los fenómenos celestes estiran y comprimen planetas. La mayoría son elipses aplanadas, pero esta es perfectamente esférica.

-¿Qué podría haberlo causado? -dijo Forrix.

-No lo sé -dijo Perturabo. -¿Quién entiende realmente las fuerzas que actúan en la disformidad?

-Ahí -dijo Karuchi Vohra, y una corteza brillante cubriendo la superficie lisa de Iydris, una representación majestuosa de elevadas torres, grandes palacios y templos magníficos. A medida que la imagen compuesta reunía información de los muchos observadores de la *Sangre de Hierro,* la propagación de estructuras finalmente cubrió el mundo entero.

¿Un mundo sepulcral, con la totalidad de su superficie entregada al duelo y el recuerdo de los muertos, tal vez?

No, eso no era cierto, pero Perturabo no podía comprender la verdadera naturaleza de este mundo.

-El Sepulcro de la condenación de Isha se encuentra en el centro de *Amon ny-shak Kaelis* -dijo Vohra, apuntando a una concentración brillante de formas geométricas en lo que, en un mundo Terrano estándar, sería el casquete polar norte. -Está situada sobre la entrada a la tumba-prisión del Angel Exterminatus.

-¿Cómo se defenderá? -preguntó Perturabo.

-Esta vorágine se dice que es la mejor defensa de Asuryan contra cualquiera que busque encontrar el lugar de descanso del ángel Exterminatus -dijo Vohra. -Aunque algunas leyendas hablan de un ejército de inmortales que permanecen centinelas sobre los muros de la ciudadela de velar por sus armas, pero eso es todo lo que sé.

-¿Inmortales? -dijo Kroeger. -¿Robots, tal vez?

-Es poco probable -dijo Forrix.

-Entonces, ¿qué?

Perturabo terminó su debate colocando un puño en la estructura que Karuchi Vohra había indicado.

-Aquí es donde entraremos -dijo. ¿Qué son el resto de estas estructuras? ¿Por qué llenar un mundo de edificios si no hay nadie para vivir en ellos?

-No lo sé, mi señor -dijo Karuchi Vohra.

Una vez más, Perturabo sintió la mentira enrollando la verdad del eldar, pero Fulgrim habló antes de que pudiera entender el corazón de la misma. -¿Qué importa, hermano? Lo descubriremos cuando descendamos al planeta. No hay nada que temer de un poco de misterio.

Perturabo asintió con la cabeza y se cruzó de brazos, sintiendo un escalofrío que penetro en sus huesos ante la vista del planeta muerto. Todo su cuerpo estaba entumecido y sus pulmones quemados por el esfuerzo de respirar.

Se quitó el letargo y dijo: -Falk, quiero que todo alrededor de ese sepulcro nivelado. Deja una zona de exclusión de tres kilómetros desde su borde más alejado, pero todo en un centenar desde ese punto debe ser bombardeado hasta quedar plano.

-¿Qué? ¡No! -exclamó Fulgrim.

-Esta es mi orden -dijo Perturabo. -Y no desplegaré un solo guerrero en un entorno potencialmente hostil sin un bombardeo preliminar.

-¡Puedes dañar lo que hay debajo!

Perturabo tomó nota de la redacción de Fulgrim y sacudió la cabeza.

-Confía en mí -dijo, -Si hay una cosa que los Guerreros de Hierro hacen mejor que nadie es lanzar andanadas precisas desde la órbita.

La flota de la IV legión se dispuso en formación de bombardeo sobre *Amon nyshak Kaelis* con sus baterías de cañones, conductores de masas y bahías de bombas cargadas con municiones explosivas de superficie, incendiarias de corta vida y bombas de pulso electromagnético. A las naves asignadas a los sectores de bombardeo más cercanos a la ciudadela fueron cargados con municiones de bajo rendimiento, mientras que los encargados de nivelar las regiones exteriores prepararon las ojivas más grandes. Fragatas de bombardeo se apretujaban con naves capitales más pesadas mientras se disponían a descargar su furia explosiva en el mundo bajo ellas.

Los Hijos del Emperador no desempeñaron ningún papel en los preparativos de bombardeo. Perturabo no estaba dispuesto a confiar en su disciplina de fuego, y Fulgrim se negó a bombardear a un mundo que él había codiciado durante tanto tiempo. Una hora después de dar la orden, la última nave de la flota de los Guerreros de Hierro había asumido la órbita geoestacionaria alrededor Iydris con sus baterías de armas y cañones listos para arrasar a la superficie.

La orden de disparo vino un segundo más tarde, y el cielo se iluminó con el fuego colimado de una legión de astartes, desatado en una instantánea controlada de letalidad. Una descarga fue suficiente, un instante de fuego calculado con precisión.

Las lanzas de energía ardiente golpearon primero, encendiendo la atmósfera para eliminar la resistencia por fricción para las siguientes municiones. Municiones cinéticas conductoras de masas alcanzaron el planeta en segundo lugar,

estrellándose contra la superficie del planeta como los martillos de los dioses. Las ondas de choque se propagaron en patrones radiales, enviando ráfagas tectónicas a lo largo de vectores matemáticamente precisos. Ojivas convencionales fueron la tercera oleada, golpeando la tierra con barreras escalonadas, marchando hacia el exterior en una repetición de las ondas anteriores.

Las ojivas incendiarios arrasaron la zona objetivo plana, vitrificando la roca y quemando cualquier material orgánico pudiera permanecer en la superficie. Un cono de fuego esquilmó la superficie de Iydris, incendiando, golpeando y aplastando en un abrir y cerrar de ojos estructuras que habían estado incólumes durante decenas de miles de años.

Un anillo tierra pulverizada rodeaba la ciudadela de *Amon ny-shak Kaelis*, convirtiendo a sus murallas, torres y templos en una isla aislada del resto de estructuras del planeta por una tormenta de fuego de fuerza a escala planetaria.

Y en su estela llegó una nube radiante de hierro y acero violeta.

Oleadas de Thunderhawks, Stormbirds, Warhawks y lanzaderas planetarias pesadas fueron lanzadas desde las cubiertas de embarque hacinadas. Cargueros masivos descendieron a una órbita baja y vomitaron miles de transporte de tropas, contenedores blindados y naves de suministro. Masivos cargueros equipados con amortiguadores de gravedad se movieron con lentitud majestuosa mientras portaban dos ingenios de batalla de Legio Mortis hasta su despliegue; y esto no era más que la primera oleda de la invasión.

Otros ocho seguirían antes de que el poder marcial de dos legiones enteras y sus fuerzas auxiliares hubieran desembarcado en el planeta.

Pero Iydris se estaba defendiendo.

Forrix sabía que era absurdo pensar así, pero eso era lo que sentía.

La mayoría de los mundos no recibían con los brazos abiertos la presencia de los Guerreros de Hierro, pues la IV legión era conocida por traer la ruina y el derramamiento de sangre a su paso. Ninguno de sus legionarios obtendría la energía del público o marcharían triunfales, disfrutando del espectáculo cubiertos de flores como gustaban de entre los papagayos de Guilliman.

Pero este mundo parecía repelerles activamente.

El páramo maldito de la zona cero era una llanura vidriosa de escombros pulverizados y fragmentos ennegrecidos de algún material desconocido. Lo que podría haber sido una vez un área de arquitectura imponente de una edad pasada de una civilización caída había sido arrasado más a fondo que cualquier horda bárbara que hubiera dejado una ciudad de la Antigua Roma.

La zona de aterrizaje estaba llena de miles de vehículos blindados, campamentos de abastecimiento, almacenes de municiones y depósitos de combustible. Nubes de humo tóxico se concentraron en elevadas altitudes como células de tormentas amenazantes, surgidas del ejército de orugas con la furia enjaulada, dispuestos a prestar apoyo los Guerreros de Hierro e Hijos del Emperador al Sepulcro de la Condenación de Isha. Batallones de artillería móvil tensas que se desató y revistas endurecidos de artillería pared demoledor ya habían sido construidos para dar servicio a su hambre insaciable.

Un gran ejército esperaba la orden de atacar, pero su cabeza de puente aún no se había declarado segura.

A pocos minutos del aterrizaje de la primera nave de los Guerreros de Hierro, la legión de Perturabo había comenzado la tarea de construir fortificaciones para albergar a la fuerza invasora y proteger su cadena de suministros desde la órbita. Torres y murallas emergieron en el tiempo que se tardó en descargar una sola bahía de carga, patrones de construcción modular, con una afinidad natural y siglos de práctica que hacían la tarea tan natural como respirar.

Los Hijos del Emperador desembarcaron tras los Guerreros de Hierro, su carnaval enloquecido de los mortales lunáticos disgregándose en la superficie del planeta en una panoplia de gritos, locura y banderas ondeando. Los guerreros de Fulgrim siguieron a sus devotos por la superficie, disfrutando de la adulación y la formación con un rigor que sorprendió a Forrix.

Resplandecientes en su servoarmaduras de combate doradas y púrpura, de hierro y bronce, Fulgrim y Perturabo subieron a la cima de la primera torre que Forrix había construido y fijaron la vista en el sepulcro del tamaño de una ciudad que iban a capturar.

-Una ciudad de los muertos –comentó Perturabo.

-Pero uno reconoce que hay belleza en la muerte –respondió Fulgrim.

Forrix se vio obligado a estar de acuerdo; los augures orbitales habían fallado completamente en capturar la escala y el drama del lugar. Ni siquiera los cuentos hiperbólicos relatados en el Thaliakron de Fulgrim se habían acercado a la inmensidad de la ciudad sepulcral eldar.

Con inevitabilidad implacable, los Guerreros de Hierro fortificaron la zona de aterrizaje, pero donde la roca de Hydra Cordatus había acogido las cuchillas de sus picos y taladros como un amante, este mundo los rechazó. Se resistió a sus máquinas excavadoras gigantes, se burló de sus leviatanes desplazadores de tierra y ni una piedra fue establecida sin tener que ser reforzada más allá de todas las expectativas.

Tres horas en el teatro y las contramedidas iniciales estaban aún sin terminar.

Forrix estaba lívido, reprendiendo en voz alta a la Pneumachina, sus subordinados y sus equipos de zapadores, pero había poco que hacer. Los altos muros picados se estiraban alrededor de la vasta extensión de la zona de despliegue mucho más lentamente de lo que Forrix había conocido antes, pero alargándose con cada minuto que pasaba.

Forrix descendió a inspeccionar el segmento más nuevo de la línea con los agitados, demoledores ingenios de la Pneumachina como hormigas obreras industriales colosales construyendo una colmena para su reina a partir de chapa, permacreto líquido, barras de alta resistencia y acero ultra-denso. Las paredes de este tipo podrían soportar con éxito el macro-cañón de una nave espacial y seguir en pie. Blocaos, cuarteles y fuertes se construyeron en el tejido de las paredes, y los batallones de Seléucidas Thorakite ya los estaban ocupando.

El polvo del bombardeo orbital flotaba en el aire como una niebla granular, jugando con la extraña luz en el cielo. Desde la órbita, el medio ambiente del planeta parecía sereno, pero a nivel de suelo era todo lo contrario. Un gemido quejumbroso llenó el aire, como un grito lastimero en el umbral de la audición; algún efecto secundario extraños del bombardeo o un eco persistente de un fenómeno local. De cualquier manera, era un sonido inquietante, parte lamento, parte maldición hostil. Colores extraños se arremolinaron en el cielo ahogado, un

techo de color amarillo pus, eyectando girones de materia nubosa de color púrpura y rojo, y frentes vomitivos de verde bilioso.



El Herrero de Guerra Forrix, primer capitán de los Guerreros de Hierro.

Todo iluminado por el resplandor mortecino de *Amon ny-shak Kaelis*.

La luz esmeralda centelleante se filtraba en el cielo más allá de la pared, como si fuera irradiada por las piedras del sepulcro distante. Rezumaba sobre el paisaje, lenta y aletargada, bañando a las fuerzas de invasión en un resplandor verde venenoso.

La aversión de Forrix para este lugar sólo estaba empeorando.

Observó a los equipos de remachadores esclavos siguiendo la estela humeante de una de las máquinas imponentes mientras esta ingería desechos y expulsaba bloques preformados de piedra endurecida, disfrutando del ritmo repetitivo de su trabajo. Las mandíbulas hidráulicas del ingenio concentraban la piedra machacada y sus martillos accionados por pistones les daban forma, listos para su transporte al elevador trasero y de ahí al suelo. Forrix se arrodilló para examinar donde la piedra preformada se unía con el suelo, viendo una red de grietas tan finas como cabellos extenderse desde la base inclinada. Las paredes ya necesitan refuerzos y sacudió la cabeza con incredulidad.

Los ingenios de la Pneumachina se habían ido en su proceso implacable de construcción, que era mucho más lento de lo que exigía, pero que todavía era imparable. Forrix alcanzó unas escaleras de herrajes atornilladas a las paredes y se subió a los picos en tijera de las murallas, emergiendo desde una pasarela cubierta de vallas cinéticas sobresalientes, agujeros de matanza y volquetes para granadas. Diseñado para proteger un sitio de aterrizaje o impedir que una fuerza enemiga rompiese el sitio a una ciudad, las paredes estaban canteadas y formaban una línea dura, la antítesis misma de la arquitectura orgánica de este mundo.

Alrededor de la zona de aterrizaje, la gran llanura arrasada por el bombardeo se extendía hasta el horizonte en todas las direcciones, una zona de exclusión asegurada por el bombardeo orbital. Nada se movía en esta tierra aplanada. Sólo brillantes reflejos y bancos de humo a la deriva rompían el vacío uniforme.

A pesar de la desolación del paisaje, Forrix no podía escapar a la sensación de ser observado, como si un gran número de observadores invisible le escrutasen, evaluaran y determinaran su valor. Forrix se quitó de encima esa sensación y salió de las murallas. Los Guerreros de Hierro del 134º Gran Batallón y los Thorakites guarnecían las paredes. Los oficiales le dieron saludos de respeto a su paso. Forrix

cruzó la muralla, mirando a la lejana ciudad que él y sus compañeros guerreros iban a hacer pedazos.

Era una ciudad de torres de elegantemente proporcionadas, cúpulas con hojas acanaladas, murallas sinuosas que eran elegantemente defendibles y puentes de arco de dimensiones tan delgadas que sin duda serían imposibles de soportar cualquier peso. La ciudad estaba llena de templos de techos dorados, sepulcros que celebran la vida de aquellos enterrados bajo ellos y mausoleos de tan gran escala que sólo un emperador sería digno de morar en su último mandato.

La ciudad estaba aureolada en el horizonte lejano por un disco de monstruosa oscuridad, el sol negro aterrador que se encontraba en el centro del Ojo del Terror. Era una ciudad de esmeralda a la sombra de un poder de pesadilla que podría devorarlo con una sola inhalación.

A pesar de toda la belleza de la ciudad, no había duda de su vacío hueco.

Nada vivía aquí. Nada había vivido aquí, ni nunca lo haría.

El Nacido de la Piedra lo expresó como nadie cuando salió del vientre de una Stormbird.

Colocando una palma en el suelo, Vull Bronn había sacudido la cabeza y dijo: -Este mundo está muerto, no tiene alma. La roca no aguantará.

Demasiado poético tal vez, pero por una vez Forrix sabía exactamente lo que el Nacido de la Piedra decía.

A tres kilómetros más allá de la muralla, Barban Falk se quedó mirando la sección de salida del bastión frente a él respirando en cortas y sibilantes inhalaciones. La misma mueca de calavera cara que había visto en el puente de la Sangre de Hierro fue mirando de reojo hacia él desde las grietas de la piedra desmoronamiento de una almena dentada que había caído desde las almenas.

-No -dijo entre dientes. -No estoy viendo esto.

La negación, una voz lamento en su cabeza parecía reírse. *Que poco original...*

Falk sacudió la cabeza y apartó la mirada de la imagen fantasma, caminando a lo largo de la construcción y obligando a su mente a concentrarse en los detalles del trabajo de su gran batallón. Secciones frescas de la muralla estaban siendo

levantadas por enormes grúas motores bajo la supervisión de sus guerreros y colocadas en su sitio por los robots de asedio titánicos con martillos del tamaño de Land Raiders.

Falk sintió un insistente tirón de los bordes deshilachados de su mente; un zalamera y persistente presión llevada en los suspiros del viento que le obligó a hacer una pausa y mirar a la nueva sección de la pared como un servidor funcionando mal. Al principio no vio nada fuera de lo común, pero la disposición de las líneas de tensión, regueros de permacreto y ríos de remaches en la base de la pared parecían cohesionarse en ese rostro mortalmente familiar, como si hubiesen sido colocados allí por un artista que desea una audiencia en privado. Parpadeó y la imagen se marchó, pero apenas se había apartado de él lo vio ondeando en una nube de polvo, formado por un arco de grúas del Pneumachina o formado en una dispersión de recortes superfluos. Falk cerró los ojos, dejando que la imagen del cráneo grotesco cayera de su mente, incluso cuando él lo oyó rascar sus pensamientos, como un animal abandonado en la oscuridad.

Soltó un suspiro tembloroso, y se obligó a volver la vista en el trabajo a medida que avanzaba. El rostro descarnado sonriente le miró a los ojos y esta vez no había duda de que era la voz en su cabeza.

-Barban Falk -dijo. *Un nombre para aquel que será sin nombre.*

Kroeger odiaba este mundo como nunca había odiado otro.

El resplandor verde brillante del sepulcro distante contaminaba todo con una iluminación enfermiza, deshilachando el ya mal genio de Kroeger. Desde que descendió al planeta, nada había ido según lo planeado. Las máquinas habían fracasado, la piedra no aceptaba sus mandatos y metal se retorcía más allá de los límites tolerables.

Se tragó una maldición enojado cuando otra parte de los cimientos de la pared se hundió en la roca, dejando la línea de división a ras de la superficie. El polvo se elevaba de los bloques hundidos, lo que exigía una nueva paralización de la obra mientras máquinas elevadoras pesadas con caparazones brillantes y temblorosas palas dentadas rodaron para improvisar pistas anchas y asegurarlos al suelo.

Pandillas de esclavos robóticos y cibernéticas arrastraron largas barras de acero de color rojizo para añadir aún más refuerzos a la zanja primaria.

-Esta campaña no puede permitirse más demoras -dijo Harkor con una resignación que Kroeger sólo creyó a medias.

-Lo sé -le espetó en respuesta. -Mi primera acción de guerra como triarca y estoy retrasado en cada elemento de nuestro avance proyectado. Bien podría haber enterrado yo enterrado en los cimientos.

Harkor tendió la placa de datos con líneas arrastradas semejantes a informes de progreso.

-Todos los Herreros de Guerra está encontrando retrasos similares.

-No me importan ellos -dijo Kroeger. -Lo único que importa es que estoy retrasado. Cuanto más pronto completemos este trabajo, antes podremos atacar ese sepulcro maldito y salir de este mundo.

Los rugidos guturales de los ingenios de construcción borraron los pensamientos de Kroeger cuando una nube de color azul sucio con olor a combustible los envolvió. Maldiciendo, se trasladó a un lugar despejado, oyendo el chasquido de la molienda y escisión de la piedra mientras los leviatanes de movimientos de tierras lucharon para eliminar los bloques incrustados en el suelo, que ahora parecían querer agarrarle con fuerza.

-Algunas palabras fuertes con la Pneumachina podrían acelerar las cosas -sugirió Harkor.

-Exactamente lo que estaba pensando -dijo Kroeger, abriéndose paso entre las filas silenciosas de servidores mientras un bloque fue arrancado de la tierra y se rompió en una cascada de fragmentos ruinosos.

Los servidores no le hicieron caso, y Kroeger vio a un trío de magos vestidos de negro argumentando en binario crepitante en el borde de una zanja llena de escombros que se suponía iba a ser rellenada con piedras de sustentación. Múltiples imágenes holográficas de lecturas auspex de penetración terrestre iluminaban uno de los sacerdotes, y Kroeger sintió que su ira centrarse en estos híbridos inhumano.

Los magos agitaban sus múltiples brazos augménticos mientras dirigían el trabajo de cuadrillas de esclavos azotados con los desatinos de lenguaje binario. Antes de que Kroeger lo supiera, tenía la espada en la mano, presionando con el pulgar el botón de activación.

Una oscilación económica y el tecnosacerdote cayó al suelo, cortado desde el hombro hasta la ingle. Un chillido lastimero de dolor binario surgió de sus augmentos, que fue rápidamente silenciado cuando los componentes orgánicos del sacerdote se derrumbaron entre ruido de metal y un baño de sangre aceitosa.

Los sacerdotes Pneumachina restantes se retiraron de la repentina muerte de su líder, ladrando furiosos trozos de código máquina. Kroeger puso un proyectil a través del brillante rostro mitad carne mitad hierro del más cercano y apuntó el cañón humeante al último sacerdote con capucha.

El agente de la Pneumachina se resistió a la furia de Kroeger y soltó una ráfaga de pánico binario.

Kroeger bajó el martillo en su asiento.

-Gótico -dijo. -¿Hablas gótico?

El sacerdote asintió y Kroeger escuchó una serie de chasquidos metálicos húmedos cuando las cuerdas vocales se reorganizan bajo su capa de forma misteriosa.

-Yo sí Herrero de Guerra -dijo el sacerdote. -Actualización: al igual que mis compatriotas.

-Estoy seguro que sí, pero ambos están muertos y ahora estás a cargo de la construcción de este muro -dijo Kroeger. -Así que dime, ¿Por qué este maldito atraso?

-¿Usted entiende las dificultades a las que nos enfrentamos? -preguntó el sacerdote.

-Sí -dijo Kroeger. -Y no me importa, solo construye este bastardo muro.

El sacerdote siguió adelante, resignado o indiferente ante el temperamento volátil de Kroeger. -Aclaración: entonces también debe ser consciente de que esta tierra no es ajustable a cualquier modelo conocido de dinámica geológica en los registros de Marte. Su fuerza medida no coincide con la realidad de nuestros parámetros de construcción.

-He aquí algunas aclaraciones para ti –dijo Kroeger, apretando el gatillo.

Harkor se arrodilló al lado de los cadáveres y volcó hacia atrás la capucha del último sacerdote. No quedaba nada de la cara del hombre, sólo un nido serpentino de cables temblorosos desde su tronco irregular hasta el cuello. Bombeaba chorros de líquido bio orgánico que se derramaron en la zanja. El hedor a productos químicos y carne en mal estado era total.

-Esas fueron algunas palabras fuertes -dijo Harkor.

-Tráeme más sacerdotes Pneumachina -espetó Kroeger. -Los que sepan cómo construir una maldita zanja de cimentación.

Kroeger dio media vuelta.

DIECINUEVE

Amon ny-shak Kaelis

Disonancia

Alguien que quiero matar

El asalto comenzó cinco horas más tarde, a pesar de que todo el circuito de fortificaciones seguí siendo incompleto. La zona de aterrizaje estaba casi rodeada, pero las paredes aún tenían que encontrarse. Anillos de campos de minas y acres de alambre de espino se extendieron desde las caras exteriores de las paredes, haciendo una aproximación hostil casi imposible para cualquier persona sin mapas detallados y códigos de inactividad temporal.

Dejando Toramino y cinco mil Guerreros de Hierro para supervisar la finalización de las obras y establecer posiciones de baterías para los cañones del Stor-bezashk, Perturabo subió a la cúpula de un Shadowsword convertido, uno con blindaje adicional en todos los lados y funciones de mando y control avanzadas. Para acomodar al Señor del Hierro y sus guardaespaldas autómatas, la superestructura y el motor del vehículo fueron mejorados radicalmente por la Pneumachina. Sus

principales armas también lo fueron, y ninguna máquina de matar existente en el parque de vehículos de la legión le igualaba.

Perturabo no daba nombres a sus transportes, pero los Guerreros de Hierro lo conocían como *Tormentor*.

Normalmente no se detenía por teatralidades yendo al combate en la cúpula de un vehículo, pero como comandante de este ejército, a veces un poco de teatro no suponía un sacrificio.

Perturabo levantó *Rompeforjas* por encima de sus hombros lo suficientemente alto para que todos lo vieran.

-¡Llevad el hierro dentro! -rugió, barriendo el arma.

El motor del Shadowsword rugió con un trueno de combustión, y una nube cargada de toxinas se elevó tras su paso mientras *Tormentor* retumbó hacia delante, aplastando el suelo rocoso bajo su peso de trescientas toneladas.

Los motores de mil Rhinos rugieron mientras avanzaron con una nota grave zumbando que quebró los cimientos de las paredes alrededor de la zona de aterrizaje. El aire se estremeció con el sonido reverberante, y una nube de humo de escapes vagó sobre la superficie del planeta. Junto a los Rhinos vinieron escuadrones enteros de Land Raiders, Predators, Whirlwinds y los vehículos extraños y amorfos de la Pneumachina: andadores armados con garras, tanques de marcha majestuosa equipados con vainas de armas inferiores, esferas en llamas, máquinas de demolición y otros cuyo fin no se podía adivinar tan fácilmente.

Los dos titanes de batalla de Legio Mortis marcharon con los Guerreros de Hierro, ambos Reavers y asesinos de sus antiguos hermanos. Mortis Vult y Malum Benedictio habían luchado a través de la hellstorm viral de Isstvan III y ambas aburrir banners matanza recién hechas a mano que representa las legiones que habían combatido una vez que sus hermanos .

Los Guerreros de Hierro llegaban con fuerza y los Hijos del Emperador no se quedaron atrás.

Motojets de reconocimiento de la III legión zigzaguearon a través del aire por encima y delante del despliegue bélico de Perturabo, dardos de piel rosada que sondearon el suelo ante el avance del ejército. El labio de Perturabo se curvó con

disgusto ante la asamblea tumultuosa de infantería y blindados de Fulgrim, más un desfile de vehículos blindados que una ofensiva. Como Perturabo, Fulgrim marchaba al frente de su ejército, un dios guerrero con armadura increíblemente brillante. Su hermano podría haberle cedido el control de esta misión, pero Fulgrim estaba asegurándose de que todavía era su mascarón de proa. Con su espada de oro empuñas ante él como una lanza de caballero, un observador externo podría ser perdonado si confundía a Fulgrim como el líder de esta hueste.

La mirada de Perturabo se fijó en los mortales lunáticos que seguían a los guerreros de Fulgrim. El carnivalia de locura que asistió a la llegada de los Hijos del Emperador en Hydra Cordatus estaba en plena vigencia. Música aguda emanaba de su masa y cientos de banderas vívidamente estampadas revolotearon y batieron con las estelas térmicas de los motores.

A lo largo de la historia de la guerra, los ejércitos habían sido atendidos por toda clase de parásitos: proveedores, herreros, carniceros, putas, mozos de cuadra, las familias, los panaderos, los lavadores, los cirujanos, los sastres y cien profesiones más, pero que estaban tradicionalmente en retaguardia cuando se iniciaba la batalla.

Fulgrim, al parecer, tenía la intención de llevar a los seguidores de su ejército al corazón de la batalla.

Tormentor devoró la distancia entre la zona de aterrizaje y el sepulcro aislado rápida e implacablemente, moliendo los escombros de tumbas pulverizados bajo sus orugas mientras se acercaba a lo que fue deliberadamente dejado en pie ente las ruinas desmoronadas del bombardeo orbital. El vacío lleno de cráteres dio paso a tocones ocasionales de paredes, fachadas solitarias y exoesqueletos frágiles de estructuras que más parecían árboles desmochados que algo construido a partir de los materiales que lo componían.

Nubes de polvo bajas provocadas por los rescoldos se deslizaron a través de los edificios en ruinas y los gritos de lamento que flotaban en el aire fueron amplificados por las ruinas. El avance se ralentizó a medida que los conductores tomaron un camino a través de los elementos exteriores de la ciudadela en expansión. Municiones de menor rendimiento se habían empleado pegadas a la ciudadela, y las zonas de la región externa del impacto habían quedado más o menos indemnes. *Tormentor* las destrozó a su paso, haciendo con su proa pesada y

contundente un camino firme hacia el punto en el que los informes de topografía orbital habían identificado una serie de entradas en la pared de la ciudadela.

Perturabo mantenía un enlace de datos constantemente abierto entre la pantalla de su casco y el auspex del tanque súper pesado. Interferencias de bajo grado empañaban gran parte de las recepciones, pero lo que veía no le preocupaba excesivamente. Las ruinas estaban vacías de vida; sin trampas gravitón ocultas, sin equipos de cohetes, francotiradores o campos de minas enterradas para hacer estallar una oruga.

A todos los efectos, la ruta hacia la ciudadela de *Amon ny-shak Kaelis* estaba indefensa y sin oposición. Un axioma de guerra que a Corax gustaba repetir era que no era el enemigo que veías quien te mataba, era el enemigo que no viste y Perturabo no podía creer que un mundo de tanta importancia evidente para los eldar hubiera sido tan ampliamente abandonado. Trampas y engaños para disuadir a los incautos estaban muy bien, pero no podían sustituir a los guerreros con armas de fuego que supieran bien cómo usarlas.

Incluso la impenetrable *Cavea Ferrum* era típicamente rodeada de miles de legionarios.

Perturabo abrió un picto-enlace en su casco con Fulgrim, y una representación holográfica brillante de su hermano apareció flotando en el aire delante de él, suspendida sobre el glacis blindado del Shadowsword.

-Estimulante, ¿no es así? –dijo con sorna Fulgrim, sus ojos oscuros abiertos de par en par, con anticipación y su pelo pálido como Luna pixelado tras él.

-No me gusta esto -dijo Perturabo. -Es muy fácil.

Fulgrim parecía irritado por haberle chafado su efervescencia. -Estamos a punto de lograr lo que nos propusimos hacer, hermano. ¿Por qué tienes que estropearme este momento?

-Porque cuando la situación táctica es demasiado buena para ser verdad, generalmente es una señal de que estamos a punto de recibir un golpe más duro de lo que nunca creímos posible.

Fulgrim sacudió la cabeza y dijo: -Sé sensiblero si quieres, hermano. Voy a disfrutar de este momento dulce de éxito.

-Este lugar está vacío, sus paredes sin defensas -dijo Perturabo, girándose para mirar a su alrededor a medida que la densidad de las estructuras se hizo más grande. –Tú ya debías saberlo.

-Sospechaba que podría ser el caso -admitió Fulgrim.

-Entonces, ¿por qué no simplemente lanzar nuestro asalto directo al corazón de la ciudadela con alas de Stormbirds y cápsulas de desembarco? -gruñó Perturabo, enojado con esta última revelación.

-Debido a que *no* podría haber sido el caso -dijo Fulgrim. -Además, no quería negarte la oportunidad de construir algunas de tus grandes fortalezas. Plantar la bandera, por así decirlo.

-No me necesitas aquí -dijo Perturabo. -Ni a mi legión.

-Al contrario, yo diría que siempre es mejor tener un maestro de sitios cerca y no necesitarlo, que a necesitarlo y no tenerlo.

Fulgrim sonrió, pero no había maldad depredadora en la misma. -Confía en mí, Perturabo, no puedo hacer esto sin ti. Te necesito a mi lado antes de que esto acabe, mi más querido hermano.

Las palabras de Fulgrim enviaron un escalofrío oscuro por la espalda de Perturabo, pues todo lo que Fulgrim le había dicho durante estos días estaba cargado con significados ocultos y secretos venenosos. Nada de lo que dijese su hermano podría ser tomado en un sentido literal, pero cualquiera que fuese la revelación tras el velo de estas palabras contenidas tendría que esperar.

Los edificios por los que *Tormentor* pasó fueron los situados en el mismo borde de la superficie exterior del bombardeo, y que habían conservado gran parte de su antiguo carácter. Torres de oro blanco de un material extraño semejante al lucite se disparaban sobre él, reflejando la iluminación espectral que emanaba de la propia ciudad. Tal vez estos había sido una vez un recinto interior de la ciudadela, un gran acercamiento a su magnificencia. Ahora eran sus bordes exteriores, tumbas y edificios de propósito desconocido que poseían una gracia y armonía que Perturabo encontró seductora.

Incluso en sus más prósperos diseños sin restricciones de diseño, cuando había relajado su obsesión por las líneas rectas, nunca había conocido tal fluida gracia en

su arquitectura. Una culpa repentina tocó a Perturabo ante esta destrucción sin sentido, y la imagen de los pueblos y ciudades del Olympia ardiendo, el olor a carne quemada de las piras funerarias y el sabor ceniciento de la pérdida volvieron a él con una poderosa sacudida.

-¿Hermano? -dijo el Fulgrim holográfico.

Perturabo se sacudió el recuerdo desestabilizador cuando la tierra se abrió en un circuito ancho que pasaba alrededor de las paredes exteriores de la ciudadela. Elevadas cientos de metros en el aire, las paredes de la ciudadela eran lisas e inmaculadas, como la cara de una joya pulida amada por un joyero experto.

Era a partir de estas paredes y las estructuras en el interior de donde procedía el resplandor verdoso, un resplandor suave que se las arreglaba para iluminar un mundo imposible. Torres maravillosamente bellas se erigían desde las almenas, más parecidas a crecimientos orgánicos de coral que otras formada por la imaginación de un artífice. Una multitud de pasarelas anchas conducían a sus interiores, altas y con forma de hoja, sus bordes exteriores tallados con los signos eldar. Parecía absurdo construir tales paredes altas sólo para perforarlas con tantas entradas.

-No hay aún ninguna puerta -dijo, dirigiendo a *Tormentor* hacia la abertura más cercana.

-Suenas decepcionado -respondió Fulgrim.

-No estoy decepcionado -respondió Perturabo, observando las almenas lisas ante cualquier señal de un ejército mítico de inmortales que apareciese por encima de él. –Solo sospechoso.

Tormentor pasó por debajo del arco y Perturabo sintió un escalofrío de escrutinio, al igual que la sensación de hormigueo de un auspex médico o un analizador de datos biométricos, penetrando la carne y hueso. La sensación de ser observado que había experimentado desde el aterrizaje aumentó, como una glacial sensibilidad oculta en el corazón de este mundo sólo ahora tomando conciencia de su intrusión. A pesar de que la prudencia táctica y la inclinación natural instaban a Perturabo a penetrar más profundamente en la ciudadela, detuvo a *Tormentor* a trescientos metros en el interior de la pared.

Se bajó de la alta cúpula, cayendo al suelo delante de su Shadowsword gruñendo, dejando que el carácter fúnebre del interior le bañase. El Círculo de Hierro desembarcó por las puertas ensanchadas de la tripulación en los flancos del tanque súper pesado, formando una muralla de escudos a su alrededor.

Perturabo los ignoró y estiró el cuello para examinar los paneles artesonados en los frontones superiores de los monumentos cercanos. Cada uno estaba lleno de murales esmeralda iluminados de doncellas llorando y segadores encapuchados. Vibrantes frescos y mosaicos adornaban la parte baja de cada fachada, representando a los muertos en el pasaje de su vida; los brazos en alto en la alegría sin límites antes de ser hundidos en la desesperación que todo lo consume en un ciclo sin fin de repetición.

Perturabo observó que no había dos iguales, y se maravilló al ver tal amor y cuidado prodigado a los que nunca conocería. Miles de brillantes piedras preciosas ovales de verde oceánico, azul cielo y rojo sangre estaban insertados en cada mural: algunos como los collares y broches de los muertos, algunos inmortalizados como representaciones alegóricas de los corazones y de las almas.

Los espacios entre las torres de duelo, mausoleos y sepulturas eran amplios, más parecidos a plazas abiertas que dividían las estructuras cívicas que calles, por lo que la ciudad se sentía abierta y aireada, como un gran parque lleno de arquitectura escultórica. Sin embargo, había una opresión que hizo a Perturabo sentirse como si los edificios estuvieran presionándole hacia el interior, como las paredes de trituración de un compactador.

La sensación de ser observado era más fuerte que nunca.

El Círculo de Hierro se abrió para permitir que el Tridente obtuviese la atención de Perturabo mientras este volvió su atención hacia las estatuas delgadas con extremidades de construcciones y cabezas bulbosas sobre plintos que se alineaban en los espacios entre cada edificio. Más altos que un Dreadnought Contemptor, pero sin la evidente presencia y el poder de este tipo de máquinas de guerra, eran exquisitas esculturas, formados a partir de un cristal opaco. Espinas en forma de ala se desplegaban de sus hombros, y las piedras preciosas brillaban parpadeantes en lo profundo del centro de sus cráneos-timón alargados. Miles de estas estatuas se

alineaban en las avenidas y las procesiones de la ciudad, observadores silenciosos ante esta violación sin derecho de sus recintos interiores.

-¿El ejército de inmortales? -preguntó Forrix, siguiendo la mirada de Perturabo.

-Si es así, entonces son una pobre elección de guardianes para este lugar.

Perturabo sintió una vez más la presencia ciclópea dentro de la ciudadela, como un coloso que sólo ahora se daba cuenta de que las hormigas pululaban a sus pies.

-Mi señor-dijo Falk Barban. -¿Debemos seguir adelante?

-No- dijo Perturabo. -Nos atrincheraremos.

Los contingentes de Rhinos de los Guerreros de Hierro se dividieron en tres secciones. El primero formó una cabeza de puente laagered dentro de la ciudadela, mientras que el segundo creó un cordón alrededor de los puntos de penetración. Cada uno de los Rhinos de la IV legión era una variante Castellan especialmente preparada, un diseño de Perturabo con blindaje indeformable y refuerzos contra impactos que los convertían en bunkers en miniatura. Su construcción modular permitía a los Rhinos ser unidos entre sí en una cadena, formando una línea fortificada improvisada cuando los materiales para los emplazamientos más permanentes no estaban disponibles o tenía que organizarse una defensa rápidamente.

Cuatrocientos Rhinos asumieron una perfecta formación fuera de los muros de una barbacana protegiendo la línea de retirada de las legiones, mientras que en el interior el mismo número de vehículos eran su espejo. Con las murallas perforadas de la ciudadela dividiéndolas, los Rhinos se convirtieron en un complejo de búnkeres fortificados desde los que lanzar operaciones dentro de la ciudadela. Otros tres mil Guerreros de Hierro e Hijos del Emperador guarnecerían esta fortificación menor.

Perturabo dividió la última sección aún más en tres fuerzas más pequeñas, dando órdenes de cada uno de sus triarcas. Kroeger tomaría el flanco izquierdo, Falk el derecha, mientras que él y Forrix avanzarían por el centro. Cada brizna de avance del Tridente estaba compuesto de alrededor de tres mil Guerreros de Hierro, con treinta Rhinos, diez tanques Predator, cuatro Land Raiders y el apoyo de artillería móvil. El Herrero de Guerra Berossus dirigiría a los letales dreadnoughts de la

legión a través de la muralla y se uniría al centro, dispersando sus máquinas de guerra a través de cada hoja del Tridente. Los dos titanes de la Legio Mortis marcharon directamente por el centro, un par de dioses de la guerra imponentes caminando en escolta del propio primarca. Los colosales ingenios de batalla desatados rebuznaron gritos de guerra que hicieron eco de los edificios y sacudieron sus cimientos. Mortis no se acercaba envuelto en las sombras ni en una emboscada, sino en voz alta y con maldad en sus corazones. El enemigo debía saber que iban a venir, y que ese miedo sólo crecería con cada pisada titánica que acercó a las máquinas de guerra.

Cada grupo era una concentración de poder marcial que podría someter a un mundo por sí mismo, una capacidad de combate muy por encima de lo que sería necesario para capturar este lugar. Perturabo no quería correr riesgos; si los acontecimientos se desarrollaban como sospechaba, quería una potencia de fuego abrumadora lista para responder en un instante.

La horda de Fulgrim se dividió en bandas de guerra individuales, variando en tamaño desde un centenar de guerreros a grupos de cerca de un millar. Cada uno de estos grupos autónomos parecía estar dirigido por un capitán, pues tal era la ornamentación extravagante y el embellecimiento de la armadura de cada guerrero, a menudo era imposible discernir las clasificaciones específicas. Aunque lejos de la doctrina estándar legionaria, los guerreros de la III legión al menos mantenías una medida de su anterior adhesión a una cadena de mando que se extendiera hacia arriba y se ataron a una de las tres puntas del tridente. Por último venía un largo convoy de cargqueros-20, sesenta y transportes de contenedores abarrotados de bordes altos con sus vientres rozando la tierra. Normalmente utilizados para transportar las enormes cantidades de municiones requeridas por los regimientos de artillería móviles, estaban custodiados por guerreros con servoarmaduras de exterminador y una serie de dreadnoughts.

-¿Qué estas planeado, hermano? -preguntó Perturabo en voz baja.

Fulgrim le miró y dio a Perturabo un arco amplio, con la capa flameando tras él como las alas de oro de la bestia mítica a la que siempre se había comparado. Karuchi Vohra estaba a la sombra de Fulgrim, al que escoltaban dos Guardia Phoenix de su hermano. El rostro del eldar era de regocijo, pero sitiado por una

hostilidad cautelosa, como si el interior de la ciudadela le encantara y aterrorizara al mismo tiempo.

Perturabo decidió que cuando acabaran con este lugar mataría al xenos.

-Da la orden, hermano- dijo Fulgrim, con su sonrisa y el tono indulgente como si se trataba de un gesto de generosidad por su parte.

Perturabo asintió con la cabeza y una algarabía de aullidos brotó de las gargantas de los Hijos del Emperador, mientras cientos de motores de vehículos rugieron al encenderse.

Sus triarcas se volvieron para reunirse con sus guerreros, pero Perturabo los detuvo.

-Estad vigilante -dijo, robando una mirada de reojo a los Hijos del Emperador. –Ante todo.

Forrix asintió comprendiendo. -Hierro dentro -dijo.

-Hierro fuera -respondió Perturabo, y dejando la cabeza de puente fortificada detrás, llevó a los Guerreros de Hierro y los Hijos del Emperador al corazón de *Amon ny-shak Kaelis*.

Lucius corrió al lado de los Rhinos gruñendo a medida que merodeaban por las calles-plazas de la ciudadela, irritado por la ausencia de señales de cualquier enemigo. La luz verde brillante de la ciudad la iluminada bastante bien, pero no había vida a ella. Un hecho curioso se dio cuenta fue era que no se reflejaba en nada, no importaba lo brillante y clara que fuese. La hoja de su espada no mostró el más mínimo matiz verde en la plata reluciente.

Los guerreros de la III legión avanzaron como una chusma, cada partida de guerra encontrando su propio ritmo; algunos perdiendo el tiempo, algunos por delante de los vehículos. Las motojets rugían sobre él, tejiendo patrones complejos en el aire, a veces intermitente tan cerca que podría haber decapitado al piloto si lo deseaba.

Los adustos Guerreros de Hierro formaban el centro de la ofensiva, su fuerza combinada ridículamente abrumadora para una tarea tan ridículamente fácil. Este flanco del asalto era dirigido por Barban Falk, uno del círculo íntimo de Perturabo y Lucius pasó unos momentos de ocio desentrañando el equilibrio, el alcance y la fuerza del hombre.

En caso de que esta frágil alianza se rompa, pensó con deliciosa diversión.

Falk era un gigante, incluso teniendo en cuenta el blindaje de su servoarmadura Cataphractii, que parecía estar buscando algo, a juzgar por la forma en que su cabeza era dirigida de un lugar a otro de su alrededor. Lucius vio vacilación el guerrero, una cautela que lo impelía a no igualar el ritmo de los otros dos ejes.

Lucius se preguntó qué estaba viendo Falk, almacenando este último fragmento de información. Lucius sabía su espada tendría problemas para penetrar la armadura de Falk, pero incluso con esa ventaja el Guerrero de Hierro no sería lo suficientemente rápido para conseguir que sus guanteletes alcanzasen a Lucius. El espadachín flexionó los dedos alrededor del látigo que había tomado del difunto Kalimos. El agarre texturizado estaba formado de la piel exterior de un cefalópodo de aguas profundas con micro-ganchos extruidos en cada milímetro cuadrado de su superficie, por lo que su tacto era maravillosamente intenso.

Lucius apartó los pensamientos del asesinato de Barban Falk a las estatuas que bordeaban las calles anchas. Dejando que la columna blindada pasara lentamente por delante de él, Lucius corrió hacia un sepulcro cercano, bebiendo los colores brillantes y vibrantes texturas de los mosaicos presentados en su superficie.

Las figuras eran en su mayor parte una mezcla de artistas, escultores, cantantes, acróbatas y otros tipos creativos, pero lo que aparecía también era una cantidad desproporcionada de guerreros. Algunos combatían con largas picas que escupían fuego, otros llevaban máscaras gritando, mientras otros peleaban con espadas gemelas. A Lucius le gustó la gracia y elegancia de estos guerreros y siguió los movimientos de los eldar espada en mano, adoptando sus poses y posturas de lucha mientras saltaba y bailaba con su espada tejiendo una red de acero y plata alrededor de su cuerpo.

Lucius gruñó, moviéndose cada vez más rápido, haciendo de cada giro de su cuerpo y curva de plata un borrón de color rosado-púrpura y pulsares de blanco.

Danzó en torno a las estatuas que bordeaban el camino, disfrutando de las miradas entusiastas que recibía de sus hermanos legionarios y de admiración de los Guerreros de Hierro. Lucius jugueteó a lo largo del mausoleo, tejiendo un camino entre las estatuas cristalinas. Cuando se acercó al final de la estructura, saltó en el aire y desató el látigo de púas. Su tentáculo dentado se enrolló alrededor del cuello de la estatua en la esquina del edificio y la decapitó limpiamente, sin mancillar su brillantez.

Mientras caía la cabeza, la espada de Lucius atacó y penetró por su centro. Las dos mitades cayeron al suelo y estallaron en brillantes fragmentos de vidrio. Se dejó caer suavemente tras su hilada decapitación, hoja en ángulo detrás de su cuerpo y el látigo espasmos en el suelo.

Lonomia Ruen se separó del avance y Lucius le maldijo. Desde la muerte de Bastarnae Abranxe, Ruen había trasladado su adoración fanática a Lucius. Durante un tiempo había sido una diversión interesante tener un devoto servil, pero Lucius ya se estaba cansado de la desesperada necesidad que tenía de ser su sombra.

-Tu cuerpo es una maravilla -dijo Ruen.

Adulación era siempre bienvenida, pero Lucius prefería que sus lacayos tuvieran el suficiente sentido común para mantener las distancias. Ruen permaneció felizmente inconscientes de su estatus como un irritante supremo, y se había convertido en la recién adquirida sombra de Lucius.

-¿Aprendiendo algo nuevo? .preguntó Ruen.

-Sólo que los estilos de combate eldar no me sirven -dijo Lucius, enrollando el látigo con un giro de muñeca y enganchándolo en el cinturón.

-Parecía bueno desde donde yo observaba -señaló Ruen.

-Porque apenas diferencias un extremo de la espada del otro -espetó Lucius, envainando de la espada. -¿Acaso Abranxe no te enseñan algo su uso?

La postura de Ruen se tensó, y Lucius sonrió, preguntándose si empuñaría una de sus espadas envenenadas.

-Abranxe era un maestro espadachín, pero no era un instructor -reconoció Ruen, su instinto de supervivencia conteniendo su sentimiento de indignación. -Dime entonces, ¿por qué el estilo eldar no te sirve para nada?

-Las posturas están destinadas a los físicos livianos de los Eldar y sus cuerpos flacos -dijo Lucius, en un raro momento de indulgencia. -No sirven de nada a un marine espacial. Por más rápidos que seamos, nunca seremos tanto como ellos.

-Podríamos serlo. Algún día.

-No seas idiota, Ruen -dijo Lucius, aunque la sinceridad de la adulación le tocó a pesar de sus esfuerzos por mantenerse al margen.

Un guerrero se separó de la columna de vehículos blindados y artillería en movimiento a través de las calles de la ciudad, un guerrero asimétrico de gran volumen, con un arma tubular semejante a un hacha que chillaba con armónicos caóticos. Marius Variosean llegó con un grupo de guerreros armados de forma similar, y Lucius sintió que sus dientes rechinar en su cráneo ante la llegada de la Kakophoni. A pesar de que la mayoría de sus cañones sónicos estaban enfundados, cada guerrero actuaba como conducto de un tintineo constante de lamentos nerviosos.

La cabeza desnuda de Variosean era una masa de cicatrices quirúrgicas recientes, resultado de los dispositivos de amplificación de resonancia instalados en el hueso remodelado de su cráneo. Sus ojos eran orbes negros enloquecidos sumergidos en pálida carne pastosa, piel pálida descamada y el veteado de vasos sanguíneos rotos.

-Mantente en movimiento -dijo el maestro de la Kakophoni, y el tono de sus palabras envió un espasmo de dolor a través de Lucius. La boca estirada de Variosean formaba las palabras con dificultad, y los nódulos de carne extendidos alrededor de su cuello se movieron al ritmo de su respiración. Cada uno de los Kakophoni fue implantado con cámaras de eco orgánicas en el cuello y el pecho para mejorar el efecto nervioso-paralizante de sus armas sónicas.

-Solo estoy admirando la arquitectura -dijo Lucius, inclinándose para levantar la piedra rubí suave en medio de los restos destrozados de la cabeza que había cortado de la estatua. Se sentía caliente al tacto, y él se rio al sentir el pánico que emanaba desde dentro, como si la piedra tuviera miedo.

El cañón sónico en la espalda de Variosean dio un aullido como de ladrido, y las armas de sus hombres gritaron y chillaron al compás. Lucius apretó la piedra, sonriendo mientras su pánico cristaliza en terror.

-¿Qué es eso? -exigió Variosean, tendiéndole la mano.

Lucius se encogió de hombros y colocó la piedra en la palma de Variosean.

La piedra vibró como si los armónicos disonantes decidieran pasar a través de ella, bailando en la mano de Variosean como un imán que cambia la polaridad. Con un golpe seco, la piedra se partió en dos y Lucius se quedó sin aliento al sentir una sacudida repentina de energía golpear su cuerpo, como si una dosis del más increíble estimulante acabara de inocularse en su sistema. Sabía que Variosean también lo sintió, pues el rostro contraído se convirtió en felicidad extasiada. Las armas de la Kakophoni sonaron con poder ensordecedor y media docena de estatuas cercanas reventaron como atacadas por mazos invisibles.

Reducido a fragmentos pulverizados no mayores que una uña, cada estatua fragmentada llevaba una piedra similar en su corazón, y los gritones Kakophoni no perdieron tiempo en caer sobre ellos. Lucharon entre sí por las piedras del corazón, arañando y combatiendo entre sí a medida que se arrebataban las gemas brillantes con gusto. Tan pronto como cada piedra fue amasada explotó y envió ondulantes oleadas de éxtasis que hacía hervir la sangre a cada guerrero lo suficientemente cerca como para sentirlo. Sus armas rebuznaron, graznaron y dejaron escapar gritos de placer atávico, llenando las calles con ecos atonales que rebotaron en tumbas y criptas como sabuesos en busca de presas.

Lucius se apartó de Variosean cuando el guerrero descolgó su hacha con su larga empuñadura envuelta en luz azul parpadeante y su cuerpo vibrando con el poder. Variosean cerró su mano sobre ella, y un ardiente latigazo de ruido relampagueante golpeó el aire con feroz discordia. La fachada de la tumba se abrió y una onda de choque explosiva golpeó horadó un cráter de diez metros de ancho en la carretera.

El descubrimiento de la generosidad de las piedras preciosas se extendió a través de los Hijos del Emperador como una infección. Y lo que había empezado como un avance desigual pero implacable degeneró en una turba anárquica que derribó y destruyó todas las estatuas a su en una orgía de destrucción.

Los Guerreros de Hierro de Barban Falk siguieron adelante, dejando a los Hijos del Emperador atrás.

Nykona Sharrowkyn observó los disturbios extendiéndose hasta abarcar a toda la sección de avance de los Hijos del Emperador en este eje. Las estatuas fueron destruidas a pedazos y las piedras dentro de ellas aplastadas bajo sus pies, tragadas enteras o insertadas en sus cuerpos mediante heridas autoinfligidas. Los gritos eran orgiásticos, sus acciones inexplicables.

-¿Qué nueva locura es ésta? -preguntó Sabik Wayland, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

-Desde Isstvan y el ataque a la *Sisypheum* he renunciado a tratar de racionalizar las motivaciones de los traidores -contestó Sharrowkyn.

-¿Qué pasó con "conoce a tu enemigo”?

-Empiezo a entender que no siempre es un buen consejo -dijo Sharrowkyn lentamente. –Conocer a los Hijos del Emperador sería invitar a una terrible locura en tu alma.

-No recibirás ninguna queja de mí en eso -estuvo de acuerdo Wayland mientras Sharrowkyn se inclinó sobre el parapeto del sepulcro extrañamente brillante sobre el que escalaron. Wayland había subido mano sobre mano para llegar a este lugar; Sharrowkyn utilizó su retrorreactor muy modificado. Su sección transversal era inferior a la mitad del equipamiento estándar de un marine de asalto, y sus emisiones eran casi invisibles a menos que estuvieras cara a cara con él.

A doscientos metros bajo ellos, los Hijos del Emperador arañaban y desgarraban a sus semejantes mientras luchaban por la posesión de las piedras que brillaban intensamente con gusto en cada una de las estatuas de cristal. Sharrowkyn no tenía ni idea de la inherente cualidad que poseían y que había provocado este comportamiento destructivo, pero aún así sintió la terrible tristeza que acompañó a la destrucción de cada uno.

Los Guerreros de Hierro ignoraron las travesuras de sus hermanos, penetrando más en la ciudad. Sharrowkyn no los culpaba. Es mejor no tener aliados que tener a un en quien no se podía confiar.

Al menos Sharrowkyn podía contar con los Manos de Hierro. Había luchado al lado de un gran número de sus hermanos legionarios, pero ninguno le granjeó tal estima que los hijos sin padre de Ferrus. Ciento cuarenta y seis guerreros de la X legión se ocultaron en las sombras alrededor del mausoleo-templo central de la ciudadela, el claro objetivo de los traidores. Su despliegue, el avance y formación sólo confirmaron que se dirigían directamente a los guerreros maltratados de Ulrach Branthan.

Sharrowkyn sabía por dónde penetrarían los Guerreros de Hierro, y llevó a los Manos de Hierro en la trayectoria opuesta una vez el polvo se asentó después del bombardeo. Cadmus Tyro lideraba la fuerza de incursión, con los veteranos de Vermana Cybus repartidas entre los Manos de Hierro como los pernos estructurales en una fachada debilitada. Cybus se había recuperado más o menos de su encuentro con Perturabo. Las partes mecanizadas trituradas de su anatomía fueron reemplazadas con augmentos frescos canibalizados de la *Sisypheum* y las partes orgánicas que no podían ser completamente restauradas se recubrieron con piel sintética y plastek implantada.

Y Sin embargo sacrificaban más de su humanidad en la lucha contra el Señor de la Guerra.

La *Sisypheum* permanecía en órbita baja, lo más cerca que la nave muy dañada se atrevió. Su encuentro con la *Andronicus* le había dejado maltrecha, pero al igual que la legión, la *Sisypheum* perduraría. Fue ajustada con cuidado al planeta, puliendo las zonas de interferencia entre las capas atmosféricas para evitar la detección. Estaba cerca, pero todavía demasiado lejos si eran detectados. Sólo Frater Thamatica y Atesh Tarsa permanecían a bordo: uno como castigo, el otro como un guardián. Los Stormbirds y Thunderhawks que los habían llevado a la superficie estaban ocultos sobre los sepulcros en lo profundo de la ciudad, agrupados en tejados como rapaces esperando pacientemente en sus nidos.

Estaba más allá de la estupidez estar aquí.

Sí, las escuadras de la Guardia del Cuervo eran superadas en número con frecuencia cuando operaban tras las líneas enemigas, pero esto era ridículo. Decenas de miles de Guerreros de Hierro e Hijos del Emperador se estaban acercando a un grupo de guerreros que no podían aspirar a luchar contra ellos. Las probabilidades de mil a

uno y más allá eran cosa de leyendas, pero la mayoría de ellos eran precisamente eso. Leyenda. Era demasiado bonito brindar por tales victorias antiguas hasta que tenías que enfrentarte esas probabilidades tú mismo.

El vox de Sharrowkyn crujió y los tonos bruscos de Vermana Cybus llenaron su casco.

-¿Qué ves? -preguntó el comandante de los Morlocks de la X Legión.

-Una columna de Hijos del Emperador está desacelerando, pero los Guerreros de Hierro siguen presionando -dijo. -Múltiples unidades blindadas con fuerza de compañías, un mínimo de quince mil guerreros y artillería de apoyo. Y dos ingenios Reaver.

A favor de Cybus, la amplia gama de potencia enemiga avanzando en su posición no pareció perturbarlo.

¿Cuánto tiempo hasta que lleguen al sepulcro? -exigió.

-No más de diez minutos.

-De acuerdo, les estaremos esperando -dijo Cybus. -¡Volved aquí ahora!

El vox escupió estática y luego quedó en silencio.

Wayland había oído la conversación y sintió la aversión de Sharrowkyn a Cybus. -Un hombre difícil como pocos, pero uno bueno a quien seguir.

Sharrowkyn negó con la cabeza. -Se ha olvidado de que es un líder de hombres. Toma la reverencia de la legión por el hierro y la hace una virtud frente al odio a la carne.

-No nos has entendido .dijo Wayland. -Mis hermanos y yo no odiamos carne, sólo sabemos que no puede ser tan fiable como el hierro.

-Una distinción demasiado sutil para mí -dijo Sharrowkyn.

-Lo dudo mucho.

-No importa -dijo Sharrowkyn. -Sabes tan bien como yo que los guerreros necesitan sentir que están siguiendo a un ser de carne y hueso, alguien que entiende y comparte los riesgos a los que les está poniendo.

-¿Deliverance?

Sharrowkyn asintió. -Las lecciones aprendidas durante el levantamiento aún son frescas, y cualquier comandante de la Guardia del Cuervo que las olvida pronto descubrirá que no tiene ejército al que liderar.

-Tal vez tengas razón, pero no es el momento de hablar de eso -dijo Wayland. -Ellos están en movimiento otra vez. '

Sharrowkyn siguió la mirada de Wayland y vio que su compañero tenía razón. Cualquiera que fuese la locura que se había apoderado de los Hijos del Emperador había disminuido, y un amago de orden había sido restablecido. Entre los traidores, Sharrowkyn reconoció a uno látigo en mano, el espadachín consumado al que se había enfrentado a bordo de la *Sisypheum*.

Sintió una emoción impropia de reconocimiento, reviviendo su duelo en la cubierta de embarque en un santiamén. Sharrowkyn nunca se había enfrentado a un oponente como él y no podía haber predicho el resultado que hubiera tenido su danza de hojas de no haber sido interrumpida.

-¿Quién es? -preguntó Wayland.

-Una cara familiar -dijo Sharrowkyn. -Alguien a quien quiero matar.

VEINTE

La Condenación de Isha

Este mundo está vivo

Entiendo de laberintos

La columna de Kroeger de vehículos ruidosos, infantería marchando y artillería móvil con sus cañones apuntando al cielo alcanzó el corazón de la ciudadela en primer lugar. Moviéndose sin oposición había poca necesidad de cautela, pero Kroeger sintió el vacío como una ausencia física en sus entrañas. Sólo un ejercicio de su voluntad fue capaz de reprimir las ganas de cargar a toda velocidad a su objetivo.

El avance a través de la ciudadela había dinamitado sus nervios. La hostilidad arañando su cabeza que sentía emanar de todas las paredes de verde ondulante era como un arma dirigida a su cabeza. Su cuerpo se llenó de estimulantes de combate y flexionó los dedos sobre la empuñadura de su espada sierra. Quería matar algo, cualquier cosa, sólo para sentir la liberación de la tensión que se había ido acumulando en él desde que había aterrizado en este mundo.

La columna se desplegó tan pronto como surgió de la calle, moviéndose suavemente en una línea escalonada. A pesar de su desconfianza declarada de Harkor, los guerreros de su ex Gran Batallón estaban bien entrenados y altamente disciplinados.

Y si había un lugar capaz de sellar los restos de un dios maldito, era el edificio en el corazón de *Amon ny-shak Kaelis*. El sepulcro de la Condenación de Isha era un palacio monumental, masivo y ricamente ornamentado torres de duelo bulbosas y amplias bóvedas, techos de marfil. Sus fachadas estaban inundadas con arcos encrespados y nobles procesiones que eran a la vez artificiales y hechas a mano, como hiladas a partir de rayos de la luna, y sin embargo poseían una fuerza que contrastaba con su aparente fragilidad. Toda la estructura era como una gran escultura de hielo y vidrio, como una acumulación natural de cristal orgánico que se había criado en una cueva oscura y que, una vez expuesta a la luz, había acelerado con furia su crecimiento en formas nuevas e inesperadas. Era una formación de aspecto totalmente natural, pero la sutileza de sus proporciones precisas era imposible de pasar por alto; orgánico y artificial al mismo tiempo.

La enorme estructura era toda contradicción: fortificada y abierta, geométrica y, sin embargo, aparentemente libre de las limitaciones de un arquitecto. Miles de las mismas estatuas cristalinas que cubrían todos los caminos permanecían inmóviles en brillante alcobas y sobre plintos clasificados a lo largo de los pasillos curvos que conducían a las aperturas altas en su fachada, un portal estrecho flanqueado por dos enormes réplicas de los centinelas más pequeños. Eran fácilmente del mismo tamaño, si no en estatura, que los ingenios Mortis; Kroeger había visto máquinas de guerra similares causar estragos en el campo de batalla.

Sin embargo, estas representaciones estaban inmóviles y vidriosas, frágiles y fácilmente destructibles.

La luz submarina que impregnaba toda la ciudadela era más fuerte aquí, donde las paredes del sepulcro de la Condenación de Isha irradiaban con su propia iluminación interior. La piedra lisa de la tierra estaba veteada con el mismo brillo, como capilares de energía y una red de luz viviente. Las pisadas de Kroeger dejaron moretones sin luz en el suelo y se sintió como si caminara por la superficie de alguna red neuronal planetaria.

Un Rhino equipado con antenas vox se detuvo a su lado, emitiendo negros rayos de no-luz del peso presionado de su caparazón. Kroeger sintió la presencia de Harkor antes de que su teniente hablara.

-Algo que tienes que oír -dijo Harkor, con un auricular vox pegado a la oreja.

-¿Qué es esto? -espetó Kroeger, enojado, pero incapaz de decir por qué.

Harkor tendió el auricular y dijo: -Escucha.

Kroeger se quitó el casco y subió al estribo del vehículo. Cogió el auricular y lo aplastó a un lado de su cabeza. No oyó nada más allá de un aullido lastimero de electricidad estática, que subía y bajaba como el viento del desierto por la noche.

-¿Qué se supone que tengo que oír? -le preguntó.

-Sigue escuchando -instó Harkor.

Kroeger mantuvo presionado el auricular a un lado de su rostro mientras los elementos de vanguardia de la columna de Perturabo emergieron de las amplias calles a un kilómetro y medio al este. Estandartes de honor ondeantes eran visibles a través de los tejados de las estructuras intermedias y las bocinas a todo volumen de los dos titanes hicieron eco débilmente a través de la plaza libre. La mirada de Kroeger se desvió hacia el este, pero no había ni rastro de la columna de Falk todavía.

-No escucho nada aparte de ser estática -dijo.

-Escucha con más atención.

Kroeger miró a Harkor, preguntándose cuántos problemas causaría si matara al ex Herrero de Guerra ahora. Rechazó la idea al oír retazos de lo que sonaba como gótico Imperial sumido en la estática. Nada concreto o que él pudiera entender completamente, pero había *algo* allí.

¿Qué es?

-Tráfico vox cifrado -dijo Harkor. -Comunicaciones de los Manos de Hierro.

Harkor vio como el Rhino de mando de Kroeger salió corriendo para reunirse con la columna de Perturabo en el empuje del Tridente hasta los puntos vitales de la ciudadela. Le resultaba imposible mantener la mueca de sus labios al pensar que había sido desplazado del mando por un matón común como Kroeger. No tenía su nobleza y tenía menos su cultura. Harkor había hecho su investigación y sabía que Kroeger no tenía sangre digna en su linaje. Era el hijo de un campesino, un niño harapiento con una confluencia fortuita de genes y un nivel apenas aceptable de variación genética que apenas le impidió ser rechazado por los médicos de la legión.

Tener a un discapacitado de baja cuna al mando de un Gran Batallón era un insulto para el honor de la legión. La idea le hizo estremecerse de asco, y sintonizó el vox a la frecuencia previamente acordada, una en el borde mismo de la utilidad.

-Tenías razón -dijo, -no se identificó y sabiendo que sólo una persona estaría escuchando en el otro extremo. -Su ira está creciendo más allá de su control.

Un repiqueteo y ondulaciones de estática siguieron, con clics y eructos de cifrado.

-¿Le hablaste del tráfico vox de la Décima Legión? -dijo una voz cargada de distorsión.

-Lo hice -dijo Harkor. -Y era lo único que podía hacer para que no cargase hacia el sepulcro por sí mismo con su espada ondeando.

-Él es de baja cuna -dijo la voz. -No puedes contar con ellos mucho más que de los de noble linaje.

-Me irrita que Perturabo no pueda verlo.

-El Señor del Hierro es sabio en muchas cosas, pero se equivocó al quitarte el liderazgo -dijo la voz. -Tener mestizos como Kroeger al mando es el fino filo de la cuña. Es indicativo de una deriva a la mediocridad que nos llevará a líneas de sangre contaminadas alzadas a las filas de combate.

-Sobre mi cadáver -espetó Harkor.

-Somos la noble sangre de Olympia -dijo la voz. -Tenemos ese factor unificador, y la sangre se probará en el final.

-Pero podemos acelerar ese fin, ¿sí?

-De hecho lo es -dijo la voz. -Y no sólo para Kroeger. Forrix puede rastrear tu sangre a uno de los Doce, pero nunca apoyará tu reincorporación.

-Entonces tiene que morir también -dijo Harkor.

-Soy maestro de la Stor-bezashk -dijo Toramino. -Puedo hacer que eso suceda.

Perturabo no necesitaba los flujos de datos parpadeando en cascada por el lateral de su casco para saber que habían llegado a su destino. El sepulcro de la Condenación de Isha era un edificio como ningún otro que había visto o imaginado. Las proporciones eran armoniosas sin esfuerzo, sus elementos estructurales naturaleza perfecta de una manera que ninguna cantidad de capacitación o estudio podría replicar. No podía existir otro templo que hiciera justicia a la última morada de un dios.

Excepto que no era probable que morase ningún dios, se recordó.

-Te arrebata el aliento, ¿no es así? -dijo Fulgrim, acercándose con su guardia fénix y la forma servil de Karuchi Vohra. -Más allá de cualquier cosa que tu o yo podríamos diseñar y plasmar en la tierra.

Perturabo se erizó ante el insulto velado y sólo se tragó una respuesta amarga porque sabía que Fulgrim estaba en lo cierto. Simplemente mirando el algodón de azúcar de su de arbotantes y pasarelas bobinadas, sabía que nunca podría haber diseñado algo parecido. Sin embargo, eso no disminuyó el aguijón en las palabras de Fulgrim o el aparente placer de su hermano tomó expresión cuando habló.

-No, tal vez no –aceptó él. -Pero es lo que hay dentro lo que me interesa más.

-Por supuesto- convino Fulgrim, mirando con hambre no disimulada a la tumba-palacio maravillosa. -Alegra mi alma el ver por fin el objeto de nuestra búsqueda.

Perturabo miró por encima de su hermano hacia Karuchi Vohra. El guía eldar parecía más preocupado ahora que por fin habían llegado a su meta, como si el solo estar aquí le pusiera enfermo. Tenía la palidez enfermiza de la cobardía y todo su cuerpo se estremecía.

-Tu guía no parece pensar lo mismo -dijo. -¿Por qué, Vohra?

El eldar tragó con dificultad y miró a Perturabo con los ojos lechosos manchados de sangre. -¿Estarías encantado de visitar una fosa común? ¿Estar en la presencia de los muertos te hace sonreír?

El tono de Vohra era insubordinado, rayando lo hostil y Perturabo pensó en matar al eldar en ese momento.

-Esta no es una tumba -dijo. -Esta es una ciudad construida a la memoria de los muertos, nada más.

-Sé amable con la criatura -dijo Fulgrim, aunque ni siquiera él era abiertamente escéptico con la explicación del eldar. -Estamos aquí y eso es en gran medida lo que le permite vivir.

-Así que estamos aquí, ¿y ahora qué? -preguntó Perturabo.

-¿No es obvio? -dijo Fulgrim. –Nos adentramos

Para un guerrero criado en un mundo volcánico de ríos fundidos y cielos sulfurosos, el frío era normalmente algo que Atesh Tarsa sentía profundamente, pero ya no sentía el frío del Apothecarion. A pesar de que se había despojado de su delgado Caparazón Negro para evitar cualquier posible calentamiento secundario del ataúd de Ulrach Branthan de la planta de energía de su servoarmadura, la incomodidad de las bajas temperaturas era más que compensado por el misterio en estasis sellado ante él.

Frater Thamatica había ejecutado comprobaciones de diagnóstico en todos los equipos de soporte vital de Branthan y no había encontrado ningún defecto, ni caprichos inesperados en su construcción y nada que pudiera explicar

adecuadamente cómo una herida de bólter había desaparecido milagrosamente de un guerrero mantenido completamente en un tiempo fuera del tiempo.

Milagroso…

Una palabra tan casualmente desplegada, pero que silencia la inquisición. Llamar a algo un milagro negaba consulta al atribuir la inefabilidad de su ocurrencia. El credo del Apothecarion decía que no había tales cosas como milagros, sólo eventos. Sólo cuando la explicación de un evento era más increíble que el evento en sí podría tal cosa ser contado como milagroso.

En este momento, Tarsa se inclinaba a creer en los milagros.

Examinó la herida lo mejor que pudo a través de la burbuja que rodeaba inviolable a Branthan, y no podía haber duda de que la herida había desaparecido casi por completo. No del todo, pues había una formación rosada en la piel, lo que indicaba cicatrización y curación.

Incluso fuera de un campo de estasis, una herida de tal calibre habría tomado más tiempo en sanar.

Con los guerreros de la X Legión en el planeta al que el guía eldar los había traído con la *Sisypheum* se sentía muy vacío, merodeando por sus pasillos solo usados por los servidores, despreocupados por la comodidad de las almas solitarias que quedaban en la nave mientras se estaba luchando. Tarsa era un guerrero también, de cierto renombre entre sus compañeros nocturneanos, pero el cuidado de Ulrach Branthan no podría dejarse a nadie más que a un apotecario.

Además, la misión de superficie en el planeta tenía el olor de la venganza misma, y dichas misiones rara vez terminaban bien.

Frater Thamatica permaneció en las entrañas de la nave, deshaciendo el daño que su experimento imprudente había causado. Tarsa recordó la furiosa discusión entre Frater y Cadmus Tyro, como dos cúmulos en colisión. Pero Tyro era un capitán y representante designado de Ulrach Branthan. Thamatica no iría a ninguna parte.

Tarsa paseó por el Apothecarion, tamborileando con los dedos sobre la superficie de la placa de datos, revisando la última tanda de lecturas de monitorización. Las lecturas biométricas de Ulrach Branthan estaban casi en un punto muerto por la

temperatura, por no hablar del campo de estasis, y los resultados eran los mismos que en las últimas cien veces que los había comprobado.

Nada puede cambiar dentro de un campo de estasis, algo que debería ser obvio, pero de alguna manera en ese ambiente inalterado algo había cambiado. El cuerpo de Branthan había logrado curarse. O, más bien, algo había causado que se curara sin registrarse en cualquiera de los dispositivos de vigilancia altamente avanzados e increíblemente precisos.

¿Podría ser el Corazón de Hierro?

En todas sus pruebas en la carne de Branthan, solo esta ya era un elemento de incertidumbre. Ni siquiera los Manos de Hierro podrían explicar su funcionamiento. Todo lo que se sabía del artefacto era que Ferrus Manus dijo que había sido dado por un fantasma en la Tierra de las Sombras hace siglos. Pese a ser contrario a la Verdad Imperial y tan improbable como sonaba, era la única explicación que Tarsa recibió en cuanto a su procedencia.

Cada neófito Mano de Hierro afirmaba tener una reliquia de tecnología desaparecida desde ese desolado e ignoto páramo. El lugar debía haber sido un verdadero tesoro de despojo, con los fantasmas haciendo cola para entregar sus baratijas de valor incalculable.

Descartando estos pensamientos, Tarsa devolvió su atención al guerrero gravemente herido. Inmóvil tras la niebla helada empañando el ataúd, los orbes rojos de Tarsa pudieron perforar fácilmente el brillo translúcido hasta llegar al guerrero a continuación. El cuerpo de Branthan, independientemente de cualquier herida bólter sanada, todavía era un lío de piel ensangrentada y carne rota, fracturas de huesos y musculatura desgarrada. El Corazón de Hierro permanecía abrazados a su pecho, un parásito inmóvil y en silencio cuya función desafiaba cualquier fácil explicación.

Por lo poco que Tarsa pudo comprobar, suponía que el dispositivo estaba intentando regenerar la estructura interna del cuerpo del capitán. Sin embargo, lo sestaba haciendo lo que al alimentarse de, a falta de un término mejor, su fuerza vital. En un guerrero cuyas heridas no eran mortales, probablemente sanaría el daño sin matarlo, pero las lesiones de Branthan eran tan graves que cualquier sanación sería a costa de su vida.

Este milagro probablemente le mataría.

Tarsa rodeó el ataúd, sabiendo todo el tiempo que no había nada más que pudiera hacer por el hombre dentro sin datos detallados en tiempo real. Sólo había una manera de reunir esos datos y Cadmus Tyro nunca le permitiría sacar a Branthan de la estasis sin un núcleo de Manos de Hierro alrededor en caso de que esos momentos resultasen ser sus últimos.

Pero Cadmus Tyro no estaba aquí.

Los guerreros de Nocturne no eran conocidos por su rebeldía, de hecho, las cadenas de servicio en la que se envolvían los condenaban las causas y los cursos de acción que podrían ser considerados imprudentes, pero que eran seguidos hasta el final. Sin embargo Tarsa sintió su mano avanzar poco a poco hacia la maquinaria de regulación de la temperatura del ataúd y los controles de estasis cifrados genéticamente.

-Para ayudarte tengo que llevarte al filo de la muerte -dijo, pues el daño que podría hacer a Branthan al despertarle de su estado crónico chocaba con su juramento de no hacer daño. Él resolvió ese dilema mediante la racionalización de que si él fuera capaz de salvar al capitán entonces el daño sería un precio aceptable a pagar.

La idea de Tiro y de Cybus exigiendo retribución si algo salía mal detuvo por un instante su mano. Incluso si descubriese algo vital todavía estarían furiosos, así que no había realmente ningún sentido en vacilar. Tarsa estaba abatido por mantener a un hombre en un estado de existencia vegetativa, un hombre que habría muerto incluso en las condiciones más favorables.

¿No era, de hecho, más lesivo mantener a Branthan así?

Resuelto su dilema moral, Tarsa rápidamente instaló su equipo de bio-grabación, conectando su Narthecium al ataúd para así supervisar todos los aspectos de la fisiología de Ulrach Branthan. Si iba a hacerlo, tendría que hacerlo bien, sin dejar nada a la suerte y aprovechando todas las oportunidades para reunir toda la información que pudiera.

Con todo listo, Tarsa desbloqueó los controles. Tomó una bocanada de aire frío, sintiendo cómo el frío estéril del Apothecarion penetraba ahora en sus huesos. ¿O era el frío de la incertidumbre? Él ya había tomado una decisión, por lo que no

sabía por qué estaba dudando. ¿Se estaba él mismo dando una última oportunidad de volver atrás, al darse cuenta de que podría estar a punto de matar a Branthan?

Tarsa giró el dial de bronce de la conexión de alimentación a cero y el campo de estasis cayó como un telón soltado. La niebla se encrespó y batió en el interior del ataúd cuando el tiempo se reanudó, y el capitán congelado una vez más se reunió con el flujo natural del universo. Después de haber cruzado este rubicon, Tarsa ahora comenzó a aumentar la temperatura del cuerpo del capitán en incrementos fraccionarios. Las luces parpadearon y su Narthecium clicaba mientras enjambres de datos asaltaron sus bobinas de memoria. El equipo de bio-monitoreo parloteaba mientras información fresca fluyó desde el cuerpo descongelación, vomitando cintas de datos perforadas.

Los dispositivos mostraron un aumento de la actividad neuronal en los lóbulos pre-frontales, y un aumento general en las comunicaciones sinapticas. Pronto, el cerebro del capitán llegaría a un nivel en el que se podría restaurar la cognición y la conciencia. Cuando eso sucediera, Tarsa tendría que ser conciso en sus preguntas.

La actividad cerebral siguió aumentando, y observó que el Corazón de Hierro mientras este insertaba aún más filamentos en el cuerpo de Branthan. Los miembros segmentados se deslizaron alrededor de su cuerpo, como si sondearan algo, y ventiló una fina corriente de gases tóxicos que olían a carne podrida.

-*res* -dijo Branthan, terminando una frase que había comenzado hace semanas.

-Capitán. Soy el apotecario Tarsa. Sus heridas están sanando, pero estoy recopilando información para determinar por qué.

Una pausa, mientras el cerebro apenas descongelado del capitán corrió a ponerse al día con la actualidad.

-*¿La misión?*

-Está en curso -dijo Tarsa, observando el volumen creciente del flujo de datos desde el ataúd. -Estamos en el mundo objetivo y sus guerreros estamos tratando de frustrar los planes de los traidores.

La actividad cerebral de Branthan repente se disparó con formas de onda que Tarsa nunca había visto y que causó en el cuerpo del capitán temblores y espasmos. Tarsa

se puso en pie, mirando hacia el ataúd mientras los ojos de Ulrach Branthan parpadearon con una luz verde sobrenatural.

-Iydris...

-¿Capitán?

-Este mundo. Los muertos lo llaman Iydris.

-No lo entiendo, capitán- dijo Tarsa. ¿Había estado teniendo el capitán sueños lúcidos mientras estaba encerrado en estasis? Esto debería ser imposible, pero si esta misión en el corazón de una tormenta disforme le había enseñado a Tarsa algo, es que palabras como imposible eran para los tontos y los incautos. El resplandor verde de los ojos de Branthan era sin duda un signo de algo muy malo, pero dudó en bajar la temperatura y volver a activar el campo de estasis.

En cambio, él preguntó: -¿Qué muertos?

-Las almas de Iydris; las escucho a todas. Están gritando de terror.

La voz del capitán se detuvo, y Tarsa se dio cuenta de que la red de sinapsis Branthan se había deteriorado hasta el punto en que estaba experimentando alucinaciones auditivas. Sería una bendición dejarlo morir antes de que el héroe honorable que había sido fuese reducido a un loco divagando.

-Hay que parar el Angel Exterminatus -dijo Branthan, como la mano de Tarsa se cernió sobre los controles de temperatura.

-¿Qué has dicho? -preguntó Tarsa. El chorro de datos insertado por Sabik Wayland incluía una mención de la criatura mítica, pero las palabras de Branthan tenían un sentido más específico, más inmediatamente pertinentes.

-Trata de renacer en Iydris. Hay que detenerlo.

Tarsa luchó para conectar las palabras del capitán con las que Wayland y Sharrowkyn habían escuchado en Hydra Cordatus. El Angel Exterminatus era un dios muerto de los Eldar, encarcelado bajo el mundo de la deidad suprema de su especie. Lo que esto significaba en términos reales no estaba claro, pero algo de los enunciados de Branthan le erizó el vello.

-¿Qué *es* el Angel Exterminatus? -preguntó Tarsa, instintivamente sabiendo que esta era la pregunta más importante que podría hacer jamás.

-Todas las peores cosas en el mundo hechas carne y forma.

-¿Cómo sabes eso?

-*Este mundo está vivo. Clama por ayuda. Espera.*

-Espera -preguntó Tarsa. -¿A qué está esperando?

-A sus creadores para llevar la muerte a casa.

Un cordón fue creado alrededor del sepulcro, y fue inmediatamente evidente que no sería necesario un largo asedio para violar sus muros. Se jactaba de estar indefenso y sin armas emplazadas, sus aproximaciones carecían de marcadas zanjas profundas, posiciones de fuego dilatorias, campos de minas o alambres lacrimosos, y el portal entre los imponentes gigantes cristalinos estaba expedito por cualquier puerta.

Perturabo dio a Forrix instrucciones para comenzar a trabajar en el establecimiento de una posición fortificada en la plaza abierta ante el sepulcro, y su triarca se puso a la tarea con entusiasmo, requisando todos los Rhino disponibles para la tarea. Rodear el sepulcro requeriría más miles de Rhinos Castellan, así Forrix estableció un área segura rectangular con esquinas en ángulo de bastión, la fortaleza más sencilla de elaborar, sin puntos ciegos. A medida que cada Rhino fue colocado en su lugar y las placas de blindaje unidas, el área central de la plaza pasó de ser un lugar de luz brillante y lamentos fantasmales mecidos por el viento en un lugar de frío hierro, picos negros, alambre de espino espirado y emplazamientos blindados.

Pocos, incluso entre la IV legión, conocían fortificaciones como Forrix, e incluso mientras Perturabo observaba, las torres finales crecían en las esquinas de la posición escogida. Los motores de Mortis emplazaron los últimos elementos en su lugar cuando un último par de Rhinos fueron asentados en su posición para formar las dos hojas de una puerta motorizada.

-Tus guerreros trabajan rápido -señaló Fulgrim y Perturabo vio la urgencia trepidante en cada tic de sus miembros y todos los tics de sus características de alabastro. -Pero no debemos detenernos.

-Las armas no van a ninguna parte -dijo Perturabo. -No nos moveremos hasta que tenga confirmación de que nuestras posiciones fortificadas son seguras.

Fulgrim asintió con la cabeza, pero había una impaciencia cortante en la misma.

Perturabo sabía que las tres posiciones fortificadas ya estaban listas. A pesar de la resistencia de la roca, la fortaleza que rodeaba la zona de aterrizaje estaba ahora segura, al igual que la fortaleza improvisada de Rhinos alrededor de los muros de la ciudadela. Esta última fortificación era tan buena tan pronto se completó, pero Perturabo tomó tiempo para estudiar a Fulgrim y su hueste reunida.

Su hermano brillaba del sudor, pero no era el sudor lo que le perlaba la frente.

Fulgrim estaba sudando luz.

Débilmente, siendo sincero, pero visible con una visión mejorada genéticamente que veía más allá de lo que veían incluso los ojos legionarios. Gotas de luz se concentraban en las puntas de los dedos de Fulgrim y caían al suelo, donde fueron tragados por la tierra y se disiparon. Se preguntó si Fulgrim estaba al tanto de su hemorragia resplandeciente y decidió que debía ser así. La servoarmadura de su hermano se tensó contra su cuerpo y su rostro estaba desdibujado y cansado, como si sólo por un esfuerzo de voluntad colosal se mantenía en pie.

Sus capitanes no parecían estar mejor, como los perros que tiran de la correa. Kaesoron estaba pegado al lado de Fulgrim, mientras Variosean y sus guerreros gritones rugían y hervían con sus extraños cañones sónicos. Eidolon y un grupo de guerreros voluminosos con servoarmadura Cataphractii estaban listos para encabezar el avance de los Hijos del Emperador. La carne del Lord Comandante estaba bañado con una luz similar a la que envolvía a Fulgrim, una radiación mortal que tenía lugar dentro de un ser vivo.

Solo entre los guerreros del fenicio, el espadachín Lucius no parecía afectado por el sentido de la potencialidad que corría por los Hijos del Emperador. Miró hacia Perturabo, como si fuese consciente del escrutinio, y le hizo un gesto amplio.

Perturabo vio a través de la falta de sinceridad evidente y sintió un impulso de asesinar que le hizo destrabar *Rompeforjas* de su arnés en la espalda.

Karuchi Vohra estaba junto a Fulgrim, con las manos nudosas y retorciéndose como un hombre culpable que sabía que nunca podría limpiarse la sangre. Perturabo sabía que tenía que matar al eldar ahora, aplastar su frágil cuerpo con un golpe de su martillo, pero sintió sin embargo que había algo que podía aprender de su guía.

Kroeger y Falk aparecieron, dándole cada uno un guiño de preparación.

Sólo dos hojas de su tridente lo seguían, pero eso tendría que ser suficiente.

El Círculo de Hierro levantó sus escudos cuando Perturabo envió un pulso de activación a través de la red MIU orgánica de sus centros de control cibernéticos.

-¿Eso quiere decir que podemos ir ahora? -preguntó Fulgrim, necesitado e irritante.

-Así es -dijo Perturabo.

Los guerreros elegidos para acompañar a los dos primarcas por la belleza cristalina del sepulcro abovedado marcharon a su paso, los Guerreros de Hierro tan reglamentados como el día que formaron por primera vez en los campos marciales de Olympia; los Hijos del Emperador, como una multitud de bárbaros estridentes. Cientos de banderas volaron sobre sus cabezas y el sonido agudo de las armas sónicas maltrataron el aire y torturaron los oídos con sus ecos.

Miles de seguidores de Fulgrim vinieron también, cada uno portando recipientes rígidos sobre sus hombros. Perturabo los había visto siendo descargados de los c-20 y llenados con lo que parecían ser fragmentos de cristal. Agobiados por tal peso pesado, no mantenían el ritmo de los legionarios, y Perturabo no iba a esperarlos.

Con el Círculo de Hierro formando una gran cuña de escudos ante ellos, Perturabo y Fulgrim ascendieron por una pasarela que se encrespaba conforme los aproximaba a la puerta principal. Sólo al acercarse su escala comenzó verdaderamente a ser evidente. Con trescientos metros de alto y veinte de ancho, era una barra vertical en las paredes de cristal translúcido de la ciudadela. El resplandor verde oceánico que se extendía al resto de la fortaleza era, al parecer, un resplandor que sólo procedía de una fuente. En el interior, todo era oscuridad, una

oscuridad envolvente que devoraba la luz y no le deja escapar. Perturabo se acordó de la gran singularidad en el corazón del Ojo del Terror, y no se preocupó por la semejanza ni un ápice.

¿El interior del sepulcro de la Condenación de Isha sería una región que podría ser mapeada o su geografía interna no obedecería a las mediciones empíricas?

-Puedo sentirlo -dijo Fulgrim mientras marchaban entre las garras de los guardianes que flanqueaban el sepulcro. Luz era reflejada a través de ellos como brillantes bancos de peces alejándose del señuelo de un cazador. Nada aquí había reaccionado aún ante su presencia, pero durante cuánto tiempo duraría una vez dentro era algo que Perturabo no estaba dispuesto a averiguarlo.

Perturabo detuvo su avance y se volvió hacia su hermano.

-Antes de que vayamos más lejos, hay algo que tengo que preguntarte, hermano -dijo Perturabo.

Los ojos de Fulgrim se estrecharon, tensos y cautelosos. -¿Qué?

-¿Hay algo que deba saber? -preguntó Perturabo. -Te doy una última oportunidad de decirme todo lo que has guardado para ti.

Perturabo vio la mentira antes de que hablara.

-No, hermano -dijo el fenicio. -Todo es como yo te he dicho.

Perturabo asintió con la cabeza, exactamente la respuesta que había esperado. Se apartó de Fulgrim y con sus guerreros a su lado y sus guardianes robóticos a su alrededor, entró en el sepulcro.

La oscuridad le dio la bienvenida, plegándose alrededor de sus sentidos de una manera que confirmó que era totalmente antinatural. Sus sentidos se extendieron, inquisitivos en los bordes de sus percepciones buscando de formas desconocidas para los mortales. Lo que sería una negrura incansable, impenetrable, empalagosa e imposible de escapar, era para él más que un crepúsculo.

El portal los guio al interior de un vestíbulo cavernoso imposible de clasificar, pues sus dimensiones colosales parecían alterarse con cada mirada. Una serie de pasajes les llevaban adelante, arcos en forma de hoja de oscuridad aún más profunda, pero a Perturabo le resultó casi imposible fijar exactamente cuántos eran.

-Trucos de párvulos -se burló Fulgrim, mirando a los pasillos serpenteantes que conducían a muchas direcciones diferentes a la vez.

-No- dijo Perturabo. -Es mucho más que eso.

-Brujería Eldar -escupió Fulgrim. -Nada digno de mención.

Las cuentas de luz que caían de los ojos de Fulgrim parecían lágrimas radiantes, y las gotas de sudor líquido de las manos florecieron en manchas solares cuando azotaron el mármol liso suelo del sepulcro. Incluso los guerreros mortales podrían ver la luz del fenicio dentro de estas paredes. Los Hijos del Emperador gritaron de adoración. Los Guerreros de Hierro le ignoraron.

Perturabo mantuvo su mirada fija en las paredes de negro delante de él, viendo algo en las vías de desplazamiento y dimensiones caprichosas de este espacio que le era familiar. Había visto sitios como este antes.

-Es un laberinto -dijo. -Y *conozco* los laberintos.

Desde una posición de ocultamiento en lo alto de una tumba abovedada alejada del recinto y frente a la ciudadela, Nykona Sharrowkyn y Sabik Wayland miraban a los dos primarcas conducir a sus guerreros dentro. Tal vez mil legionarios y otros tantos mortales los habían seguido, una columna estrecha que serpenteaba dentro como un gusano parásito infesta un anfitrión.

-A Cybus no le va a gustar esto-dijo Wayland.

-Sus gustos y disgustos son irrelevantes para mí -dijo Sharrowkyn.

-Es fácil para ti decirlo -respondió Wayland. -Con el tiempo volverás a tu legión.

Sharrowkyn no dijo nada en respuesta, y tomó imágenes de la fortificación terrible en el centro de la plaza, sabiendo que el asalto costaría miles de vidas. Construido con increíble economía de tiempo y esfuerzo, sus torres eran armas tomadas de los Rhinos y vehículos blindados formando los muros y emplazamientos rodeados de alambre de espino acogían Land Raiders gruñendo que actuaban como puntos de apoyo móviles.

¿Es un Shadowsword? -dijo Wayland.

Sobre una plataforma elevada en el centro de la fortificación había un tanque superpesado, pero uno blindado e imponente en un grado increíble.

-El tanque de mando de Perturabo -respondió Sharrowkyn.

-Sus sistemas de armas pueden cubrir cada centímetro de las paredes y su arma principal simplemente destruiría todo lo que apareciese dentro de su línea de fuego.

-Entonces nos quedaremos fuera de su línea de fuego -dijo Sharrowkyn.

Dos Reaver portaban las banderas y los colores de la Legio Mortis se encaraban contra sus contrapartes cristalinos, apuntando sus cañones con firme precisión. Los guerreros de Perturabo no eran nada sin su exhaustividad.

-Un asalto directo a esta posición será suicida -declaró Wayland.

-Eso nunca ha sido el camino de la XIX -dijo Sharrowkyn.

-He llegado a saberlo -dijo Wayland. -Vamos, el capitán Tyro tiene que saber que no hay posibilidad de conquistarlo de esta manera.

Sharrowkyn asintió y se alejó del borde del techo. Estando lejos del enemigo no había necesidad de *deslizamiento fantasma*, pero lo hizo de todos modos. Desde que habían descendido al planeta, los sentidos sobrenaturales de Sharrowkyn habían sentido ojos hostiles mirándole, observadores invisibles viendo todos sus movimientos como una serpiente preparándose para atacar. Incluso moviéndose con toda la habilidad que pudo reunir, sabía que le podían ver.

Con paso seguro, saltos vertiginosos y caídas precipitadas, Sharrowkyn y Wayland se dirigieron a la parte protegida del suelo, donde la fuerza de incursión de las Manos de Hierro esperaba. Sharrowkyn cayó de las sombras, apareciendo ante la vista de Cadmus Tiro y Vermana Cybus. Ignacio Numen y Septus Thoic sujetaban la figura temblorosa Varuchi Vohra entre ellos, y el hermano Bombastus se alzaba sobre todos ellos, con su lanzallamas monstruoso parpadeando un chorro caliente de luz azul.

¿Y bien? -preguntó Cadmus Tyro. -¿Podemos luchar para entrar?

El rostro del capitán pudo leerse tras la máscara de hierro de su casco. Su servoarmadura estaba marcada con cientos de nombres, tantos que había tanta ceramita desnuda que ya no había pintura negra. Había estado en el fragor de la

lucha más dura en Isstvan, y era fácil olvidar que había sufrido tanto como el resto de ellos. La forma de alas doradas de Garuda estaba encaramada en su hombro, con las alas plegadas hacia atrás y sus ojos rojos recordándole a Sharrowkyn Atesh Tarsa.

El águila tenía un aspecto elegante en si mismo que a Sharrowkyn gustaba; un cazador con alas, como él.

-De ninguna manera -dijo Sharrowkyn. -Los Guerreros de Hierro ya tienen una fortaleza construida justo frente la entrada. Nada menos que un asalto de una legión completa sería capaz de perforar a través de la entrada.

-¡Entonces hemos llegado hasta aquí para nada! -espetó Cybus, golpeando el puño en su palma. -Dije que era una empresa condenada al fracaso desde el principio. ¡Hemos perdido el tiempo viniendo aquí!

-¿No está de acuerdo? -dijo Tyro, leyendo el lenguaje corporal de Sharrowkyn.

-Una lucha contra los Guerreros de Hierro de frente nos verá todos muertos -dijo Sharrowkyn. -En eso, Cybus y yo estamos de acuerdo, pero no es necesario luchar contra ellos cara a cara-

-¿Qué quieres decir? -exigió Tyro.

Sharrowkyn hizo señas a Numen y Thoic para que avanzasen, tirando del guía eldar de aspecto enfermizo ante él.

-A que la puerta no es la única forma de entrar, ¿verdad?

Varuchi Vohra miró y asintió con la cabeza, la carne de su cara tensa como papel-grasa, sobresaliendo sobre sus huesos, su piel veteada con líneas de color púrpura y texturizada con un barniz aceitoso.

-No -dijo el eldar. -Hay otras maneras de entrar.

VEINTIUNO

Fragmentos de un Todo Mayor

Matemáticas Inmateriales

Nunca estuvieron aquí

La pesadilla de su existencia no había terminado; de hecho, sólo empeoró. Felix Cassander, a pesar de que el nombre significaba poco para él ahora, acechó adelante y atrás en lo que había sido una bahía de cuarentena medicae bordo del *Orgullo del Emperador*. Le dolían los huesos, cada unión con fragmentos de vidrio y su único pulmón superviviente lleno de líquidos ácidos corrosivos que quemaban su garganta con regularidad paralizante.

Su cuerpo de alta bioingeniería se mantenía con vida a pesar de su ferviente deseo de morir.

Él y Navarra eran dos entre tal vez una docena de los terata de Fabius que habían sobrevivido al asalto a la nave de los Manos de Hierro. Navarra estaba en la miseria más absoluta, en la esquina de la celda de cuarentena, su ondulante cuerpo mutado con el movimiento mientras su anatomía interna se combinaba y dividía en rebeldía genética y sus miembros reformándose a sí mismos en respuesta a la hiper-mutación de sus pares de bases.

Los terata eran poco más que bestias gritonas ahora, cosas inconscientes hambrientas y agresivas, pero Cassander y Navarra solo se habían aferrado al recuerdo de su vida anterior. La mente de Navarra pendía de un hilo, una conciencia tambaleante que se mantenía fiel a la palabra de Dorn sólo gracias a la repetición incesante de Cassander del rollo de honor de la legión, empezando por el *Victorix Roma* y terminando con *Honoris Martius*. Su propio sentido del yo fracturado le recordó quién era, de dónde venía, pero sobre todo lo que se acordó de lo que había hecho.

Había matado marines espaciales leales al Imperio. Él no era mejor que los Hijos del Emperador o los Guerreros de Hierro. El dolor de su existencia minuto a minuto era nada comparado con eso. Era su castigo, su penitencia por haber cedido a la adversidad. Era uno de los propios Puños del Emperador, un guerrero contra el que ningún enemigo podía triunfar, para quien ningún obstáculo podría retrasarle y podía dominar el dolor.

Todo eso mentira.

Cassander observó sus brazos de músculos hinchados, la carne con llagas llenas de pus que se negaban a repararse mientras las toxinas frescas combatían contra su sistema inmune reconstruido. Había arrancado toda la carne de su mano derecha, dejándola una ruina podrida de copos de carne. Rica sangre carmesí recubría los huesos allí, las falanges unidas por hilos de tendones y restos de tejido muscular regenerativa. Había raspado patrones intrincados en el hueso con las garras de la otra mano, disfrutando de la agonía de su automutilación y sabiendo que no era suficiente para expiar lo que había permitido que sucediera.

Aún podía ver la cara del legionario cuya garganta había arrancado, el odio que ardía en sus ojos. Era un odio bien ganado. A pesar de haber arrancado la carne de su mano, él sabía que nunca sería libre de la sangre leal que había derramado. Trató de mantener su enfoque en la sangre, con la esperanza de que la preocupación por el dolor mantendría el horror de lo que había hecho y lo que se había convertido apartado por un tiempo.

Las percepciones de Cassander se estaban volviendo cada vez más erráticas, un collage de imágenes de pesadilla que pertenecían al cráneo de un loco. Tortuosos experimentos, luces dolorosas en los ojos, el crujido de los huesos al romperse y su cuerpo siendo remodelado y regenerado continuamente. El paso del tiempo mismo estaba fuera de su alcance, fragmentos de la memoria lo que tenían sentido de un instante a otro.

En un instante estaba arañando la piel y la carne de la mano culpable, el siguiente, estaba mirando un banco de tiras de lúmenes en una cámara clínicamente austera de azulejos blancos y vigas de acero pintado de un verde bilioso industrial. Estar atado a la camilla significaba dolor, y el dolor era todo lo que quería ahora. Dolor significa escapar. El dolor era la penitencia.

La fuente de todo su dolor se inclinó sobre él, con una aureolada de luz cruda y brazos mecánicos chasqueando.

-Tú eres especial, hijo mío -le dijo Fabius, con un riachuelo de sangre negro desde la esquina de su boca. –Vosotros los Puños conserváis sus funciones superiores. El resto desciende a un nivel animal, pero no vosotros dos. ¿Por qué, me pregunto?

Cassander quería alcanzar al apotecario demente y arrancarle la garganta, pero las cadenas sujetándole a la mesa en esta ocasión eran tan buenas como irrompibles. Fabius sonrió con su matiz cadavérico y sacudió la cabeza.

-¿Crees que no aprendí nada de nuestros últimos *contratiempos*? -dijo Fabius, alejándose y alterando el ángulo de la camilla en la que yacía Cassander. -La *Orgullo del Emperador* podría no ser tan... privada como la *Andronicus*, pero al menos tiene la virtud de muchos niveles medicae bien equipados.

En completa oposición a la guarida anterior del apotecario, este espacio estaba bien iluminada y organizado al igual que un centro de medicae convencional. Las paredes estaban cubiertas con maquinaria que Cassander no pudo identificar, salvo que todos ellos eran creaciones a medida que ningún apotecario en una legión leal sería utilizando sin sanción. Estantes asegurados estaban llenos de vasos de cristal verdes en los que circulaban tejidos mutantes inidentificable, anormalidades genéticas y etapas fetales horriblemente deformadas. Filas de ampollas reductoras, cada una marcada con un símbolo de legión y grabados con lo que parecían nombres permanecían en tubos criogénicos llenos de cables con gases nitrosos. Lavadoras de tejidos, centrifugadoras y replicadores que portaban tubos burbujeantes entre sus dientes y tarros de campana escupiendo e hirviendo en un banco de trabajo de acero plateado y un cadáver abierto yacía en la camilla a su izquierda, en medio de las partes marcadas, unidas longitudinalmente y seccionadas de su anatomía interna. El cadáver no tenía cabeza, pero un tatuaje legionario en su bíceps derecho reveló que era de la IV legión.

-¿Ahora eres independiente? -dijo Cassander a través de la estructura destrozada de la mandíbula.

Fabius se volvió a mirar el cadáver diseccionado como si hubiera olvidado que estaba allí. -Incluso antes de que Horus escogiera rebelarse -dijo.

-¿Por qué? -gorgoteó Cassander, flexionando los huesos de su mano mutilada mientras palpitaba dolorosamente.

-Porque nos quieren hacer creer que somos creaciones perfectas -dijo Fabius, tosiendo una bola de flema negra y sosteniendo su pecho. -Pero nada podría estar más lejos de la verdad. Somos fragmentos de un todo mayor, pálidos reflejos de algo increíble. Cada una de las estructuras genéticas legionarias contiene un pedazo

de la perfección, y me gustaría saber todos los secretos del funcionamiento del Emperador.

-¿Por qué? -repitió Cassander, sabiendo que era la cuestión más importante.

-Porque yo no quiero morir -dijo Fabius, abriendo su túnica para revelar dos heridas supurantes recubiertas con depósitos alquitranados. Heridas de espada, pero que no habían sanado. -Los soldados del emperador que nos precedieron, los Guerreros Trueno, poseían en su código genético las semillas de su propia destrucción. ¿Y los salvajes antecesores potenciados? Ellos tuvieron la suerte de vivir tanto como lo hicieron antes de que su hipermetabolismo los consumiera. Los primarcas piensan que sus guerreros son inmortales, pero están equivocados. Somos tan mortales como cualquier ser vivo, sólo tardamos más en morir. Yo no tendría que hacerlo.

-¿Quieres vivir para siempre?

-Por supuesto -dijo Fabius, enojado por la mera cuestión. -¿Tú no?

-No- susurró Cassander. -Quiero morir con cada respiración.

Fabius se inclinó sobre él, y el cirujano extendió sus brazos con pinzas semejantes a garras. La delgada línea de un cortador térmico surgió al ser activado. Una gran cantidad de agujas gruesas se extendían desde otro brazo, seguido de un sifón de sangre y una pistola de sutura chismeando en dos más.

-Si eso fuera cierto, entonces ¿por qué no desparramas tus sesos contra las paredes de tu celda? -preguntó Fabius con el gran interés de un erudito.

Cassander tenía una sola respuesta. -Porque soy débil -dijo él, su enorme figura mutada y aberrante agitada por el tormento.

-No, hijo mío, tú eres fuerte, muy fuerte. Los otros se quemaron con la furia de su metabolismo acelerado, pero no tú y tu hermano legionario -dijo Fabius, casi con ternura. -Es por eso que necesito abrirte de nuevo.

El cortador térmico descendió y el dolor comenzó de nuevo.

Expiación y agonía, penitencia y dolor.

Cassander les dio la bienvenida a todos.

El Herrero de Guerra Toramino paseó por las murallas de la fortaleza de la zona aterrizaje, observando cada vez con mayor furia que la Pneumachina y sus guerreros luchaban para apuntalar las paredes. Las grietas se propagaban y la piedra se derrumbaba a cada momento que pasó.

Este mundo era un anatema para la elevación de los muros exteriores, y cuanto antes acabaran en este lugar, mejor. Ni siquiera los filtros auditivos en el casco podían mantener fuera el gemido lastimoso del viento, y el resplandor crepuscular procedente de la lejana ciudad erosionaba los nervios de Toramino.

Ya era bastante malo que se le negara su lugar legítimo en el Tridente, pero ahora se había quedado como poco más que un vigilante. El señor del Stor-bezashk manejaba una potencia de fuego sin igual, una gran cantidad de material bélico y los medios para implementarlo. Ser consignado a este papel humilde era un insulto a su orgullo y honor de su título.

Es cierto que en una zona de guerra, esta tarea era una posición de gran importancia y respeto, pero defender plataformas vacías y pistas rodeadas de altos muros, campos de minas y acres de alambre de espino en un mundo desierto era una tarea sin honor y que no ofrecía ninguna esperanza de ascenso. Esta tarea era para los tontos de bajo nacimiento como el Nacido de la Piedra o, más apropiadamente, para Kroeger.

La inconsciente imprudencia de Harkor en Hydra Cordatus le había traído a esta situación especial, pero el ex Herrero de Guerra del 23er Gran Batallón era olímpico de alta cuna, e incluso un tonto noble era mejor que un peón de la escoria como Kroeger.

Toramino hizo una pausa para mirar hacia atrás, al corazón de las defensas construidas dentro de las paredes blandas y desmoronándose. Un bosque de cañones en ángulo hacia el cielo como un millar de brazos estaban alzados en señal de saludo: obuses, bombardas, Thunderstrikes, morteros, baterías de cohetes y misiles de precisión asesina. Maestros artilleros y sus tripulaciones pululaban entre sus armas, listos para desatar una lluvia de muerte explosiva sobre cualquier objetivo que se le presentara. No es que Toramino en particular esperase que se dirigieran a un enemigo en el sentido tradicional.

Le irritaba que las circunstancias le hubieran obligado a cometer fratricidio, pero cuando fue acorralado por la ignorancia y la envidia de los necios, ¿Que podría cualquier guerrero de alta cuna, rango y posición hacer sino luchar? Solicitó los planos de la ciudad en su placa de datos, informándole en tiempo real por los motores de datos topográficos en los Rhinos Castellan. Una imagen tridimensional de la ciudad, sus edificios y la ubicación de los Guerreros de Hierro avanzando a la fortaleza revoloteando ante él.

Con tal información detallada del objetivo, Toramino podría aplanar la ciudad-tumba eldar con una palabra o seleccionar una estructura a demoler, dejando el resto sin tocar siquiera con una cicatriz de metralla. Transmitió a los datos a los cogitadores de adquisición de objetivos de sus maestros artilleros, disfrutando del poder destructor absoluto a sus órdenes.

Toramino apartó su placa de datos cuando el lamento del viento cambió de tono, cada vez más estridente e insistente. Golpeó una palma contra el lado de su casco, maldiciendo y moviendo la cabeza en un intento de silenciarla. Era inútil, el sonido sólo se estaba poniendo más irritante, y Toramino desabrochó los cierres en la gorguera, rasgando el casco para revelar sus rasgos patricios y la melena de pelo marfil.

Colocó el casco en una almena dentada e inclinó la cabeza hacia un lado.

Los ojos de Toramino estrecharon mientras miraba el horizonte con perplejidad.

Una tenue neblina ondulada en los extremos más alejados de la vista, una falta de definición de la luz verde, como el acercamiento de una tormenta de arena lejana.

-¿Qué *es* eso? -se preguntó sobre el gemido quejumbroso del viento lúgubre.

Perturabo abrió la marcha con un ritmo necesariamente lento, ya que la oscuridad envolvente se apresuró imposible. La fuerza de avance se mantuvo apretada, una columna de guerreros armados con espadas al descubierto y armas de fuego preparadas. Incluso el anfitrión de Fulgrim mantuvo sus aullidos y cantos para sí mismo. Las fuertes pisadas del Herrero de Guerra Berossus hicieron eco de las paredes de obsidiana, y el ruido frágil del vidrio de los contenedores que portaban

los seguidores mortales de Fulgrim era una presencia constante en la oscuridad devoradora.

Las paredes se mantuvieron uniformemente lisas, pero las luces distantes nadaban en sus profundidades brillantes. Girando como galaxias distantes, y tan pobladas como estas, había un universo de estrellas dentro de las paredes, las cuales Perturabo reconoció únicas y no dos iguales.

Se preguntó qué podrían representar. ¿Eran los racimos de luz brillante una consideración puramente estética por parte de los constructores del sepulcro o podrían servir para alguna función desconocida? ¿Podrían ser un mecanismo de auto-reparación, como el poseído por la Ciudadela Cadmean, una infestación de algunos parásitos litobióticos o tal vez los restos de un antiguo archivo computacional? ¿Podría toda esta estructura ser una forma de depósito de datos, un registro de las especies de un imperio otrora dominante ahora en decadencia? Perturabo sabía mejor que nadie el valor de la sabiduría de los antiguos. ¿No se había construido la Cavea Ferrum de los diseños de un genio muerto?

Este laberinto fue construido a partir de los mismos principios, sus complejidades trabajando en múltiples dimensiones superpuestas a la vez, y Perturabo sabía que la firmeza de propósito era el mejor instrumento de éxito al navegar por un laberinto.

Eso, y las ecuaciones no-euclidianas del Firenzii.

Cuando los primeros matemáticos antiguos descubrieron las dimensiones más allá de las físicas, más de un físico erudito clásico fue arrastrado a la locura en sus intentos de codificar sus resultados en términos empíricos. Gracias a las palabras cifradas en el diario secreto del Firenzii, el volumen delgado que el Rey Carmesí había ayudado a descifrar, Perturabo había aprendido los secretos de navegación en tales cálculos tempestuosos. Era una ciencia inexacta, sin sentido e incomprensible para los cerebros mortales, pero su alcance cognitivo iba mucho más allá de esos genios locos que habían intentado y fracasado en comprender la enormidad de los mundos que había visto en sueños y estados de fuga.

Cuando Perturabo escaló hasta la cima de los acantilados de Lochos en su juventud y vio el Ojo del Terror mirándole desde el otro lado de la galaxia, supo instintivamente que había un universo más allá de sus fronteras infernales, un lugar de milagros y maravillas de pesadilla. Con cada década que pasaba y cada

fragmento de conocimientos que descubrió, su mecánica imposible se hizo cada vez más visible y menos incognoscible. Perturabo había pelado gradualmente capa tras capa de misterio hasta que los mecanismos xenos en su núcleo se revelaron ante él.

La última parte de la clave fue proporcionada por el descubrimiento de los planos en el hornos de cremación Sabelianos, los últimos trabajos heréticos del Firenzii y Perturabo se deleitó con el calor blanco de las matemáticas inmateriales y geometría empírea mientras trazó a mano las rutas imposibles y profundidades impenetrables de la Cavea Ferrum.

Lo que estaba en juego aquí no era diferente.

Trabajado con una sutileza y gracia que era impresionante, pero fundamentalmente lo mismo.

Se mantuvo en silencio y se cerró a los ecos a su alrededor mientras procesaba los cálculos diabólicamente difíciles que pusieron al descubierto el funcionamiento del laberinto. No prestó atención a las matrices de dardos de luz que pasaron a través de las paredes, los parpadeos arrebatadores de niebla ondulante arremolinándose en sus profundidades, ni notó el paso del tiempo o el clic insistente de tráfico vox más allá del sepulcro.

Fulgrim se mantuvo cerca, robándole miradas reverentes mientras él escogió cada giro en el laberinto, llevándolos más y más en sus complicadas profundidades. Su camino los llevó hacia arriba y hacia abajo, a través de pasarelas en espiral, volviendo sobre sí mismos y por medio de cámaras, túneles y pasillos resonantes diseñadas para confundir y desorientar. Perturabo se mantuvo fiel a sus principios de cálculo inter-dimensional y obligó a su instinto natural para la dirección a ceder el control de su curso a su intelecto. Sentía frustración de su hermano en el laberinto y su incapacidad para trazarlo en la cabeza. Incluso al fanfarrón de Dorn le resultaría casi imposible navegar por el laberinto de la Cavea Ferrum, por no hablar de esta exquisita versión alienígena con su miríada de complejidades.

El camino a través del laberinto era elaborado y estratificado, retorciéndose como un nido de serpientes y reorganizado en torno a él en relación a su avance. Con cada paso, Perturabo sintió la sensibilidad gélida en el corazón de este mundo, si es que era un mundo, y él estaba empezando a tener sus dudas, cada vez más centrado en sus atenciones.

Lo que había bajo ellos, los sueños de un dios durmiente o una caché reactivando las armas inteligentes, Perturabo sabía que no tenían mucho tiempo hasta que se hiciese lo suficientemente potente como para resistir activamente. Con una repentina epifanía de auto-engrandecimiento, Perturabo supo con absoluta certeza que sólo él en toda la galaxia era capaz de navegar por este laberinto. Ni siquiera el guía mascota de Fulgrim pudo haberlo hecho. Lejos de agradar a Perturabo, el pensamiento le golpeó como una nota discordante de peligro inminente.

Fijando puntos de referencia mentales, bien espaciales, empíreos u matemáticos, Perturabo detuvo su progreso en una intersección de cuatro salidas. Cada una era superficialmente idénticas; y sin embargo, sólo una ofrecía avanzar.

-¿Por qué nos detenemos? -preguntó Fulgrim. -Tenemos que estar cerca del corazón del laberinto ahora.

-Lo estamos -asintió Perturabo. -Uno de estos pasajes nos llevará a lo que hay debajo de la cúpula central que vimos desde el exterior. El resto lleva a eternidades de vagabundeo y la locura.

-¿Pero tú sabes cuál tomar?

-Sí, lo sé.

-Entonces, ¿por qué dudas?

-Berossus -ordenó Perturabo. -Tráeme a Vohra.

La forma atronadora del Herrero de Guerra Berossus arrastró al servil eldar hacia adelante, impulsado por las piernas como martillos del Dreadnought. Robando miradas furtivas al gigante tras él, Karuchi Vohra se inclinó ante Perturabo. El guía tenía un aspecto horrible, flaco y perdido, como si la vida escapara de él con cada paso que daba en el laberinto.

-¿Mi señor? -dijo Vohra.

-Las luces en las paredes -dijo Perturabo. -¿Qué son?

"Es difícil de explicar, lord Perturabo -dijo Vohra. -Mi pueblo no construye paredes de piedra y acero como el suyp.

-Sí, hacéis *crecer* vuestras estructuras a partir de algún biopolímero -dijo Perturabo. -He traído más de una a la ruina en estos siglos. Pero responde a la pregunta. ¿Cuáles son las luces en las paredes?

-¿Qué importa cómo se construyó este lugar? -espetó Fulgrim antes de que Vohra pudiera responder, ansioso por moverse.

-Es importante porque yo digo que importa -dijo Perturabo, agarrando la túnica de Karuchi Vohra y empujándole hasta pararle frente a los cuatro pasajes en adelante. Cada uno era oscuro, sin nada para diferenciarlos de los otros cientos que habían atravesado.

-¿Cuál? -dijo Perturabo, apoyando su mano sobre el hombro de Vohra.

-¿Mi señor?

-¿Cuál? -repitió Perturabo. -Estamos casi en el corazón de la tumba, así que quiero que me digas cuál de estos pasajes nos llevará allí.

Karuchi Vohra miró nerviosamente hacia atrás, a Fulgrim, mientras Perturabo supo lo que haría, antes de levantar tímidamente el brazo y señalar al segundo paso desde la izquierda.

-Ese -dijo el eldar.

-Fallaste -dijo Perturabo, rompiendo el cuello de Vohra.

La sensación de claustrofobia en la fortaleza de los Guerreros de Hierro había sido abrumadora, y las entrañas de Julius Kaesoron se retorcieron en su cuerpo con cada momento que paseaba por su patio blando, construido en acero. Al igual que un ave rapaz enjaulada, no estaba adaptado para el confinamiento o permanecer estático detrás de altos muros. Un hombre sabio una vez le había dicho que el estancamiento es la muerte, y que nunca era más cierto que con los Hijos del Emperador.

Los Señores de la Prodigalidad habían levantado los velos sofocantes de lo mundano de sus ojos y mostrado un número ilimitado de mundos de sensaciones y placer. Visiones insospechadas de exceso en todas las cosas: el ruido, la música, el derramamiento de sangre, el hedonismo, la tortura, la violencia, la adoración y,

sobre todo, del culto. Cada segundo pasado sin complacer los deseos declarados tabú en una edad más temprana era una pérdida de vida, y Julius Kaesoron hacía tiempo que había declarado que ningún acto de indulgencia se quedaría fuera de su alcance.

Dejando a los Guerreros de Hierro de aburrida mentalidad detrás de sus paredes impermeables, Julius llevó a sus tres mil guerreros en la plaza ante el sepulcro, dejando que profanaran y destruyeran a su antojo. Julius se deleitaba con la sensación de poder sin explotar que sentía filtrarse hacia el mundo como el agua aceitosa en la arena mojada. Apaleó estatuas cristalinas y rompió las piedras brillantes contra su cráneo, insertando los fragmentos triturados en los cortes en su piel.

El placer de anticipación era casi tan grande como la indulgencia y su vista alterada percibió las líneas de fuerza y de memoria que enhebran todas las estructuras en este planeta. Se maravilló de que los Guerreros de Hierro no pudieran verlo, y casi se compadeció de sus limitadas percepciones. Cuan intolerable debía ser la vida restringidos a ver sólo los componentes básicos funcionales de lo que se consideraban la *realidad* por sus propios sentidos atrofiados.

Julius y sus guerreros rodearon la fortaleza de los Guerreros de Hierro, miles de alaridos y gritos locos con armas y estandartes de guerra en alto. La saturación de la energía en este mundo estaba al borde de la liberación, como un volcán a punto de erupción o un cantante acercándose a una nota alta. Deseó poder pinchar la burbuja que la contenía, dejando que su flujo de recompensas discurriese por las calles como una marea que los ahogarse a todos.

Se echó a reír histéricamente, sacando su cuchillo de combate y la caída para arriba en el espacio debajo de su hombrera cubierta de piel y marcado pectoral. El dolor fue fugaz, el flujo de sangre momentáneo, pero con cada gota que derramó en el suelo sintió crecer el horror de este mundo.

Con una certeza que no era suya, comprendió que su sangre estaba contaminada con algo maravilloso, algo intolerable para la raza que había construido este mundo. La sangre era su devoción, su sustancia contaminada por la fuerza que había arrancado de su forma de vida a partir de la placenta de la muerte de esta raza.

En ese instante, él supo lo que tenía que hacer.

Julius echó a un lado su cuchillo, su filo demasiado pequeño e intrascendente para lo que había que hacer. Sacó su espada sierra, la cuchilla impregnada con púas ganchudas trabajadas a lo largo de su longitud. Aulló su sumisión a los cielos caleidoscópicos y cargó hacia la masa cantarina de sus guerreros.

Su primer golpe cortó a uno de la Kakophoni de Variosean en dos, vomitando sangre desde el cuerpo del mutante como un depósito de combustible explotando. Al segundo le abrió el vientre, un legionario cuya armadura estaba tan maltrecha que debería haber sido descartada hace mucho tiempo. El tercero un campeón en alza decapitado cuyo cuello eyectó fuentes gemelas de sangre de tres metros en el aire. Julius irrumpió y cortó y cortó en su camino entre los Hijos del Emperador, sintiendo su certeza de que esto era lo que se debían hacer con cada arteria abierta, cada miembro amputado y cada gota de sangre derramada.

Él se echó a reír al ver a los Guerreros de Hierro mirar con horror mientras mató a sus hermanos legionarios, su incomprensión visible incluso a través de sus planos cascos inexpresivos. El hedor de la sangre llenaba sus sentidos, junto con una fuerte sensación de estar en la cúspide de algo magnífico.

Siguiendo su ejemplo, los Hijos del Emperador cayeron unos sobre otros en una orgía de sangre, perdiendo toda cohesión y sentido de propósito en el salvajismo lujurioso de matar. Julius recordó el sentido floreciente de libertad que había sentido en La Fenice, cuando los avatares de los Señores de la Prodigalidad se manifestaron a través de las conchas rotas de cuerpos mortales. El exquisito dolor y sensación de éxtasis de estar verdaderamente *vivos* se había desvanecido con el tiempo, y para sentirlo una vez más soportaría cualquier dolor e infligiría cualquier sufrimiento.

Tan pronto como él había deseado sentirlo notó una sensación de tirón en cada célula de su cuerpo, una suplicante invitación de entregarle su carne.

No, todavía no. Déjame disfrutar de esto un poco más de tiempo…

Toda la plaza ante el sepulcro era ahora una zona de matanza, un campo de batalla sin enemigo, sólo una serie de guerreros gritones empeñados en autodestruirse.

Los Hijos del Emperador se ofrecieron como sacrificio voluntario aún sin saberlo, su sangre llevando consigo el recuerdo de la vida y la muerte, el nacimiento y la fatalidad.

El poder en el corazón de Iydris palpitó en reconocimiento odioso de esa contradicción.

Y despertó.

-¡Hermano! -exclamó Fulgrim cuando Perturabo tiró el cuerpo sin vida de Vohra al suelo.

Perturabo ignoró la sorpresa de su hermano y se dirigió en dirección a la vía más a la izquierda. Sus guerreros se alejaron con él, igualando el Círculo de Hierro su veloz paso sin esfuerzo y sin quejarse. Berossus pasó insultantemente cerca del fenicio mientras caminó a zancadas.

La mano de Fulgrim se cerró en el brazo de Perturabo, y él se volvió hacia su hermano, cerrando su puño a la espera de la violencia. El Círculo de Hierro se volvió con un ruido de escudos y armas, apuntando todas las armas caparazón directamente a Fulgrim.

-¿De verdad tienes que preguntar? -exigió Perturabo.

-¿Preguntar qué? –dijo Fulgrim, retrocediendo con una mirada de indignación que hizo enfermar a Perturabo con su teatralidad.

-¿Karuchi Vohra nunca había puesto un pie en este mundo hasta ahora, verdad? -dijo Perturabo.

La máscara de Fulgrim finalmente se quebró y él sonrió, el mentiroso expuesto, el engañador desenmascarado.

-Lo dudo -dijo Fulgrim. -Pero incluso si no lo hubiera hecho, ¿importa realmente?

-Por supuesto que importa -dijo Perturabo, mostrando los dientes. -Porque no podía haber llegado tan lejos en el laberinto. Sin embargo, él afirmó haber visto las armas que buscamos. ¿Cómo se explica eso, hermano?

Fulgrim se encogió de hombros y Perturabo nunca había querido estrellar *Rompeforjas* en un cráneo más que en él en ese momento. Bajó el puño lentamente y se alejó antes de que su ira se apoderara de él.

-Sabía que estabas mintiendo desde el principio -dijo. -Pero agarré una pizca de esperanza de que podría ser una fracción de la verdad de lo que prometiste. Más me engañaste. Nunca debí haber venido aquí contigo, hermano.

-No, necesitaba que vinieras –imploró Fulgrim, siguiéndole, pero sin atreverse a tocarlo. -Puede que haya exagerado algunos aspectos de la leyenda eldar, pero sabía que sólo tú podría navegar por este laberinto.

-¿Y por qué mentirme? ¿Por qué crear esta ficción?

-¿Habrías venido de haberte dicho que te necesitaba sólo para desentrañar un laberinto?

-No -dijo Perturabo.

-No, ¿ves?

Perturabo asintió con la cabeza en la dirección de la vía y dijo: -Entonces, ¿Qué vamos a encontrar realmente aquí? ¿Qué puede ser tan importante para ti que gastas tantas vidas y mientes tu hermano?

-Exactamente lo que prometí -dijo Fulgrim. -La capacidad de destruir mundos y arrasar ejércitos. El poder del Angel Exterminatus se encuentra en el corazón de este mundo, de verdad, pero requiere de los dos de nosotros para desbloquearlo. No más mentiras, hermano, no ahora que están tan cerca de la victoria.

A pesar de sí mismo, Perturabo podía sentir su curiosidad despertar. Fulgrim había mentido y engañado y traicionado para traerles hasta aquí, pero no oyó falsedad en esta última declaración. Aun así, él no creía en la sinceridad vacía de su hermano.

Lo que hallase en el centro del sepulcro sería solo para Perturabo.

-Entonces vamos a tomarlo juntos -mintió.

La carnicería que se estaba causado más allá de las paredes del punto fuerte era tan horrible que no tenía sentido, y Forrix sólo podía mirar con la boca abierta sin

comprender como los Hijos del Emperador se masacraban sistemáticamente a sí mismos. Guerreros que habían marchado juntos bajo las mismas banderas ahora asesinaban al prójimo con grandes espadas o vaciando cargadores completos en sus cuerpos.

El sonido húmedo de acero en la carne y el traqueteo de los disparos de ladrar llenó la plaza. Forrix no tenía ninguna intención de moverse a un lado de la entrada de restricción de Rhinos de su cargo para permitir que los pocos guerreros no tomar parte en la masacre de vuelta dentro de sus paredes.

-¿En el nombre de los Doce que están haciendo? -dijo Forrix, agarrando la estructura de acero de las almenas con sus guanteletes potenciados. -No tiene ningún sentido.

De pie junto a él, Vull Bronn negó con la cabeza. -No tengo ni idea. Después de lo que vi en la *Orgullo del Emperador*, he renunciado a tratar de encontrar algún sentido en la Tercera Legión.

-¡Pero esto es... un desperdicio! -gritó Forrix, doblando el metal bajo su control.

-¿Viste qué lo empezó?

-No sé *qué* lo empezó, pero sé *quién* -dijo Forrix, señalando a la figura ensangrentada de Julius Kaesoron mientras luchaba como un Berserker demente a través de los pocos Hijos del Emperador aún en pie. La espada del capitán estaba atascada de vísceras y carne desgarrada, su histérico grito como uñas arañando la pizarra.

-¿Deberíamos tratar de detenerle? -preguntó el Nacido de la Piedra.

-¿Quieres estar en el medio de eso?

-No cuando tengo un muro de pie detrás.

-Entonces dejémosles -dijo Forrix. -Los muy idiotas.

El asesinato no tardó en extinguirse por sí mismo, miles de vidas terminaron en una convulsión de intercambios maníacos. Forrix nunca había visto nada igual. Mientras el silencio cayó sobre la plaza, sólo Julius Kaesoron permaneció en pie, su armadura púrpura y oro totalmente cubierta de carmesí y trozos goteando de piel.

La espada cayó de su mano y se dejó caer de rodillas, un grito quejumbroso de algo oscuro y primitivo arrancado de su garganta. El guerrero hundió la cabeza entre las manos y cayó hacia delante, como si se arrodillase ante algún señor feudal.

-No sé por qué Kaesoron hizo esto, pero voy a descubrirlo maldita sea -dijo Forrix, descendiendo hasta el patio del punto de apoyo y convocando a sus compañeros Exterminadores a su lado. Junto con otros cinco guerreros imponentes, marchó a las puertas hechas con Rhino. Con una inclinación de cabeza, los dos vehículos se retractaron de sus bases de refuerzo del suelo y arrancaron sus motores con una tos ronca metálica.

-Seré el hierro en el interior -dijo el Nacido de la Piedra mientras los Rhinos se retiraron.

-Como nosotros seremos el hierro fuera -respondió Forrix, al frente de sus guerreros más allá de las paredes.

Las puertas se cerraron detrás de ellos mientras Forrix marchó hacia la forma llorosa de Kaesoron.

La plaza era un matadero, un osario de cuerpos rotos, vientres vaciados y vidas desperdiciadas. Los Guerreros de Hierro sobrepasaron a los muertos sin reverencia, triturando los restos bajo de sus pies sin remordimiento. Con cada paso que daban, Forrix sintió la hostilidad y los ojos invisibles que habían estado con ellos desde su desembarco intensificar su escrutinio, como si estuvieran ahora a su alcance. Se detuvo ante Kaesoron, quien levantó la cabeza enfocándole.

El rostro del hombre era un horror de tejido cicatricial licuado, carne quemada y cirugía monstruosa. Todo lo que había parecido antes fue completamente oscurecida bajo una máscara curtida de mutilaciones autoinfligidas. Kaesoron sonrió, dejando al descubierto dientes podridos, colmillos retorcidos y una lengua como la de un lagarto de escamas.

-Conseguimos su atención -dijo con voz ronca a través de una boca tapadas con carne mutante.

-¿De qué estás hablando?

-Los muertos -con voz áspera Kaesoron. -Les incitamos y vinieron. Ahora el Angel Exterminatus puede resurgir de las cenizas de su muerte.

-Mataste a tus propios hombres -dijo Forrix.

-Ellos no eran míos -dijo Kaesoron. -Nunca lo fueron.

¿No? ¿Entonces de quién eran? "

Kaesoron pareció considerar la pregunta, inclinando la cabeza hacia un lado como si escuchara una respuesta. Luego sonrió, y su rostro se quebró cuando la piel se plegó sobre sí misma, desprendiéndose de su cráneo.

-¡Pertenecen a Slaanesh! –gritó Kaesoron en un éxtasis revelador.

Forrix retrocedió ante el nombre, sintiéndolo como una puñalada.

Entonces, por todo alrededor de la plaza, Forrix oyó un chasquido y la caída del vidrio partido. El lamento omnipresente que portaba el viento triste creció hasta hacerse un grito herido, mientras miles de columnas de humo iluminadas estallaron desde el suelo. Forrix y su Exterminadores inmediatamente formaron un círculo defensivo, activando los alimentadores automáticos de proyectiles en los cargadores de los combi-bólter.

-¡Aguantad! -ordenó Forrix. -¡Nacido de la Piedra!

A través de las nubes de niebla retorciéndose, Forrix vio las estatuas cristalinas supervivientes despertar de su inmovilidad anterior. Se movían con rigidez, como durmientes despertado de sueño de eones, y las joyas en el centro de sus cabezas bulbosas sangraron vibrantes de color en los cuerpos vítreos que de repente parecían mucho menos frágiles. Los guerreros de Kaesoron habían destruido muchas, pero cientos más permanecían en la plaza, por no hablar de los miles en pie entre ellos y las paredes de la ciudadela.

Forrix sintió su corazón hundirse al ver a los guardianes titánicos del portal moverse también. La luz se vertía a través de sus enormes ramas de piedras preciosas establecidas a través de sus cuerpos, y las radicales espinas en forma de alas en los hombros brillaban con energías fulgurantes. Espumas de luz brillante bañaban sus puños, y las grieta y rupturas de sus articulaciones de flexión era como las divisiones de un glaciar.

-¡Retirada al punto de apoyo, ahora! –ordenó.

Los Exterminadores de pesado paso se movieron como uno, pero antes de haber tomado más de media docena de pasos, el camino estaba bloqueado. No por las construcciones vidriosas descendiendo de sus pedestales, pero por un ejército de guerreros espectrales coalescencia de las nieblas de esmeraldas encendidas. Miles y miles de sus formas brillantes llenaban la plaza, vestido de ceñidas servoarmaduras y armados con espadas largas. Ojos blancos brillaban a través de los cascos de porcelana translúcida y Forrix sintió su intenso odio hacia él.

A pesar de que iba en contra de toda creencia secular en su cabeza, comprendió exactamente la naturaleza de este ejército de fantasmas.

Estos eran los eldar muertos de Iydris.

VEINTIDOS

Horizontes imaginados a medias

Guerra Fantasmal

Fuego a Discreción

Lo que fuera que Perturabo había esperado encontrar en el corazón del sepulcro de la Condenación de Isha, no era esto. Había esperado una serie de tumbas, marcadores de lápidas o algún otro recuerdo visible de los muertos. Algo literal. Él había esperado ver una gran estatuaria, obeliscos monolíticos, grandes registros de propiedad y herencias. Ahora se daba cuenta de que era una presunción muy humana; los eldar recordaban a sus muertos de manera muy diferente.

El último pasaje los había llevado a una pasarela de treinta metros de ancho por encima de un gran espacio abovedado lleno de la misma luz verde que inundaba las tumbas y mausoleos de la ciudad. La fuente última de que la iluminación se reveló ahora, un géiser titánico de brillante color esmeralda, vertiéndola en una columna de resplandor desde la apertura de un pozo abismal en el centro del espacio cavernoso.

Muy por encima de ellos, en lugar de la parte inferior de la cúpula de oro que habían visto desde el exterior, existía un vacío de la nada absoluta que era a la vez

estática y agitada. La luz resplandeciente de abajo tronó en sus profundidades, tragada sin molestar a la oscuridad.

-Es como mirar en el corazón de un agujero negro -dijo Kroeger, fascinado por la visión.

Perturabo asintió con la cabeza, su mente creando de formas reconocibles dentro de las profundidades de la oscuridad fuliginosa: Horizontes lejanos, tierras distantes y galaxias más allá de la imaginación.

-Creo que eso es exactamente lo que es -dijo, apartando la mirada de los horizontes medio imaginados en la oscuridad. -Creo que esto tiene algo que ver con lo que mantiene al planeta libre de ser arrastrado hacia el núcleo del Ojo.

-Entonces vamos a tratar de no hacer nada estúpido aquí -dijo Falk. -Todavía hay una guerra que ganar una vez que finalmente consigamos terminar con esto.

El suelo de la cámara era como un fondo marino nacarado, un bosque de esbeltas torres, segmentado, con bulbos y afinados como estalagmitas. Cada uno estaba tachonado de brillantes piedras preciosas que les guiñaron en un torrente (spuming) de luz, como percebes creciendo en las rocas agitadas por la marea. Senderos serpenteaban entre las torres, la más corta de las cuales seguía teniendo sin duda cientos de metros de altura. A pesar de que parecían dispuestos al azar, Perturabo vio inmediatamente el patrón en la disposición de los caminos y carreteras.

-Todos ellos convergen en la abertura por la que se vierte la luz -dijo Fulgrim.

-¿Te diste cuenta de eso?

Fulgrim le lanzó una mirada fulminante. -¿Patrones perfectos, geometría recurrente y secuencias naturales de Fibonacci? *Por favor*.

Perturabo sonrió. -Me olvidé habías leído el *Liber Abaci*.

-¿Leerlo? Lo he reescrito.

Perturabo hizo un gesto hacia el interior de la cámara colosal. -¿Así que es esto lo que esperabas?

Fulgrim se acercó al borde de la calzada, con la capa blanca ondeando tras él, como la crin de su pelo, el cual era apartado de la cara por un anillo de plata de exquisito trabajo. Perturabo reconoció la misma mano que había formado la capa que Fulgrim le dio en Hydra Cordatus. Echó un vistazo a la joya situada en el cráneo reluciente, su negrura ahora completamente eclipsada por el oro.

Con el Círculo de Hierro formado ante él y sus triarcas en torno a cada lado, Perturabo les llevó alrededor de la circunferencia de la cámara hasta donde una rampa liviana les llevó hasta el suelo como una serpiente enroscada colgando sobre el borde de la calzada. Berossus cerraba la marcha, y cuando Perturabo descendió a la parte inferior de la rampa, vio a los guerreros siguiéndole por encima. Habían entrado en el sepulcro con quizás mil legionarios y un número similar de mortales, pero ahora había muchos menos entre los seguidores de Fulgrim.

¿El laberinto los había reclamado sin que nadie se diera cuenta, o habían sucumbido a violentos impulsos o deseos carnales en el camino? Perturabo era indiferente a su suerte. De cualquier manera, era como si estuvieran muertos.

El suelo de la cámara estaba caliente como en una selva, húmedo y emplumado por jirones de niebla resplandeciente que se filtraba desde las torres como respiración. Llegados a su nivel, la escala de las torres se hizo plenamente evidente: esculturas que no presentaba características de un constructor o artesano alzadas. Espantosas sombras negras bailaban en el suelo y se deslizaban sobre las torres, discurriendo la luz en cascada desde el centro de la cámara entre ellos como agua corriendo.

Los Guerreros de Hierro marcharon al unísono, moviéndose como una sola columna de poder marcial, mientras que Fulgrim y sus guerreros se dispersaron, moviéndose entre las torres con sus cabezas flexionadas con asombro de su escala. Fulgrim caminaba con los brazos extendidos y la cabeza inclinada hacia atrás, como recibiendo el sol de la primera mañana. Lo que había comenzado como una operación militar fue descendiendo rápidamente en algo completamente distinto.

-Sea lo que sea, no fue *construido* -dijo Kroeger, llegando a tocar una de las torres con el puño.

-¡No lo toques, idiota! -explotó Falk.

Kroeger apartó la mano, las lentes de su yelmo resplandeciente con la luz y la hostilidad verde reflejada.

-No me des órdenes -dijo Kroeger.

-Todavía no -dijo Falk.

-¿Qué significa eso? –gritó Kroeger gritó, dando un paso hacia él.

-No lo sé -dijo Falk, como sorprendido por sus palabras cuando Kroeger se enojó por ellos. Perturabo vio a Falk mirar por encima de un apretado nudo cristalino de piedras preciosas incrustadas en la torre a su lado como si viera algo, algo que él deseara no ver.

-¿Falk? -dijo Perturabo. -¿Qué ocurre?

Barban Falk no respondió hasta que Perturabo puso un guante de hierro pesado sobre su hombro.

El triarca se estremeció como si fuese golpeado y sacudió la cabeza, desechando su pérdida momentánea de concentración. Perturabo leyó las lecturas biométricas del guerrero a través de su visor y vio que su pulso se había desbocado y su frecuencia respiratoria elevado extraordinariamente.

-Yo... creí ver algo -dijo.

-¿Qué?

-No lo sé -dijo Falk. -Nada, creo.

-Es este lugar -dijo Kroeger, flexionando su guante en la empuñadura de su espada. –Se mete en el interior de tu cabeza. Brujería Eldar.

Falk asintió y apretó los puños.

-Estoy bien -dijo. -Vamos.

Perturabo los condujo más profundamente en la cámara, siguiendo los caminos de bucle a través de las torres. Al acercarse al centro y la torre de la luz, la niebla verde reunida alrededor de las torres se hizo más densa, como un muro de niebla tóxica a través de los sumideros en las calles de algunas colmenas industriales.

Eventualmente, a medida que él y Fulgrim miraban, las vías en espiral tenían cada vez menos bucles hasta que por fin se presentaron delante del río vertical de luz en el centro del sepulcro.

No era sólido como habían supuesto, sino más como una cascada de hélices brillantes de luz diáfana, como si un telar celestial en el núcleo del planeta reuniera mil millones de veces mil millones de hilos radiantes y fuesen tejidos en una gran corriente. El torrente era una intrincada malla de infinita complejidad y Perturabo no se sorprendió al ver que el camino les condujo en dirección a la orilla del pozo de donde se elevaba la luz.

El borde tenía doscientos metros de diámetro y al igual que el mundo en sí, era perfectamente circular, sin ni siquiera la más mínima imperfección estropeando su geometría ideal. Su circunferencia estaba grabada con símbolos cursivos, runas antiguas más allá incluso de la comprensión del lenguaje y Perturabo se consideraba fluido en numerosos dialectos eldar.

Fulgrim avanzó hasta el borde del pozo, aureolado de una corona de luz esmeralda, con su capa ondeando detrás de él como las alas de marfil.

-Es tan hermoso -dijo Fulgrim, girando sobre el terreno para hacer frente a Perturabo.

Antes de que Perturabo pudiera responder, se oyó un grito de alarma. Giró sobre sus talones a tiempo para ver a un legionario arrebatado de entre la niebla por un atacante invisible.

-¡A las armas! -gritó mientras la niebla comenzó coalescencia alrededor.

Los gritos procedían de la niebla empalagosa, gritos mortales. Chasquidos de fuego bólter sonaba, amortiguado por la niebla y extrañamente distorsionado por la arquitectura natural de la cámara. Más traqueteo siguieron, y más gritos.

Perturabo vio un paisaje estelar de luces brillantes en la niebla, manchas de color carmesí, azul y jade que latían con enojada iluminación. Al principio pensó que no era nada más que las piedras preciosas incrustadas en las torres reaccionando a lo que estaba pasando, pero entonces vio la torre más cerca de él... *moverse*.

No, no moverse. Cambiar de forma.

El material de la torre alrededor de una brillante piedra preciosa de rubíes puesto en su flanco comenzó a extraer una forma humanoide, como una figura de prensado de un molde. Era más alto que un marine espacial, pero delgado y con una alargada cabeza bulbosa, con la piedra preciosa en su centro. La figura salió de la torre, detrás de la luz ondulante del residuo de su nacimiento. Sus brazos estaban rígidos, y en una de sus manos portaba un dispositivo similar a un tubo delgado que sólo podía ser un arma de algún tipo.

Tampoco estaba solo.

Dondequiera que estuviera posada una piedra preciosa, figuras similares salieron de las profundidades. Como autómatas, pero con una sensación horriblemente orgánica para sus movimientos, estaban surgiendo a cientos con cada segundo que pasaba. Ellos llamaron la niebla, como si la respirara hacia adentro y Perturabo vio con el corazón encogido que la cámara estaba ahora llena de esas cosas.

Miles y miles de ellas.

-¡Fulgrim! -gritó Perturabo.

Pero su hermano estaba desaparecido.

Forrix estrelló su puño contra otro de los fantasmas eldar, su forma insustancial tan vulnerable a los daños como cualquier cuerpo de carne y hueso. Estalló en una explosión de fragmentos de luz y un grito mortal que se desvaneció como un sueño perdido. Pero del mismo modo que podían ser heridos, también fueron capaces de causar daño. El pecho de Forrix estaba helado donde uno de los espectros había *atravesado* simplemente su servoarmadura para agarrarse a su corazón.

Un golpe de revés disipó la esencia fantasmal, pero Forrix no había olvidado la lección. Su anillo de Exterminadores se abrió paso entre las filas fantasmales de los eldar, triturando, golpeando y desgarrando sus cuerpos formados de niebla. Tres de sus guerreros ya estaban muertos, tirados en la plaza sin ningún tipo de heridas obvias sobre ellos.

Julius Kaesoron luchó a su lado, una presencia odiosa, pero un combatiente adicional bienvenido.

La locura de Kaesoron pudo haber causado esto, pero el hombre podía matar sin igual.

Los disparos de las almenas de la plaza fuerte les rodeaban, machacando a los fantasmas desde detrás de las paredes de hierro. Los proyectiles reactivos de masa eran impotentes, pasando por los cuerpos fantasmales de sus atacantes y explotando al impactar contra el suelo.

-¡Sólo puños! -gritó Forrix. -¡Guardad las balas para las estatuas!

Los sistemas de armas del *Tormentor* curtieron la plaza, lanzando arcos de fuego láser y proyectiles bólter pesado que talaron, pulverizaron por docenas y vaporización espectros con cada rayo de energía láser. Forrix bateó aun lado una hoja de espada hecha de niebla y luz, golpeando su enorme puño en la cabeza brillante del fantasma eldar ante él. Desapareció con un grito apagado de pérdida, pero más estaban allí para tomar su lugar.

Corrientes tormentosas de luz fluyeron cuando los motores Mortis se batieron en duelo con los guardianes colosales del sepulcro. Vetas de fuego de cañón, cometas de plasma y fuego de artillería iluminaron el cielo boreal en una furiosa descarga de armas. Los escudos de vacío parpadearon, enviando arcos estática a todas las superficies metálicas. Todo el punto fuerte quedó envuelto en zarcillos de relámpagos.

El suelo se estremeció mientras los Titanes competían por la posición entre los mausoleos cercanos. Las máquinas de guerra eldar fueron más rápidos y borrosas con las corrientes de luz refractada, pero los motores Mortis eran torturadores consumados que sobresalían en las peleas a corto alcance.

-¡Aquí vienen! -exclamó Kaesoron con fruición.

Se movían con delgada gracia, construcciones vidriosas moviéndose sin impedimentos a través del ejército espectral, sus brazos ardiendo con rayos esmeraldas cegadores. La mayoría de ellos estaban desgarrando el punto fuerte, arrancando hojas de blindaje de las paredes con sus propias manos o desencadenando corrientes pulsantes de energía contra los guerreros sobre las almenas, pero un grupo vengativo se precipitaba hacia Forrix y el resto de sus guerreros.

Kaesoron se dirigió hacia las construcciones, aplastando con sus puños al más cercano y partiéndolo en dos. Dio un golpe en la cabeza que casi lo derribó, pero se movía con una velocidad que sorprendió a Forrix. La servoarmadura Cataphractii ofrecía a un guerrero muchas ventajas, pero la velocidad no era normalmente una de ellas.

Kaesoron se enderezó y aplastó la cabeza de su atacante entre sus puños, riendo mientras lo hacía, como si ahora solo él entendiera la broma última del universo. Luchó como un poseso, con la cara de carne cruda retorciéndose en la agonía de una transformación milagrosa.

Forrix alejó a Kaesoron de su mente cuando otro de los constructos de piel lisa cargó hacia él. Conectó su puño con el suyo, ambos chocando con una descarga ardiente de energías polarizadas. Sintió la carga arder por su brazo, pero el fuerte blindaje y el aislamiento grueso de su servoarmadura mantuvo el peor del dolor a raya. Había dado el primer golpe, pero eso era todo lo que haría.

Forrix giró su otro brazo y disparó una corriente de proyectiles explosivos en su ingle. Vidrio y luz vomitaron de la herida, ya que las ojivas perforan a través de su cuerpo vitrificado. Este se apartó, pero Forrix no estaba dispuesto a dejarlo ir. Avanzó y conectó un puñetazo en la cabeza bulbosa. El eldar se tambaleó, y otra ráfaga de su combi-bólter arrancó la parte superior de su cráneo. Otro venía hacia él, pero una ráfaga de luz de las almenas del punto fuerte le golpeó en el pecho y le hizo estallar en una tormenta de vidrio fundido.

Otro de sus guerreros murió, con la cabeza aplastada por un golpe de uno de los gigantes de cristal. Su casco era una ruina aplastada, su cráneo una masa de hueso y pulpa sanguinolenta, pero el cuerpo se negaba a caer; se mantenía en posición vertical por el peso de su servoarmadura.

-¡Retírate a las puertas! -gritó el Nacido de la Piedra por el vox. -Estaré listo para cubrirte.

Una bola de fuego rugiente encendió el aire por encima de la batalla, y Forrix arriesgó a mirar hacia arriba cuando vio lo que parecía ser una enorme tubería o conducto de una colmena caer a través de la capa de niebla del combate. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba viendo la longitud arrancada del cañón de un titán. El cañón del arma se estrelló contra el suelo con fuerza sísmica y el

estallido ensordecedor de su estructura tuvo un eco estremecedor como el repique de la campana de la Eternidad de Olympia el día que la legión partió por primera vez de su esplendor montañoso.

Cuernos de guerra gritaron de dolor y las espigas eléctrica y los brillos de los escudos de vacío contrajeron las placas de la servoarmadura de Forrix.

-¡Sigue moviéndote, maldita sea! -gruñó Kaesoron, su estado de ánimo caprichoso ahora enfurecido.

-¡No necesito lecciones de ti, Kaesoron! –gritó Forrix, enfadado porque un guerrero de los Hijos del Emperador le recordó la regla fundamental de la guerra con una servoarmadura Cataphractii: el movimiento y el momento eran la clave. Sigue adelante y era poco lo que podía detenerte, pero pierde ese impulso y será casi imposible recuperar frente al fuego enemigo.

-No estoy de acuerdo -escupió Kaesoron, puñetazos por el medio de una construcción y dirigiéndose hacia la puerta cerrada del punto de apoyo. Forrix lo siguió, golpeando con sus puños y haciendo rugir su combi-bólter mientras él estampó hacia delante.

El último de sus soldados cayó, abrumado por los guerreros espectrales y su toque fantasmal letal. Sus gritos por el vox fueron silenciados en un instante, y Forrix maldijeron al fenicio de nuevo por traerlos a este lugar.

-¡Maldito seas, Kaesoron y maldito sea *Slaanesh*!

Tan pronto como el segundo nombre se derramó por sus labios su estómago se contrajo y su boca se llenó de bilis. Forrix combatió sin éxito una ola de náusea y un vómito agrio brotó por los dientes. Se concentró delante de él, estrangulador y acre, y los ácidos súper eficientes devoraron los sistemas de su casco. El humo se elevó de los mecanismos, picándole en los ojos.

Cegado, Forrix siguió moviéndose y barrió con su combi-bólter hasta agotar el último de sus proyectiles. Alzó la mano y se arrancó el casco. Los sonidos de la batalla subieron, el pleno auge de proyectiles sólidos de alta velocidad, el crujido de armas de energía eléctrica y los ladridos de fuego de armas pequeñas.

Algo enorme explotó cerca. No podía ver qué. El calor se apoderó de él y vio el punto fuerte silueteado por una nube de hongo imponente estriada con descargas eléctricas de plasma azul.

Una mano agarró el borde de su coraza y lo arrastró hacia adelante. Sus ojos seguían cegados, pero vio a Kaesoron arrastrándole a la pasarela. Cada Rhino se retiró lo suficiente para que pasaran a través y una ráfaga furiosa de bólters y puñados de granadas se lanzaron al exterior. Las detonaciones fueron apenas audible por encima del estruendo de las armas de guerra del titán por encima.

-Informe de situación -le preguntó al Nacido de la Piedra, escupiendo el último bocado cáustico de bilis. Los destellos de las boquillas de los cañones anillaban el interior del punto de apoyo mientras el ejército de espectros luchaba por entrar.

-Pinta mal -dijo Soltarn Vull Bronn. -Las fortificaciones en la muralla son sitiadas por todos los lados. Una mezcla de las criaturas estatuarias y estos... -asi no podía decidirse a decirlo. -Fantasmas.

-¿Alguna orden del primarca?

-Ninguna- dijo el Nacido de la Piedra.

Forrix asintió. -¿Qué pasa con Toramino?

-No sabe de ningunas hostilidades -dijo el Nacido de la Piedra. -Parece que la ciudadela está recibiendo toda la atención, Herrero de Guerra.

-Entonces podremos sobrevivir a esto todavía -dijo Forrix, desenganchando un transmisor vox del Rhino más cercano.

Perturabo se maldijo por haber quitado el ojo de su hermano, pero sabía que Fulgrim habría encontrado la manera de ejecutar su plan sin importar lo que hubiera hecho. Las criaturas que rezumaban de las torres creciendo cada vez más en número, apretando el anillo alrededor de la gran columna de luz emanando.

Sus Guerreros de Hierro se mantenía a su lado, junto a un pequeño grupo de Hijos del Emperador que estaban centinela en el inicio de la rampa que conducía al pozo. Por lo menos obtuvo respuesta a la pregunta de dónde había ido Fulgrim. Los seguidores mortales del fenicio, con sus envases voluminosos todavía atados a sus

espaldas, se situaron en el borde mismo del abismo, con sus rostros iluminados por la pasión del fanatismo. Reconoció los movimientos de la tartamudez de Eidolon y la gracia fluida del espadachín con la cicatriz en la cara, Lucius. Decenas de Hijos del Emperador los azotaron para colocarse, aunque no parecía haber ninguna necesidad de violencia pues los mortales eran muy felices en su tarea.

Perturabo no tuvo tiempo de preguntarse por sus acciones, y sacó *Rompeforjas* de su espalda, jadeando ante el repentino peso de la misma. Donde normalmente podría soportarla, con la facilidad que un hombre mortal podría levantar una daga, su peso ahora parecía ser exponencialmente mayor con cada momento que pasa.

-¿Mi señor? –dijo Barban Falk.

Perturabo sacudió su momento de debilidad y la colocó delante de él.

-Del hierro viene la fuerza -gritó.

-¡De la fuerza viene la voluntad! -respondieron sus guerreros.

-¡De la voluntad viene la fe!

-¡De la fe viene el honor!

Perturabo izó *Rompeforjas* sobre su hombro y se terminó la Letanía Irrompible mientras cargó contra el enemigo. -¡Del honor viene el hierro!

Cinco murieron con su primera golpe, seis en el siguiente. Con el Círculo de Hierro formado en torno a él, Perturabo era una fuerza de la naturaleza. Su martillo era el instrumento de la muerte y convertía al enemigo fragmentos rotos mientras tejía lazos alrededor de su cuerpo en círculos cada vez más amplios. Las armas montadas en su guantelete escupían y ardían de fuego, y recogieron una cosecha terrible de los eldar artificiales.

Los Guerreros de Hierro lucharon hombro con hombro, disciplinados e irrompibles. Sus bólter desatados rugieron con una ferocidad implacable, rompiendo los frágiles cuerpos de sus enemigos en casquetes relucientes. Falk dirigía el flanco izquierdo, Kroeger el derecho, y los dos flancos eran los muros de una fortaleza inexpugnable hecha de carne y hueso.

Berossus destrozó las creaciones eldar con cada golpe, su cañón convertido en una tormenta, aplastando con su martillo e imparable en su brutal cuerpo. Rayos de

fuego esmeralda impactaron en su ataúd y encendieron en sus costados blindados. Berossus había sido un poderoso guerrero en vida, pero como un Dreadnought había ascendido a otro nivel de ferocidad.

Cientos de criaturas eldar se estrellaron contra el baluarte de hierro, lanzándose de nuevo una y otra vez hasta que las cosas recién extruidas emergieron de las torres con una piedra de alma que brillaba intensamente en su corazón. Los Hijos del Emperador en el lado más alejado del eje estaban siendo atacados, y Perturabo vio que estaban protegiendo a los hombres y mujeres de pie tras ellos.

¿Qué era tan importante en, o poseían esos mortales?

El martillo de Perturabo pulverizó cabezas, su puño rompió extremidades, y su cifra de muertes aumentó exponencialmente. Falk y Kroeger lucharon sus batallas privadas, cada guerrero en su salsa mientras luchaban para mantener a las criaturas eldar lejos de su primarca.

Contra un número tan abrumador, Perturabo sabía que era una batalla perdida, pero ¿qué más podía hacer sino luchar?

Su padre genético siempre había dicho que un mal plan es mejor que ningún plan, y uno se empezó a formar en su mente mientras cargaba contra las creaciones artificiales eldar de nuevo. Las cosas nacidas desde las torres eran implacables, pero individualmente no eran rival para los Guerreros de Hierro. Bañado por la luz de la columna de luz, Perturabo vio que eran las cosas inconscientes, con cierta animación pero sin una directriz que no fuese atacar. Luchaban sin estrategia o un plan.

Su única misión era matar a estos intrusos, no importa cuántos de ellos fueran destruidos en el proceso. Perturabo y sus hombres podrían aguantar por un tiempo, pero los números absolutos eventualmente ganarían la partida por ellos. Incluso Perturabo no podía luchar contra tantos y sobrevivir, pero se dio cuenta de que todavía podría tener una oportunidad de salvar algo de esta debacle.

Dio un paso atrás de las líneas de combate y, junto con el Círculo de Hierro, marchó de nuevo al borde del pozo abisal en el fondo de la cámara. Los Hijos del Emperador en la rampa levantaron sus armas, pero Perturabo negó con la cabeza.

-Matadlos a todos -dijo.

Los guerreros robóticos del Círculo de Hierro abrieron fuego, cañones pesados y armas de plasma volando a todos menos uno de los Hijos del Emperador de los pies. Los cuerpos destrozados fueron desintegrados por la cortina de luz como atrapados en los rápidos de un río de corriente rápida. Perturabo vio sus cuerpos guiñar a la existencia, al tiempo que fueron arrojados a la oscuridad por encima.

Perturabo disparó al último guerrero con una ráfaga precisa de su arma montada en el guantelete. No sentía pesar por matar al legionario. Había tomado su elección al oponerse a Perturabo y eso era una sentencia de muerte, sin importar a que legión debía su lealtad. Caminó hasta el borde del pozo, sintiendo el poder casi irresistible de la luz esmeralda que subía por el aire hacia la singularidad arriba. El resto de los seguidores de Fulgrim miraron a Perturabo con odio no disimulado, desvanecida la necesidad de las máscaras de hermandad ahora que el engaño definitivo de su amo estaba en vigor.

A continuación, una rampa en espiral hacia abajo apuntaba un punto de indeterminado, y Perturabo casi podía creer que le llevaría hasta el centro del mundo. Nada más concebir la idea, sabía que era verdad. Ahí era *exactamente* donde esta lo llevaría. Hasta el corazón de un planeta artificial, donde el oscuro secreto de deseo de Fulgrim había sido escondido desde una época anterior a la memoria mortal.

Perturabo vio acercarse a Barban Falk, sabiendo lo que iba a decir antes de oir las palabras sobre el vox.

-Guarda tu aliento, hijo mío -dijo. A donde yo voy, no puedes seguirme.

Perturabo penetró en la luz, sintiendo su poder furioso tirando de su armadura, tratando de arrancarlo de la tierra. Esta no era fuerza física, sino la inmutable voluntad de las vidas que componían esta luz, pues ahora entendía que no se trataba de energía elemental o una fuerza motriz generada mecánicamente, sino la esencia destilada de todos los que habían muerto allí.

Y que todavía permanecía encarcelados dentro de las piedras preciosas brillantes.

Este no era un mundo abandonado, era un depósito de no-muertos. Un limbo para las almas cuyos cuerpos ya no existían, pero cuyo espíritu soportaban una existencia crepuscular incorpórea.

No podía pensar en ningún destino más cruel que ser consignado a tal vacío.

Perturabo descendió al corazón de su mundo.

Los cañones del Stor-bezashk apuntaban a estelas de verde fantasmal, como si una tormenta se concentrara en los cielos bajo la lucha. Toramino observó a sus maestros artilleros y sus tripulaciones acarreando ojivas de marcos hundidos, trabajando con precisión mecánica para preparar sus armas para abrir fuego.

Forrix había soltado su demanda de una misión de fuego protector final sobre el vox con una prisa imparable; un corredor de bombardeos vinculando el punto fuerte en el sepulcro y los muros de la ciudadela. Una zona clara sería establecida entre las dos fortalezas para cuando llegara el momento de retirarse de nuevo a la zona de aterrizaje. Toramino recordó que el enlace vox había sido distorsionado por la estática, mezclada con el lamento sin fin del viento, haciendo así las palabras del triarca abiertas a una interpretación errónea intencional.

Un trágico error de comunicaciones, pero familiar para cualquier guerrero en el campo de batalla.

Se desplazó a través de la representación topográfica de la ciudadela, sus bloques de edificios recogidos, la ubicación de los puntos fuertes de los Guerreros de Hierro marcados en azul. Los puntos de impacto y las zonas de efecto eran puntos rojos que se expandieron en círculos de naranja, luego amarillo y finalmente verde.

Rojo y azul se superponían en la fortificación ocupada por Forrix y Nacido de la Piedra. Toramino no tenía nada en particular contra Soltarn Vull Bronn, y su pérdida sería robar a la legión cierta perspicacia, pero era un precio que Toramino estaba más que dispuesto a pagar. Con dicha información de objetivos precisa, los maestros artilleros del Stor-bezashk no necesitarían corrección de tiro u observadores. Toramino estaba al borde de las murallas, con vistas sobre el contorno humeante de la ciudadela. La bruma verde brillante que había visto en el horizonte antes había huido de la zona de aterrizaje, para su alivio, dejando las contramedidas intactas. La nube ondulante de formas arremolinadas y formas medio vislumbradas habían cargado con furia imparable hacia las fortificaciones

alrededor de la muralla de la ciudadela, donde columnas de humo y columnas de fuego esporádicas dieron fe de la ferocidad de los combates en su interior.

El icono de la última disposición parpadeó verde en la placa de datos y Toramino se volvió hacia la multitud de cañones levantados hacia el cielo. Estas eran sus armas, sus guerreros. El Stor-bezashk respondía a él y sólo a él. Pronto sería la guardia de honor de un triarca, y con ese pensamiento predominante en su mente, apretó el icono rojo parpadeante en su pizarra.

-Fuego a discreción -dijo.

VEINTITRÉS

Las Voces de los Muertos

La Gloria de los Caídos

El Cosechador

La luz envolvió a Perturabo y sintió los millones de espíritus enredados en sus densas longitudes de onda y espectros. Al menos Fulgrim no había mentido en una cosa: una civilización había terminado aquí, aunque esto no era más que una fracción de las vidas que se habían perdido en esa calamitosa caída en desgracia. Él no sabía ni le importaba lo que había pasado con los eldar. Su condena era de una edad más temprana, sus causas inmateriales a él.

Que fueran decayendo a su eventual extinción era suficiente.

Los muertos de Iydris todavía estaban aquí y sus espíritus, a pesar de que no le gustaba las connotaciones sobrenaturales de esa palabra, estaban tejidos en la sustancia de luz rugiendo de cualesquiera que hubiera en la parte inferior de este eje. El horror de la muerte estaba allí también, y Perturabo sintió un hambre desesperado por imprimir su historia sobre él. Se resistió, porque tenía otros asuntos apremiando, pero cuanto más descendía en la rampa circular, más difícil le resultaba. Cada uno de sus pasos resonaba con ecos que se prolongaron mucho más

tiempo y resonaron con mucha más profundidad que la que tenían derecho a, como si transitara por caminos que nunca se podrían mapear.

Aunque superficialmente evidente en su curso, Perturabo entendió que transitaba una ruta no apta para los seres humanos, una donde cada paso hacia abajo no guardaba relación con la distancia en el mundo de arriba. Diamantes brillantes chispeaban en la pasarela, deslizándose lejos de sus pasos como diminutos arácnidos cristalinos. La pared junto a él era completamente lisa, sin rasgos extraíbles de la base sobre la que se encontraba, aunque Perturabo vio indicios de formas fantasmales nadando en su sustancia. Llegaron a él, pero sus esencias estaban atrapados dentro de su prisión de cristal y no podían escapar.

Todos los sonidos de la lucha de arriba habían cesaron, tragados por el rugido de la luz y el murmullo de miles de millones de voces que clamaban ser escuchadas. A pesar de que cerró sus pensamientos a su tacto, no podía cerrarlos por completo. Su mente estaba forma a partir de la estructura genética del Emperador, con las percepciones y sensibilidades más allá de la comprensión de las mentes inferiores.

Los muertos de Iydris podían sentir eso y le gritaron con todas sus fuerzas.

Atrapados en el corazón del Ojo del Terror, con sólo sus compañeros de almas condenadas a su alrededor, la oportunidad de conversar con una mente capaz de escuchar no podía perderse. Los muertos de un mundo entero le gritaron sus cuentos a él, una algarabía de gritos de sonido impenetrable. Sin embargo, en la muerte como en la vida, algunas voces eran más fuertes que otros, y Perturabo percibió fragmentos de sus vidas.

Hablaron de sus amores, sus sueños y sus esperanzas. De su pérdida, su dolorosa soledad, la esperanza cada vez menor de que sus parientes volvieran a por ellos y el temor de lo que pulsa en las fronteras siempre decrecientes de su mundo condenado.

Pero sobre todo hablaron de los deseos no naturales que los habían conducido más y más en la indulgencia hedonista, las pasiones desenfrenadas y bajas sin hacer caso a la locura que les había deshecho. Toda una vida de dolor presionó a Perturabo, pero luchó contra sus lamentos sentimentales.

-Vosotros escogisteis vuestro camino a la destrucción -gruñó. -Cada uno de ustedes trajo sus muertes sobre sí mismos y no tengo ninguna compasión por vosotros. Tenéis lo que os merecéis.

Solamente cuando las voces de los muertos mantuvieron su presión sobre él, diciéndole por qué el horror de sus vidas se habían producido y la vía por la que su condena se había desarrollado, Perturabo llegó a comprender que no buscaban su piedad. Les era indiferente su comprensión y su juicio.

El mundo de las voces muertas no buscaba se bendición.

Le advertían.

Ten cuidado con aquella que tiene sed...

Abajo, siempre hacia abajo.

Una espiral sin fin hacia un punto de luz que creció sin brillo, no importa lo lejos que descendió o lo rápido que se dirigió. Empezó a dudar de la sabiduría de su rumbo, pero Perturabo nunca había renunciado a nada una vez que había empezado, y esta vez no sería diferente. Se preguntó cómo Fulgrim pudo haber llegado tan lejos por delante de él, pero pensó que el tiempo y la distancia tenían poco sentido en este lugar.

Encontraría a Fulgrim y lo mataría.

Ese simple hecho envalentonó a Perturabo mientras las voces de los muertos se hicieron cada vez más insistentes. Avanzó, esforzándose en una especie de estado de fuga para mantener sus pensamientos suyos. Sus miembros se movían mecánicamente, un pie delante del otro, siempre hacia abajo. Más y más profundo.

La parte alta del pozo pronto lo perdió de vista en la niebla de luz de omnipresente, pero lo que había en la parte inferior estaba cada vez más cerca. Volvió a pensar en los acantilados de Lochos, recordando una sensación similar al subir hacia el futuro desconocido en la parte superior. Pero había llegado a la cima de ese acantilado, justo como iba a llegar al fondo de este eje.

Se preguntó si haría el mismo ascenso de nuevo, sabiendo lo que sabía ahora, que sólo la traición, la amargura y el dolor se presentaban por encima de él.

¿No podría haber sido mejor dejar de lado del acantilado y sumergirse a su muerte? ¿No hubiera sido más fácil dejar que su cerebro se dispersara en las rocas por debajo? Ser librado de los fríos y tristes años de la edad adulta, sin amigos y palabras amables. Humillado por tutores cuyas enseñanzas dominó y superó en cuestión de días, y la desconfianza de un padre sustituto que lo maldijo el día en que dejó su lado para unirse a su padre genético en las estrellas.

Más fácil, sí, pero lo fácil nunca había sido el camino de Perturabo.

Largo y duro es el camino que conduce por infierno y hasta la luz.

Los últimos fragmentos restantes de un libro proscrito que había encontrado su camino en la biblioteca personal de Perturabo, más cierto de lo que incluso el escritor perdido nunca podría haber sabido.

Y desde Olympia, ¿entonces qué?

Más de un siglo de guerra, donde sus hijos habían roto la espalda a un sinnúmero de mundos, derribando las fortalezas de tiranos de sistemas y xenos dominadores. Campaña tras campaña, batalla tras batalla, cada una más agotadora que la anterior, cada esperanza de una guerra de movimiento o una guerra de formaciones discontinuas en marcha cruelmente arrebatadas por órdenes de ir a los sistemas resistentes donde su conocimiento la ciencia de los asedios no tenía parangón.

-Perturabo lanza hombres a las paredes –había dicho Dorn una vez de él. –Como si los Araakites siquiera pensaran que una pared les salvarían de nuestros legionarios y no hubiera otra manera.

Las palabras habían sido dichas en broma, humor sombrío como consecuencia de una guerra costosa de sometimiento en la Espiral Araaki, dando a entender la adversidad compartida, pero Perturabo no había visto a ninguno de los guerreros dorados de Rogal Dorn hasta el cuello en el barro y mierda las trincheras. Los Araakites conocían su oficio, y cada fortaleza fue excavada en profundidad en torno a los estrechos desfiladeros, cumbres remotas y los obstáculos naturales en el paisaje. La roca del sistema era amarga, hostil y los guerreros enemigos no lo eran menos; tomó muchos años a la IV legión recuperar su antigua fuerza.

Grandes obras de arte y endecasílabos fueron compuestas en la estela de la victoria, celebrando la valentía de los Puños Imperiales, los Ángeles Oscuros y los

Cicatrices Blancas, pero en ninguna parte de las resmas de poesía o ilustraciones aparecieron los trabajos sombríos de los Guerreros de Hierro, como juzgados indignos de nota. Sólo en una predela de un trabajo más grande de Kelan Roget tenían a un guerrero de la IV legión visible, un apotecario solitario quitando la semilla genética de un legionario moribundo mientras la bandera de los Puños ondeaba sobre una fortaleza capturada.

La Gloria de los Caídos había sido llamada, y Perturabo había buscado al artista para que pudiera adquirir la pieza por sí mismo. Roget se había emocionado a su interés, pero su alegría se había vuelto consternación cuando Perturabo le acercó la antorcha.

-"Si mis hijos no deben ser honrados adecuadamente, entonces no formarán parte de un registro que glorifica a otro" –dijo Perturabo al artista horrorizado mientras las llamas consumían la pintura.

Perturabo escuchó después que Dorn había ofrecido una comisión rica para el artista por repintar la predela, pero Roget había declinado. Al menos un mortal lo entendía. No había pensado en ese momento en décadas, y sabía que las voces de los muertos estaban empujando sus pensamientos a los días pasados, lo que le obligó a volver a vivir su propio camino si él no quería escuchar los suyos.

-Ningún hombre puede devolver su pasado -dijo a la luz. -Así que no voy a desperdiciar ni aliento ni pensamiento en ello.

El descenso nunca acababa, o al menos eso parecía hasta que terminó.

Perturabo apartó a los muertos, haciendo caso a sus advertencias y, al mismo tiempo ignorante de sus enseñanzas. Los cuentos severos de sus errores y locuras no le interesaba y sólo esa frase curiosa, *Cuidado aquella que tiene sed*, se había insertado en su mente como una astilla enterrada.

Nunca había oído hablar de tal ser, ni podía divinizar a alguien que pudiera encajar en esa descripción. Las mujeres habían sido pocas en número dentro de flotas expedicionarias de la legión, y prácticamente inexistente desde que había purgado a los rememoradores de sus naves. Cualquier mujer digna de ese título, sin duda, hubiera sido conocida por él.

El final de la pasarela cogió por sorpresa a Perturabo, dando pasos vacilantes al darse cuenta de que había llegado a la parte inferior del eje. Levantó la vista, cohesionando la vaga diáspora de sus pensamientos a su propósito singular en tomar este camino hacia abajo. Descolgó *Rompeforjas* de su espalda, y no se sorprendió al descubrir que la geometría física de donde había llegado no guardaba relación con la ruta que había tomado para llegar a él.

Permanecía en el origen de un puente delgado que se arqueaba hacia el centro de una cámara esférica de increíbles proporciones que desafiaba la cordura. Los cimientos del puente estaban anclados en el ecuador, y una veintena de otros puentes terminaban en donde una bola hirviente de luz jade numinoso brillaba como un sol en miniatura. Sus dimensiones eran imposibles de adivinar, pues la cámara en sí estaba más allá de lo que había soñado.

Iydris, supuso, era un mundo hueco, su núcleo este vacío colosal con el sol increíblemente luminoso en el corazón. Las sombras de los puentes bailaban en la cara interior del vacío, en el que estaba establecidas innumerables piedras preciosas como las que guardaban la superficie. Este era el origen de la luz y de las voces que lo habían atormentado en su descendencia con sus problemas tediosos.

Las paredes curvas eran de una pierda ahumada, veteada de fuego, en tonos verdes por el sol fijo. Las gemas que yacían en las caras internas de este reino esférico formaban un firmamento de estrellas, miles de millones de puntos de luz que lo rodeaban por encima y por debajo. Perturabo dio un paso hacia fuera sobre el puente, mirando más allá de sus bordes con las piedras brillantes en la oscuridad, como las criaturas bioluminiscentes de las profundidades del océano emergiendo lentamente a la superficie. Su paso vaciló cuando un sentido hasta ahora desconocido de vértigo se apoderó de él. Le tomó un momento recuperar el equilibrio, frenando su respiración y dejando que su sentido de la geometría espacial se recalibrara ante la inmensidad del espacio en el que se encontraba. Perturabo salió al puente, de no más de un metro de ancho y no más grueso que un tratado insustancial. Al igual que los otros alrededor de la cámara, estaba inclinado en un arco suave hacia arriba, una curva correspondiente a los bordes exteriores de la proporción áurea.

Al igual que el camino que le había llevado hasta allí, sus pasos cubrieron la distancia sin tener en cuenta las leyes físicas del universo, y la enormidad del sol verde se hizo evidente al acercarse el centro exacto de Iydris. Perturabo mantuvo la mirada fija hacia adelante, viendo una silueta ondulante contra la incandescencia por delante de él.

Fulgrim estaba sobre una plataforma elíptica en el extremo del puente, dejándose acariciar por el resplandor del sol. Perturabo omitió intento de suavizar su postura, sabiendo que Fulgrim ya estaría al tanto de su aproximación.

-¿Por esto es lo que has venido aquí? -dijo Perturabo. -¿Este es el Angel Exterminatus?

Fulgrim se volvió y su sonrisa de bienvenida fue tan absolutamente genuina que Perturabo se entretuvo brevemente con la idea de que tal vez se había equivocado al pensar que había sido traicionado.

-No, esto no es nada -Fulgrim sonrió, sacudiendo la cabeza. -Nigromancia xenos, nada más.

-¿Así que nunca hubo armas?

-No tal y como tu intelecto atrofiado lo entendería, no.

-¿Y el Angel Exterminatus? No existe tampoco, ¿verdad?

-Todavía no, hermano -dijo Fulgrim. -Pero con tu ayuda, pronto lo hará.

Fulgrim se rio de su expresión divertida, cruel, incluso en la victoria. -Incluso después de las advertencias gimoteantes de los eldar, todavía no lo entiendes.

-Entonces ilumíname -dijo Perturabo, levantando el martillo sobre su hombro.

-Soy yo -dijo Fulgrim. -*Yo* seré el Angel Exterminatus.

El punto fuerte era una isla de hierro en medio de un océano de fantasmas verdes y sus homólogos de vidrio con extremidades. Pese a que sus cuerpos eran insustanciales, alguna esencia inmutable de la vida que una vez vivieron o alguna cualidad desconocida de las defensas de los Guerreros de Hierro les impedían pasar simplemente a través de la materia sólida de la fortaleza modular.

El alambre de espino arrancaba materia neblinosa de sus cuerpos y el trauma físico los destruía con tanta seguridad como a un enemigo vivo. Ellos no podían penetrar las paredes por su cuenta, pero las explosiones de energía de las estatuas podrían hacerlas pedazos y permitir a los espectros penetrar. Sus formas ingrávidas podrían subir el hierro remachado de las paredes y asaltar las murallas, y sus manos podrían romper el corazón de un guerrero, incluso a través de la protección de la servoarmadura.

Forrix estrelló su puño en la cabeza bulbosa de vidrio de una figura alta a medida que pasó por encima de la ruina fundida de un Rhino destruido que formaba parte de la pared del este. Una ráfaga de fuego combi - bólter golpeó por la parte trasera de su cabeza. Dio un paso atrás sobre los restos destrozados de tres de sus hermanos, dejando que otros Guerreros de Hierro de armadura de poder tomaran su lugar.

Sus armas segaron a los espectros reunidos en un intento de abrirse paso por la brecha.

-Nacido de la Piedra -transmitió, moviéndose para a estar en la sombra de *Tormentor* en su pedestal central elevado. -Brecha del este contenida.

El Shadowsword se limitaba a ser una plataforma de armas estática mientras el asalto del ejército fantasma continuó. El punto fuerte tendría que ser desmantelado antes de que pudiera salir, pero con sus numerosos cañones machacando el ataque eldar, había poca necesidad de exponerle a corta distancia de la atención del enemigo.

-Se acercan algunas de esas construcciones próximas a la puerta -respondió Vull Bronn. -Los grandes.

El Nacido de la Piedra escaló hasta la escotilla superior de *Tormentor*, manejando su cañón rotativo con ráfagas constantes y dirigiendo el fuego y el despliegue de los guerreros en las murallas.

-Vamos, Toramino -gruñó Forrix. -¡Haz que tus Stor-bezashk empiecen a hablar!

Ensordecedores toques de cuernos de guerra y el golpe de las extremidades de vidrio pesado hicieron eco en las paredes de la ciudadela mientras los motores de Mortis y los titanes eldar luchaban en algún lugar cercano. Fragmentos de vox de

legionarios cercanos sugirieron a Forrix que sólo *Mortis Vult* todavía estaba en la pelea, pero él no esperaba ninguna ayuda del Reaver a menos que de alguna manera fuera capaz de destruir ambas máquinas fantasmas eldar.

En cada una de las cuatro paredes del punto fuerte, guerreros de hierro bruñido, oro y azabache lucharon contra los muertos de Iydris con implacable precisión maquinaria. Cada guerrero sabía su papel en la batalla, y con todos ellos trabajando como uno solo su defensa era inquebrantable. Sus bólter estaban disparando hacia abajo en la plaza de voleas consecutivas. Cuando un guerrero agotaba su cargador, este daría un paso atrás de la línea de fuego para recargar mientras sus hermanos cerrarían filas.

Por ahora, Forrix y un destacamento de fuerza equivalente a una compañía actuaban como reserva móvil, cerrando las brechas. A pesar de que era todo lo que quedaba del contingente de Exterminadores de este destacamento, un guerrero tan equipado era un multiplicador de fuerza que no debía tomarse a la ligera. Hasta ahora, él y sus hombres habían sellado cinco brechas y prevenido el doble de asaltos a la línea.

Viendo la fortaleza indomable de sus hermanos en las murallas, a Forrix le recordó a los autómatas del Señor del Hierro construidos en los primeros años de la Cruzada. Se acordó de un león de oro que debía ser presentado al maestro de los Ángeles Oscuros, pero que nunca se había terminado, un caballo de bronce que había sido diseñado para una gran pieza central en Nikaea y nunca utilizado y un reloj celeste que Guilliman había montado en la torre más alta de su Templo de la Corrección de Macragge.

Los Guerreros de Hierro hicieron de la guerra una cosa de belleza, una ciencia que era tan mágica como cualquier cuento espeluznante de coraje con sangre y heroísmo contado del gusto de la *Vlka Fenryka* o los corredores de Chogoris.

Lanzas de neón se agitaban alrededor de la fortaleza, maltratando y perforando su estructura a través de los puntos ya debilitados. Mecanismos de reducción de daños de los vehículos lucharon para reparar los impactos, pero los componentes integrados para lograr la completa funcionalidad se habían agotado desde hace mucho tiempo. En las caras interiores de la plaza fuerte se amontonaban los

legionarios muertos, sus cuerpos atravesados limpiamente por las armas de plasma del enemigo o desgarrado por las garras etéreas.

Sí, los Guerreros de Hierro estaban peleando como una máquina bien engrasada, pero sus componentes estaban desgastados. Al ritmo actual de agotamiento, el último proyectil sería disparado desde un bólter en los próximos tres minutos.

Forrix avanzaba pesadamente hacia la puerta de entrada de Rhinos cuando una explosión de energía azul caliente perforó del compartimiento de la tripulación de uno. El metal explotó hacia afuera, lanzando gotitas fundidas de adamantium y residuos de plasma al suelo. Los dos Rhinos rugieron y se sacudieron de nuevo bajo un tremendo impacto. Otro golpe y los vehículos afectados retrocedieron por la fuerza, como si hubieran sido golpeados por una bola de demolición de un titán de asedio.

El tanque arrastrado se dio la vuelta como si bailase en hielo, dirigiéndose directamente hacia él.

Forrix le apuntó con su hombro y se inclinó para prepararse contra el impacto.

El rinoceronte se estrelló contra él, su impulso casi imparable.

Casi.

La servoarmadura de Exterminador convertía a un guerrero en un tanque portátil, y cebado con el hierro frío de Forrix, el rinoceronte iba a salir malparado. El vehículo se dobló, deteniéndose en seco y Forrix lo empujó de la misma forma en que había llegado. Dos de las construcciones eldar, cada una el doble de alto que un legionario, penetraron a través de la puerta, sus miembros ardiendo con fuego esmeralda.

Uno se tambaleó cuando el Rhino se estrelló contra él. El peso del vehículo le rompió las piernas y se hundió bajo el Rhino. Forrix cargó contra la otra, su andar pesado pero inexorable. La construcción lo vio venir y apuntó su brazo a él, una rama delgada que termina en un arma de cañón largo cuan lanza.

Forrix no podía esperar evitar la explosión y se armó de valor para soportar el impacto.

Corrientes pulsantes de energía se estrelló contra él y Forrix gritó de dolor cuando el peto de su armadura fue destrozado por las explosiones en racimo. Calor fiero le envolvió el pecho y de no ser por la rigidez de su servoarmadura habría caído. La resaca de calor abrasador del arma se desvaneció su carenado vulcanizado y arrastró el aire de sus pulmones.

Forrix jadeó en busca de aire, sabiendo que no podría sobrevivir a otra explosión.

La punta del arma del constructo se encendido para disparar de nuevo, pero antes de que lo mataran, una estela blanca brilló por encima de Forrix y lo golpeó en el centro de su cabeza alargada. El Misil asesino de *Tormentor* detonó con un trueno y la construcción fue disuelta en un abrir y cerrar de ojos, truncando su grito de muerte.

Forrix volvió la cabeza y vio al Nacido de la Piedra con el hombro inclinado en el tubo de lanzamiento auxiliar en la torreta de *Tormentor*.

-Buen disparo, Nacido de la Piedra -dijo Forrix, apuntando sobre el hombro de Vull Bronn cuando una sombra imponente envolvió el punto fuerte. -Pero hay un objetivo mejor para ti.

Emergiendo de los vórtices térmicos sin escrúpulos y remolinos de humo en el lado norte de la plaza fuerte estaba el último titán eldar. Su caparazón superior sangraba luz del daño que había recibido, y una columna de ala rota colgada en su hombro. Caminaba cojeando por una herida que brotaba la luz en su pierna, y estaba sin duda en el borde de la disolución. Ambos motores Mortis debían haber sido derribados, pero habían dado claramente una buena cuenta de sí mismos. El brazo restante de la máquina imponente era una variante monstruosamente grande del arma que casi había matado a Forrix un momento antes, y sabía que le borraría con un disparo de la faz del planeta.

El Nacido de la Piedra cayó en el *Tormentor* y la enorme torreta de inmediato comenzó a moverse alrededor de servos potentes. El cañón del arma principal se elevó, un cañón volcano de tipo Phaeton. Un asesino de titanes.

Forrix no se movió. No le vio mucho sentido.

Quien disparara primero mataría al otro; la brutal aritmética de la guerra en su forma más simple.

Antes de que el Titán o el Shadowsword pudieran disparar, Forrix oyó el inconfundible sonido de la artillería cayendo. Se dio la vuelta y vio líneas arqueadas de fuego de artillería masiva a través de los tramos inferiores de la atmósfera antes de perder la estela y precipitarse a tierra.

-Ya era hora, maldito Toramino -dijo.

-¿Tú eres el Angel Exterminatus? –dijo Perturabo, sin saber si reír al auto-engrandecimiento de su hermano o avivando su furia con la arrogancia de la misma. -Siempre has tenido un apetito por el narcisismo rampante, pero este es el engaño más grandioso hecho por ti.

Fulgrim abrió los brazos y dejó que la tempestad hirviente de la creciente ola de luz meciera su capa tras él. La luz del sol verde aureolaba su cabeza y dibujaba su cuerpo en el resplandor enfermizo.

-No espero que lo entiendas, hermano -dijo Fulgrim, y Perturabo necesitó un momento para darse cuenta de que su hermano ya no estaba de pie en el suelo, sino poco a poco llegando a flotar por encima de ella. –Para ser el devoto de un hombre de imaginación inventiva y curiosidad insaciable muerto mucho tiempo ha, me imagino que habrías sido un mal alumno. Te falta visión, querido hermano, siempre has carecido. Pero ¿qué podemos esperar de alguien que se ensucia en la tierra? ¿Con tu nariz siempre pegada al barro, ¿qué posibilidades tenías de comprender los horizontes entusiastas a nuestro alcance?

Perturabo se movió hacia Fulgrim, pero no había tomado más que un paso cuando su hermano pronunció una sola palabra. Sus sílabas de pesadilla desgarraron el cerebro de Perturabo como un punzón de púas conducido a través de la oreja y en el corazón de su cráneo. Se tambaleó, cayendo sobre una rodilla mientras su sistema nervioso gritó de dolor.

Se puso de nuevo en pie, apretando los dientes por el crujir de sus huesos y el crujido de cada tendón, amenazando con romperse.

-Impresionante, hermano -dijo Fulgrim con sorpresa. -Son pocos los que pueden resistir el verdadero nombre del Príncipe del Placer.

Las palabras de Fulgrim no tenían sentido, pero Perturabo no necesitó entender a su hermano para matarlo. Siguió pese al dolor, cada paso una batalla que no estaba seguro de poder ganar. El cansancio que lo había mantenido dolorido y esporádicamente débil volvió a apuñalarlo, drenándole la fuerza. *Rompeforjas* ahora se sentía como un peso muerto sobre su hombro y tuvo que luchar por cada respiración, sus pulmones aplastados dentro de su pecho.

-Tú eres fuerte, Perturabo, el más poderoso de todos, tal vez -dijo Fulgrim con verdadera admiración en su voz. -Sospecho que es por eso que la piedra *maugetar* necesitó tanto tiempo para drenar suficiente de tu fuerza. "

-¿El... cosechador? -dijo Perturabo, sintiendo su comprensión de la lengua eldar marchitarse y oxidarse.

-Mi regalo para ti -dijo Fulgrim, apuntando con un dedo delgado en el pecho de Perturabo, donde la piedra preciosa de oro en el centro del pasador de calavera tallada ahora palpitaba con su propio latido del corazón interno. -Tu conocimiento de los laberintos no fue la única razón por la que tenías que ser tú.

-¿Por qué tenía que ser yo? -siseó Perturabo, sabiendo que la necesidad de su hermano por inflar su ego le compraría algún tiempo.

-Un sacrificio es sólo un sacrificio si lo que se ofrece es muy valorado -dijo Fulgrim. -Y tu fortaleza se valora *mucho*. Por mí y el Señor de la Guerra. Horus se enfadará, por supuesto, pero cuando vea lo que yo he hecho, se dará cuenta del valor de tu muerte.

-¿Tienes la intención de matarme?

Fulgrim le dio una sonrisa lastimera falsa. -Esa *es* la razón del sacrificio.

-¿Por qué? ¿Qué piensas ganar con ello?

-Ah -dijo Fulgrim, levantando sus brazos hasta que fueron extendidos al paisaje estelar de las piedras preciosas incrustadas. -¿Recuerdas que te dije que muchos secretos se habían revelado a mí?

Perturabo asintió con la cabeza, luchando por superar el letargo envolviendo sus miembros como pesos aplastantes de plomo. La sonrisa de Fulgrim amenazó con partirle la cara, maniática y con hambre.

-Te dije que iba a compartir esos secretos contigo un día y que nos acercaría más que nunca. Hoy es ese día -dijo el fenicio y Perturabo cayó de rodillas, cuando las sacudidas de dolor se apoderaron de su cuerpo. Sentía como si su corazón hubiera sido traspasado por la lanza de un cirujano que poco a poco le drenara su esencia vital.

-No soy la misma persona que conocías, hermano -dijo Fulgrim flotando alrededor de él. -Incluso antes de Isstvan estaba cambiando, aunque yo no lo sabía. Comenzó en Laeran, pero supongo que eso no es importante para ti. La raza que llamó así a esa roca llena océanos casa me susurraron con memorias de especies inventadas desde su más tierna prehistoria, pero yo estaba equivocado, hermano. Sus dioses eran reales. Muy reales.

-¿Dioses?

Fulgrim desechó las asociaciones peyorativas. -Las entidades tan poderosas que pueden ser llamadas dioses. Son a la humanidad como nosotros a los microbios: Imponentes e inmortales, magníficos y todopoderosos.

-Un microbio aún puede matar en cantidades lo suficientemente grandes -señaló Perturabo, pero Fulgrim no le hizo caso.

-Estas entidades habitan en las profundidades turbias de la disformidad y a cambio de poder más allá de la imaginación todo lo que exigen es devoción. Uno de ellos anhelaba mi cuerpo y, por un tiempo, lo reclamó como propio para causar un gran daño en mi nombre.

Los rasgos de Fulgrim se retorcieron de disgusto, como si el argumento hiciera estragos en su carne todo el camino hasta el nivel celular.

-Cuando esta criatura se apoderó de mí, yo también aprendí de ella y descubrí cómo combatirle. Luchamos por el dominio de mi carne, y, finalmente, llegamos a una especie de *compromiso*...

Perturabo oyó el desprecio en esa última palabra, a sabiendas de que todo tipo de medidas a medias eran un anatema para el fenicio.

-Recuperé el control de mi cuerpo, pero el toque de una criatura del Caos es una herida que nunca sana, un estigma que siempre sangra. Sin su presencia nunca podría llegar a los máximos exponentes de perfección. No importaba lo que hiciera, una parte de mí siempre se quedaba... *esperando*. Era un recipiente que nunca podría ser llenado, una picazón nunca rascada, un hambre nunca satisfecha. Así que decidí llegar a ser como él. Y aquí estamos.

-¿Y dónde es eso?

-Aquí -dijo Fulgrim, apretando los puños y dibujando sus brazos hacia el pecho.

Perturabo escuchó un millón de grietas de lo que sonaba como huesos rompiéndose, y las luces brillantes por encima de él *cambiaron*. Pareció como si las paredes muy distantes de la cámara se movieran, y momentos después vio por qué.

Al principio era como una niebla que acercándose, como el movimiento vagamente percibido de las espirales exteriores de la galaxia, pero luego Perturabo vio que era algo infinitamente peor. Cada piedra preciosa única que se había insertado dentro de las paredes se precipitaba hacia el resplandeciente sol verde en la espalda de Fulgrim.

Las piedras brillantes viajaron hacia ellos como balas, pero en el instante antes del impacto, Fulgrim extendió sus manos y cesaron su movimiento hacia adelante, formando una esfera de joyas brillantes alrededor del sol. Sólo la parte superior de la esfera se mantuvo abierta, a través del cual Perturabo sólo veía oscuridad.

¿Era sólo su vista fallando o la luz del sol disminuía? Como una estrella que había agotado sus reservas internas de combustible, la estrella verde se precipitó a su perdición. Su superficie rugió mientras luchó por existir, pero era una pelea que Perturabo podía ver que estaba destinado a perder.

Deslizó *Rompeforjas* de su hombro y con la cabeza apoyada en el suelo, se puso vertical una vez más.

-De rodillas o de pie, no supondrá ninguna diferencia a lo que va a suceder -dijo Fulgrim.

-Es importante para mí -dijo Perturabo, aunque el esfuerzo de hablar fue casi demasiado para él. -Si voy a morir, lo haré de pie.

-Te voy a echar de menos, hermano -dijo Fulgrim, agachándose para coger la piedra de oro del cráneo de plata en el pecho de Perturabo. Lo colocó dentro de una cavidad trabajada en el águila sobre su propia coraza y suspiró, como un esclavo cuando experimenta el gozo de la aguja de narcóticos.

-Oh, sí -dijo Fulgrim cuando los primeros hilos tenues de negro surcaron la piedra. -Sí, no podía ser otro que tú.

Fulgrim se acercó para abrazarlo, con una sonrisa soñadora en los labios.

Perturabo se sintió enfermo ante el toque de Fulgrim, pero apenas tenía fuerzas para respirar, y mucho menos alejarlo. Fulgrim le besó ambas mejillas y levantó su mirada con una expresión extasiada en su rostro.

Una lluvia brillante de cristal roto estaba cayendo en la esfera, fragmentos de cristal arrancados de la base de otro mundo y dejados caer en la parte alta del pozo sin fondo. Esto era lo que los seguidores mortales de Fulgrim habían portado hasta el sepulcro a sus espaldas.

-Y él edificará una ciudad gloriosa de espejos -dijo Fulgrim, derramando radiantes lágrimas de sus ojos. -Será una ciudad de espejismos, a la vez sólida y líquida, aire y piedra.

Perturabo no pudo hablar cuando Fulgrim le apretó contra su pecho una vez más.

-Ven, hermano -dijo el fenicio. -¡Ascendamos!

Y, diciendo esto, Fulgrim y Perturabo volaron de regreso a la superficie como estrellas fugaces entrelazadas, con millones de piedras preciosas gritando arrastradas detrás de ellos como la cola de un cometa brillante.

VEINTICUATRO

Hierro sobre Hierro

Legado de Sangre

Un duro Combate

Tormentor disparó primero, pero al final no importó, pues el punto fuerte fue destruido de todos modos. El retroceso del cañón volcano lanzó el tanque de nuevo a su plataforma elevada, rompiendo los acoplamientos de retención que la sostenían en su lugar con grietas azarosas de acero de alta resistencia. Los cables fallando salieron disparados hacia fuera, atravesando a Guerreros de Hierro por docenas, sin protección pese a sus servoarmaduras contra tal fuerza.

Diseñado como un asesino de titanes, el arma principal del Shadowsword era el arma más letal capaz de ser montada en un tanque. Su potente láser podría atravesar la armadura más gruesa, derribar capas enteras de escudos de vacío y proporcionar un impacto cinético y fuerza explosiva mayor que cualquier otra arma en el arsenal Imperial, excepto los de los propios titanes o los poderosos Ordinatus marcianos.

A corta distancia, con sus campos holográficos inútiles y su caparazón endurecido sangrando luz por grietas de la pelea con los motores de Mortis, el titán eldar no tuvo ninguna posibilidad.

Su torso superior simplemente desapareció en una llamarada de luz fluida y cristal roto. Absolutamente nada quedó de la máquina de guerra por encima de sus cardanes rotativos. Se balanceó sobre las ruinas de sus piernas, rápidamente convertidos en opacos a medida que derramó luz como el saludo de artillería final en el triunfo de Ullanor. Las grietas se propagaron a través de la sustancia vítrea de sus restos, que se derrumbaron sobre sí mismo como una escultura de madera de fresno.

Forrix dejó escapar un suspiro tembloroso, pero su alegría duró poco al oír la estructura de acero y reforzada con apoyes de la plataforma de *Tormentor* ceder bajo la horrible presión que el retroceso del cañón volcano había infligido. La estructura no había sido diseñada pensado en que el arma principal del tanque superpesado fuese disparado, y ahora que tal miopía iba a costar muy caro.

Con un gemido chirriante de soportes desintegrándose, la parte posterior de la plataforma comenzó a desplomarse, cayendo con rapidez exponencial a medida que cada miembro falló en una cascada de colapso. El súper pesado se inclinó, acelerando su potente motor y arañando las placas con sus orugas para obtener agarre mientras el conductor luchó para frenar su descenso.

Tormentor cayó, con las orugas golpeando el suelo ya en marcha. Los bordes dentados arrancaron la roca, lanzando trozos de piedra rota por todo el recinto, pero en vez de enterrarse en la tierra, el movimiento de las orugas le ayudaron, y la parte delantera del tanque masivo cayó intacta.

La proa del tanque basculó alrededor, y Forrix vio lo que pasó después a cámara lenta. Golpeando en un ángulo oblicuo, el Shadowsword rugió en torno a un arco apretado, los flancos armados corriendo hacia él como un muro que aproximándose. A pesar de que sabía que no podía correr más rápido que él, Forrix trató de escapar de la rotación natural de los trenes de orugas locamente revolucionados.

El choque fue como ser pateado por un Titán, y Forrix sintió las placas de su armadura arrugarse, sus sistemas de a bordo destrozados más allá de toda reparación. Forrix rodó, intercambiando las posiciones del cielo y la tierra muchas veces antes de que finalmente se detuviera en seco al final de una zanja que su caída había abierto.

Se esforzó por recuperar el aliento. No podía moverse. El sistema nervioso tejido en su servoarmadura capaz de controlar la musculatura fibrosa del mismo estaba frito. Sólo su propia fuerza movería las pesadas placas de armadura ahora.

Forrix levantó la vista cuando oyó el silbido inconfundible de proyectiles de artillería. El aluvión de Toramino estaba entrando, pero toda una vida pasada en las trincheras viendo vetas de ojivas explosivas pasando sobre su cabeza le había dado a Forrix un sexto sentido en cuanto a la trayectoria de cualquier misión de fuego.

-¡Por la sangre de Olympia! -juró, empujándose a sí mismo sobre su costado con un desesperado tirón.

Los primeros proyectiles cayeron segundos después, impactando de golpe con ondas expansivas que sacudieron la tierra. Forrix fue aplastado cuando la esquina noreste de la plaza fuerte desapareció en un crescendo de ruido y fuego. Cuerpos cayeron de los escombros, cuerpos de Guerreros de Hierro, sin extremidades, decapitados, carbonizados en sus armaduras o simplemente atomizados.

Metralla sibilante azotó la armadura de Forrix y se dio media vuelta, con la cabeza baja y dejando que la placa posterior absorbiera lo peor de la explosión. La onda de

choque casi lo tiró al suelo, pero se mantuvo bajo y se abrazó con los puños. El ruido y la presión del aire era increíble, y los tímpanos de Forrix se rompieron al instante cuando el aliento fue absorbido de los pulmones por las diferencias de presión.

Sin embargo, más proyectiles cayeron, esta vez destruyendo la puerta y dejando un cráter de quince metros entre dos trozos rotos de la sección de pared.

Más cadáveres. La sangre empañó el aire, partes del cuerpo cayeron en una lluvia de carne ennegrecida. Placas de blindaje danzaron y cortaron como hojas de un hacha afilada. Las paredes occidentales desaparecieron en una pared de llamas, seguidas de la muralla sur. La caída de escombros golpeó a su alrededor; un casco rebotando con el muñón irregular de un cuello sobresaliente, un bólter destrozado y una espada sierra pintada de series de amarillo y negro renqueando.

Sus guerreros estaban muriendo. Asesinados.

La intersección de ondas de choque machacaron el cuerpo de Forrix, sacudiéndolo como un muñeco de trapo y agitando su anatomía modificada. Sólo las placas de ablación de su servoarmadura en ruinas protegieron a sus órganos internos de la licuefacción.

-¡Alto el fuego! -gritó Forrix. Su voz sonaba muy lejos.

No tenía ni idea de si su vox estaba aún operativo.

-¡Hierro sobre hierro! ¡Alto el fuego! ¡Hierro sobre Hierro!

Pero el bombardeo continuó sin cesar.

Más y más ojivas cayeron, un patrón de bombardeo radial que Forrix supo estaba centrado en el punto de apoyo. Una gran forma se alzó entre la niebla ante él, un monstruo de hierro rugiente de truenos y ruido. El vox crepitó en su gorguera, pero no podía oír nada más allá del zumbido sordo y sonidos amortiguados por la explosión ensordecedora.

El monstruo estaba llegando a matarlo.

Era la gran bestia de hierro que siempre había sabido que un día le mataría, desde que el oráculo de Lochos se lo dijo cuando era un niño. Un miedo infantil, repudiado como hombre, ahora reavivado ante el rostro de su verdad. Su gran

buche negro se abrió y se lo tragó entero, llevándolo hacia el vientre iluminado de rojo que olía a petróleo y maquinaria.

El bombardeo golpeó la plaza hasta la destrucción. Golpeó el suelo ante el sepulcro una y otra vez con impactos implacables, destruyendo por completo todo lo vivo, muerto o en algún lugar intermedio. Humo y aire extremadamente caliente que escaparía de los pulmones atravesaron los restos destrozados de la plaza fuerte hasta que no quedó nada en pie.

No quedó piedra sobre piedra, ni plancha unida al hierro, ni corazón latiendo.

Fragmentos brillantes de cristal llovieron sobre Kroeger mientras balanceaba su espada-sierra baja a través de las piernas de una construcción eldar. La criatura cayó hacia un lado, emitiendo luz a partir de sus piernas rapadas y rompiéndose en mil pedazos al caer. Kroeger pisoteó la piedra preciosa que cayó de su cráneo-cabeza, disfrutando de la sensación de firmeza en su destrucción. Luchó con movimientos rápidos controlados, con la espada siempre en movimiento, con la pistola apuñalando con cada disparo como pudiera dar más fuerza a cada disparo mientras mataba.

La lucha era cercana y personal, los guerreros fantasmas eldar empujándolos cada vez más al borde del pozo sin fondo en el centro. Kroeger podía sentir la presión palpitante de la luz brotando desde muy abajo, pero mantuvo su atención por completo en la horda implacable de enemigos cristalinos.

A pesar de que no había visto a Perturabo dar ninguna orden, el Círculo de Hierro se dividió a sí mismo en dos fuerzas, una asignada a cada uno de los dos triarcas. Barban Falk luchaba por la derecha de Kroeger, con tres robots de combate protegiendo sus flancos y la retaguardia, y Kroeger tenía tres de los colosos junto a él. Los autómatas no eran rápidos, ni eran especialmente hábiles, pero sus escudos desmadejaron a las máquinas eldar en fragmentos con cada golpe y el sordo estruendo traqueteante de los cañones del hombro era suficiente para mantener a todos menos los enemigos más afortunados a raya.

Detrás de él, en el otro extremo del eje, los Hijos del Emperador libraban su propia guerra, luchando como si esperasen refuerzos en cualquier momento.

Ese instante de distracción de Kroeger casi le cuesta caro. Un rayo abrasador de luz esmeralda le golpeó en el hombro, haciéndole girar y perder el equilibrio. Un guerrero enemigo se aprovechó de su momentánea distracción y cayó sobre él con el puño preparado. El golpe se estrelló contra el costado de su cabeza, empañando la visera con avisos rojos y cuarteando su visión con tracerías crepitantes. Kroeger vació su pistola en su pecho mientras otra criatura lo elevó en el aire con un golpe solapado. Kroeger colgó del borde del pozo, perdiendo su pistola, deslizándose por el borde. El torrente de luz tiraba de él, como las manos de fantasmas ahogados tratando de arrastrarle a su tumba acuática.

Kroeger luchó contra ellos, rodando hasta ponerse a salvo mientras un pesado pie cristalino descendió donde había estado su cabeza. Le apuñaló con su espada, cortando a lo largo de la pata interior hasta su ingle. Los dientes alcanzaron su objetivo al poco, rociando Kroeger con fragmentos de vidrio y arrancó la espada de nuevo, sabiendo que no iba a tener otra oportunidad antes de que se lanzado a la luz.

Enfurecido ante la idea de morir a manos de un ser artificial, Kroeger desató un aullido animal y saltó hacia delante, luchando contra la criatura y atacando a sus extremidades destrozadas. Una pierna rota, una grieta chorreando luz, pero el otro se mantuvo firme. Antes de que pudiera atacar de nuevo, un golpe de una espada de energía partió a la criatura en dos por la cintura. Kroeger se puso de pie, cegado por un velo rojo de ira a todo menos a la necesidad de *matar*.

Barrió su propia espada y llevó la hoja gritando sobre el cráneo más cercano, un casco gris chapado en acero con la visera tachonada. Se dividió a pedazos y un chorro de sangre salió disparada, la mitad de la cabeza rapada lanzada al suelo en un baño de materia roja y gris.

Harkor no cayó inmediatamente, pero se quedó congelado en el acto de matar a la construcción eldar, con el brazo de la espada extendida delante y su medio-cara casi cómica en su expresión de shock.

Kroeger a no le importaba que hubiera matado a su teniente. Que lo había matado era suficiente.

Otro de los robots cayó con el estrépito de las máquinas inertes, su escudo una masa fundida de metal ampollado, su pecho un cráter de plastiacero quemado, polímeros bio orgánicos fundidos y regueros hirvientes de refrigerante.

Dos explosiones gemelas de energía xenos golpearon en el pecho de Kroeger, pero él no se sentía el dolor de su carne chamuscada, la fractura por el calor de dos costillas ni la sensación de su anatomía interna consumida. Hizo girar su espada, dividiendo a una construcción eldar y llevándolo al final del mismo en la placa frontal de otro. Sus piedras preciosas insertadas se agrietaron y murieron y Kroeger rugió con salvaje alegría al verlos humillados. Tomando su espada-sierra en un agarre a dos manos, Kroeger se zambulló entre los eldar, cortando a izquierda y derecha. Vio a Falk y Berossus, pero sus peleas no contaban; todo lo que importaba era que su espada estuviera roja de sangre, goteando en trozos de carne y saciarse con los cráneos de los vencidos. El corazón de Kroeger aumentó con la *rectitud* de esta masacre, cantando de alegría al llenarse con cada golpe de la espada.

Su cuerpo estaba herido casi hasta la muerte, pero la fuerza horrible lo llenó y la neblina roja delante de él era una cortina gloriosa a su masacre. Su visión se volvió borrosa y por un momento pareció como si de repente fuera otro lugar; una llanura rota de cenizas negras, un cielo zafado de bronce tachonado por nubarrones negros.

Ya no estaba luchando contra máquinas sin vida, sino con hombres vestidos con pieles ásperas con espesas cejas y el pelo enmarañado tejido con fetiches de hueso. Manejaban crudas hachas de pedernal, palas, y Kroeger se rio cuando uno tras otro los evisceró. Decenas, pues los fue contando, luego cientos, cada uno gritando ladridos guturales de algún proto-lenguaje que no significaba nada para él. Mató sin pensar, sabiendo que nunca podrían ser suficientes para satisfacer su necesidad de matar. Se sentía como si hubiera estado luchando durante horas, pero el brazo con la espada todavía estaba fresca, con el cuerpo lleno de reservas de potencia que sabía que lo sostendrían por una eternidad de masacre entre las estrellas.

Sin darse cuenta, Kroeger dio cuenta de que ya no estaba matando salvajes vestidos con pieles, sino hombres vestidos con uniformes de seda hinchada y corazas de hierro. Llevaban yelmos con escarapelas y luchaban con lanzas y armas de fuego largas de madera de mango. Tampoco estaba vestido con servoarmaduras de hierro

bruñido, oro y azabache; portaba las pieles de animales, plumas y pinturas de guerra. La llanura cenicienta fue sustituida por una exuberante selva de árboles altos y rica vegetación, aunque muchos de los árboles que lo rodeaban habían sido talados por los hombres con hachas de mango largo y sierras madereras.

Epunamun, pues así como de su vestimenta de la IV legión estaba desposeído de nombre, blandió su macuahuitl a un conquistador levantando un fusil de madera largo en el hombro. Los dientes de tiburón incrustados a lo largo de la longitud del madero hambriento de Epunamun golpearon al hombre justo debajo del acero de su casco y rasgó a través de la carne y los huesos de su cuello. La cabeza del hombre se separó de los hombros y la sangre salpicó a Epunamun, bañándole con humedad caliente.

Él apartó la sangre pegajosa y no se sorprendió al encontrarse a sí mismo en otro lugar, esta vez en una zanja llena de barro. Tablones astillados servían de suelo de la zanja y láminas de metal corrugado apuntalaban sus lados. El humo y gritos llenaron el aire, y Karl parpadeó se salpicó el barro en los ojos al oír el rugido de voces acercándose desde algún lugar más allá del borde de la zanja. No les entendía y sintió un hambre creciente mientras miraba a derecha e izquierda a los hombres que salían de búnkeres de hormigón construidos entre las paredes de la zanja. Estos eran sus compatriotas, pero no sentía nada por ellos salvo un desprecio vago.

Los hombres estaban escalando hacia una posición de tiro elevada, colocando las ametralladoras pesadas en su lugar o cerrando cerrojos de los fusiles. Un hombre corrió hacia Karl, vestido con el uniforme cubierto de barro de un Oberst y un casco ridículo coronado con una púa de metal doblado.

-¡Muévete! ¡El enemigo está aquí! -gritó el Oberst, pero antes de que pudiera decir nada más, la explosión de una granada de fragmentación le hizo volar por los aires, dejando la mayor parte de sus piernas atrás. Más sangre roció a Karl y él cayó de rodillas mientras el sonido de los disparos estalló desde el borde de la trinchera. Corrió hacia el Oberst gritando, que estaba contra la pared fangosa con el cuerpo hecho una masa desgarrada de heridas de metralla y la carne quemada.

El olor era embriagador, al igual que la carne que había cortado del curioso gitano que había penetrado en su casa en el borde de la aldea hace tantos años. El hombre había luchado, por supuesto, pero sólo había dado a la carne un sabor astringente

que hizo que la sensación de poder que había sentido en cada bocado de carne blanca creciera más fuerte.

-Karl -exclamó el Oberst. -Oh Dios, me duele... Por favor, Dios, ayúdame.

Karl se limitó a mirarlo, sin hacer ningún movimiento.

La vida salió de sus ojos, y Karl levantó un puñado de carne quemada de las piernas mutiladas del Oberst a la boca. Mordió, dejando que la sangre caliente y ácidos grasos de la carne corrieran por su garganta. Cerró los ojos, saboreando los sabores prohibidos mientras los sonidos de la batalla rugían a su alrededor. Los hombres fueron obligados a retroceder desde el borde de la trinchera por la carga del enemigo, pero los gritos de los moribundos no significaban nada para él.

Verdun estaba perdida, pero Karl sabía que era irrelevante quién ganara o perdiera.

Toda la sangre, suya o de sus enemigos, era bienvenida.

Comió más del Oberst muerto, sintiendo la fuerza de la carne del hombre muerto llenarle.

Los gritos a su alrededor crecieron en volumen y escuchó un grito de asco tras él. Se dio la vuelta, echando mano a su rifle, listo para matar a cualquiera que descubriera su hambre secreto; lo había hecho antes, y probablemente lo haría de nuevo en poco tiempo. Demasiado tarde, vio que el soldado de infantería enemiga cargaba con su bayoneta, y el vientre de Karl explotó de dolor cuando la cuchilla encontró el hogar en sus entrañas. El soldado le dio una patada a la hoja y trató a atacar de nuevo. Karl vio al hombre dibujado a la luz de los incendios y explosiones. Su rostro era muy, muy viejo y sus ojos había visto más sangre que cualquier otro hombre en este planeta.

Las placas de identificación del hombre se balanceaban de debajo de la camisa rota y Karl vio un nombre grabado en la chapa de acero. Por lo menos moriría sabiendo quien era su asesino.

Pearsonne, Olivier.

Pero antes de que el soldado podía asestarle el golpe mortal, una ola de soldados uniformados de gris se estrelló en la lucha desde las trincheras de reserva y se lo llevaron en una tormenta de disparos.

Una vez más la zanja era de ellos, y Karl dejó escapar un suspiro tembloroso cuando un soldado con una insignia de los servicios médicos clavado en la solapa se le acercó.

Conocía a este hombre. Él era de la misma ciudad que Karl.

-No te preocupes -dijo Florian, desgarrando un trozo de venda y aplicándolo a la herida en el estómago. -Vivirás.

Karl asintió con la cabeza mientras la sangre de una herida que no podía recordar haber sufrido le corría por la frente y los ojos. Él parpadeó y…

Kroeger abrió los ojos, sintiendo todo el peso de un millón de vidas de derramamiento de sangre llenándole como un vaso que no sabía estuviera vacío. Su cuerpo estaba lleno de poder, cada vena repleta de energía y cada nervio vivo con la perspectiva de la cosecha de los cráneos de los caídos.

Las construcciones eldar lo rodearon, cientos de profundidad, y estaba completamente solo.

Harkor yacía a su lado, con el cráneo aplastado y su cuerpo abierto por un frenesí de cortes de espada. Falk y Berossus estaban lejos de su vista, y las máquinas fantasmas eldar se acercaban a él con propósito implacable.

Esta era su muerte, pero Kroeger dio la bienvenida a la oportunidad de morir en la batalla. Un fragmento de la vida pasada se acordó de regresar a él, palabras dichas en un millón de lenguas diferentes a través de las edades del mundo, pero sin cambios en su significado desde que la primera piedra partió el cráneo del primer inocente.

-No importa de dónde fluye la sangre -rugió Kroeger mientras cargaba contra los guerreros fantasmas con la espada en alto. -¡Sólo que fluya!

La luz rodeó y envolvió a Perturabo. Él no podía hacer nada para asirse de las garras de su hermano; era un pasajero en este ascenso ardiente a la superficie. Tan cerca como podían estar las almas gemelas, volaron por el corazón de un mundo que no era un mundo y allí por donde posaba la vista, Perturabo no podía ver nada más que el reflejo de su hermano.

Fragmentos pulidos de vidrio y cristal caían en el pozo desde arriba, los restos saqueados de un mundo que una vez había sido conocido como Prismatica. Cómo sabía Perturabo esto no podía asegurarlo, pero lo sabía con la certeza de su propio nombre. Él y Fulgrim eran como balas de un arma de fuego, y su ascenso a través del vacío fue vertiginosamente rápido.

Y a medida que volaron hacia la superficie, los cuerpos caían por delante de ellos.

Seguidores mortales de Fulgrim, sus vidas dadas voluntariamente al servicio de su señor.

La mayoría habían muerto ya, pero los que aún vivían lanzaban gritos de éxtasis sin sentido cuando su vida fueron segadas sin cuidado por los deseos de Fulgrim.

Su hermano rio y gritó mientras disfrutaba de la gloria de sus reflexiones, cada una diferente de la anterior, y cada cual más monstruosa en su perfil del fenicio. En uno, Fulgrim era una criatura bella de alas nacaradas, blancas plumas y adornado con perlas y cadenas de plata como Sanguinius. En otra tenía cabeza de carnero, de tez rubicunda y goteando sangre. Sin embargo, otro le mostró un engendro sin forma de fango primordial, una masa de carne mutada rechazada, demasiado fallido para poder vivir nunca.

Mil veces mil imagos fueron lanzadas hacia Perturabo, y al principio pensó que habían topado en sus pensamientos. *Imágenes*.

No, afirmó su mente. *Imagos*.

Fulgrim echó atrás la cabeza y gritó: -Puedo sentir el poder. ¡El Príncipe Oscuro me favorece con su atención!

Perturabo quiso responderle, maldecirlo por su traición, pero no tenía fuerzas para darle voz. La piedra *maugetar* ahora estaba en el pectoral de Fulgrim pulsante con el hambre saciada, una cosa monstruosa de horror desalmado que le había robado la vida a Perturabo. Mirándolo ahora, parecía ser una cosa fea, un adorno hecho a mano en una ciudad de sombras encantada de subterfugios y traiciones, imbuido de su poder por los que pasaron sus días elaborando formas de sufrir para los vivos.

-¿Puedes sentirlo, hermano? -preguntó Fulgrim, abarcando su rostro como un amante. - ¿Puedes sentir el destino alinearse? ¡Los ojos de los dioses están sobre nosotros!

Perturabo podía sentir *algo*, una sensación como si el mundo se rompiese, como la colisión de realidades o el final de todas las cosas. ¿Así sería el fin del universo, la destrucción misma del tiempo? Cuando los dioses se interesaban por los asuntos de los hombres, se producían cataclismos de furia inimaginable, y esta no sería la excepción.

-Siempre te llevaré conmigo, hermano -dijo Fulgrim, llegando hasta acariciar tiernamente la piedra *maugetar* veteada de negro con dedos que parecían demasiado delgados, demasiado parecidos a garras. –Nunca olvidaré lo que me vas a dar en este día.

-No te lo daré -dijo Perturabo, recibiendo fuerzas del poder de su amarga furia.

Los ojos de Fulgrim se enfriaron con su respuesta, enojado porque este momento fuese mancillado por otra voz que no fuera la suya.

-Dado libremente o arrancado de tu corazón aun latiendo, el resultado será el mismo.

Perturabo no respondió, ahorrando la poca energía que había recuperado de la piedra en el pecho. Cerró los ojos, cerrando el paso a la vista de las reflexiones de su hermano en el vidrio cayendo, y se concentró en deshacer lo que la piedra alienígena había hecho con él. Luchó contra ella; por supuesto que sí, ansiando con envidia lo que le habían robado, pero Perturabo era el maestro de irrumpir en lugares que buscaban mantenerlo fuera.

Algunos pensaban que era una interpretación puramente literal de sus habilidades, pero que nunca fue así con Perturabo. La gente siempre subestimó sus capacidades más allá de lo que se le atribuía.

Perturabo llegó muy adentro, al núcleo interior de su ser donde el hierro y la carne se convertían en uno, el corazón inviolable de sí mismo que era suyo y sólo suyo. Centró toda su atención en él, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaba y llenándolo con sus sueños de juventud, su ambición y su odio a lo que Fulgrim le estaba infligiendo sobre.

El corazón de su odio creció, alimentado por el trauma de lo que le estaba pasando.

Y entonces, sucedió lo que los alquimistas de la antigüedad sabían: los iguales se atraen.

Un hilo al principio, pero luego cada vez con mayor fuerza, la fuerza robada en la piedra *maugetar* comenzó a fluir de nuevo a Perturabo como a través de una fisura delgada en el corazón de una presa.

Esta reversión no podía escapar a la atención del fenicio, y Fulgrim volvió sus ojos negros a él con una mezcla de sorpresa y furia incrédula.

-¿Qué estás haciendo? -exigió.

-Recuperando lo que es mío -gruñó Perturabo.

Fulgrim sacudió la cabeza y un destello de fuego dorado apareció en su mano, la espada que Ferrus Manus había diseñado para él hace mucho tiempo.

-¡Es mío! -gritó Fulgrim y embistió la cuchilla en el estómago de Perturabo, penetrando a través de su esternón y pecho. El dolor fue increíble, el arte de la Gorgona asegurando que la hoja atravesara la servoarmadura de Perturabo como un cortador de plasma a través de una chapa de hierro. Sangre rica fluyó de la herida, bañando la mano del fenicio en un goteo carmesí.

Perturabo echó atrás la cabeza y soltó un grito de rabia y dolor que hizo eco de las paredes distantes como continentes colisionando. Vio un resplandor de luz por encima, un anillo de disparos parpadeantes que sólo podía indicar que estaban cerca de la superficie. El vacío negro por encima rugía como las olas de un mar azotado por la tormenta.

Perturabo se sintió desechado como algo impuro. Su fuerza y sangre eran cosas finitas, pero con lo que él había recuperado, su mano se acercó a la única cosa que sabía Fulgrim valoraba por encima de todos los demás.

Cerró el puño y el mundo desapareció.

Falk vio a Kroeger cargar hacia la masa de construcciones eldar con incredulidad, pero no tenía tiempo para preguntarse qué locura se había apoderado del triarca testarudo. Las criaturas eldar se aprovecharon de la ruptura de la línea defensiva de los Guerreros de Hierro, y una cuña de sus tropas penetró en el hueco. Falk cosió a fuego el pecho de un xenos, manteniendo el brazo firme mientras los cuerpos de las criaturas se separaron bajo los bombardeos implacables.

Los Hijos del Emperador estaban manteniendo a su propia lucha, manteniendo su posición como esperando que algo sucediera en cualquier momento. No estaban tomando ninguna parte en los combates más allá de lo que requerían para mantener su posición. Una estrategia insostenible así que, ¿Qué sabían que Falk ignoraba?

Puso a la III legión fuera de su mente cuando un rayo de fuego rozó el peto. Su servoarmadura Cataphractii era a prueba de todo salvo los disparos a quemarropa y ninguno hasta ahora había penetrado lo suficiente como para causar un gran daño. Su puño de combate se estrelló contra un enemigo que le flanqueaba, devolviéndolo de un bateo a través del aire como un juguete. Con cada paso que daba, disparó su armamento implantado y aplastó la animación de sus enemigos.

A su lado, dos del Círculo de Hierro se llevaron la peor parte del fuego eldar con sus escudos. Ambos robots se estaban muriendo, sus blindajes ablativos despojados y sus escudos poco más que trozos de metal en ruinas. En unos momentos no serían más que chatarra.

Falk se mantenía en movimiento, sin detenerse para permitir a los eldar un claro objetivo en él. Un guerrero fantasma cayó delante de él y le estampó en su cráneo cristalino. El eldar reventó y Falk estaba a punto de pasar cuando vio el horrible cráneo-cara en el patrón de fragmentos que su bota había creado. Miró de reojo hacia él y Falk quedó congelado en su lugar por un breve momento.

Por breve que fuera, era todo lo que los eldar necesitaron para interesarse en él.

Una explosión combinada de fuego esmeralda se estrelló contra su espalda baja y Falk se tambaleó cuando el calor le quemó a través de su servoarmadura. Una hoja ondulante de luz le apuñaló en la axila, donde la armadura era más delgada. Él rugió de dolor y golpeó con el puño al casco de su atacante. Una fuente de luz surgió de la cabeza bulbosa, y en los patrones destellando de radiación el cráneo sonrió hacia él de nuevo.

-¡Aléjate de mí! -le gritó mientras la luz se extinguió.

Estás tan cerca...

Falk oyó la voz en cada fragmento de su carne, una voz que no era una voz resonando en su cuerpo desde la célula más pequeña hasta el elemento más grande

de la arquitectura sináptica. Una vez más, sus enemigos se aprovecharon de su distracción momentánea para concentrar su fuego sobre él.

-¡No te metas en mi cabeza! -exclamó Falk, vadeando a través de un grupo de guerreros enemigos y caminando de vuelta a donde Berossus despachaba eldar de su lado con barridos de su enorme martillo. Las filas de los Guerreros de Hierro se habían reducido considerablemente; apenas un centenar de legionarios seguían luchando en el sepulcro.

Miles más quedaban afuera, y Falk se preguntó si eran conscientes de que sufrían un ataque así. El vox estaba muerto, y ninguno de sus intentos de contactar con Forrix, Toramino o Nacido de la Piedra habían resultado. ¿Eran estos los últimos Guerreros de Hierro que quedaban en Iydris? ¿Habían estrellado los locos planes del fenicio a la IV legión sobre el yunque de su obsesión?

Falk consideró la resolución de los Guerreros de Hierro fortalecida con su presencia.

Él era el hierro en la base, el perno de la viga.

Su presencia mantendría fuera el óxido de sus corazones.

Berossus luchó como uno de los titanes de la leyenda olímpica, criaturas que habrían deseado los dioses antes de caer al fratricidio. Su martillo energizado destrozaba a los eldar con facilidad y, aunque su cañón largo rotativo estaba sin munición tiempo ha, también le servía como un garrote pesado. Falk tuvo cuidado al aproximarse; no era desconocido para los Dreadnoughts perder la pista de amigos y enemigos.

Un guerrero de rostro olvidable soso y cuyo pelo negro estaba recogido en trenzas en el centro de su cuero cabelludo, luchó al lado del Herrero de Guerra como su protector. Falk le dirigió una mirada calculadora antes de despedirlo como irrelevante. Berossus se giró hacia él y Falk escuchó reconocimiento en su voz frente.

-Un combate duro -dijo el Dreadnought.

-Ha tenido sus momentos -asintió Falk, disparando sus últimas rondas bólter. -La guerra como un Dreadnought se adapta a ti.

-¿Viste al idiota de Kroeger? -dijo el Dreadnought.

-Lo hice -confirmó Falk, eviscerando a un guerrero fantasma con una ráfaga de fuego.

-Parece que puede haber una vacante en el Tridente pronto -dijo Berossus. -Podrías ser un triarca, después de todo.

-Si sobrevivimos a esto, le exigiré a Perturabo tu ascenso -dijo Falk.

Antes de que el Dreadnought pudiera responder, una explosión de energía brotó del pozo tras él. Falk se tambaleó por la fuerza de la explosión y fue arrojado a la masa de construcciones eldar. Incluso Berossus fue derribado por su poder, y Falk luchó para ponerse en pie antes de que las criaturas eldar fueran capaces de cernirse para la matanza.

Berossus luchaba en vano por levantarse, tirando de sus brazos armados y sus piernas golpeando el suelo mientras se mecía hacia atrás y adelante. Su caparazón estaba girado en un costado y sus augmentos resonaron con furiosa frustración.

-¡Malditos eldar! -bramó el Dreadnought derribado.

Falk finalmente logró moverse y arrastrar sus piernas hasta una posición en la que podía sostenerse lo suficiente como para ponerse de pie. Con cada segundo que pasaba esperaba una explosión de luz esmeralda que acabara con su vida de los guerreros fantasma y terminar lo que esta nueva diablura había desatado.

Levantó el combi - bólter, aunque su cargador estaba ahora vacío.

-¡Levántate! -rugió Berossus. -¡No voy a morir derribado!

Falk miró a su alrededor con asombro y sacudió la cabeza.

-No creo que vayamos a morir hoy -dijo.

Alrededor de la pequeña isla de Guerreros de Hierro, los guerreros fantasmas eldar habían cesado su ataque. Estaban tan silencioso e inmóviles como estatuas, desprovistos de la animación y la luz brillante que llenaba sus cascos-cráneos atenuada como una batería de lumen cerca de agotarse. La torre de luz que había manado desde el fondo del pozo de la cámara había desaparecido, apagado como si una gran esclusa hubiera sido sellada en el núcleo del planeta. La oscuridad por

encima de ellos hervía y se agitaba, como si sus perturbaciones de alguna manera se hubieran mantenido a raya por el río de luz penetrante en su corazón.

Una docena de Guerreros de Hierro lograron que Berossus recuperase la verticalidad, y el Dreadnought giró su torso trescientos sesenta grados.

-¿Qué ha pasado? -preguntó con voz desigual por el daño.

-No lo sé -dijo Falk, volviéndose hacia el eje cuando escuchó un rugido creciendo rápidamente de sus profundidades. Los Guerreros de Hierro volvieron sus armas al pozo cuando un géiser de piedras preciosas eldar surgió de ella. Millones y millones de las piedras explotaron en el aire, llenando el vacío por encima de sus cabezas con puntos brillantes de luz.

Pero en lugar de caer a tierra en una lluvia brillante, llenaron la cámara como un mapa increíblemente complejo de los cielos, con todas las estrellas, planetas y punto de luz representados.

-¿Qué… - dijo Falk, pero antes de que pudiera terminar, dos figuras surgieron desde la boca del pozo como algo vomitado de las fauces de una bestia; Fulgrim ardiente y envuelto en fuego celestial, Perturabo agarrado con fuerza contra su pecho.

El Primarca de los Hijos del Emperador lanzó a su hermano a un lado, y Perturabo cayó en un arco lánguido a tierra con un crujido de metal y cristal en el extremo del pozo. La sangre manó en un arco rico desde el pecho de Perturabo.

Falk sintió que una sensación de terror y el horror irracional le llenaba.

El Señor del Hierro quedó inmóvil, su cuerpo roto y sin vida.

VEINTICINCO

Aquel que había Muerto

Sueños de Hierro

El águila de la Décima

Lucius se puso de pie, el primero de los Hijos del Emperador a enderezarse en la estela de la onda de choque del eje. Cada uno de sus sentidos hormigueaba de la anticipación, la promesa de una nueva sensación de que estaba más allá de todo lo que había experimentado. Su espada bailaba en la mano, su hoja parpadeaba.

Incluso el aire reconoció que un evento de gran importancia estaba a la vista.

La lucha en la cámara de las torres había probado a Lucius. No en la habilidad, pues los guerreros fantasmas eldar no eran rival para su técnica, pero si en su resistencia al aburrimiento. Las órdenes de Eidolon dadas por el Primarca eran claras: mantener a los mortales que portaban la generosidad de Prismatica seguros hasta que su preciosa carga fuese vaciada en el eje. Por qué una tarea así necesitaba de Eidolon para cumplirla, Lucius no lo sabía.

Tal vez tenía algo que ver con el haber muerto una vez.

En cualquier caso, una vez que los mortales habían vaciado sus envases, saltaron a la luz verde y desparecieron. ¿Era parte de las órdenes de Eidolon? A Lucius no le importaba.

La lucha se había convertido en una serie de combates aburridos, repetitivos que no le probaron para nada. Ninguna de las máquinas eldar pudo igualar su habilidad y había luchado en todos los estilos que sabía, simplemente para evitar el aburrimiento de la utilización de la misma ejecución más de una vez.

Pero ahora Fulgrim había reaparecido, aureolado por millones de las mismas piedras preciosas como las que descansaban en el corazón de cada uno de los constructos obtusos. Tan densa era la copa de piedras a la deriva que los límites exteriores de la cámara estaban carentes de oscuridad. Lucius alcanzó a vislumbrar el movimiento detrás del montón de piedras brillantes, su instinto guerrero diciéndole que estaba viendo cosas que merecerían ser narradas.

Pero su atención estaba irrevocablemente dirigida de nuevo a su primarca.

Lucius vio que el fenicio ya no era el mismo ser que había descendido al planeta. Flotaba en el aire sobre el eje, que ya no vertía su torrente verde hasta la oscuridad inquieta arriba, sino simplemente irradiando un brillo de luz moribundo. La armadura de Fulgrim estaba brillante con vitalidad, como si la luz de mil soles estuviera contenida dentro de la misma y se esforzaran por liberarse. Los oscuro

ojos de muñeca del primarca eran agujeros negros, puertas a cotas de experiencias y sensaciones de tal calibre que sólo podían ser soñada por locos y aquellos dispuestos a ir a cualquier extremo para degustarlos.

La capa de Fulgrim cayó y sus rasgos se retorcieron como si su cuerpo estuviera siendo sacudido por dos extremos de dolor y placer. De mala gana, Lucius dejó que su mirada resbalara de la forma maravillosa de Fulgrim al resto de los ocupantes de la cámara.

Lonomia Ruen estaba junto a él, sus dagas envenenadas inútiles contra las criaturas eldar. Sus rasgos cáusticos ahora refulgían con emoción al ver la transformación inminente de Fulgrim, manando sangre púrpura de regueros goteantes de la nariz y las orejas.

Marius Variosean estaba justo delante de él, con el arma sónica detenida frente a tal maravilla, y Lucius quería decirle que recitara alguna estridente cacofonía, porque sin duda este momento justificaba cierto reconocimiento. Variosean lloró al ver a Fulgrim, sus rasgos desfigurados arrastrados en lo que podría haber sido una expresión de adoración y celos rencorosos. A veces era difícil de decir, tal era la impresionante naturaleza de la devoción del hombre para sus alteraciones. Krysander de las cuchillas se quedó inmóvil, con el rostro contraído en una mueca de placer, su lengua deslizándose en sus labios como un cuchillo.

Los Guerreros de Hierro por fin parecían haber desarrollado un sentido de la maravilla y se quedaron inmóviles ante la presencia de un ser semejante a Dios en la cúspide de sus poderes. Incluso la situación de su primarca condenado no fue suficiente para romper el hechizo de la gloria venidera de Fulgrim, pues ninguno de sus guerreros débiles aunque ingeniosos siquiera se había acercado al mismo.

Solo Eidolon no parecía afectado por el estupor que se había apoderado de los supervivientes del ataque eldar, y caminaba hacia Fulgrim cuando primarca se desvió hacia el borde del pozo. Los pies de Fulgrim tocaron el suelo, Lucius sintió un escalofrío pasar por el mundo, como si se revelara ante su toque. Era como si dos placas tectónicas se estrellaran una contra otra, en lo profundo de la tierra, y la fuerza titánica que la colisión había desatado sólo poco a poco recorría su camino a la superficie.

Lucius quería moverse, acercarse a su primarca, pero no podía mover nada más de lo que podía su propio corazón. Su carne entendía lo que su deseo no podía.

Este era un momento de renacimiento, y como todos esos momentos, era una cosa privada.

Eidolon sacó una hoja de debajo de su capa, un arma gris con hoja perlada que Lucius reconoció de inmediato. Era un arma con la que un guerrero podía matar a un dios, un arma que en la antigüedad se habría llamado *encantada*.

El anathame era una sombra de la espada que había sido, según los rumores, sido robada de la Sala de Dispositivos en Xenobia. Su hoja se había astillado y afeitado, reduciendo su longitud a la de la gladius de un soldado raso por un capellán de la XVII legión, aunque nadie sabía con qué propósito. Eidolon levantó la anathame al nivel de los ojos de Fulgrim y habló palabras que Lucius no pudo oír. El primarca asintió y Eidolon embistió la hoja en el costado de Fulgrim.

Los Hijos del Emperador gritaron al unísono, pero el impresionante poder ardiente de la forma beatífica de Fulgrim los mantuvo firmes.

-¡El que había muerto me traerá a la vida! -exclamó Fulgrim, el dolor en su voz trayendo lágrimas a los ojos de Lucius. -¡Aquel que ha resucitado será el testigo de mi renacimiento!

Eidolon rodeó y apuñaló al Primarca una y otra vez, introduciendo la hoja hasta la empuñadura en cada puñalada. La sangre brotó de Fulgrim y su rostro delataba la agonía que sufría con cada penetración. Eidolon enfundó el arma ensangrentada y se colocó ante Fulgrim. Con las dos manos, alcanzó la primera herida que había causado y la abrió.

Fulgrim echó atrás la cabeza y soltó un grito de rabia que hubiera avergonzado a Angron con su violencia. Ningún clavo de carnicero habría provocado tal grito de agonía a un ser vivo, y Lucius juró que mataría a Eidolon por provocar al primarca semejante tormento.

Pero Eidolon no había acabado.

Rodeó a Fulgrim, desgarrando cada herido con sus guantes ensangrentados hasta que el primarca se balanceó sobre sus pies, apenas capaz de evitar el colapso. Sus heridas no se curaban, su metabolismo mantenido bajo control por un acto auto-

impuesto de voluntad. Para qué servía esta mutilación era algo que Lucius no podía comprender, pero fuera lo que fuese, estaba casi terminado cuando sintió un poder creciente saturar la cámara. Era un poder ahora libre de hacer sentir su presencia en un mundo cuyos guardianes muertos le habían mantenido a raya durante siglos. Su carne respondió a su presencia; arrugas en la piel, las terminaciones nerviosas bañados en dicha trémula y repulsión.

Una fuerte sensación de expectación creció dentro de él, como cuando los capitanes de la legión habían esperado para emboscar a Fulgrim en la Galería de Espadas, sólo que perfeccionado y destilado hasta tener su máximo filo. Era el instante antes de la caída de un rayo, el latido del corazón antes de un impacto de la bala, la pausa fraccional antes de un asalto en cápsulas. En cualquier momento, un poder como ninguno de los mortales, post- humano o de otro modo había visto en toda la historia de la humanidad se revelaría en todo su esplendor. Lucius sabía con absoluta claridad que esto era lo que había llevado a los eldar a la extinción virtual. Habían tratado de abrazar la gloria, pero se hallaron indignos.

-Hazlo -dijo Fulgrim a Eidolon, su rostro una máscara de lágrimas.

Eidolon asintió y alzó su mano. Una constelación de piedras espirituales se desprendió de la masa de piedras en la parte alta de la cámara y voló hacia él. Él las sacó del aire y las introdujo en las heridas que había abierto en la carne del primarca. Lucius sintió diminutos brotes de terror y desesperación, pero cada uno fue extinguido rápidamente mientras Eidolon cogió más y más y las insertó en el cuerpo de Fulgrim. Primero diez, luego diez más y más y más, hasta que pareció imposible que cualquier otros aún pudiera soportar tantas.

Fulgrim ondulaba con las almas de los muertos devorados, pero Eidolon mantuvo llamándolos desde el aire y empujándolos dentro de las muchas heridas.

-No más -rogó Fulgrim, pero Eidolon sacudió la cabeza.

Fulgrim sollozaba y gemía, pero por cada grito pidiendo Eidolon parar, había una mirada ardiente en sus ojos que decía: *más*.

Pero al fin Eidolon paró y Lucius soltó un suspiro largo y trepidante.

-Uno más -suspiró Fulgrim. La piedra *maugetar*.

Eidolon vaciló, girando sobre su Primarca azotado, examinando cada grieta en su armadura ensangrentada.

-¡Date prisa! -exclamó Fulgrim. -¡Tiene que ser ahora! ¡Es el combustible final para mi ascenso!

-No la veo, mi señor -dijo Eidolon.

-¡Está ahí! -gritó Fulgrim. -Colocada dentro de mi armadura.

Y entonces una voz cortó la cámara, áspera y dura, como una piedra en el metal.

Perturabo se balanceó en el borde del pozo, con el estómago y la ingle rojos desde donde una profunda herida sangraba profusamente. El Señor del Hierro tenía el rostro cetrino y enjuto, un cadáver envuelto en piel de pergamino seco y dada animación febril. En su mano sostenía la piedra *maugetar*, su superficie un caos turbulento de guerra entre el oro y negro.

-¿Buscabas esto? -dijo.

Perturabo sabía que tenía que destruir la piedra en la mano. Podía hacerlo con bastante facilidad. Simplemente sosteniéndola podía sentir las fortalezas y debilidades en su estructura de celosía, la cantidad de presión que tendría que ejercer para romperla, romper o hacerla polvo. Sabía que tenía que hacerlo, pero ¿qué sería de él sin ella? ¿La fuerza que le había robado se perderá para siempre?

-Me has traído aquí para matarme -dijo Perturabo, caminando hacia Fulgrim, manteniendo la mano que sujeta la piedra *maugetar* extendido sobre el eje. La luz del sol brillaba con un verde moribundo desde muy abajo, y aunque Perturabo no entendía de ingeniería celestial, sabía que el mecanismo que mantenía a este planeta lejos de ser destrozado por la singularidad en el corazón del Ojo del Terror estaba fallando.

La vida de este mundo estaba a punto de expirar, y cualesquiera que fuese las fuerzas que estaban trabajando para ello destruirían la piedra *maugetar*.

¿Era un riesgo que estaba dispuesto a tomar para detener a Fulgrim?

-Estás equivocado -dijo Fulgrim. -Te he traído aquí para traerme a la vida.

-La carne de un hombre es veneno de otro hombre, ¿es eso?

-Algo así -asintió Fulgrim.

Eidolon se puso al lado de Fulgrim, deslizando su mano bajo su manto.

-Lord Comandante Eidolon, si tomas un paso más te mataré donde estas -dijo Perturabo. -Incluso así, sabes que puedo hacerlo.

Eidolon se detuvo y miró a Fulgrim, quien asintió levemente, casi de forma imperceptible.

Perturabo buscó en los ojos de su hermano algún atisbo de remordimiento, una señal de que lamentaba los acontecimientos ocurridos, algo que mostrara que sentía un momento de vergüenza por el complot para asesinarlo.

No vio nada, y su corazón se rompió al saber que el Fulgrim que había conocido tiempo atrás se había ido para no volver jamás. No había pensado que fuera posible que alguien pudiera descender tanto como para estar más allá de la redención. Un hombre podría hundirse hasta el nivel más bajo, degradarse a sí mismo más allá de toda creencia, pero todavía podía salvar su alma si realmente experimentaba el remordimiento por un momento.

Si solo pudiera creerse eso de sí mismo.

-No conoces el poder, hermano -dijo Fulgrim. -Seré capaz de hacer lo que desee en un abrir y cerrar de ojos. Aprenderé misterios que Magnus ni sospecha existen. Me convertiré en un dios; una brillante, diáfana y hermosa criatura. Esta es mi apoteosis, donde me convierto en un principio general del ser, una instancia a través de todas las vistas de la galaxia.

-Tú no quiere ser un ángel más -dijo Perturabo. -Quieres ser un dios.

-¿Es eso tan malo?

-La humanidad no necesita dioses -dijo Perturabo. -Les superamos hace mucho tiempo.

Fulgrim se echó a reír, aunque Perturabo vio que el esfuerzo de mantener su cuerpo hinchado junto tomaba cada onza de su concentración. Cuentas de luz, brillantes como el mercurio, exudaban de su piel, goteando de su postura cruciforme en gotas de plata.

-¿Eso crees? Entonces ¿por qué hay todavía dioses? La creencia les da poder y les adoran en cada acto de la masacre, traición, depravación y la búsqueda de la inmortalidad que emprendemos. Lo sepamos o no, les ofrecemos lealtad todos los días.

Perturabo negó con la cabeza. –Yo no adoro a nada. No creo en *nada.*

La finalidad de esta última expresión casi lo detuvo en seco. Su fuerza era equivalente a un golpe, una amarga semilla de la verdad que nunca había reconocido o conocido hasta ese momento. Vio la conciencia de lo reflejado en los ojos de Fulgrim.

-Y es por eso que vives una vida amarga -dijo Fulgrim, goteando desprecio y lástima de sus palabras despectivas. -Dejas que abusen de ti; aplastado como un esclavo por un dios que ni siquiera tiene la decencia de admitir lo que es. Nuestro padre ascendió a la divinidad hace mucho tiempo y niega otros su lugar en la mesa. Él nos prometió un nuevo mundo para vivir, pero siempre estaba por encima de nosotros, el señor con sus perritos falderos leales.

-¿Por eso te uniste a Horus? -exigió Perturabo, de pie justo en frente de Fulgrim, sus rasgos enfurecidos tan cerca que nadie podía interponerse entre ellos. -¿Celos? ¿Vanidad? Tal mezquindad es para los débiles; nos hicieron para grandes cosas.

-¿Qué sabes de las cosas más grandes? –se burló Fulgrim.

-No sabe las cosas que sueño -dijo Perturabo. -Nadie lo hace, nadie se preocupó lo suficiente para averiguarlo.

La cabeza de Fulgrim salió disparada hacia delante y un almizcle de vapor brillante rosáceo y veteado de rojo arterial voló de su boca abierta, envolviendo a Perturabo en su olor astringente, parte perfume, parte pozo negro.

-Entonces muéstrame tus sueños, hermano -susurró Fulgrim. -¡Y déjame hacerlos realidad!

El mundo que Perturabo conocía fue sustituido por una ciudad que había soñado realizar cada noche desde que salió de Olympia. Estaba de pie en el centro de un gran bulevar de piedra de mármol, su ancho bordeado por árboles altos y magníficas estatuas. Vestido sólo con una larga túnica de color crema pálido y unas sandalias de cuero más suave, estaba ataviado como un erudito y líder cívico. Era

un hombre que vivía para la paz, no la guerra, y el vestido de ese hombre se ajustó a él como una segunda piel.

El aire era dolorosamente claro, perfumado con pino negro de los altos valles y el agua dulce de cristalinas cataratas. El cielo era amplio y azul, surcado de nubes como volutas de aliento. Incluso sabiendo que esto era una mentira Perturabo no pudo evitar detenerse a admirar su obra, bebiendo de las bellas vistas de escarpadas montañas, los picos cubiertos de nieve y las líneas limpias de la ciudad a su alrededor.

Lochos, la fortaleza de montaña sombría de Dammekos rehecha en la mente de su hijo adoptivo.

Edificios de la talla que sólo había sido alguna vez imaginó llenaban la ciudad, cada una tan familiar como hijos a un padre, y sin embargo cada una un imposible, ya que ninguno jamás se había construido.

Detrás de él estaba el Thaliakron, pero formado de mármol pulido y ouslita, pórfido, oro y plata. A su alrededor estaban las galerías de justicia, salas de comercio, los palacios de la memoria y las viviendas de los habitantes de la ciudad.

Los habitantes de Lochos abarrotaban el bulevar, moviéndose con gracia sin prisas y vidas felices. Doquiera que Perturabo miró, vio a los hombres y mujeres de paz, con ambiciones y esperanzas, sueños y medios para hacerlos realidad. Estas eran las personas de Olympia como siempre las había querido, limpios de una corrupción, sanos de corazón y unidos en propósito. Ellos le dieron la bienvenida, cada sonrisa sincera y sentida. Ellos lo amaban y su felicidad se refleja en cada palabra amable, cada gesto de respeto y cada cordial saludo.

Esta era su biblioteca arquitectónica hecha realidad, una ciudad de la imaginación, de la armonía y la luz, y se trasladó a través de sus muchas calles como su constructor y su amado padre. Era una ciudad de los sueños. Sus sueños.

Y aunque no podía verlas, Perturabo sabía que las doce grandes ciudades-estado de Olympia eran todos así. Cada una construida según sus diseños precisos, lógicos y ordenados, pero construidos en el conocimiento de que estos lugares fueron diseñados para la *gente*. Ninguna arquitectura, por muy grande que fuese, elevada

de ambición o escala jamás podría llamarse exitosa si olvidaba esa regla cardinal y Perturabo nunca la había olvidado.

Caminó por las calles, sabiendo que estaba siendo manipulado, pero no sin cariño.

¿Qué hombre no desearía mirar a sus sueños como una realidad?

La ciudad se abrió ante él, su belleza y plano cívico intuitivo y seductor. Lo llevó a las maravillas que casi había olvidado que había elaborado en las páginas de sus cuadernos de bocetos; muchos locuras juveniles, vanidades adolescentes y las estructuras mayores que hablaban de un largo aprendizaje sirviendo en la mesa de delineación.

Por fin, su deambular lo llevó a un espacio octogonal en el centro de la ciudad, un lugar de reunión y encuentros azarosos, un lugar donde a menudo los pasos de un vagabundo le llevarían sin siquiera darse cuenta. Tiendas de artesanos y vendedores de pasteles, carnes frescas y productos se alineaban en los bordes del espacio, y en su centro estaba la imponente estatua de un guerrero en servoarmadura pulida, con un rayo en una mano y un cetro coronado con un águila en el otro.

Un dios hecho en mármol de la mano de un hijo obediente.

Perturabo rodeó la estatua, sintiendo una curiosa mezcla de emociones agitarse en su interior.

-Tengo que reconocerlo, hermano -dijo la voz de Fulgrim desde el borde del octágono. -Cuando sueñas, sueñas con grandilocuencia.

Perturabo vio a su hermano sentado en una mesa de hierro forjado en frente de un restaurante con paredes de cristal, vestido con un *chiton* idéntico. Dos vasos tallados en cristal violeta permanecían en la mesa, uno a cada lado de una botella de vino claro, de color miel.

-Sabes, los Romanii solían beber en vasos de amatista en la creencia de que evitarían la intoxicación -dijo Fulgrim, empujando una silla con el pie y señalando el asiento vacío. -Ven, siéntate, siéntate.

Perturabo no quería otra cosa que envolver sus manos alrededor del cuello de Fulgrim y quebrárselo como un mástil de madera delgado. ¿Pero qué sentido tiene

en un mundo de ilusiones? En su lugar, se sentó frente a su hermano mientras Fulgrim sirvió dos copas de vino.

-Una tontería absoluta, por supuesto -continuó Fulgrim, -pero no se puede culpar a la gente por creer en cosas cuando no conocen nada mejor, ¿verdad?

Perturabo no dijo nada y tomó un trago. Un vino dulce de los viñedos en las laderas de las montañas al sur de Ithearak. Su favorito, pero por supuesto que lo sería. ¿Por qué un sueño de perfección iba s ser de otra manera?

-Basta con mirar a este lugar -dijo Fulgrim, echándose hacia atrás en su asiento y barriendo con una mano alrededor para abarcar el octágono y la ciudad más allá. -Nunca supe que tenías tal visión.

-¿Qué estás haciendo, Fulgrim? Debemos estar discutiendo esto como guerreros.

-Pero nosotros no somos guerreros, hermano -dijo Fulgrim, rozando una imaginaria mota de su túnica. -En el mundo ideal somos diplomáticos, y conformamos nuestras disputas con las palabras, ¿no?

-Creo que es demasiado tarde para eso.

-No, en absoluto. Miro a mi alrededor y viendo esta ciudad, cometí el error que juré no haría. Te subestimé.

-Te dije que lo harías.

-Y yo no te hice caso, sí, lo sé -dijo Fulgrim, agitando una mano desdeñosa. -Pero mira este lugar, ¡Eclipsa a Macragge en su esplendor! Toda la grandeza, pero nada de almidón; es un gran logro.

-No es verdad -dijo Perturabo. -Nunca lo fue. Y nunca lo será.

-Estás equivocado -dijo Fulgrim, inclinándose hacia delante como si fuera a susurrar un chisme sedicioso. -Puedo ayudarte a hacer esto real. Todo ello.

-¿Otra promesa vacía?

-No, hermano -dijo Fulgrim. -Creo que hemos cubierto el cupo de promesas vacías, ¿no crees? Todo lo que nos queda son verdades, frías y duras. Y la verdad es que si me das la piedra *maugetar*, yo daré vida a Olympia de nuevo.

Perturabo buscó en el rostro de Fulgrim la mentira, pero no vio nada más que la verdad. Sin embargo, no le creyó. Había sido traicionado por palabras que antes él clamó ser ciertas.

.Moriré si te la doy. Tú mismo lo dijiste.

-¿No es un precio que vale la pena pagar por el renacimiento de Olympia?

-Por supuesto, pero tendría que confiar en ti, y...

-Sí, he hecho un poco difícil para ti confiar en mí, ¿no es así? -sonrió Fulgrim.

-Imposible sería la palabra que usaría.

Fulgrim sirvió dos vasos más de vino. -Muy bien, déjame ponerlo de esta manera: todos aquellos que te han despreciado. Dorn, el Khan, el León... Todos te ellos miran por encima del hombro, todos ellos piensan que tú y sus hijos no son más que profanadores. Os habéis convertido en nada más que la legión que llaman cuando hay trabajo sucio que hacer y no quieren mancharse de barro.

-Tú piensas lo mismo por lo que recuerdo -señaló Perturabo.

-Cierto, pero ahora que he visto esta ciudad, percibo el error de mis elecciones -dijo Fulgrim. -Esta es una ciudad perfecta, hermano, que yo mismo podría haber pensado, pero no lo hice. Lo hiciste. Por cierto, ¿Sabes que los otros te sancionaron por lo que pasó aquí? Te repudiaron por ello, se reían de ti por no controlar tu mundo de adopción. Te puedo dar el poder para reconstruirlo, para hacerlo del modo que bien podría nunca haber sucedido. Todo lo que tienes que hacer es darme la piedra *maugetar*. O no; yo puedo hacer esto sin ella.

Perturabo escuchó la mentira en las palabras de Fulgrim, sintiendo miedo de su hermano que este momento podría pasar sin realizarse. Incluso en esta fantasía, sintió la confluencia única de energías que cruzaban el sepulcro, una conjunción de las esferas que jamás volvería otra vez.

-Piensa en ello, hermano, juntos podemos hacer crecer Olympia de las cenizas de su destrucción como el ave fénix de la antigüedad.

-Olympia ha muerto, Fulgrim -dijo Perturabo. -Yo la maté, y los muertos permanecen muerto, no importa cuánto poder crees que obtendrás.

Fulgrim se inclinó sobre la mesa y apoyó la mano en el brazo de Perturabo.

-Hermano, piensa mucho en todo lo que has perdido, todo lo que has sacrificado -dijo Fulgrim, sus ojos oscuros remolinos con la luz de galaxias distantes. -Te puedo dar todo lo que quieras.

-Tal vez puedas darme lo que quiero -dijo Perturabo tristemente, -pero nunca podrás darme lo que necesito.

-¿Y qué es eso? –se burló Fulgrim. -¿Castigo?

Perturabo empujó su silla hacia atrás y volcó su copa de vino. -Hemos terminado de hablar.

La copa de amatista con vino rodó de la mesa y se rompió en pedazos púrpuras en el suelo, dispersando sus piezas en forma de estrella curiosa, con un brazo a cada lado del octágono. Fulgrim sacudió la cabeza y la piel del sabio y el administrador se desprendió de él como una serpiente cambia de piel, revelando la verdad, la de un falso y mentiroso descarado bajo la apariencia de un amigo.

Una vez más, permanecían en la cámara del sepulcro y su hermano era tal y como Perturabo lo había visto la última vez: desnudo y retorciéndose por el poder y sudando luz.

Olympia como la había soñado despareció, relegada al pasado, donde sus habitantes fueron masacrados y quemados y su futuro aplastados bajo la bota de hierro de la IV legión.

-Deberías haber tomado mi oferta -dijo Fulgrim. -Ahora todo lo que queda para ti es la muerte.

-No- dijo Perturabo. -No todo.

Y, diciendo esto, arrojó la piedra *maugetar* en el pozo.

La piedra brilló oro y negro, oro y negro, girando de un extremo a otro a medida que se arqueó hacia el centro del abismo. Fulgrim gritó una negación, y con ese agónico grito, el hechizo que paralizaba a todos los guerreros inmóviles se rompió. El tiro de Perturabo había sido pobre, mucho más débil de lo que incluso un viejo tullido podría haber logrado, pero era suficiente.

Vio la piedra comenzar su curva descendente, aliviado de librarse del talismán parasitario.

Su alivio se convirtió en horror cuando vio una figura dorada caer de la cúpula de piedras espirituales a la deriva y atrapar a la piedra. Vio que era un águila mecanizada, sus plumas bruñidas en oro brillante, su cuerpo una maravilla de la automatización de mecánica y tecnología perdidas. Lo reconoció por haber salido de la misma mente que las máquinas que había construido en su santuario. Parecía que no era el único sabio cuyas obras fueron inspiradas por el caballero muerto hace tiempo de Firenza. El pájaro soltó el llanto de un ave rapaz, con sus piernas extendidas ante ella y sus alas desplegadas al máximo mientras se lanzó en el aire para agarrar la piedra *maugetar* en sus garras de obsidiana.

El pájaro ladeó a su alrededor, sus ojos penetrantes vivo con las tecnologías híbridas de su mente única. Sus alas batieron con un choque de metal contra metal, inclinándose para su vuelo de regreso al otro lado de la cámara.

Una andanada de fuego de bólter perforó a través de la pantalla de piedras espirituales y un puñado de Hijos del Emperador cayeron.

Perturabo vio el velo partirse, y no supo si llorar o alegrarse al ver a guerreros cargando hacia él.

Guerreros blindados en negro y que llevaban un puño de hierro sobre sus hombreras.

Los Manos de hierro de la décima.

VEINTISÉIS

Un Enemigo Común

El Sonido de la Locura

Sin Placer

Lucius estuvo en el borde del pozo en un santiamén, pero el águila de alas doradas ya estaba demasiado lejos para alcanzarle con el látigo. Sacó la pistola bólter y

descargó un cargador en su forma dorada. Casi de inmediato, el ave comenzó a ejecutar evasiones a través del aire, como si de alguna manera sintiera que estaba siendo atacado. Lucius disparó, pero su tiro salió desviado. Dos disparos más antes fallaron antes de que un cuarto finalmente diera en el borde del ala del ave.

-Te tengo -dijo triunfante, mirando como caía en espiral hacia el suelo.

Falk sintió el letargo paralizante que le había mantenido clavado en el lugar desparecer, y de inmediato se trasladó en dirección a Perturabo. Los Manos de Hierro estaban aquí, y ellos avanzaban detrás de una pantalla de fuego hacia los primarcas. Su presencia aquí le asombró. ¿Cómo habían llegado a través del laberinto? ¿Y si hubieran encontrado una forma secreta de penetrar en el sepulcro que Karuchi Vohra no sabía que existía? En medio de la carga de Manos de Hierro, Falk vio una forma de medio vislumbrada en el borde de la cámara, una pequeña figura en un traje largo negro, y su paso vaciló al reconocer a Karuchi Vohra.

Al principio supuso que se había equivocado, pero entonces vio la figura de nuevo y esta vez no había duda de sus rasgos finas. ¿Podría el eldar que Perturabo había matado en el laberinto tener un hermano? Era sin duda la única explicación, pero al mirar más de cerca, vio que el parecido era más que fraternal.

El eldar con los Manos de Hierro era idéntico en todos los sentidos a Karuchi Vohra.

Falk se quitó la conmoción y se obligó a concentrarse en los asuntos importantes a mano. No tenía conocimiento de las sutilezas de esta situación, sólo que el Señor del Hierro necesitaba por lo menos a uno de sus triarcas a su lado.

-¡Hacia el primarca! -gritó, llevando a los Guerreros de Hierro en defensa de su señor.

Los Hijos del Emperador estaban reflejando sus acciones, reuniéndose al lado de Fulgrim mientras bucles chispeantes de púrpura y oro se agitaron de sus cuerpos, como si se hubieran convertido en vastos generadores en sobrecarga.

Un Hijo del Emperador con cuchillas enfundadas en la carne desnuda de su pecho vinio hacia él, balanceando un hacha dentada gigante. Su casco era un modelo antiguo, que lo hacían parecer como uno de los reyes tecno-bárbaros de las

Guerras de Unificación. Falk inclinó la hombrera para recibir el golpe, y los dientes sólo arañaron un dedo de profundidad antes de deslizarse.

-¡Idiota! -exclamó Falk. -¡Tenemos un enemigo común!

El bárbaro hizo caso omiso a sus palabras y levantó su hacha para otra huelga.

Falk conectó un puñetazo limpio en el pecho del guerrero, provocando que el puño de combate destruyera todo su torso y dejando sólo un montón sangriento de partes del cuerpo desmembrado a su paso. Aplanó el casco del guerrero mientras continuó avanzando, vaciando los dos cargadores restantes del combi-bólter a todo volumen. Dos guerreros vestidos de negro cayeron al pozo, desmembrados por el fuego bólter desde dentro.

Los disparos rugieron por todas partes cuando los Guerreros de Hierro llegaron como un martillo de furia justiciera. Como Falk, no sabían lo que Fulgrim y sus secuaces estaban haciendo con Perturabo, pero que era perjudicial era evidente. Berossus se estrelló contra la Guardia Phoenix formando un cordón alrededor de ellos, y tres de los pretorianos de élite de Fulgrim se convirtieron en una ruina sangrienta en tantos golpes.

El resto no fueron despachados tan fácilmente, luchando con alabardas potenciadas que tallaron grandes trozos de armadura de Berossus. La lucha se convirtió en un combate cuerpo a cuerpo, con los guerreros luchando el uno contra el otro con pistolas y aporreando con los puños y espadas.

-¡Luchad contra los Manos de Hierro! -gritó Falk, pero sus palabras cayeron en oídos sordos.

Él se detuvo en seco cuando la cara del cráneo que lo había perseguido desde la urdimbre se concretó en los patrones de manchas de sangre en un escudo tormenta roto.

Habla con mi voz... el glossiaic impronunciable...

La ira de Falk se desbordó; ira contra los Manos de Hierro, los Hijos del Emperador, pero sobre todo contra la estupidez de la desunión. Esta lucha requiere un guerrero que podría hacerse cargo, un guerrero cuyas palabras serían obedecidas.

-¡Luchad contra los Manos de Hierro! -gritó, y los guerreros más cercanos a él retrocedieron ante la fuerza de sus palabras, haciendo saltar los sellos de su armadura y su pintura hervir en sus servoarmadura. Los que no tenían cascos notaron como su reflejo nauseoso les hizo casi vomitar el contenido ácido de su estómago.

Por una fracción de un instante, le miraron con asombro y temor.

Y entonces ellos obedecieron.

Kroeger puso a un lado su bárbara furia de las construcciones eldar inmóviles ante la vista de los Manos de Hierro, sintiendo la niebla roja en su mente dispersarse lo suficiente para ver que un enemigo mayor se había presentado. Se puso de pie encima de un montón de cristales rotos y quebrados restos eldar.

Él no recordaba nada de las matanzas que le habían visto morir, y la pérdida total de control le sorprendió. Los Guerreros de Hierro eran combatientes duros, pero no había berserkers gritando entre sus filas. Para ellos la furia sin cadenas de los Devoradores de Mundos de Angron era una locura, y Kroeger no quería entregarse a un curso tan irreversible. Todavía sentía el señuelo de entrega total, pero lo reprimió con una recitación en voz baja de la Letanía Irrompible.

-A partir del hierro viene la fuerza. De la fuerza viene la voluntad. De la voluntad viene la fe. De la fe viene el honor. Del honor viene el hierro -dijo. -Y que así sea siempre.

Respiró hondo, sintiendo los lazos de control de sujeción hacia abajo en su agresión latir. Todavía se escondía en el corazón de él, pero fue su comando para , su libertad o de su no hacer caso.

Por ahora.

Kroeger comenzó a correr hacia donde Barban Falk dirigía a un grupo de Guerreros de Hierro e Hijos del Emperador contra los Manos de Hierro.

Marius Variosean golpeó con la mano los gatillos de disparo de su cañón sónico, jugando los armónicos chirriantes sobre los Manos de Hierro. Estaban avanzando con la cobertura de las torres, pero su arma discurrió a través de ellos con

detonaciones rebotadas. Un guerrero fue destrozado por la mera fuerza de las vibraciones del impacto, desgarrando ambos brazos del pecho y convirtiendo en pasta su cabeza como una cáscara de huevo. Otro entró en shock por la frecuencia de resonancia y su carne y huesos fueron reducidos a una pasta líquida.

Él se echó a reír al ver tanta muerte, golpeando su mano una y otra vez, enviando acordes desgarradores de frecuencias disonantes explosivas. Dondequiera que las dirigía, el suelo entró en erupción mostrando fisuras gubias y los guerreros enemigos fueron lanzados por su potencia sónica. Él y los pocos Kakophoni todavía vivos no prestaron atención a los Manos de Hierro con la voz en pleno auge, a pesar de que la violencia su acometida le hubiera gustado a Marius mucho.

Más centrados que los gritos sonoros de Eidolon pero menos dolorosos, y por lo tanto menos estimulante.

Aunque sus sentidos se habían agudizado en casi todos los aspectos merced a los cuidados de Fabius, Marius no había perdido nada de su perspicacia táctica, y vio que los Manos de Hierro tenían la mejor posición en este conflicto de lejos.

Todos entraban frescos en la batalla, mientras que los Guerreros de Hierro y los Hijos del Emperador ya habían luchado contra un enemigo mortal, sus existencias de municiones agotadas, sus filas maltrechas y sus primarcas incapaces de luchar. Los guerreros con servoarmaduras negras peleaban en equipos de exterminio pequeños, moviéndose implacablemente hacia adelante bajo el fuego fulminante de un Dreadnought desatado. Sus bólter y lanzallamas bañaban la cámara de destellos estroboscópicos desde sus boquillas y susurrando gotas de promethium. Avanzaban sobre una avenida en llamas de cuerpos eldar rotos, imparables e inmensos. Marius buscó al Dreadnought de los Guerreros de Hierro, y sonrió levemente cuando vio que cargaba a través de las torres para llegar a su gemelo enemigo.

Un grupo de Manos de Hierro se separó de la cobertura, un líder y una célula de combate con cañones voluminosos, y Marius salió a la luz pública con sus tres Kakophoni. Orquestó un estallido atronador de ondas sonoras y acordes saturados de potencia. Tres de los guerreros cayeron, desorientados pero no muertos.

Un cuarto se puso en pie y apuntó una carabina larga de diseño personalizado a Marius.

El tiro atravesó el arma que Marius había formado a partir de los instrumentos diseñados por Bequa Kynska para su *Maraviglia*, y una explosión de armónicos llorosos chocantes estalló hacia fuera, como el grito de muerte de un ser vivo. Arrojó el dispositivo moribundo a un lado cuando la forma latente de los Manos de Hierro Dreadnought pairo a la vista.

Un huracán de proyectiles se estrelló contra él, haciéndoles volar del suelo y desgarrando a su Kakophoni. Murieron gritando, disfrutando de los sonidos de su propia muerte. La sangre se acumuló en la armadura de Marius, pero dio la bienvenida a la sensación. Hacía mucho tiempo que no sentía el dolor real, y las conexiones sinápticas explotó en su corteza con un orgasmo cerebral, estimulándole más allá de toda razón.

Él se puso de pie, con los músculos y los huesos de la mandíbula distendidos y reorganizándose en preparación. El guerrero con la carabina accionó un interruptor selector en el cañón del arma, pero antes de que pudiera disparar Marius tomó aire y desató una explosión de gritos de sus pulmones y la tráquea alterada. El guerrero, un Padre del Hierro que ahora reconocía, cayó hacia atrás, agarrándose el casco mientras el ensordecedor estallido del grito de Marius sobrecargaba los sentidos automáticos de su servoarmadura antes de que pudieran protegerse.

Incluso el Dreadnought se balanceó hacia atrás por la fuerza sonora, sus receptores auditivos explotando en una lluvia de chispas en cascada. Eso le desorientaría el tiempo suficiente para que Marius acabase con los legionarios bajo su protección y seguir adelante.

El rostro de Marius se rebeló con grotescas ondulaciones carnosas, almacenando una gran cantidad de aire en los pulmones para otra exhalación sonora. Uno de los guerreros se puso de pie, su servoarmadura rota y quemada casi desnuda de pintura. Impactado, el guerrero se tambaleó bajo el peso de un cañón volkite pesado. Él luchó con el arma desconocida, forzando las palancas de armado y manivelas de carga. La punta de la pistola crujió con el almacenamiento de energía, pero un arma tan poderosa necesitaba tiempo para disparar.

Tiempo que este guerrero no tenía.

Marius abrió los brazos y liberó el aire contenido.

El aire entre los dos guerreros se fracturó con detonaciones sónicas, una bruma irregular de ruido que llenó la cámara y destrozó cientos de piedras espirituales que flotaban por encima de la batalla. Marius gritó hasta que se sus pulmones se agotaron, el sonido de la locura catártica sobrecargando su cerebro con oleadas sensaciones de placer, dolor y éxtasis.

Aunque parezca increíble, mágico, el guerrero permaneció en pie.

-¿Qué? -dijo Ignacio Numen con gravedad. -No escuché eso.

Marius hinchó sus pulmones para otro grito de poder.

Sordo a todo sonido, el Morlock desencadenó el cañón volkite.

El rayo ardiente atravesó explosivo el peto de Marius Variosean, hirviendo la carne y la sangre en un abrir y cerrar de ojos.

Ni siquiera tuvo aliento para gritar.

Abriéndose paso entre los corpúsculos de lucha entre legionarios, Lucius vio la forma combativa del pájaro dorado. Se encontraba en un montón de cristales rotos a veinte metros de distancia, con un ala rota y una pierna doblada hacia atrás en un ángulo antinatural. Las piedra preciosas negro y oro que Fulgrim codiciaba estaba junto a su pico arrugado, y Lucius se tomó un momento para preguntarse si tales autómatas podían sentir el dolor.

Un susurro de botas aplastando piedras y cristal sonó detrás de él, descuidado como el paso de un pato. Lonomia Ruen se dejó caer de la cima de un pilar derrumbado hasta él, con una daga goteando en una mano y una pistola aguja en la otra.

-¿Qué es esa piedra? -preguntó Ruen.

Lucius no se molestó en ocultar su irritación por la presencia de Ruen, e ignoró la pregunta.

No sabía por qué era tan importante al respecto, pero que Fulgrim lo deseara era suficiente para él. Una forma lanzándose se movió entre las sombras ante él, y Lucius miró a través de la niebla brumosa de la niebla verde y niebla de estelas de

fuego. Algo andaba por ahí, pero no podía verlo correctamente. Incluso con su agudeza mejorada genéticamente, agudizada aún más por el cableado espacial de los centros sensoriales de su cerebro, no podía discernir lo que era.

Era una sombra donde no debería haber sombras, un fantasma fuera de lugar en un mundo de fantasmas.

Lucius sonrió mientras la comprensión amaneció.

-Ruen -dijo, asintiendo con la cabeza en la dirección del águila derribada. -¿Viste eso?

-¿Qué? -dijo Ruen, avanzando hasta el borde de la columna y mirando alrededor de su talón roto.

-Ahí -dijo Lucius. -Rápido.

-No veo na… -dijo Ruen antes de que un pequeño *thip thip* sonara y la parte trasera de su casco explotara. Se dejó caer hasta quedar de lado, con ambas lentes oculares destrozadas y quemadas.

-Idiota -dijo Lucius, balanceando su bólter a lo largo de la columna y con el objetivo en el punto en que había visto tras el pequeño flash revelador de la pistola de agujas. La mayoría de los observadores no habrían visto la llamarada del arma, oculta en una sombra y cubierto por los escombros caídos.

Pero Lucius no era *la mayoría de los observadores*.

El Guardia del Cuervo ya se estaría desplazando, pero Lucius le podía dar algo para forzarle a mantener cabeza: múltiples proyectiles cosieron un camino de percusión a través de la sombra. Él siguió disparando mientras la sombra saltó del pilar caído y corrió hacia el águila caída. Rondas de agujas sólidas perforaron el suelo tras él en una serie de impactos relámpagos inocuos.

Lucius se lanzó sobre los restos caídos de una construcción eldar y recogió la piedra preciosa en oro y negro. Era más pesado de lo que parecía, sintiendo el peso en su palma considerable y el calor que emanaba sentido como si se hubiera dejado en un horno durante la noche. Ese calor fluía a través de él, y la sensación de vitalidad inmortal que saturó su carne era tan intenso que casi gritó.

-No es de extrañar que Fulgrim quiera esto -dijo, enfundando su pistola y desenvainando su espada.

Tan pronto como agarró su cuchilla con la mano, un bulto negro veteado de la sombra del penacho de una torre cercana en un susurro casi silencioso.

Disparos martillearon el pecho de Lucius, pero no pudieron penetrarle. Se lanzó a un lado y sacó su espada en un movimiento cortante que seccionó el cañón del arma en una ducha agrietada de ceramita no reflectante. El Guardia del Cuervo se retorció en el aire, dejándose caer suavemente sobre sus pies y tirando a un lado las mitades en ruinas de su arma.

-¿Traes una carabina de aguja para una lucha a espada? –se burló Lucius.

Una vez más, su oponente activó su retrorreactor, avanzando para conectar una patada atronadora al centro del peto de Lucius. Lucius fue arrojado de nuevo, oyendo el crujido del plastiacero quebrarse. El Guardia del Cuervo se abalanzó sobre él con sus espadas gemelas negras extendidas ante él. Lucius fintó, se puso de pie a tiempo para impedir un corte descendente y zigzagueó su cuerpo para evitar un barrido eviscerador. Su propia espada buscó el cuello del Guardia del Cuervo, pero una ráfaga de impulso le apartó del guerrero de nuevo.

Lucius desabrochó el látigo que había tomado del difunto Kalimos, dejando que la longitud de púas de la misma se desenrollara como una serpiente hambrienta.

-Solos tú y yo ahora -dijo Lucius, quitándose el casco y arrojándolo a un lado. Llegó hasta una pápula levantada en la mejilla, una cicatriz que debería haber curado hace tiempo, pero que se había mantenido en bruto y marcada con polvos cáusticos. -Me cortaste antes, y siempre voy a atesorar esa herida. Pero ese es todo el mérito que recibirás, Guardia del Cuervo.

-Sharrowkyn -dijo el guerrero.

-¿Qué?

-Mi nombre -dijo el Guardia del Cuervo. -Es Nykona Sharrowkyn. Sólo para que sepas quién es el que te va a matar.

-Nykona Sharrowkyn -dijo Lucius, saboreando el nombre por las comisuras de la boca, como si paladeara un nuevo sabor. -No, ese no es el nombre de un hombre que me puede matar.

-Eso no puedes decidirlo -dijo Sharrowkyn, con una espada en alto sobre su cabeza y la otra en una postura baja. Se rodearon mutuamente con recelo, cada uno consciente de la habilidad del otro y sabiendo que estaban bien pareados. Tampoco prestaron atención a las furiosas batallas en torno a ellos, las luchas a vida y la muerte que se estaban reproduciendo en las ruinas de la tumba de una raza en extinción. Lo único que importaba era la pureza del duelo. Todos los otros pretendientes a esta lucha estaban muertos, y todo lo que quedaba por decidir era cuál de los terminaría en pie.

Lucius atacó primero, azotando con el látigo a la cabeza de Sharrowkyn. La punta con púas marcó una línea a través de la placa frontal y la lente del ojo izquierdo. Lucius siguió con un corte bajo el muslo, redirigido en el último instante a la ingle. Sharrowkyn leyó la jugada y bloqueó con las cuchillas cruzadas, girando sobre sus talones para clavar el codo en la cabeza de Lucius.

Pero Lucius no estaba allí, rodando hacia delante bajo el golpe y dirigiendo la espada a la base de la columna vertebral de Sharrowkyn. Más llamas del retrorreactor del Guardia del Cuervo le llevaron lejos del golpe paralizante, y giró hasta aterrizar para hacer frente a Lucius una vez más.

-Eres rápido, hijo de Corax -dijo Lucius.

-Demasiado rápido para ti, traidor.

Lucius sonrió. -No me vas a picar hasta enloquecer.

Incluso antes de que Lucius terminara de hablar, Sharrowkyn aceleró sus reactores de nuevo. En lugar de esquivarle, Lucius dio un salto para estrellarse con el Guardia del Cuervo, apuñalando con el látigo y la espada. El látigo se enrolló en el cuello de Sharrowkyn, estrangulando y extrayéndole sangre antes de liberarle. Lucius estrelló su espada, pero la espada de Sharrowkyn la repelió a un lado en el último segundo, su borde raspando un surco ancho y profundo como una falange en la ceramita.

Aterrizaron mal, entre chorros intermitentes de los retrorreactores de Sharrowkyn arrastrándolos a lo largo del suelo hacia el borde del pozo. Toda habilidad era ahora irrelevante, sólo ferocidad brutal mientras los dos espadachines forcejearon y patearon el uno al otro. Demasiado cerca para utilizar la espada, Sharrowkyn estrelló su cabeza con casco en la cara sin protección de Lucius.

La sangre brotó de su nariz rota y el pómulo fue destrozado por la fuerza del impacto. Lucius fue bañado lágrimas de sangre y se apartó de Sharrowkyn. Pese a la ceguera temporal, vio el contorno negro del Guardia del Cuervo acecharle y clavó su espada donde estaría la garganta de Sharrowkyn.

Su espada sólo golpeó aire vacío, y la conmoción casi le cuesta la vida.

De alguna manera, *increíblemente*, el Guardia del Cuervo no estaba allí.

Una hoja se hundió en su costado, y Lucius se apartó del dolor ardiente, inesperado y exquisito. Despejó los ojos de sangre y sintió al Guardia del Cuervo tras él; se giró y le empujó con su espada en un arco bajo, pero una vez más sus espadas cortaron el aire y no la carne. Otro golpe punzante se hundió en la espalda, y esta vez el dolor fue una sensación desagradable. Lucius podría ver al Guardia del Cuervo, pero se trasladó como nada que hubiera visto antes, más rápido de lo que cualquier hombre mortal posiblemente pudiera moverse, como un fantasma o un ser fuera de sintonía con el tiempo.

Una hoja negra le lamió y surcó la mejilla desnuda hasta los huesos, una herida a juego a la que Sharrowkyn le había dado la última vez que sus hojas se habían cruzado.

Lucius se giró, sintiéndose repentinamente impotente mientras el Guardia del Cuervo se deslizó a su alrededor a una velocidad vertiginosa, punzando sus hojas una y otra vez. Lucius sintió que su espada caer de su mano, el látigo envolviéndose alrededor de su muñeca como si no quieren separarse de él, incluso en la muerte.

En ese instante, el Guardia del Cuervo estuvo la espalda de Lucius, empujándole hasta las rodillas, presionando las hojas a través de su gorguera en los huecos a ambos lados de su cuello.

-No me da placer hacer esto -dijo Sharrowkyn. -No eres nada para mí, nada más que un perro rabioso que tiene que sacrificarse.

Lucius trató de hablar, de decir algo para conmemorar su muerte.

Las hojas de Sharrowkyn apuñalaron por detrás de la clavícula a Lucius, atravesándole pro sus corazones y pulmones, cortando arterias y causando un daño catastrófico que ni siquiera la fisiología post- humana de un astartes podía deshacer.

Y todos los pensamientos de una despedida digna murieron con él.

El Hermano Bombastus tenía un puño que podría aplastar servoarmaduras Cataphractii, rasgar los cascos de Baneblades y perforar el acero de las torres de una colmena. Su lanzallamas quemó Hijos del Emperador, derritiendo sus servoarmaduras y asándoles dentro de sus otrora equipos.

En cualquier mundo civilizado del Imperio, Bombastus habría sido etiquetado como un psicópata, una persona peligrosamente inestable que lo más probable es que fuese encerrado en una celda a la espera de una ejecución después quién sabe cuántos asesinatos brutales. Sin embargo, esas mismas tendencias que le marcaban como peligrosamente aberrantes en la sociedad humana eran una materia prima perfecta para moldear a un marine espacial.

Décadas de acondicionamiento, entrenamiento, disciplina y hermandad le habían hecho un Mano de Hierro tan honorable y dedicado como era de esperar, pero todo eso había llegado a su fin a manos de una criatura alienígena híbrida en la cubierta de una nave Diasporex dañada a medida que caía hacia la estrella Carollis.

Aislado de la fraternidad de los hermanos, las tendencias psicopáticas que habían atraído la atención de los Manos de Hierro reclutadores volvieron cuan ocupantes ilegales en la mente del Hermano Bombastus.

Disfrutaba de la batalla. Él soportó el sopor entre guerras y el largo derramamiento de sangre, y era el primero en despertar cuando las máquinas estaban listas y las palabras de la activación susurradas. El combate la Sisypheum había sido feroz pero corto, y luchó contra los monstruos. Esta lucha, contra compañeros legionarios, era exactamente el tipo de pelea que tanto ansiaba. Para Bombastus no existía horror y tragedia por luchas contra sus otrora hermanos. Le dio la bienvenida. Ellos vinieron a él una y otra vez, como insectos contra un titán. Sólo el guerrero Numen

que había matado con su cañón volkite había estado a punto de hacerle algún daño real. Sin sus capacidades auditivas externas, luchó en silencio, demostrando ser un inconveniente mayor de lo que había esperado.

Los gritos de los moribundos eran tan parte de la experiencia de matar como ver cómo suceda.

Entonces, desde detrás de una de las extrañas torres tachonadas de piedras preciosas, vio algo que le envió una sacudida de excitación eléctrica alrededor de su cuerpo de hierro. Un Dreadnought, uno identificado en su base de datos interna como un Herrero de Guerra nada menos.

Bombastus caminó a través de la masa de luchadores, haciendo caso omiso de todo lo demás en su camino mientras luchaba por llegar a un rival que le podría igualar. La pesada máquina se movió con una gracia acorde a su tonelaje, moviendo la cintura cardán que su dimensión no aconsejaría. Su brazo martillo crepitaba letal, pero su arma principal estaba silenciosa.

-*¡Sin munición!* -rugió Bombastus, pero las palabras sólo se reflejaron como texto en la cara interior de su ataúd-visor. Ya no podía oír bramar su desafío.

El Dreadnought se volvió hacia él, y Bombastus leyó la ráfaga de activaciones a lo largo de su coraza. Cargadores automáticos armas buscaron y no encontraron municiones en las tolvas de montaje traseras.

Bombastus roció al Dreadnought Herrero de Guerra con un lavado de ardiente promethium, oscureciendo el caparazón de la cabeza a los pies. Él sabía que el daño sería mínimo, pero la humillación era la primera parte de una matanza. Luego soltó una ráfaga de fuego de bólter descarada a través de su caparazón. La mayoría de las rondas rebotaron, pero un proyectil afortunado rebotó desde el borde superior de su caparazón y liberó un trozo de blindaje. El desgarrón encendió chispas tentadoras en sus superficies superiores; una herida que clamaba crecer.

A continuación, la hora de las pistolas había terminado y los dos acorazados chocaron con un ruido equivalente al de naves colisionando. Una pelea entre acorazados no era un asunto sutil de fintas, contra fintas y réplicas; era brutal, burdo, un duelo donde el vencedor era la máquina de guerra que ofrecía menos aberturas a su enemigo.

El Dreadnought de los Guerreros de Hierro era la máquina más pesada, pero Bombastus rápidamente se dio cuenta que tenía la ventaja en experiencia. El que había sido enterrado en el sarcófago bruñido era un implante reciente, y su habilidad y conocimiento de las armas, equilibrio y movimiento a su disposición limitado por su falta de experiencia. Un gancho atronador paralizó el brazo-cañón de su enemigo, arrancando los servos vulnerables por debajo de la curva de sus hombreras. Un duro golpe sacudió a Bombastus, pero él absorbió la fuerza del mismo, dando vueltas y dar pasos para desencadenar un golpe castigador.

Un golpe de martillo golpeó su caparazón superior, y una docena de indicadores de daño surgieron en el visor en su ataúd.

Tu altura y peso te dan ventaja -bramó. *-No lo olvidaré la próxima.*

Bombastus empujó con fuerza, golpeando su puño contra la sección frontal del Dreadnought y desequilibrándole. El momentum fue la clave. Golpes apisonadores llovieron. Uno tras otro.

Bombastus captó un destello de movimiento a su lado, pero lo ignoró cuando su auspex registró a un legionario solitario. Un Mano de Hierro, pero sin armas capaces de causar daños. Una vez más azotó al Dreadnought, volando su armadura y exponiendo zonas que un Dreadnought nunca debía exponer.

Fluidos rosáceos y vapores aceitosos brotaron del caparazón de su enemigo, la sangre vital de la máquina.

Un indicador repentino de amenaza se disparó en la parte posterior de Bombastus cuando su auspex detectó una flor térmica de un arma capaz de dañarle. El Dreadnought aún estaba conmocionado, ni era una amenaza por ahora, por lo que Bombastus se giró alrededor de su eje central, alimentando los depósitos en la recámara de su bólter.

Un remate para un solo guerrero, pero inmensamente satisfactorio.

La detonación del cañón de fusión alcanzó a Bombastus en el centro de su ataúd, vaporizando al instante las capas ablativas de ceramita y fundiendo a través de las pulgadas de la armadura protegiendo los restos carnosos que animaban esta divinidad del campo de batalla. La mente de Bombastus gritó dentro de su sarcófago lleno de líquido mientras los geles duros y delicados receptores bio-

sinápticos fueron carbonizados en un instante. Sus motores se contrajeron en respuesta a sus angustias, y su cuerpo se inclinó sobre su eje como un trompo sin energía.

El martillo del Dreadnought de los Guerreros de Hierro machacó la ruina de su ataúd, aplastando los últimos restos de Bombastus en un manto rosáceo untado en la cara interior de una cáscara vacía. No cayó, pues su cuerpo era demasiado inmenso y pesado para simplemente caerse. En su lugar, se dejó caer con los brazos flácidos a un lado, apestando a bio-líquidos vertidos de su sarcófago roto.

-Gracias -dijo Berossus, sus augmentos crepitando y con huecos por las interferencias.

-Soy tu esclavo fiel -dijo Cadaras Grendel, sosteniendo el rifle de fusión en sus manos con admiración renovada.

El núcleo de la batalla se acercaba a los dos primarcas en su centro; Perturabo derrumbado sobre sus rodillas, y Fulgrim flotando en el aire como atado a su hermano por lazos que ni siquiera la llamada de la guerra podría romper. Sharrowkyn extrajo del cuerpo del espadachín sus hojas y agarró la piedra que el guerrero muerto había estado tan desesperado por recuperar.

Su esencia era una cosa cambiante, hilos entrelazados de negro y oro que giraban alrededor de un patrón complejo, como un yin y yang eternamente estancado. Sharrowkyn no tenía ni idea de lo que la piedra podría ser; todo lo que importaba era que Fulgrim lo deseaba y por lo tanto debía serle negado. Pese a ser una concepción horrible de contemplar, parecía que su propósito y el de Perturabo estaban alineados.

Los Manos de Hierro estaban sumidos en la batalla con los Hijos del Emperador y los Guerreros de Hierro, intercambiando ríos de fuego de ida y vuelta entre ellos. Sharrowkyn vio a Bombastus morir, a Vermanus Cybus y sus Morlocks luchando contra un grupo de Guardia Phoenix. Sabik Wayland coordinaba el fuego de apoyo a los guerreros y Cadmus Tyro discurría alrededor del pozo para llegar a los flancos de los Guerreros de Hierro.

Leyó el flujo y reflujo de la lucha y supo que los Manos de Hierro podrían prescindir de él por ahora. Colocó la piedra preciosa en una pieza plana de escombros y sacó la pistola de la funda de la cadera del espadachín. La empuñadura era extrañamente suave, con una sensación orgánica desagradable y Sharrowkyn rápidamente buscó el cartucho en la recámara.

Cuanto antes pudiera tirar el arma lejos, mejor.

Apuntó con el cañón en la piedra de oro y negro.

Sharrowkyn apretó el gatillo, y la piedra *maugetar* explotó.

Perturabo sintió la repentina liberación de energía como un hombre que ahogándose alcanzar la superficie del mar al mismo tiempo que sus pulmones estaban en condiciones de estallar. Un torrente de energía nacida del hierro corrió por él, una onda sísmica de su increíble regresando a él en una riada de renacimiento.

Rugió de dolor por ello, pues ningún renacimiento era tal sin dolor.

Una luz dorada le dio aureola, incendiando sus ojos y venas con la furia fundida de la esencia misma de un primarca. Tal potencia bruta nunca tuvo la intención de dicha transferencia instantánea, y su espalda se arqueó cuando su cuerpo debilitado se flexionó para dar cabida a la repentina y sorprendente afluencia de energía.

El cuerpo de Fulgrim se arqueó en resonancia simpática, pues la piedra *maugetar* contenía algo más que la fuerza robada a Perturabo. Contenía sus esencias mezcladas, un poder mayor que la suma de sus partes, una potencia para alimentar una subida tan brutal que sólo la fuerza de vida combinado de dos primarcas podría lograrlo.

La armadura se desprendió del cuerpo de Fulgrim, descamándose de su cuerpo como el polvo de oro en un huracán, dejando su cuerpo monstruosamente hinchado desnudo y ardiendo como un horno. Llamas espectrales de brillantes colores rosáceos y púrpuras lamieron su cuerpo, un incendio hambriento esperando consumirle en el momento en que su concentración vacilara.

Perturabo cayó hacia delante sobre sus nudillos, manteniéndose erguido con el hierro de su alma y poco más. A pesar de que recobró sus fuerzas, sintió su peso asentarse en sus huesos, como una carga que él no se había dado cuenta cargaba sobre sus hombros.

Logró erguirse, dominando la potencia inundando su cuerpo cada vez más con cada segundo. Sus músculos estaban inundados sangre y energía dorada, su corazón latía con la fuerza de un martillo de fragua. Por primera vez en lo que pareció una eternidad, Perturabo se sentía como cuando había visto por primera vez al Emperador.

Todopoderoso y omnisciente, con el privilegio de saber quién era.

Muchas cosas habían cambiado desde ese momento, pero perduraban las suficientes como para saborear el sentido de lo *correcto* mientras levantaba Rompeforjas sobre su hombro. Flexionó los dedos y se tomó un momento para admirar su artesanía. Horus le había dado esta arma como símbolo de su unidad pero, ¿Hubiera esperado alguna vez que Perturabo la usaría para matar a uno de sus hermanos?

Fulgrim vio su muerte en los ojos de Perturabo y sonrió, derramando luz plateada de su garganta cuando él dijo: -Sabes que tienes que hacerlo.

-No tenía que acabar de esta manera -dijo Perturabo.

-Sabes que si -dijo Fulgrim. -Así que hazlo rápido.

Perturabo asintió y levantó Rompeforjas como un verdugo en una ejecución.

La cabeza de acero y oro de la cara asesina del martillo giró en un arco geométricamente perfecto, dividiendo el cuerpo del fenicio limpiamente en dos.

Y ocurrió.

VEINTISIETE

Apoteosis

El Fin del Mundo

Adentrándose en la Oscuridad

Pero no ocurrió, ni por asomo. El cuerpo de Fulgrim explotó bajo el impacto del martillo de Perturabo, y el grito de liberación fue un grito de nacimiento. Una explosión de pura fuerza arrancada de la carne destruida del fenicio, llenado la cámara de torres con una luz cegadora que era demasiado brillante para mirarla, tan radiante que era imposible de ignorar. Como un sol recién nacido, la incandescencia maravillosa era el centro de todas las cosas, un renacimiento en el fuego, creando carne nueva a partir de las cenizas de lo viejo.

Perturabo se apartó de la luz a medida que se hizo más intensa.

De la cabeza de su martillo caía el fósforo blanco de la materia desatado y supo que el glorioso poder que había sentido en la destrucción de la piedra *maugetar* no era más que una sombra de lo que se estaba desatando.

Todos los ojos en la cámara se volvieron hacia la luz, pese a que volvería a cegarlos o volverlos locos. A través de los dedos rasgados y reflejos tornasolados, los supervivientes de los combates fueron testigos de algo magnífico y terrible, una muerte violenta y una luz agonizante combinadas.

Gritos fueron emitidos desde el corazón de la luz, los gritos más horribles imaginables. Hablaban de pérdida, dolor, desesperación y de las cosas olvidadas para no ser recordadas. En sus cadencias diabólicas de angustia, Perturabo escuchó el temor del recién nacido al salir del seno de su madre, el terror de ser expulsado a un mundo nuevo y lleno de dolor, pero también la anticipación de la exploración de ese mundo. Portaban el arrebato de un carnicero que no sabe nada de los principios de su arte, sólo que él será exaltado por él.

Justo cuando parecía que los gritos de agonía-euforia podrían continuar más tiempo, la luz empezó a *desenvolverse*, como los pétalos de una flor que florece de noche o un capullo iluminado envolviendo la entidad metamórfica dentro.

Una figura flotaba en medio de la luz, y le costó a Perturabo un instante reconocer la imposibilidad de lo que estaba viendo.

Era Fulgrim, desnudo y puro, su cuerpo inmaculado carente de cualquiera de las ornamentaciones empalagosas con las que había desfigurado su cuerpo, tan perfecto como el día que el emperador lo había concebido en primer lugar. Los

grandes escultores de piedra habrían tirado sus martillos, punzones y escofinas ante la visión del fenico, a sabiendas de que nunca sería capaz de hacer algo tan hermoso.

No había rastro de las heridas que Eidolon le había infligido, y mientras Fulgrim bajó los brazos, sus ojos brillaron con el destino de mundos extinguidos. Echó la cabeza hacia atrás y los millones de piedras espirituales que habían seguido su ascenso desde el corazón del mundo se dividieron en pedazos con un trueno infinito. Su incineración derramó energía sacrificial a la luz, reforzando y multiplicando su poder un millón de veces, una red parpadeante de plata con Fulgrim en su corazón.

-¡Yo soy el susurro de un dios que la disformidad ha convertido en un grito! -dijo Fulgrim.

Fulgrim arqueó la espalda y sus huesos se separaron con crujidos equivalentes a detonaciones. Su carne, una vez tan perfecta, que ahora corría fluida y maleable, su forma moldeada y remodelada, como si un escultor invisible presionara y lo trabajara como el barro en una rueda. Las piernas de Fulgrim, extendidas como el hombre de Vitrubio, corrieron y se alargaron, fusionándose en la cola de una serpiente retorcida, engrosando su piel y cubriéndola con escamas reptiles y las placas segmentadas de una armadura quitinosa.

Perturabo dio un paso hacia esta cosa nacida de la muerte de su hermano, realmente desesperado porque se *trataba* de su hermano.

-Fulgrim, no... -dijo, pero lo que hizo no se podía deshacer.

En todo este mundo de los muertos, un mundo abandonado en la estela de un cataclismo estelar con la esperanza de que algún día sus creadores pudieran volver a reclamar los últimos restos de sus antepasados, cada piedra espíritu en cada tumba y cada estatua cristalina gritó de terror cuando la almas atadas dentro de ellas fueron devoradas por el dios hambriento cuyo apetito nunca podrá ser satisfecho.



El Apoteosis de Fulgrim.

Aquél que tiene sed…

Una ofrenda y sacrificio, un banquete y una fuente de combustible; era todas estas cosas y más, y Fulgrim estaba ofreciendo todo a cambio de esta apoteosis.

El torso de Fulgrim se partió y se hinchó con músculos retorciéndose mientras protuberancias de carne se abrieron paso desde las costillas. Retorcida y gelatinosa, crecieron de su carne deformada como extremidades marchitas y atrofiadas antes de asumir gradualmente la apariencia de brazos musculosos. La nueva carne tenía un tono púrpura moteado, y un veneno silbante goteaba de unas garras de ébano.

Sin embargo lo peor estaba por venir; mientras Fulgrim se dobló en dos por esta agónica transformación la luz penetró en él, veteando de su cuerpo como las grietas en la superficie de un sol antes de que de su espalda explotaran dos enormes alas de niebla membranosas. Insustanciales y roscadas con la energía oscura, alcanzaron gradualmente solidez, forjando carne a partir de la energía, la materia de la disformidad dada forma que pudiera ser aceptada en el mundo material.

Esto no era un cuerpo de huesos y sangre; Perturabo había destruido la envoltura mortal de Fulgrim. Este era un avatar inmaterial de luz y energía, alma y deseo. Lo que está sucediendo aquí era un acto de voluntad, una criatura dando a luz en sí a través de su propio deseo de existir.

Una concepción inmaculada, una criatura que era su propia madre y padre juntos.

Era la *Coniunctio*, la unión alquímica de espíritu, alma y cuerpo.

El rostro de Fulgrim era una máscara de éxtasis agonizante, soportando el dolor por el placer que le prometió.

Dos cuernos de obsidiana surgieron desde el cráneo de Fulgrim, que rasgándole a través del lugar exacto en el que el disparo del francotirador le había golpeado en la Thaliakron. Estos se cerraron por encima de su cráneo, dejando su rostro perfecto tan inmaculado como el niño más inocente.

-He ascendido en el caos -dijo Fulgrim, su voz musical y repelente. -¡Un príncipe de los nonatos, un señor de los poderes de la oscuridad, el campeón elegido de los Seres Prolíficos y amado de Slaanesh!

-¿Qué has hecho? -dijo Perturabo, sintiendo la última gota de vida en este mundo rebelde escapar ante las sílabas malditas de ese nombre.

-Lo que nadie se atrevió antes de mí -dijo Fulgrim, o en lo que fuera que Fulgrim se había convertido. -Se me ha recompensado por mi renacimiento en el fuego del sacrificio.

Perturabo no tenía nada más que decir. Su hermano estaba muerta y esta criatura monstruosa era todo lo que quedaba de él. Nada quedaba del otrora poderoso y noble primarca que el Emperador había elaborado para ser su perfecto guerrero, y Perturabo sintió un dolor devorador cuando todo que lo que se había iniciado en esa gloriosa época de esperanza fue pervertido así.

-Ahora lo veo todo -dijo Fulgrim, barriendo con su mirada la cámara mientras la luz a su alrededor comenzó a desvanecerse cuando cada piedra espíritu finalmente quedó carente de vida. -Los pasados y futuros, los presentes y los nunca ocurridos. El tiempo que perdemos aquí no es más que una mota en el ojo del universo, un preludio de cosas infinitas y cosas fugaces.

Perturabo sintió las rocas temblar, las líneas de falla procedentes de núcleo hueco del planeta ahora saliendo a la superficie. El suelo de la caverna se partió con un crujido en auge y la última luz del sol verde moribundo inundó la cámara.

-Adiós, hermano -dijo Fulgrim. -Nos reuniremos de nuevo, y renovaremos nuestros lazos.

Fulgrim levantó las manos y una cortina de luz azul se levantó del suelo como una llamarada de energía de teletransporte. Esta fue cegadora y momentánea, y cuando se despejó, Perturabo vio que Fulgrim se había ido, y con él todos y cada uno de los Hijos del Emperador.

Sus Guerreros de Hierro le rodeaban, cada uno cambiado por lo que habían visto: algunos para bien, otros para mal, aunque era demasiado pronto para decir cuál era cuál. Ellos estaban listos para recibir sus órdenes, todos sus hijos siempre leales. El polvo y una lluvia de escombros cayeron de lo alto, las grietas en el suelo abriendo la gran cúpula y fracturando el vidrio. Una falla en zigzag atravesó el centro de la cámara y los segmentos de la planta fueron arrojados hacia arriba mientras chorros de penachos de rocas pulverizadas eyectaron cúmulos de polvo verde.

Iydris se estaba colapsando. La fuerza en el corazón del mundo ya no existía. La resistencia de los muertos que la había mantenido segura estaba fallando, y pronto este planeta sería tragado por la fuerza inimaginable del agujero negro supermasivo.

Al otro lado del abismo, los Manos de Hierro recogieron a sus heridos y se replegaron de la propagación de fisuras y rupturas abarrotando el suelo. Miraban a Perturabo con odio, y no podía decir que estaba mal ganado. Si lo hubiera deseado, Perturabo podría destruirlos a todos con una sola mano. Con su fuerza recuperada, no había quien pudiera resistirle, y ellos lo sabían.

Perturabo colgó *Rompeforjas* por detrás del hombro.

-Este mundo se está muriendo -le dijo a sus guerreros. -Pero no vamos a morir con él.

Perturabo desdeño a los Manos de Hierro y se alejó.

Cadmus Tyro observó al Primarca de los Guerreros de Hierro irse, y dejó escapar el aliento que sintió había estado contenido durante años. Sabía que no había manera de que pudiera haber luchado contra el Señor del Hierro y sobrevivido; a pesar de que hubiera sido una batalla digna de leyenda en Medusa no hubiera quedado alguien con vida para hablar de ello.

-Se han ido -dijo Vermana Cybus, con sus armas lánguidas en sus manos a su lado.

-Pareces decepcionado -respondió Tyro.

Cybus se encogió de hombros. -Esperaba morir a manos de Perturabo. Cualquier otra muerte sería indigna.

Otra grieta estalló del suelo cercano y más luz enfermiza se propagó de lo que quedara en el corazón de este planeta. Los escombros cayeron de lo alto, y las astillas del cielo magullado por encima del sepulcro eran visibles a través de la estructura desintegrándose.

-Entonces no mueras -dijo Tyro, agarrando el hombro del veterano. -Vive para siempre.

Cybus asintió y se volvió a reunir a sus pocos guerreros supervivientes. Los Manos de Hierro retrocedieron a las paredes de la cámara, hacia los oscuros y secretos pasajes del sepulcro a través del cual Varuchi Vohra los había conducido. El guía eldar se arrodilló junto a las paredes, con las manos tamizando el polvo hasta las rodillas que era todo lo que quedaba de la gran variedad de piedras preciosas inmoladas por transformación de Fulgrim. Las lágrimas corrían por el rostro eldar, mostrando el dolor por el fallecimiento de un mundo y algo más.

-Tenemos que irnos -dijo Tyro cuando otra onda de choque violento brotó desde el núcleo del planeta. -Este lugar no va a durar mucho más tiempo.

La piedra *maugetar*... -susurró Vohra entre sollozos desesperados. -Debería haber sido suficiente para él. No esto... esto era demasiado. Ahora no tenemos nada.

-Estamos vivos, eldar -dijo Tyro. -Nos enfrentamos a primarcas enemigos y sin embargo vivimos. Se agradecido por eso. Y las armas que buscaban aquí no se irán con ellos.

Vohra lo miró, con el rostro transformado del erudito anodino del que Tyro siempre había dudado en algo cruel e inhumano, un monstruo que se deleitaba con el sufrimiento de los demás y los dolores innumerables que podía ofrecerle.

-Los señores de Commorragh no mirarán con buenos ojos el fracaso -dijo Vohra. –Vosotros advenedizas criaturas no más evolucionadas que los monos se suponía que les entretendríais, manteniendo a los caídos lejos de la comprensión del verdadero premio de Iydris.

-¿El verdadero premio?

Vohra levantó la mano, dejando que el polvo inerte gris se derramara a través de sus dedos.

-Todo es polvo -dijo con amargura. -Esta iba a ser nuestra salvación, el valor de un mundo de piedras espíritu para evitar el hambre de *Aquel que tiene sed*, pero todo se ha ido... El poder para reclamar nuestro derecho de nacimiento. Vuelvo a Commorragh a mi muerte.

Tyro no comprendía las palabras del eldar, pero las apreció lo suficiente como para saber que él y sus guerreros habían sido engañados desde el principio. Esta misión nunca ha sido acerca de negar los traidores armas de destrucción a escala planetaria;

muy probablemente tales armas nunca habían existido, y el cuento que Fulgrim había dicho a Perturabo en Hydra Cordatus del Angel Exterminatus era una gran mentira construida para traer las armas y el talento de la guerreros de Hierro e influir en este mundo condenado.

Así como las palabras de Vohra habían sido elaboradas para atraer a los Manos de Hierro a este lugar, manteniendo a los Hijos del Emperador y los Guerreros de Hierro lejos de la realización de lo que estaba realmente en juego. Pero algo había salido mal y ahora el plan del eldar estaba en ruinas.

-Nos trajiste hasta aquí para morir -dijo Tyro. Zarcillos de luz se derramaron desde arriba y levantó la vista hacia el techo abierto, su circunferencia rodeada de losas rotas de piedra que derramaron ríos de desechos en la cámara.

-¡Es todo el bien que podéis hacer, Mon'keigh! -le espetó Varuchi Vohra, dibujo con sus manos a su alrededor y por encima de él en un círculo elaborado, como si definiera el contorno de una puerta de entrada.

Tyro sacó su pistola y apuntó directamente al cráneo del eldar.

-Mis hermanos murieron por tu mentira -dijo Tyro. -Ahora tú también lo harás.

El eldar habló una palabra en su lengua nativa y una luz violeta crepitante estalló desde la puerta que había descrito alrededor de su cuerpo. Tyro apretó el gatillo, pero su proyectil solo horadó aire vacío. Disparó una y otra vez, pero Vohra se había ido.

Sabik Wayland corrió a ponerse a su lado, con Nykona Sharrowkyn a su lado. Ambos llevaban heridas graves y sus servoarmadura estaban rojas de sangre. Tyro asintió con gratitud al Guardia del Cuervo cuando vio que llevaba los restos rotos de Garuda. El cuerpo metálico del águila real quedó muy dañado, pero sospechaba que Frater Thamatica disfrutaría del reto de restaurarlo totalmente, si asumía que pudieran escapar sin el guía eldar.

-¿A qué le disparabas? -dijo Wayland. -Tenemos que salir de aquí.

-Vohra se ha ido -dijo Tyro.

-¿Se ha ido? -dijo Wayland. -¿Dónde?

-No lo sé. Con una especie de teletransportador personal, creo -dijo Tyro. -Deben tener una nave oculta en órbita.

-Pero sabía que el camino de salida -dijo Sharrowkyn. -Traté de hacer un mapa cuando hicimos nuestro camino, pero fue imposible. Los caminos se solapaban.

-Entonces salimos de una manera diferente -dijo Wayland, activando un transpondedor personal de una cavidad dentro de su mochila. Una luz verde brillando guiños del voluminoso artefacto.

Un rugido de motores sonó desde arriba y una aeronave descendió entre turbinas chillando. Una Storm Eagle con los colores de los Manos de Hierro descendió en espiral hacia abajo por el techo destrozado entre pilares ondulando en el aire. Thunderhawks y Stormbirds se cernían en el aire sobre el sepulcro, azotado por los vientos con una fuerza de tormenta.

A través de la cabina del Storm Eagle, Tyro vio a Frater Thamatica, quien esbozó un saludo irónico través de los cristales blindados polarizadas. Por mucho que Thamatica se hubiera ganado todos los castigos y más, Tyro nunca había sido más feliz de ver el díscolo Padre de Hierro. La rampa de asalto del Storm Eagle descendió y Atesh Tarsa saltó al suelo agitado de la cámara.

-Meted los heridos y muertos a bordo ahora mismo –ordenó. –La *Sisypheum* está lista para dejar la órbita, pero no dejaremos ningún hombre atrás.

Cualquiera que fuese el artificio que el laberinto una vez poseyó para confundir los sentidos se perdió con la desaparición de la fuente en el corazón del mundo. Perturabo podía sentir sus rescoldos y sabían que tenían poco tiempo hasta que la singularidad arrastrara Iydris a sus fauces negras. Lideró a los Guerreros de Hierro a través del laberinto inerte y salió a la plaza de más allá, donde parecía que la lucha había sido menos feroz. Vio los restos destrozados de un punto fuerte de los Guerreros de Hierro, pero ni rastro de ninguno de sus hijos genéticos. La plaza había sido arrasada por un bombardeo inmisericorde, del tipo diseñado para limpiar una zona de vida y no dejar piedra sobre piedra, un bombardeo de los Guerreros de Hierro.

Hizo caso omiso de las preguntas de sus legionarios mientras los llevó por el desierto de cráteres, de vuelta a través de la ciudadela de los muertos que ahora

verdaderamente merecía el nombre. Las tumbas estaban vacías, las pocas estatuas que quedaban completamente sin vida y cada toque de la luz verde brillante que había impregnado cada edificio ahora desvanecido.

Las fortificaciones de la muralla habían desparecido, los Rhinos destrozados y rotos por fuego de artillería y la propia muralla aplanada cientos de metros en ambas direcciones. Las pocas tumbas y mausoleos que se habían agrupado cerca de la pared a ambos lados habían recibido demasiado, nivelados por un aluvión que se había abierto camino desde la ciudadela a la zona de aterrizaje.

No vieron ninguna señal de los Hijos del Emperador, y no había señales de los Manos de Hierro. Iydris se deshacía por sus costuras, fisuras profundas expansivas en el paisaje y ondulantes nubes de polvo y humo que brotaban de las heridas en la superficie del planeta. La luz verde moribunda inundó el polvo, y un gemido torturado sonaba de lo más profundo de abajo mientras tensiones imposibles resquebrajaban la estructura planetaria hecha a mano por los eldar muertos hace mucho tiempo.

Al final de su brutal ritmo de marcha a través de la oscuridad, las nubes de polvo de insonorización los llevaron a la vista de las fortificaciones alrededor de la zona de aterrizaje, y Perturabo se sintió aliviado al ver que parecía que habían escapado del asalto.

Las paredes estaban agrietadas desde la base hacia arriba, y en cualquier mundo normal hubieran sido indignas de los Herreros de Guerra al mando de una fortaleza tal. Pero no se trataba mundo normal y la tierra sobre la que se habían construido estos muros era, como la raza que una vez habitó aquí, traicionera y poco fiable.

Las puertas de la fortaleza se abrieron y un escuadrón blindado de Land Raiders patinando surgió, tachonados en oro y azabache. Sus armas estaban listas, y de la escotilla superior del vehículo principal salió el maestro de la Stor-bezashk.

-Mi señor -dijo Toramino. -¡Usted vive! Cuando el Herrero de Guerra Forrix solicitó una última misión de fuego de cobertura temíamos lo peor.

Perturabo asintió, pero antes de que pudiera emitir cualquier orden, las armas del Land Raider de Toramino se cargaron, cargando su poder en los condensadores

para disparar. Perturabo se dio la vuelta, oyendo un rugido sordo a través de los bancos de polvo revuelto. El Land Raider de Toramino maniobró en una línea de fuego, pero un tenor familiar en el sonido hizo a Perturabo levantar la mano.

-Alto el fuego -ordenó cuando una descomunal forma maltratada surgió del humo.

Tormentor, agujereado, abollado y golpeado casi hasta la destrucción renqueó hacia la línea de Land Raiders. El arma principal del Shadowsword había sido arrancada de raíz. Cada una de sus armas supletorias despedidas de la superestructura y sus cuartos traseros estaban en llamas, donde sus motores y depósitos de combustible habían detonado. Grandes cortes rasgaban sus flancos agitando hojas gruesas de plastiacero y un río de aceite reluciente se perdía de sus entrañas mecánicas detrás de él.

El motor dio un último golpe de reacción interna, y el tanque superpesado se detuvo para nunca volver a moverse. Sus escotillas laterales se abrieron, resonando contra su casco en ruinas y derramando turbulentas bocanadas de espeso humo negro como el alquitrán.

Un guerrero con armadura bañada en hollín y metal desnudo cayó desde el interior del vehículo, arrastrando una figura con servoarmadura Cataphractii tras él. La carga era demasiado grande para él, y él se derrumbó en un montón roto, arrancando su casco y tragando grandes bocanadas de aire. Ambos guerreros estaban empapados en sangre y quemados por las llamas de superpesado, pero Perturabo reconoció al Nacido de la Piedra y Forrix casi de inmediato.

-Falk, Kroeger, asistir a vuestro compañero triarca -ordenó Perturabo, antes de volverse hacia Toramino. -Protocolos de evacuación. Todas las embarcaciones y el personal deben ser repatriados a la flota de inmediato.

Los guerreros de Perturabo apresuraron a obedecerle mientras marchaban de nuevo a los campos de aterrizaje.

Perturabo observó la agonía final del mundo brujo eldar. Había visto morir planetas antes, limpios de materia orgánica por el virus devorador de vida o bombardeados hasta la extinción por torpedos ciclónicos. Incluso había visto uno consumida por una llamarada estelar pícara, carbonizado en cuestión de minutos por la violencia furiosa de su estrella. Pero nunca había visto un mundo morir

desde dentro. La superficie del globo nacarado se oscureció por el segundo, su superficie una vez prístina ahora mancillada por nubes de materia eyectada que llegaban a la troposfera. Todas las estructuras que quedaban en la superficie mucho tiempo fueron borradas por la creciente fuerza sísmica de los terremotos en el núcleo profundo o se habían hundido en las enormes fisuras del tamaño de continentes derramándose a través de los tramos superiores de la estructura del planetoide artificial.

La *Sangre de Hierro* se esforzó por dejar la órbita, pero la fuerza en el centro del Ojo del Terror fue reafirmando su control sobre la realidad como una venganza. Muchas de las naves más pequeñas de la flota de los Guerreros de Hierro ya había sido arrastradas a su abrazo, tragadas por las poderosas energías del agujero negro.

Sólo las naves capitales tenían motores lo suficientemente grandes como para resistir la atracción inexorable, pero incluso ellas sólo estaban retrasando lo inevitable. Los Navegantes de la nave no pudieron encontrar ningún rastro de las anteriores rutas de acceso que les había llevado a este mundo, y su búsqueda desesperada de una salida no estaba dando sus frutos.

Detrás de él, Forrix, Kroeger y Falk esperaban sus órdenes, pero no tenía ninguna que dar.

Él era un primarca, diseñado para ser un dios entre los hombres, pero ¿qué era él ante ese poder cósmico? ¿Podría exigir al agujero negro que liberara sus naves, o hacer retroceder el curso del tiempo con un gesto de la mano? Él tenía un gran poder, pero ni siquiera él estaba exento de las leyes del universo.

La *Sangre de Hierro* gimió por hiper tensiones deformando su superestructura implacable con cizalla y aplicando una torsión para la que nunca había sido diseñada. La nave estaba llorando de dolor, sus espíritus-máquina llenando la cubierta de mando con estática asustada.

La flota de los Hijos del Emperador se había desvanecido por completo, desvanecida junto con Fulgrim en su ascenso. Incluso Julius Kaesoron, al que Forrix y el Nacido de la Piedra juraron ciego había escapado de la barrera en la plaza con ellos en el *Tormentor*. Perturabo no sabía a dónde había ido su hermano duplicado, ni le importaba. Su traición había convertido el último vestigio del

corazón del Perturabo en piedra, consolidando su convicción de que sólo había un hombre de cuyas órdenes podía confiar.

Un guerrero que le hablaba sin malicia y sólo con nobles intenciones en su corazón.

A partir de ahora, él confiaría sólo en Horus Lupercal.

-¿Mi señor? -dijo Forrix. -¿Cuáles son sus órdenes?

Perturabo se volvió para mirar a sus triarcas, cada uno de ellos marcado por las batallas que habían luchado para llegar a este lugar.

Barban Falk era más alto, de alguna manera más *pleno*, como imbuido de una presencia que no había tenido antes. Su armadura era más oscura, casi negro en algunos lugares, y cuando Forrix había hablado con él por su nombre anterior, Perturabo había oído Falk decir: -Ya no reconozco ese nombre, yo soy simplemente el Herero de Guerra.

Kroeger también había cambiado, como si una parte secreta de él se hubiera abierto y nunca podría ser cerrada. La arrogancia asesina aún estaba allí, pero destilada, mate, ahora dirigida a servir a un propósito mayor que simplemente la emoción de la batalla.

Forrix solo parecía haber disminuido por esta campaña, por el fuego que le había llevado a las más terribles batallas ahogándole en amargura. Perturabo conocía ese sentimiento bien; era el horror de la traición, el peso aplastante de saber que no había nadie digno de su confianza.

-¿Mis órdenes? -dijo Perturabo, volviendo a la pantalla panorámica, donde el monstruoso agujero negro hervía de energías oscuras. Perturabo miró a su corazón, pensando en los mitos y leyendas que rodeaban a tale fenómenos celestes, los hechos científicos y suposiciones de sus orígenes y de las teorías salvajes de lo que podría estar en el otro lado de una cosa así.

-Nunca retrocederé -dijo Perturabo. -Sólo avanzaré.

-¿Mi señor? -preguntó Forrix de nuevo. -¿Cuáles son sus órdenes?

-Entramos -dijo Perturabo.

-¿En el agujero negro? -preguntó Kroeger con horror. -Eso es un suicidio.

-No, mi triarca -dijo Perturabo con súbita intuición. -Fulgrim prometió que nos encontraríamos de nuevo, y yo le creo. No estamos destinados a morir aquí, y no hay otra manera de avanzar.

Perturabo se quedó mirando el agujero negro, como desafiándole a contradecirle.

-Esta es mi orden -dijo. -Llevadla a cabo. Ahora.

Teogonías – IV

Él nació en el fuego.

¿O era su renacimiento?

Lucius lo sintió en su piel, un fuego asesino que consumía todo a su paso. Impulsado por los productos químicos y acelerado por un deseo casi irresistible de devorar. Sus ojos se abrieron, y Lucius sintió emocionante el aumento de dolor alrededor de su cuerpo. Estaba vivo, algo que debía ser degustado, sobre todo a raíz de lo que había pasado antes.

Sharrowkyn.

El Guardia del Cuervo le había matado.

Y sin embargo, estaba claramente vivo.

Lucius recordó las espadas negras gemelas hundirse en su cuerpo a la manera tradicional de un verdugo. El dolor de las palas deslizándose a lo largo de su pecho, perforando sus corazones y pulmones era un recuerdo para atesorar. Le envió pulsos de placer-escalofríos a través de él incluso ahora.

Se sentó, tocando con las manos sus hombros y no encontró rastro de las heridas de matar, sólo una capa lisa de piel que se sentía maravillosa al tacto. Estaba sentado en una camilla metálica en un Apothecarion que parecía el laboratorio de un loco, con las paredes adornadas con tubos pesados que gorgoteaban fluidos burbujeantes y vaporosos en el calor que impregnaba la cámara.

Un fuego ardía en toda su longitud y anchura, un infierno rugiente deliberadamente dispuesto. Piscinas de productos químicos tóxicos ardían en las

paredes y el suelo, derramándose de vasos rotos y vertiéndose desde cubas rotas de líquidos altamente tóxicos y altamente inflamables.

No estaba muerto.

Tampoco estaba solo.

En el centro del laboratorio una lucha a vida o muerte estaba en marcha. Dos monstruos de proporciones inmensas luchaban contra su creador y el dueño de esta morada de los condenados, el Apotecario Fabius. Uno de los terata era una abominación quebrada de extremidades torcidas, su cuerpo una masa hinchada con crecimientos mutantes y anatomía hiper evolucionada. Del otro brotaron nuevas extremidades con cada respiración, órganos frescos e innumerables partes del cuerpo insondables.

Sin embargo, en medio de todas sus deformaciones horribles, Lucius vio las marcas legionarias en su carne hinchadas y retorcida por su transformación de pesadilla. Fuera lo que fuera en lo que estos terata estaban en camino de convertirse, ambos habían sido una vez Puños Imperiales.

Fabius luchó contra los terata con una vara terminada en pico y una pistola de gran calibre que disparó rondas de escurridos. Cada impacto detonó con toxinas virulentas, pero cada una parecía sólo hacer a las bestias mutantes más fuertes. Sólo las llamas les herían, y la carne de alta ingeniería era un potente combustible para el fuego.

-Lucius! -gritó Fabius. -¡Ayúdame! ¡Protege las muestras genéticas!

Lucius no tenía ningún interés en obedecer las órdenes de alguien como Fabius, pero razonó que tener a débito un favor de alguien con el talento del apotecario podría no ser algo malo. Saltó de la camilla y examinó las mesas de trabajo que cubrían las paredes buscando los aparatos con mejor pinta, algo que pudiera ajustarse a la descripción.

Por fin se decidió por una cápsula de plata de crioalmacenamiento fijada a la pared mediante una serie de tuberías de refrigerantes y cables de monitoreo. Lucius atravesó las llamas, pues su servoarmadura podría soportar lo peor del calor, pero no llevaba casco y la piel de su cara llena de cicatrices quedó rápidamente llena de

ampollas, y el poco pelo que quedaba en su cráneo desapareció para no volver jamás.

El dolor era sublime.

Uno de los terata cayó, atravesado por el arma letal de Fabius, su cuerpo derrumbado bajo el peso de sus mutaciones incontrolables. El otro estaba en llamas desde la cabeza a los pies, la carne que iba hasta sus huesos retorcidos como la cera caliente. Fabius le disparó en la cabeza, y su columna vertebral se quebró cuando un brote evolutivo le destripó.

Lucius se apoderó de la caja de almacenamiento y la arrancó de la pared. Líquidos calientes le rociaron de las líneas de alimentación cortadas y el hedor biológico que era una combinación de orina amoniacal y residuos orgánicos. Los lados de la caja estaban al rojo vivo, y él rugió de dolor mientras su mente se iluminó de placer.

-¡Vamos! -gritó Fabius, empujándole a través del laboratorio mientras las llamas se extendieron a los tambores de elementos explosivos. Sordas explosiones desde lo más profundo del Apothecarion sacudieron la cámara y líneas de ondulantes llamas rugieron hacia ellos.

Lucius se volvió y corrió hacia la salida, siguiendo a Fabius al pasillo más allá.

Fabius accionó el mecanismo de la puerta, y panel blindado descendió. Incluso a través del de plastiacero anti detonaciones, Lucius pudo sentir el intenso calor y la detonación de cubas químicas.

-¡Rápido! -le espetó Fabius. –Dame las muestras genéticas. Deben mantenerse congeladas o no serán viables.

Lucius dejó la caja de crioalmacenamiento y desenganchó el cierre hermético. El vapor desbordó el caso cuando la mitad superior del contenedor se deslizó hacia arriba. Fabius trabajó febrilmente con su guantelete Narthecium muy modificada, abriendo un frasco cilíndrico vacío capaz de contener una serie de tubos de muestra.

Lucius vio una fila de doce tubos con cigoto, algunos con daños por calor y otros agrietados y con fugas. Iluminadores corría a lo largo del caso, uno para cada tubo. Todos menos uno brillaba en un enojado e inútil rojo.

-¡Dámelas! -gritó Fabius. -Ahora.

Lucius desabrochó el último tubo, su superficie metálica lisa chamuscado y retorcida, con todo el material genético en su interior milagrosamente todavía viable. Fabius le arrebató el tubo de su agarre y retorció la tapa de presión en el zócalo del receptor de su Narthecium. El mecanismo silbó con el diferencial de presión y el nivel de contención cayó hasta que vació el tubo con el cigoto.

-Sólo uno -dijo Fabius con amarga decepción, lanzando el tubo cigoto por el corredor ante la frustración. -Todo ese trabajo, todo este tiempo invertido y sólo uno sobrevive.

-¿Qué pasó ahí? -preguntó Lucius.

Fabius despidió con un gesto a su pregunta. -Nada que preocupa a la gente como tú, espadachín. Yo podría preguntarte lo mismo. Cuando el fenicio te trajo a mí estabas frío y muerto. ¿Cómo es que vives?

Lucius negó con la cabeza. -No lo sé. La muerte no me reclama todavía.

Fabius soltó una breve carcajada, triste y sin sentido del humor.

-Tal vez yo podría aprender algo de ti, entonces -dijo el apotecario, mirándole con malicia depredadora. Lucius se puso de pie, sintiendo que quedarse aquí sería peligroso. Se alejó de la ruina ardiente del Apothecarion sin mirar atrás. En el momento en que llegó a un cruce en el pasillo, se sintió más fuerte y más poderoso que nunca, un príncipe oscuro entre los hombres.

Algo crujió bajo su bota y se agachó para levantar el tubo de cigoto vacío que Fabius había tirado. Su superficie estaba negra y amarilla con daños por el calor, pero una línea de texto todavía podía verse grabada en un lado.

Lucius lo sostuvo ante el resplandor de las luces, pero lo que se había escrito era en su mayoría ilegible.

Se veía como un nombre, pero uno que sólo podía distinguirse parcialmente.

-Hon...Sou -leyó.

EPÍLOGO (por el autor)

Una de las cosas que he disfrutado más al escribir sobre los primarcas traidores es profundizar en por qué se rebelaron contra el Emperador y abrazaron la traición. Caminar junto a Fulgrim mientras caía en la locura y haber estado junto a Magnus mientras su mundo ardía era increíblemente satisfactorio, pero eran primarcas que cayeron por tratar de hacer lo correcto. Con estos primarcas, me había tomado la molestia de hacerlos simpáticos y tener sus caídas retratado de una manera que las hacían trágicas en lugar de simplemente traicioneras.

Pero con Angel Exterminatus, tuve la oportunidad de contar la historia de un primarca que se había unido a Horus y sin nociones de altos principios de la perfección o elevación de la humanidad a una nueva conciencia psíquica. Perturabo abrazó *voluntariamente* la traición, porque no podía ver una forma de salir del papel al que había sido conducido y el genocidio que desató. La culpa y la vergüenza son poderosos motivadores, y para evitar enfrentarse a ellos el camino de menor resistencia es a menudo el que te lleva a problemas más profundos.

Cuando estaba en fase de anteproyecto de este libro, lo concebí como una secuela espiritual de *Fulgrim*, una continuación de la historia de los Hijos del Emperador, pero cuanto más escribía y más se abrías ante mí, más me daba cuenta de que no era su historia en absoluto. Claro, son jugadores importantes en la narración, pero esta es realmente la historia de Perturabo.

Aquí vemos a un Primarca que se encontró aliado al Señor de la Guerra sin haber sido manejado por seducciones evidentes de Caos o los señuelos colocados ante primarcas como Angron y Mortarion. ¿Por qué un guerrero antes honorable como Perturabo elige destruir lo que él había ayudado a construir? Eso es lo que está en el corazón del *Angel Exterminatus*, donde vemos surgir porciones del trasfondo de los Guerreros de Hierro en el transcurso de su asociación con los Hijos del Emperador, una revelación lenta de la herida profunda en su psique.

Es una historia que nos recuerda que a pesar de que las fuerzas del Señor de la Guerra se aliaron, viejas rivalidades y divisiones existentes entre las legiones todavía están allí y probablemente sólo empeoren. Y la voluntad de Fulgrim de sacrificar a su hermano por el bien de sus propios deseos egoístas es una medida de cuanto abrazó los poderes de la oscuridad.

El Príncipe Oscuro es un maestro exigente, pero el Señor del Hierro no se llama así por nada.

Y ahora Perturabo tiene una cuenta pendiente.

FIN DEL RELATO